

MANUEL LLANO

ARTÍCULOS EN LA PRENSA MONTAÑESA

II

(1930 - 1933)

RECOPILACIÓN E INTRODUCCIÓN DE
IGNACIO AGUILERA

INSTITUTO DE LITERATURA JOSÉ M. DE PEREDA
DE LA
INSTITUCIÓN CULTURAL DE CANTABRIA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SANTANDER

Janz Láziz
72

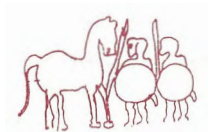
MANUEL LLANO

ARTÍCULOS EN LA PRENSA MONTAÑESA

II
(1930 - 1933)

RECOPILACIÓN E INTRODUCCIÓN DE
IGNACIO AGUILERA

INSTITUTO DE LITERATURA
JOSÉ MARÍA DE PEREDA



INSTITUCIÓN CULTURAL DE CANTABRIA

DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SANTANDER
1972

Depósito Legal: SA. 50 - 1972

«Resma» - Prolong. Marqués de la Hermida, s/n - Santander, 1972

ARTÍCULOS DE MANUEL LLANO EN
LA PRENSA MONTAÑESA

254.—EL CUENTO DEL DOMINGO. PASÓ UN MURCIÉLAGO

I

—Toas las enfermedaes se curan con yerbas y con rezos... Una güena cataplasma de romero mezclá con cenizas de astillas de roble, cura la punta de costau pa sécula seculorum. Los celos se alivian con endrinas verdes, y las malas intenciones con unas rociás de agua bendita en el lau del corazón...

Crepitan los leños en el llar, bajo la caldera de cobre añejo. Por el boquerón de la tronera penetran las últimas luces del día. Suenan esquilas y silbidos en la cambera del monte. A la vera de las ascuas borbotean las panzudas pucheras de barro bermejo, con adornos azules, con adornos verdes. Manzanea recibe la suave caricia de las últimas claridades. Van quedando solas las mieses y las brañas, los agreos y los huertos. Hay lumbres en el cielo por la parte de Asturias. El sol traspone la collada y en la llanura cantan las rigueras, bajo los puentes de madera y retamas que en los días turbios arrastrarán las aguas de nieve.

Tío Anselmo nos mira sonriente. Viste blusa azul sobre el elástico pardo. Tiene los dientes sarrosos, como las cadenas que cuelgan sobre la pusiega ahumada. Sentados en un escaño duro de "cajiga apeñascada" y correosa, escuchamos la voz del viejo pícaro, como el acento cascado de la tradición, que lo mismo descende a los abismos que se encarama a las cumbres. Voz de los siglos y de las edades; de las cavernas y de los palacios; de las manse dumbres y de las tempestades; de las mazmorras y de los jardines; de los vientos y de las aguas; de la nieve y del fuego. Voz del amor y de las penas; del arnés y la almena; del claustro y de la guerra; del remanso y del

estruendo; del infierno y las estrellas... Tradiciones de las blancas hechicerías, de las miserias que lloran, de los hartazgos que cantan...

II

Tío Anselmo es curandero. Ha llenado las alforjas de yerbas y de raíces, de flores y manzanillas. Sartas de ajos colgaron de su cuello y hojas verdes y mustias colmaron sus bolsillos...

—Mi madre me enseñó estas habilidades. Los secretos fueron pa mí más claros que el agua limpia del río. Tantu cerner y cerner, el ceazu bailó solu, como una peonza de las más escarabitas. Y así aprendí que la envidia se cura con escajos machacaos y la melancolía de las mozas con cortezas de limón y vinu vieju. También aprendí que las leluras de las solteronas se aplacan con unas friegas de hojas de acebu en el mesmu espinazu y agua fría en la cabeza... No hay mejor cosa pa las chiflaúras de los viejos muy reviejos, que los jormigos y güenos vasos de vinu dulce...

Ha llegado la noche. Ya están las yuntas en los establos y las ovejas en los rediles. En las rigueras coclean las ranas. Una nuética grazna en la socarreña desmantelada.

—El reuma se cura con untu de osa y las descabraúras con cebolla podría. El mejor remediú pal dolor de muelas es el cardenillu de los ochavos viejos con agua hirviendo...

III

—Sí, señor; hay brujas negras vestías de blancu, que se apaecen en los caminos. Me lo dijo tíu Anselmo el curanderu de Manzanea. Tienen los ojos coloraos y las pestañas de la color de la ceniza. Vuelan como los milanos y a la media noche bailan en los collaos. Los mozos que quieren que daque moza se enamore de ellos, no tienen más que salir al correor y decir cuarenta veces seguías esta mesma jaculatoria: "Bruja, brujona de la güena suerte, jaz que la moza me tenga un cariñu mu juerte"... A los siete días, justos y cabales, a la media noche, se quema una rama seca de laurel debajo de un nogal de los más delgaos. Y la moza, por mu fantásica que sea, se jaz mimosa y zalamera pal que vaiga a rondala como Dios manda. Me lo dijo tíu Anselmo el curanderu de Manzanea. Y así pienso en casame yo con una moza de Urbina, maja y tresná como un lucero. Si a la primera dame calabazas, diré la jaculatoria de las brujas negras del hábitu blancu...

Mesio es un mozo cabal. Lo mismo repica las campanas que "tira" las yerbas estivales, o hace una estirpia, o maneja una azuela. Alto, coloradote,

recio y alegre, hilandero de todas las cocinas, caporal de marzas, luchador de antruido, sorbe los vientos por unos ojos negros y una chambrá galana.

A la vera de los figones, entre el cascabeleo de las panderetas y el pregón de los buhoneros sintió henchírsele el alma de amores y de ansias. Desde aquel punto y hora, pensó menos en los labarientos de la mies y de la pradera. Agonizaba la naturalísima avaricia del labriego, para abrir de par en par las puertas del corazón a los mensajes y a las mieles del amor. La inquietud de las sequías, de las lumbres que abrasan, de las aguas turbias que sacuden y golpean, rebramando, se trocó en un desasosiego más profundo, más grato, mezcla de espinas y de rosales, de penumbras y resplandores. Asiose el mozo con todas las fuerzas a aquel anhelo dulcísimo que le retozó en la sangre y le respingó en el espíritu. Cantó con más brío en la ronda. Fueron más recios y retorneados los ijujús estridentes. Los ojos negros y la chambrá blanca, traíanle desasosegado y cautivo. Sentí escozores de escajos, caricias de linfas puras, tibiezas inefables; alientos de ambrosías y de romeros. La pesadumbre y el optimismo luchaban a brazo partido en el corazón y en el cerebro. Nieves y resoles, albas de primavera, luceros y tinieblas, huertos florecidos, lindes quemadas. Que tal es el amor cuando nos tiene a su merced...

IV

—No me quier, señor... No me quier. La fantasía la engurruña el sentimiento. Peñas y granizos tien en las mismas entrañas. Riose de las mis palabras. Yo esperaba las flores y los claveles y diome un manojito de cardos. Bien haigan las brujas del hábitu blancu. He de quemar la rama del laurel debajo del nogal pa ver si me quier, pa ver si me mira. He de rezar la jaculatoria con toa la devoción. Bien haiga tíu Anselmo el santu curanderu...

V

“Bruja, brujona de la güena suerte”. Cuarenta veces seguidas, a la media noche. Bajo los ramos de panojas doradas suena la jaculatoria con vehemencias de rezo místico. Hay lumbres en los montes y luciérnagas en los escajales. Grazna la nuética en la socarreña desmantelada.

“Bruja, brujona de la güena suerte”. La voz tiene temblores y devociones. Parece que llora, parece que canta. La superstición atávica se cierne sobre el corredor como las alas de un inmenso cárabo. Las brujas deben estar danzando en el otero, más arriba de las lumbres que hacen crepitar a las pobres retamas.

“Que la moza me tenga un cariño mu juerte”. A lo lejos se oye la última copla de la mocedad andariega. El ábrego zarandea los árboles y se mete por postigos y troneras.

VI

Han pasado los siete días. Comienzan a caer las hojas amarillas. Bajo los cielos grises rezongan las canales y guitonean las fuentes.

—No valió la jaculatoria de las brujas del hábitu blancu. La mala suerte que tengo metía en los tuétanos. Al cabu de los días he caíu en la cuenta de que no tien remediú el mi mal. Cuando dije el rezu chiflaban los sapos, pasó un murcilélagu por delante del balcón y ninguna nube tapó a la luna. Y así no val la jaculatoria. Me lo dijo tío Anselmo el curanderu... Pa que valga no tien que oíse el chiflar de los sapos, ni volar ningún murciélago, y la luna tien que estar escondía entre nubes. ¡Tengo una pena aquí adrento!... Por la moza que me aborrez y por los güenos cuartos que di al curanderu! Y lo peor es que la jaculatoria no pue rezarse otra vez. Si se repite se queda unu mudu pa toa la vida. Me lo dijo el curanderu... ¡Mal haigan las brujas del hábitu blancu!

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 5-I-1930. (Vid. n.º 251).
(Vid. núms. 218 y 236 y O. C. págs. 513-515-521-523.

255.—ESBOZOS. ENTRE PASTORES Y LABRIEGOS

La Voz de Cantabria, 11-I-1930.

(Publicado con el título de “Las mujeres ilustres”, en *La Región*, de 29-VII-1929).

256.—ESBOZOS. “LA SABIA”

En Ronda hay una curandera. Una curandera que la dicen “La Sabia”. Desde Ronda a Jerez son famosos sus brebajes, sus yerbas y sus bálsamos. También es zahorí. Adivina el porvenir; cura con fierabrás y cantueso las descalabraduras. Adormece los celos, alivia las pesadumbres; sabe rezos mis-

teriosos y signos secretos para las doncellas que quieren casar. Las gentes han vaciado sus faltriqueras para hacer rica a "La Sabia"...

Los vivos —hipócritas o desvergonzados— se calientan a la lumbre que encienden los tontos. Característica de todos los siglos, de todos los pueblos, de todas las razas. El día en que los tontos no refocilen a los vivos se acabará el mundo. Es una balanza inmensa donde los unos ponen los cuartos y los otros los hierros.

Los tontos, y los babiecas y los bellacos, cambian sus alacenas y sus alcancías por unos cuantos puñados de duelos y quebrantos y alguno que otro mojicón por añadidura. Los vivos cabalgan en sus espinazos, recolectan sus mieses, desinflan sus odres, dan vuelta a sus bolsillos. Son los amos de las norias, de las aceñas, de los candados.

Un vivo estaba antes roto, mohino, descolorido. Después encontró a un tonto en el camino, a la sombra de los alcornoques. Le ofreció las siete cabrillas, la alcuza y un asno de las mismas trazas que Clavileño. Y el tonto dio cabriolas de puro gozo, se hincó en el polvo, besó los pies y las manos al peregrino con quien se topó a la sombra de los alcornoques, una mañana temprano, cuando los sentidos están más despabilados. Y además de hincarse le dio sus vestiduras, le dio su compango —el compango de toda la jornada—, la bota de lo caro, el bastón ferrado, la linterna para alumbrarse. Ya no fue roto el listo de la mala casta. La cara pajiza se tornó bermeja y los harapos en lienzos de buena ley. El tonto se quedó debajo de los árboles esperando, con ansia, las siete cabrillas, la alcuza del néctar milogroso, el asno de las mismas trazas que Clavileño.

Pasaron más tontos y más listos por el camino real. Entre los bellacos abundaban los rufianes desgraciados, molidos a trallazos. Los segundos lanzaban su pregón sigilosamente, con cautela de raposa vieja:

—Vendemos mercedes y ciertas virtudes para hacer oro de las piedras. Compradnos las mercedes, compradnos las virtudes... Convierten en riquezas las peladillas del arroyo.

Y los tontos, muchos tontos, compran...

—Vendemos rezos para el amor y unas cenizas que enloquecen a las mujeres y tornan en palmas a los hombres esquivos. También vendemos cintas milagrosas y malvas que curan el alma y la carne. Fórmulas que todo lo vencen, que todo lo allanan, que todo lo consiguen. Estas piedrecillas que dan la felicidad, son de las canteras que hay en la luna...

Y los tontos y las tontas —muchos tontos y muchas tontas— compran los rezos, y las cintas y las malvas. Las mujeres siguen siendo esquivas; sigue doliendo la carne y el alma; las peladillas del arroyo, siguen siendo tales peladillas. No llegan los privilegios, ni las alcuzas, ni las mercedes...

El tonto pone los dineros en el platillo de la balanza y el vivo pone peluconas invisibles. Los tontos encienden y avivan la lumbre para que los listos de la mala casta se calienten. Después se van a dormir encima de las piedras, al remusgo de la noche. El día que los tontos no harten a los vivos, se acabará el mundo...

Legiones y legiones de bellacos y de pícaros continúan pasando por el camino real. Son más —infinitamente más— los bellacos que los pícaros. Los primeros renquean; los segundos van derechos como ahijadas... Sigue el embrujo del pregón, con cautela de raposa vieja:

—Doncellas que quieran casar; villanos que quieran ser nobles; destripaterrones que anhelan hacienda; lelos que quieran ser agudos; feas que quieran ser guapas...

También hay pícaros que son tontos. Al fin y a la postre se rompen la crisma. Por eso, porque son tontos. Sus picardías son deleznales, famélicas, medrosas... Picardías de alfeñique, de espuma, de linfa sucia, de tela de araña. Estos pícaros quieren hacer tontos a los listos, creen simples a los listos. Y los listos, muchas veces, les dejan hacer, les dejan marchar, les dejan llenar la alforja. Pero al fin se rompen la crisma. Suelen rompérsela a palos los listos que creían simples.

Nosotros conocemos a muchos tontos pícaros que se tienen por hombres de pro. Caras de luna llena, rozagantes, con barbas o sin ellas. Los que no la tienen en el rostro, la tienen en el espíritu. (Unas barbas hirsutas, cenicientas, desaseadas, de peregrino bilioso y pescador). Caras enclenques, rollizas, dulces, torvas. De todas las cataduras, de todos los pelajes. ¡Uno conoce a tantos!

Hay vivos que pasan por tontos. Quieren ellos pasar por tontos. Así medran, y se esponjan, y viven y se alborozan a costa de los listos. Los hay en las oficinas, en los mostradores, en las fábricas. Hacer de la tontería apócrifa el pan y el mantel, es una habilidad. Una habilidad, al fin y al cabo, aunque no sea muy católica. Ande yo caliente y ríase la gente. Vengan ollas y vengan borlas. Cada día hay más listos, más socarronzos que sientan plaza de tontos, voluntariamente. Sus simplezas aparentes son la sustancia de la puchera, la manta del lecho, la hogaza cotidiana. Es un oficio como otro cualquiera.

Los listos se burlan de ellos y les tienen lástima en la oficina, en el mostrador, en el taller. Y así sucede que estos tontos —que no lo son— suelen trabajar menos que sus compañeros los listos, en la oficina, en el mostrador, en el taller. Por esas burlas, por esa misericordia. Vengan bromas y vengan más bromas. Todo lo aguantan las costillas de estos pícaros socarrones que hacen circo de las oficinas, de las fábricas, de los talleres... Dios nos libre de "los sordos que oyen" y de los listos que pasan por imbéciles...

En Ronda ha sido encarcelada una curandera que dicen "La Sabia". Tenía brebajes y bálsamos, malvas y cantuesos. También oraciones para las doncellas que quieren casar. Es una pícara más que han hecho rica los tontos.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 14-I-1930.

257.—ESBOZOS. POETAS, EMIGRANTES Y ANALFABETOS

Adelante los de Mier...

Escritor de recia fibra, aventurero y agudo. Hidalgo de casta y de sentimientos, que ha sabido de amargas renunciaciones, de muy nobles ansias.

Elpidio de Mier. Poeta andariego, escritor de buena ley. Tiene en la imaginación y en el cerebro la fortaleza de los robles de su tierra y crea bellezas peregrinas salpicadas de lágrimas y añoranzas.

El añoso tronco de la cajiga vernácula se vistió de madre selvas hermosas. Lo secular, lo enmohecido adquirió bríos nuevos con el rocío de sus devociones. El requebro del poeta rompió la somnolencia de la aldea y entró por las troneras de los soberaos como un rayo de sol.

Desperezáronse los que reposaban blandamente en el lecho de un convencionalismo oscuro y medroso. Fueron más claros los pensamientos, más amables los rostros, más honestas las intenciones, menos ceñudas las miradas del señor y del aparcero.

El cantar optimista del poeta llegó al alma de las buenas gentes: trazó una senda blanca en el bosque inexplorado de las inquietudes campesinas. Tundió al prejuicio y acarició a la humildad. Hizo del yermo una inmensa rosaleta y convirtió en transparentes las aguas turbias.

Aquella voz de hidalgo tenía la dulzura y la misericordia de la casta. Una casta cristiana y amorosa que abrió sus alacenas y sus graneros a los pobres hombres de las aparcerías, enervando sus desmedros y sus pesadumbres.

Allí saciaban su apetito los hambrientos, se vestían los rotos, se consolaban los tristes, descargaban la conciencia los avaros, cantaba la caridad perpetuamente, de noche y de día, el pregón dulcísimo de sus favores.

El poeta no ha perdido tan cabales ejecutorias. En sus largas y tristes jornadas no olvidó los generosos ejemplos del hogar tan señor.

Clavados los llevó en el cerebro y el alma por todos los caminos, por todas las rutas. En la desventura y en las bienandanzas, asiose a tan delicados sentimientos, con todas sus fuerzas, mundo adelante, hoy una risa y mañana un sollozo.

Por eso la prosa y el verso de este literato montañés tienen una hermosa característica: la fe. Una fe cristiana, en el renacer de las voluntades fuertes y honradas. Una fe honda en la magnífica exaltación de los fueros del agro, adormecidos ante los surcos y los aladros; en la muerte del convencionalismo que hace tinieblas, que rompe, que golpea, que escarnece: en la plenitud valerosa de los hombres buenos que martilleen y resquebrajen las atávicas corazas.

Este es el poeta de corazón que parece empujado por el lema gallardo de su casta:

“Adelante los de Mier, por más valer”...

Una escuela

En Cee hay una gran escuela para emigrantes. La hizo un indiano. En Santander se ha olvidado el proyecto de Escuela del Emigrante. Lo que antaño constituyó una gratísima aspiración, ha llegado a ser un agravio. Un punzante agravio para esa mocedad que corre la aventura con las alforjas vacías y el corazón lleno.

El problema social del emigrante está sin resolver en la Montaña. Continúa mostrando sus grandes máculas, arrebujado en la indiferencia cruel de las gentes, que no saben de luchas ni de zozobras.

Nada nos importa que el analfabetismo cruce el mar para caer vencido y triste en la “otra banda”. Ni que el noventa por ciento de los que se atreven a correr el albur, tornen fatigados, con los bríos rotos y las ilusiones descuartizadas.

Marchan los pobres mozos con el alma rebosante. Suelen volver con el alma vacía, lo mismo que los bolsillos...

¡Allá ellos con sus sueños y sus fantasías!

En esta desdichada frase se esconde el menosprecio inconfesable de los hombres, sordos e indiferentes ante las tremendas inquietudes de la emigración. De una emigración desposeída de lo que ha menester para que la lucha sea menos afrentosa y humillante.

En Cee hay una gran escuela para emigrantes. Una escuela con arquitectura de pazo, con magnífico decoro externo, con jardines y rosales. Con aulas pulcras, con mármoles y robles. La hizo un indiano...

E los padres...

Leemos que en casi todas las provincias españolas se ha intensificado la campaña contra el analfabetismo.

Hay que pisotear la costra que esconde la tierra fértil. El analfabetismo es un delito, debe ser un delito, como el hurto y el dolo.

Es menester golpearle las espaldas, y asediarse, y domarle como a un potro y atarle a la noria hasta que deje de ser asno.

En el agro y en la ciudad esa lucha tiene profundas raíces. Es algo tradicional en ciertas desdichadas familias que todo lo supeditan a los brazos y al estómago.

Y así medramos todos y así se rompen la crisma los pobres maestros de escuela, que son los que sufren inmerecidamente las culpas y las desazones.

La solución de este problema está, ni más ni menos, en el radicalismo de la vieja cláusula legislativa.

“E los padres que non manden a los sus hijos a aprender dición, faran gran tuerto al reino e seran castigados con cuarenta azotes e cinco riales de a ocho”...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 21-I-1930.

258.—ESBOZOS. ZÁNGANOS Y SOCARRONES

La Voz de Cantabria, 28-I-1930.

(Publicado con el título de “Los mirones”, en *La Región*, 9-V-1929).

259.—EL CUENTO DEL DOMINGO. ELENA Y MARÍA

La Voz de Cantabria, 2-II-1930.

(Publicado en *Obras Completas*, t. II, págs. 457-460).

Hay muchas cosas buenas en Granada. La Puerta de la Cautiva, la Sala de las Comadres, el Ciprés de la Reina, el Laurel de la Zubía. Hay muchas cosas buenas en la ciudad mora. Bordados en piedra; la piedra hecha versos de aljamía; el espíritu en los adornos de los alminares; la voluptuosidad en los cármenes; el silencio en la mezquita de los nassaries.

Fibras, y arpas y corazón de una raza con la frente tostada de sol y el alma de lumbres... y por encima de estas cosas buenas, la Alhambra con el embrujo de su leyenda y de sus perfumes, de sus surtidores, de sus pájaros. Lugares deleitosos en ambientes tibios y claridades de gracia. Rincones de sosiego, de discretos y amorosos devaneos, cuando había suljames de seda y músicas de linfas claras, azagates de cobre y oro y puertas misteriosas de cedro labrado...

El ayer granadino fue de jilgueros y de guzlas, de versos y de tragedias. Hoy queda el aroma de los siglos en el patio de los Naranjos, en la Sala de los Abencerrajes, en las venerables alcaicerías. Páginas de la historia eternamente abiertas al mundo, con sombras y resplandores, escritas por mucines y abades en capillas y morabitos. Espíritu hecho piedra y bronce. Espíritu en mármol, en ébanos, en baluartes, en fuentes y surtidores. Entre rosas, y arrayanes y murallas, el alma ardiente de una raza artista y poeta, ingeniosa y señora que dio a la piedra relumbres y alegrías de gloria...

Hay muchas cosas malas en Granada.

Las cosas malas de todas las ciudades del mundo. Se acumulan más vicios y pecados que virtudes y bondades. Condición perdurable de todos los siglos y de todos los climas a pesar del optimismo inocente de unos cuantos filósofos y moralistas que pretenden observar en las multitudes reacciones amables y templadas, hacia los caminos blancos.

Hay muchas cosas malas en la ciudad mora. Reniego de viejas supersticiones; llantos de párvulos enjutos y enclenques; diteras avarientas que prestan a duro por real; mozas presumidas que harán jornada en los negros caminos; granjerías inconfesables; celestineos cautelosos. Lo mismo, lo mismo que en todos los pueblos. Siempre crecerán los cardos y los rosales en las tierras de áspero y suave tempero. Aquí un camino tortuoso entre los recuestos desapacibles; más allá una senda entre los campos; allí un cordero; acá una serpiente; arriba una estrella; abajo un volcán. Tal es la vida de dulce y amarga, lo mismo en la ciudad árabe que en las nieves del Norte. Indiferencias, cosas socarradas, entuertos, pesadumbres. Una danza de miserias, un

remolino de ingratitudes, una estruendosa tolvanera de apetitos, de flaquezas, de prevaricaciones, de sobresaltos medrosos.

Y por encima de esas cosas malas un desdichado olvido que trasciende a menosprecio y agravio. Los menosprecios y los agravios de las muchedumbres que pagan las mercedes con palos de felón, y empujoncitos y trampas.

Hay muchas estatuas y pocas estatuas, como hay muchos hombres de bien y pocos hombres de bien, y muchos caballeros y pocos caballeros. No estaría mal una selección de esas estatuas y de esos caballeros. ¡Cuántos bronce caerían de los pedestales y cuántos hombres de bien irían a galeras!

Lo vulgar ha sido glorificado. Muchas medianías tienen su pedestal para pasmo del mundo. Han hecho furor y esas exaltaciones en piedra y en bronce desde el punto y hora en que la vida ha ido amontonando yerbas y yerbas en los almiarés de la vanidad, con impetuoso laboreo, con extraordinaria prisa en el acarrear. Muchas coronas de laurel a la osadía, a la petulancia, a la fanfarronería, a la habilidad. Muchas lápidas avergonzadas en calles y hemicírculos, en plazuelas y en palacios. Hemos sido pródigos y hemos sido mezquinos, excesivamente buenos y excesivamente malos. A unos les hemos encumbrado como recompensa a sus méritos extraordinarios. Otros se han encumbrado cínicamente como justo pago a nuestro encogimiento de hombros, a nuestra transigencia. También hemos levantado monumentos que más valiera no haberlos levantado. Y hemos dejado sin erigir muchos por la sinrazón de nuestros olvidos, por falta de valedores, de paladines; por ignorancia, por abulia, por tacañería. Y así ha ocurrido que muchos gorriones pasan por águilas y muchas águilas de las cumbres no han podido alcanzar esa cima de piedra, y yedra y laurel, de las plazas, de los jardines, como le ha sucedido a don Pedro Antonio de Alarcón, el gran novelista granadino.

Esta falta es una de las cosas malas que tiene la ciudad mora entre tantas cosas buenas. Falta lamentable que creemos enmendará ahora merced a la activa campaña que han emprendido algunos periódicos de la corte para levantar un monumento al eximio poeta, a la vera de los cármenes. Bien está el dinero de la Gran Bretaña en cicerones y hoteleros. Dinero yanqui a trueque de arte, de sol, de belleza. Embrujo de leyenda, espíritu viejo, hechos dólares y libras esterlinas. Pero...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria. 8-II-1930.

Una conferencia sin crócalos ni panderetas; sin revuelo de faralaes, ni llanto de carceleras.

Han dejado en sosiego a las hembras morenas del Albaicín; a los tahures; a los virotes jaques; a los hidalgos que siembran, en las barbas, migas de pan moreno para hacer creer que han comido; los villancicos, las coplas, las seguidillas, los tamboriteros, las sonajas, los palillos. Una conferencia sin Reyles ni Próspero Merimée. Sin zajones, ni charranes, ni embusteros, ni rejas, ni ojos negros, ni estameñas, ni claustros, ni medias verónicas.

La verdad, muy pulcra y muy honrada, ha huído de la "luna de cuero" de García Lorca; de los trajes de luces, de la hipérbole desverganzada, de los bureos gitanos, de los embelecos y picardías, de los amores de pasavolante. No estamos muy acostumbrados a estos ocios de los cascabeleos, de las soleares, de los saltos de garrocha. Son muy pocas las conferencias que acerca de temas españoles se han dado en el extranjero, en las que no haya salido mohina la verdad. En esta oratoria de "cock-tail" y tabaco rubio, se han exaltado los relieves y los artificios plebeyos de una novelería pintoresca, socarrona, mansa o destemplada, con muchos amores dramáticos, con muchas venganzas a hierro y dogal.

La virtud, los limpios privilegios del espíritu, la claridad y la fuerza del cerebro español; las ansias, la ética, hasta la fe y el amor, no han encontrado en esa verborrea desmandada un rincón decoroso, caliente y apacible, donde mostrarse a los ojos del mundo. Ha quedado oculto el joyel y se ha expuesto en el escaparate, entre tapices negros y colorados, todo lo que pudiera servir de afrenta a nuestra dignidad.

Acá nos encargábamos de avivar la lumbrarada con esa literatura de exportación, de ingenios desportillados; de rimero de cuartillas y plato de lentejas; de jarra y odre; de quiebro y tambaleo. Literatura de olla y estómago; sin anhelo espiritual, sin idealidad, sin el bello aderezo del corazón, sin emociones muy del alma, sin reflejos honrados de ambientes y sentimientos. Estraza y pintura de brocha gorda, de calafate. Pintura arbitraria, de líneas desaforadas, de matices absurdos. Los hombres más altos que los álamos; las casas más grandes que las montañas. Muchos toros, muchos panderos, piélagos de manzanilla; piaras y rebaños; escuderos ladrones como los del arcipreste de Hita; tizonas de Toledo y alguna que otra guzla árabe, de ébano y marfil...

Pero esta conferencia de ahora es una de las pocas excepciones. No hay en ella hipérboles ni fobias. La ha dado el comisario de Industria y Comer-

cio de los Estados Unidos en el certamen de Barcelona. En el Exchange Club, de Nueva York, han brillado las cosas buenas de España. Un hombre sincero ha ido a su patria para hablar de la nuestra. Hogaño hay pocos hombres sinceros. También en esto es una excepción el señor Everret Hester. Su sinceridad ha colaborado en la destrucción del entuerto, aderezando un gentil desagravio.

Nada de circos bestiaros, ni de arenas calientes, ni de Cofradías, ni de zarabandas en Eritaña y en el Sacro Monte. Tampoco guitarras y jipíos y plañidos de penas y quebrantos. La estridencia de lo apócrifamente pintoresco no se ha oído en esta ocasión. Se ha escuchado la nota suave, cristalina, entreverada con pensamientos y sugerencias de alta calidad. La leyenda, la vieja leyenda de adarve y rejón, no ha salido a relucir en el Exchange Club. Leyenda de la sierra, de los caminos reales, de los santeros pícaros, de la cle-recía golosa; de las revolveras con manteos de merino; de los ministros con zajones y alamares; de los retraeres superticiosos; de las Universidades con panoplias, picas, armaduras, estoques y capas de torear...

“España —dice el comisario norteamericano— es un país de extraordinaria vitalidad en todos los campos de las modernas actividades. Con Dictadura y sin ella, aquel país noble trabaja, prospera de un modo singular. Es un pueblo laborioso, sin más mácula que el ir perdiendo el tesoro de su romanticismo sano...”

¡Romanticismo! He aquí la verdad. Romanticismo sin octavas reales, ni endecasílabos, ni elegías quejumbrosas. Sin el artificio de la lírica, sin el ropaje de la métrica. Romanticismo fuerte, optimista, cabal, de entraña, de roble, de hierro. Romanticismo al margen de las rimas que a tantos corazones débiles han estrujado. Romanticismo de ideales, de impulsos valerosos, de constancias firmes, de pensamientos delicados, de sinceridades cívicas. Poco estómago y mucho corazón. Más lealtad entre los hombres; más pulcritud en la conciencia; más aseo en la vida interior. Menos hipocresías; menos miedos a costa de la dignidad; menos chismes de corralada; menos osadía en los imbéciles; más recato; menos transigencias con los farsantes y vividores. Más sinceridad, más nobleza, más espíritu. Romanticismo en contra de las avaricias, de las sinrazones, de los agravios, de las felonías. Sentimientos limpios, ansias perdurables, inquietudes generosas. Menos zascandiles con pujos de hombres de pro. Menos inmorales con privilegios de personas decentes. Caminos desbrozados de simples con ribetes fanfarrones. Menos murmurar en tertulias y mentideros. Menos petulantes ociosos. Menos rabadanes. Menos hojarasca. Menos tópicos. Menos cirujanos de honras. Más hombres buenos. Más raíz. Más consistencia en el alma.

Hay más morbos que alas. Abundan los pícaros con trazas de ecuánimes. Nosotros conocemos a muchos pícaros que andan por ahí engañando a los tontos. Una prebenda, una tentación, una merced, y entrarán en otras derrotas más favorables a su faltriquera y a su vanidad. Estos ciudadanos (?) —figurones, hipócritas, forajidos— se han ido formando, espiritualmente, con disciplinas de cintajos femeninos y croquetillas insustanciales de casa de huéspedes. Todo lo han echado en lo externo, en lo fútil, en la envoltura, en el brillo de los zapatos, como las pobres muchachas que sufren vigiliass para comprarse trapos y esencias...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 16-II-1930.

262.—ESBOZOS. LA USURA

Una señorita sevillana —dicen los periódicos— pidió diez mil pesetas a un prestamista, mientras se tramitaba una herencia. La juventud optimista y la sordidez del avaro establecieron un convenio en que —como siempre— la inexperiencia y la necesidad quedaron prisioneras de las artimañas, embelecos y picardías del innoble viejo. Nada tiene de extraño que una señorita pida dos mil duros a un prestamista. Son muchas las señoritas, las señoras y los señores que han venido haciendo lo mismo desde tiempos inmemoriales. La vida, para los que no tienen alcancía, presenta más a menudo los erizados relieves de la inquietud económica que los colores galanos de la abundancia.

Las holganzas forzosas, las hondonadas y resquebrajaduras que nos llenan de temor cuando menos se piensa; las enfermedades, la terrible contrariedad de la cesantía, nutren —¡oh paradoja!— la talega del prestamista neblí, que ata y cautiva con cáñamos y hierros. También los hijos calaveras de las familias hacendadas y las alcurnias que quieren mantener su atuendo, a costa de sabe Dios qué dogales y qué humillaciones, llenan las arcas de la usura desvergonzada del mil por ciento.

He aquí un negocio extensísimo, de enorme amplitud, híbrido y usurpador, que medra y se pone orondo con las lágrimas, con la crápula, con la vanidad de los lustres y señoríos desmayados... Industria cautelosa, de guardilla y mechinal, que vive, y se solaza y se pavonea con los dolores del prójimo, con las juergas de los señoritos desmandados, con los quebrantos de la aristocracia venida a menos a fuerza de ocios, de deslumbres y de hipotecas.

Estampas judaicas que recuerdan los cofres del Cid. Arcas ferradas en lobregueces y angosturas. Tentáculos cruelísimos que aprietan y ahogan. Atavismo de túnica y candil, de instintos implacables contra las existencias medrosas y doloridas. Símbolo milenario de acero y sillar, de hielos y pedernales, que la Humanidad no ha sabido convertir en cenizas. Un símbolo de conciencias desaseadas, tremendamente turbias y materializadas, horras de claridad y de misericordia.

En la usura se reconcentran las iras y las destemplanzas de los hombres contra los hombres; las idolatrías y las exaltaciones más inconfesables. Garras y dientes, sigilos y recelos, zarpas y sobresaltos. Antítesis cínica y solapada de una virtud que previene y conserva discretamente, sin menoscabo del espíritu y de las pesadumbres ajenas...

Las diez mil pesetas de la señorita sevillana —dicen los periódicos— se han convertido en cincuenta mil en el libro oscuro del Leví.

En noventa días se amontonaron los intereses hasta formar una montaña de multiplicaciones arbitrarias, elevadas a una potencia descomunal. La elevación a potencias de la debilidad más sentida y gloriosa del usurero. Su sibaritismo está encerrado en ese ascender presuroso de los números, hasta llegar a las cestas doradas de una quimera voluptuosa, llena de ocios y de deleites. Las ansias, cada día más recias y violentas, forcejean en el alma del avaro, más fuertes y perseverantes que las ilusiones del amor y de la felicidad en un corazón mozo.

Usura equivale a egoísmo cerebral, al egoísmo de todos los sentidos espirituales desequilibrados. Gula de pupilas ansiosas, de olfato inquiridor y goloso; de dientes entrepillados y groseros; de manos hábiles para el despojo de la hacienda ajena.

Todas las ambiciones y todos los apetitos experimentan el estímulo sugestivo del entendimiento y de la voluntad. La ambición y los apetitos del prestamista sórdido y clandestino, además de esos anhelos de las potencias, sienten perpétuamente el impulso morboso y pecador de las sanciones más ocultas, de los pensamientos más secretos, de las esperanzas más escondidas. Conciencia, espíritu y corazón. Toda la vida interior, todas las fibras, todas las ideas, todos los propósitos, están movidos por una misma causa de avaricia. Idéntico resorte para el cerebro y para el alma. El espíritu y la carne se olean en análogos aires. Es una concordancia anormal, inconsciente, aviesa, que jamás prevarica. Cauce pedregoso y río turbio, sin remanso. Víbora que se escurre y ladrón que se emboza. Unanimidad formidable del temperamento, de la educación, del instinto. Quietud asombrosa en los sentimientos pulcros. La astucia y la audacia formando una coyunda apretada que nunca desatará el arrepentimiento.

Multiplicaciones y productos caprichosos en el libro oscuro y manoseado del pupitre encubridor y polvoriento, que sabe de muchas amarguras, de muchas tragedias, de muchas llagas y temblores...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 22-II-1930.

263.—EL CUENTO DEL DOMINGO. “EL SOBEO”

Sobeo: sogá que se emplea para sujetar el yugo al cabezón del carro.

I

Tía Juliana, nuestra buena patrona en Marzales, ha ido a misa del alba. No es gazmoña tía Juliana, pero sí creyente. Cristina vieja, con cordón de San Francisco y perpetuo novenario.

Ya han salido los pájaros a buscarse la vida, cuando regresa la señora ama. Se desperezan las vacas y los rebaños con mucha diana de cencerros y campanillas.

Tía Juliana torna desazonada. No sabemos qué le habrá pasado a tía Juliana en el templo, en el porche, en la calleja. Rezonga la bonísima vieja en la sala y en la cocina. Su andar es más ligero. Son bruscos los ademanes de tía Juliana cuando se enoja. Nubes de verano son sus enfados. Leves momentos de pasos presurosos de la cocina a la sala y de la sala a la cocina. Un paletazo al gato rojo que busca refugio en el sobrado. Alguna escudilla rota. Alguna fuente que se quiebra. Después viene el remanso. Otra vez la paz y el sosiego. Tornan a mirar sus ojos con indulgencia. Vuelve el gato a la cocina. Barre, con la escoba de brezos, los cascós de la tarreña quebrada. Todo en silencio, como llena de pesadumbre. Más tarde, ríe. Una risa suave, agridulce, de calma en la vida interior. Risas de las viejas que se asemejan a las de las niñas.

No sabemos qué la habrá sucedido a tía Juliana tan de mañana. Abrimos de par en par el ventano. En la parra, sostenida por horcas, pían, pían los gorriónes. El viento que ha rastrillado la nieve de las crestas, mueve las hojas de los frutales del huerto. De un manzano torcido, como el huso de una almanzara, caen muchas flores blancas.

II

—Estamos dejaos de la mano de Dios, señor. Los pecaos mos echan el venenu en las mismas entrañas... No somos agradecíos ni bien intencionaos. ¡Majoma de ladrones que too lo apañan!... Al señor cura le robaron el sobeu. Al señor cura, que es un santu de bendición... Estoy pasmá... Si no lo veo no lo creo...

Tía Juliana está pasmada porque hurtaron el sobeo de la yunta del buen párroco de Marzales. Hay iras leves en los ojos hundidos y temblores en las manos flacas...

—Mira que robar el sobeu al señor cura... Me se escapó un ¡majoma! al pie de la pila del agua bendita... Que el señor cura me lo perdone... A doña Rudigundis, la hidalga, se la cayó el libru de las manos... El señor cura dio un pescozón al sacristán... ¡Mal negociu cuando el venturao del señor cura da pescozones a los sacristanes!

Mientras parla, tía Juliana arrima unas trébedes a la fogata. Entran por la tronera los primeros rayos del sol y resbalan en las paredes ahumadas. Abandonan los rediles las mansas recillas, levantando tenues polvaredas en los portales.

—Pos sí, sí... A doña Rudigundis se la cayó el libru de las manos. El sacristán diz que jueron los gitanos que van de pasu. ¡Como si no hubiera gitanos en Marzales! ¡Ave María! A nadie se le ocurre dejar el sobeu en mitá del portal. Es lo mesmu que poner los pollos a tres pasos de la rámica...

Salen los fisanes de la aspereza de sus cáscaras mustias, en manos de la vieja. Unos fisanes blancos, redondos, que se crían en las mieses de Marzales, arrodrigadas las plantas con varas de avellano.

III

—¡Han robau el sobeu al señor cura!

—Ya lo sabía...

Se lo dice una moza esmirriada a otra moza pulida.

La tolvanera de las gentes arma remolinos, asola, arrastra, retiembla. El sobeo y el clérigo dan tumbos y quiebros en esa tolvanera vertiginosa. Rumores de ociosos en las tabernas. Murmullos de viejas en las cocinas. Risas de mozos pícaros. Guños de mozas resabidas. Barbulla en los mentideros...

—Al señor cura le robaron el sobeu...

—Ya lo sabía...

Se lo dice una anciana de nariz picuda y saliente barbilla, vestida de negro, a otra anciana de las mismas trazas. Ambas tocan pañolones oscuros.

Sigue gimiendo la estruendosa tolvanera. Siguen dando tumbos y quie-

bros el cura y el sobeo. Hay alegrías en los ojos malignos y pesares en los ojos mansos. Maraña de palabras y palabras, en corrales y molinos, en chozas y majadas.

—Robaron el sobeu al señor cura...

—Noticia fresca...

Se lo dice una comadre despeinada, obesa, de chambra maltratada y mandil sucio, a otra comadre de revuelta cabellera que tiene los ojos como la escoria de una fragua. Después se hablan al oído y se ríen. El viento zarandea sus faldas. Tornan a hablarse al oído y tornan a reirse. Se despiden con un guiño las dos comadres de las chambras maltratadas. Dan cinco, seis, siete pasos. Arrecatan los rostros y se miran mal intencionadas. La una pone el índice en los labios. La otra hace lo mismo. Ligeras se pierden en las callejas. Son muy amigas las dos comadres. Reparten el anisado y el vino dulce...

No cesa, no cesa la tolvanera. Chasquidos, rumores, escuchos. Orgías de las lenguas, bajo las campanas del hogar. Entre morteros y pócimas se habla en la rebotica...

I V

Misa mayor. Se dijo la del alba en una capilla de suaves penumbras, a la orilla del río. Al repicar de los bronces llega, endomingada, la feligresía. En el huerto de la iglesia —mitad jardín, mitad hortaliza— se columpian las cimas agudas de unos cipreses. Dicen que fue camposanto, en lueños tiempos, el huerto de la parroquia.

No abundan las remontas, ni las sayas coloradas, ni el pico en las boinas negras, en las boinas azules. Requilorios y bordoncillos modernos en paños y lienzos viejos. Elásticos de bayeta amarilla con surcos y motas, arrugas y recosidos. Albarcas; luengas ringleras de albarcas a lo largo de los bancos de piedra, bajo los nidos de las golondrinas. Algunas capas verdosas. Algunas fajas. Algunas mantillas. Rostros cárdenos, chupados, como los hidalgos del Greco. Caras llenas. Cuellos sanguíneos y rollizos. Semblantes de pícaros del siglo de oro. Labriegos de trazas nobilísimas, que hacen pitillos con la envoltura de las panojas y los encienden con yesca recocida...

Misa mayor. Tornan a repicar las campanas. Llega el bonísimo párroco grandote, moreno. Se llama don Juan. No sabe muchas teologías ni muchos latines, ni ha posado los ojos en los sermonarios. Ni falta que le hace. Tiene un gran caudal de virtudes y de bondades. Ha sufrido muchas aguas su manteo de merino. Don Juan es un clérigo campechano. Breviario, sesteo, caridad, mucha caridad. Bromista y locuaz sin menoscabo de la sotana. No toma el

chocolate en casa de los ricos. Un día le vimos llevando, en las espaldas, el haz de leña de un zagal enclenque.

V

Ha terminado la misa mayor. Don Juan ha advertido a la feligresía que le espere en el porche, enlosado y espacioso. Tiene que hablar a los hombres y a las mujeres de cosas de alta calidad, al margen del Doctrinario y del Misal.

Míranse los unos a los otros los feligreses de don Juan. Los críos, retozones. Avanza el buen clérigo hacia las gentes silenciosas. Avanza gravemente, con lentitud, dando muestras de gran enojo, con los ojos clavados en las losas. A los críos que respingan a su paso, les da con el bonete en la testa. La sorpresa se refleja en todos los rostros. Es una incertidumbre amarga como el zumo del euforbio. Unos tienen la frente abatida. Otros yerguen la cabeza y miran con firmeza al viejo balandrán del señor cura. Silencio de claustro, de capilla, a media noche. En medio del silencio, la voz recia, pausada, contundente del párroco de Marzales, puestas las pupilas en la lejanía:

—El que me robó el sobeo
él me mira y yo le veo,
y si no me le vuelve a casa,
ya verá lo que le pasa...

Se miran unos a otros. Se miran las mozas, se miran las viejas y las comadres y los hombres. Don Juan vuelve a la sacristía repartiendo bonetazos a los muchachos. Otra vez el run run de los feligreses sorprendidos. Hay manoteos y miradas recelosas. Los unos recelan de los otros. Chocan las sospechas, se confunden las suspicacias.

Ya en la sacristía, el buen clérigo muerde los picos de su bonete. Se encoge, se retuerce, se apoya en los armarios de color ceñudo. Muerde el merino del balandrán con más fuerzas, con más ansias. Una carcajada estruendosa, prolongadísima, que hace retemblar las vinajeras y los ciriales...

VI

Tía Juliana ha ido a misa del alba. También doña Rudigundis, doña Crisanta, doña Enrica, don Heraclio... No se ha quebrado ninguna tarreña. Mientras atiza las árgomas espinosas y las astillas de roble, nos dice las buenas cosas de la misa primera:

—Ya apaeció el sobeu del señor cura. Me lo dijo don Heraclio, en el pórticu de la iglesia. A don Heraclio se lo dijo el mismu don Juan en la sacristía... Diz que cuando salió de la casa rectoral, a la madrugada, vio al sobeu puestu en el mismu sitiú de onde le robaron...

Más diana de cencerros y campanillas. Ya han salido los pájaros a buscarse la vida...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 2-III-1930. (Vid. núms. 71 y 108).

264.—ESBOZOS. LA GRAN CARETA

Todo el año Día de Reyes. Todo el año pródiga sementera de cosas dulces, de granos de oro. Todo el año Día de Reyes para las ansias de los niños pobres.

Siembra amable de las cosas buenas del corazón en el surco de la infancia cautiva. Siembra eterna de fervores apacibles, de bondades anchas y florecidas, de pensamientos fecundos, de anhelos y propósitos vestidos de blanco.

Un cielo azul de nubes mansas, de serenidades alegres, sobre las casas de la misericordia. También calorcillos de espíritu; soplos tibios de piedad suprema; ventales del amor de Dios y de los hombres. Candelitas siempre encendidas que alumbren el camino, y doren las sensaciones y purifiquen los sentimientos. Hogaza cotidiana con brillos y levaduras de alma. Vino de corazón en el odre inmenso de la caridad, hecho de entraña y de espíritu...

Todo el año Día de Reyes. Iniciativa inefable de Antonio Zozaya, el de los deseos limpios y generosos.

En tan altas ideas toman el sol las pesadumbres, se olean las llagas de carne adentro, se enervan las nieves, resucitan las esperanzas, viven y cantan, como pájaros en rosaleta, los fuertes alborozos de los que esperan.

En la sencillez de la frase, hay un nido infinito de ternuras, de calor y de miel para los niños que andan y andan con el leño a cuestras. Palabras de arpegio, de regazo, de escanillo, de almíbares. Palabras que mecen y cantan, a lo divino, en una senda de estrellas y resplandores.

Las vidas de los tristes sueñan con esos arpegios, y esos regazos y esos luceros del gran escritor. Es un sueño de obesión peregrina en tinieblas de hospicio y hogar desnudo. Las fantasías y los apetitos en agraz, van aderezando ilusiones trémulas, que nunca gustarán un sorbo de buena ventura.

Esperar, esperar siempre a los Reyes Magos. Y nunca llegan los Reyes bondadosos con la gloria definitiva de sus regalos de gracia. No les place a los hombres que todo el año sea de Reyes para las angustias y los gemidos. Ellos no sienten el eco largo, largo de las voces que plañen miserias. Ni el rumor de la querella temblorosa, ni el último crepitar de las lumbres que se apagan. La comodidad embota las lástimas, olvida, sesteá. Tiene una coraza donde se rompen las jaras y las piedras. No ríe el sol tras esas celosías del sibaritismo embozado en manteles de colores optimistas. Son amargas las visiones oscuras, enmarcadas en lutos intensos y trapos desgarrados Dios sabe por qué navajas y saetas.

Hay que apartar las pupilas de esos panoramas mustios y desolados. El drama acongoja, remuerde, enfría, escarcea, con su mano dolorosa, en los escondrijos de la sensibilidad. Es mejor el sainete que regocija el ánimo y recrea los sentidos, con risas y cascabeles.

Antonio Zozaya lanza la iniciativa envuelta en fervores y claveles.

La honda conmiseración del alma se refleja en la prosa de buril y yunque del maestro. Golpea y golpea en la piedra grosera para inculcarla pulimento y hermosura. Golpe en el hierro para domarle, para retorcerle, para templar su rebeldía y vencer su dureza.

Después la paleta y el pincel. Son cuadros y lienzos sin límites. Todo el Universo vibra en ellos con vibraciones de oro, de plata y de bronce. Rebra- midos de aguas y vientos con furia de apocalipsis. Pinturas infinitas, con colores alegres y sombríos, trazadas en la áspera corteza del mundo.

Todas las pesadumbres y melancolías del espíritu: todos los ardores, todos los frenesís. Todas las zozobras del corazón, plasmadas en cuadros recios y suaves, en el haz de la tierra, en polvo y roca viva, en linfas y arenas.

La llama luchando con el hielo, el neblí con el águila, la noche con la aurora, el bien con el mal. En lo alto, una luminosa argentería de ideas recatadas y nobles, con alas y ramitos de olivo. Y abajo, es las anchas espaldas del globo, el centauro de las pasiones soberbias, galopando furiosamente, en medio de las bellaquerías, de las locuras, de los harapos, de los armiños, de los hombres y de los brutos...

Todo lo abarca este pincel de claridad y de gracia, señero y amoroso. Ahora busca ambientes de soledad y de refugio. Pretende hacer más grata la soledad, más caliente el refugio, más suave y liviano el cautiverio de los niños.

Todo el año Día de Reyes para las criaturas de hospicio y de hogar desmantelado. Todo el año alegrías y rosales, ternuras y caricias blandas. Todo el año gorjeos y campanillas de gloria. Un inmenso panal para la infancia

desvalida. Que todas las auroras rían en el alma de los niños. Todos los días regalos y bondades. Que la jaula se colme de mercedes, de haces de misericordia, de rayos de sol, de sueños azules: cartones y trapitos de los juegos infantiles, que aderezan la felicidad de la inocencia.

Hay rasgos sublimes en este lienzo esplendente de Zozaya.

Colorido de vergel, en fondo de esperanza. A un lado, bajo un cielo turbio, los espinos y las tueras que plantan y cuidan los hombres ceñudos y soberbios. Muchas estrellas y muchas nubes claras. Pródigas las aguas cristalinas que fertilizan las templanzas y los amores buenos. Albercas y arroyuelos de llanto. Huellas de pies desnudos en la nieve y en el lodo. Desgaraduras y surcos de lágrimas en los rostros de los infelices. Remansos, pocos remansos, de rocíos y de lluvias benéficas donde bañen sus penas los sin ventura. Aquí un quebranto y una caída y un agravio. Allá, en alba de estío, entre el vaho de la tierra que se despereza, la faz lívida y enjuta de una orfandad maltrecha, que anda y anda medrosa y abatida, con haz de rastrojo en las espaldas.

Quimeras del espíritu con ilusiones de azucenas. Ansias de viejo con bríos mozos, en las mansiones secretas del espíritu. Quimeras y ansias que podrían ser realidades si la humanidad no echara en la existencia y en los ambientes y en las cosas el zumo áspero de sus avaricias y egolatrías...

No serán todos los días, días de Reyes. Pero sí será todo el año Carnaval.

La cobertura del mundo es una gran careta, que va de polo a polo. Sobre los meridianos, como techumbre que oculta y preserva, otro globo de cartones y percales. Dos mundos en uno. Un paralelo geográfico, fiel, inamovible; otro paralelo psicológico, falso, movedizo, sin reposo.

Es más fácil vestir el cuerpo que descubrir el alma.

Todo el año será Carnaval. No serán todos los días, días de Reyes. El ansia dulce de Zozaya es la desdichada antítesis de la frase de Fígaro. No se encenderán las candelitas para alumbrar el camino y dorar las espigas. No serán los años pródigos en sementeras de las cosas buenas y los granos de oro, con que sueña el viejo solitario...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 8-III-1930.

Una dama ateniense ha dado una bofetada a un ministro por oponerse a la concesión del voto a la mujer.

El hecho, en sí, no tiene importancia. Son muchas las mujeres que dan bofetadas a los hombres. Y esos hombres, a lo mejor, son los que más gritan, los que más vociferan, los que más gesticulan entre los otros hombres.

Las iras contenidas en el hogar, entre sopapos y empujoncitos, con los ojos encendidos de rencor impotente, se desbordan en la calle... No hay nada más terrible, más intransigente ni más hosco que un hombre agredido por mano blanca.

Intransigencia, hosquedad y cólera de puertas afuera, lejos de los pellizcos, de los torniscones, de las sacudidas violentas, que encorvan y zarandean en carrejos y rincones, salas y cocinas...

La mansedumbre del varón que tiene esas flaquezas es infinita, como la envidia de los pobres de espíritu y la vanidad de los engreídos y petulantes. Condición de entraña, de medula, de entendimiento y de alma, difícil de extirpar, sin un respingo de rebeldía, sin un leve insinuarse de la dignidad medrosa y consumida, a fuerza de cadenas y disciplinas.

Silencios, y querellas y lamentos, en el hogar, cuando la hembra tunde y golpea y empuja. Más silencios y más querellas... Tolvanera de bufidos, espumarajos y empellones. Rumor de súplicas, de arrepentimientos sin pecado, de suspiros, de jadeos. Los últimos restallidos de la tormenta. Es posible que la tempestad torne en seguida, con más furia, con más centellas y estruendos...

El hombre vencido, descuajaringado, suspira y vuelve a suspirar. No le duele la conciencia. Siente el escozor de los desgarrones en la carne afrentada. Arregla sus vestiduras, su cabellera mesada y borrasca. Y sale a la calle. Y en la calle suele vociferar y gallardear, como un fanfarrón de Oporto. Las huellas que han dejado en el semblante las manos blancas, son golpes de puños varoniles, en lid de amores y conquistas. Se ríe pícaro. Su mujer es una santa mujer. Tiene muchas mieles su mujer. Sabe perdonar sus devaneos, sus canas al aire. Le escuncen las desgarraduras y se ríe, se ríe. La mansedumbre quiere aparentar rebeldía. Riñe, gesticula y no transige, hasta que otro habla más recio. Entonces recuerda y calla. A medida que anda, de vuelta a su casa, va inclinando la maltratada cabeza, que sí irguió altanera, en la tertulia, en el taller, en la oficina. Llama suavemente. Torna a llamar más quedo. Otra vez llama con más sigilo. Los golpeitos leves, tímidos, casi apagados son su temperamento. Cada vez más débiles, más trémulos, más suaves. Hasta en

el golpear de los picaportes se conocen las templanzas y las debilidades de los hombres...

El hecho, en sí, no tiene importancia. Son muchas las mujeres que dan bofetadas a los hombres. Pero sí tiene importancia la causa de esa agresión en el Parlamento helénico.

La adquisición de un derecho, bien vale una bofetada. No recordamos quién escribió esta frase que no es nuestra. En este aspecto del derecho son muchos los trompazos que nos hemos dejado dar los hombres.

Igual que el hombrecillo que llama a la puerta de su casa, cada vez más quedamente, más medroso, con estremecimientos y temblores... Hemos puesto el rostro al alcance del puño. La fuerza nos ha dominado y hemos reído. Rebeldías deslavazadas, sin cohesión espiritual, sin unanimidad en las lides. Voces sueltas aquí y allá. Ansias cautivas. Resuellos sofocados por el temor. Más chasquidos de bofetadas, infinitos y perseverantes chasquidos de bofetadas...

La mujer griega ha dado un puñetazo a un ministro por la negativa de un supuesto derecho. Los hombres de por acá hemos soportado la agresión y nos dejamos desposeer de lo que esa hembra reclama tan categóricamente. Antítesis desdichada que nos llena de rubor. No sabemos si nos colmará de arrepentimiento.

Querellas, lamentos, resignaciones. Nada más que querellas, lamentos y resignaciones. Y más bofetadas, más suspiros, más desgarraduras, más mesar las cabelleras, más disciplinas y celosías.

La fuerza a veces —muchas veces— tiene uñas y mañas de mujer. Idéntico abuso con las flaquezas de los hombres, con su paciencia, con su temor, con su abulia. Y los hombres, temen a la fuerza como el varón sin bríos a la hembra que le domeña y le pellizca y le arroja a un rincón... Golpecitos quedos, tímidos, casi apagados. Rebeldías sueltas, en desierto, sin los entrelazamientos de las ansias colectivas, enervadas por el temor y la zozobra...

En Liverpool —leemos en los periódicos— las mujeres han fundado un Sindicato para defender el uso de la falda corta. Discursos, algaradas, protestas.

Unas defienden el voto y otras las faldas, con el mismo brío, con la misma perseverancia, con idéntico coraje.

Los hombres no hemos constituido asociaciones para mantener íntegras nuestras vestiduras. Así andan de sueltas las pretinas. Y es menester apretarlas más para que no se caiga lo que no debe caerse nunca...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 16-III-1930.

Dice un periódico de la corte que la infancia anda descarriada. Hay algo de hipérbole en esta afirmación pesimista.

Las sendas blancas de la niñez las tornan cenicientas los hombres. Las retuercen y las hacen pindias los que debieran plantar rosaledas en las orillas y rastrillar los guijarros del polvo.

Los desmanes de la infancia —pobres desmanes de los espíritus tiernos— son estímulos que siembran la juventud y la edad madura en las besanas de todas las tierras... Desmanes de la palabra, desmanes de las intenciones, desmanes del entendimiento y del corazón.

Los pajaritos que acaban de salir del nido picotean en la sementera de los pájaros viejos; abren las alas en los mismos ambientes, aplacan la sed en idénticos arroyos, llevan en el pico las mismas yerbas.

Las aguas pueden ser turbias; oscuros los ambientes; amargas las yerbas. También pueden ser claras, transparentes y dulces... Pero son más pródigos los oreos en riberas mustias de légamo, que en la campa verde, bañada de sol, en tierra de gracia, con suavidad y rocíos brillantes.

Se refleja en el alma de los niños el ansia de los hombres. Se reflejan en su corazón las cosas buenas y las cosas malas. Las avaricias, las tristezas, las alegrías, los quebrantos, los apetitos, las virtudes, las destemplanzas. Así milan las conciencias en agraz los venenos o las mieles, las serenidades, las rebeldías, los ocios, los dinamismos, las zozobras, los desmayos, el anhelo que purifica, el ansia que entorpece y quiebra.

Allí donde van los hombres irán los niños. Allí donde anidan los pájaros viejos anidarán los pájaros nuevos. El mismo camino, la misma jornada, las mismas huellas.

En las almas infantiles se aselan y se calientan las tinieblas o los resplandores que salen —cotidianamente, a todas las horas, perseverantes, crueles o amorosos— de los espíritus que ya no son niños.

Líneas calcadas de páginas firmes, de páginas temblorosas, negras o azules, finas o ásperas. Letras enérgicas, de perfiles intensos, pulcras, de bello relieve. Renglones torcidos, débiles, apagados, trémulos. Así los hombres y los niños. Copia exacta, íntegra, de una pintura hórrida o amable, con colores optimistas o colores zafios...

Está en decadencia el respeto a la infancia. No es hiperbólica esta afirmación del periódico madrileño.

La vida moderna —gran cerebro, corazón diminuto— señala a los niños

y a las niñas las múltiples asperezas que las manos burdas posan en el camino.

La ineducación de los mayores —mezcla de jactancias, de simplezas, de apetitos, de atrevimientos desaseados— es la vendimia que recoge la niñez. Vendimia de cosas ingratas, de sensaciones y pensamientos sin alas, con el artificio del cerebro, sin el soplo de gloria del espíritu.

Herencia añeja, grano venerable que fructifica y medra en los corazones tiernos. Sementera híbrida, que produce cardos y espinos, rosas y hortigales, helechos y campanillas... Más cardos que rosas. Más espinos que malvas.

Es una excepción la vendimia de las cosas buenas.

En esa decadencia del respeto, del tino amoroso, de la tutela apacible y perdurable, se engendra el desmán precoz de la infancia.

Precocidades del lenguaje, de las picardías, de las cautelas egoístas, de las mañas y embelecos con que nos engañamos, los unos a los otros, en el complicado laberinto del mundo.

Los hombres trazan y los niños copian. El discernimiento está en pañales, como la esperanza y la voluntad. No saben las criaturas dónde está la verdad y la mentira. Gustan los niños de seguir las rectas o las ondulaciones de los hombres. En ellas está su porvenir espiritual, su deleite o su amargura, su cautiverio o su libertad, el panal o la hiel, el oro o el hierro...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 23-III-1930.

267.—ESBOZOS. EL ORGULLO

Leemos el siguiente telegrama de Londres:

“Las estadísticas de los servicios municipales han comprobado que más de cinco mil niños de los barrios pobres están mal nutridos. La información ha revelado que la mayor parte de esos niños pertenecen a familias que han gozado de una posición desahogada y que emplean los recursos que les han quedado en sostener las apariencias de una vida fácil.”

Lo mismo en Londres que en Santander... En todas las ciudades abundan los pobres vergonzantes, los pobres que fueron ricos. En todos los pueblos, las apariencias y los temores, el orgullo y la vanidad, esconden secretamente los despojos, los restos, las migajas, las huellas oscuras de pasadas abundan-

cias. Un día se seca el manantial y se apaga la lumbre. La riqueza se torna en escasez, la comodidad en aspereza, el optimismo en amargura. Llega la ingrata sorpresa por complicados caminos, como llegan casi todas las cosas buenas y casi todas las cosas malas de la vida. No hay poder, ni esfuerzo, ni voluntad que detenga el correr lento o vertiginoso de la tremenda amenaza. Se abrasan los ánimos en crueles llamas. El estupor araña en las potencias, consume la esperanza, se refleja en las pupilas, tiembla en el alma, deja caer gotitas de hiel en el corazón. Todo se cambia de la noche a la mañana. La sensibilidad, en desmayo, siente sensaciones y estremecimientos que no ha sentido nunca. Las sensaciones y los estremecimientos de la pobreza, que no sabe a dónde volver los ojos, que busca y no encuentra, que ansía y no se satisface. Los negros relieves de la vida comienzan a mostrar sus hoscas filos, entre las ruinas de las taraceas, de los joyeles, de las maderas de rosál, de las sedas y alcatifas. Se inicia otra jornada en desaciertos sobre aquellos filos que desgarran, entre aquellas arenas que ciegan, cerca de aquellas aguas calientes. El recuerdo de la felicidad es una llaga eterna que duele en todo el camino, en los ocios y en los trajines, en la sonrisa y en el llanto. Dos llagas, dos mortificaciones, dos pesadumbres. Llagas de vergüenza y de añoranzas, unidas por un tajo de cobardía, cada vez más doloroso y más hondo.

Se cuentan y se recuentan los pocos caudales que se han salvado del cataclismo. Tiemblan las manos al contar y recontar. Los pensamientos, las inquietudes, las esperanzas... Todos los pensamientos, y todas las sensaciones y todas las zozobras, se ponen en aquel amarguísimo arqueo de la diezmada hacienda. En los caudales postreros, se reconcentran, trémulos y ardientes, los apetitos, los sobresaltos, las calenturas, los escalofríos. Toda la vida está puesta en el recuento. Lo suave y lo áspero, lo parco y lo avariento, la carne y el espíritu.

Algo se ha salvado de la bancarrota. Dentro de la congoja respinga y calienta un rayito de alegría. Brilla, entre el polvo, una molécula del oro perdido. También brilla en los ojos el aliento que da esa molécula que resplandece en la ceniza. El ánimo resucita con mucho aderezo de alivios y de consuelos. No se ha perdido todo en el descalabro. En los pliegues, en los rincones, en el escombros, han quedado unas candelitas que alumbran tímidamente el nuevo camino. Caudelitas leves, mortecinas, vacilantes, sin vigor en la luz ni en el pábilo.

Algo estimula al corazón y a la vanidad. No está mal un pequeño remanso en el cauce del rabión que todo lo arrastra. No es grano de anís un poco de serenidad en medio del estrépito. Queda un adarme de hacienda. Queda un átomo al que asirse para mantener el decoro externo. Unas pesetas, unas po-

bres pesetas para engañar al mundo con el brillo aparente de unos arreos desgastados. La alacena está vacía. No importa. No importa que la alacena esté vacía. El decoro rebosa. El orgullo se sacia. La vanidad engorda. No hay manteles, ni viandas. Pero sí tapices en todos los aposentos y guadamecil en todos los sillones. Pocas mantas. Muchos fililíes. Poco pan. Mucha altivez. Poco sosiego en la conciencia. Muchas sonrisas en los labios embusteros... ¡El decoro, el decoro...!

Y ese decoro es el hambre de los niños a que alude el telegrama de Londres. El hambre de los niños de muchas partes. El orgullo enerva los sentimientos, nos hace crueles, embota la misericordia. Ese decoro, torpe y egoísta, mezcla de vanidades y de sutilezas estúpidas, es la vigilia espantosa de los hijos. De los pobres hijos de los vanidosos venidos a menos, capaces de cambiar la hogaza y el lecho por el falso brillo de su señorío.

Camino amplio es este de degeneración espiritual, con muchas bifurcaciones y escondrijos. Cotarros y andurriales de la pobreza vergonzante, que aniquila a sus retoños, que guarda la miseria debajo de las galas, y las penas detrás de las sonrisas. Decoro de hambres, de angosturas, de fríos, de cobardías, de ayunos, de arideces, de temores. Decoro a costa de desmayos sigilosos, de apetitos no saciados, de renunciaciones y fatigas. No importa que los hijos suspiren y vuelvan a suspirar. El orgullo es inflexible, soberbio, perseverante en su crudeza. Que nadie sepa de aquellas miserias, de aquellas íntimas congojas, de aquellos secretos desastres. Buenas vestiduras para cubrir la necesidad. Sillones de guadamecil. Juegos de te. Flores en los búcaros. Adornos y alfombrados. Telas señoriles. Que los trapos escondan el hambre a los ojos curiosos del mundo. Que resplandezcan los metales y brillen las tablas del suelo, y las pucheras vacías. Viejo prejuicio de una dignidad mal entendida, extraviada, que pone la apariencias, el ropaje, la cáscara, por encima de todas las cosas. Que las gentes envidien y no compadezcan. Acallar los sufrimientos y las quejas con mordazas de orgullo. Indigencia de corbata y mantilla, que todo lo aguanta, que todo lo soporta, que se consume y debilita en lumbres de vanidad...

Caen los pobres retoñuelos de los orgullosos, tristes y anémicos. Unos llegan a hombres. Otros se quedan en el camino. Sus padres les hacen caer sobre aquellos filos negros. Hay profundas tristezas en los rostros de las criaturas. No importa, no importa... Nada importa mientras haya galas que lucir, dulces para las visitas, plata y oro en los dedos, pulcritud en la envoltura, féretros de madera cara cuando llegue la muerte...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 3-IV-1930.

268.—ESBOZOS. TROVADORES

La Voz de Cantabria, 10-IV-1930. (Vid O. C. págs. 547-550).

269.—ESBOZOS. VALERA Y MENÉNDEZ PELAYO

Confidencias y alientos recíprocos de dos grandes hombres. Dos vidas, una joven, en amanecer de gloria, desaliñado el ropaje, pulcro el corazón y limpio el espíritu, con un lucero de esperanza, con otra luminaria en el entendimiento y muchas candelas y muchos brillos en la vida interior. Vieja la otra vida, pulcra en la envoltura, catadora de muchas cosas buenas y muchas cosas malas, con lumbres de ingenio, andariega, inquieta, perezosa, con nieves y pesadumbres. Un camino que se abría en tierra blanca y una senda cada vez más angosta, más ondulante, más tortuosa, en terrenos cenicientos, que se iba acabando, acabando, con la fortuna de los amores, de las lisonjas, de las ambiciones. Joven del Norte y viejo del Sur. Fortaleza de Peñas al Mar en el alma del mozo. Melancolía de braña, dulzura de ribera apacible, templanza delicada, oreo de mieses, de agreos, de crestas vestidas de blanco, de huertos y solanas. La reciedumbre y la firmeza del solar, en el espíritu. Alientos de estas frondas, caricias de estos aires de gracia, ventalle de estos alcores con cimera siempre verdes. Rabión y remansada, según los vientos y los hombres. Tradicionalismo de oro y de bronce, de claustro y de gesta en el surco del mozo montañés. Un tradicionalismo sin celosías, sin armadijo, sin cautelas medrosas, sin escondrijos y recovecos en el camino. Las buenas cosas de antaño con las expansiones buenas de los tiempos nuevos. Tradicionalismo al margen de la intransigencia hosca, destemplada, entre suspicacia y recelo, con saetines y postigos cerrados, toscamente, para que no entren las inquietudes del mundo... Voluptuosidad de arrayanes y limoneros en el viejo del Sur. Devaneos y aventuras en largas jornadas por la tierra y el mar; en la "Gran Celestina", de Europa, en los lugares y colmenas de más estruendo y deleite. Ingenioso paradojista, con abulia en la entraña y apetitos insaciables en el corazón. Otros ideales y otras ambiciones las del viejo. Por encima de esas pulcritudes externas, de las malas andanzas, de las pulidas cortesanas, de las paradojas y perezas, las mieles del corazón y la pujanza del ingenio en rimas y novelorías perdurables. Fantasías, lumbres, retozos y tragedias del Sur, en el ánimo y en los bríos del viejo. Recuerdos, desazones, incer-

tidumbres, ansias de peregrino, tueras y ambrosías, pasiones románticas por amores imposibles. Gloria en sazón y gloria en amanecer, enlazando con nudos recios las quimeras que se van muriendo y las que empiezan a bullir, entre pañales de imaginación y de espíritu...

Menéndez Pelayo y Valera, platican de cosas íntimas y nobles. Los veinte años del uno y los cincuenta del otro, se han encontrado, en una grata linde. Ambos buscan las mismas espigas y los mismos viñedos. El viejo se apoya en la fornida voluntad del joven y éste encuentra impulsos y calorcillos en la bondad del otro. Se acaba de firmar un pacto espiritual pródigo en mercedes mutuas. Dos almas y dos ingenios se han abrazado estrechamente en la grata linde. Después se han dado la mano y empiezan a caminar. El viejo se fatiga. Su mano tiembla en la diestra del mozo. Le asaltan temores y recuerdos desapacibles. Siente la pesadumbre de pasados ocios. Sembró muchos surcos y dejó otros sin sembrar. Quisiera recomenzar la vida para hacer sementera en los terrones abandonados, para enmendar el camino y holgar en otras ventas más recatadas. Es cruel la penitencia de los yerros y de los ocios. El viejo la soporta y se resigna a veces. Más tarde, se querella, quiere rebelarse, quiere olvidar. El mozo pone celosías en la memoria de su compañero. Le muestra el porvenir en horizontes claros, le regala su optimismo, le infunde su perseverancia. Es larga y sabrosa la conversación. Pronto siente el viejo del Sur un maravilloso reflejo de las inquietudes y firmezas del joven del Norte. Se cambian las zozobras, los pensamientos, los desengaños y las alegrías. Las confidencias salen espontáneas, desnudas, sin artificiosas galanuras. Allí están la verdad, el entendimiento, el alma, las sensaciones, los sobresaltos de los dos grandes hombres. Brotan las sugerencias sin el escarceo de la afectación. Sugerencias sin atavíos retóricos, sin atuendos de falso deslumbre, sin roncerías ni emblecos de mala calidad. Limpias, cristalinas, con ornato bellísimo de sencillez, aseadas, buenas, valientes. Pláticas de sinceridad con pulcritud peregrina y largas pausas de meditación a lo largo del lindero. En aquellas palabras amigas, salen y medran, sin estímulos egoístas, los pensamientos y las devociones, las dudas y las esperanzas, las penas y los alivios. Nadie puede interrumpir la conversación del joven y del viejo. Hablan en sigilo, lejos de indiscretos mal intencionados. A su alrededor, el mundo vocifera, se araña, se afrenta, empuja y retiembla, se envidia y se consume. Las tertulias literarias hacen pecados de las virtudes ajenas. Los mercaderes se ríen de los poetas. El reclamo encarama a los pícaros... Siguen el camino con más pláticas, con más meditaciones, con más ansias y laureles. Versos, arte, historia, literatura, crítica docta en esa compenetración amable de Valera y Menéndez Pelayo. Mucha serenidad, mucha constancia en el discurrir. A veces lamentos y justas imprecaciones...

En España —dice el viejo— un escritor de mediano sentido común, me parece un sastre bueno de París que se fuese a hacer elegantes fraques, levitas, chalecos y pantalones al centro de Nueva Zelanda. Aquí nadie gana dinero, sino con la usura, el robo, la estafa, la corrupción, el contrabando y otras abominaciones. Casi todo el capital tiene por origen un montón de basura cuando no un arroyo de lágrimas y de sangre...

El mozo asiente y torna a meditar del brazo del viejo.

Mucho deseo —dice el mozo— que usted escriba sobre el sentimiento de la naturaleza en el arte, aplicando la doctrina de las dos literaturas meridionales, italiana y española. Siempre están ponderando los septentrionales y con ellos los franceses, la ventaja de sus literaturas sobre las clásicas o de la estirpe clásica en este punto. Y creo que la diferencia está en que el arte plástico y el de sus verdaderos imitadores describe y traduce la impresión de la naturaleza con uno o pocos rasgos, pero enérgicos y vivos, sobriedad que produce más efecto que los menudos detalles y las largas y morosas contemplaciones a que se entregan los del norte en su vaga, sentimental y panteística adoración a la naturaleza...

El viejo también asiente a las apreciaciones del mozo. Las frases del uno y del otro, son cada vez más sabrosas, a medida que la confianza se robustece. El anciano sigue apoyándose en la fornida voluntad del joven y el joven en la experiencia y en el báculo andariego, con polvo de todos los caminos, del buen viejo diplomático y poeta, “cortesano ejemplar de la España del siglo XIX”... Andando, andando y meditando hasta que les separa la muerte...

Nuestros muy admirados, Don Miguel Artigas y Don Pedro Sainz Rodríguez, han publicado recientemente el *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. En este libro está el pensamiento íntimo de los dos ingenios que conversan, y se estimulan y se compenetran en las altas lides de la poesía y de la historia. Como rica antesala de esas moradas, secretas, que en buena hora se abren de par en par, unas páginas brillantes que aumentan la curiosidad del que tenga la fortuna de ponerla en tan interesante volumen...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 19-IV-1930.

270.—EL CUENTO DEL DOMINGO. LUNA, LUNERA...

La Voz de Cantabria, 27-IV-1930. (Vid. O. C. págs. 493-496).

Goteras, mohos, telas de araña en la Biblioteca Nacional. Media España reflejada en aquellos aposentos, entre aquellos papeles y aquellos volúmenes. La pereza, la somnolencia de media España envuelta en aquellos libros de pensamientos y sensaciones viejas, con inquietudes ásperas o delicadas, con optimismos y desmayos de siglos y siglos. Reflejo —en las telas de araña, en los mohos, en los rincones con relieves y montoncitos de polvo de muchos años— del alma del cincuenta por ciento de los españoles, remisos, perezosos, atiborrados de abulia, de mansedumbre torpe, de desganas y sesteos.

Zaguán enjabelgado, brillante, pulcro. Todas las ansias, todas las vanidades, todos los orgullos y cuidados se ponen en el zaguán. Que resplandezcan los azulejos, los mármoles, los adornos y fililés de la entrada. Que brillen y rebrillen los primeros peldaños, la tabla, la piedra, los bancos tallados, el techo y las paredes del portal. Los ojos se detienen en la cobertura, en esos brillos, en esos acicalamientos exteriores de la piedra, del mármol, de la tabla, de la pintura, de la fachada, del rostro, del traje, del tocado. Y se pasan, muy abiertos y envidiosos, en esas entradas que relucen, en los paños y lienzos que tapan y esconden, en esos artificios externos que encubren el abandono y desaseo del interior. Adentro roen los ratoncillos, ascienden y descienden las arañas, las polillas no se dan punto de reposo, el polvo crece. No importa el interior. Los ojos no quieren llegar a las moradas íntimas; no están acostumbrados, ni quieren acostumbrarse, a penetrar tras las celosías, los velos y las capas. Un vistazo a esas celosías, a esos velos y a esas capas. Ahí se detienen y con eso se satisfacen las curiosidades y las observaciones.

Los pliegues y repliegues pasan desapercibidos. Nuestros ojos están hechos a las perspectivas del haz, de la costra, del césped. La superficie es la suma y el compendio de nuestras miradas. Se nos engaña con un forro galano, con un manto de seda, con un telón de barraca de feria. No tenemos bríos para rasgar el forro, no tenemos valuntad para romper el manto y el telón y ver lo que hay dentro...

Polvo, hojas desgarradas, cristales rotos, hurtos en la Biblioteca Nacional. Y no sabemos cuántas desdichas más. No han faltado, tampoco, manos diestras en las habilidades, escamoteos, juegos y embelecocos de Cortadillo. Cortadillos británicos o gabachos que sorben los vientos por un papel añejo, por un incunable, por un pergamino. Tentaciones y sobornos muy bien logrados. Toma y daca cauteloso, pronunciado en francés, en inglés, en hebreo, en castellano. Chamarileros rubicundos, germanos coloradotes, de cuellazo bermejo; judíos con trazas de mansedumbre... Da vargüenza leer los comentarios

de los piriódicos de Madrid. Archivos despojados, en ciudades, villas y pueblos. Retazos magníficos del soberano arte español en salones británicos, yanquis, franceses. Negligencias y saqueos, engaños y vista gorda; ventas escandalosas, vitrinas vacías. Todas estas cosas se han removido en los comentarios acres y violentos que los periódicos de la corte dedican al estado lamentabilísimo de la Biblioteca Nacional.

La Guardia civil en los campos de fútbol y en los alrededores de la plaza de toros. No están bien las armas custodiando a las letras. Pero debieran estar los tricornios y los grilletes cerca de las letras, para cortar esos entuertos y poner dique a esos desmanes. Como en los circos taurinos, en los campos de fútbol y en las carreteras, y en las romerías, y en las manifestaciones y en las ferias, donde abundan los chalanes, los ladrones y los cuatreros.

Y tampoco encajarían mal las armas en los pórticos de algunas iglesias, con retablos, pilas, imágenes, cuadros, casullas y azulejos centenarios. Porque de todo hay en este mundo, y es muy perversa y tentadora la oferta del diablo en lengua, manos y bolsa de mercader clandestino; en caprichos exóticos con gulas de fililíes, de paramentos eclesiásticos, de encajes y abanicos, de medallones y maderas talladas, de alfombras y divanes viejos, de lozas y encajes, de bronces y hierros...

Empleadillos de museos y sacristanes de parroquia y santeros de ermita ha habido, capaces de trocar una vitrina rebosante, un retablo entero o la estatuilla de una peana o de una hornacina, por algunas libras esterlinas, por unas liras o unos francos. No sabemos si hogaño habrá empleados y sacristanes de este arte. Hay tantas honorabilidades, tantos recatos, tantas virtudes, tantas discreciones y templanzas aparentes, que no tendría nada de extraño que cualquier día se echaran de menos unas túnicas, unos herrajes, unas campanillas, unos legajos, unas ejecutorias en el templo o archivos más señeros y apartados.

Recientes y torpes ejemplos alientan nuestra suspicacia, enfermedad muy montañesa, pero muy puesta en razón cuando el sacristán es pícaro y excesivamente agudo, o excesivamente tonto el empleado, el vigilante, el cancerbero. Se han saqueado muchas iglesias, muchas capillas, muchos oratorios, muchos conventos y santuarios. Las rapiñas extrañas se han asido, como cárabos glotonos, a los leños sagrados de no pocos humilladeros, a los cuadros, casullas y maderos de no pocas sacristías castellanas, gallegas, andaluzas, extremeñas; a las arcas, escaños y blasones de no pocos palacios, torres, ventas y solares. Han cargado con piedras y artesonados, con yacijas y escabeles, con balaustres torneados, con pilares y zócalos, con puertas cerradas de cuarterones, con ventanas labradas de troneras, con tarreñas, platos, cantareras y escudillas;

con aldas y encajes añejos, con enrejados y arquetas, con trébedes y calderas, con cadenas y cerraduras, con estornejas, con pinturas, con mantos, con almoreces, hasta con el polvo y el barro y las yerbas de la cueva de Montesinos y los morrillos y carracas del puerto Lapice...

Afortunadamente esos vientos no han soplado en Santander. La dignidad, la hombría de bien, la cultura, la inteligencia y otras cualidades, muy poco corrientes, de los empleados de nuestras Bibliotecas y Archivos, han evitado esas invasiones, esos sobornos, esos despojos que lloran otras capitales y que ahora salen a relucir con el desdichado caso de la Biblioteca Nacional. En la provincia, sí. La provincia presenta huellas de esas garduñas, señales de esos devaneos malaventurados, en pueblos, caseríos, humilladeros, casas labradoras y casas solariegas. Hay quien viene a refocilarse con las truchas del Saja, del Pas, del Besaya y a llevarse de paso, por unos reales, retazos del arte y de la arquitectura regional, en piedra, leño, barro o marfil. Escudos y esculturas, filigranas en pétreas sillerías, consolas, estampas, ruelas, bígaros, fuentes, platos, ollas. Ha desaparecido hasta el escudo de la portalada del solar de Lope de Vega. No se sabe dónde ha ido a parar el tal escudo. No sabemos si está en Londres, en Nueva York, en Santander... Es posible que esté en Santander.

Estas querellas de los periódicos pueden iniciar el aseo de muchas cosas que están sucias en España; espíritus y vitrinas, corazones y anaqueles, conciencias y armarios. Y además de limpiar, pulir y aderezar esas cosas, convendría aumentar los candados, las verjas, los cerrojos, las trampas, las ratoneras, y trocar lo quebradizo de las vitrinas por la fortaleza de las cajas de caudales...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 6-V-1930.

272.—ESBOZOS. LO NUEVO Y LO VIEJO

Con piedras y leños de torres y castillos, se han construido hogaño, casas y palacios. Se han encontrado piedras recias, muchas piedras recias, entre el agravio de las piquetas. Y con esos desmoches, con esas ruinas, con esos morrillos labrados, se han levantado edificios modernos. La piedra ha vuelto a erguirse después de caer en los escombros. Han tornado a encaramarla sobre otras piedras recién salidas de la cantera. La han pulido, la han descos-

trado y quedó joven, blanca, dura, como las otras piedras recién labradas. Ruinas formando fábrica nueva. Ruinas mezcladas, confundidas con cales acabadas de amasar. Vigor de vieja sillería y fortaleza de moles hendidas por brazos de ahora. Lo viejo y lo nuevo complementándose, formando el bello artificio, depurado, gentil, enhiesto, con el ingenio de los hombres puesto en la piedra, en el barro, en la tabla, en muros y hierros. Lo más noble, lo más suave, lo más fuerte del alma y de la imaginación del alarife, en esos cantos, en esos relieves, en esos adornos. La piedra hecha verso exornado de inquietudes, de pensamientos e impaciencias. Cosas venerables y cosas mozas dándose el regalo del vigor en hastiales y muros, en paredes y murallas. Claro ejemplo de la materia que puede enseñar al espíritu nuevas y tranquilas vías, sin hacer menoscabo de los años que pasan...

Entre los nuevo y lo viejo puede estar el equilibrio, puede encontrarse un retazo de perfección, un amable insinuarse de la verdad ataviada con sinceridades. Ni las ligaduras ni las alas; ni el cautiverio ni el albedrío. Disciplinas añejas en caminos modernos, sin los relieves, hondonadas, carroñas, asperezas, tundimientos y fustigazos de antaño. Sin las inflexibilidades, puntillos y cilicios que pretendían educar los espíritus a fuerza de correas, de candados, de celosías, de puñadas y coscorriones. Ensanchar, desbrozar, cuidar las mieses viejas y cultivarlas con aperos modernos. Y armonizar, enlazar, tejer y acrecentar lo bueno viejo y lo bueno nuevo. La tradición austera, recia, prudente, templada con las inquietudes, actividades, ansias y optimismos de ahora. Ni pellizco de dómine ni transigencia excesiva. Echar un poco más de dinamismo, un poco más de libertad, de dulzura, de ambición pulcra en las soleras venerables de la tradición española. Descorrer discretamente algunos visillos, abrir algunas puertas, algunas rendijas, algunos saetines tapados muchos siglos por inconcebibles y contraproducentes recatos. Cerrar con piedra y hierro algunas ventanas, algunas puertas y postigos que se han abierto de par en par...

Estas cosas de la educación del espíritu se van a debatir en un Congreso Internacional que los periódicos anuncian para el próximo otoño y que será tan estéril como otros del mismo arte. Dentro de las fronteras nacionales podría hacerse algo provechoso en este aspecto; pero nada perdurable, sincero, fecundo puede salir de ese Congreso integrado por varios países. La unanimidad en los métodos y procedimientos de la educación del espíritu, es una quimera. Lo que puede ser beneficioso en los sistemas didácticos, es completamente negativo e ilusorio en los propósitos que acarician los congresistas. Francia, Inglaterra, Italia, España, Bélgica, Alemania... Caracteres mal avenidos; gustos, creencias, ambiciones, recatos y hasta pudores sin analogía, sin

parentesco en la idealidad, en lo subjetivo, en lo externo. Morales distintas, pensamientos en discordia, ansias divergentes. La intención, la constancia y la fe se estrellan ante las utopías que bullen en el mundo. No bastan estas cualidades para encauzar y dar vida a los pensamientos. Fundir el espíritu universal, nutrirse con idéntico manjar, orearle en los mismos estímulos es tan necio y tan flaco de sentido común, como pretender inculcar la flema británica en el cerebro y en el corazón de los meridionales.

No están en estos Congresos los primeros peldaños del pulimento educativo. Unos cuantos señores —ingleses, italianos, españoles— se congregarán alrededor de una mesa. Sotanas, levitas, togas de los pueblos europeos en torno de la mesa. Pastores anglicanos, clérigos católicos, sociólogos, pedagogos, moralistas de todas las castas, defendiendo la moral, la ética, de sus países respectivos. Todos abogarán por la exaltación universal de sus costumbres, de sus restricciones, de sus libertades, de sus gustos. Devaneos de la retórica, ocios del entendimiento, manotazos, miradas iracundas. Otra gran guerra con apariencia de concordia en pro de la hegemonía educativa. Tachaduras y borrones en el pliego de los acuerdos y después de esas tachaduras, de esos borrones, de esas disputas y manotazos, la convicción categórica de que la convocatoria del Congreso fue una de las muchas bellaquerías que cometen los hombres, aun los más agudos, graves y espabilados. Porque bellaquería —y de las más insignes y orondas— es pretender encerrar en una misma arca las virtudes, los sentimientos, los caprichos, las renunciaciones y formas de deleite de más de media Europa...

Las naciones, independientemente, sin esos devaneos de fronteras afuera, que trascienden a pasatiempo y vocación a expensas de las faltriqueras ajenas, pueden limitar con honra y provecho esas expansiones y echar los bríos dentro de casa, donde es posible que fructifiquen tan calientes ansias. Lo otro es labor de azacanes y aventura quebradiza que perderá los ánimos y los propósitos apenas echada a andar. Entre lo viejo y lo nuevo puede encontrar España el equilibrio de sus inquietudes morales. Sillerías añejas de torres y castillos, recias, enteras, en casas y palacios. Templanzas venerables con discretos aderezos modernos. Esencias buenas de la tradición en el alma joven. Los Congresos internacionales, las pláticas más allá de las fronteras, para los números, para los intercambios, finanzas, monopolios, desarmes, mercados, cobres y hierros, aranceles, pactos económicos. Y déjense esos fervores para adecentar, pulir y medrar la educación del espíritu nacional que tiene no pocas máculas, calvas y flaquezas...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 13-V-1930.

273.—ESBOZOS. EL CAUTIVERIO DEL MOSTRADOR

La Voz de Cantabria, 20-V-1930.

(Publicado, con el título de “Un jándalo”, en *Brañaflor*, O. C. de M. Llaño, págs. 525 y siguientes).

274.—EL CUENTO DEL DOMINGO. MARIQUITA MELÁN

La Voz de Cantabria, 25-V-1930.

(Publicado en *Brañaflor*, págs. 561 y sgtes.).

275.—ESBOZOS. PROTECCIÓN A LA AGRICULTURA

Años y siglos, la voz desmayada del agro en contra de la sinrazón —cada día más oronda y robusta—, que le tiene preterido y entornado.

Querellas y más querellas de los labriegos. Querellas enérgicas —nada más que enérgicas—, pero ociosas y de iras y rebeldías. Protesta de tierra mansa, sin guijarro, ni velorto que resalte en el aire con furia y amenaza.

No tunde la palabra sin el estridor de la pedrea... A veces es necesaria la piedra para romper el hielo. La querella del labrantín del Norte, del Mediodía, del Centro, ha sido respetuosa, apacible, despejada de la soberbia, de la destemplanza, de la hosquedad estruendosa de otras voces que tienen menos agravios y yerros que enmendar. Una protesta de mansedumbre, una súplica —más súplicas que protestas—, y vuelta al aladro, a la guadaña, a la hoz, a la heredad, a la haza, entre los terrones y las fatigas, humedades y resoles. Transición suave, de ansia, de paciencia, de esperanzas, de una súplica a otra. Gobiernos sordos ante las quejas pacíficas y prudentes. Los lamentos que no van seguidos de impulsos fuertes, de morrillos certeros y rotundos, no provocan crisis, ni rompen el sosiego, ni enervan la tranquilidad, ni restan consistencia a las cosas del Estado... No nace la inquietud cuando los preteridos —siglos y siglos de lástimas y gravámenes— muestran la mano temblorosa sin honda ni cayada. El campo recogido sobre sí mismo ha recibido el ultraje del éxodo y de las bárbaras y exactoras ordenanzas gremiales. Las vinculaciones civiles “sustrajeron las pequeñas heredades a la

circulación libre del comercio". Quintas, bagajes, alojamientos, papel sellado, recaudaciones del siglo XVII, acrecentadas y firmes hogaño con otros nombres, con otras trabas, con otros agobios.

Se protegen los telares, las almonas, los curtidos, las forjas, la navegación, la ganadería. El agro no consigue ensanchar el surco, cautivo en legislaciones restrictivas que le asolan y le dejan en desierto.

Más años y más años con la misma pesadumbre, con las mismas cargas y cadenas. Salen las protestas, mansas, débiles, medrosas. Manos trémulas sin honda, ni piedra, ni cayado. A veces un respingo de indignación sin apretar el puño ni los dientes.

Esto es lo que han hecho los labriegos de siglos y siglos, engañados, en ocasiones, por paladines de fervores aparentes, al barrunto de los comicios, de los votos, del escaño parlamentario.

Alcabalas, soles y aguas que arruinan, que queman, encentan y remueven los terrones de la sementera. Siguen las súplicas, las querellas que se apagan y se extravían. Después, otro largo paréntesis de esperanza, de resignación, de descansos y zozobras en las lindes, esperando, esperando lo que nunca llega. Reproches íntimos del labrador que soporta la injusticia, quieto, humilde, apacible, como la tierra que siembra. El arado de los tributos hace surcos en su espíritu. Aguanta la desgarradura de la reja, las púas del rastro, el golpe de las mazas, como la tierra morena hendida, rasgada, exprimida...

No sabemos la suerte que correrán los acuerdos de la Asamblea labradora celebrada en Palencia.

Las industrias rurales de la Montaña allí representadas, están llenas de agobios. Los caminos de su desenvolvimiento son cada vez más angostos, más pinos, más ásperos... Van pasando muchas llantas por esos caminos. Llantas de tributos excesivos, de embargos, de miserias, de impotencias, de destrozos. Hay que ver de cerca a estos hombres que se secan en las tierras labradas con ligaduras de arriendo y aparcería, callando sus inquietudes, viendo vanos los pobres esfuerzos para levantar la hacienda. Hay que penetrar en el espíritu de las gentes de la mies y observar las terribles decadencias de los ánimos, reflejadas en las cosechas, en los sobrados, en los desvanes, en los pajares, en lombillos y haces, en huertos y agreos.

Ese decaer de los bríos tiene su fuente y su escanillo en la implacable dureza de una legislación avara que apremia, fustiga y quebranta la raíz de la economía nacional; que aprieta y encierra lo que necesita de más desenvolvimiento y de más libertad; que consume, descuartiza y hace endeble lo que debiera ser recio —eternamente recio—, pródigo y exaltado, como suma y compendio de prosperidades y bienandanzas.

Urge la protección eficaz, persistente, espléndida a la tierra de labor. No más demoras, ni más limitaciones nocivas, ni más leyes restrictivas en este aspecto, raíz del lustre económico nacional...

Que se oiga la voz del labriego, encorvado en el pegujal de aparcería, ayudando a colmar las talegas ajenas con menoscabo de su alacena, de su puchera, de sus bestias...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 30-V-1930.

276.—ESBOZOS. GABRIEL MIRÓ

Gabriel Miró. Años y leguas en caminos de Alicante, bajo los cielos claros. Estilo de fibra magníficamente recia, corazón de miel y de rosas, cerebro de luminarias, prosa de resplandores, de cepas viejas en fértiles temperos modernos. Estética depuradísima y rigurosa. Discurrió, lince y peregrino, en esas leguas de Sigüenza, con alientos de campos, de montes y de mar...

Leguas y leguas de pensamientos y meditaciones, entre el aire dulce de las cosechas; cosechas de algarrobos, afilados como cuernos de carnero; cosecha de almendras, de color de canela, que se trocan en panales de Navidad. Años y leguas de buenas sensaciones entre los alcaciles, los zarcillos de los frisuelos, las mejillas redondas y sofocadas de las granadas...

Senderos viejos, mesetas de losas y margas; alcoces de azucenas y campanillas; ropas y cayadas que huelen a primavera; olor de lámparas preciosas; rebujales de corderos; aleteo de palomos; viñas maduras que se cuajan de miel; paisaje de Levante, escueto y ardiente, de encendidas calinas... Tal es el estilo de Miró, amigo de las buenas alegrías de los caminos; de las viejas parroquias con sus capellanes pobres; de hidalgos y labradores; de las solanas con cactus y rosales; de los bancales, de las viejas ciudades que "parecen vestidas de hábitos franciscanos"; de las masías morenas; de las albercas claras; de los sembrados; de los puertos; de los trances dulces; del reposo del valle; de las lumbres de los apriscos. Estilo de brescas, que destilan dulce de oro, en fuentes de bronce añejo...

Sus libros —reflejos de ansiedades, de campiñas, de majales, de riberas, de pesadumbres, de ironías y compasiones— están compenetrados con las inquietudes modernas sin desdeñar las fuentes de la tradición literaria española. No hay psicologías de baratillo ni rabiones en el manantial. Las ideas, sin ado-

bos ni amaños —donde el artificio tiene más relieve y consistencia que la naturalidad—, salen optimistas y cristalinas, desasidas de esos gustos de ahora —fríos, cerebrales, desnudos, escépticos—, al margen de las sensaciones del corazón que son la más fuertes y perdurables. En sentimiento —un sentimiento muy español, muy agridulce, muy recatado, muy generoso— vibra, se ensancha, medra y domina en las páginas del ilustre escritor, unas veces con el pesimismo de las impaciencias y cuitas espirituales; otras, con la esperanza y la gallardía del buen atavismo castellano que sufre hierático, callado, tranquilo, los males de la vida, cuando la conciencia ríe de puro sosegada y sin culpa...

Gabriel Miró —cantado por el ingenio de Azorín—, “atento y meditativo, que es como una montaña, como un valle, como un río de la provincia de Alicante. Gabriel Miró, elemento geográfico de esta tierra. Su atención, su escrupulosidad. La mano pasa y repasa, suave, leda, por el paisaje. Gabriel Miró que en silencio, como en sueño, va pasando las manos por su querido Alicante. Letrita menuda, firme, letra del siglo XVI. Todas las cosas de Alicante, del Alicante de la marina, depositadas con amor en esas cuartillas. Y un estilo sabroso, succulento, sensual. Estilo que es la sensualidad del paisaje de la marina. Alicante montuoso con cañadas, con laderas suaves, con la singular coloración de grises rojizos, amarillentos, azulinos, morados. Desnudez en la tierra; en la primavera, el tapiz de las viñas y la alcatifa de los sembrados”.

Todo es noble, fuerte y hermoso en su literatura prócer. Al morir nos deja como legado del entendimiento y del corazón, la abundancia y la salud de un léxico exornado de poesía, de colores, de serenidad.

Literatura de la vida rural, entre los atadijos de esparto de Baldat, molinos y olivares, supersticiones de “estrellería” y mansos llores de penas, calveros y cuestas de vides en horizontes de azul y de nieves. Los ojos y el espíritu puestos en los deleites apacibles de los ocios y fiestas campesinas; en las soledades que curten y enseñan a meditar; en tragedias de caseríos de amores, de afrentas, de vanidades. En estas cosas templó el ingenio el gran estilista que acaba de morir. Y de estas cosas —suaves y ásperas— con añadidos y sugerencias de bondadosa calidad, formó el caudal de su prosa, de sus pensamientos, vestidos con el decoro singular de los espíritus selectos y amables. Lanzarse, con amor y con fuerza, al interior de las cosas. Penetrar en los repliegues, sacar la imagen del revoltijo de las sensaciones, de las dudas, de las laxitudes. Tolerancia y compasión, curiosidad por los secretos del dolor, de la mansedumbre, de los fracasos, de las rebeldías. Perseverancia arrebozada con sobriedad y delicadeza. Lo concreto en el paisaje, en los hombres, en los pensamientos, en el razonar. Estas fueron las bien logradas preocupaciones del autor de “El obispo leproso”, en la novela, en el ensayo, en la crónica.

Pincelada en la superficie y análisis paciente y zahorí, en lo hondo, para sacar al sol, la verdad escondida, medrosa o doliente, hipócrita o sincera. Fanal de pulcritudes íntimas, múltiples y recias, como los exornos de su prosa castiza; la prosa de las leguas y de los tiempos de Sigüenza, de los caminos y hontanares de Sigüenza, con crujidos de rejas labradoras, sayales gordos, ojos menudos y buenos, haciendas baldadas, coplas encendidas. Lo bueno y lo malo de la vida, las cicutas y los panales, los gorjeos y los plañidos, las tinieblas y las claridades que descubriera Miró en sus años fecundos...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 1-VI-1930.

277.—ESBOZOS. COSAS DE ACÁ

Un periodista montañés.

Un montañés que ha triunfado más allá de las fronteras vernáculas. Mozo poeta y lince en las cosas del espíritu, inquieto y noble, con un ansia muy grande y muy dulce de cautivar el oro y las alas de la buena poesía...

Santillana del Mar —estameña de piedra, espíritu de siglos en claustros, “revolgos” y caserones— fue pródiga y amorosa para la inspiración cristalina del poeta. Santillana agrietada, pulida en la campiña, apacible de silencio y ancianidad, brindó al mozo de Hontoria los viejos recatos de sus leyendas de hábito, sayal y arnés; serranillas y coplas de las enamoradas; pesadumbres de labradores y escuderos; gallardías de hidalgos y capitanes; fervores, a lo divino, de frailes buenos; lides en campo y lastra dura cuando había abades a la vera del sepulcro de Santa Juliana. Añejas tradiciones de guerra, claustro, torre y majada, que el joven escritor hizo revivir en romances fuertes, sutiles, elegantes, con entraña y atavio gentil.

No le fueron muy propicios los aires y los estímulos de la tierra. Un día se marchó por el mundo con unos cuadernos de versos y muchas esperanzas. Añoró, temblando de nostalgia, las riberas del Saja, los jardines y los huertos de Hontoria, los remansos de la vega nativa exornada de caminitos, de lindes, de cruces de piedra, con bellas transiciones de lomas suaves y tierras morenas. Fue más fuerte la voluntad que la melancolía. Anda, anda, con un madero a cuestas —penas y amarguras, dolores íntimos, inquietudes sin punto de reposo—, fue abriéndose la vereda con prisas de gracia y sombras de lau-

rel. Muchos destrozos, muchos temblores, muchas tristezas en la jornada. Todas las peregrinaciones tienen incertidumbres, cansancios, desmayos, temores, sobresaltos. La virtud está en seguir caminando aunque flaqueen los ánimos y duela el corazón. Manuel González Hoyos —“Antolín Cavada”— siguió, siguió por tierra de trigos y de páramos. La vida le mostró sus clavos, sus rozos ásperos, sus torcas y armadijos. Y él pasó por encima de esos clavos, de esos rozos de espina y flor. Hoy dirige un diario de Palencia, remozado con la juventud, con el ingenio, con el donaire literario, con el entusiasmo y los bríos del poeta montañés. Ha echado el optimismo, la fortaleza, el colorido de Peñas al Mar, en el severo, enérgico y recio ambiente de Castilla. Estameña dura de piedra como Santillana. En el viejo y austero espíritu de tradición estética, literaria, hacendosa, delicada, se ha formado tan notable escritor, maestro de discreción, de sensibilidad, de bien decir...

Los pasiegos.

Una viñeta romántica de los pasiegos. La ha hecho don Elías Ortiz de la Torre en la “Revista de Santander”. Belleza y verdad en las páginas amables y doctas. El escritor rompe muchas hipérboles y quiebra no pocas fantasías. Conciso —hermosa y clara concisión de quien sabe el oficio—, parco en palabras y pródigo en ideas, resume y compendia la verdad categórica en líneas enérgicas, sobrias, muy de estilo montañés, muy soleadas y vibrantes, con no pocos majuelos, troncos, mayuetas y levaduras. Es de lo más fiel, de lo más veraz, de lo más depurado que se ha hecho acerca de los pasiegos.

Esta viñeta romántica de don Elías es la exaltación de un generoso sentimiento de amor al terruño. Sentimiento, disculpa y desagravio, enlazados con fuertes engarces de sinceridad, que es lo primero y lo más consistente en estas cosas que instruyen y deleitan.

La verdad. He aquí el buen seguro del investigador, del psicólogo, del escritor. Encontrar la verdad, enseñar la verdad, aventarla, esparcirla, fertilizarla.

La verdad de los pasiegos, de los lobetos de Viaña, de los pueblos más intrincados, más ásperos, más escondidos. Suprema recompensa y grato alborozo interior. Sacar, libertar a la verdad del revoltijo de dudas, de imágenes falsas, de escudriños torpes, de cenizas y matorras. Y después, mostrarla con gentil aderezo de sensaciones sugestivas, naturales, honestas, sin vanos artificios y envolturas.

El señor Ortiz de la Torre dice la verdad. Es un mérito extraordinario decir la verdad en estos tiempos de embozos, de repliegues, de afectaciones en literatura, en arte, en política.

La verdad de los paseos en una viñeta romántica, entre un "Vía Crucis" de Gerardo Diego y unas páginas de guerra de Francisco G. Camino. La verdad del dolor y de la muerte. Y en medio, como alivio y refugio apacible, las brañas de Pandillo, con esquilas y bígaros que tañen al alba y al atardecer.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 7-VI-1930.

278.—DESDE SEVILLA. ¡¡IJUJÚ...!!

Un ¡ijujú! agudo, prolongado, más recio que el silbo del tren en esta noche apacible, de muchas estrellas y luminarias. Ijujú del Norte, de los relientes, de las brumas. Ijujú de las melancolías y reciedumbres del Septentrión en estas claridades del Sur, entre estas rosaledas, colores, cármenes y centelleos...

Más estridente que el silbo del tren, el baladro celta que nos conmueve y nos acaricia. Ansias fuertes en el grito inesperado de bienvenida. El alma puesta en el retorneo, en el lamento, en el saludo, que rasga el viento, bajo el pródigo cielo andaluz. ¡Cuántas alegrías, cuántas pesadumbres, cuántos recuerdos en este vibrante saludo de braña y bígaro, lejos de los seles, de las majadas, de las cumbres, de los remansos! Comienza pujante, erguido como un reto y una provocación. Termina trémulo, triste, apagado, como deshecho en penas, lágrimas y ternuras. La estridencia se suaviza, se arrepiente, se hace dulce, se suaviza y se torna en querella, en lamento, en amargura... Primero, torrente en hoz con rabiones y espumeros. Después, rumor de fuente en pradera, con aguas sosegadas en caminito verde. Las lastras y las rosas, los robles y las peñas, las yedras y las malvas de la tierra, en este grito de un mozo de Toranzo, que esperaba en la estación con unos claveles y muchos temblores.

Baladro recio y doliente de Cantabria, a la vera del Guadalquivir, que se nos mete en el corazón, entre estos horizontes derretidos en las lumbres del sol, entre estas exquisitas dulzuras, entre estas fragancias y claridades, entre estas maravillas del artificio, de la naturaleza, de las aguas, de los aires, del entendimiento, del espíritu...

Grito manso y rebelde a la vez, de los pastores y romeros, de amores y desventuras, de lágrimas y esperanzas, de sensaciones ásperas, de suaves inquietudes. Más rotundo que el astur. Más recio que el galaico. Todas las tue-

ras y todos los almíbares de la raza, todas las mansedumbres, todas las energías, todas las severidades, todas las templanzas, en este lamento —reto o querella, súplica o requiebro—, que trasciende a dicha o infelicidad, a lloro o regocijo. Ijujú del cabrero, del labrador, de sarrujanos y becerreros, de enamorados y mohínos en lides y devaneos de ronda y cortejo. Ijujú de ansias en frenesís en agraz, en los comienzos de la juventud, en la primera marza, en el primer “moceo”, en la primera lucha de antruido, entre hondas, belortos restallantes como látigos y campanos de majuelos duros...

Reflejo de los sentimientos, de las flaquezas, de las gallardías, de los celos, de los quebrantos, de las perezas, del optimismo, en este baladro agudo que tiene gorjeos y saetas.

Ijujú de Cabuérniga, seco, alto, tembloroso, como el de Campoo. Ijujú de Pas, fuerte como nota de bígaro bien tañido. Ijujú de Trasmiera, enérgico, prolongadísimo, con mucho adorno de retornos. Ijujú de Ríonansa y de Carmona, de Cabrojo, de Tudanca, seco, noble, recio, acentuado y lánguido al final, como copla de baile. Ijujú de los pobres “lobetos” de Viaña —pueblo de cerezos y de lumbres—, manso, suave, débil, largo, apacible. Ijujú de Bárcenamayor, leve, áspero, trémulo, que se mezcla con los rabiones iracundos del Saja, en las noches de nieves y ventiscas... Ijujú de Reocín, de Peñarrubia, de Liébana, de Polaciones...

Rúbrica gentil de la canción, desahogo del amor, de la buena esperanza, del enojo, del desengaño, de la soberbia, del rencor, de los desdenes, de las vehemencias, de las alegrías. Rúbrica del espíritu, de las sensaciones. El alma en la garganta, en el sonido, en los vientos. Humildades o furias, ronce-rías, homenajes, destemplanzas, truenos y madrigales en el jisquío bullicioso de nuestros caminos. La psicología montañesa en ese grito, en esa querella, en ese reto, en ese rugido, en ese baladro milenario, que no se mueve, que no se enerva, que no se fatiga, ni se extravía en las veredas nuevas.

Símbolos de las ansiedades, de las resignaciones, de los retozos, de la voluntad, de la fortaleza, de la sensibilidad, del temperamento...

Un ijujú formidable de Ignacio Villa, un mozo de Toranzo, que esperaba a los coros con unos claveles y muchos temblores. Un ijujú más agudo que el silbo del tren... Una emoción dulce, suave, de rosa y de miel, al pisar tierra sevillana, a muchas leguas de Peñas al Mar. Ojos empeñados que miran y remiran, con pesadumbre y deleite, a la vez, las monteras, los pañuelos, las moneditas de los vestidos pasiegos, las gargantillas, las faldas coloradas.

Ignacio nos acompaña hasta el automóvil:

—“Abajo las penas... ¡Ijujú!... Arriba la Montaña... ¡Ijujú! ¡Ijujú! ¡Ijujú!...”.

Y llora y ríe y se frota las manos rollizas, que hace diez años asieron la cayada y el dalle...

Sevilla, 11 de junio de 1930.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 15-VI-1930.

279.—DESDE SEVILLA. LA VERDAD

Estamos presenciando la exaltación más ferviente, más singular, más noble de amor al terruño. La verdad en forma de sinceridades desbordadas, de nobles ímpetus del corazón, de añoranzas, recuerdos y delicadezas. La verdad del alma nace, crece, se recrea, se consuela en estos atavíos de ingenua gentileza. Se desprecizan los recuerdos, se va despojando el espíritu de sus quimeras de oro, plata y laurel. Leve transición de la vida para quien se encuentra lejos del lar nativo, como en cautiverio y destierro. Estos hombres, estas mujeres, estos jóvenes, estos viejos que nos saludan, muestran la inefable verdad, limpia, hermosa, sazónada, de los hondos y buenos sentimientos, en los rostros, en los ademanes, en las palabras, en las sonrisas, en los silencios. El fervor y la nobleza en las pupilas, en los semblantes, en los labios rojos, cárdenos, descoloridos, que tiemblan al saludar...

Mercaderes, artistas, hombres de letras, rivalizan en obsequios y parabienes. Consuelan y alientan estas delicadezas, estos homenajes, este reconcentrarse de todos los deseos, de todas las mercedes, en un mismo anhelo grande y amoroso. La Casa de la Montaña ha multiplicado sus generosos entusiasmos. Vieja y perdurable hospitalidad de la tierra reflejada en estos hombres laboriosos de Valdáliga, de Trasmiera, de Cabuérniga, de Toranzo, de Campoo. El entusiasmo en todos los semblantes, en todas las lisonjas, en todas las palabras. No se recatan las sensaciones, ni hay artificio en esta nobleza pródiga que se esparce a nuestro alrededor a todas las horas.

Sentimos el dulce aturdimiento del clima, de este ambiente de gracia, de estas claridades, de estos obsequios sin punto de reposo... Aquí está la verdad de los afectos a la tierra lejana, estremecidos al embrujo de unas panderetas, de unos almireces, de más albarcas, de más blusas de percal, de unas sayas rojas.

La añoranza hincada en estos colores que van y vienen por las calles de Sevilla, ligeros, alegres, con cortejos de muchachos de mostrador, que pri-

mero fueron pastores y zagales de labranza. Unos tragos, más coplas —exquisitas y puras—, unas sonajas, unos redobles de tamboril. Pequeña causa para tan peregrino y colosal efecto. La reacción de los fervores, de los recuerdos, de las devociones, en estos retazos del vestuario y de la ortología regional, en calles y jardines con esencias y resoles. Se esconden las cuitas y las inquietudes para no enturbiar las claras horas de fraternidad, demasiado leves en estas jornadas y deleites. Es como un milagroso recomendar de las ilusiones, de los brios, de las ansias, de los optimismos. Nuestras impresiones no pueden ser más gratas. Los montañeses de Sevilla nos muestran sus entusiasmos hasta en los motivos más baladíes. Entusiasmos espontáneos, pulcros, fervientes, con aderezos de sugerencias delicadas, de insinuaciones amables, de sentimientos bondadosos que no sabemos cómo agradecer...

No queremos hacer crítica de la actuación del coro montañés en el teatro del Certamen Iberoamericano. No queremos y no podemos. Nos lo vedan la costumbre, el cariño, las simpatías. Nuestra opinión no sería juicio de calidad. Nuestras apreciaciones serían leídas con recelo. La verdad sería hipérbole para la mayoría; el aplauso, cortesía obligada por el afecto; el estímulo de nuestros elogios —no les hacen falta nuestras alabanzas—, más hipérboles y más cortesías.

Pero sí hemos de decir que nosotros estamos íntimamente satisfechos. No queremos ni merecemos que nadie dude de nuestra sinceridad. Si no estuviéramos tan gratísimamente impresionados, no escribiríamos estas líneas. El silencio sería nuestra pesadumbre, nuestro remordimiento y nuestra penitencia. Ni el elogio, ni el silencio; pero sí la satisfacción y el contento que es lo único que podemos exteriorizar, sin menoscabo nuestro ni de nadie...

Auditorio de montañeses y sevillanos en rara y hermosa compenetración. No sabemos cómo han podido compenetrarse, tan profundamente, dos espíritus tan distintos, dos razas tan sin analogía en las costumbres, en los gustos, en los desenvolvimientos. Secretos de siglos, de almas, de sacrificios, de actividades.

Muchos montañeses en el magnífico coliseo de la Exposición, rodeado de vergeles, de surtidores, de pájaros. Esos montañeses pueden hablar de lo que nosotros llamamos de lo que no queremos, ni podemos decir...
Sevilla, 13 de junio de 1930.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 17-VI-1930.

Representación descolorida, pobre, sin el relieve de la Montaña. Una salita casi vacía. El sol besa las cristaleras de los ventanales burgaleses, cántabros, sorianos... Exterior espléndido. Obra de alarifes delicados en fina y magnífica compenetración con la arquitectura vieja y severa de Castilla. Una grata alegría, camino de nuestro pabellón, entre flores, palomas y arrayanes. Cantan los pájaros y los surtidores. El espíritu se inunda de optimismo en esta mañana buena que trasciende a jardines, a esencias delicadas, a linfas claras en cauces bordeados de amapolas y rosaledas...

Una salita casi vacía como anaquel de mercader pobre. Una salita llena de resplandor, con exornos de artífices diestros. Amable y peregrina mansión para cosas bellas de la Montaña. La alegría se ha trocado en tristeza. Nuestros ojos sorprendidos se clavan en estas paredes, en estos mosaicos de rayitas, enrejados y colores brillantes. Nace el pesimismo como angustia de caminante que espera la fronda y encuentra el pedregal. Todo se trastrueca, se rebela, se fatiga, se hace medroso y oscuro en el ánimo. La desilusión hace mella profunda en nuestra alma. La salita está casi vacía. La salita no guarda las cosas valiosas de la Montaña. Unos mapas, una colección de fotografías, unas reproducciones de las pinturas de la cueva de Altamira. Nada más que mapas, fotografías y reproducciones de las pinturas prehistóricas de las cavernas de Santillana del Mar. A no ser por las cuartillas autógrafas de Menéndez Pelayo y Pereda, el departamento montañés estaría indecorosamente desnudo. Esta es la verdad que nos alampa y nos escuece, desde el punto y hora en que tuvimos la desdicha de traspasar nuestros umbrales en la Exposición de Sevilla. Búcaro sin flores, marco sin lienzo, cántaro vacío. Impresión porfunda de soledad, entre estas paredes acicaladas con artificio de maravilla. Deslumbran la piedra, el ladrillo, las maderas. Aterece el frío del interior, como en casa mísera, con la lumbre apagada, con la alacena flaca en tiempos estériles. Unas estampas, unas pinturas... Lugares pintorescos de riberas, brañas, remansos, huertos, colegiatas, claustros, palacios, torres, casonas, grutas, arboledas...

Reflejo de abulias, de perezas, de deseos malogrados, de ansias quebradas apenas recién nacidas, en este recinto de suavísima claridad. Rezagos, ocios, indiferencias de la Montaña en estas jornadas. Ha sido leve, tímida, medrosa, apagada la respuesta de la Montaña al recio aldabonazo de Sevilla. Eco tembloroso, sin brío, que se pierde en brañas... Da pesadumbre esta pers-

pectiva desconsoladora, entre estas alegrías tan suaves, tan altas, tan pródigas del cielo y de la tierra, del lenguaje, de la simpatía, de la belleza opulenta. No ha respondido la Montaña como debiera responder a la amable y dulce invitación de Sevilla.

Hemos sido parcos en el mensaje, en el regalo, en el requiebro. Lo dice esta salita casi desnuda. La voz persistente, recia, vibrante, pacientísima de nuestro organismo provincial se perdió en las hoces, en los malos caminos, en las bolsas tacañas. Fue mezquina la cooperación de los que podían aderezar con nuestras cosas ese saloncito agradable, que debiera haberse convertido temporalmente en vitrina, escaparate y museo de Peñas al Mar...

Galicia, Asturias, Vizcaya, Burgos, Soria, Avila, León, nos superan. Colorido del traje regional, de la industria popular, del arte campesino. Pintura, escultura, producción del ingenio, del espíritu, de la naturaleza. Reflejo de entusiasmos calientes, de fervores perdurables, de apresuramientos y destrezas en la selección. Muchas caricias, muchas ternuras en estos objetos, en estas telas, en estos leños, labrados, en estos colores, en estos brillos, en estos aderezos típicos de las regiones, vecinas de Cantabria. Retazos cabales y hermosos de las provincias de la Castilla, de Galicia, de Asturias. Mucho espíritu, mucho amor, mucha generosidad...

Hemos salido desconsolados de la visita. Pálidas muestras de la tierra. El espíritu se inunda de pesimismo a pesar de las mercedes de esta mañana buena, de estos jardines, de estas esencias, de estas aguas que deleitan los sentidos. En medio de estas peregrinas exaltaciones del arte, de la poesía, de la abundancia, unas muestras pálidas, pobres, inexactas de la Montaña. Un apacible rincón digno de mejores atuendos, de calidades exquisitas. No está definida la robusta personalidad de la Montaña en este saloncito suyo. Quien la juzgue a través de esta mísera demostración, la creará anodina, perezosa, débil, oscura. No se han echado entusiasmos, ni esmeros, ni esplendideces. A no ser por los inestimables autógrafos de Pereda y Menéndez Pelayo, nos sentiríamos avergonzados y mohinos. Esta es la verdad acre, honda, erizada, que esterilizamos con muchas penas y contrariedades...

Colores brillantes, luminosos de la cerámica trianera. Colores rubios, bermejos, azules, blancos en el ladrillo lleno de sol como alivio inefable de esta pesadumbre...

Sevilla, 14 de junio de 1930.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 18-VI-1930.

Pereda

Un hidalgo andaluz que admira a un hidalgo montañés. El señor Monje Bernal, gobernador de Huelva, nos habla de Pereda con singular devoción, camino de la Rábida. Hay brumas en el horizonte del mar. La añoranza de la tierra crece y mortifica en estas riberas del Atlántico, exornadas de olivos y palmeras gentiles. Las aguas turbias —casi bermejas— del río, dejan en las orillas colores de llanura abrasada de sol. Después, a la otra parte de la linde ingrata, el suavísimo verde de la fronda, salpicada de blanco, de azul, de ceniza, de oro viejo. Colores de la Mancha y del Norte en estos panoramas ungidos de gloria y de melancolía...

—“Pereda hizo renacer el estilo clásico. Nadie le iguala en nervio, en léxico, en belleza descriptiva. La Montaña ¡el fuerte y apacible temperamento montañés!, el alma, la campiña, la costumbre, la abnegación de la raza, reflejados en su prosa vibrante, en sus pensamientos, en su energía, en su delicadeza. En cada línea un destello y en cada página un peregrino resplandor que sugestiona el ánimo y conmueve el espíritu. Mucha claridad y muchas nieblas. También las nieblas tienen bellezas y candelas en esas pinturas de Pereda, tan naturales, tan sinceras, tan pródigas en el detalle psicológico, en las observaciones de zahorí, en el minucioso escudriño de la naturaleza y del alma. Yo fui a Santander impulsado por la prosa de don José María. No pude sustraerme al embrujo de sus obras. Y regresé con la pesadumbre, con la enorme pesadumbre, de quien tiene que abandonar a personas y lugares queridos, cuando más dulces son las horas y las sensaciones...”.

El barco avanza entre las aguas turbias del río. La alegría de una casita blanca, con trazas de morabito, entre palmeras y naranjos, a la orilla del remanso de Palos de Moguer...

El señor Monje Bernal habla reposadamente. Son finos sus ademanes, sus delicadezas, sus elogios. La gracia sevillana en la palabra. Ingenio en la frase, que brota espontánea, pródiga, limpia, sin aderezos afectados...

—“El costumbrismo —el bueno y noble costumbrismo— encontró cauces amplios y pulcros —los más amplios y los más suaves— en la literatura perediana. Aun en las obras inspiradas en cosas y motivos alejados de su tierra, resplandece el genio y el corazón y la poesía profunda del gran escritor, pese a los críticos de la época que recibieron malhumorados y gazmoños la grata salida de “La Montálvez”, una de sus mejores y más hondas pro-

ducciones. Yo leo a Pereda todos los días. Sé de memoria algunas de sus páginas”.

Y el noble caballero sevillano nos dice unos párrafos de “La leva”, a bordo de este barco negro, ligero que hiende las aguas turbias, entre riberas alegres con rebaños y alquerías enjalbegadas...

La Rábida

Una avenida pindía entre la fronda opulenta. Muchas palmeras, muchas rosas, muchas campanillas blancas, azules y coloradas. Arriba, en cumbre suave, el convento. Es áspera la pendiente quemada de sol. En los huertos —mitad hortalizales, mitad jardines— laboran unos legos y arden unos montoncitos de maleza.

La Rábida —nos dicen— fue refugio de señoritos calaveras cuando estaba abandonada y maltrecha, aun no hace mucho tiempo. Aquí rasguearon guitarras, se cantaron fandangos, se bailaron sevillanas. Lugar de torpeza, de bureo, de juergas y disipaciones. Escondite discreto y bello de devaneos indiscretos y malos. Claustros, celdas, jardines, convertidos en lo que la pluma no quiere ni debe escribir. Afrentas a la tradición, a la fe, a las costumbres...

La Rábida —nos siguen diciendo— yacía en el más vergonzoso de los olvidos. Daifas y calaveras alrededor de los surtidores, en las penumbras, en las oscuridades, en los huertos, en los caminos, rincones y hondonadas de la umbría. El agravio no pudo ser más cruel. Pecados de España, viejos y nuevos, renovados, robustecidos, exaltados por la falta de educación espiritual, hecha vida y entraña, en estos señoritos de que nos hablan en el estragal de la Rábida, mientras tañen las campanas...

Ahora están cambiadas las cosas. Estos frailes bondadosos que nos acompañan en celdas, claustros y capillas, han puesto aseo y caricias donde crecieron ortigas y se echaron afrentas. Todo resplandece de blancura. Crecen las rosas en el patio, inundado de luz y de sosiego. La restauración, atinadísima, respetuosa, espléndida, está a punto de terminar. El alarife se ha compenetrado con estos ambientes, con estas paredes, con estos arcos, ventanales, pórticos y artesonados. Es joven esta piedra y parece vieja. Un artista ilustre decora estas mansiones que nos atraen y nos entristecen. Un rayito de sol ilumina la cabeza del Cristo ante el que oró Colón. Siguen tañendo las campanas y laborando los legos en el huerto. Los frailecitos se retiran... Otra vez la cuesta áspera entre las palmeras y los rosales...

Montañeses en Huelva

Rafael Corona. Un montañés de extraordinario prestigio en Huelva. Es

inspector de Hacienda y lee "Sotileza" y "Peñas Arriba" a los amigos del café. Números y poesía en las buenas andanzas de este mozo amable y culto, tan lejos de la tierra. Quiere fundar una "Casa de la Montaña", en Huelva. Todos los bríos, todo el cariño y todo el entusiasmo en el plausible desco. No hay dificultades para su voluntad, ni perezas en su camino, ni desmayos en sus propósitos. En Huelva habrá "Casa de la Montaña". Lo quiere este mozo amable, culto, de alma exquisita que lee a Pereda en la tertulia del café y pasea por la orilla del mar los días grises, para añorar con más ansia las playas santanderinas ...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 24-VI-1930.

282.—ESBOZOS. UN MONTAÑÉS...

He aquí a un caballero montañés. Don Joaquín Saiz de la Maza, joven, optimista, culto, con una voluntad que corre parejas con su entendimiento. La fe de la raza en este hombre discreto que ha triunfado en Sevilla. Lides crudas en su camino, desde el punto y hora en que llegó a las riberas del Guadalquivir. Antes, rebeldías y pesadumbres en lugares que no eran de su gusto y vocación. Fábricas de cerámica en la alegría trianera. Tiendas en la Sierpes. Oficinas, pupitres, mostradores, entre lienzos, arcillas, cintas y cristales. Allí se consumía su juventud y se abrasaban sus ansias. No eran estímulos de su temperamento las horas anodinas, largas, pesadas, en aquellas oscuridades, a la vera de aquellos cartapacios, de aquellos anaqueles, de aquellos barrocos hechos colores, relieves y brillos. Iban más lejos sus limpios deseos. La voluntad y la perseverancia le hicieron dar con otros caminos más anchos, más placenteros a su jornada y a sus propósitos. Y comenzó a andar por ellos sin más lazarillo que su fortaleza espiritual y los bríos de su mocedad llena de sueños y de esperanzas. No olvidó las horas perezosas, infecundas, mortificantes en aquellas estrecheces a donde fue a parar en los primeros días. Su recuerdo —amargo y triste— le sirvió de impulso, le hizo temer el retorno al cautiverio del mostrador, al pupitre duro y pindio como cuestecita de calvario, a la rutina, angostura y ociosidad de las viejas granjerías, limitadas, miserables, sin el renuevo de las expansiones, del crecimiento, de la esplendidez. Después de la aspereza de los comienzos, una recompensa de suavidad, de oreo pródigo en la marcha muy diestra, honrada y valiente.

Más tarde —tras no pocas meditaciones, estremecimientos y fatigas, entreveradas con algunas alegrías, con algunos remansos, con algunos alivios muy íntimos y muy dulces—, una linde de laureles en aquella tierra morera, con gracia de Dios en los colores, en las lumbres de sol, en olivos y viñedos, en piedras, aguas y vientos...

La honda satisfacción de haber acertado. He aquí el más cabal, el más bueno, el más perdurable de los orgullos. Acertar, no extraviarse en el laberinto de las sensaciones, de las dudas, de los temores, de las pesadumbres. Compenetrar la vocación con la voluntad, el entendimiento y el espíritu, la fe y la esperanza. Madurar los pensamientos camino adelante sin el quebranto de la zozobra. Gratísimos regocijos del que acierta, del que llega al manantial, del que encuentra y escudriña en el secreto, del que no se pierde en las incertidumbres, en las flaquezas, en los agobios, soberbia y desmayos del ánimo...

Este hombre preside la Casa de la Montaña en Sevilla. Unanimidad de deseos en la elección. Ni una disparidad, ni un recelo, ni una duda. La fe colectiva puesta, como en buen seguro, en este hombre singular, opulento de energías, de entusiasmos, de fervores. Nadie más indicado para recoger la herencia espiritual de Fernández Mora, en estas actividades, en estos amores y en estos sacrificios. El legado ha crecido en sus manos. Aumenta la prosperidad en aquel rincón nuestro —tan apacible y tan bello— de la calle de las Sierpes. Se ensancha la confraternidad, se enriquecen las iniciativas, se amparan las cuitas. Reflejos de todos los valles de la Montaña en aquellos salones claros sin exornos vanos, ni artificios de ostentación. Sencillez en el decoro. La sencillez de este hombre amable que habla con nosotros en esta terracita tan blanca, tan pulcra, tan grata, donde platican al atardecer los viejos y los mozos de Carriedo, de Selaya, de Toranzo, de Cabuérniga, de Campoo, de Valdáliga, de Trasmiera...

—“Hay que hacer más, mucho más —nos dice con firmeza—. No hay que cesar en el propósito. Hay que soterrar la pereza y multiplicar la actividad. Queremos recoger y encauzar las ansias de la Montaña en sus múltiples relaciones con Andalucía. Queremos y hemos de conseguirlo, si continúan los entusiasmos tan pródigos y tan sinceros, impulsar de manera definitiva el desarrollo espiritual de los montañeses en Sevilla hasta lograr todos nuestros propósitos, inspirados en el amor a la tierra y en el cariño que todos sentimos hacia esta noble ciudad tan hospitalaria y tan generosa... Estamos satisfechísimos de la simpatía con que las autoridades y las corporaciones sevillanas acogen nuestras solicitudes... Pero no hay que detenerse... Es menester seguir andando hasta llegar a donde nos proponemos por senderos rectos

y honrados. Yo tengo fe absoluta en los destinos de esta Casa. Dudar de las colaboraciones y del cariño de estos montañeses, sería tanto como dudar de la nobleza y de la abnegación de Cantabria... ¡y esto es imposible!... Puede usted decir que se pondrán todos los esfuerzos en asegurar, afirmar y robustecer esta obra, aunque nada más sea por el prestigio del terruño... Aquí hay hombres de grandes energías, generosos, entusiastas, perseverantes... Son la mejor garantía de mis afirmaciones...”.

Nosotros creemos al señor Saiz de la Maza. Nosotros tenemos profunda fe en sus declaraciones. La sinceridad resplandece en sus palabras. Hermenegildo Gutiérrez, abogado ilustre y secretario de la Casa, se expresa en términos análogos y nos habla de proyectos en agraz que pronto estarán sazonados. Quisiera contagiarse uno de los bríos, de la fe, del entusiasmo de estos hombres de noble estampa montañesa, desposeídos de toda abulia, llenos de voluntad, de constancia en la lucha, de discreción en la frase y en el ademán...

Rumores de plática en la terracita tan pulcra y tan blanca. Vocabulario de “Sotileza” y de “Peñas Arriba” en este crepúsculo lento, suavísimo, con aires templados que trascienden a ventales de olivos y limoneros...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 4-VII-1930.

283.—MITOLOGÍA CÁNTABRA. EL TRENTI

La Voz de Cantabria, 6-VII-1930.

(Publicado en *Obras completas*, t. II, págs. 449-452, con el título “La leyenda del trenti”).

284.—ESBOZOS. TIEMPOS VIEJOS

El baño de doña María de Padilla

Al lado de las mazmorras y de la pura estirpe mudéjar en piedra y azulejo, unas linfas claras, transparentes, besadas por el sol. La tradición en estas aguas tibias remansadas en alberca blanca; en estas penumbras, en estas

tinieblas. Luz y oscuridad en el baño de doña María de Padilla. Claridades y deleites de mujer hermosa y enamorada y yerros, pecados y tinieblas de aquellos años y de aquellas leyes, a la vera de los rayos de sol que calientan las aguas viejas de la alberca. Cancelas encarnadas, verdes y azules. Las mismas cancelas para las cárceles que para las alegrías. En esta parte del alcázar sevillano está fielmente representada una época; el espíritu de una época de atardecer, liviana y torpe "por hacer placer al rey". El amor y la crueldad separados por levísimos linderos de rosaledas, con relieves morenos y rubios en las transiciones de la tierra estéril. Aquí los rumores de un surtidor y allá el rojo intento de unas flores que se encaraman por la muralla hasta la barda recta vestida de yedra y laurel. Sigue el camino suave, angosto, ondulante por entre ribazos floreados, hazas de cármenes y bayas negras, azuladas del arrayán. Después la piscina, tras la sombra apacible del largo túnel a guisa de zaguán de tan recatado lugar... Alegrías y pesadumbres, voluptuosidades y templanzas, recogimientos y vehemencias, hierro y oro del siglo XIV en este rincón favorito de doña María de Padilla.

Estos muros, estos pilares, estas penumbras, estas aguas quietas dicen más al espíritu que las leyendas y las páginas de los poetas. Aquí posó los dulces ojos una mujer, rival de otra "blanca e rubia e de buen donaire e de buen seso" que era como un arpa en medio del estruendo de los aceros. Poesía de la historia sembrada en las aguas sosegadas, en las paredes blancas como flores de arrayanes, en los ajimeces, en las claraboyas, en los silencios de este paraje escondido. Cosas recias, duras, añejas que tienen la virtud de suavizar los sentimientos y exaltar los recuerdos. Peregrina emoción la que regalan al ánimo una encina de la Mancha, un alarde de Esquivias, una besana de Vivar del Cid, un molino de viento, una palmera de la Rábida, un roble del Incio, una piedra, un azulejo, una columna de este alcázar. Más fuerte, más honda, más buena que la emoción literaria, la emoción de estos ambientes, de estos rinconcitos discretos, de estos postigos agrietados sin el agravio de las cales nuevas; de estas linfas claras y tibias, donde dice la tradición que cayeron las lágrimas de un rey de cuerpo descollado, siniestro, gentil, amigo de la sangre y de las cetrerías. Retazo de la historia, del alma y del entendimiento, de la dulzura y aspereza de la época, entre estas paredes claras y cenicientas con puertas misteriosas que se abrían al odio, al amor y a la muerte. El baño de doña María de Padilla, el espíritu de su siglo. Recatos cristianos y voluptuosidades árabes; la sobriedad de Castilla y el refinamiento moro en rara y bella compenetración. Soledad de claustro abandonado y ornamento de harén. Afuera una formidable y delicada sensación de reposo y de felicidad, entre murtas, sábanas de rosas y alcores leves de maravillosos matices, con gentiles cimbras de palmas y de mirtos...

Tablada

Aquí ardieron las primeras lumbres de la inquisición. Chisporrotearon los leños en la ribera y se aventaron las cenizas de los cuerpos relapsos, moriscos, judíos y cristianos, mercaderes y celestinas, hechos ascuas y rescoldos a la orilla del río. Hubo peste en Sevilla el año en que comenzaron a arder las hogueras. Y se desbordó el Guadalquivir, arrastrando puentes y cabañuelas, cortijos y casalicios, pastores y rebaños. Las lumbres continuaron crepitando. Más relapsos, más renegados, más infelices, más hombres, más mujeres, más niños hechos antorcha de penitencia en la llanura quemada. Insaciables eran aquellas llamaradas que consumían los bríos en agraz, las rebeldías maduras, los temblores venerables. Terrores, lamentos, espantos en las calles de Sevilla. Inmensas calvas negras en el campo de Tablada, primero verde, después rojo, más tarde oscuro por la afrenta del fuego. Aquí ardieron las primeras lumbres de la inquisición, cerca de los olivares, de los viñedos, de los salces de hojas de plata. El fanatismo atizó las llamas. Ya había vibrado en los aires de Granada la altiva respuesta de Abul Hassán, el de las lanzas y los alfanjes en vez de los tributos, de los acatamientos, de las mercedes. El Guadalquivir tornó a desbordarse con más furia y estruendo. Encentó las riberas, corrió turbio por el campo, pero no apagó las lumbres. Continuaron ardiendo los leños y los cuerpos, los inocentes y los malvados, las doncellas y las viejecitas de las "brujerías y las redomas que hacían mal al alma". Un fraile habla en Tablada de la misericordia divina. Un frailecito menudo de hábito blanco que llora, se hinca y se retuerce al paso de las víctimas. Y el frailecito muere en las ascuas vivas desgarrado por las saetas, con el índice trémulo señalando al cielo. Uno se estremece ante estos recuerdos ingratos. Todas las crueldades, todos los desatinos, todos los dramas de la historia se nos clavan en la mente y en el alma ante estos terrores, y estos senderos y estos caminos suaves que fueron calvarios y jornadas de clavos y disciplinas... Tal fue Tablada antaño. Ahora, como un desagravio, la pujanza de la civilización en la tierra, en el agua, en los aires...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 12-VII-1930.

285.—ESBOZOS. CELOSÍAS Y LIBERTADES

Discurso de un doctor inglés en una asamblea internacional de congregaciones que se celebra en Londres. Oratoria iracunda, violenta, cruda, malhu-

morada en contra de la juventud actual. Lo viejo anatemiza a lo nuevo. En el alma de lo que se va enervando, nace —suspica y amargo— un reproche acerbo contra lo que va creciendo. Estigma añejo de los años y de los hombres, impenitentes y relapsos en este herrumbroso pecado de siglos. Luchas vanas de la mocedad y la vejez en todas las épocas, en todos los pueblos, en todas las transiciones, dinamismos, remansos, alborotos, quejidos y carcajadas de la historia.

—Mis años fueron mejores —dice la voz temblona de lo decrepito.

—Más buenos son mis años —replican altivos los bríos y las inquietudes nuevas...

—Había más pulcritud en las costumbres, más claridad en las conciencias, más resplandor en el alma, más emociones, más templanza, más sinceridad, más recato, más energía, más misericordia —gritan los que ya han andado casi todo el camino.

Y la juventud responde desdeñosa, estirada, vehemente:

—Aquella pulcritud era hipócrita; la claridad, penumbra; afectadas las emociones; mansedumbres contritas, las templanzas; la sinceridad, cortesía falsa; el recato, dueñas propicias al soborno, con puntos y ribetes de desleales y pícaras. Hoy —continúa diciendo la juventud— hay menos prejuicios, menos repliegues, menos artificio de lisonja y requiebro en el amor, en la amistad, en los deleites, en los pudores. Era más nocivo el recogimiento forzoso de antaño que la libertad de ahora. El mundo avanza por caminos de perfección. Cada día es más pródigo en energías, en ingenios, en sacrificios, en cerebros, en corazones. Nosotros tenemos alas de acero en rutas inmensas. Vosotros erais la diligencia que se estremecía y se bamboleaba en los caminos ásperos. Nubes de polvo en toda la jornada. Apreturas, brinco, estridores, tacos de los mayores, trallazos y rechinamientos. Ir y volver por el camino sin salir de él por miedo al extravío, como ciego sin lazarillo. Sendas anodinas, sosiegos rutinarios, discreciones ficticias, donaires fanfarrones. La vida en cárceles de prejuicio y en cautiverios oscuros de cortesías que no salían del corazón. Nuestros años son más opulentos en las sensaciones de la vida interior. Hay más transparencia en los pensamientos, más nervio en la misericordia, más fortaleza en la peregrinación, menos acritud en las costumbres del hogar, de las aulas, del asilo. No hay límites para las ansias buenas del cerebro y del alma. Un día se quemaron las disciplinas que tundieron vuestras espaldas. Desde aquel punto y hora la existencia comenzó a ser más agradable y optimista. Se iban enfriando los viejos atanos. La inflexibilidad de aquellos cilicios se os clavó en el corazón y sembrasteis en los procedimientos, en la juventud, en la madurez, la mala cose-

cha que recogisteis en la infancia, prisionera apenas nacida. Vuestro honor fue una descomunal hipérbole, con crueldades, penitencias y cadenas...

La vejez enarca las cejas, se torna colérica y desapacible. Quiere erguirse en un supremo esfuerzo de altivez, de dignidad, de rencor. Ya no pueden erguirse estas frentes de arrugas y pesadumbres, pálidas de ira, de zozobra, de abatimiento. Van saliendo las palabras, entrecortadas, trémulas, incoherentes:

—Días livianos... Ataxia moral... Sensaciones de barro... Vuestra ética no tiene serenidad... Está llena de perplejidades, de ondulaciones, de quebradas, de manchas...

Sonrisas de la juventud, mitad compasivas mitad burlonas, a la ira de la vejez. Termina la disputa con una carcajada del mozo y con una mirada hosca de las pupilas que luego se apagarán. El mozo se barrena una sien con el índice. El anciano hace lo mismo y vuelve la espalda

Así siempre, a través de los siglos, de las transformaciones, de las rebeldías y mansedumbres colectivas, de los equilibrios y desniveles de la vida, que tiene, perdurablemente, las mismas penas, los mismos regocijos, ansias, vicios, virtudes, perversidades, sosiegos y sobresaltos, pese al joven que ríe y llama chiflado al viejo, y al viejo que mira hosco y llama chiflado al joven. No están la virtud y el pecado en la cabellera, en el miriñaque, en la seda, en el percal, en las faldas largas o cortas. Igual anarquía en las relaciones sociales que hace cincuenta, cien años. Picardías de "La romera de Santiago", de Vélez de Guevara. Seducciones canallescas en "El astrólogo fingido", en "El maestro de danzar", de Calderón, en el teatro de Montalbán, de Tirso, de Frago, de Bances Candamo. Las costumbres en el teatro de la época. El mismo panorama entonces que ahora. Dibujos de Villete con hombres y tragedias trashumantes. Litografías de Donmieu. Para unos, color de país de destierro en los propios lares. Para otros, felicidad y alegría en cualquier rincón adonde vayan a parar. Las mismas cosas buenas y las mismas cosas malas. Idéntica carencia del sentido moral a través de los claros, anchos o estrechos, del enrejado antiguo, que en la libertad de hogaño. No se ha perdido ni se ha ganado en esta lid de siglos. Los vientos viejos llegan hasta nosotros unas veces como auras apacibles; otras, como saetazos de nieve y de fuego. Se retuercen los mismos sacrificios y las mismas pasiones. Se trenzan, se desenlazan, se arquean y se agitan análogas culpas. El doctor británico no tiene razón. Ni la juventud ni la vejez. De este leño infinito, que es de entre estallidos y palpitaciones profundas, caen nuevas ascuas cotidianamente, desde el principio del mundo, a todas las horas, en todos los momentos...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 24-VII-1930.

Del campo han salido grandes filósofos. Entre la mancera recia, la reja con brillos de plata nueva y los acirates suaves o ásperos, verdes o escarpados, han nacido pensamientos ilustres, clarividencias singulares, sensaciones finas y delicadas. La mente se hinca en los terrones, en las yerbecitas que se remueven, y se entierran y se arrancan; en las piedras leves del tempero, en la semilla, en los cardos, en las flores, en las arrugas, hondonadas y relieves de la mies. El pensamiento está reconcentrado en aquellas estrecheces que son un mundo de esperanzas y zozobras. Allí está toda la vida. Un concepto, una forma arbitraria de la vida. No importa el más allá para estos hombres encorvados y silenciosos. Cambera pindia de monte, camino suave y andadero, de heredad, rozada y pradería, iglesia y concejo, figones de feria, alborques, novenarios, campanillas de Antruido y de Navidades. Reflejos de estas cosas dulces y amargas, son los pensamientos de estos pacientísimos varones probados en la templanza, con oreo de muchos estíos y de muchos relentes... Caminata de silencio, horas y horas detrás de la yunta, sobre revoltijos de yerbas, de piedrecitas, de terrones morenos. El ansia en el sol, en la lluvia, en la acequia, en los apriscos, en las bestias más que en los hombres. Un anhelo divino arraigado en el alma, que es como un recatado deseo de perfección espiritual sin estímulos externos de vanidad o recompensa. La fe vibra, retiembla de gozo en las moradas íntimas, aplaca y suaviza, cercena pesadumbres, unge, acicala, acaricia blandamente. Por eso son dulces, mansos y dignos estos pensamientos de los filósofos del campo asidos al aladro, al astil duro del apero, al acetre de rogativas, a los velones amarillos y a las andas negras de calvario. Es una fe vieja, de roble y de miel, de espinos y rosales, discreta, serena, apacible en toda la jornada, sin transiciones de duda, sin quebranto ni caída de flaqueza. Labora la imaginación al compás de los majuelos que se mueven en las colleras. Los sones cristalinos, juguetones, menuditos, regalan el optimismo y la alegría. Las tierras oscuras de aladrada conceden las austeridades en el discurrir, la templanza, la resignación, la serenidad, un inefable sosiego de la vida interior que ilumina los semblantes y adereza las sensaciones con milagros de modestia y de paz. Después canta el viento y refresca la frente mojada de sudor. Trae buenos olores de cosechas en agraz. Antes juega, canta y retoza en las hojas crespas y lustrosas de los acebos, en las aguas de la acequia, a través de las lindes exornadas de manzanillas. Besa aquellas piedrecitas, aquellos caminitos de sementera, aquellas hazas removidas donde se inspiran las ideas del labrador que anda y piensa en veredas recién trazadas a filo de hierro. Allí está su

filosofía, su pan y su libro. Cada surco es una página que se abre con tenue crujido. El hombre que sigue a la esteva lee y medita en estas líneas de arada y encuentra en ellas los deleites, las sugerencias, las virtudes y las enseñanzas que compendian y resumen su ética, su metafísica y hasta su temperamento y sus pasiones...

Un manuscrito de un labrador de Valderredible. Manos amigas y bondadosas le hicieron llegar a las nuestras hace unas horas. Renglones torcidos, temblorosos, desiguales. Débiles y desmañadas las letras. Fuertes y bien aderezados los pensamientos de este labrantín viejo y resignado, que llevó al papel infantil de rayas azules oro de trigo y alegrías de ababol, con salpicaduras y pinceladas de nieves, calinas, ascuas y cenizas. Unas veces llora la fatiga y se retuercen las penas mientras tiemblan las llamas del lar o se abre la costra de la heredad de alquiler con tenue gemido de rastrojo mustio. Otras veces canta la alegría y parece que las líneas se escribieron con bríos cabales, al son de albogues y rabeles, de ruidos secos y recios de pico bermejo de cigüeña. Algunos paréntesis como curvas de hoz y ondulación de espiga que madura. Y entre los paréntesis, insinuaciones de rebeldías muy discretas y cristianas, vestidas de túnica y parábola, con polvo de sandalias y ansias de palmero peregrino que busca remansos de Jordán y ventalles de Galilea y ramas de cedro para labrar su cruz y su bordón. Rebeldías suaves, transparentes, que no arañan en las culpas ni en los agravios, ni desgarran las avaricias ajenas, que vienen a ser regazos inmensos de piedra y ortiga, donde se consumen y se petrifican los mansos deseos rurales de vida más próspera y abundante.

“La mayor desgracia de los labradores ha sido y es la falta de compasión de algunos terratenientes, el desprecio del Estado y la indiferencia de la gente que se alimenta con las nuestras fatigas hechas trigo, maíz y hortalizas”.

He aquí, en estas palabras claras, categóricas, valientes, sencillas, sin retoques ni artificio, como trova de pastor señero, la verdad que rebulle en el limitado dinamismo del agro. Opulencias enfermas de avaricia, sinuosidades en ambientes de calma eterna con erguidos alterones de indiferencia, de menosprecio, de egoísmo; aires dormidos en parvas, en sembrados, en masías, en bancales, mezclados con aliento de tierra caliente, que no tienen voces anchas y tremendas como de vendaval.

“Algunos —sigue diciendo el labrador— se marchan a las ciudades y no vuelven aunque pasen necesidad. Otros se van por el mar y tampoco vuelven. Los viejos y los tullidos son los que se quedan. Aquí cierran las puertas y puede que no tengan fuerzas para abrir otras. Mucha gente cree que les lleva la ambición, pero yo digo que les lleva la miseria. Mejor estarían en

las sus cocinas y en la su labranza si hubiera mucho que cocer y mucho que sembrar. Malos amigos el invierno, los embargos, la mucha calor y las piedras blancas que caen de las nubes...”.

Así, crudamente, con grata ingenuidad, con acre persuasión de realidades desnudas. No hay mucho que cocer ni mucho que sembrar. Inviernos, embargos, piedras blancas. Malos amigos, malos amigos los embargos, los inviernos, las piedras blancas, la mucha calor. Cauterios y disciplinas, dramático repiqueteo del granizo estival, rigores bravíos de tormenta, fuertes y terribles aldabonazos del apremio, remojones del sudor que fertiliza al mundo, grietas, hielos, resoles.

Singular manuscrito que trasciende a cuitas remordidas, a penitencias sin pecado, a sonos de arpa y de almirez, a preces y llantos, a olores húmedos, a cayados y zamarras de rebujal.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 30-VII-1930. (Vid. O. C., págs. 533-535).

287.—RECUERDOS. LA CADENA

La Voz de Cantabria, 6-VIII-1930. (Vid. O. C., págs. 465-468).

288.—ESBOZOS. BROCALES Y PALMERAS

Ánfora de caridad, manantial cristalino de los buenos sentimientos, de las misericordias perdurables, de las ansias y dulzuras que encienden lumbres en hielos y tinieblas y abren remansos en aguas que encantan y rebraman. Auroras y esperanzas en sendas de vejez. Retorno a la infancia, a la infancia del espíritu, que se alborozaba, y se estremece y tiembla de grata impaciencia al redoble de un tambor, al suave cantar de un albogue, al silbo y tiroteo de los cohetes en noches luminarias, envueltas en papeles de colores. Regalar a la vejez candelitas y sensaciones de la infancia, llevar al refugio un formidable aliento de amanecer de abril y resplandores apacibles de estío abundante. Aliviar los pensamientos que afligen; el cruel empujar de los hijos avaros el día en que se inició la jornada por camino áspero y ramblizo,

aunque fuera blando de hojas y yerbas. Allá quedan los cantareros familiares bermejos y azules, la intimidad de los huertos aldeanos con rinconcitos de grosellas y laureles; las peñas azules, rubias, grisáceas; los pañales de los nietos tendidos al sol; los hacendados que dejan las tierras sin huella de aladro para ahorrar los jornales; la cresta exaltada de la montaña o el haz morena del páramo con sendas agrias y duras. Los hijos cierran la puerta y dan empellones. ¡Anda, anda! Es mucho un grano más, un sorbo, un pedacito. A veces dejan a la vieja para mecer al escanillo, y cerner la harina y cuidar la puchera. La coyunda de muchos años se desata con cruel desgarradura. La vieja se sienta en el banco de piedra del zaguán y se enjuga el llanto con el pico del oscuro delantal. Ha llorado el viejo toda la noche, sepultado en el jergón de hoja bajo el cobertor de remiendos y recosidos torpes. Al alba ha besado a los nietos y ha sorbido por última vez en tarreña roja la leche arromerada. Después ha encendido, con ascua de hogar, la pipa no colmada. Ha vuelto a besar a los nietos. Ha mirado las paredes, los llezos, las astillas secas del cornejal, la danza de las llamas en el lar, el humo que va a la tronera y ennegrece el sobrado; la masera, el almirez, las trébedes, las vigas de castaño con leves transiciones doradas como de albarca tostada. Y se ha despedido de todas aquellas cosas con tremenda pesadumbre. Desciende uno, dos, cinco escalones y torna al cuarto de los nietos. Más besos y más caer de lágrimas en las frentes que esconden pensamientos de rosa y de miel. Una voz quiebra esta escena ungida de gracia de Dios:

—Vamos, padre, que ya es tarde.

La casa está silenciosa y en ocio los trajines del establo y corralada. Picotean y escarban las gallinas pedresas en el polvo del portal. Se han abierto las puertas de los corredores. Se han descorrido los percales de las ventanas. Rumores suaves de jaculatorias infantiles. Brillan de sol las techumbres rojas. Pastores y perros barcinos en rutas de sosiego de majadas. Ha tornado el anciano a descender los peldaños y pone los ojos en el labrado de los balaustres, en los zurriones rubios, en las colleras y colodras que cuelgan de pinos pulidos de roble y avellano. Quiere besar con las pupilas aquellos leños, aquellas piedras, aquellas grietas. Se enardece la sensibilidad y despiertan las zozobras con cilicio de pesadumbre. Un lamento angustioso, una mueca de impotencia en semblante lívido de pena. Los viejos se contemplan en el umbral ansiosamente. Sombras de cuitas irreparables y agudísimas sobre las frentes abatidas. La angustia humana reflejada en los ojos, en la boca, en las manos, en los suspiros... Allí entraron un día los dos ancianos con ramitas de azahar y lienzos estrenados al amanecer. También se contemplaron ansiosamente en aquellas horas deleitosas. Era la suprema felicidad envuelta en rayos de sol, en trapos de seda fina, en lisonjas de parabienes...

Ahora es la suprema amargura, arrebozada en telas negras de calvario, en remusgos de alba fría que hacen estremecer, en saetazo de penitencia, en rocíos de hiel. ¡Cómo se aprietan, cómo se enlazan, cómo se unen estos huesos que barruntan un lecho quietecito entre cruces; estos brazos flacos que se retuercen y se levantan al cielo; estos labios cárdenos que cantaron muchos días! Otra vez la voz áspera en medio de aquel largo suspirar:

—Vamos, padre, que ya es tarde...

La vieja se sienta anonadada, convulsa, pálida, en el banco de piedra, y enjuga las lágrimas con el pico del oscuro delantal. Continuará meciendo el escanillo y moviendo el cernedor de aro pintado de añil. El cernedor es el panderero de las viejas. Cantan coplas mientras cae en la masera la harina amarillenta. Se hace la cuenta de que a su marido le llevan a enterrar. Ella rezará por las noches, recordando, recordando...

Allá van el viejo y el mozo silenciosos y remisos. Anda, anda, entre los rumores de la mañana. Bultos negros, blancos y rubios de rebaños que dejan vellones en las jaras. Colores oscuros de pellizas. Rocas escarpadas y altas con relieve de menhires, o yermo mustio de lumbre de sol. Lastras con rayezuelas de yedra agostada y hoyitos de agua de invierno. Manchones de pradera con plumas de tórtola. Arroyos y lomas, penachuelos de niebla y aguas desnudas que brincan en el lecho desapacible. También quisiera abrazar el viejo estas manchas de rebujal, estas esquilas, estos vellones, estas lastras, estas linfas en que espejean inquietas las ramas de los árboles. Anda, anda. La ciudad, el asilo. El hijo compra una chambra para la mujer y unas boinas para los críos y retorna al pueblo. El viejo se queda absorto, medroso como la primera noche de cuartel. Otras manchitas blancas, azules, negras, que van y vienen y hacen ventalles de alivio, de consuelo, de sosiego como los brocales y las palmeras del desierto. Lo que él creía cautiverio, es una remansada dulce, secretísima, que enerva el temblor y aplaca la incertidumbre. Remansada de bríos joviales, de entusiasmos de juventud, de calorcillos místicos, de sones alegres, cristalinos, juguetones de campanas pequeñas como acericos de monjas. Templadas respiraciones del mundo que llegan a los claustros, a los hospitales, a las cárceles, para llevar un raudal de misericordia a los desamparados, a los tristes, a las cadenas. El alma hincada en alcatifa de compasión. Van y vienen las manchitas blancas, con rumor de haldas y de cuentas brillantes, por entre estos dolores y arrugas de vejez. Afuera vibra la juventud, que pone colores de caridad en las fachadas, en las carretas, en los aires, en las danzas, en los palillos del tamborilero. El remanso se extiende, se extiende y la campana tañe más cristalina, más juguetona, más sonora. Parece que hay arpas y ruisñores en su majuelo. Tiene asida la cuerda del repique un hombre que es como un singularísimo

elemento espiritual de la Montaña. Santiago Toca, un río, un roble, un silo de la provincia de Santander...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 16-VIII-1930. (Vid. O. C., t. II, págs. 529-531).

289.—ESBOZOS. UNA ESCUELA DE CAMPESINAS

Unos meses en la escuela con transiciones demasiado extensas de pastoreo en los días de primavera. El cayado más que el silabario y el zurrón más que el cuaderno. Sallo y resallo de la mies; paseítos en el rastro que se balancea sobre el revoltijo de los terrones, o caminatas lentas, monótonas, detrás de la pareja que hunde la pezuña en el bancal. La niña gusta de los acericos, de los pespuntos, de las vainicas, de las letras bordadas en aspereza de cañamazo. ¡Cómo las recuerda mientras azota con la varita de salce las tierras que se van removiendo! Ha dejado empezada una letra con muchas flores y muchos ramos. El corazón del acerico le comenzó en enero y le terminó en el estío mientras la yerba se ponía mustia. No sabe cuándo sacará el último hilo de la vainica, ni cuándo bordará la leve ondulación de la Z en el lienzo de marcar. Por la noche está cansada. La cabellera está áspera de polvo de haza arada. Huella roja de la varita de salce en la palma de la diestra. Tierra en el doble de la falda arremangada. Colores calientes de fatiga en el rostro cenceño o rollizo. No puede, no puede hacer el último rasgo de la letra, el último pétalo de la rosa, la última hoja de la ramita. Se la cierran los ojos al resplandor de la cocina. Al alba será menester abrir el ventano para ver la cara somnolienta del día. Pasará una vieja con la halda encimera a guisa de toca para librarse del remusgo sutil y destemplado. Quizás pase un viejo con la picaya en la diestra, renqueante, triste, con un cigarro que encendió la víspera entre incienso de yesca recogida. Después la sombra ligera del señor cura. La vieja se arrodillará cerca del altar mayor y dará muchos suspiros. El anciano se hincará debajo del coro, al lado de la pila del agua bendita y habrá dejado la punta levísima del pitillo arrinconadita en el banco de losa del pórtico, para que no se la lleve el viento. Parecen eternas las puntas de los cigarros de estos pobres viejos de los pueblos. Parecen eternas las ansias dolorosas de estas pobres niñas que empiezan a marcar una letra en tela burda que trasciende a estopa y no pueden terminarla. El día amanece apacible. Las astas de los aladros repiquetean en

las piedras de los caminos, saltan, retiemblan, se estremecen. Otra vez, otra vez la varita de salce, los colores calientes, el hundirse de la planta en la gleba llena de rocío, el ir y venir perezoso, transido, de linde a linde, hasta la hora lejana del sosiego. Un día llueve. Empieza la era feliz, demasiado corta, para la niña que gusta de los pespuntos, de las madejas, de los alfileros, del hilo de enhebrar en aguja mala de baratijera. Quedan en ocio los aperos en los rincones del portal, con las horcinas y los coloños que se han acarreado en la crisma de los hombres y en la cabeza de las mujeres, con corona de rueño. La lluvia de abril, de mayo, de junio brinca en el bermejo de las techumbres y repercute en el ambiente escolar con otros rumores, con otros brincos, con otros repiqueteos. Cae el polvo de la cabellera. Un lazo de color de rosa en la trenza pulidamente repeinada, una chambrá limpia, una blusa azul —ese azul tan simpático de las blusas campesinas—, un pañuelo chiquitín con ribetes encarnados que huele a marcia de nueces, a perdones infantiles de romería, a pescados diminutos de remanso, a medallitas y regalices de monjas o franciscanos que van de camino. Es el pañuelo la alforja de las niñas. Otra vez la tibieza de la escuela, el estímulo suavísimo del viento, al abrirse y cerrarse del jubilitero encarnado, también de baratijera. Avanza la ringlera de las letras en el áspero del cañamazo. Plegarias vehementes para que siga lloviendo. Una escampada, entristece, inquieta, llena de pesadumbres, pincha y quema los entusiasmos. ¡Que llueva, que llueva, Señor! ¿No sabéis la jaculatoria de las niñas infelices para que siga lloviendo? “Que llueva, que llueva, hasta que yo estrene la chambrá nueva”. Y a lo mejor no estrena nunca la chambrá nueva. “Una chambrá nueva de la vieja de mi madre”. Adornos nuevos en percales de muchos años, cintas reviejas en cabelleras brillantes, galas de boda en vestido de primera comunión, en mortaja de doncella o en envolturas de cristianar...

Un estremecimiento, una mueca amarga de angustia precoz; un sobresalto, una lágrima que cae en el relieve blanco de las flores del trapo, en las hojitas de hilo. Otro refrán de las niñas infelices: “Si deja de llover, dejo de coser”. Retorno a los trajines de labranza, al acarreo de haces de árgomas y barroscos secos, a la guarda de las corderas, al molino con triguera clara. No ha terminado el corazón del acerico con entraña de heno mustio, ni la ringlera de las letras rojas, doradas, azules, de color de plata y de añil. ¡Cuándo lloverá otra vez, Señor! “¡Que llueva, que llueva, hasta que yo estrene la chambrá nueva!”...

Una escuela de campesinas para las niñas que llegan a mozas dejando de coser en cuanto cesa de llover. Hay escuelas de campesinas en Cataluña, en Galicia, en Andalucía. Unas aulas amables en edificios alegres que pare-

cen granjas y cortijos, subvencionadas por el Estado y sostenidas por los organismos y entidades provinciales. Cocina, labranza, industria y derivados de la leche, corte, economía doméstica. Todo lo que puede ser útil a las mozas labradoras que de niñas nada más que fueron a la escuela cuando el cielo lloraba. Se llevaría al agro de la Montaña un aliento de esperanza perdurable, un raudal optimista de impulsos buenos, el logro de muchas ansias que se mueren temblando, con mansedumbre de palomas y corderas, bajo la ancha campana del hogar, frente al dolmen negro de las pasiegas, en calvero de cumbre, en umbria de huerto, en linde y acicate de mies no muy fecunda. Jugueteo de agujas, de jubileos, de hilos y de cintas, de cordones y trencillas lejos del zurrón rubio, de la varita de salce, del lazo de serda que se enrosca en el haz. No estaría mal en la Montaña una escuela de campesinas. Se aliviarían muchas penas en agraz que luego estarán maduras; se evitarían muchos dramas que empiezan en una aldea, en un caserío del monte, en una socarreña de labrantín o de pastor y terminan en las ciudades. De la mies a la servidumbre. No hay más remedio que hacer el atadijo y marchar por el mundo a sacar de paseo a los hijos de los señores. El viejo de la madrugada continuará renqueando por la calleja con la punta del cigarro que encendió la víspera. En un rincón quedan los trapos escolares que nunca se acabarán de bordar. ¿No sabéis el modismo de estas pobres adolescentes que salen un día del pueblo con un atadijo debajo del brazo?: “Antes por no llover y ahora por servir, a la escuela no puedo ir”. O este otro más expresivo, más triste, más desesperado, que parece hecho con tueras y hieles: “Antes de pastora y ahora de criada, más valdría que no juera nada”.

Una escuela de campesinas para las niñas que llegan a mozas dejando de coser en cuanto cesa de llover. Las hay en Cataluña, en Galicia, en Andalucía con trazas de cortijos y de granjas...

Antes de pastora y ahora de criada...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 21-VIII-1930.

290.—ESBOZOS. DEL CAMPO A LA CIUDAD

“El Imparcial” se lamenta del equivocado afán de los campesinos de trocar la casa de labranza por la buhardilla de la ciudad. Tema perdurable

de muchos años y de muchos y de muy descomunales yerros. Resabio muy venerable en ansias nuevas que se excitan y se exaltan como gulas de niño en víspera de feria, de vacación, de aguinaldos y día de Reyes. Los niños cambian la merienda por un "chiflo" de rama de nogal, por una jaulita de mimbres, por un carnero de arcilla pintada. Los hombres juegan a la infancia de vez en cuando. Trocan las hazas, los agreos, la yunta y las cosechas guardadas en silo o en desván, por una escoba de la ciudad, por un bastón de guardia municipal, por una gorra de consumero. Un día agarran a la mujer y a los hijos y los traen a la capital. Acaba de descuartizarse la independencia y el sosiego de una familia. Las reses entran en otros establos, las tierras llenan otras estirpias, las lanas del hato van a parar a otras ruecas. El hombre que se va, mira petulante a los hombres que se quedan agarrados a la mancera, a la macona, al asta del dalle. Se ha puesto una corbata sobre pechera áspera de tela de lencero trashumante. Ya es guardia municipal, vigilante de arbitrios como Luis Candelas y el filósofo de Esquivias; cobrador de tranvía o portero de casa grande. El buen Sancho entrará pronto en la insula. Teresa está loca de contenta. Malhayan las viñas, y las bellotas y las cabras. Nadie la roerá los zancajos. Sanchica vestirá de lo fino, lucirá gargantillas y sedas, como las señoritas que van al pueblo en el estío. ¡Qué buena ventura, Señor! También mira petulante a las otras mujeres que se quedan desgranando panojas y sallando los maíces y balanceando los viejos escanillos. Ha hecho un vestido de percal como el de la boticaria y ha comprado unos requilorios de azófar y de cuentas que parecen áureas. Se abre un camino de presunciones, de ocio, de medro y señorío. No hay cosa más estúpida ni más simple que las ilusiones de las pobres mujeres de estos pobres hombres que llegan a la ciudad para cargar con un manojo de llaves, con una escoba de brezo, con una gorra de plato que tiene unas letras que no dicen nada. En la ciudad se comerá a dos carrillos pan blanco todos los días. ¡Qué felicidad, Señor! No habrá sofocos de trajín labriego, ni embargos, ni contribuciones, ni encorvamientos de la crisma bajo el peso de los coloños y de las balumbas. Contempla el espejismo los ojos glotones llenos de ansias, de avideces, de apetitos contenidos años y años en jornada de sementera, en estrechez de corral, en silencio de cumbre o de páramo. Los deseos enardecen la voluntad, se meten en todos los escondrijos de la materia, arañan y brincan en el espíritu, exaltan, aturden, empujan, sobresaltan y alborozan a la vez. Estas mujeres y estos hombres cierran la puerta con tranquilidad que pasma y hace daño. En aquel momento está adormecida la incertidumbre, sesteaa el temor, está quietecita la zozobra. Una fe absoluta en el porvenir. Un rencorcillo secreto para las cosas que se abandonan, para el antaño reciente, para los techos, para las

piedras, para los árboles y los caminos. Y a la vera de este rencor, un cariño infinito que empieza a nacer mansamente, que luego se torna frenético, que más tarde vuelve a la mansedumbre para hacerse de nuevo delirante y violento, hasta desbordarse en insaciable vanidad de bienes materiales. Más petulancia en la mirada, en las muecas, en la afectada lentitud del andar, en el abrirse y cerrarse de la mano para decir adiós a los vecinos de la curruliega silenciosa...

¿No habéis contemplado estas despedidas en una corralada, en un cruce de caminos, en una carretera, en una estación? Es el más claro y doloroso ejemplo de la ingratitud humana para los ambientes y las personas y las cosas entre las que se deslizó la vida y se sazonaron las torpezas de la aventura que se inicia. Risas fingidas, insistentes, de buen tono; esas risas que idiotizan el semblante y dejan dolor en las mandíbulas. Tosca imitación de sirvientas que vuelven a la ciudad después de la fiesta de la santa patrona. Amaneramiento de hidalgas solteras que pasan temporadas en la villa en casa de otras hidalgas que pasan temporadas leves en la ciudad. Revoleteo de pañuelos a la altura del pecho. Copia villana de lo que han visto estas infelices mujeres y estos pobres hombres que vienen a nutrir la miseria y las lepras de las urbes. Es sublime la estampa del labrador en la tierra señera exornada de caminitos paralelos y morenos. En estas despedidas, en estas deserciones, en estas vanidades, esa estampa, antes sublime, se convierte en una fea vulgaridad que no acertamos a describir. El labrador en la mies, entre el lombillo de heno, bajo la campana del hogar, en hora dulce de sosiego, nos atrae y nos hace pensar en cosas muy bellas y hacendosas que no fertilizan en los temperos. Con el manojo de llaves, con el escobón de brezo, con la librea de cancerbero, se nos antoja ridículo como un burgués despechugado, en mangas de camisa, regando las hortalizas, o delante de una yunta, aun no acostumbrada al yugo.

Allá han quedado las hazas que llenaban el cedazo y la masera; las ubres que colmaban las tarreñas. No habría abundancia, pero tampoco escasez. Revive la fábula del topo en estos hombres ambiciosos que tienen de la reivindicación un concepto hórridamente arbitrario, del revés, opuesto a la dignidad, al trabajo, al sentido común. Una credencial de veinte reales, una garita en un portal de atuendo, estridor de cerraduras, rumores de brezo en suelos ciudadanos por estímulo de ocios, de pan tierno, de refocilos soñados en mala hora.

Después viene la realidad a interrumpir el alborozo. En la ínsula hay complicaciones y testerazos. La vida es un doctor Tirteafuera que no deja comer la olla. La Cascajo no recibe los escudos, ni las sartas, ni el vellorí. Sanchica no deja de ser Sanchica, aunque sea alta como una lanza y fresca

como una mañana de abril. Se inicia una vida dramática, que sabe Dios cómo acabará. ¡Qué desgracia, Señor! ¡Oh, las maseras y las escudillas, las ubres pródigas de la “Romera”, y el cantar del carro, y el cacareo de las gallinas ponedoras, y el repique de los majuelos parroquiales y las notas joviales de las campanillas!

Úlceras de alma que nunca se curan por acicate de recuerdo que se clava en la frente como un hierro rojo de fuego. Los humos se van enervando. Teresa ya no piensa en el coche ni su marido en la ínsula. ¡Qué optimistas las viñas, las alforjas de Rucio, las trigueras de granos que parecen grandes panderetas, el unto de carnero en la leche que se deja al relente de primavera! Y en lo más íntimo, el escarbar cotidiano de la vergüenza que no se da punto de reposo en el mortificar. ¡Cómo se reirán en el pueblo de estas cuitas, de estos trasudores, de estas cruelísimas humillaciones! No basta el arrepentimiento para que vuelva la felicidad. Ya crepita la lumbre y no soplará el viento para apagarla. Meditar y más meditar en los quicios de las puertas hasta que las palmadas del trasnochador rompen la angustiosa quietud. Pensar y volver a pensar en el banco del zaguán, con amargura, con desesperación, con desesperanza impotente. Recordar con terrible pesadumbre lo que no puede recuperarse, que es la más tremenda de las aflicciones...

Y así todos los días con insistencia aterradora.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 3-IX-1930. (Vid. O. C., t. I, págs. 261-265).

291.—ESBOZOS. CARACTERES

La Voz de Cantabria, 10-IX-1930. (Vid. O. C., págs. 537-541).

292.—ESBOZOS. SENCILLEZ Y BELLEZA

Antes, sencillez clásica que tenía esencias de renacimiento. Hogaño, afectación de alegría.

Una saya colorada, lisa, con leve adorno de respunte que temblaba y discurría en el color, con serpenteo de camino de nieves postreras en los

manchones intensos del monte. Hilo blanco que se retorció y ondulaba gentilmente en el lienzo con ingenuidad de arte primitivo y aldeano, que no sabe de más adornos en la humildad del percal barato. El concepto estrecho, apacible, enérgico de la vida no gustaba de arrequives vanos, ni de aderezos inútiles y recargados de belleza, simplificados hábilmente, en el paño áspero del invierno, en delgadez de telas estivales, en tocado de labor y de ocio, en delantales finos con ribetes de rosa y de color de margarita. Se refleja en la envoltura la austeridad de las ansias, la parquedad de las ilusiones, los pobres y templados apetitos del espíritu, siempre quietecito y fuerte como renunciación de alma cautiva en menosprecio de vanidades...

El vestido suele ser un reflejo del carácter, de la delicadeza, del descuido, de la soberbia, de la firmeza, de la flaqueza. Trasciende muchas veces en el ropaje, el ímpetu, la mansedumbre, el vigor, la intemperancia, el optimismo o la zozobra del temperamento. Entre la vida interior y la envoltura existe mucha analogía. Corteza deleznable de saúco en los hombres huecos. Corteza dura de roble en los hombres enteros. Corteza blanduzca y feble de salce flexible en los que tienen de la dignidad un concepto versátil. Corteza magnífica, brillante, tersa de abedul en los que superponen a la elegancia todos los deleites. Corteza áspera de alcornoque. Corteza de espino... Abundan las cortezas de salce achaparrado o esbelto que se estremece en la ribera al menor céfiro; las cortezas de alcornoque; las cortezas de saúco hueco. Ved los ademanes, y las vestiduras y escuchad las palabras de estos hombres...

El carácter viejo montañés cuidaba más de lo íntimo que de lo externo, sin menoscabo de la pulcritud, del decoro y de la belleza. Era una cualidad primordial en las inquietudes y sosiegos de la existencia, lo mismo en los trances angustiosos que en las albricias, carcajadas y donaires de la fortuna. Este concepto tan cabal, tan humilde de la vida —no confundir la humildad con la cobardía—, tan en remanso, tan austero, no sentía apetencias de bordoncillos ni de añadidos en el color liso, de la falda, de la chambrá, de la blusa. Tampoco cintajos largos y vaporosos de moza de Andévalo tañendo el adufe moruno, ni pliegues y repliegues de hembra granadina, ni faralaes ni vuelos holgados de gitanería. La discreción, la fantasía, el capricho racial, en la traza, que viene a ser como un espejo de los gustos delicados o torpes que bullen adentro con las buenas o las malas sensaciones. Aquí se limitaba el afán con simplificación peregrina, lo mismo en el presumir del vestido que en la gallardía escueta de la estampa estéril en afectaciones y pulimentos, que no están en concordancia con la limpia naturalidad de la belleza. Sencillez clásica en el traje regional. Unos respaldos, unos ribetes de terciopelo como único adorno de la falda. Un poquito de nieve en bermejo de ascua,

en verde oscuro de rozo que se va secando, en morado y amarillo de pensamiento que crece en huerto soleado. Una chambra de rosa, azulina, de rayitas blancas y negras, de líneas claras y oscuras con volante gentil y discreto. En la chambra, botoncitos de nácar. Un pañuelo, un delantalito. Sin apreturas de cordones de corpiños que llegaron a Pas no sabemos por qué caminos...

Blusas azules, negras en dolor, grises con pespuntos y fruncidos. Discreta gallardía de ansias tímidas y nobles en el suave percal de los mozos. Colores serios en las blusas de romerías, en las blusas del trajín, en las blusas de los serrones, que iban y volvían de Castilla, de Aragón, de Extremadura, con los mismos pespuntos y fruncidos. Chaquetas de paño en los hombros recios, hechos a los leños, a los astiles del apero, a las maconas repletas. Zapatos de Novales que campaban en los corros, en los feriales, entre las vacas, las avellanas, las rosquillas y los rumores de los cascabeles prisioneros en aros de listón pintados. También el temperamento varonil en estas remontas requetepulidas, en los frunces de las blusas, en el donaire del sombrero montañésísimo que tenía reminiscencias de viejo chambergó. Equilibrio singular entre lo interno y lo externo como muestra rotunda del carácter, que no sufría agobios de galas exóticas, ni acicate de lujos y características forasteras. Más elementos de belleza sin colgajos ni requilquios que no fueran menester. Predominio de la sencillez, de la naturalidad como suma y compendio de las aficiones en el vestir. Seriedad, vistosidad, recato sin melindres, apostura sin jactancia, hombría sin presunción. Sencillez y belleza. Jamás ese abigarramiento torpe, insensato y hasta grosero con que se quiere rectificar en las romerías y en los feriales el vestido venerable de la Montaña.

A medida que se ha ido perdiendo la noción de lo puro, de lo esencial, de lo primitivo, se ha trastrocado la sencillez buscando perifollos ampulosos aquí y allá. Franjas galaicas y astures en el liso de la saya montañesa adulterada con adornos híbridos de la planicie castellana, de los pueblos de León, de Asturias, de Galicia. Todo revuelto y confundido como heno de lombillo y plumas negras, pardas, cenicientas, vinosas de tórtola, y retazos diminutos de pañuelos que se hacen jirones en la siega. Hemos visto atalajes femeninos con pretensiones típicas que tienen adornos antillanos y collares de Salamanca. También hemos visto lentejuelas en halda de bailadora que acude a concurso. Aderezos de Langreo, de Entralgo, de Porriño, de cualquier parte menos de la Montaña. Esas faldas que pasan por pasiegas en las tan encumbradas romerías típicas, harían estremecer de vergüenza a una vieja de Pandillo o de Pisueña. Es decir, que hemos reformado, con

descaradas e intolerables tendencias de hórreo y de corredoira, lo típico de la provincia en este aspecto del vestuario. De lo otro no hay que hablar. Se la han llevado todos los ingleses y los yanquis... ¿Y esas manos de trapo, y esas medias lunas y esas estrellitas ridículas que hemos visto pegadas en los calzones húngaros de algunos bailadores? ¿Y esas blusas que parecen de rayadillo, de tela de colchón, de cortina de ventano de Cabuérniga, de forro de enjalma carmuniega? ¿Y esos pañuelos descomunales de percal de rayas multicolores, que se empleaba antaño para talegas de pastor, para bolsita escolar, para alcancía infantil de aguinaldos?

Las remontas no son tales remontas. Son pegotes indecorosos de aguja inhábil y profana. Se ha buscado lo más extravagante en los anaqueles de los lenceros para ir a la romería vestidos de máscaras. Y esto es una vergüenza, señores. Hay que tornar a la verdad, a la sencillez, a la belleza, al manantial. Es menester soterrar muchas brozas y oponerse con el sumo de energía a la escandalosa irrupción de mamarrachos en nuestras romerías, que dejan de ser típicas desde el punto y hora en que el predominio del disfraz arbitrario quiebra la pureza de la costumbre. Pocas excepciones consoladoras de discreción, de buen gusto, de acercamiento a lo castizo en estos brincos, jaleos y colores de carnaval. Urge evitar estas cosas por decoro, por dignidad, por amor propio. Sea como sea...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 18-IX-1930.

293.—ESBOZOS. HOSTILIDADES

Un maestro de escuela llega a un pueblo. Es mozo, optimista, atildado, y tiene un concepto suave y hondamente sentimental de la disciplina escolar. La pedagogía se ha espiritualizado; ha adquirido levaduras de corazón, juncieras de tolerancia, mieles y blanduras amables para que se endulcen y reposen las ansias tímidas de los niños. Otras cosas que antaño eran espíritu se han hecho materia. Trastrueques, gustos, filos, caprichos, piedra y plata de los siglos y de los hombres. Váyase lo uno por lo otro. Este maestro de escuela entra en el pueblo con respingo de alegría y zozobra agridulce de vida nueva. No se puede hurtar el ánimo a la inquietud de un camino que se empieza. Tiembla el brío, la voluntad se estremece, rebullen y chocan los pensamientos ahora valientes, después medrosos. Leve y angustioso tránsito

del bullicio al remanso o viceversa, hasta que las plantas se acostumbran al camino y las pupilas se hacen amigas de las cosas, de los árboles, de las veredas, de los horizontes. Después viene la enajenación o el llanto, en concordancia con la fortuna, con las pesadumbres, con las ideas que se quedan en agraz, con las mercedes y con los agravios. Nuestro maestro siente estas sensaciones en que se mezclan las esperanzas, las suavidades, la dulzura, el amargor, las claridades y las sombras. Es un momento en que todo se hace revoltijo y gavilla de ramas mustias, verdes, secas, duras o quebradizas, dentro del cerebro y de la conciencia. Espejos de nieve de Navidades, de hojas de mayo, de lumbre de estío, de amargura de otoño, en las moradas íntimas del corazón y del entendimiento. El maestro tiene en el bolsillo un título flamante y presente viejas bellaquerías de regidores; ropas rancias de cacique; modales zahareños de burgueses petulantes; aspavientos de hidalgas solteras que miran por rendija de celosía y se lo cuentan a otras hidalgas consumidas, cuando pasean bajo los álamos del camino real; simplezas de padres analfabetos; afrentas y barbullas de rebotica; melindres de señora rica, que tiene los hijos pálidos y flacos. También barrunta resabios muy viejos de anodismo hipócrita; cuchicheos de mujeres haraganas cuando hable con una moza guapa; murmullos de muchachas labradoras cuando salude, cortés, a la hija casadera del tabernero rico; guiños de los viejos, de los gañanes, de los pastores, cuando ofrezca la petaca y la candela a un rentista de muchas aparcerías, que tenga hijas con apetito de cortejo y de esponsales; más murmullos y más rumores cuando eche una cana al aire y marche a la ciudad unas horas; runrún en majadas, en portales, en boleras y pórticos, cuando regale una boina o un elástico al hijo de una viuda amarilla y miserable que no tenga qué comer, ni pucheros en qué cocinar. Todas estas cosas y muchas más presente el maestro de escuela optimista y novicio que llega a un pueblo con ansias gratísimas y calientes y un título flamante en el bolsillo...

Un maestro nuevo es algo así como día de feria y llegada de titiriteros... Transición fuerte de curiosidad que se clava en las ropas, en el semblante, en la palabra del mozo. El maestro es robusto o cenceño, adusto o simpático, tímido o atrevido. Lo mismo da Adonis que Quasimido. Es soltero y no hay más qué decir. Si es maestra, rezongan en sus oídos los requiebros y las ternezas de jándalos célibes, con migajas de caudal, que apetecen los diez mil reales. También suspiran los hidalgüelos maduros de vigilia y jaca con trazas de galga, con idénticos apetitos y mansedumbres. Es cosa digna de verse la rivalidad entre un jándalo y un hidalgo por una maestra de escuela que los desdeña. Las mozas que van mudando la color de las

veinticinco Pascuas, echan anzuelo de percal y de seda, de caudales, de yuntas, de borregos y corderas. Es la última esperanza, con aflicciones y consuelos, de quien espera alivio o desgarraduras. Pasan días y nacen odios escondidos, apretados, llenos de tuera y de hiel. No gusta el maestro nuevo de esas coyundas que dan establos y tierras arañadas. No faltan donaires y gentilezas de pobres señoritas sin blanca. Esas señoritas de los pueblos que viven en caserones desnudos y hoscos, en estancias de eterna penumbra, con consolas negras y guadameciles añejos. Tampoco gusta el mozo de estos salones fríos, de maderas alabeadas y oscuras, donde se vieron muchas y grandes cosas en noches de minué. Van muriendo los apetitos, como esperanza de dueña dolorida. Más odios, más iras y destemplanzas. Los obsequios se truecan en miradas húmedas y rabiosas. Hostilidad femenina, que es la más tremenda de las hostilidades en estos pueblos con muchas mozas solteras, a donde van a parar los maestros noveles. Hostilidad de haldas ni desdeñadas ni preferidas. Hostilidad de caciques con corazón de almirante. Hostilidad de borregos vestidos de lienzo. Hostilidad y recelo de familias de silo vacío, que creen más cuidados y caricias del maestro para los hijos de los señores...

En invierno, el frío y las nieves, y en la primavera, el trajín de la labranza. El maestro se ha hecho al pueblo; no ha tenido más remedio que hacerse al pueblo. Echará de menos los regalos, las delicadezas, las alabanzas en labios frescos y gordezuelos de campesina honesta, que saben a ingenuidad o picardía primitivas. La extirpación del caciquismo es una utopía, lo mismo que la regeneración espiritual del ochenta por ciento de los españoles. Habrá caciques mientras haya aparceros medrosos, terratenientes jaques y crueles y hombres que gusten de la rueca. Quedamos, pues, en que el maestro encontrará muchos caciques de ropaje áspero y código arbitrario de palo y armadijo...

En invierno, el frío y la nieve, y en la primavera, el trajín de la labranza. La escuela está casi vacía por esas labores y por esas nieves. Hostilidad del clima; inconsciente hostilidad de la infancia, estimulada por lástimas y transigencias paternas. El pobre maestro de escuela, que empieza con brío, ve quebrarse las mejores y más amorosas ansias de su pedagogía sentimental y humana. Unos andan en la mies delante de la pareja. Otros están en el molino. Otros andan de pastoreo. La labor es estéril. Cientos y cientos de granos para una espiga. Más ilusiones y propósitos socarrados. La escuela está vacía la mayor parte del año; el alcalde rural se encoge de hombros y mira al maestro sin pena ni gloria. El maestro mira al alcalde con profunda lástima. En la mirada del uno y del otro está la enorme dis-

tancia espiritual que existe entre un alcalde sin letras ni energía, que no sabe ser alcalde, y un maestro que sabe ser maestro...

Y a lo mejor cualquier día un gobernador —como ese que denuncia Luis Bello— se presenta en la escuela y examina a los niños. Los escolares saben poco. Han estado en el monte, en la mies, en el río, en cayados, aperos y butrones. La gente mira al maestro burlona y hostil. El alcalde torna a encogerse de hombros. El gobernador también mira al maestro, entre el rebullicio de los críos y de los hombres. Una voz que afecta energía, que riñe, que amenaza con expedientes y cesantías. Los vecinos asienten y aplauden como energúmenos. El alcalde también aplaude y aclama al gobernador enojado...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 25-IX-1930.

294.—ESBOZOS. EL HACHA

Carmona. Una cartuja muy grande y muy señera con huerto de rosas y de cruces, con cipreses de Calvario, con surtidores en roca viva, con hueilas de cayadas y de llantas primitivas en las camberas ramblizas, pardas y bermejas. Espíritu de muchos siglos en las grietas de la piedra morena de sol y de relente; en las campanillas joviales de Las Lindes; en sus acetres y fontanas; en los ásperos alcores de Martul; en las legtras duras y hacendosas con astil de avellano que ahondan, pulen, acarician y muerden el leño de haya y de nogal. Lo mismo que hace doscientos, trescientos años. La misma vuelta en el filo, el mismo labrado ingenuo y también primitivo de adorno de palo de pastor. Se han detenido las nuevas ansias antes de llegar a estos caminos —que van a parar a los invernales, a las majadas y a las ermitas—, como temerosas de quebrar el remanso. Troneras que parecen ojos de ojáncanos en las frentes rojas de las casas. Rejas de forja rural. Masas fuertes de calero de ribera. Corredores alabeados que tiemblan de vejez al paso del viento. Postigos angostos con grietas hondas. Cítoles y ruedas de molino con recias reminiscencias de industria antigua. Tolvas que se estremecen, que comenzaron a estremecerse, ya viejas y cansadas, cuando los arrieros iban a Sevilla y cantaban los martillos en las herrerías del Nansa y del Quivierga. Viejas enlutadas y cenceñas, amigas de los suspiros y de las cuentas del rosario, que van y

vienen, con las espaldas rendidas, recogiditas, lentas, apacibles, con faldas repasadas que tocan el polvo. Hidalgos que son pastores. Hidalgos viejos de labios cárdenos, tozos y robustos, que tienen una escopeta vieja y una sala anchurosa con butacas desvencijadas, de velludo encarnado. Mozas del marqués de Santillana, como vaqueras de la Finojosa, valiente la línea del busto, que portan cántaros a guisa de ánforas y azafates de mimbre, redondos como trigueras. Hombres mazorrales como corteza de castaño, que cuecen la yesca y ponen armadijos a las rámilas. Ancianos de curandería que saben secretos y alivios de hortigas y malvas. Miradas mansas y humedecidas de niñas flacas que ahora tienen marcia de nueces en los labios. Aladros celtas, con mancera muy recia, que están ociosos en las socarreñas, en los establos, en los cobertizos. Cadencias de vieja fabla en este hablar reposado, sobrio, enérgico, castellanísimo de los albarqueros, mientras labran el tajo. Portalones con suelo de guija de río, donde se retuercen las varas de estirpia y comen hojas verdes las corderas. Escalones de piedra, de piedra de cantera carmuniega, entre los brezos y las encinas achaparradas de la vertiente del Escudo. Cabreros de zurrón rubio. Viejecitos consumidos que un día tañeron berronas y campanos en las cencerradas. No han estropeado las nuevas pinceladas este lienzo tan viejo, tan hermosamente optimista que es una cartuja muy grande y señera con huertos de rosales y de cruces...

Ha sido más fuerte el hacha que las refinamientos y tajazos de la civilización, en este pueblo montañés tan escondido, tan sosegado, tan lleno de regueras y manzanillas. Murallas de lastra y peña al embate de los gustos y expansiones nuevas. Murallas de montes zarcos, de laderas y cumbres hoscas, de gormales y nieves al empujón formidable de la dinámica de hogafío. Leves resquicios de esos embates, grietas y saetines, que han dejado pasar algunas ráfagas de aire moderno para oreo y alivio de las cosas íntimas, no tan atadas y uncidas al prejuicio racial. Más tolerancia, más libertad, menos hierros y menos lumbres en el concepto severo de la existencia. El hondo convencionalismo que a veces no tenía entrañas, que abría tajos, que socarraba el ansia y la voluntad, que ponía estameñas y sayales burdos en el corazón, ha enervado su intransigencia mostrándose más flexible, más amable, con menos lazos y candados. Le va muy bien a este pueblo clásico, de singular reciedumbre montañesa, ese peregrino suavizarse de las asperezas añejas, ese entibiarse de los pensamientos y de las sensaciones que antes eran frías, ese desposeerse lento, pero firme, de la inconsciencia y de la superstición, los males más terribles con quienes ha tenido que luchar la ética. Lo íntimo ha cambiado en muy buena hora. Tiene más resplandores que tinieblas y más sosiegos y energías que sobresaltos y flaquezas. Milagros del

aire que ha penetrado por aquellas grietas sin menoscabo de la raíz, de la tradición, de la fe, de las costumbres, que siguen siendo tan honradas e impolutas como hace cien años. Lo objetivo pasma y alegra. No hay manchones y acicalamientos nuevos en este lienzo tan venerable, con arrugas de bancales fértiles y temblores de castaños y rosales. Colores viejos sin retoque ni remiendo. La inhabilidad de las restauraciones no ha puesto aquí sus manos profanas. Tampoco han entrado los chamarileros con sus alforjas insaciables. Una vez echaron a uno a palos. Pureza en lo externo, en lo esencial, en la entraña, en el desenvolvimiento de todas las actividades y en el recato discretísimo de todas las ambiciones. El espíritu, más optimista, menos tímido, menos rígido, más tolerante. Se precia el albarquero de su tajo y el labrador de su arado y el hidalgo de su heredad, como quería Guevara. He aquí, en este aprecio profundo, la prosperidad de un pueblo que ha sabido sustraerse al falso estímulo de la ciudad. El albarquero su legra y el labrador su aladro. Ejemplo gratísimo de amor al oficio que es el secreto de la relativa felicidad de los pobres.

Ha sido más fuerte el golpetazo del hacha que los filos de la civilización. Filos y filos de oro, de plata, de bronce, de acero, de las cosas nuevas, se han estragado en la muralla de estos montes zarcos con manchas blancas y rubias de peñas y rebaños. Golpes y golpes de hacha en tronco de roble, de encina, de fresno. El hacha ha sido y es la ruina de muchos pueblos montañeses. El hacha, el caciquismo y las aparcerías. La necesidad ha hecho talar para el juego de los llares, para los aperos, para las albarcas. Pequeña e ineficaz medida de repoblación que no logra el equilibrio entre lo que se destruye y lo que se planta. Hemos visto muñones de árboles donde antes había sombras deleitosas en las que tañían el bígaro los pastores viejos. Estos hombres tienen que andar muchas leguas y muchas trochas, hasta los montes espesos y quebrados de Saja, donde están los tajos duros y que el hacha, la azuela y la legra han de convertir en fina y bella albarca. Una perseverante repoblación podía volver a estos montes el regalo de las umbrías que echamos de menos. Equilibrar después las plantaciones con lo que necesariamente ha de talar para que coman y medren los hijos de estos hombres pacientes y nobles, con pico clásico en la boina negra, sin más hacienda que unas hazas, un hato de cabras y una borrica. El hacha elemento destructor de la Montaña...

Carmona. Ánfora y silo de los vinos y de los granos de la tradición. Ya hay nieblas que barruntan invierno en los alcores de Martul, en la collada de las Sepulturas, en las crestas que dominan los humos y las lonas de los barcos, en las cumbres que tienen caldas de lumbres de majada. Los cornegales están llenos de astillas secas y verdes. Pronto hilarán las ruecas. Los

albarqueros han ido a montes lejanos en busca de madera. Dormirán sobre las horcinas, en chozas de ramas...

Carmona, 2 octubre, 1930

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 5-X-1930.

295.—ESBOZOS. SAMUGOS Y CARQUESAS

A la mar arriba va,
a la mar abajo vuelve,
la cinta de mi sombrero
colorada, azul y verde...

No tengo novio,
no tengo, no,
que el rey de España
me le llevó...

Mueve las hojas de los fresnos un viento suave que viene de la parte del mar. Blusas azules y pardas, boinas y galeros, camisas blancas remendadas con retazuelos de cuadros azules y negros; colores alegres del percal de las mozas en la tierra parda de la bolera. Estamos en pleno ambiente de tradición montañesa. Brío, serenidad y sentimiento del alborozo antiguo en este temblar de las panderetas, en estas cadencias dulces que se extinguen como un lamento; en los triscos, movimientos y vueltas de la danza; en el romance de la cayada y de los zajones de piel de carnero, que canta un muchacho con rostro casi bermejo de sol de collada vaquera. Cintas encarnadas de trenza rubia. Humildes aderezos de niñas de labranza que cantan la "Mañanita de san Juan". El viento sigue moviendo las hojas de los fresnos y las ramas verdes de los erizos, que pronto tendrán color de oro viejo. Más temblar de las panderetas que tienen parche oscuro de muchos años. Rosario de cántares y estribillos en labios de estas mozas sin rojo de bermellón, que hacen trascender la sencillez del ánimo en estos lienzos de domingo, con esencias de otero en el mes de abril.

Viva la punta de arriba,
la de abajo por qué no,
los que bailan en el medio
y los que miran y yo.

Con esta segunda
y otra que cante,
pandereta airosa
voy a dejarte.

Tío Eusebio González, viejo cenceño y agudo de Carmona. Tienen color y austeridad de sayal sus escarpines ásperos, cautivos en albarca de haya con capilla labrada. Sobre la frente le caen unos cabellos entrecanos que de vez en cuando acaricia con la diestra flaca de sarmiento, curtida en astiles de apero y de herramienta. Blusa azul y faja negra con motas y salpicaduras de establo y de caminos de monte que parecen cauces enjutos de torrentes. Pasma la agudeza y la discreción de este hombre amable, viejo y duro, que aun no tiene las espaldas rendidas. Habla lentamente de las plantas y de las yerbas. Cree en la virtud de las malvas, de los saúcos, de las raíces, y no se enoja ni se destempla cuando el escepticismo bonachón de la juventud pone reparos a sus fórmulas de curandería.

Nosotros hablamos con tío Eusebio, entre el estremecerse de las panderetas y la melancolía de las seguidillas, mansas y optimistas como cantar de braña cuando el pastor y el rebaño están en sosiego. No hay recelo ni en la palabra ni en la expresión de este anciano de Carmona, que se sienta a nuestro lado en escaño de piedra, a la sombra de estas simpáticas acacias rurales donde hacen algarabía los pájaros y encaraman las boinas los muchachos.

—Algunos se ríen de la virtud de las yerbas y yo digo que esa es la risa de los lelos. Las medicinas se jacen ni más ni menos que de yerbas y de raíces, que con el ajetreu de los morteros y de las boticas pierden las juerzas que tienen recién arrancás. Mire usté: no hay cosa mejor pa curar de raíz el mal del reuma que una güena friega de ortigas verdes, de las más ásperas. Pero hay que apretar sin duelo ni compasión, como aquel que está fregando un pucheru. El resultau no pue ser más güenu... Yo curé una vez a unu que daba unos gritos que se oían en Sevilla, pero al pocu tiempu andaba más derechu que una maya de cura misacantanu. Pa curar la sipela se jaz de una manera muy sencilla. Yo estoy jartu de ver curase así a la gente. se echan unas flores de samugu en unas brasas de la lumbre, y se pon al humu que sueltan las flores al quemase, la parte del cuerpu onde esté la sipela. La color blancuzca del mal se la ve cómo corre y esconde ajuyendo del humu...

Breve pausa de tío Eusebio, mientras enciende con mecha roja la punta del cigarro. Unas chupadas. Se limpia con el dorso de la mano izquierda unos granos de tabaco recio que se quedaron en los labios cárdenos.

—¿Usté no sabe lo que son las uvas de perru...? Pos son unas bolas tiernas y colorás que son apacías a las uvas de las parras y por eso las llaman con esi nombre. Una güena frotación de uvas colorás de perru, aplaca los dolores de las caderas, mejor que el medicamentu más caru. También son

muy güenas unas cataplasmas de ceniza metía en agua hirviendo. Una vez me jicieron a mí esa mesma cura en el monte y me castañeaban los dientes como unas terrañuelas, pero me se quitó el dolor, onque juera a costa de otro dolor más juerte y villanu. Primero me refregaron con las uvas colorás y el dolor no me se quitaba. Después me pusieron un trapón con la ceniza abrasando y tampoco desaparecía el dolor. Yo no quería seguir la cura, pero los compañeros empezaron a decime que era un floju y un cobarde y que el mi dolor era una pamplina porque no quería seguir poniendo las cataplasmas. El amor propiu, que val más en los hombres que la mesma hacienda, me jizo coger una desazón y arrastrándome con resuellos y quejíos me arrimé a la lumbre, puse el pucheru al fuego con la ceniza engüelta en el trapu y cuando estaba jirviendo me puse la cataplasma en las caderas... ¡Dios... qué aullíos y qué castañeu de los dientes! Pero me se quitó el dolor...

Digan lo que quieran, los costipaos se quitan con un cocimiento de regaliz. También suelen quitase con cocimientos de malva, onque es de mejor resultau el regaliz. Hay una yerba que se llama la carqueja. Naz en los puertos y es apaecía al escaju. No crea que abunda esta yerba. En el cuetu de la Concilla hay algunas... Pos esta yerba se cuez y con los vahos se quitan los dolores de la cabeza y de las muelas... Y no digamos na de una yerba que se llama la celedonia. Estas yerbas echan un agua a juerza de exprimirlas que, dejándola caer en las heridas, las curan al pocu tiempu. Si a usted alguna vez se le quitan las ganas de comer, cueza un pocu de junciana y beba el agua del cocimiento a trechos. Es muy amarga, pero güelven las ganas de comer con más juerza que de antes. También es güena una coción de sanguinaria que echa una flor encarná. La lobera es una yerba que también echa las flores colorás como las rosas. Cocía con vinu es lo más a propósito pa que las cortaduras no cierren en falsu. Estas yerbas las hay en las brañas de Carreceo, y está probau que el su remedio no es un embuste. Una vez bajaba del puertu un vaqueru, no sé si a ver a la mujer o a buscar el alimentu, como diz la trova. El tal vaqueru tenía un reuma muy juerte y antes de volver a la braña se quitó el reuma con unos güenos puños de ortigas. Estas cosas, han curau en Carmona a no pocos hombres que no eran pa echar el habla del cuerpu...

Quiebra el sol. Zurriones rubios en la cambera húmeda, sembrada de hoyitos de pezuñas. Siguen temblando las sonajas cautivas en aro blanco. Más triscos y más cantares:

En un pantalón de pana
y en una blusa bien hecha,
en un mocito moreno
tengo puesta la esperanza.

Allá va la despedida,
la que dan los serafines;
muchachos no bailéis más
que rompéis los escarpines...

Carmona, 6 octubre 1930.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 8-X-1930.

296.—ESBOZOS. EN LOS PUEBLOS

La Voz de Cantabria, 17-X-1930. (Vid. O. C., t. II, págs. 517-519).

297.—MITOS. PASTORES Y NIÑOS

La Voz de Cantabria, 28-X-1930. (Vid. O. C., t. II, págs. 483-485-469-470).

298.—ESBOZOS. LAS HONDAS

Unos cuantos señores se han reunido en Londres. Maestros de escuela, ingenieros agrónomos, literatos, jurisconsultos, lores terratenientes, agricultores hacendados que comparten con más deleite la hogaza de la burguesía que el companaje del bancal. Unos portaron quejas de los labriegos que se extenuan y se consumen en el lindero, espantando a los gorriones, rendidas las espaldas y el ánimo a fuerza de cargas y de quebrantos. Otros llevaron largas y angustiosas querellas de los mozos de labor, sin blanca para aguardiente y sin zamarra para el invierno. Otros representaron a los pobres hombres de las tierras de alquiler, perdurablemente flacos y miserables...

A un saloncito azul, encarnado o verde de La City, llegaron llenas de escarcha y de polvo las amarguras y las inquietudes de los campesinos. Tragédias, sobresaltos y pesadumbres del agro, ansias tímidas y discretas de los labradores, que son el manantial y no les agradecemos el regalo de la eterna corriente; silos vacíos; mancebas rotas de hastío y desesperación; reciedumbres que se quedan en los terrones para no volver a erguirse. Aspectos dramáticos del campo que se renuevan todos los días, con más aspereza de perfiles y añadidos, con más aflicciones y resaltos, con más peldaños y sudores. La literatura agraria —comadre y amiga de la retórica de cristal— no ha estado de acuerdo con la entraña de esas temblorosas intimidades de los labradores, quietos y resignados en los caminitos paralelos de la mies, rogando, rogando, sin blandir el mazo, que es más persuasivo que las súplicas temerosas y las insinuaciones discretas. Literatura excesivamente fría, o excesivamente mansa o exornada de artificio de verso, de lindezas académicas, de suspiros de clásica rezadora de misa de alma. Prosa barroca, recargadísima, de embelecocos dulzones, que nació en mesa fría de nogal o de bufete, lejos del surco y de la alberca. Insinceridad en el exorno, en las lindezas, en los suspiros y jaculatorias. Mil y mil hanegadas de insinceridad ataviada con roncerías y sutilezas cerebrales, insensibles y ateridas, que no tienen impulsos calientes de corazón. De vez en cuando, recios baladros de conciencia, aislados, impotentes y señeros que se han perdido en las complicadas hoces de la tacañería gubernamental, disciplina, madrasta y cautiverio de las expansiones agrarias.

Los hombres de la ciudad —el noventa por ciento de los hombres de la ciudad— son niños que apedrean ese manantial que les apaga la sed. Piedras que rebotan y les hieren en la frente; piedras de la vieja leyenda normanda que ultrajan y muelen al que maneja la honda. Piedras rebeldes de Nidaguila de Castilla —del cuento quintañón de Nidaguila— que disparan los hidalgos y los ricos contra los labriegos y se vuelven contra los hidalgos y los ricos que las arrojan desde los saetines encubridores y las troneras morenas. Es una pedrea casi inconsciente la de ahora. La honda más descomunal y terrible es la del Estado. Cae la piedra, como una centella, en el pobre cobertizo de los labradores humildes y hiende el techo, y apaga la lumbre, y rompe la olla y se lleva el arca por delante. Después rasgan el aire otras piedras que suelen derrumbar las paredes y dejar los pueblos desiertos y los pegujales estériles. Hondas de los terratenientes avaros, de las aparcerías, de los gravámenes excesivos, del calor que abrasa y del agua que anega; de los recargos, de los apremios. Así, centurias y centurias de restricción y de abandono. Unos meten la llave por debajo de la puerta, cargan con los camastros y los pucheros y se marchan a la ciudad a ver lo que pasa, que es

lo único que pueden ver estos desdichados. Otros, con estímulo de esperanza y con ansia inocente de medrar entre sus tierras el día menos pensado, se quedan en la linde espantando a los gorriones y hablando medrosamente al recaudador de la contribución rural, que tiene barbas y mira de reojo a las yuntas, a los carneros, a los gallos y pedresas que picotean en el polvo. Las barbas del recaudador rural, casi siempre crespas y borrascosas, como bigotes de sargento de trompetas, vienen a ser un símbolo de la añeja gravedad de las alcabalas españolas, cuando tiemblan en un portal aldeano, en un molino, en una herrería, en un agro. ¡Oh las barbas de los alcabaleros, los votos y reniegos del aguacil, los papeles ásperos del escribano clásico!

Los maestros de escuela, los literatos, los ingenieros y los jurisconsultos ingleses, comentaron los aspectos del problema del campo en los diferentes países europeos. Después tomarían el te y fumarían unas pipas. El humo es el símbolo de la mayoría de las reuniones que celebran los hombres de pro para tratar de las cuitas y de las miserias de los hombres humildes. Pláticas y avenencias corteses en la polémica de los poderosos, que terminan en remanso como riña de enamorados. En este remanso de coincidencias y asentimientos recíprocos, no suena la voz de la querella, de la vigilia, del ansia agraria. Levísimos y arbitrarios reflejos de estas hondas pesadumbres en los discursos de los lores, en las chispecitas de misericordia de los maestros de escuela, de los clérigos anglicanos. La palabra de los lores, es pincel que esconde con pintura nueva y optimista lo hórrido del lienzo. Se van borrando los motivos angustiosos, los trazos que causan amargura, los colores que entenebrece y producen remordimiento. Manchones aquí y allá que ocultan el desgarró y abatimiento de la realidad. Dicen los lores y los terratenientes que no conviene que se vean estas lepras. Más pipas y narguiles del Oriente en la fría mansión de La City. Por fin un lor da el acuerdo. Se constituirá una Sociedad internacional con el nombre de la Cruz Verde, para remediar la situación del agro. A ella pertenecerán todos los labradores mediante el pago de una cuota mensual. Ahora caemos en la cuenta de que el mejor remedio para enervar las tristezas y las hambres de los pobres es que se truequen los términos y que los pordioseros den limosna a los ricos... Otra honda que se dispara contra la crisma de los labriegos. Una honda internacional esgrimida en La City. Algunos asambleístas llamarían idiota al lor, con el pensamiento, y otros —también con el pensamiento— le habrán llamado inconsciente y otros habrán vuelto el rostro para esconder la sonrisa delatora. Pero todos aceptan la iniciativa y estrechan la diestra del prohombre y fingen en la mirada acatamiento y admiración a su agudeza. Estas escenas se repiten cotidianamente en todos los países del mundo. La mitad

del pueblo es un gran hipócrita. De la otra mitad, unos creen en el yelmo y otros en la bacía...

Pronto empezará a actuar La Cruz Verde internacional. También comenzó a actuar la Sociedad de Naciones, ese organismo inútil que constituye la paradoja más singular del siglo XX. Otra honda para azote y escarnio de los labriegos a quienes se trata de aliviar con nuevos pesos y tributos. Un hombre que pretendiera mantener enhiesto a un árbol y evitar su caída a fuerza de hachazos en pleno tronco sería recludo. El lor ese andará suelto por Londres y le concederán una cruz del Mérito Agrícola. Los labradores cargarán otra cruz y continuarán medrosos ante las barbas crespas del alcabalero, que a lo mejor resulta el encargado de cobrar las cuotas mensuales de La Cruz Verde...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 6-XI-1930.

299.— EN LOS PUEBLOS. LAS ALFORJAS Y LOS HIJOS

Un mendigo.

Barbas hirsutas y andrajos. Un saco a guisa de alforja. Albarcas remendadas y hendidas. Zamarra en jirones, polvo en la faz, lodo en las piernas. Ha llegado, a las últimas claridades, el triste mendigo montañés. Ha llegado por el camino real con los mendrugos y las penas, con las vigiliass y los angeos. Ha sonreído a unos niños que cantan...

Hay cansancios en sus pupilas y muchas tristezas, y muchas mansedumbres y muchas amarguras. Quisiera la ramita, las flores, la gracia y el amor de las coplas infantiles. Quisiera algo de aquellos romeros del cantar, de aquellas aguas serenas que "iban riendo". Un poco de la serenidad del crepúsculo en el acongojado espíritu. Un poco del nácar, del oro y del fuego de aquellas nubes...

Él está frío, desapacible, tembloroso. Tiene humedad de relentes en las carnes flacas y copos de nieve en el corazón. Tiene grietas de resoles y de cristales de helada. Escozores de espinas y llagas de peregrino. Fue labrador de aparcería. Llenó otros graneros, sembró mieses ajenas, colmó el pesebre de las bestias que no eran suyas. Malos estaban los tiempos para hacer alcancía. No tenía hijos buenos que le ayudaran en los trajines. No te-

nía hijos buenos que abrieran los surcos y le mandaran descansar a la sombra del nogal. Los bríos se fueron atereciendo. Los ánimos abatieron las alas y no pudieron volar más. Ya no pudo empujar el aladro en las tierras de alquilar, ni hendir los “placeres” de roble para calentarse en el invierno...

Y un día se fue por el mundo con un saco y un cayado nudoso. Salíó al amanecer, para que nadie le viera, con los oscuros atalajes del pobre trashumante. Pasó ante muchas puertas sin llamar con el palo. No se atrevía a llamar a las puertas. Pero tuvo hambre, que quiso enervar con el agua clara de los arroyos, de bruces, con las barbas en las linfas. Así muchas horas por los caminos. Muchas horas, muchas horas de vergüenza y de temor, entre atajo y camino real.

El hambre movió al cayado. Ya brillaban las estrellas cuando el palo nudoso llamó a una puerta. Un pedazo de borona amarilla y un Dios le ampare como despedida. Un portazo. El ladrar de un perro. Un pajar de misericordia, encima de los pesebres. Sirven las yerbas de los pajares para lecho de los mendigos, y alimento de las bestias y regocijo de las tórtolas.

El pedazo aquel de borona le supo a hieles. Fueron más sabrosas las aguas del arroyo, de bruces sobre las piedras, a la buena de Dios, sin súplicas ni vergüenzas.

Al alba, el camino por delante. Escaños de cunetas y sombras de álamos. Mantiles de yerba. Muchos regatos de aguas claras y pocos mendrugos. En una puerta, una panoja dorada. En muchos umbrales, gracia de Dios le ampare y gruñido de perros y de tacaños. Más gruñidos de avaros que de perros. Así siempre, siempre, hasta caer en la jornada, con la alforja, con la cayada, con las pesadumbres... Ha llegado el mendigo al caer de la tarde. Zamarra en jirones. Polvo en la faz. Cansancio en las pupilas. Relentes en los huesos...

Un viejo

—Así hasta que Dios quiera, señor... Los hijos son egoístas, muy egoístas... Quieren a la hacienda más que a los padres... Unos carros de tierra... Unas yerbas... To es lo mesmu... ¡El pijutero interés!... Na más que el pijutero interés...

Tío Miguel tiene a un niño en brazos. Es un viejo cenceño, con vestiduras remendadas y vueltas a remendar. Está sentado en el angosto corredor de oscuros barandiales, maltratados por las lluvias y las nieves de muchos años.

El nene duerme apaciblemente en los brazos flacos del abuelo. La vida que se acaba dando sus postreros calorcillos a la vida que empieza. Tío Mi-

guel es el símbolo de una gran tragedia del espíritu. La tragedia de casi todos los viejos de Viaña. Lágrimas y quebrantos y suspiros de la vejez estimulados por los hijos. Unos carros de tierra, unas yerbas, una heredad de pocos surcos... Última jornada de la vida, la más áspera, la más sinuosa, la más oscura. Tío Miguel ha iniciado la peregrinación por ese camino.

Los bríos están amortajados, las manos tiemblan, la voluntad se torna impotente. Los hijos son azores que asolan las tierras de los padres. Clavan las uñas en la pobre hacienda, se reparten la cosecha, los rebaños, los aperos, las yuntas... No pueden manejar los infelices viejos el aladro primitivo. Y dan a los hijos las mieses y las praderas, los huertos y los agreos, las hazas y los castañares, a cambio del lecho y del pan. Transidos de pena y de resignación, añorando los bríos y las ansias, entre suspiros y sollozos, van entregando los terrones, las yerbas, los árboles, las reses. Queda vacía la casa donde los hijos fueron inocentes y amorosos. Quedan vacías las humildes estancias donde se fueron extraviando las inocencias y el amor de los hijos.

Tío Miguel repartió la hacienda entre los hijos a cambio del sustento durante los pocos años que le quedaban de vida. Se hospedaba siete días en casa de cada hijo, lo mismo que los pastores y los maestros trashumantes. Las mujeres de los hijos no miran al anciano con buenos ojos. El peor lecho, la tarreña más desportillada, la manta más recosida, son para el viejo. Y el viejo es zagal de los niños, en el corredor, en la cuna. Los hijos son los únicos que acarician al anciano. Y el anciano, olvidando, olvidando, quiere a los niños que medran en sus brazos temblorosos, posa los labios en las frentes nazarenas, mece el escanillo, cantando coplas centenarias de reinas moras, y palomos y ruseñores. Miradas hoscas de las nueras y sonrisas de los niños como dulce desagravio. Los hijos callan. Dejan hacer a las mujeres. Así hasta que, una alegría para las mujeres de los hijos, se abra la tierra de la verdad para tragar a los viejos...

Los hombres son más generosos para los padres de sus mujeres que reparten la labranza. No les miran hoscamente, llenan su petaca, cuidan de su yantar. Son más amorosos, más nobles, más complacientes que las mujeres. El viejo que está con su hija es feliz. Le quiere el yerno, le acarician los nietos. El anciano que vive con su hijo y su nuera piensa en la muerte con deleite, como término gratísimo del cautiverio...

—Así hasta que Dios quiera, señor... Les di las tierras... Les di los praos... Ellos me dan las desazones y los desprecios... ¡Si no fuera por estos venturaos de Dios, que esponjan a unu el corazón!... Paez que estorbo en casa de los hijos... Es una desgracia muy grande estorbar en casa de los hijos...

El viejo clava los ojos hundidos en el rostro del niño... Le contempla dulcemente...

Viaña, noviembre 1930

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 13-XI-1930.

300.—EL CUENTO DEL JUEVES. AL VOLVER.

No podía con la heredad de alquiler. En las tierras de las aparcerías se habían socarrado sus bríos, se habían amustiado sus fuerzas, desmayándose sus optimismos entre los hielos y los calores de muchos años.

Tío Victoriano no podía más. Pasaron los días hacendosos y fértiles con esencias de yerbas y rumores del aire aleteando entre los maíces.

En un rincón del portal yacían los viejos aperos: el yugo y la colodra, el dalle estragado y el hacha de dos filos, el porro de majar los terrones, el rastro con púas de madera, el arado celta, los lazos de seda negra, para los colonos y balumbras. Caducidad prematura de los aperos en ocio por la impotencia de los brazos, de los ánimos, de las ilusiones. Otros aladros y otros porros duros y otros brazos recios en los bancales de siembra y plantío de tío Victoriano. Se interrumpió la noria cuando más falta hacían sus vueltas y chirridos...

Vivía tío Victoriano con su mujer y una nieta de cinco años, hija única del hijo único que Dios le había llevado aquel invierno. En el regazo de la abuela y en los brazos del viejo, crecía la niña como una rosa, vestida de negro. Caricias y más caricias para la nieta sin padres. Dulzura en las manos, en el rostro, en las pupilas, en la palabra, en los suspiros, en las pobres mantas del escanillo, en los trapos y en las cintas del atavío infantil.

En el tierno retoño florecían las ansias de los viejos, como campanillas azules entre arrugas y calvas de braña en cumbre.

Un día quedó vacío el granero. No fue al molino la anciana, porque no había con qué llenar la talega de cuero rojo. Limosnas de los vecinos para enervar la angustia. Pero pronto se cansan los vecinos de dar limosna. Cada vez menos lleno el plato y menos llena la escudilla.

—No hay más remediú, mujer...

—No hay más remediú...

—Hay que ise por el mundu...

—No hay más remediú que ise por el mundu... Na mos queda...

—Me iré mañana al amanecer... Golveré mediau el invienu...

—No faltarán por esos caminos las almas güenas...

—Creo que no me faltarán, mujer...

Llamas anchas y oscilantes bajo la campana del hogar. También oscilan y tiemblan las almas de los viejos. Afuera en las intemperies crudas de Brañaflo, se oyen los cantares de los mozos, en ronda feliz:

—No busques novia en la feria,
ni novia en la romería,
búscala en su misma casa,
vestida de cada día...

Contestan ladridos a los cantares. Ya no se ven luces tras las ventanas. Siguen temblando las llamas sobre las cenizas y las ascuas vivas que se desprenden de los leños.

Un beso en una frente arrugada. Otro beso en otra frente acariciada por guedejas negras.

—No te han de faltar las almas güenas...

—Traeme un lazu colorau y una muñeca con una chambrá azul...

Lloro de los viejos y sonrisas de la niña. Un saco, una cayada, y el camino por delante...

—Golveré a mediau del invienu... Algo traeré...

Se prolonga la despedida en el umbral. Más besos en la frente arrugada y en la frente de las guedejas. Pálida claridad del amanecer encima de las cumbres...

Allá va el viejo por las pozas de la calleja. Se detiene y vuelve hacia la casa con paso más rápido. Pero no llega a la casa. Torna a detenerse y vuelve la espalda a la casa, donde quedan la mujer y la nieta.

Anda más lentamente, embozado en una manta de luengos años. Se le llenan el corazón y los ojos de aquellas cosas que deja atrás. Piedras y bardales moreros, aguas vivas, yedras y árboles, portillas y paredes. Anda, anda, se pierde en las revueltas...

Mediados del invierno. El saco se ha llenado muchas veces en la peregrinación.

Los mendrugos, las panojas, las patatas de las casas caritativas, las ha ido trocando por miserables dineros en tabernas y ventorros del camino real. Hay gentes que negocian y hacen granjería con las limosnas de los mendigos. Son muy baratas las panojas y las patatas de las alforjas mendicantes...

Ha llegado la hora del regreso. Muchos días de ausencia por trochas y carreteras. Insomnios en el heno de los pajares, en las chozas abandonadas de los pastores, en establos y socarreñas. Disputas y altercados con otros mendigos más avezados en la tarea.

Un lazo colorao de percal y una muñeca para la nieta. El anciano olvida los quebrantos de la jornada, los fríos, las vigiliass voluntarias para no enflaquecer la alcancía del limosnero.

¡Qué maja estará la nieta con el lazo de percal en la oscura cabellera! ¡Qué contento el de la niña con aquella muñeca de pocos céntimos envuelta en un trapito azul, con escarpines blancos y cabellos rubios y dos rosas de bermellón en los abultados carrillos!...

Sol de invierno besa los collados y las húmedas vertientes. Tío Victoriano camina presuroso de regreso a Brañaflor.

Quiere llegar antes de la noche, antes de que la nietecita esté dormida. Quiere adormecerla en sus brazos, con la cinta y la muñeca, al amor de la lumbre.

Se le antoja suave el sendero y tibio el aire que rumorea entre los brezos. Cada vez más presuroso, más alborozado, olvidando las vergüenzas, las fatigas, las penas en soledad, que son las más hoscas y crueles.

Ya tiene a Brañaflor ante los ojos. Relucen las tejas a los postreros rayos del sol. También relucen las nieves de las crestas.

Súbitamente se encorva el anciano. Cae la cayada de la diestra; se detiene en el suave repecho. Después corre, corre por la cuesta con los brazos en alto. Cae en el rozo y se rasga la carne. Surcos rojizos y huellas de lágrimas en el semblante descolorido. La sonrisa se heló en los labios. La frente es de marfil y los ojos de ascua. Un sollozo ronco, un lamento entre plañidos y repiques de gloria. El viejo ha vuelto a caer en los escajos y se ha vuelto a rasgar la carne. Ha dejado atrás la alforja con la muñeca y el lazo de percal. Más arriba quedó el cayado, la faja, una albarca hendida. Ha visto frente al corredor de su casa una cruz y unos cirios de llamas temblorosas que quieren apagarse. Entre manchones negros, pardos y azules de mantos, blusas, pellizas y zamarras una cajita blanca en hombros de niños, camino del huerto de cruces. Las campanas siguen tocando a gloria...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 4-XII-1430. (Vid. O. C., págs. 577-81 y Artículos, t. I, núms. 63 y 199).

La emigración es a veces un consuelo y una ruta que se abre a las ansias inquietas del ánimo selecto. No la emigración del mozo de labor que lo mismo le da romper los terrones en tempero de heredad nativa que en tierra lejana, con palmeras y surcos calientes de sol que abrasa todo el año.

Emigración angustiosa del poeta, del escritor, del artista, que ve rosales en las árgomas de su pueblo; laureles que no florecieron en las llabazas ásperas que parecen salpicadas de nieve; romances con reminiscencia de canto llano de monjes en las coplas lentas de los pastores y los labriegos; aguas de gracia en el manantial que brota en la peña viva con sombra de abedules.

Es más desconsoladora la emigración del artista que el éxodo de los labradores. Un día mortifican las pesadumbres con más crueldad y con más saetas. A su lado un cínico come a manteles y un *arrivista* se abre rutas nuevas por la inconsciencia o la ignorancia de una buena parte del pueblo que no sabe leer ni sabe pensar.

El tímido y el honrado, el discreto y el humilde ven exaltarse esta sinrazón absurda que pone palomas, y ruiseñores y espadaña de fiesta mayor en la jornada del pícaro o del tonto que tiene patrocinadores. Quiere hacer la rebeldía como lanza que rompa y haga trizas tan tremenda injusticia, pero el corazón bondadoso resta bríos a ese respingo, ahoga el baladro, apaga la protesta, enerva la pujanza apenas nacida y sofoca, entre lágrimas y desalientos, el súbito deseo de vengar el agravio.

El pícaro y el *arrivista* de la literatura, de la política, del arte, de la industria, siguen subiendo peldaños y más peldaños. No importa la calidad de los procedimientos, de los impulsos, de los estímulos. Un día les romperán la crisma, pero mientras tanto llenan el arca, desvalijan, se deleitan y pasan por hombres de pro. En las narraciones orientales muchos desvergonzados se ponen el hábito de derviche para comer a dos carrillos...

La osadía, elemento formidable de lucha, aunque la inteligencia sea anodina. La osadía y la inmoralidad, fuerzas duendas y poderosas que llenan el bolsillo, asombra a los semianalfabetos, aturde y hace bailar de gozo a los bellacos. A lo mejor, un foragido llega a ser figurilla de relieve, y un hombre honrado que tiene patrimonio de sensibilidad, y hacienda de letras y ánforas secretísimas y rebosantes en el alma y en el cerebro, se está quietecito en su penumbra señera, esperando, esperando a que cambien los vientos que nunca cambian.

Quimera dulcísima y aceda a la vez que alienta y fortalece el espíritu, aunque la carne se estremezca de frío y esté vacía la olla y apagada la lumbre. El medro y hasta el prestigio suelen estar con frecuencia en los desvergonzados que rebullen, que dan codazos, que muerden y arañan, que hurtan, que injurian cautelosamente, que gritan o se callan, según el estímulo o el empujón de las circunstancias. Hogaño más vale ser un desaprensivo con anomalías inconfesables que un discreto con talento y delicadeza.

Ya estamos hartos de oír decir a los pregoneros de todas las aberraciones y embelecos, que la anomalía en forma de soberbia, de petulancia, de mala intención, de hurtos, de prevaricaciones, etc., son manías de los hombres despabilados. De nada vale que el santero se dé golpes de pecho ante la imagen de la hornacina, con la ermita llena de gente, si después hurta las velas, las alcuas del aceite y los exvotos del peregrino...

El tragón que hace propaganda de la abstinencia; el avaro que hace votos públicos por la exaltación de la generosidad; el obrero aburguesado que habla de reivindicaciones sociales y escatima unos céntimos a los trabajadores de su taller, de su oficina, de su industria. Echad un poco de literatura a estos rasgos. Añadid un poco de petulancia y otro tanto de desenvoltura para erguirse o encogerse, encrespase o suavizarse concordando con el requebro de los necios o con la amenaza de los temperamentos severos. Una chaqueta nueva, unos ribetes de gravedad, trato afable para las visitas, presencia gentil, una buena coraza donde se rompan las piedras y los clamores, y tendréis una de las fórmulas más peregrinas que han inventado los hombres para holgar y refocilarse a su antojo.

Hace emigrar a los labriegos la esterilidad del campo y el peso de las alcabalas. La abundancia de los ignorantes —que son mayoría— aplaudiendo a los furrieles de su grupo, ha hecho emigrar a muchos artistas y escritores que han encontrado lejos de su pueblo el estímulo y el laurel en que tenían reconcentradas sus ansias y sus inquietudes. Aquí regazo duro y frío. Allá impulsos, y alas y menos torcas donde caer. En su pueblo no podían romper la roca. Menospreciaban las malas herramientas para romper la roca. No suelen ser buenas armas la sinceridad, la modestia, la discreción en las luchas del arte...

Triste y desgarradora despedida la de estos mozos enamorados de los ambientes de su tierra, de los rincones santísimos del pueblo, de las solanas, de los palomares. Sudores que se enjugan con nostalgia agri dulce. Desmayos que se amortiguan con el horrible pensamiento de tornar fracasado, sin blanca ni prestigio.

El escritor y el artista —indianos de las letras, de la paleta, del cincel— que vuelven con el mismo atadizo que llevaron, más vale que se queden allá

llorando de pena toda la vida. Como el mozo de familia rural que no pudo ahorrar en América...

Un escritor montañés —montañés de la marina de Laredo—, fino, vehementemente, nobilísimo, que emigró a Cataluña. Al marchar, gotas de hiel en el alma de este mozo excepcional por su bondad, por su cultura formidable, por el magnífico aderezo de su estilo, dulce y hondo, recio y brillante, que trasciende a viñeta clásica exornada y rejuvenecida con buenas pinceladas modernas...

Gotas de hiel al decir adiós a la campiña y a la marina de su tierra, que cantó en versos de primera juventud, llenos de belleza y de entraña.

Después un caminito de triunfo que se fue ensanchando, ensanchando hasta convertirse en un camino real, por donde discurre enhiesto y haciendo so este Luys Santa Marina, que tiene las mismas trazas que tuviera Alonso Quijano el Bueno a los treinta años.

Un escritor emigrante que ha llevado a Barcelona un airón de estas crestas y un intenso bigarazo de las brañas cántabras en estas "Labras" y en estas "Estampas de Zurbarán" que acabamos de releer.

Luys Santa Marina. Un indiano enriquecido de las letras, de la sensibilidad, del arte. Cerebro y corazón, perseverancia, sacrificio y buenas armas en su camino rodeado de muchos huertos que le place cultivar con semilla de los silos cántabros...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 7-XII-1930.

302.—EL CUENTO DEL DOMINGO. EL CASTIGU

I

Esto fue cuando había muchas guerras entre los cristianos y los moros.

En un palaciu de Bárcenamayor estaban de criaos un mozu de Selores y una moza de Los Tojos, que se hicieron novios de güena ley. De antes, los mozos y las mozas tenían mejor aquel y eran más formales y más cristianos...

Los dos criaos del palaciu de Bárcenamayor, que tiró el ríu Saja en una llena muy grande, queríanse con mucha juerza y no podían pasar el

unu sin el otru, que es como debe ser el cariñu, cabal y verdaeru, pa que dure hasta que Dios mos lleve onde quiera y onde merezcamos.

Después que ahorraron algunas soldás pa comprar lo que los hacía falta, pidieron permisu al amu y se casaron en la iglesia de Bárcenamayor. Al pocu tiempu de casase, los visitó el señor pa deciles que si querían golver de criaos al su palaciu los daría más soldá y los miraría como si fueran de la mesma familia, por lo güenos y lo trabajaores que eran.

Agradeciós y muy contentos, golvieron a ser criaos de güen aquél, onque la moza veía que el señor la miraba con güenos ojos y la decía flores cuando no la veía el su hombre. A los pocos días de golver al palaciu se armó una guerra y tuvo que ir a ella el amu de los recién casaos y muchos señores de tos los pueblos del valle, que fueron llamaos por el rey.

II

La guerra duró muchu tiempu, hasta que los cristianos pudieron a los enemigos, despeñándolos por los castros y ahogándolos en los pozos más hondos de los ríos.

Después que se acabó la guerra, golvieron el amu y el criau a Bárcenamayor, amontaos en dos caballos percherones muy majos, tapaos con mantas adornás, que se apaecían a los mantones que traen los indianos y los se villanos pa las sus novias y las sus hermanas.

En el camino se acordaba el amu de la guapura que tenía la mujer del criau y dábale envidia. Los malos pensamientos no le dejaron en paz en tou el caminu, que era bien largu y bien áasperu. Quería el indinu cortejar a la mujer del criau pa que se entendiera con él, como las mujeres endemoniás y los hombres falsos y ruines.

El pecau le tentó el entendimientu y locu de rabia arrimó el su caballu al del mozu y le mató con la espada, enterrándole en un matorral a la mesma orilla del caminu. El pobre criau, que había servíu a su señor con tou el corazón y con toa la voluntá en el tiempu que duró la guerra, quedó soterrau, sin cruz, como una vaca encarbunclá entre las garmas del peñascal...

El señor indinu siguió andando sin mirar pa atrás y llegó al palaciu al anochecer, temblando y descoloríu. Al pocu ratu de llegar preguntó por la mujer del criau pa decila que le habían matau en la guerra y que él la quería y que estaba enamorau de ella; pero los criaus, llenos de desconsuelu, le dijeron que la probe se había muertu de tristeza por no saber na del su hombre y creer que le habían matau en la guerra...

El señor se puso desesperau y más descoloríu. De na le sirvió el matar al probe mozu pa pretender a la su mujer. Rutando como un demongrón se jue al su quartu, dando patás en el suelu, como un caballu picau por la mos-

ca. Cansau y remordíu por la concencia, se acostó y se quedó dormíu como si juera un benditu de Dios...

III

A la media noche despertose y vio sentá a los pies de la cama a la mesma mujer del criau, vestía con una chambra encarná y con una saya negra. Tenía la cara blanca como la nieve y unos ojos entristecíos como los de una cordera.

El amu asustose y la moza le dijo con una risuca que paecía que era un lloru:

—Le han engañau, porque los dije a los criaos que le dijeran que me había muerto pa dale esta sorpresa después del disgustu; pero estoy viva, y como el mí hombre se murió en la guerra, quiero corresponder al cariñu que usté me tien con toa el alma y tou el corazón. Yo le quiero mesmamente que usté a mí...

El señor que se había acostau vestío, levantóse corriendo y locu de contentu jue a abrazar a la moza; pero la moza echó a correr, riendo como una tonta y haciendo zalamerías pa hacele creer que le quería, pero que la dabá vergüenza, y el uno detrás de la otra no pararon hasta el jardín, onde el amu alcanzó a la criá.

Después, agarraos del brazu, fueron como paseando por el caminu por onde había güeltu de la guerra el señor del palaciu. Hablaban como dos enamoraos y el amu la decía que la quería y la explicaba el color de los vestíos que iba a comprala pa pagar el cariñu que le tenía. Asina llegaron al sitiü onde el amu mató al criau. La noche estaba muy güena, pero cuando llegaron al matorral se puso muy oscura y sonaron los truenos y después muchos relámpagos alumbraron la oscuridá.

Entonces la moza miró con mucha rabia al señor y le dijo:

No te engañaron los criaos, no. Yo soy el alma de la mujer del probe mozu que mataste y que está enterrau en esti matorral. Me he apaecíu a ti pa castigarte en el mesmu sitiü en que mataste al mi amante.

El amu echó a correr, asustau por el alma de la criá y por los relámpagos; pero sonó otru trueno más juerte, cayó un rayu y se abrió una torca en el caminu, una torca muy honda, muy honda, que tragó al señor. Mientras ésti se iba sepultando, mirando jacia arriba, vio al alma de la criá agarrá a la mano del alma de su hombre, subiendo, subiendo hacia el cielu como si tuvieran las alas de los ángeles. Él bajaba, bajaba...

(De la tradición oral montañesa)

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 18-XII-1930. (Vid. O. C., t. II, págs. 675-677 y *Artículos*, n.º 253, págs. 483-486).

I

Había en un pueblu de Campoo una vieja que repartía to lo que tenía entre los probes que pedían limosna en la su puerta. La vieja se llamaba tía Marcela y tos los vecinos del lugar la tenían güen aquel, porque era limosnera y muy cristiana. Tenía un hiju muy trabajador, muy seguru y muy reciu. Toas las mozas del pueblu le miraban con güenos ojos, como deseándole pa pretendiente, pero él apegau a la su madre y al labarientu de la su hacienda no hacía casu de aquellas mirás de enamoramientu que le echaban las muchachas cuando le veían en la bolera y en el baile, tan limpiu y tan repeináu y con aquellas blusas tan respunteás que le hacía la su madre de percal azulau...

Una moza acaudalá se enamoró del muchachu. Un día le alcontró en una cambera cerca del pueblu. Ella golvía de la juente con unos cántaros encarnaos y él bajaba del monte con un coloñu de leña. La moza se le quedó mirando muy colorá, y le dijo al mozu:

—¿No has arreparau en lo que te quieren decir los mis ojos cuando te ven?...

—Los ojos no hablan y yo no he mirau a los tus ojos pa ver lo que me dicen...

—Pos los mis ojos dícenle lo que siente el mi corazón y la mi alma...

—¿Y qué es lo que siente el tu corazón?...

—Pos siente una querencia muy grande y muy honrá por un hombre que es la mi esperanza y la mi ilusión...

—¿Y quién es esi hombre que es la tu esperanza?

—Pos eres tú...

—Pos yo también quiero a una moza muy guapa y muy colorá que se arregla tos los domingos con una chambra encarná y un pañuelu de seda, que es blancu como la mesma nieve...

—¿Y quién es esa moza del pañuelu blancu como la mesma nieve?

—Pos esa moza eres tú, que vas a ser la mi esperanza y la ilusión de toa la mi vida...

Desde aquel día jueron novios y se querían con toa el alma...

II

Pero había otra moza que también estaba enamorá del hiju de tía Marcela. Aquella moza era muy envidiosa y muy parletana. Alampá por el ca-

riño de los novios, púsose mala y desesperá. La envidia la abrasaba hasta las mismas entrañas y discurría pecaos pa desbaratar el noviazgo. Un día hizo un venenu con sangre de lagartu y setas malas, y disimulando la su rabia jue a casa de la novia pa que la cortara un delantal, y cuando la costurera estaba descuidá echó un pocu del venenu en la puchera.

Desde aquel día la novia del hiju de tía Marcela empezó a ponese delgá y descoloría, sin juerzas ni alegrías. El médicu decía que era un mal de venenu que no se curaba con medicinas, y que la moza iba a morise como un pájaru. El mozu andaba desesperau por el mal de la su novia, y na más que hacía llorar y pedir a Dios que la curara del mal que la tenía tan triste y tan descoloría.

Una tarde que jue a visitala, le dijo la probe moza, llorando como una Madalena:

—¡Voy a morime! Toas las juerzas se me acaban y tengo unos pensamientos muy desconsolaos. Cuando me muera has de cortame la trenza pa que la tengas de recuerdu si no te casas con otra...

III

El mozu golvió a la su casa temblando como si hiciera muchu fríu. Tía Marcela y el su hiju se sentaron en la cocina al lau de la lumbre, y lloraban desconsolaos. Ya había empezau el invienu. A la media noche llamaron a la puerta. Jue a abrir el mozu y alcontrose con una vieja muy revieja, tapá con mantu negru. La vieja pedía posá y se la dieron. También la dieron de cenar un jarmosau de lechi y una torta recién hecha, por no dala borona dura. Después que cenó, la vieja muy revieja que estaba desdentá y tenía la cara muy blanca, dijo a la madre del mozu:

—Vos conozco en la cara que tenéis una pena muy grande y he veníu a consolavos y a golveros la alegría. Las almas güenas tienen su premiu en la tierra y en el cielu. Yo soy una hechicera que va de caminu pa premiar las güenas obras. Mañana cuando vaigáis a ver a la moza, diréis cuatro veces esti rezu: Quita el venenu de la su sangre. Güélvela la color y la salud. Dala la alegría y el bien. Páganos con la su salud, la nuestra fe y las nuestras limosnas. Quita lo malu y pon lo guenu en la su alma y en el su cuerpo. Después la ponéis en la frente la mano derecha y la moza sanará y no se morirá de esti mal...

IV

Hicieron lo que dijo la hechicera, la moza sanó y al pocu tiempo se casaron. Pero la moza rabiosa y encelá siguió con la su envidia y no podía ver a los recién casaos. Una noche de nevá tuvo el pensamientu de ir a casa

de los novios con la disculpa de pedir al mozu que la hiciera un par de albarcas, que la hacían mucha falta, y así lo hizo. La muy endemoniá llevaba el mesmu venenu pa echale en los cántaros del matrimonio. Cuando salió de la su casa se la apaeció la hechicera güena y la dijo:

—¿Aónde vas, mujer? Güélvete a la tu casa y deja a los enamoraos en gracia de Dios...

La moza se asustó, pero alampá por el odiu creyó que la vieja era una fantasía de la su cabeza y jue anda que te anda hacia la casa de los enamoraos. Empezó a nevar con mucha fuerza y la cillisca la daba en la cara y no la dejaba andar. En un ratu la nevá jue grandísima y la moza oyó que la decían:

—Güélvete a la tu casa y ten arrepentimientu...

La moza no hacía casu de las palabras de la hechicera. Cuando estaba en una campa en metá del pueblu, la nieve no la dejaba andar y la tapaba hasta la cintura. Se arrastró como una loba perniquebrá, por encima de la nieve.

—Güélvete, güélvete —la decía la voz de la hechicera—. Pero ella, arrastra que te arrastra, con los ojos como dos tizones en ascua y la ropa destrozá. Ya no podía arrastrase. La nieve seguía caendo, caendo y el vientu movía la campana de la iglesia que daba unas campanás muy tristes. Al día siguiente cuando el sacristán de la parroquia iba a tocar oraciones, la encontró muerta y mediu sepultá en la nieve. Y en vez de estar blancu tenía el cuerpu negru de condená...

(De la tradición oral montañesa)

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 21-XII-1930. (Vid. O. C., págs. 666-670 y *Artículos*, t. I, págs. 474-477).

304.—ESBOZOS. TAGORE

Allí, quietecito, entre naranjos más abundantes que los de Jaffa. Montañas doradas de sol, montañas rotas y duras, montañas zarcas, cerros velludos, colinas bermejas a su alrededor. Riberas abrasadas y mieses que se aprietan. Resuellos de vidas que se van cansando; brincos cristalinos del agua; peñas pulidas como jaspe; siervos de barba taheña, que tienen la frente de color de piedra vieja; ánforas de ágata, bulla de mercaderes; manos gordas y ásperas de campesinos; cedros y mosaicos que relucen.

El niño, quietecito entre los naranjos, cierra los ojos y medita. Parece que siente en el cráneo toda la pesadumbre y todos los rumores de Calcuta. Resalta la compasión prematura en su espíritu, y tiene lástima de las caballerías que llegan a su puerta con serones de hortaliza y garrafas de miel. Intimidación de huertos, de mansiones señeras; codicia de soledad; gula de silencio; muchos apetitos y muchas ansias de penumbra y recogimiento de fronda; de candelas de templo; de humildad de tierra labrada. Le aturde el retrueno de la multitud, el grito ancho y fuerte del rebullicio mundano, que llora y canta en los arrabales y en los paseos. La vida se inicia en él como una gota de claridad en la que se ven todas las tragedias del hombre. Tiembla el pobre niño en el refugio de las oliveras, entre el zumbido que llega de las vías angustiadas de sol, entre los báculos y los lienzos fanáticos, que van y vienen de peregrinación con varas de cidra y ramajes sagrados de tamarindo. Sus ojos se cierran al paso de los poderosos que llevan oro en las sandalias, y pomos de perfume y de vino en la alforja, y plata en los arreos de los caballos, y tiendas de seda para hacer posada a la orilla de los arroyos...

No cree el niño en la humildad y en la devoción de estos peregrinos que ponen diamantes en las cúpulas y ungüentos de nardo en los amuletos. Abre los ojos al paso de las caravanas que dejan olor de miseria y desgracia. Andrajos y vendajes, piernas retorcidas, manos secas, llagas y estremecimientos, pupilas sin brillo, laringes con lepra. A su recato llegan, mezclados, como voces y resuellos de disputas, las pesadumbres y las alegrías de las dos peregrinaciones; la una resplandece y marcha retronando con aleteo de puntas sueltas de turbante y holgura de libertad con hacienda; la otra va remisa, canija, oscura y abatida, muy lenta y silenciosa. La una tiembla de gozo y la otra de pena...

Precocidad de cerebro y de corazón para compenetrarse con las angustias de estos caminantes que pasan y repasan cerca de los naranjos del niño. Él les arroja el fruto por las bardas y sonrío a los infantes ateridos o abrasados, que casi siempre ansían el agua fina y graciosa, desde la jiba del camello, o la lumbre suave que derrita el hielo de sus cuerpos. Un temor muy secreto, un desasosiego que le encoge y le hace llorar entre el arrayán del huerto. Contempla sus vestiduras y las vestiduras de aquellos niños que van de camino, muy flacos y casi desnudos. Un día les arroja su jaique como una paloma de leyenda. Sonríe de contento y no siente la desnudez de sus brazos gordezuelos. Pronto se torna asombradizo y se arrepiente de haber arrojado el jaique a la triste caravana. Los niños han rodado por el polvo en revoltijo dramático. Se disputan el regalo a golpes. Uno le coge con ira, otro se le hurta con más ira, otro le rasga y se lleva un pedazo.

Después torñan a la lucha con más brío. Ya tiene muchos jirones el jaique. Los rostros parece que tienen lumbre, los labios están trémulos, hay líneas rojas en los brazos, en las frentes. El jaique es ya un andrajo lleno de polvo. Al verlos perderse, mohinos y rencorosos en el camino rubio, el niño se aflige en meditaciones en agraz, indecisas y tenues. Su jaique voló de las bardas al camino con alas de misericordia y se trocó en estímulo de guerra. Era una lástima que no tuviera una túnica para cada niño. Pensó en que todos los hombrés necesitan un jaique para que no se golpearan. Mientras unos tuvieran vestiduras y otros enseñaran las carnes, la discordia y la guerra no apagarían su cólera y sus rebramidos. Filosofía infantil, maravillosamente ingenua, que fue sutilizándose y extendiéndose como claridad de alba, entre naranjos y arrayanes de Calcuta. La discordia de los niños por el jaique es la esencia y la entraña de las doctrinas de Tagore, el educador indú que pronto llegará a Europa con la cabeza toda rodeada de nieve, después de hallar el sentido primitivo y puro de las enseñanzas bélicas, en contra de la idolatría de las prácticas religiosas populares...

Poemas henchidos de dulzura, poemas de bondad y de misericordia los de este hombre, ya viejecito, que ha sabido mirar al mundo con los ojos de la madre y a la madre con los ojos del niño. Tagore —pedagogo, poeta y filántropo— ha pasado su vida en el recuerdo de aquellas criaturas de carnes macilentas, que hicieron pedazos su vestidura; en el estruendo de las peregrinaciones soberbias; en las piernas retorcidas; en la congoja del leproso. Impetus de caridad para los niños sin jaique, para las voces y los silencios de la tragedia, para los humildes y los pequeños del mundo, para los cuerpos consumidos y quebrantados que se caen en los caminitos paralelos de la heredad. Rebeldía dulcísima en el salterio de ese poeta aristocrático, vestido con una túnica galilea. Apostolado con cimiento infinito de misericordia. Él quisiera tener todas las plumas de la garza y todas las pieles de recentales para reposo de los desnudos, y ánforas desbordantes para los sedientos y hogazas calientes para los que nunca sacian el hambre. La voluntad de Tagore, encentando la roca que sirve de hogar a las sensaciones implacables de la avaricia que no siembra; de la riqueza que no reparte; de la abundancia perezosa en el alivio de lo estéril y de lo roído por impotencia trágica de los brazos, de la vejez, de la mala suerte...

No se puede enseñar al hombre lo que no se ama, dice Tagore. El objeto de la educación es mostrar al hombre la verdad, en su unidad de conjunto. En otro tiempo, cuando la vida era sencilla, todos los elementos que componen el ser humano se armonizaban. Más tarde se han separado las facultades de la inteligencia de las facultades del espíritu. La infancia debiera beber a grandes sorbos en la copa de la vida. Y el espíritu juvenil debiera empaparse

de la idea de que el medio de que forma parte está en armonía con el mundo entero. Y esto es lo que la escuela ignora ordinariamente, a pesar de sus aires de superioridad cuerda, desdeñosa y severa. Se arrastra al niño a la fuerza, lleno del misterio de la obra divina auténtica, en donde todo le habla por sugestión directa. La escuela no es más que un aparato de disciplina y una oficina destinada a manufacturar productos uniformes. Para abrir el canal de la educación, se sigue la línea recta y ficticia de un término medio. Pero la línea que sigue la vida, no es en ningún modo recta; la vida se complace en zigzaguar de derecha a izquierda. Según la escuela, la existencia llega a su estado perfecto cuando permite que se la trate como a una muerta, que se la diseque y se la divida en casillas simétricas...

A Europa va a llegar un resplandor del Oriente. En medio de este resplandor, las barbas hirsutas y las vestiduras blancas de Tagore, que lleva en la diestra un libro de memorias con forro rubio, como las barbas vírgenes de Jesús...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 23-XII-1930. (Vid. O. C., págs. 279-281).

305.—NOCHEBUENA. ESTAMPAS DE LA CIUDAD

El ruido

La Nochebuena es una caja infinita donde se revuelven y rebullen todos los ruidos desagradables.

Debilidad de la tradición en la ciudad, hasta convertirse en una pálida y arbitraria reminiscencia, incapaz de sugerir el más leve sentimiento de dulzura cristiana.

Una de las características más hondas del noventa por ciento del pueblo español, es el ruido.

El ruido aleteando, como ansarón viejo entre el vuelo suave y ancho de los palomos.

La otra característica —también profunda y recia—, el silencio, aunque sea paradójico. El silencio o el ruido.

De esta antítesis tan peregrina se nutre buena parte del temperamento moderno, que sabe callar y sabe gritar en concordancia con la fuerza, con

los estímulos objetivos, con el temor, con el candado, con la afrenta, con la merced. El término medio está lejos de nuestros caminos.

O mucho ruido o mucho silencio.

Mucho ruido entre campanadas y granizos. Bronce y hielo del pueblo español en estos acentos, que se dilatan en el cielo de la ciudad aterida y en el repiqueteo de los granos que caen en las nubes.

Panderetas mal tañidas, voces ásperas de vino y de hartazgo. Nota resaltada, el ruido. Un ruido de zambomba sin rabel, de rueda sin llanta, de orquesta desavenida y beoda, de almirez hendido, de trompón rural, desafinado y torpe, que tañe el alguacil en algunas fiestas campesinas.

La noche parece un arrastrar de piedras, de cencerros, de herraduras. Lo más puro, el granizo. Mejor hubiera sido la nieve.

La taberna

La nota más simpática, el cierre de todas las tabernas. Estímulo plausible de intimidad y de velada apacible con la mujer y los hijos. Llamadas cautelosas en las puertas cerradas y húmedas. Llamadas insistentes, suplicantes, de contrariedad y de pesadumbre. Después, golpes violentos que se pierden en el estruendo. La taberna permanece silenciosa y cerrada. Los hombres protestan, tornan a llamar más humildemente, vuelven a protestar y se marchan sabe Dios a dónde.

El granizo rebota en sus cabezas y maldicen al tabernero.

La taberna —otra paradoja como la del ruido y la del silencio— convertida en elemento de paz, de sosiego y de recogimiento con sus luces apagadas.

¡Señor! ¡Si todo son paradojas! Risotadas en algunos porches y quietud extraña y señera a la vera de las mesas y de los mostradores.

Los hombres que no se resignan siguen llamando a otras puertas. Todas las ansias y todas las gulas en los fríos nudillos —sigilosos o frenéticos— en la tabla mojada, llamando, llamando.

Darían la cena de sus hijos o la manta de sus padres por un vaso de aguardiente.

Esto sucede con harta frecuencia sin que sea Nochebuena.

Muchos infelices habrán comido hoy por estar cerradas las tabernas...

La Misa del Gallo

Revoltijo de devociones y de ludibrio, de fe y escepticismo, de atavismo amoroso y atavismo de mala entraña. Unos van a rezar y otros a reír. Más a reír que a rezar. Reflejos de piedad, de sensaciones cristianas, de bellos sentimientos entre las candelas y los humos del templo. Resoplidos de risas mal contenidas que quieren apagar las candelitas temblorosas. Al lado de estos resoplidos, la nota dulce y cristalina de las campanillas.

La Misa del Gallo, refugio caliente de algunos hombres desvergonzados que se aburren y tienen frío y aridez espiritual. Acomodos para la inconsciencia villana y para la grosería, entre los hinojos devotos y el rumor de las preces que salen del corazón.

Palomas de oraciones de estas mujerucas viejas, buenas y recoletas, que tienen el rosario en la mano y piensan en Belén; de estos ancianos que se hincan con muchos suspiros y mucho rumor de ropas recias. Risas estúpidas de nocherniegos.

Las puertas se han abierto a todo el mundo. Y entra todo el mundo con pensamientos blancos, con pensamientos verdes y negros...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 26-XII-1930.

306.—EN LOS PUEBLOS. UN MAESTRO CADA MES

Adivinanzas

Cincuenta damas
y cien galanes;
ellos piden pan
y ellas piden aves...
(El rosario).

Un campo labrado
sin la pareja ni arado...
(El tejado).

Letras de piedra

—“Mis obras y no mis abuelos, me han de llevar a los cielos”. Letras de piedra descoloridas de lluvia y de sol, en un escudo de Carmona. Letras de

piedra en el hastial duro y reviejo de esta casa de doña Consuelo G. de Cossío, con tajuelas y bancos de respaldo tallado, yezos y calderas, almireces y trigueros, arcas ferradas y guijas pulidas en el amplio portalón.

Debajo de los nidos de las golondrinas, el lema de una stirpe montañesa, que espera de sus virtudes y de sus sentimientos:

—Un buen vivir
y un buen morir
para el Cielo ir.

“Mis obras y no mis abuelos”... Exquisito privilegio del corazón sobre el regalo de la herencia en cofres, en bancales, en huertos, en rebaños, en espíritu. Agua nueva en alberca vieja. Aguas tibias y aguas cristalinas de la leyenda quintañona de los nueve valles, en la cantarera espiritual de las casas hidalgas. Sensaciones y sementeras buenas del presente. He aquí el surco, el silo, el camino. El premio está en nuestra sensibilidad, en nuestra templanza, en nuestras moradas interiores y no en la estela de otras vidas, de otras virtudes, de otras noblezas.

La ingenuidad, la reciedumbre de la filosofía rural, el claro y hermoso sentido de la vida, la voz suave y enérgica de la tradición, en estas letras de piedra carmoniega entre los nidos de las golondrinas y los ventales del laurel...

Un camino

Un camino real desde la Puente de Santa Lucía a Carmona la albarquera. Ansia de estas buenas gentes que van perdiendo la esperanza y la fe en la realización del proyecto. El nuevo camino a lo largo de la vertiente meridional del Escudo, ensancharía las actividades de este pueblo clásico, pródigo en caracteres raciales y hacendosos.

Es uno de los problemas que más inquieta a los carmoniegos. Antaño fue el paredón que librara a uno de los barrios más ricos de la amenaza del Quivierga. El muro no se hacía a pesar de todas las querellas y de todas las protestas.

Un día el río desbordado arrastró dos o tres casas, las paredes de los huertos, el típico portalón del baile, la bolera, los nogales. Fue un setiembre dramático que arruinó a muchas familias y puso montones de piedra en el manchón moreno y pajizo de las mieses maduras. En las tierras removidas, en los sembrados, en las hazas, en las lindes, quedó la pobre hacienda de muchos padres de familia que aun están agobiados por el peso de la catástrofe.

Después de la tragedia se construyó el muro. Uno de los muchos pecados y de los muchos arrepentimientos forzosos y tardíos de la política española, perezosa en el remedio, exaltada en la avaricia, premiosa y torpe en el prevenir...

Ahora es la carretera, elemento casi imprescindible para las expansiones cada día más ágiles y optimistas de este pueblo, en remanso, que nada tiene que agradecer al favor oficial.

Afianzamiento y dinamismo fértil en la nueva vía que anhelan los carmoniegos, entre el Escudo y el Saja, desde la Puente de Santa Lucía a la Puente de San Pedro...

La escuela

—Un maestro cada mes,
pobre de la mies.

Así dice un refrán que oímos por aquí. Otra de las inquietudes de los carmoniegos es la educación de sus hijos. En estos pueblos extraviados, los maestros son aves de paso. A lo mejor vienen de Castilla, de Levante, de Extremadura y no se adaptan al clima, a las costumbres, al ambiente.

Entre un maestro y otro, suele haber largas transiciones de ocio para los hijos de los vaqueros y de los labradores. La mies infantil no se cultiva con la perseverancia amorosa que es el brillo y la esencia de estas disciplinas. “Un maestro cada mes...” Temperamentos distintos, procedimientos más ásperos o más apacibles, maneras más suaves o más hoscas. Volver a empezar...

Un vecino espabilado que labra la capilla de una albarca requetepulida, se queja ante nosotros de estas vacaciones forzosas de los niños y del “cambiase y volverse a cambiar de los maestros que ajuyen con la nieve y el viento”:

—Al gobiernu paez que no le importan estas cosas. Y debían importarle, señor. Asegúrote mi alma a Dios, que güen qué le importan las contribuciones... Maestru que viniera a un pueblu, debía estar por lo menos tres años en él y no dejar desamparás a las nuestras criaturas, que saben más de las parés de los huertos y de los niales de los árboles que de los bancos de la escuela... No costaba na hacer una ley asina. El que quisiera ser maestru con esa condición que lo jura. No es muchu sacrificiu...

Penas y contrariedades en la voz del albarquero. La escuela ha estado mucho tiempo cerrada. Es una sinrazón ignominiosa que las escuelas de los pueblos estén cerradas porque los maestros “ajuyen con la nieve y el viento”...

Los caballos del diablo

En la entraña de la tradición, el mito. Al lado de la verdad, la fantasía.

—“Los caballos del diablu son siete: el unu, negru y descarau; el otro, blancu y tragón; el otro, colorau; el otro, verde; el otro, azulau; el otro, pardu y el último, del color del limón. Estos caballos son las almas de un molineru que robaba muchas maquilas, de un escribanu falsu, de un ladrón de los caminos, de un hiju que pegó a la madre, de un padre que vendió a la su hija, de un cura arrenegau y de un hombre muy ricu que no daba limosna. De antes diz que se apaecían la noche de San Juan y pisaban las mieses de las personas güenas. En un pueblu onde había trenta vecinos, pisaron una vez las mieses de un vecinu que era el único que era güenu. Los diablos iban amontaos en ellos y los relumbraban los ojos como un yerru encendíu...” (Tradición oral).

Refranes

Tordu encarnau, molineru honrau.
Dame borona, llámame lelona.
Doite harina, dame una torta.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 30-XII-1930.

306 bis.—LAS ANJANAS DE VALDÁLIGA Y LOS DIAMANTES DEL BIEN Y DEL MAL Y LAS MOZAS DEL AGUA

La Revista de Santander, t. I, 1930, 86-87 y 214-215. (Vid. O. C., págs. 641-643 y 461-463).

307.—PICARDÍAS AÑEJAS. LA PETRINA

La Voz de Cantabria, 1-I-1931. (Vid. O. C., págs. 497-499-569-570).

Canta el agua en el azarbe sombreado de saúco florecido. Campanillas cristalinas de yunta roja sobre el bancal recién abierto. En el remanso de la tarde cae el grano dorado en los caminitos paralelo y hondo de moreno recio.

—Yo te digo la verdad, mujer. Cada uno sabe onde le aprieta la albarca y onde tien los malos y los güenos pensamientos... Pero lo que está bien, está bien, onque mos empenemos en que esté mal... Tú tienes algunos cuartos guardaos...

—Güenos sudores me costó el ahorralos. Un año y otro año y muchos años guarda que te guarda, pa ajuntar mil riales, que al fin y al cabu es una miseria... ¡Güenos sudores, güenos sudores!...

—Pos por eso mismu, mujer. En la tu casa están mal los mil reales. Mil reales en la tu casa na más que son mil riales, y en otro sitiú onde están mejor guardaos y mejor administraos, son mil riales y unos cuantos riales más... Te guardan los cuartos y además te dan dineru encima...

—¡Pos no lo comprendo!...

—Echate la cuenta de que tú me dices a mí: Fonso, guárdame en el tu desván estos cuatro maquileros de maíz. Yo te guardo los cuatro maquileros y al cabu del año tienes cuatro y mediu, y al cabu de otro año, cinco, y al cabu de otro año, cinco y mediu y al cabu de otro año, seis o siete... ¿Entiéndeslo ahora?...

—Entendíu, entendíu está... ¿Pero cómo demontre me vas a dar el doble de lo que te di a guardar sin ton ni son?...

—Home: yo no te lo daría porque na se pue sacar de onde no hay na, pero en esos sitios dántelo...

—Pos no me atrevo, Fonso. Quiero tenelo cerca de mí, onde yo los vea todos los días pa acaricialo y contemplalo. Bien se está debajo de la mi cama escondíu en trapos limpios, como si fueran críos mimaos en pañales calientes y curiosos...

Va y viene el arado por la tierra áspera del boronal. Una zagala delante de la yunta, tío Fonso agarrado a la mancera y tía Ción echando en el surco el grano de panoja. Breves momentos de silencio con transiciones de suspiros y ¡arres! enérgicos. Cruje el terrón que parece pulido y sigue el campanilleo de la yunta roja sobre los caminos de la sementera...

—A mí —continúa diciendo tío Fonso— me lo aconsejaron, y al principiu no pude negar que cogí recelu, pero después lo vi más clarú que el

mismu día. Y no me pesa haber seguú esi senderu... El mismo caminu debías seguir tú...

—Puea, puea ... Ya veré lo que hago, onque no tengo maldita la voluntad. Es mejor tenelo cerca... Hacienda el tu amu te vea... Tú piensas de un modu y yo pienso del otrú lau... ¡Cuántas fatigas pa tener mil reales, Señor!... Mil riales, mil riales... No lo pueden decir tos... Mil riales son mil peazos de pan quitaos a la boca, mil tarreñas de lechi quitás al sorbu, mil remiendos en la chambra y otros mil en la saya, mil recosíos en los escarpines, mil ganas de una cosa y no comprala...

Tío Fonso insiste pacientemente y tía Ción no se deja persuadir. El recelo, el temor, la suspicacia del agro, tienen holgada posada en el espíritu viejo y medroso de la anciana. Más crujir de los terrones morenos. La zagalita sigue caminando perezosamente delante de las vacas duendas. Se va quedando vacía la talega de la sementera. En la alberca verde se inicia el croar de las ranas. Alumbra ya la estrella miguera.

Figones de toldo ceniciento en campo de yerba anémica. Manchones verdes, pardos, ocre, de mieses, pedregales, hazas segadas y umbrías de fresnos. Redoble de tambor y cascabeleo suave de panderetas entre los figones que huelen a odre y a laurel. La tarde es mansa y clara. Chiflos de nogal verde en los labios de los niños. Humos de lumbres que se apagan después del yantar, debajo de los árboles. Romería alegre, como una consoladora transición de alborozo entre las bregas del labrantío. Menoscabo de faltriqueras, de pañuelos a guisa de alcancía, de bolsillos poco hondos, de carteritas de lienzo y de percal pespunteado.

Entre los baratijos y los figones, sonsoneo optimista de los cuartos de los campesinos mozos y de los campesinos viejos. Muchas jarras de sangría de vino y de limón. Canas al aire, confusión de blusas negras, de blusas azules, de pellizas, de chambras requetepulidas, de boinas y galeros. “Una vez al año, que luzca el paño”. Un maquilero de menos no hace mella en el soberado. Horas romeras que dan bríos para seguir peregrinando por sendas de aladrería y de lombillo, en boronales y praderas.

Tía Ción no ha querido ir a la fiesta. Repasa las haldas reviejas y descoloridas en el grato sosiego del corredor. A lo lejos se oye el redoble y el cascabeleo como un estímulo y una tentación. La anciana sigue repasando y repasando. Mil reales son mil remiendos...

Corre en sombra y a tientas por las callejas empedradas y ramblizas, como cauce de torrente serrano. Corre en tinieblas con congoja de fugitivo que no encuentra mesón, ni choza en todo el camino. A través de los ventanillos tiemblan las luces y las llamas de las cocinas. Resoplan las lechuzas y se

oyen silbos que salen de ribera de arroyo turbio. Tambaleos y estremecimientos al remusgo de la noche que todavía trasciende a relente de nieve alta. ¡Aves María! sigilosos y muchos suspiros y muchas ansias en la leve jornada, que parece hecha de tueras y hierros. El camino está silencioso. Anda, anda entre hastiales y paredones desnivelados de casas muertas a fuego o vendaval. Tirita el cuerpo de frío y de pesadumbre...

—¡Tan, tan tan!...

Tres golpes recios con picaya de espino, en una puerta de casa de labranza.

—¡Tan, tan, tan!...

Otros tres golpes más débiles, más medrosos. El último repiquetea nervioso y persistente...

—¿Quién llama?

—Soy yo, hijo mío... ¿Onde está Miguelón, el mi nietu?

—Suba, suba madre...

—¿Onde está, onde está Miguelón?

—Jué a la romería y tovía no golvió... Suba madre, suba un pocu, mujer...

Tía Ción sube unos peldaños.

—¿Onde está, onde está Miguelón?

Livideces en el semblante arrugado. La vieja tirita Tiene frío y calentura. Tremenda pesadumbre descuartiza su espíritu dolorido. Su hijo la contempla con el alma en pena...

—Miguelón, Miguelón. ¿Onde está Miguelón?... ¿Onde están los mil riales? ¡Santa María de las Angustias! ¿Onde están los mil riales? El me los robó. La romería, la romería... Me dijeron que convidó a tos los mozos, que se jartó en el figón, que compró cuarenta riales de avellanas... ¡Me dio una güelta el corazón! Juí a mirar y no estaban los mil riales. Virgen del Amparu y del Consuelu. Yo me muero de congoja... Mil riales, mil riales...

Mil remiendos, mil ganas de una cosa y no comprarla...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 16-I-1931.

309.—ESBOZOS. UN PORTAZO DRAMÁTICO

Cinco, seis, siete años de optimismo, a manera de un zaguán muy blanco, lleno de sol. Cinco o seis años en que redobra el tambor, duermen las penas,

cantan joviales las campanillas, rebullen en el entendimiento cosas muy bellas que parece que van a ser eternas.

Después se penetra en la casa, del brazo de una mujer. Entre el vestíbulo y la morada se ha levantado un soberbio paredón.

Desaparecen los cinco o seis años tan blancos, tan azules, tan optimistas. Recomienza la vida. No se conoce la vida hasta que no vemos levantarse ese muro. Aun quedan gratas reminiscencias del redoble y del majuelo, tan joviales, tan cristalinas. Al principio, el paredón parece que tiene transparencias y colores del mes de mayo.

Poco a poco van desapareciendo las transparencias, se van enervando los rumores alegres del portal, se aleja el redoble, se pierden las gentilísimas imágenes en un laberinto de añoranzas y de renunciaciones que empiezan a curtir el alma.

Entonces se sintetiza el pasado en un solo recuerdo muy dulce —muchas cosechas en un solo granero— que lentamente se va tornando agrio, hasta que viene el primer hijo. Otra vez la miel en la luminaria del recuerdo que tiene perfiles de estrella. El ayer y el hoy son una misma cosa en los momentos en que el hombre acaba de ser padre.

Despierta la felicidad, el redoble del tambor de aquellos cinco o seis años, el cantar de las campanillas, el brío del corazón. Tibiezas en el invierno, abundancia en la escasez, regocijo en la desgracia. Lo más áspero se nos antoja suave y blando en estos instantes, como antes de levantarse el muro entre la morada y el zaguán blanco y azul.

Después otra vez la ondulación crespa del camino. El muro cada día es más ancho. Se van borrando los detalles del apacible y alegre portal de la juventud.

Trabaja, trabaja. Rompe la piedra y la tierra, siembra, carga balumbas de heno, retuerce el hierro en ascua viva, arranca la yerba, trilla, bielda, ara, cansa la espalda con peso de leña, madruga con el alba, pule la madera, alimenta a las bestias, echa granos y más granos en la tolva, clava la reja en tempero áspero, cuida la aparcería, siega, cava, llena los cabellos y las vestiduras de polvo de bancal, sufre rasguños de escajo, quebrantos de peña, relente de invierno, lumbres de estío, saetazos de nieve, fuegos de sol.

Trabaja, trabaja. Aguanta la pesadumbre de la crisma rendida, llora por los hijos, contempla el arca y la alacena casi siempre vacías. Arrastra resignado la cadena que no has de soltar nunca. Sufre en silencio el remorder de las penas, el sobresalto de la mala cosecha, la inquietud cotidiana de la olla que a lo mejor no se calienta muchos días. Tumulto de pensamientos,

de sensaciones, de temores, de incertidumbres que van arañando en el espíritu y consumiendo la carne con uña y diente, más duros y agudos que filo de segur y rueda de molino...

Sé parco en el ocio, austero en el camino, honrado, laborioso. Camina delante de la yunta, agarrado a unas bridas, al volante de un automóvil. Da vueltas y revueltas de linde a linde; extiende y recoge la red, mortifica los sentidos, aplaca los deseos, echa hielo en la entraña para que se enfríen las ansias de mejor lecho y mejor compango; labra la piedra, asea los caminos, penetra en la mina, resuda en la fragua, estiva en el almacén, sube a los tejados, canta en el andamio, tiembla en la intemperie del mar, encórvate sobre la pendiente del pupitre resobado y duro...

Tras estas cosas tan ingratas, ya viejecito y cansado, disputas con el hijo que te tiene en su hogar. Sales tiritando de la riña, con ese frío terrible que sienten los ancianos cuando ven que estorban en casa de los hijos. Tu dignidad se estremece. Se renuevan las riñas y las angustias. Volveis a disputar con más ira. Tu te marchas de la casa o el hijo abre la puerta y te arroja a la calle. Los únicos que lloran son los nietos, al verte marchar temblando, triste, a la ventura de Dios. A tus espaldas suena un portazo dramático, entre los sollozos de las criaturas. Tu quieres a los nietos y vuelves los ojos a la casa para ver las ventanas donde ellos se asoman. Y entonces comienzas a llorar. A lo mejor nieva y está el pueblo tenebroso. La casa se pierde en las tinieblas y buscas un refugio contra la ventisca. Cerca de ti hay gentes felices que han cenado muy bien. A nadie le importa que un viejo no cene y tenga frío.

Ya has encontrado el refugio, un refugio muy desnudo donde te sientas a descansar. Todo el ambiente que te rodea se llena de tu angustia. Pasarán las horas lentas, crueles, desesperadas, con mucha nieve y mucha oscuridad. Cuando llegue el alba seguirás el camino. Parece que los bríos quieren renacer, pero no llega el alba, no llega el alba... No llegó el día para ese viejecito de Navajeda, para ese otro viejecito de Salamanca, para el otro de Avila, para los viejos desgraciados de todos los pueblos que se mueren en el portal de una iglesia, en una cuadra, en un pajar...

Ya podían los viejos ricos, en formidable impulso de misericordia, evitar estas tremendas cuitas de los viejos pobres.

Aquí tenemos un magnífico asilo de ancianos desamparados. El esfuerzo de unos hombres ha robustecido casi de manera peregrina, esa casa amable,

cada día más ancha y más caliente. Y es menester reforzar los bríos de esos hombres buenos y perseverantes que sienten en lo más íntimo la preocupación de la caridad. El dinero de esos viejos enriquecidos y el entusiasmo de estos jóvenes, ensancharía más y más la casa, multiplicaría los lechos, las ropas, los platos...

El día en que esto se hiciera, no se moriría ningún anciano de hambre y de frío. Hasta las campanas de esta iglesia de las monjas y de los viejos tocarían más joviales y cristalinas...

Trabaja, trabaja. Martillea, carga, estiva, siega y ara, húndete en la mina, sube en el andamio, aplaca las más inocentes ansias...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 21-I-1931.

310.—EN LOS PUEBLOS. LOS CABALLOS DEL DIABLO

La Voz de Cantabria, 22-II-1931. (Vid. O. C., págs. 583-584).

311.—ESBOZOS. UN LIBRO

Un ingeniero de minas ha escrito un libro.

Los anaqueles y los escaparates de las librerías están llenos de volúmenes que se van revando con prisa de máquina tipográfica. El cerebro y el corazón, el capricho o las manías de los hombres tras las cancelas pulcras de estas portadas verdes, blancas, azules, severas, alegres que pretenden simplificar, en unos colores y en unas rayas, la melancolía, el optimismo, las preocupaciones o los remansos de las páginas...

El artificio de la portada es algo así como la investidura de los hombres. Engaña la pintura del forro con su aliciente de estampas dramáticas, ingenuas, felices, atormentadas, extravagantes, sencillas, ampulosas. Bajo una vestidura zafia puede esconderse un gran corazón, y un ropaje atildado, a lo caballero, bien puede guardar unas entrañas negras de forajido. Esto ocurre con frecuencia en la vida, que al fin y al cabo es una inmensa paradoja y un perpetuo espejismo.

Aquí un pícaro con trazas de franciscano y allá un hombre honrado que parece un ladrón por los girones del traje, por lo largo y borrascoso de la cabellera, por la dureza de las facciones, por lo áspero de la voz.

Lo mismo sucede con las portadas de los libros. Felonías, habilidades y embelecos de las apariencias, que a veces son panales con entraña de tuera y a veces frascos groseros y polvorientos que guardan esencias delicadas. En los escaparates de las librerías está reflejada una de las características más vulgares de todos los tiempos. Una característica universal, como el egoísmo y la vanidad, que hace de la apariencia un elemento poderoso para burlar al prójimo y tener en intimidades de secreto el desnudo de la verdad que cada hombre lleva en el espíritu...

Un librito con forro azulino, editado muy decorosamente. Debe tratar de cosas inocentes, de sugerencias apacibles, de motivos sin trascendencia. Está cautivo el librito azul entre otros libros de portadas petulantes, donde se retuercen hiperbólicas angustias, sestean ocios exagerados o brillan estrellas, aguas o paredes arbitrarias. Añil, bermejo, rubio, ocre. En medio este azul, un poco pálido, humilde y temeroso, como un jovencito rural que acaba de llegar a la urbe a ganarse la vida. Nosotros abrimos el volumen. Debe tratar de cosas azules de adolescencia literaria, de meditaciones poco sazonadas, de ansias trémulas que todavía no han encontrado un camino firme.

Comenzamos a leer con incertidumbre. A las pocas líneas vemos que nos ha engañado el color azulino del forro. Parecía un poeta romántico y nos encontramos con un filósofo ataviado con lienzo áspero de minero y de labrador. Este libro, la portada de este libro, no está en concordancia con los pensamientos de las hojas. Debiera tener el color de la blenda, el color de la piedra, el color de los terrenos sembrados.

Una vez más nos han engañado las apariencias, y nosotros celebramos este engaño, que nos regala sensaciones muy gratas. Otras veces hemos arrojado el libro baladí, simple y deleznable, que tenía una cancela severa, fuerte, discreta. Ahora, no. Ahora hemos acariciado esta cartulina modesta que guarda tan bellos y tan humanos pensamientos. Viejos problemas del campo, del éxodo dramático, de las inquietudes sociales, de la pobreza, del caciquismo, de la inconsciencia. Deleitan y consuelan las disciplinas de estas páginas exornadas de sinceridad, de valentía, de lumbre interior, que es la lumbre que menos crepita en el panorama del mundo.

Este volumen es la ideología de un español que no se resigna a ver pasar las horas sin la gracia de un buen pensamiento, de un afán, de un propósito, de una vibración de sensibilidad fina y laboriosa.

Son excepciones en minoría los españoles que piensan más allá de las angustias económicas, del calzado de los hijos, de la terrible amenaza de las

cesantías, del remiendo que es menester echar al hogar. De esta limitación anodina de los pensamientos ha nacido la torpe indiferencia del pueblo, de la mayoría del pueblo, hacia el desenvolvimiento de las ideas en la dinámica social.

Un libro de un español que piensa sencillamente, sin bordones literarios ni léxico seleccionado, que maldita la falta que le hace. Don Leopoldo Bárcena es un español que piensa más allá de las preocupaciones domésticas. Este es motivo suficiente para que nosotros le elogiemos al salir a la luz su libro "Patriotismo, ciudadanía y sentido práctico".

Nosotros no conocemos al señor Bárcena. Ignoramos si es joven o viejo; robusto o cenceño. Nos le imaginamos saliendo de la mina con los obreros y los capataces, entre los candiles apagados y los picachones llenos de costra casi roja. Su ruta política no nos importa. Lo que nos importa es la honradez, el sentimiento, la vehemencia de sus meditaciones, la serenidad de su prosa limpia y caliente, el raro vigor de su alma.

Patriotismo y ciudadanía en frases despojadas de retoque y de lirismo, en líneas atrevidas y escuetas, que turban el remanso de la holgazanería cerebral y sentimental de que tanto gustan muchos, muchísimos españoles...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 4-III-1931.

312.—ESBOZOS. LA CARA Y EL ESPÍRITU

El "pie" de una fotografía publicada en este mismo periódico nos ha inspirado estas líneas. Cuatro palabras, nada más que cuatro palabras, que sirven de severa vestidura a un gran pensamiento. El periodismo moderno, conciso, escueto, estilizado, sin los insoportables devaneos de hace treinta, cuarenta años, refleja sus gustos, su sencillez y su enjundia en los titulares rotundos y en el "pie" de los grabados.

Una pincelada, un rasgo, una línea que encierran un mundo de inquietudes buenas o malas, de cosas ásperas o amables, de sencillez o de vanidad, de motivos dramáticos o alegrías de fiestas. Se podían escribir muchos libros originales crudos, discretos, rebeldes, con las ideas que algunos periodistas resumen vigorosamente en las líneas apresuradas que acompañan a los grabados de actualidad.

Nosotros sentimos profunda admiración por esos leves y recios trazos

que ponen vigor de espíritu en la materialidad de una casa derrumbada, de un río que aniega las mieses, de una grúa parada, de un andamio que se cae, de un jardín, de un asilo. Y los hombres que crean la belleza de estos rasgos, a lo mejor no son poetas, ni literatos, ni sociólogos, ni artistas. No tienen tiempo para acrecentar el léxico ni para buscar consonantes. Con un centenar de palabras y con su sensibilidad tienen bastante para llevar al ánimo del lector la emoción, el sentimiento, el regocijo o lo hórrido de la estampa.

Muchos escritores quisieran poseer el secreto de esas palabras, aderezadas sin artificio, con apremio de las horas de redacción, de linotipias, de regentes que van y vienen con inclemencia de embargo, envueltos en blusas largas y oscuras que parecen viejas capas de recaudador...

Unas muchachas que han resultado reinas en lides de hermosura. Están agrupadas en un salón elegante, sobre alcatifas de Persia.

Los ojos de estas muchachas de las oficinas, de los talleres, de los mostradores de París, se clavan en el objetivo de la máquina fotográfica con indiscreta miradita de vanidad que quiere ser contenida. Nosotros disculpamos esa expresión femenina que parece llevar a los músculos del rostro toda la inquietud y todo el orgullo que rebullen adentro con las pasiones y las ansias.

El periodista ha contemplado sobre su carpeta los bellos semblantes de las "reinas" de las modistas, de las sombrereras, de las dependientas, de las mecanógrafas, de las floristas, de las mozas de los mercados. Se ha sentido un poco filósofo ante esas cabezas gentiles, erguidas, arrimaditas las unas a las otras con diversidad de tocados, de adornos, de composturas.

No ha pensado en la trascendencia que tiene hogaño la belleza, ni en el fulgor momentáneo de esas coronas arbitrarias, ni en la teatralidad del salón exornado de tapices, de flores y de alfombras.

Volvemos a repetir que se ha sentido un poco filósofo y un mucho rebelde. Ha comparado la hermosura con el trabajo, con la virtud, con la sencillez, con el recato. Ha vuelto a contemplar la fotografía, la ha puesto sobre un revoltijo de papeles, ha encendido un pitillo y ha meditado un momento...

Después ha escrito unos renglones, que son sensaciones de vida muy íntima, en un pedazo de papel. Ya está hecho el "pie" de la fotografía. Cuatro líneas que contienen un gran pensamiento, una delicada iniciativa y hasta un desagravio a las mujeres que no son lo suficientemente bellas para ser "reinas" y "damas de honor"...

Estaría mejor —viene a decir el periodista anónimo— un concurso de jóvenes hacendosas, de trabajo, de virtud, de sacrificio, de mérito femenino, de otro orden de cosas espirituales al margen de la belleza.

He aquí una insigne verdad y un prodigio asunto para unos cuantos ensayos de literatura social...

Hacen falta otros concursos en que lo de menos sea la hermosura. Otros concursos que sirvan de estímulo y de recompensa, que dejen premios en las manos hacendosas, que exalten la fortaleza espiritual de las doncellas pobres.

Recompensas a las manos, al corazón, a la sensibilidad, a la honradez y no al rostro. Regalos al espíritu y no a la cara. Es una pena que se rinda un culto tan exagerado, y a veces tan extravagante, a las cosas externas, mientras permanecen preteridas otras cualidades más fuertes, más perdurables y más hondas que la belleza de unos ojos, de una cabellera, de unas mejillas...

Amarguras de mocedad atormentada las de las pobres muchachas que no son hermosas ni pueden ser reinas un día al año. Es una lástima que ellas no puedan sentir en las sienes la suave opresión de la corona, porque no son guapas.

Concursos de cualidades morales, donde puedan entrar las feas y las guapas, las esbeltas, las altas, las bajas, las morenas, las rubias, las de la color quebrada...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 11-III-1931.

313.—ESBOZOS. LA EXPULSIÓN DE LOS LABRADORES

Hoy queremos hablar del campo. En España se ha hablado mucho del campo desde hace medio siglo. En otros tiempos se habló de los telares, de las forjas, de los curtidores, de las sederías. Estas industrias adolecían de pesadumbre económica. Su desenvolvimiento era estrecho, los tributos excesivos, las cargas cada día más agobiadoras. Poco a poco fue cesando la alegría bulliciosa de los pelaires en las viejas y silenciosas ciudades castellanas. Ajofrin quedó sin herrerías, Consuegra sin almonas, Salamanca sin curtidos, Almagro sin la sutileza de sus encajes.

Y todavía, en la decadencia apresurada de estas industrias, se continuaba hablando de los telares, de las forjas, de los batanes, de las sederías toledanas.

Ahora se habla del campo. Desde hace medio siglo —mucho después de morir las actividades clásicas que ponían bullicios y opulencias en esas ciudades de Castilla— el problema labriego comenzó a inquietar los ánimos. Se habló de las vinculaciones civiles, de la amortización eclesiástica, de las asociaciones gremiales, de los conventos, de los mayorazgos que acaparaban la tierra, de las ordenanzas restrictivas y “bárbaras” de los Reyes Católicos, de las ciudades que absorbían la población rural, de las mieses sin cultivo, de las pequeñas heredades sustraídas a la circulación libre del comercio. Primero la literatura a vueltas y zarandeos con la característica espiritual del problema. Después los alegatos técnicos, fríos y torpes, en papel áspero de burocracia y tinta debilísima de miseria oficial. Batallas entre la literatura y los renglones positivistas y reacios de las Comisiones informadoras...

Los labradores continuaban en sus tierras con mansa y noble actitud de cristianos viejos. Jaculatorias, hilas, resignación, fatigas. En las ciudades se hablaba de ellos con misericordia, como se habló de las almazaras, de las ferias populosas de Medina de Campo, de los forjadores sin yunque, de los cañones que se quedaban vacíos. Los periódicos esgrimían disciplinas recias y persistentes, los gobernantes pedían treguas, las polémicas restallaban como latigazos. Después, transiciones de ociosidad, de ociosidad en las plumas, en las palabras, en las solicitudes. Comenzaba a levantarse el edificio, después venían de la mano la pereza y el cansancio, se dejaba la obra y ésta se caía. En España se han empezado muchas y buenas obras que no se acaban nunca. El campo permanecía en su tradicional mansedumbre. Unos cerraban la casa, metían la llave por debajo de la puerta, trancaban la portilla del huerto, se enjugaban unas lágrimas y comenzaban a andar por el triste camino del éxodo. El viejo empujaba al mozo y le mostraba la carretera como una promesa de días mejores. Se iban los bríos por todos los caminos que van a parar a la mar, a las villas insignes y nuevas con chimeneas de fábricas, a las ciudades, a las minas, a los cuarteles, a las canteras.

Y en España, en todos los periódicos de España, se continuaba hablando del campo, de auxilios perentorios, del fomento de las actividades labradoras, de la necesidad apremiante de una rebeldía rotunda. Los gobernantes pedían más treguas y más treguas. Los ancianos continuaban enseñando a los mozos la aventura de la carretera. España estaba expulsando inconscientemente a los labradores, como había expulsado a los moriscos, y entre tanto aderezo inútil de palabras, de disputas, de informes, de lirismos, de quejas, de protestas —que tenían más de súplica—, el campo seguía añadiendo más eslabones a sus tragedias y soportando la inclemencia de una legislación absurda que quiere aguas de gracia y cierra los manantiales...

Ahora vuelve a hablarse con vigorosa insistencia de los venerables problemas del campo. El panorama dramático de Andalucía renueva las protestas, las inquietudes, los remordimientos del pueblo que nada más que ha hecho eso: hablar. Se ha hecho literatura social describiendo las piteras grisáceas, los manchones hoscos de las olivas, la alegría de los rosales, los cortijos, los pueblecitos, las viejas añoras, las flores azules del trigo, el fondo zarco de las montañas. Como elemento secundario de esa literatura, el obrero labrantín que resuda y adolece bajo esas olivas, en los tablares de habas, en las sembraduras amarillentas. Lo primero el paisaje. El paisaje de los surcos, el desgaire de un trabajador llevando la chaqueta al hombro y el sombrero caído sobre la frente; el paisaje de los naranjos, de los arrayanes, de las encinas, de las albercas.

Después, entre esta zarabanda de los colores y de los ambientes, unas leves pinceladas de la vida íntima y triste de los labriegos. Lo mismo en el Norte que en el Sur que en todas partes. Entre la prosa descriptiva se ha ocultado la verdad. Algún resquicio, alguna insinuación —más medrosa que discreta— de esa terrible verdad, pero sin trascendencia positiva.

Sería mejor cerrar los ojos ante el paisaje —hermosa cárcel de esas miserias— y abrirlo ante las penas que encierra. Se sigue hablando, hablando como hace cincuenta años. Los Gobiernos siguen pidiendo treguas y más treguas para resolver el gran problema, la opinión se acalora y más tarde se enfría y luego se echa a dormir. Al despertar no recuerda la pesadilla. No se fomenta el crédito agrícola, no hay Cajas y Bancos que suministren dinero —a bajo precio— al agricultor. El aparcerero sigue mejorando las tierras que no son suyas. Las parcelas arrendadas siguen enriqueciendo a los intermediarios. Todavía existen acaparadores que subarriendan las mieses y jornaleros que ganan dos pesetas y unas hortalizas y un poco de aceite. Los partidos eminentemente agrarios no existen. Se sigue expulsando a los labradores de sus casas, de sus pueblos, de sus socarreñas, camino de la emigración. Los ancianos siguen mostrando a los mozos la promesa del camino real...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 19-III-1931.

314.—ESTAMPAS DE LA CIUDAD. EN EL QUICIO...

La Voz de Cantabria, 26-III-1931. (Vid. O. C., págs. 303-305).

A la sombra del árbol.

Un día se encontraron en el caminu. Ella golvió de la fuente con unos cántaros coloraos y la cara encarná del sofocu del sol. El venía del monte con un coloñu a cuestas. También tenía la cara encarná del sofocu del sol. Ella aposó los botijos a la sombra de un abedul y él aposó el coloñu en la misma sombra, al lau de los cántaros. Se limpió el sudor con un pañuelu blancu, que tenía unas rayas azules, y quitando el tapón de hierbas frescas de la boca de unu de los cántaros, bebió del agua recién salía de la peña. Después hablaron, arrecostaos en el troncu del abedul, que tenía la corteza como la plata, lo mismu que los otros abedules. Al despedirse, ella le ayudó a encaramar el coloñu en las espaldas, y él la dio las gracias con mucha zalamería. Al día siguiente también se encontraron en el mismu caminu y en la misma sombra. El muchachu golvió a aposar el coloñu al lau de los cántaros y golvió a beber del agua, que gloteó en la garganta lo mismu que una jarra que se llena. Parecía muy guapa la corteza del abedul entre la chambra blanca de la moza y la blusa azul del mozu...

El muchachu puso los cántaros en las manos de la muchacha y después cargó él solu el coloñu. Primero le puso sobre el troncu del abedul, después se hincó de rodillas y empujó el coloñu hacia el espinazu. Se puso en pie, miró a la moza, que trasponía la regüelta, y dio un suspiru. La muchacha, antes de trasponer la regüelta, arrecató los ojos hacia el mozu, dio otru suspiru y agachó la cabeza como avergonzá. Los cántaros temblaban en las sus manos... Así pasaron muchos días, y toas las tardes se encontraban en el caminu. El ya tenía la socarreña llena de coloños y ella vaciaba los botijos, aunque estuvieran llenos, para ir a llenarlos a la fuente. Las fuentes han hechu muchos casamientos. ¡Cuántos amores, cuántas palabras suaves, cuántos suspiros al son del cantar del agua!

Romances de boda.

Carmela y Fernando fueron novios. Ella era hacendosa y él no se ape-gaba muchu al trabaju. Así y to, la moza le quería desde el momentu en que el coloñu se aposó a la vera de los sus cántaros. Si no fuera por esas aposauras y por esas sombras de los caminos que van a la fuente y al monte, muchos amores se hubieran quedau dormíos toa la vida.

Pasó el inviernu y golvió a pasar otra vez. Ya había madurau el cariñu,

y los novios soñaban con el tintín de las monedas de oru en la bandeja de la parroquia, que es el ruidu más alegre que se oye en la vida. Lo mismu da que las monedas sean de oru, que sean de plata, que sean doblones, que sean peazos redondos de cobre con cardenillu. El tintín suena con la misma alegría...

Ella ahorra pa casarse. Él no ahorra pa casarse, y así se iba retrasando la boda. Carmela compraba pucheros; Carmela compraba tarreñas; Carmela compraba sartenes; Carmela compraba colchas de percal, sábanas de lienzo finu, sillas de paja, pañuelos blancos como la lana de los corderos y pañuelos azules como el cielu en el estíu. Al fin, un día el mozu empezó a ahorrar, aunque de mala gana. Cuando tuvo los cuartos precisos pa el casoriu y el arreglu de la casa, jue a pedir a la moza a los sus padres. Los mozos le acompañaron hasta la puerta de la casa de la muchacha cantando romances:

—Al pasear esta calle
y al revolver esta esquina,
se levantan los palacios
donde te espera la niña...
Esta calle enramada
con ramitas de laurel,
la enrameó el señor novio
las veces que la fue a ver...

Los cigarros.

Había un bancu de madera ennegrecía y cuatro o cinco tajuelas redondas de castañu. En el bancu se sentaron los padres de Carmela. Tovía se oían los cantares de los mozos. Carmela estaba como avergonzá. Fernando miraba a los tizones encendíos y después a la moza y después al gatu blancu y negru que rutaba contentu al lau de la lumbre. Del gatu golvía otra vez a la moza y de la moza a los tizones. La madre no quitaba los ojos de las colgauras de morcillas y de magras que se estaban ahumando y que iban a consumirse el día de la boda. Después de un ratu en que nadie habló ná, Fernando se encará con el padre de la moza:

—Si vos parece bien, allá por las fiestas de Nuestra Señora...

—Bien está pa las fiestas de Nuestra Señora...

Y después de un ratu en que tampocu habló nadie, dijo el padre a la hija:

—¿Tú tienes algún reparu que poner?

—Yo, ningunu, padre... Que sea por las fiestas de Nuestra Señora...

—Darévos —dijo el padre— el prau de la orilla del ríu, una novilla bien criá y la casa chica que arreglemos en el mes de abril... Y que Dios vos ben-

diga... Un lloru de la vieja, que se secaba los ojos con el picu del delantar. Unas lagrimonas del padre y otras de Carmela. Fernando golvió a mirar a la lumbré, al gatu, a la muchacha. Después cambió la cosa. Parlaron de los preparativos de la boda. El mozu hizo un cigarro y dio otru cigarru al suegru. El suegru cogió un tizón con las tenazas y encendió con el tizón el su cigarru. Fernando sacó una caja de cerillas, prendió una y encendió el pitillu, como dándose importancia. La vieja le miró de reju. Al pocu ratu de acabase los cigarros, el noviu hizo otru, gordu como una palanca, y cuando sacó la caja de las cerillas le dijo la suegra, malhumorá:

—¡Enciende con un tizón, hombre! Parece que te cuesta muchu el agachate a coger la tenaza. Es menester ahorrar. Hombre que no es ahorrau, ya lo diz el refrán: ni mies, ni tejau, ni pensamiento honrau...

Fernando se rió de las palabras de la vieja, miró a las tenazas y a los tizones como con despreciu, encendió la cerilla y dio lumbré al cigarru. Así jue pasando el ratu y el mozu hizo otru pitillu más gordu y golvió a encender con una cerilla. Refunfuñó la suegra, levantóse del bancu muy enojá, miró con rabia al mozu y dijole estas palabras:

—El que no mira por una cerilla no mira por la hacienda. El que no se agacha a coger un tizón, tampoco se agacha a segar un lombillu... No quiero yernos presumíos... Con ésto quiero decirte que no hay boda...

Y golvió a mirar a las colgaduras negras de las morcillas...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 4-IV-1931.

316.—ESTAMPAS DE LA CIUDAD. GUITARRAS SIN CLAVIJAS

Romance.

Ya comienza el romance. Cerramos los ojos y vivimos unos dulces momentos de adolescencia rememorada, en la plaza de un viejo pueblo montaños. No recordamos quién dijo que el volar de un pájaro, el crepitar de una hoguera, la caída de una hoja amarilla, el trote de un caballo, los manguitos azules de una monja, reviven recuerdos de infancia y aventuras de primera juventud. También las coplas de este romance que ha llegado a la ciudad en papelitos bermejos y verdes, con una estampa negra de San Antonio.

Cerramos los ojos a las personas, a los colores, al ambiente y devanamos sensaciones de otros días, regustos suaves de niñez, mieles y tueras de iniciación en una campa, en un portal, en las rodillas de un abuelo. Ha comenzado el romance:

—Tenía aquel labrador
tres carros y tres galeras,
y nueve pares de mulas
para trabajar la hacienda...

La boca de la mujer que le canta semeja un gran corte horizontal en una calabaza roteña. Su voz trasciende a cansancio de muchos años y de muchas leguas, a cuitas que se renuevan cotidianamente, a remusgos de alba fría que empañan la palabra, a reseo de larga caminata por páramo sin fuente ni brocal. Lo mismo cantarían un hombre después de haber andado horas y horas de estío, sin probar el agua...

Sin clavijas.

Esta guitarra del ciego parece que está ronca de relentes, y cansada de pedregosos caminos. Esta guitarra parece que tiene las cuerdas de fibra gorda de yedra, de alambre muy viejo, de serda dura de caballo. Esta guitarra tiene un rasgueo débil, arbitrario, bronco como de campanilla rota. A veces zumba como la piedra arrojada por una honda. La voz desapacible y áspera del hombre que la tañe, es la voz de la guitarra. Al hombre le faltan los dientes y a la guitarra las clavijas. Y sin embargo, este hombre mastica, como un muchacho, el pan recio de las puertas rurales, y esta guitarra toca, acompaña al romance, rumorea como el chirrío lejano de una carraca de Pascua, canta como un anciano lleno de aguardiente, pone en el rasgueo zumbido, un poco apagado de hilos de telégrafo. Pero canta, canta aunque sea con torpeza, como esas encías sin dientes arrancan pedacitos de meollo del pan recio y moreno de las cancelas rurales...

La pandereta.

Una pandereta casi negra, sin la alegría de las sonajas. Las cuencas redondas del aro están vacías. En ellas hubo unos platillos que se besaban y se estremecían al resbalar de los dedos ágiles en el parche optimista. Las sonajas se habrán ido cayendo en los caminos, en los establos de las ventas, en las plazas de los poblachones castellanos, en las campos de las romerías, como los dientes del ciego y las clavijas de la guitarra.

Bandeja de limosnas, quitasol de esta mujer desmedrada y cenceña en la tierra llena de grietas de calor, soniquero de sus hijos, novia revoltosa del romance, aro de los niños del ciego en la losa de los portales, plato de los mendrugos, acicate de baile, cantar de cuna. Todas estas cosas ha sido la pandereta casi negra, sin la jovialidad de las sonajas, sin la pintura amarilla, encarnada, verde del cerco, ni las cintas largas de percal. La pandereta, a medida que se hacía vieja, se fue desposeyendo de sus lazos para que tuvieran adornos los cabellos de la hijita pequeña del ciego...

Auditorio.

La gente se acerca a los juglares, a estos pobres juglares que suelen hacer posada debajo de los álamos. Transición breve de ocio en todas las actividades de esta calle de la ciudad. El barrendero deja su escoba de brezos contra una fachada y lía un cigarro. El pinche de la taberna sale a la puerta, limpiándose las manos con la tela azul del delantal. Los bebedores han llevado rápidamente el vaso a los labios y también han salido a la puerta. De vez en cuando entran, tornan a coger el vaso y vuelven a salir. Las repartidoras de las tahonas se detienen sin posar la caliente carga. Hombres con la cabeza dura, de risa simple. Hombres mazorrales, de expresión boba. Hombres que tienen color de cobre en la punta de la nariz, de tanto arrimarse a la botella. Hombres compasivos y curiosos. Burgueses sencillos que salen a tomar el sol. Una demandadera del próximo convento de las buenas monjitas, pasa ligera, envuelta en su toquilla negra a guisa de esclavina. Mozas del barrio que salen arremangadas a comprar las coplas. Viejas enlutadas de los pueblos, que han venido en sus borriquillos y compran estos papeles azules, verdes, blancos, encarnados, para deletrearlos en el camino...

Pinitos de avellano.

Las cuerdas están roncadas. Lanzan unos sonidos ásperos como de carraspeo, como de balido de borrega perniquebrada, como lata llena de piedras que arrastran los niños, como golpe de guijarro en una puerta de hierro.

Es un sonido que parece hecho de angeos, de estridores, de chillidos, de vozarrones, de crugido de llave en la cerradura, de trompeta de feriante. Hay pinitos de avellano, que no dan vuelta, en el lugar de las clavijas. El concepto que de la música tenía Napoleón, en estas cuerdas que retiemblan como hilos tersos de madeja que se devana en manos de las viejas.

Los dedos se apresuran, tañen con lentitud, rasgúan con pereza, vuelven a apresurarse impacientes y trémulos. La guitarra estimula a la pandere-

ta y la pandereta a la guitarra. Hay más brío, más jovialidad, más valentía y más donaire en el parche suavemente golpeado. Sus sonos enervan el ruido de las pobres cuerdas polvorientas. Se oye más a la pandereta zarandeada en la diestra de la mujer. El aro baila en el aire, se inclina, se yergue, salta, se contonea, respinga. La guitarra está quietecita, como asida al pecho del hombre, temerosa, vencida, recibiendo como alivio de su desmayo el aliento del ciego...

La mujer sigue cantando el romance:

—Tenía muchos criados
gañanes para labrar,
unos hijos muy amados,
mastines para ladrar...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 10-IV-1931.

317.—MITOS DEL MAR. LOS ESPUMEROS

Cantares de las niñas.

Nosotros estamos sentados en un banco de piedra, frente al mar en remanso. Las hijas pequeñas de los marineros han posado en otro banco los acericos, las bolsas, los retazos azules, rubios, blancos, bermejos de las calcetas escolares. Después se han hincado en la yerba de la campa, se han hecho una gentil reverencia, se han levantado presurosas, con mucho revuelo de falditas de percal, y han comenzado a cantar:

—Mañanita de San Juan
cayó un marinero al agua.
¿Cuánto me das, marinero,
porque te saque del agua?
Dóite todos mis navíos,
todo mi oro y mi plata,
y a mi mujer que te sirva
y a mis hijas por esclavas...

Martilleo de calafates en los talleres de madera pintada. Entre estos rumores del hierro, de las aguas, de las sirenas que se aproximan y se alejan, las voces cristalinas y joviales de las niñas.

Son muy hermosas las cosas reviejas de la tradición en labios de pocas navidades. Son muy dulces, muy suaves, muy mansos los cantares de los niños en los labios cárdenos de los viejos...

Las cuestas del mar.

Nosotros estamos sentados en un banco de piedra. Semejaremos un apacible burgués de la villa tomando el sol bueno del mes de abril. Las bolsitas, las calcetas, los forros de los libros, los papeles y los percales de costura de color de rosa, azulinos, oscuros, ponen matices de primavera en la piedra del escaño. Un jadeo fatigoso de setenta años entre una red extendida y colgada. La red que se seca es la alcatifa de los pescadores. Un jadeo de setenta años que estremece las barbas canas, que acaricia las mallas rubias, presas en los dedos hacendosos que parecen trocitos de sarmiento.

Ha llegado la hora de fumar la pipa. El viejo abandona la red como con pesadumbre y viene hacia el banco lentamente. Sus ojos acarician el juego de las niñas. Se aproxima a nosotros este jadeo, que parece rumor postrero de resaca en día de otoño.

Ya no semejaremos un burgués de la villa que toma el sol. Todo es según el ambiente, la luz, la sombra, el lugar, el marco, la compañía. Ahora, al lado de estas barbas y de esta pipa que ahuma todo el rostro moreno del pescador, pareceremos un piloto, un práctico del puerto, el propietario de unas lanchillas que gusta del consejo y de la plática de los viejos patrones de las traineras.

—“Tuve que dejar la mar... El asma es cosa mala para subir las cuestas de las olas... Porque las olas son las cuestas del mar... Las piedras y las cuestas... El mar es una carretera donde las pendientes se agrandan y se achican...”.

Ingenua sencillez de la metáfora marinera, con ribetes de inocencia casi primitiva. Este hombre compara a las olas con las piedras, a los remos con los brazos, a los bancos duros de la barca con la silla de las caballerías, a las ventiscas con las bofetadas, a las rocas con las desgracias.

Sería curioso un libro con los modismos clásicos, con el refranero, con los votos y reniegos, con las plegarias, con las coplas de estos pescadores de las villas montañosas.

Los Espumeros.

Este viejo nos habla de los Espumeros. Los Espumeros son hombres jugetones, con trazas de niños rollizos, que tienen una trompa marina hecha de un caracol grande vacío. Andan sobre las olas sin hundirse, como en tie-

rra llana, y siguen, brincando y saltando, la estela de los barcos, sin apartarse mucho de la costa.

Los Espumeros visten una especie de túnica del color de las algas y sus cabellos son azules. Cuando hay tormenta se asubian en las cavernas de la costa y se ponen a tocar la trompa, que mete más ruido que el estruendo del mar.

En la primavera pasean por los campos que no están lejos de la costa, y dice que hacen ramilletes de flores para dárselos a las sirenas, que son las que les regalan los caracoles para hacer las trompas.

Hay Espumeros rubios y Espumeros morenos. Los rubios son más guapos y tienen la virtud de entrar en las casas, sin ser vistos, para llevar los suspiros de las mozas enamoradas al amante fiel que navega por lejanas rutas.

Los morenos se convierten en fanales brillantísimos para indicar a los patrones desorientados el buen rumbo del puerto, apartando a la barca de todos los peligros.

Cuando hay sequía y los huertos de los buenos labradores de la ribera están secos, vuelan sobre ellos y los riegan con el agua que recogen en la trompa en los ríos, a poca distancia de la desembocadura...

El viejo sonríe. No hay burla, ni fe, ni excecpticismo, ni inocencia, ni malicia en su expresión. Sonrisa de un recuerdo bueno de hila, de conseja en ocio amable, de superstición inocente de tiempos de infancia. El no cree ni deja de creer en los Espumeros, aunque no los ha visto nunca...

A la Virgen Soberana...

Otra vez los dedos que parecen trocitos de sarmiento en el enredijo de las cuerdas rubias de las redes. Más tarde volverá el viejo al banco de piedra a fumar otra pipa. Llegan a la dársena unos muchachos con las redes a cuestas. Nosotros recordamos el verso de Alberti: Las calles de la marina hay que andarlas descalzos...

Las niñas siguen cantando con voces cristalinas y joviales:

—Yo no quiero tus navíos,
ni tu oro ni tu plata;
quiero que cuando te mueras
a mí me entregues el alma.

—El alma la entrego a Dios,
el cuerpo a la mar salada
y el corazón que me queda
a la Virgen Soberana...

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 11-IV-1931.

318.—NUESTRAS INFORMACIONES. UN CIEGO Y MANCO QUE HACE
COHETES, ES CANTERO, TOCA LA DULZAINA Y CONSTRUYE
UNA CASA

Entre la piedra.

Un tipo popular de Santoña: Germán Gómez ("Murcia"). Bajo los atalajes burdos del cantero, una voluntad recia y grande, como las moles que despedaza. Este hombre cenceño, es fuego y piedra. Entre las rocas grisáceas, a tientas en el sumo destajo, parece una peña más. Sus vestiduras tienen el color de la cantera: su cabellera roja se confunde con la arcilla húmeda que se ve entre las grietas. Es cosa peregrina contemplar a este hombre ciego en los filos y picos de las piedras desgarradas, en la boca de las cavernas, en los recovecos y piedras de la cantera, en las tierras removidas, en las vargas ásperas y casi bermejas que miran al mar. ¡Con qué optimismo y con qué brío mueve el hierro que quebranta la peña! ¡Cómo ahonda en la mole escarpada, cómo ensancha la grieta, cómo remueve los pedazos de roca que se van desgajando de la montaña! El ansia de vida en el golpeteo de la barra que va partiendo y desmenuzando las sienes berroqueñas del monte. El hombre que vence a la peña, no ve las simas que abre, ni los replanos leves de la cantera a modo de escalones, ni la cimera verde de los ramos de laurel que tienen la raíz debajo de la lastra. Para él son negras las rocas, las arcillas, los guijarros, las maromas, los hierros que horadan y quiebran, las mazas que hienden, los martillos que labran. A su alrededor trajinan los hijos oreados de viento de ribera, crujen las ruedas de los carretillos y cose y repasa la mujer, en cucilllas, en el umbral. El, dale que dale a la piedra, encaramado en la mole; erguido, jadeante; con los ojos cerrados. A veces silba sonos de dulzaina y cantares viejos de romería...

La tragedia.

La juventud en un taller de pirotecnia. Un día fulminó la pólvora y le abrasó los ojos. Primero un resplandor de centella y después como ascuas vivas en las cuencas, en la frente, en el cerebro. Dolor de vidrio agudo en las pupilas, de cauterio en las sienes, de llamas en el rostro; de hielos, clavos, lumbres y escalofríos en las venas. Entre el estallido de las bombas reales quedaron los ojos y la diestra...

El ciego sonríe al describirnos estos momentos dramáticos. Hay expresión amable y resignada en su rostro cenceño...

Cohetes y dulzainas.

Su voz es suave, lenta, apacible. Va devanando los recuerdos y los optimismos, de pie, en este ribazo de la varga, encima de los fuertes oscuros:

—“Después de la desgracia seguí haciendo cohetes con esta mano y este muñón. No me atrevía a pedir en las puertas. Yo hacía los cohetes y mi mujer los llevaba a Torrelavega, a Castro Urdiales y a otros pueblos. Pero el negocio daba poco de sí. Un día empecé a tocar la dulzaina y aumentaron algo los ingresos. Había domingos que empezaba a tocar a las tres de la tarde y volvía a casa, rendido, a la media noche. No había más remedio que seguir haciendo cohetes y cansarse tocando la dulzaina, porque las necesidades aumentaban a medida que los hijos crecían. Entonces vine a este peñasco y como Dios me dio a entender, empecé a sacar piedra para las obras y los caminos, con el muñón y la mano que me queda. No quiero recordarme de aquellas amarguras y de aquellas fatigas. Después me ayudaron los hijos y pude descansar un poco de vez en cuando...

La casa.

Una casa de ladrillo enjabelgado. Estas paredes las fue levantando el ciego, al atardecer, cuando dejaba la barra de la cantera. Unas horas en lo abrupto de la peña, y otras horas de alarife, de maestro de obra, de albañil, de peón. Todavía le quedaba tiempo para tocar la dulzaina. La casa se fue construyendo lentamente. El día en que se puso el ramo en la techumbre, Germán encendió la mecha de los últimos cohetes. La mujer plantó unos geranios y unos rosales a lo largo de la deleznable fachada, y los nueve hijos colgaron unas jaulas, con pájaros de los niales de San Martín, en las paredes acabadas de revocar.

Ambiciones.

El hombre torna a encaramarse en los peñascos. Parece que la pesadumbre de sus tinieblas, encuentra alivio en la aspereza de la cantería, en el ahondar perseverante del barreno, en el estruendo de la dinamita, en el acento agudo y largo de la cuerna. Sus ambiciones no pueden ser más parcas: sacar de la piedra el pan de los nueve hijos; salud para tañer la dulzaina en las romerías del estío; bríos para continuar arrancando la roca del monte...

Santoña 16 abril 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 18-IV-1931.

*Antes se acabarán
los robles y las encinas
que las casas cachupinas.*
(LEMA)

Retratos.

Las barbas de boca de hacha de Méndez Núñez, frente al semblante ancho y rollizo de Cristóbal Colón. Gravina —cara enérgica, cabellera de mujer de hogaño— parece reirse, atildado y pícaro, de los mechones negros y revueltos que caen sobre la frente ancha de Churruca.

Este departamento de ventas de la casa de los pescadores de Laredo, tiene señorío prócer y recato de museo. Los sillones semejan escaños de conchejo de hidalgos; el dosel azul con arabesco blanco, tapiz de sala de infanzones de las cuatro villas; los remos, lanzas, los letreros, leyendas de privilegio; los mapas —pálidos de años y penumbras—. cartas náuticas, trazos y rumbos de Juan de la Cosa...

Aristocracia espiritual.

Nos habla un hombre robusto que tiene en la voz energías y delicadezas de Capuchín, en el sentido más aristocrático y noble de la palabra. Porque la nobleza de los Cachupines está ahora en el espíritu de los hidalgos cenceños que van y vienen por el portal clásico de la casa consistorial; en los viejecitos que gustan del rosario de las ánimas y guardan en sus armarios oscuros, reliquias de casacas y de chambergos; en los mentones duros de los pescadores; en las caras descoloridas de las mujeres recogiditas y caducas que atraviesan las calles silenciosas pasito a paso y se persignan ante la hornacina de la dulce Virgen de la Blanca...

Setecientos años...

Este hombre nos habla de cosas de la mar y de las carenas y de las tempestades con la misma vehemencia conque un hacendado de tierra adentro nos hablaría de sus mieses, de sus viñas, de sus rebaños, de sus tenadas. Al fin y al cabo, las mieses, los surcos y las sementeras de Laredo, están millas allá de estos cantiles que semejan castillos labrados en la roca...

Vejez siete veces centenaria del muy noble Cabildo de mareantes de esta villa insigne. Pergaminos ásperos acreditan esa ancianidad, que es uno de los patrimonios morales más próceres y peregrinos de Laredo. Setecientos años de comunidad, de compenetración sencilla y honda, de ayuda mutua en los tambaleos y desmayos de la vida. Siete siglos de confraternidad, de optimismo, de inquietud colectiva al socaire del suave alcor del Rastrillar, coronado de matiz pardo de muralla. Un día fue quebrantado el Cabildo. Las letras crueles, firmes, barrocas de un pergamino real, rompieron las ordenanzas y los privilegios y hasta ciertas costumbres de estos pescadores. Días tristes de la dársena al Concejo, del Concejo a los viñales¹, de los viñales a las barcas, de las barcas a las nieblas de la costa. La casi milenaria Sociedad de mareantes, que nombraba los cargos públicos de la villa con las casas solariegas, con los hijosdalgos, con las alcurnias viejas de los palacios, se derrumbó entre escombros y cenizas de prerrogativas, de leyes tradicionales, de fueros y estímulos ilustres...

Renacimiento.

Mañana turbia de 1867. La campana de la ermita de Santa Catalina, tañe cristalina y rápida. Zamarrones castizos del 50, blusas azules, barbas sentonatas, gallardía joven de pejines robustos, por todas las calles de la villa. Las hidalgas se han asomado a los ventanos, sobresaltadas, y han hecho la señal de la cruz, al toque apresurado del majuelo. Los capellanes han cerrado su breviario y han descendido la escalera de castaño, con mucho revuelo de esclavina. Siguen pasando las barbas, las cabezas mal rapadas, las "botas de aguas" que retruenan en las losas y en las piedras como trotes de caballos. La trascendencia de estas campanadas sorprende todos los ánimos y deja en suspenso todas las actividades. Los chicos de las barcas dejan el balde, el escribano abandona su pluma, el artesano pone en ocio a su herramienta. Se abre, de par en par, la puerta de la ermita y las manos de los pescadores revolotean en el rostro, persignándose. El más viejo se hinca en el presbiterio de piedra y dice una jaculatoria a manera de invocación divina. Los otros repiten las preces, con voces de órgano, de ventolina, de caracolas de mar, de piedrecitas que remueve la resaca. En el templo, el lánguido deje de la frase pejina, deja como un rumor de coro cartujo. Un hombre saca unos pliegos de renglones finos y enérgicos que conservan polvillo de salvadera. En esas líneas se encierran las ansias de los remeros, de los patrones, de los proeles, que asienten alborozados entre el chisporroteo de los pabilos y la

¹ Secaderos de redes.

candela perpetua de la lámpara. Se avienen —espontáneas y rotundas— las voluntades de los marineros; se cruzan joviales las miradas; se estrechan las manos; se escarmentan las barbas con regocijo de buena ventura. Santa Catalina parece la reina de estos hombres, en el trono diminuto del camerín. Poco a poco se van apagando las diminutas luminarias del retablo. Vuelven a revolotear en el rostro las manos rollizas y secas. Otra vez las voces de órgano, de ventolinas, de caracolas de mar, confundidas en jaculatoria de acción de gracias. Repica más alegre el viejuelo, y los capellanes tornan a sus breviaros y las hidalgas vuelven a asomarse a los ventanos. Estaba constituido de nuevo el Cabildo de mareantes. El retronar de las “botas de aguas”, en las calles estrechas de la villa, es más fuerte...

Desenvolvimiento.

Días prósperos desde aquel tañer de la campana. El nuevo reglamento, es una síntesis admirable de propósitos que se van logrando. Hoy cuenta la Sociedad de San Martín con 850 socios que tienen el derecho a cien pesetas de pan anualmente, a dietas por accidente del trabajo, al retiro obrero al cumplir los sesenta años. Como complemento de estas mejoras, repartos —diez o doce al año— en los que se emplean más de veinticinco mil duros; donativos de una peseta diaria, durante un año, a las viudas y a los huérfanos, y un real diario a los mozos que marchan al servicio, durante el tiempo que permanezcan en filas, más diez pesetas para ayuda del viaje. El Gremio ha hecho unas casas baratas para pescadores, con trazas modernas, amplias y soleadas, en uno de los lugares más pintorescos de la villa...

Los ingresos ascendieron durante el pasado año a 159.029,85 pesetas, y los gastos a 243.058,85, equilibrándose el déficit con las utilidades de las cooperativas de pan, vino y raba, establecidas por el Gremio. El resultado de la pesca en 1930 ha sido harto fructífero, observándose un alarmante descenso en la merluza, anomalía que se achaca a las redes de arrastre, en contra de la opinión de los técnicos. Durante el año indicado, al lado de las importantísimas cantidades de sardina, bonito, anchoa, bogas, verdel, besugo, congrio, etc., sólo entraron en esta Almotacenía cinco kilos de merluza. En el año anterior a la implantación de las redes de arrastre, las cantidades del mencionado pez que se vendieron en el citado centro, alcanzaron proporciones considerabilísimas...

Seis mil reales de vellón.

Un venerable privilegio de los pescadores cachupines. Un privilegio de muchos años que hemos leído al desatar unos cordones de archivo. Este pri-

vilegio que ya no tiene más vida que la que le dan unos cartones, unas letras pálidas y una envoltura de legajo, dispone, que los marineros de Laredo, no podrán ser embargados por una deuda inferior a seis mil reales de vellón...

Laredo, 21 abril 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 23-IV-1931.

320.—NUESTRO REPORTAJE DEL DÍA. LA TIRAÑA

EL PUERTO, LOS ÁRBOLES Y LA FUENTE DE LA CORDERA.

Su antiguo auxiliar y amigo, el que traía naves y viajeros, mercancías y caudales, el mar, le desdeña y le abandona y se convierte en su enemigo...

(AMÓS DE ESCALANTE)

La boina puesta

De la Casa-Venta, hemos ido a los muros del puerto.

Los pescadores, en ringlera mansa, silenciosa, encorvada, con las redes de color de helecho mustio cayéndoles por las espaldas, parecen frailes rollizos que discurren lentamente en la orilla del mar. Matiz oscuro y proceloso de las aguas. Las cumbres tienen la boina puesta. Una boina de bruma, como engarmada a los peñascos, a los muñones de las encinas, a la cabellera abundante y verde de las brañas.

Sed en el invierno y frío en el verano.

Los barcos tumbados en la arena, entre el cerco pardo, claro, ceniciento de estos muelles de piedra. Los barcos agrupaditos, recogidos, adormecidos al socaire del malecón anchuroso. Parecen rebaño de ovejas negras y blancas, de corderos, de cabras rubias en un redil de peña viva, azotado por el viento. Cerca, muy cerca el manantial, y estas quillas se mueren de sed...

Las cosas también tienen sus tragedias, como los hombres. Tragedias de filos que cercenan, de lumbres que abrasan, de martillo que golpea, de ráfaga que derrumba, de aguas que encentan y arrastran. La tragedia de estos bar-

cos es la sed; la sed en el invierno, cuando hasta los hoyitos de las lastras y los surcos de los castros y las grietas de solazos están humedecidos. A lo mejor, un día se estremecen de frío en el mes de agosto. Sed en el invierno y frío en el estío. El frío espantoso de la galerna, de los empujones tremendos del huracán, de la mortaja de agua y de arena, de los hisopazos violentos que tienen el acetre en las nubes.

Frío infinito de presentir cerca el calor del hogar; el calor de unos rostros llenos de lágrimas que se afligen en la ribera; el calor de unos brazos que se alzan al cielo y se retuercen; el calor de unos dedos casi rígidos que se enclavijan, que quisieran hacerse largos, largos para llegar a la barca...

Los guiños de una boya.

El puerto de Laredo en estas horas del bajamar, presenta un panorama dramático. Los colores de estas traineras, semejan colores de vergüenza renovada minuto a minuto; de cólera, de ira, de mansedumbre, de resignación, de rebeldía en agraz. Entre los puntales, zumba el agua y llora, ríe, se queja, canta y se inquieta la resaca. Afuera el balanceo suave de una boya—que sitúa el punto hasta donde se ampliará el puerto— es como un guiño insistente y apremiante a los muros, para que se aproximen a ella.

La despensa y la tahona de la villa.

El fondo enjuto del puerto se ha cubierto de granizo. Y ahora, estas naves con las quillas medio sepultadas en la arena, nos dan extrañas sensaciones de refugio helado en las costas del septentrión. Se rebela y tiembla el ánimo ante esta perspectiva con relieve de desastre. Años y años de zozobra atormentada, de transiciones estériles en las pobres actividades de los pescadores, condenados a ocios que se reflejan en sus alacenas, en sus cobertores, en sus petacas, en sus hornillos. Retroceden las aguas, y avanzan, crespos y duros como cimera de cantil, los fracasos íntimos de estos hombres de estas colectividades nobles de los mareantes, que son la despensa, la hostería y la tahona de la villa...

Síntesis descarnada.

A nuestro alrededor, voces ásperas, enérgicas que hablan de los Gobiernos, de los Parlamentos; del viejo armadijo de las perezas y los embelecos burocráticos; de los portazos de los ministerios y de las oficinas técnicas. Otras voces dicen frases rotundas y querellas recias de marinero, que son

como una síntesis descarnada de las penas y los calvarios de muchos años...

Va saliendo la amargura, precipitada, incoherente y rápida, revuelta con recuerdos lejanos, con expresiones abatidas de caducidad temblorosa, con acentos fuertes de juventud que no quiere resignarse a continuar contemplando las naves tumbadas en las arenas del puerto.

La influencia de una palabra.

En medio de este confundirse de los lamentos y de este baladro agudo de energía, la sensación optimista de una ventura que ya asoma por el camino. Los ojos de todos los espíritus se posan, con alivio de esperanza, en esa gracia que se acerca con relumbres de oro para apagar la sed de las quillas.

Ahora las voces son más suaves, más calientes, más amables. Todos los rostros se llenan de jovialidad. Las embarcaciones siguen inmóviles en sus lechos rubios, con manta blanca tejida por el granizo.

Una palabra prosaica, de cemento, de madera, de hierro, de piedra, de grúas, de camiones. Influencia formidable de esta palabra, tan material y vulgar, en el espíritu de los hombres agobiados de contrariedades añejas. La palabra subasta, suena aquí como un son dulce de arpa o de ruiseñor. Pronto vendrán esos hierros y esas piedras para que lleguen los muros al suave balanceo de la boya. Las quillas resecaas tendrán agua. Una tiraña¹ buena y pródiga de recompensa y de justicia, se acercará a esta villa ilustre con esas obras de ampliación y dragado ya subastadas y que constituyen el ansia más profunda de los laredanos.

Fronas a la orilla del mar.

Proyecto de repoblación desde el río Mantilla hasta el Puntal. Esta iniciativa, ya madura, tiene el acicate y el amor de todos los habitantes de la villa. No tardará mucho en realizarse este interesante proyecto. Filas largas de plantaciones cerca del mar; umbrías a la vera de las arenas, paseo apacible de estío que será una hermosa y cabal prolongación de las incomparables alamedas de Laredo.

La fuente de La Cordera.

Cuatro cabecitas de cordera en las cuatro esquinas de la fuente. Unas cabecitas de bronce, arbitrarias, borrosas y diminutas, que son a manera de

¹ Marea que avanza más allá de lo acostumbrado.

símbolo de viejas inocencias de las mozas de los cántaros, que venían aquí a platicar. Donde rumorean estas aguas, cristalinas y delgadas, se irguió la torre de una casta de Cachupines. Se cayó la torre, y el solar pulcro de limoneros y laureles, saetines, barbacanas, palomares y puertas ferradas, fue un revoltijo de yedras, de ramas, de troncos, de piedras y cales desmenuzadas.

Después sería campa, mercado o paseo áspero de pescadores. Aquí se detendrían las diligencias, se refrescarían los tiros descansarían los farsantes andariegos, los titiriteros, los soldados, los mendigos. Ahora es una plaza moderna, extensa y alegre donde vienen las pejinás a llenar sus calderos...

Una leyenda.

Un viejo que se aterece envuelto en una zamarra nos jura y perjura que el general Margallo, vaticinó la guerra europea. Después nos habla de la carlistada; de la civilización, que a su juicio nada más que es una inmensa máquina que fabrica el hambre, la gula y la escasez de trabajo.

Por último nos esboza una leyenda del apóstol pescador:

—“San Pedro dicen que estuvo en Laredo antes de seguir los pasos de Cristo. Y enseñó a pescar el besugo a estos marineros. Por eso son tan buenos pescadores. Dos manchas que tienen los besugos cerca de la cabeza una a cada lado del lomo, son las marcas que dejaron las yemas del índice y del pulgar del apóstol...”.

El viejo sonríe, incrédulo y pícaro y le tiemblan las barbas taheñas.

—“También dicen que San Pedro se marchó a Tierra Santa un día del mes de mayo y que se llevó con él a un pescador de Laredo, que fue el primer pescador de aquellos mares...”.

Laredo, abril 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 25-IV-1931.

321.—NUESTRO REPORTAJE DEL DÍA. PROYECTOS E INQUIETUDES DE UNA VILLA MONTAÑESA

LA OBRA DE UN INDIANO. — LA PLAYA, LA ESCUELA, EL MONTE Y LA LUZ. — ROMANCE DE HISTORIA Y ARQUITECTURA. — LAS SARDINAS DE UN EMPERADOR.

El indiano.

El indiano, elemento esencial de la Montaña. La leve trascendencia de la literatura que se ha hecho de las bienandanzas y de las tragedias de los emi-

grantes está llena de sensaciones líricas, de hipérboles avaras, de mozas que esperan y esperan un retorno de arracadas, corales y monedas de oro. El prestigio social de estos hombres, sus sementeras en los surcos nativos, sus legados y sus devociones educativas, no constituyen la entraña de esa prosa falsamente espiritual, en mala hora trazada.

Excepción flaca de egoísmos y de esterilidad misericordiosa, a la vera de estas grandes obras de los pueblos, de las ciudades y de las villas, que encierran bancos escolares, camas de asilo, menesteres de pilotaje, de teneduría de libros.

Sería desagravio, exaltación y recompensa, el comentario y el análisis de la trascendencia eminentemente social del indiano en el desenvolvimiento de las actividades rurales de la provincia desde hace trescientos años.

Escuelas, caminos, fábricas, casas consistoriales, becas de estudios, subvenciones, puentes, traídas de aguas, flotas pesqueras, que han venido de América en los bolsillos de estos hombres generosos.

También granjas y procedimientos modernos de labrantío y encauzamiento de canales y fábricas de electricidad y repoblación de los montes...

Una literatura sincera, fuerte, vehemente que iniciara y extendiera por todos los caminos montañoses la justicia de ese homenaje, constituiría el hermoso y enérgico preámbulo de una reivindicación que ya tarda mucho en llegar...

Un colegio.

Este Colegio de Velasco, de Laredo, que se alza entre jardines y brisas del mar, fue construido por un indiano.

Arquitectura elegante, aulas soleadas y amplias, prodigalidad extraordinaria de todos los elementos de construcción. Más que colegio, semeja palacio de estío de una familia enriquecida. Cerca de las alamedas y de playa, es uno de los edificios modernos más sólidos y magníficos de la villa.

Don Federico Velasco se gastó treinta y dos mil duros en las obras. El día en que comenzaron las clases, Laredo vislumbró optimista nuevos y claros horizontes para su juventud. Después lo avieso de las circunstancias, el cambio de los tiempos y de los hombres y el desvío de las rutas iniciales, fueron limitando esas ansias que hoy vuelven a renacer con brío y fortaleza colectiva.

Hay un proyecto que tiende a intensificar las disciplinas escolares en estas aulas anchurosas. Es a manera de un complemento instructivo con enseñanzas de Magisterio, de Náutica, de Bachillerato, de Idiomas y de Con-

tabilidad, de carreras cortas. Un pequeño instituto, que sería lo suficiente para que la villa desarrollara sus laudables deseos educativos y culturales, en concordancia con el apremio del siglo y las buenas ambiciones de una adolescencia pobre que sale de la escuela y no tiene a donde ir, como no sea a los banquillos de las traineras o a los cuadros morenos de los huertos.

El señor Velasco dejó una cantidad intransferible de cien mil pesetas para el sostenimiento del Colegio, a las que añadió su hermano don Francisco veinte mil duros, dote suficiente para el desarrollo de los estudios...

Mucho entusiasmo y mucha fe para que el proyecto de ahora, llegue a un sumo de perfección en que se reconcentren los profundos anhelos de una juventud que quiere remontar el vuelo, no resignándose a la rutina de los banquillos pescadores, ni a lo anodino y descalabrado de la mies...

Alfanje de oro.

Una playa de cinco kilómetros de longitud. Una playa rubia que parece un gran alfanje de oro.

Manchones de vegetación cerca de la arena, umbrías apacibles, caminos de sierra suave. En un momento del rumor de las aguas al remanso de los alcores y de las praderas.

Aquí está el porvenir de Laredo. Aquí está la iniciación de una ruta nueva por donde marchen prósperos los destinos de la villa.

Esta playa esconde entre sus arenas el renacimiento de un pueblo de historia ilustre, al que poco a poco se le ha ido desposeyendo de sus prerrogativas materiales. Lo que antes fue emporio de naves, de mercancías universales, de lonjas, intercambios y escuadras de guerra, vive del recuerdo de su gloria y de su esplendor engarzado en las limitadas expansiones de hogaño.

La construcción de un balneario.

Un balneario en la playa.

Esta iniciativa corre, ondula, se alarga por todas las calles. Es un ansia que crece en todas las almas, en todos los propósitos, en todas las ambiciones. La idea de construcción de un balneario-hotel en la incomparable playa donde jugaron Ezequiel Iturralde —el bohemio indiano— y Luis Santa Marina el ilustre comentador de las “Estampas de Zurbarán”, será un hecho. En la primera asamblea que celebre el Ayuntamiento se propondrá la tramitación de un empréstito de ochenta y cinco mil pesetas para fundamentar en algo real y práctico el interesantísimo proyecto.

En el desarrollo de la idea colaborarán todos los prestigios industriales, culturales y económicos de la villa, que ven en el fomento del veraneo un rápido y alborozado incorporarse de las cosas que están en ocio forzoso desde hace mucho tiempo.

Entre el monte y el agua.

Ya tiene hotelitos y “chalets” de fina y bella construcción la playa exornada de orillas verdes.

Hay otro proyecto que aumentará considerablemente el número de estas casas de porte señorial, que reciben en sus cristalerías y en sus rosales el aliento del mar. El complemento cabal del Bañeario serán los nuevos hoteles, entre las alamedas y la ribera.

Otra villa, con trazas de ciudad, podría alzarse a lo largo de esta orilla apacible, que es una transición de quietud profunda entre los montes zarcos y las aguas que surcaron los barcos de los emperadores.

Camino de franciscanas.

Una calle suavemente pindia de Laredo.

Una calle de turista, de poeta, de amador de ambientes y de piedras viejas. Al fondo una casa solariega de familia Cachupina. Entre estas paredes oscuras, se reciben sensaciones de Toledo, de Avila, de Santillana del Mar.

La historia y la arquitectura, cantan aquí su romance de espíritu, de sombras, de forjas y de arcos y de columnas.

Influencias buenas de estos hastiales, de estos balcones, de estas encrucijadas silenciosas, en el recato de la vida interior. Por esta calle se va a un convento de monjitas franciscanas...

Escuelas.

Las manos bondadosas del alcalde, ponen en las nuestras unos papeles azules de alarife. Líneas blancas y finas en el papel del arquitecto. Estas líneas, serán paredes recias que se levantarán en uno de los lugares más pintorescos y mejor orientados de la población.

El nuevo grupo escolar, presupuestado en 350.000 pesetas, aumentará en breve los elementos educativos de Laredo.

Constará de ocho grados —cuatro para cada uno de los sexos—, y el Ayuntamiento concederá siete mil duros para mobiliario.

El nuevo grupo escolar será dotado de material valioso de enseñanza y de amplios jardines y campos de recreo.

Luz y ensanche.

También es proyecto del nuevo Municipio laredano acometer la reforma y mejora del alumbrado.

Ya se han cambiado impresiones y no tardará en emprenderse tan necesaria reforma a la que dedicarán las autoridades la mayor actividad.

En el extenso programa de reformas, ampliaciones y urbanización, figura también el ensanche de la villa que llegará hasta el río Mantilla.

Para estas obras se aprobará un presupuesto de 20.000 pesetas que serán aumentadas en años sucesivos hasta ultimar el importante plan.

Las sardinas del emperador.

—“Cuando desembarcó aquí Carlos V los pescadores le ofrecieron unas cuantas docenas de sardinas bien asadas en hojas de parra de las viñas que daban el chacolí.

El emperador comió las sardinas y le gustaron mucho. Después llamó a los pescadores, les dio las gracias por la atención y les preguntó que cuánto valían las sardinas tan bien asadas.

Los pescadores contestaron al Rey que las sardinas no valían nada.

Carlos V se quedó un rato mirando muy serio a los marineros, y andando unos pasos hacia donde ellos estaban acobardados y con el sudeste en la mano, les dijo muy enfadado:

—¿Y ésto que no vale nada es lo que regaláis a un emperador?”.

Laredo, 27 abril 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 28-IV-1931.

322.—NUESTRO REPORTAJE DEL DÍA. LA CAMPANILLA TRADICIONAL QUE ANUNCIA LA ABUNDANCIA

ÁRBOLES Y ROSALEDas EN EL RASTRILLAR — EL MEJORAMIENTO SOCIAL Y EDUCATIVO DEL PESCADOR — EL DESPERTAR EN LOS LECHOS EMPEDRADOS.

La estampa de un hidalgo.

Quitad a este hombre los atalajes de pescador. Quitadle el dogal o la gorguera del elástico negro, la boina desteñida, los repasos y recosidos de la chaqueta, la escata del áspero lienzo, la botonadura plebeya...

Ponedle un chaleco de viras azules y claras sobre el almidón nítido de la pechera; una chalina ampulosa de luto; una levita de buen paño; unos pantalones estrechos de color bermejo oscuro; un chambergo de castor; una capa; unos zapatos de Novales; un bastón de haya pulida en la diestra.

Sentadle, después, en un banco de respaldo tallado, bajo vigas de portal anchuroso, a la vera de un galgo o de una hornacina de alambrada mohosa... Haced todas estas mudanzas con este hombre y tendréis la estampa viva, enérgica, real, algo adusta de un hidalgo de hace ciento, doscientos años.

Hacedle hablar en una sala de palacio o de casona, hacedle pasear en el pórtico de la parroquia en la compañía de un clérigo que tenga esclavina; sentadle en un escaño de piedra... La frase saldrá lenta, pulcra, rotunda; el paso será señoril y firme, como meditado; la compostura discreta, el continente austero y modesto.

La campanilla de tío Fermín.

Ese hombre —con cara y trazas de hidalgo— que ase el astil duro y reluciente de la campanilla, como rabera de maza agresiva; ese hombre que parece que quiere arrojar, iracundo, la campanilla, como una piedra; ese hombre serio, erguido, grave, cenceño, es el pregonero de la Casa-venta de los pescadores.

La campanilla, en la diestra rolliza y ágil, de tío Fermín, parece un martillo de carpintero de ribera.

Golpes rotundos, secos, sin repique cristalino del majuelo (1) en el reborde pulido y gastado. Vibración de hierro golpeado por el hierro, de almi-rez centenaria, de yunque de fragua rural, de campano de mula arriera...

Un pedacito de mies.

Baja y sube la campanilla de las sienes a los hinojos, de los hinojos a las sienes, a lo largo de las arrugas de la chaqueta, que son como una prolongación de los surquitos, de las rayas, de las protuberancias del rostro curtido del pregonero.

La cara del tío Fermín semeja un pedacito de mies en el invierno. Tez de tierra con yerba de barbas poco rapadas, con linderos resaltados de carne gordezuela; con arroyos de arrugas; con ribazos cárdenos que parecen querer encaramarse al alcor valiente de la nariz.

(1) Badajo.

Alegrías de abundancia.

Siguen las notas rápidas, violentas y fuertes de la campanilla marinera. Después, la voz recia del viejo que pregon la clase y la cantidad de pesca que acaba de entrar en la Almotacenía. Más golpes del majuelo y más voces del anciano...

Sardinas y bocartes de la "Maritina", del "Carrasquín", del "Carmelo", del "Peñas Arriba", de "María Manuela". Bocartes y sardinas del mar de Candina, del mar de Berria, del mar de Pescador...

Silencio amargo cuando la campanilla de tío Fermín está en ocio y se pasa los días y los días sin tocar. Pero luego amaina el mar, se encienden los hornos, murmuran los motores, se visten de plata que rebulle las tablas de los paneles y los listones retorcidos de los carpanchos... Entonces vuelve a tañer la campanilla con alegrías de abundancia: sardinas y bocartes del "Petruca", del "Virgen del Mar", del "Sotileza", del "Cenaida", de las aguas quietas del Candina...

Ijujú de bronce y de hierro.

Tío Fermín sacude el bronce a la puerta de los bares y de las tabernas, en el umbral de las fábricas, en los esquinzos, en el centro de las clásicas plazuelas, bajo los árboles de los paseos.

Se animan las calles y los atajos pedregosos, abiertos por zuecos y pies desnudos; las ruas que van al Almotacén, las avenidas modernas, las orillas del mar. El pregón continúa resaltando, pausado, lento y claro como trova de pastor...

Rebullicio jovial y diligente de vestiduras, de cestos, de abarcas, de ejes, de caballerías, de yuntas, de carretillos que se acercan al zaguán de la venta. Entre este moscardoneo apresurado, el ijujú postrero de la campanilla. Un ijujú de bronce y de hierro, que "escarabatea" trémulo en el aire, lleno de ruidos fecundos; que aplaca la inquietud, que se dilata en el ambiente como vibraciones de un inmenso cascabel apuñado en una mano infinita...

Letanía de los números.

Ya está tío Fermín de regreso en la sala de ventas de la Almotacenía. La campanilla descansa en la mesa. El anciano se ha sentado en un alto sitio, bajo un retrato de Cristóbal Colón. Ahora parece el presidente de un Concejo, el regidor de una villa, el gobernador redivivo del Bastón de Laredo. Va pregonando la cantidad y el precio de la pesca ante la asamblea de compradores, y la voz tiene monotonía simpática y fervorosa de "Ora pronobis".

Los números convertidos en reminiscencia de jaculatoria venerable. Es un ritmo folk-lórico, plañidero, prolongado en la última cifra con deje suave que llega a nosotros como un silbo débil que se extingue.

—“¡Cuarenta arrobas de sardina a veinte pesetas!”.

Los ojos vivaces de tío Fermín, contemplan las ringleras de compradores silenciosos, sentados en los escaños. Nadie contesta a su reclamo. Entonces inicia la letanía de los números, disminuyendo el precio de la pesca:

—“Diecinueve noventa; diecinueve ochenta; diecinueve setenta; diecinueve cincuenta”... Hasta que un comprador aprieta el botoncito de su sillón y cae la bola al alcance de la mano rolliza del campanillero.

Un parque en una cumbre.

Cumbre suave y verdel del Rastrillar. Tiene hastiales pardos de fuertes centenarios y manchitas blancas de corderos, que se mueven entre las manzanillas y los arbustos.

En este collado que domina la campiña y el mar se trazará un parque extenso, se plantarán árboles y rosaledas, se harán caminos, arriates y umbrías. Huertos, bosques, mieses y costas que se pierden en la bruma. Pica-chos erizados de nieve, cercos de montañas, de colinas, de repechos, de praderas.

Abajo la techumbre roja de Laredo, el rubio intenso de la playa, el manchón de las grandes alamedas, la pincelada de los caminos; los ojos adustos de los campanarios, de los palomares, de las troneras. Diversidad asombrosa de matices y de transiciones violentas y suaves que pasman al ánimo desde esta cotería del Rastrillar.

El proyecto de parque en esta altura maravillosa, tiene calor de entusiasmo e impulso de energías. Hace tiempo que la iniciativa es como un anhelo perseverante de estas nobles gentes, que ven en la cumbre de las antiguas fortalezas, el complemento de sus playas, de sus alamedas y de sus paseos.

Ahora resurge el proyecto con más brío y con más consistencia. El propósito está en la conciencia popular y en el alma de las clases directoras de la villa.

Resueltos otros problemas más apremiantes, comenzará una campaña activísima de exorno y de aprovechamiento de todo lo pintoresco y de los elementos naturales de belleza, que hacen opulento a este pueblo de tan honda raigambre histórica.

La mesa de España.

El establecimiento de una Escuela de Pesca, es una necesidad para Laredo. Es otro deseo que bulle y crece en el ánimo popular. La Diputación provincial acordó subvencionar a este centro de enseñanza especial, donde los pescadores jóvenes encontrarían el complemento instructivo y científico de sus prácticas cotidianas. La creación de este establecimiento ha sido acogida con extraordinario cariño. Pronto se intensificarán los trabajos preliminares para que la iniciativa prospere y se afirme económicamente.

De nuestras entrevistas con las autoridades, con los pescadores, con las personas significadas de Laredo, hemos sacado impresiones optimistas respecto al establecimiento del nuevo centro de enseñanza.

El funcionamiento de estas aulas, significa un preámbulo amable y humano del mejoramiento social del pescador. No se ha educado al labriego, ni se ha educado a las clases pescadoras, ni se ha educado al emigrante.

Estos tres manantiales han sido abundantes, sólo por el propio impulso de sus aguas. Ni se han ensanchado los cauces, ni se ha corregido la aspereza de las riberas, ni se ha puesto un poco de sosiego en esas corrientes. A veces han bramado a fuerza de esquilmadas y preteridas. El labrador, con lo excesivo de sus tributos; el pescador, con su desamparo; el emigrante, con sus tragedias. Sobre este revoltijo de embargos, de apremios, de sequías, de lumbres, de alcabalas, de angustias, de naufragios, de amarguras, se han puesto la mesa y los manteles de España...

Tapetes de losa

Una calle larga y estrecha con macetas y capotes de marinero en los barandales de los corredores. Calle de un pueblo castellano con tabernas que tienen trazas de venta, con portales oscuros, donde las mujeres platican y juegan a las cartas, en cuclillas. De la entraña sombría de estos zaguanes, sale la cadencia de la frase pejina, limpia, triste, zalamera. Tapete de losa ennegrecida, tajuelos de escalón o de polvo, mostrador de escalera pindia.

A lo largo de estas calles silenciosas resuenan, antes del amanecer, las voces, los silbos, las suelas de madera de los pescadores, que van con el cesto debajo del brazo. En estos lechos empedrados, despierta la villa con rumor sordo y cristalino de pisadas, de risas, de candelas de cigarros, de toses y carraspeos. Ruido de ejército que se pone en marcha, de portazos y chasquidos de conversaciones y disputas que se extravían al fin de una callejuela. Después otra vez el silencio y la quietud hasta que nace el alba...

Laredo 29 abril 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 30-IV-1931.

323.—NUESTRO REPORTAJE DEL DÍA. NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ HA ENTRADO EN POTES

LA VIRGEN Y LA PASTORA — CAMINOS DE NIEVE — PASTORES Y LABRIEGOS —
LAS CAMPANILLAS DE LA SANTUCA — LLUVIA Y VIENTO.

Una cruz en la frente.

Todavía no raya el alba, Señor. Tarda mucho en venir la claridad y el repique de las campanas. Nosotros estamos casi ateridos junto a las piedras de esta iglesia de Aniezo. El espolique parla, parla sin parar. Su voz se dilata en las sombras del pórtico con temblores de estremecimiento:

—“Una pastora de esti pueblu, guardaba un día las ovejas. Una tarde a la hora de apacentar, el rebañu se esparció por lo más intrincau del monte y la probe pastora no podía reunile pa bajar al pueblu. Entonces empezó a llorar y a llamar a las ovejas, pero las ovejas no hacían casu de las sus voces. Ya empezaba a anochecer. La pastora estaba desesperá. Sentía entre la niebla los campanos del rebañu, pero no veía a las ovejas. Por fin empezó a rezar y sintió un ruidu muy suave. Miró a las hayas y vio a la misma Virgen con el Niño Jesús en los brazos. La Virgen se acercó a la pastora y la dijo que bajara a Aniezo y dijera al señor cura lo que había vistu, y que cavando allí mismu encontrarían una imagen de la Madre de Dios para ser venerá en una ermita que allí se hiciera. Bajó la pastora a Aniezo y se lo dijo al señor cura. Pero el señor cura no creyó lo que contaba la pastora, que golvió al monte llorando. La Virgen la consoló, la juntó el rebañu y la hizo con los dedos una cruz en la frente que quedó marcá de color de rosa. Bajó otra vez al pueblu con el rebañu y enseñó al señor cura la cruz que tenía marcá en la frente. El cura se lo dijo al regidor de Aniezo y subieron muchos vecinos a Peña Sagra, al mismu sitiü en que la pastora vio a la Virgen... Cava que te cava, encontraron a la imagen y al pocu tiempu la hicieron la ermita. La Santuca está en esa ermita hace muchísimos años. Desde entonces se celebra esta procesión a la que vienen de todos los pueblos lebaniegos. El día 24 de abril la bajan a Aniezo, se celebra la novena y el día 2 de mayo, la llevan a Santo Toribio. Por la tarde de esti mismu día la vuelven a Aniezo, se hace otra novena y otra vez a la ermita de Peña Sagra...” .

El despertar de Aniezo.

Aumenta el rumor fuerte de herraduras en el camino real, en las cambe-
ras, en los senderos de roca. Se acercan las caravanas de los peregrinos. Bo-

tas ferradas y abarcas, entre los trotes que se aproximan con chispazos de piedra y retemblar de arreos. Ya vemos luces a través de los ventanos. Adentro crepitarán las árgumas y resoplarán los fuelles. Ya están iluminadas todas las ventanas de Aniezo y echan humo todas las chimeneas. A este portal de intemperie, con niales vacíos de golondrinas, llegan tristes y perezosas las primeras luces. Se va enervando el estruendo de las aguas, el tamborileo de los tarugos y de los zapatos ferrados que rechinan en las lastras. El día trae nuevos ruidos que aplacan los fragores medrosos de la noche. Ahora parece que duermen los ríos, y los torrentes y los encinares, que hace una hora confundían sus rebramidos, y sus inquietudes rápidas. Amanecen húmedas las vides, las hazas, los tejados rojos de Aniezo. Portazos violentos de postigos, ruidos de cadenas en los establos, humaredas densas y negras que nos hacen desear el íntimo calor de las cocinas labradoras... El espolique ha despertado y dobla cuidadosamente la vieja manta de arriería. Continúa parlando sin cesar, entre bostezos, suspiros y escalofríos:

—“Esti año para bajar a la Santuca de la ermita de Peña Sagra, tuvieron los hombres que ir espaleando la nieve. Ha sido un invienu de los de peor semblante”. La ermita está a mil doscientos setenta y cuatro metros sobre el nivel del mar. Figúrese los trabajos y los espaleos para llegar hasta ella.

Muchedumbres peregrinas.

Hombres cenceños, robustos, tozos, gallardos. Hombres de Valdeprado, de Pesaguero, de Caloca, de Espinama, de Vendejo, de Dobres, de Framá. Ancianos que han salido de sus casas lejanas al atardecer y han andado toda la noche para llegar a Aniezo. Viejecitas enlutadas; mozas de las serranillas del marqués de Santillana; pastores y labriegos de todas las mieses y de todas las majadas de Liébana; párrocos y capellanes; niños con medias blancas de lana y cayados tostados y pulidos; peregrinas con alforjas burdas; señoritos rurales; cavadores de viñas; aparceros y burgueses; mendigos y lisiados de Peñarrubia y de Polaciones; gentes sencillas de Colio, de Tama, de los pueblos encaramados en las cumbres. Caras mansas, rapadas, morenas, gordezuelas de viejos rabadanes...

Toda Liébana aquí, en los alrededores de esta iglesia a la claridad indecisa del amanecer...

La Virgen de la Luz.

Cantar suave de campanillas de plata. Muchas campanillas de plata en el trono de la Santuca. Su capa tiene hilos de oro y su cabecita es de alabastro. Ya asoma en la puerta de la iglesia entre las cruces y los ciriales. Una tran-

sición profunda de silencio interrumpido por el llanto de algún viejo hincado en la tierra. Son las seis de la mañana cuando la larga comitiva se pone en marcha. En el camino susurra la letanía el son de las campanillas. Una letanía melancólica, dolorosa que comienza en Aniezo y termina en el monasterio de Santo Toribio para luego volver a empezar. Nosotros seguimos a esta procesión, camino de Frama, llenos de sueño y de cansancio. Los jóvenes se relevan en las andas pintadas, cada pocos minutos. En honor para ellos y homenaje a Nuestra Señora de la Luz, en sentir en los hombros el peso leve de la imagen chiquitina. Frama, Puente Ojedo, Potes. Breve descanso en Frama y en Puente Ojedo. La comitiva se nutre de nuevos peregrinos que vienen de lejos. Ya avanza el día turbio y lluvioso. Los picos están envueltos en tinieblas densas que no acaban de desgarrarse...

Entusiasmo tradicional.

Potes está a la vista. Tañen las campanas de todas las ermitas de la villa. Chisporrotea el pábilo de velas amarillas en muchos corredores. Es más intenso el susurro de la letanía muchas veces acabada durante la larga peregrinación. A las puertas de la villa espera una gran muchedumbre. Los monaguillos de Aniezo y de Potes inclinan los ciriales y las cruces y chocan unos con otros los cirios y las cruces en beso metálico y violento. Potes muestra la emoción y el entusiasmo tradicional con el volteo de sus campanas, con el adorno de sus balcones. Viejecitas que ya no pueden andar están de hinojos entre las macetas de los corredores, mirando tristemente la capa de la Virgencita de la Luz, que apacentó el rebaño de la pastora. Todo el pueblo trasciende a fe añeja. Al atravesar las calles estrechas y tortuosas de la villa, por entre las casas solariegas y los rabiones del Deva, todo el pueblo es una plegaria infinita, mezclada con sonrisas y con lágrimas. Retruenan los pasos en los soportales sombríos, en el empedrado de las calzadas típicas, en la carretera que va al monasterio. Las viñas están solitarias. Entre las cepas ha quedado clavado el duro rejón, ocioso y hundido hasta que Nuestra Señora de la luz retorne a los hayales de Peña Sagra...

El retorno.

Despedida la media tarde. A las diez y media de la mañana llegó la peregrinación al monasterio de Santo Toribio. Exaltación de la liturgia bajo las bóvedas del viejo templo. Los peregrinos han comido andando el pobre companage que traían en el blanco atadizo. De Santo Toribio a la parroquia, de la parroquia al exconvento de San Raimundo. Llueve incesantemente, al retorno, sobre las cabezas descubiertas y abatidas de los labriegos y los pasto-

res. Una lluvia fría, perseverante que resbala por las cabelleras, por los pañuelos, por los rostros, por el astil brillante de los ciriales, por las vestas y los roquetes rizados. Aguantan los peregrinos el azote de la ventisca como cilicio de penitencia, y entre el enojo de la tormenta, las voces viejas, jóvenes, maduras, devanan las salves y los rosarios hasta las pendientes de Aniezo, envuelto en bruma. La marcha es ahora presurosa. Desde las coteiras, el manchón hosco de los cientos de paraguas, parecerá un inmenso féretro detrás del aceite y de la cruz. La peana multicolor de la Santuca se balancea ya a la otra parte de Framma... Así todos los años, en el mes de mayo, hace seis, siete siglos... Esta procesión hace un recorrido de cerca de 25 kilómetros.

La mano seca.

El espolique descansa ahora a nuestro lado en la silla pajiza de una venta... Sigue hablando sin cesar:

—“A la Santuca no se la pueden quitar las ropas que lleva debajo de la capa. Al que se atreva a quitarla esa ropa dicen que se le seca la mano...”.

Potes 3 de mayo de 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 5-V-1931.

324.—NUESTRO REPORTAJE DEL DÍA. LAS VIÑAS, LOS CAMINOS Y LA ENSEÑANZA EN LIÉBANA

MEJORAMIENTO DE LOS SISTEMAS DE CULTIVO — EL FOMENTO DEL TURISMO —
UN COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA.

El vino.

Ya se están cavando las viñas, extendidas en las pendientes, cerca de la nieve y de los ventisqueros.

Las lomas sembradas de buenas cepas comienzan a mostrar el pámpano verde intenso, que el rejón salpica de tierra.

Un factor considerable de la riqueza lebaniega, en estos viñedos fecundos que llenan las soleras centenarias de la villa y los odres remendados de las casas humildes.

Los sistemas de cultivo.

Un amigo nuestro nos habla de estas cosas de los majuelos, de la exportación de los vinos, del prestigio que han logrado alcanzar en algunos mercados del Centro y Sur de América.

La estadística de exportación de los vinos lebaniegos presenta un aumento considerable en estos últimos años.

Se han mejorado los sistemas de cultivo con nuevos y eficaces procedimientos, que hacen más fecundas a las tierras y aumentan la producción, hasta alcanzar proporciones verdaderamente halagüeñas y que hacen pensar en un pronto y magnífico renacimiento de la industria vinícola del país.

Hubo una época, no muy lejana, en que se insinuó una leve decadencia, corregida apresuradamente merced a esos modernos procedimientos de cultivo y a la roturación de terrenos improductivos que se convirtieron en viñedos prósperos.

Extendido el campo en las suaves laderas y en los replanos morenos y soleados de los montes, aquella decadencia apenas iniciada, fue como un aldabonazo que estremeció todos los bríos y marcó nuevas y firmes rutas por donde marchan seguros y florecientes estos elementos valiosísimos que han hecho de Potes un mercado vinícola de renombre.

Exaltación de abundancia.

Ahora se trata de intensificar la exportación, ya de bastante importancia, teniendo en cuenta lo relativamente limitado de los majuelos y las dificultades materiales que se oponen a estas simpáticas expansiones de los pueblos apartados del mar y lejos del ferrocarril.

Así y todo se observa un deseo práctico y perseverante de aumentar el radio de acción en este aspecto casi esencial de la vida lebaniega.

En la entraña de ese deseo se encierra un futuro rico en actividades y en recompensas, como una exaltación de la abundancia labriega y del temperamento recio de una comarca montañesa que ansía seleccionar, robustecer y multiplicar su hacienda...

Caminos.

El turismo se fomenta con buenos caminos, buenas fondas y buenos elementos de transporte. Sería redundancia vulgarísima el insistir acerca de la inmejorable fase turística de la villa y menos descubrir sus lugares pintorescos, sus monumentos, sus nieves, sus riberas, sus colegiatas y sus monasterios.

Pero sí hemos de recalcar la importancia que tienen los caminos para el desarrollo del turismo, aun en los lugares prestigiosos, universalmente prestigiosos.

Liébana con el airón blanco y negro de los Picos está atravesada por muchos caminos buenos y muchos caminos malos. La carretera que conduce a Espinama tiene trozos que es menester reparar para facilidad del gran número de automóviles que diariamente pasan con dirección a los Picos de Europa.

El turismo en la primavera.

El contingente turístico, al iniciarle la primavera, es extraordinariamente abundantísimo en casi todos los pueblos lebaniegos. La arquitectura, la historia, el paisaje, el alpinismo, estimulan el tráfico de estas vías que necesitan de continuas reparaciones, como la que va de Potes a Espinama y el ramal que conduce al monasterio de Santo Toribio.

No hay que olvidar que el complemento de las actividades labradoras y ganaderas de la tierra lebaniega, es el turismo por la proximidad de los Picos, por la singular abundancia de sus rincones pintorescos y por sus recuerdos históricos.

La enseñanza.

El problema de la enseñanza está palpitante en la villa.

Existe una escuela nacional de niños y otra de niñas.

El contingente infantil necesita de más aulas de carácter oficial, teniendo en cuenta lo excesivo de la matrícula y la no muy espaciosa amplitud de los locales.

La construcción de escuelas de sistema graduado y el aumento del profesorado, constituyen una necesidad y un problema que la villa debe afrontar con la fe y el entusiasmo que ha sabido sembrar constantemente en plausibles y beneficiosos proyectos.

Resurrección de una iniciativa.

Hace muchos años que se adquirieron unos amplios terrenos en las proximidades de Ojedo para levantar un colegio en el que se cursarán los estudios de la segunda enseñanza.

En la adquisición de los aludidos terrenos, finalizó la interesantísima iniciativa, que podía haber resuelto definitivamente esta cuestión de gran trascendencia para las familias labradoras que no cuentan con medios de fortuna para enviar a sus hijos a estudiar a la capital.

Se trata de unos terrenos magníficamente situados, a la orilla de la carretera, en un lugar estratégico en el que terminan y empiezan numerosas vías de comunicación que van a parar a otros tantos pueblos, apartados del camino real.

La resurrección de este proyecto produciría grandísimas ventajas a la campiña lebaniega, que también tiene ansias laudables de mejoramiento instructivo.

Liébana cuenta con medios más que suficientes para construir el aludido colegio. Creemos sinceramente que no habían de faltar las colaboraciones oficiales y el auxilio particular de los prestigios económicos de toda la región, siempre propicios a este género de proyectos que robustecen el espíritu de los pueblos que sienten estas ansias.

En Liébana hace mucha falta un colegio de segunda enseñanza.

Con un poco de desprendimiento, de voluntad, de ayuda oficial, resurgiría la iniciativa y los hijos de los labradores, muchos hijos de labradores, no retorcerían sus anhelos de estudios y de vocación entre los terrones de la mies y el humo de las majadas...

Potes, 6 mayo 1931.

MANUEL LLANO

La Voz de Cantabria, 8-V-1931.

325.—ESBOZOS. LA PACIENCIA

Nosotros sentimos la preocupación honda y constante del campo. A la vera de los motivos espirituales que nos han hecho caminar de braña a majada, de ribera a cumbre, de hila a romería, viven, se inquietan y se estremecen otros pensamientos que vienen a ser la sustancia y la correa —no muy recias y optimistas— de nuestra literatura aldeana. Vamos a dejar en ocio el balandro de los bígamos pastoriles, de rayezuelas de las cayadas, la belleza de los romances, las lágrimas o las carcajadas de la leyenda, la filosofía del refrán, la pesadumbre de las cosas viejas. Que duerman la rueca y el almirez que tañe, como campanilla, en las tinieblas del mes de marzo. Que estén quietecitas las hondas cabreras en el zurrón rubio y áspero. Que sesteen las trovas del borreguero; las temerosas supersticiones de las cabañas; las malvas y las raíces del curandero; las jaculatorias del adivino; los ademanes, los hinojos,

y las secretas variedades del saludador. Vamos a caminar por otras camberas de piedra, entre las lindes de los banzales, de las tierras, de los huertos, de los agreos, de las hazas de los molinos...

El remanso está en el prestigio severo, centenario, ingenuo, de esas hon-das que zumban, en esas jaculatorias que alivian, en la trova primitiva que tiene sabor de Berceo o de Arcipreste de Hita; en las notas joviales y cristali-nas del almirez; en el labrado tembloroso de los zuecos, de las zapitas, de las maseras, de los báculos ovejeros.

La realidad —la profunda y dramática realidad— tiene posada en estas lindes que son a manera de caminos verdes en el moreno de la mies. Una realidad universal que va y viene, cotidianamente, del surco al portal labra-dor, del silo a la tolva molinera, del sembrado al cortijo, del desván a las arcas del embargo, que es la maquila pavorosa, avarienta, cruelísima del agro. Aquí queremos meditar. Pongamos un poco de gleba, de polvo, de ven-talle de mies, de pensamiento social y vivo sobre el cobertor pálido y bisunto de la tradición. De vez en cuando —como consuelo y refugio amables y gra-tos— levantaremos el lienzo de las dulces reminiscencias tradicionales y volve-remos a dar vueltas a la rueca en los cornejales de las cortinas murales. Des-pués de los terrones, de las rejás, de las estirpias, de las yuntas, de los aperos, de las hoyadas del boronal, de las alacenas vacías, de los rediles, de los lom-billos frescos y mustios, de las pértigas, de las aparcerías, no está mal un pe-dacito de nube para que cabalgue el espíritu y una esclavina blanca de anjana para peregrinar por entre las estrellas...

En estas camberas viejas y angostas, donde repiquetea y brincan los largos estiles de los arados, está la historia mansa, trágica y resignada del labrador montañés. Son como renglones trémulos escritos en la arcilla y en la piedra por la lanza de la reja aguda que remueve los terrones. Cada tumbo del astil inquieto es un pensamiento y una incertidumbre del hombre que camina delante del yugo. Hay que saber leer en este libro, que se abre todas las ma-ñanas con regocijo aparente de campanillas que dilatan el cantar del bronce a lo largo del camino. Hay que saber compenetrarse, confundirse, mezclarse con el cerebro y el espíritu en estas ondulaciones, tamborileos y brincos de la lanza hacendosa que hace páginas y letras, interrogaciones, rasguños y puntos suspensivos en el polvo y en la lastra. En este libro colaboran las bestias, las colleras, los hombres, los pájaros, las haldas de las mujeres labriegas, los pies desnudos de los niños, las abarcas duras de los mozos... El instinto, la con-ciencia, el ansia humana y la paciencia animal de las vacas duendas o de los bueyes rojos, componen unas líneas arbitrarias y retorcidas, en que los acen-

tos son los granizos que agobian el tallo, y el papel secante las lumbres del sol que abrasan y agrietan la espiga y el tempero.

La primera página de este libro se muestra a nuestros ojos como garabato de adolescente torpe y medroso. Nosotros comenzamos a traducir los renglones que aderezan todos los días los astiles de los arados, las pezuñas cansadas de las bestias, las abarcas, las plantas desnudas, las llantas de los carros, que son los únicos que chillan y retruenan y protestan en estos ambientes. Rebeldía recatada que no trasciende más allá de la vida interior, del portal del Concejo agrario, de la puerta de la casa, del porche enlosado de la parroquia. El primer capítulo es el roquete de esta rebeldía secreta. Porque todas las ansias de los labriegos se han revestido del roquete y de la veste de la liturgia cristiana, símbolos de humildad y de resignación. El ruego ha sido clamoroso, insistente, a veces atronador; pero el mazo ha permanecido silencioso, callado, escondido, sin el persuasivo retumbo de su ira y de su coraje. Estas primeras hojas son el reflejo cabal de esa rebeldía íntima que no ha querido salir del alma, que han contenido las creencias, los temores, las perezas, la bondad, las pláticas ortodoxas en los presbiterios; la amenaza implacable de los terratenientes; la avaricia, la soberbia y el predominio de no pocas casonas señoriles que hicieron y hacen trojes de la amargura y de la fatiga de miles y miles de aparceros. En estas primeras líneas, escritas en la piedra y en el polvo de las camberas y en la alcatifa de las lindes, la mansedumbre cristiana lucha con el enfado y el rencor de la conciencia. Por un lado, el amoroso atavismo del acetre de rogativas, de las cortinas negras de Semana Santa, del escanillo de Navidad, de las candelas de los ciriales con leves pinceladas cárdenas. Por otro lado, la oscura realidad del fracaso material y de la impotencia, sin más atalajes de guerra que esas luminarias, que esas aguas de calderillo místico, que esos bordones de penitente, que ese rocío del hisopo. No se armonizan en estas páginas del camino labrador el brío del temperamento y el ansia de prosperidades. Han estado en desacuerdo eterno la plegaria y el mazo, la religión y la realidad, las leyes y los pacíficos anhelos rurales ataviados con roquete en vez de cubrirse con coraza. La paciencia es la levadura de las páginas que escribe el astil del aladro en la aspereza de los camberones. La paciencia de estos hombres reflejada en las leyes absurdas, en los procedimientos políticos añejos, en las ordenanzas de la alcabala. Esta cualidad que planea sosegadamente todos los días en el ánimo campesino, ha sido la torpe virtud —pase la paradoja— de que han abusado los legisladores, los diputados, los caciques, los administradores. El problema labriego nada más que es un problema de paciencia. Porque el labrador, a fuerza de compenetrarse con los caminitos paralelos del bancal y con las aguas quietas de la alberca, ha llegado a adquirir —herencia de siglos— el

silencio y la insensibilidad de un pedazo de mies que soporta las desgarraduras del aladro, las púas del rastro, los golpes de los mazos, el filo de los escardillos, la quemadura de las hogueras...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 7-VI-1931.

326.—ESBOZOS. LA VERDAD

Un periódico de Madrid recomienda a la república muchas cosas. En la extensa relación de postulados de ética, de educación social, de refinamiento espiritual, de concordancia y coyunda entre las sensaciones de la vida interior y la dinámica del mundo objetivo, hay —resaltada y vigorosa— una insinuación en la que se resumen y compendian todas las ansias del escritor anónimo que se encara con la república y la habla con sinceridad, como Lauret a la humanidad vieja que buscaba caminos nuevos. Esta insinuación es un tópico añejo que ha rebramado en los escaños parlamentarios, ante las mesas pulcras o toscas de conferencias y mítines, en las aulas de sociología, en las páginas de los libros y de los periódicos; pero que no se ha paseado por la calle. Un tópico viejecito, cenceño, flaco de tanto peregrinar, de tanto suspirar, de tanto verse renovado, exaltado, agredido y olvidado por los gustos, entusiasmos y perezas de las generaciones: la educación popular como impulso universal de evoluciones cabales, como aderezo de ética y de estética espiritual, como filo que cercene todo el odio, toda la vanidad, todas las bellaquerías cerebrales, todas las púas y todas las hondas cargadas y todos los estímulos ególatras que los hombres llevamos dentro. El hombre vuelto al revés, con la piel de entraña y la entraña de envoltura —como soñara el pesimismo amable y resignado de Montaigne—, constituiría toda la verdad asombrosa del mundo, en un maravilloso trastrueque de bondades aparentes en villanías reales; de cosas finas, en cosas crespas; de lumbres, en hielos; de rosas, en tueras; de mieles, en barro bermejo, que es el más antipático, el más pegadizo, el más falso de los barroes. Y a lo mejor, el caballero resultaba un pícaro, y el pícaro un demandadero de monjas o un sotaermitaño apacible y humilde, y el valiente, un tímido, y el sentimental, un perverso, y el gazuño, un hipócrita, y el incrédulo, un místico recatado, con “agnus dei” y cadenas debajo de la camiseta.

Esta sería la verdad universal si el cuerpo humano —con los seeretos

de la conciencia— se diera vuelta, como los trajes descoloridos o como los delantales de las mujeres poco curiosas y espurridas en eso del aseo. Habría que ver el número de amigos desleales, de tontos que pasan por listos, de manse dumbres con apariencias de energías rebeldes, de humildes que tienen adentro un hostal desaforado de soberbia; de hombres “finos”, “exquisitos”, “delicados” que guardan en el alma un manojo de brezos de los más ásperos y agostados...

España ha sido —en este aspecto de la educación— la imagen rediviva de la lucha entre don Quijote y el cabrero. Don Quijote —idealidad maravillosa— cayó debajo del cabrero —trozo de espíritu y de trazas—. Este aporreó al caballero, y los espectadores “saltaban de gozo, azuzaban a los otros, como hacen a los perros”. Y el cura y el canónigo —dice Cervantes— “reventaban de risa”.

No queremos divagar, como decían antaño los escritores chirles. La divagación, en literatura, es algo así como las explicaciones largas y campechanas que dan los señores de atuendo al pobre hombre, recomendado en tarjetas de visita, que va a por trabajo y retorna sin trabajo. ¡Las tarjetas de visita en mensaje de recomendación! Esta cartulina tan pulida, tan pulcra, tan inocente de color, es el símbolo, precisamente, de esa falta de educación y de sinceridad de que se lamenta el periódico a que aludimos.

El concepto de la educación al margen de la pedagogía, de los bancos y de los palilleros escolares. Una educación popular —no la cortesía estúpida, anodina, del “¿Cómo se dice, niño?” o del necio “B. S. P.”, que todavía rebulle en el ánimo, estirado de vanidad, de cierto sector de las clases media, burguesa y aristocrática—; una educación en política, en consciencia, en el trabajo, en la familia, en el recreo, hasta en el ocio. Nos explicamos la intransigencia de quienes tienen que echar a andar este aladro nuevo en tierras tan viejecitas, tan enjutas, tan señeras, tan mal cultivadas. La clásica “manga ancha” de las legislaciones ya decrépitas, en estos motivos transcendentales y básicos de la educación rural y ciudadana, prosperó y se hizo ley —disparatada ley de la costumbre— por la misma razón que el tabernero y el ventero socarrones soportan, alientan y celebran el escándalo de las libaciones, de las coplas, de los destrozos del vidrio, a los clientes pródigos y calaveras que llenan el cajón del mostrador. En este caso, los taberneros y los venteros remolones han sido muchos diputados, muchos graves senadores, muchos alcaldes, muchos concejales y muchísimos ministros. Había que estimular, disculpar y hasta encomiar las juergas de la falta de educación para que se llenaran los cajones de los comicios. Con este rebullir, unos cuantos señores fueron a los Parlamentos, muy hispidos y petulantes, para agarrarse a las chaquetas de los gerifaltes bienaventurados por la mala ventura de los tontos que

empujaban hacia el arca de las famosísimas dietas y hacia las mesas brillantes de las conserjerías industriales, comerciales, financieras.

La mayor parte del pueblo seguía brincando a su placer, como Rocinante cuando le dio por pedir cotufas en el golfo con las señoras yeguas. Seguían quebrándose las botellas. Aquello sí que era una república, en el sentido trivial del modismo popular. Juan trataba de tú al lucero del alba. El tabernero y el ventero —diputados, senadores, ministros, etc.— se reventaban de risa...

Hay que resaltar, sembrar ese principio, que es cimiento y tejado de todo dinamismo educativo. Los gobernantes, maestros de escuela para los hombres. Libertad absoluta, dilatada sobre todos los ambientes, para las cosas buenas del corazón, del entendimiento, de la laboriosidad, de la iniciativa. Intransigencias y candados para ese centauro estrepitoso de la falta de educación y sinceridad, que retruena en los caminos de España...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 2-VII-1931.

327.—ESBOZOS. AMBICIÓN

El Cantábrico, 9-VII-1931. (Vid. O. C., págs. 295-297).

328.—ESBOZOS. ALAS VERDES

Espejean en el agua —ahora en remanso— los arbolitos que dan sombra a la ribera. Sones joviales y persistentes de los martillos que mueven los calafates. Tintineo cristalino de las herrerías.

Comienza el día con deleite de brisas buenas de mar y ventalles del monte, que traen esencias de laurel y de limonero. Entre los sonos joviales de las fraguas, el lamento, el optimismo, la pesadumbre de un pregón cansado, que es como un baladro del espíritu saliendo por los fueros de la materia.

Un pregón muestra el alma de un pueblo. Pregones leves, enérgicos, recios de Castilla y Extremadura. Pregones melancólicos del Norte. Pregones largos, suaves, dulces de las calles moras de Sevilla y de Granada. Pregones rotundos

y viriles de Navarra y Aragón. Pregones ligeros, hiperbólicos, veleidosos de Valencia...

El pregón de esta villa montañesa es una mezcla de optimismo y de tristeza. El optimismo de las fábricas, de las flotas pesqueras en retorno abundante; de los carpanchos llenos, que son como el complemento del tocado de estas mujeres que esperan en la dársena con el rueño humedecido en el regazo. Tristezas de remos en ocio, de velas recogidas, de máquinas paradas, de retrueno de galerna.

Manchones negros de clérigos que toman el sol a la orilla del mar.

El bobo; el bobo de todas las villas y de todos los pueblos, que sesteá en las barcas y baldea los paneles y canta siempre el mismo cantar y lleva un pañuelo mugriento de peces los días prósperos.

También la tragedia, el fiero recuerdo de la tragedia, sobre estas piedras pulidas de la ribera, donde los zuecos repiqueteán como tambores mal templados.

Una mujer ha posado un cesto de listones. Tiene un luto desmañado, muy viejo. La mujer se ha sentado en el cesto, ha puesto los codos en los muslos y ha apoyado la cabeza en las manos...

—El hombre y un hijo se la quedaron allá —nos dice una voz ronca de patrón viejo. Y señala con la diestra, ya temblorosa, el lontananza del mar...

El pescador viejo se escarmena las barbas con unos dedos que parecen trocitos de sarmiento. Semeja una torca, en medio de un bardal seco y encrespado, la boca de este patrón de una villa montañesa, que ha sentido la disciplina de muchas rachas, la angustia de muchas noches frías, la lumbre de muchos soles, el estremecimiento de muchos relentes.

Estos pescadores de las villas tienen trazas de labriegos. Se persignan a la primer remada, como el labrador se persigna, muy de mañana, al clavar la reja en el bancal. Los mismos lienzos, idéntico continente, el mismo reposo, análogo señorío en la palabra.

Nosotros hemos oído hablar de los "Ventolines", como mitos, y no sabemos lo que son los "Ventolines" del folk-lore marinero. El viejo pescador se ríe como se reiría un vaquero de la Concilla, de Palombera, de La Cardosa, a quien preguntasen por el ojáncano, por el obelisco, por el tordo de las plumas rojas, por la golondrina blanca que "llega con la nieve y anida en el fondo de los remansos".

Los ventolines —aspereza de la voz del pescador en la maravillosa suavidad de la leyenda— dice que vivían en las nubes, de la puesta del sol. Eran como los ángeles y tenían unas alas verdes y muy grandes. Los ojos eran

blancos, como las olas cuando se desenredan. Cuando un pescador viejo se cansaba subiendo las redes, bajaban los Ventolines de las nubes de la puesta del sol y los cargaban los peces en la barca y, además, los limpiaban el sudor o los abrigan con las alas verdes cuando hacía frío. Después cogían los remos y traían la barca hasta cerca de las dársenas. Otras veces izaban la vela... Si no hacía viento, soplaban inflando los carrillos, volando detrás de la embarcación y hacían una brisa que era lo bastante para que navegara...

El patrón vuelve a reír y abre desmesuradamente la boca, que parece una torca en medio de un bardal mustio.

Alegrías de yunques, de martillos que rebotan en el hierro, de resoplidos de fraguas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 18-VII-1931.

329.—ESBOZOS. LOS TIEMPOS

El Cantábrico, 19-IX-1931. (Publicado, con algunas variantes, en O. C., págs. 311-313).

330.—ESBOZOS. APARIENCIAS

El Cantábrico, 14-X-1931. (Vid. O. C., págs. 299-301).

331.—ESBOZOS. EL HOMBRE Y EL PAISAJE

En España se ha hablado mucho del campo desde hace medio siglo. En otros tiempos se habló plañideramente de los telares, de las forjas, de los curtidores, de las sederías. Estas industrias, tan viejas y tan insignes, adolecían de pesadumbre económica. Su desenvolvimiento era estrecho, los tributos excesivos, las cargas cada día más agobiadoras. Poco a poco fue cesando la alegría bulliciosa de los pelaires en las silenciosas ciudades castellanas. Ajo-

frín quedó sin herrerías; Consuegra, sin almonas; Salamanca, sin curtidos; Almagro, sin la sutileza de sus encajes. Y todavía, en la decadencia apresurada de estas clásicas industrias, se continuaba hablando de los telares, de las forjas, de las sedas toledanas.

Ahora se habla del campo con insistencia singular. Desde hace medio siglo resucitó la inquietud del problema labriego. Se habló de las vinculaciones civiles, de la amortización eclesiástica, de las asociaciones gremiales, que apenas tenían resuello; de los conventos, de los mayorazgos, que acaparaban la tierra; de las ordenanzas restrictivas y bárbaras de los reyes católicos; de las ciudades que absorbían la población rural, de las mieses sin cultivo, de las pequeñas heredades sustraídas a la circulación libre del comercio. Después, los alegatos zahareños, técnicos, fríos y torpes en papel áspero de burocracia y tinta descolorida de miseria oficial. Batallas y batallas entre la literatura preciosista y limada y los renglones egoístas y reacciones de las Comisiones informadoras.

Los labradores continuaban en sus tierras con mansa y noble actitud de cristianos viejos. En las ciudades, en las asambleas, en los periódicos, se hablaba de ellos con misericordia, como se habló de las almazaras, de las ferias populosas de Medina del Campo, de los forjadores sin yunque, de los casones que se quedaban vacíos. Los articulistas y conferenciantes esgrimían disciplinas recias y persistentes, los gobernantes pedían treguas, las polémicas restallaban como latigazos de mayoral. Más tarde, transiciones de ociosidad; de ociosidad en las plumas, en las palabras, en las solicitudes.

Comenzaba a levantarse el edificio; después venían, de la mano, la pereza y el cansancio; se dejaba la obra, y ésta se caía. (En España se han empezado muchas y buenas obras, que no se acaban nunca). El campo seguía en su tradicional mansedumbre. Unos cerraban la casa, metían la llave por debajo de la puerta, trancaban la portilla del huerto, se enjugaban unas lágrimas y comenzaban a andar por el triste camino del éxodo. El viejo empujaba al mozo y le mostraba la carretera como una promesa de días más buenos. Se iban los bríos por todos los caminos que van a parar a la mar, a las villas insignes y nuevas, con chimeneas de fábricas; a las ciudades, a las minas, a los cuarteles, a las canteras.

Y en España, en todos los periódicos de España, se seguía hablando del campo, de auxilios perentorios, del fomento de las actividades labradoras de la necesidad apremiante de una rebeldía rotunda. Los gobernantes pedían más treguas y más treguas. Los ancianos continuaban enseñando a los mozos la aventura de la carretera. España estaba —y está— expulsando a los labradores, como expulsó a los moriscos; y entre tanto aderezo inútil de palabras, de disputas, de informaciones y de quejas, el campo seguía añadiendo más

eslabones a sus tragedias y soportando la inclemencia de una legislación absurda que quiere aguas de gracia y cierra los manantiales... Y todo continúa lo mismo.

Ahora vuelve a hablarse con vigorosa insistencia de los venerables problemas de la Tierra.

El panorama dramático de Andalucía renueva las protestas, las inquietudes y los remordimientos del pueblo, que nada más que ha hecho eso: hablar. Se ha escrito mucha literatura social describiendo las piteras grisáceas, los manchones hoscos de los olivos, la alegría de los rosales, las flores azules del trigo, el fondo zarco de las montañas. Como elemento secundario de esa literatura abundante y simple, el obrero labrantín que resuda y adolece bajo los olivos, en los tablares de las habas, en las sembraduras amarillentas. Lo primero, el paisaje. El paisaje de los surcos, el desgaire de un trabajador llevando la chaqueta al hombro y el sombrero caído sobre la frente; el paisaje de los naranjos, de los arrayanes, de las encinas.

Creemos que ha llegado la ocasión de cerrar los ojos ante el paisaje —hermosa cárcel de esas miserias— y abrirlos ante las tragedias que encierra. Se sigue hablando, hablando como hace medio siglo. Los campesinos siguen llenando las ciudades y agudizando la crisis del trabajo. No se fomenta el crédito agrícola, no hay abundancia de Cooperativas y Bancos que suministren dinero —a bajo interés— al agricultor. El aparcerero sigue mejorando las tierras que no son suyas. Las parcelas subarrendadas siguen enriqueciendo a los intermediarios. Todavía existen acaparadores que subarriendan las mieses, y jornaleros y jornaleras que ganan una y dos pesetas y unas sopas y unas hortalizas y un dedal de aceite.

Se sigue expulsando a los labradores de sus pueblos, camino de la emigración, de la que tornan fracasados y enfermos. Los ancianos siguen mostrando a los mozos la promesa de polvo del camino real... Como hace cincuenta años. El problema de la tierra se ha atascado en las camberas de España, se ha petrificado en los Ministerios, en los Congresos, en los cacicazgos, en los legajos de los terratenientes.

Esto es lo que vienen a decir al presidente de la República los mensajes de las Sociedades labriegas del Sur...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 20-XII-1931.

331 bis.—LAS ANJANAS

Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, número extraordinario en *Homenaje a D. Miguel Artigas*, t. I, págs. 178-215. (Vid. O. C., págs. 619-628; 630-644; 647-653; 655-658; 661-663; 665-666 y 681-682).

332.—ESBOZOS. LABRADORES EN LA CIUDAD

El Cantábrico, 6-I-1932. (Publicado, con ligeras variantes, en O. C., págs. 262-265).

333.—ESBOZOS. MONTAÑA VIEJA

(Vid. O. C., págs. 287-290, a las que añadió, en la versión periodística, las cuatro siguientes líneas).

Chocan las cucharas en el borde blanco de la fuente, y parecen rítmicos tintineos de un rito. La lengua de la Patricia se mueve como una taravilla ligera, y sus palabras parecen antífonas al son del órgano que toca el viento en la calle...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 16-I-1932.

334.—ESBOZOS. EL DINERO Y EL PARO

Vamos a ver cómo se hacen las circunstancias. Todo el mundo se quejella bravamente contra la veleidad de las circunstancias, como si los desequilibrios y las alternativas de los tiempos tuvieran la culpa de nuestros yerro y de nuestras pendencias. El hombre y las circunstancias son una misma cosa en el perezoso o rápido desenvolvimiento de la historia. La circunstancia es una consecuencia naturalísima que tiene sus bríos o sus desmayos en los rumbos que sigue la humanidad; en el predominio de tales o cuales pensa-

mientos; en la exaltación de estos o de aquellos sistemas políticos, industriales, económicos y éticos; en los estímulos de ciertos deleites, aficiones, rebeldías o mansedumbres; en la decadencia de otros gustos, de otros temperamentos, de otros caminos. De estos trastrueques, de estas cumbres morales convertidas en planicies y de estas etapas transformadas en agudas cimas, nacen, se modifican, se ensanchan o se angostan las circunstancias, que unas veces tienen el regazo en los corazones y otras veces en los cerebros. La historia no es ni más ni menos que una lidia constante entre el cerebro y el espíritu, entre las circunstancias románticas que engendran unos pueblos y las circunstancias materiales, soberbias o fanfarronas que provocan otros.

Ahora se están haciendo muchas circunstancias en España. Las más importantes —haciendo caso omiso de los ímpetus tardíos de un tradicionalismo extremista y de los intentos incoherentes de doctrinas muy nuevas, que aún están en agraz en nuestro país —son las del trabajo. Veamos cómo se hacen estas circunstancias...

Don Patricio, don Juan y don Antonio han dado un paseo, y después se sientan en un banco a tomar el sol. El primero es robusto y sanguíneo, de carnes apretadas y de bigotes lacios. El segundo es rechoncho, tozo, y está rasurado pulcramente. El tercero es alto y delgado, como la moza del cantar, y anda con pereza, como un caballo de antiguo cura de capellanía rural. Son tres fisonomías distintas y una entraña y un temperamento análogos, con los mismos recovecos y picardías...

Por la calle pasa el nutrido santoral humano, que tiene en el asfalto y en el empedrado de la ciudad su retablo, sus ayunos y sus cilicios. El mundo es un inmenso retablo, con iconos que se mueven, que rebullen, que se vapulean con cueros de dura disciplina; que saben calvarios, que no resucitan inefablemente de la miseria a la abundancia y de la pesadumbre a la felicidad. Unos iconos de estos que van y vienen, apresurados o remisos, tienen clavados en el pecho los siete puñales de la Dolorosa; otros parecen atormentados por ansias de resurrecciones dichosas, que tardan en llegar. Aquí, llagas; más allá, martirios; en otro lado, semblantes alegres y optimistas. Iconos rozagantes, iconos desnudos, iconos resignados, que a lo mejor se desesperan un día... El santoral del retablo ortodoxo reflejado aquí, en la calle...

Don Patricio, don Juan y don Antonio tienen el polvo, el reseco y el desmadejamiento de una larga caminata. Han hablado mucho al monótono compás de los tacones. Sus palabras han sido piedras de honda, guijarros de villanía medrosa, palos rotundos de tambor en el parche recién templado de la república. Los guijarros se convierten en rosas, los golpes rotundos del tamborilero, que llevan en la revoltosa lengua, se transforman en salvas y ca-

ricias; las piedras iracundas de la honda, en ramitas de laurel y palomas de buenos y lisonjeros mensajes, cuando se topan con un amigo republicano.

—Todo va bien, muy bien —dice don Patricio—. España es un pedazo de Arcadia...

—El gobierno —interrumpe don Juan— conoce perfectamente la ruta del estado... La constitución es consecuencia plausible de una democracia cabalisima, que está en el ánimo de todo el pueblo...

—El espíritu de las leyes —dice don Antonio— no puede ser más hermoso... Hay pureza moral, buena voluntad y, sobre todo, mucho patriotismo.

Todo esto lo dicen los tres caballeros precipitadamente, mientras se queman los cigarros y pasan rechinando las ruedas del tranvía. El amigo republicano sigue su camino, y los tres paseantes el suyo. Don Patricio hace un guiño a don Juan, y don Juan da con el codo a don Antonio. Después se ríen, como se reirían tres conejos del monte, tres tasugos de Peña Labra o tres ramilones viejos de las mieses. (Esto es lo que hemos hecho el noventa por ciento de los españoles. Guiñarnos unos a otros, darnos con el codo sigilosamente y reventar de risa, como el cura y el canónigo cuando el cabrero daba mil y mil mojicones al malaventurado don Quijote. España es eso: la reyerta entre el Caballero de la Triste Figura y el pastor zahareño, azuzados por pícaros o miserables espectadores).

Tornan a hablar.

Todo va muy mal —dice don Patricio—. España es un camino real muy grande, lleno de vagos y de mendigos...

—El gobierno —dice cautelosamente don Antonio— no sabe lo que trae entre manos...

—La constitución —interrumpe don Juan— es intransigente, inexperta y antidemocrática. El espíritu de las nuevas leyes huele a proletariado y a gente de Ateneo...

Siguen batiendo el cobre de la palabra en las espaldas del régimen jovencito. En el banco, mientras se hartan de sol, muy esparrancados y remirones, charlan de la industria, del trabajo, de la economía nacional, de la peseta, de la libra esterlina...

—Yo —dice don Antonio— tenía el propósito de construir una casa, pero ya no la construyo hasta que cambien las circunstancias...

—Pues yo —dice don Patricio— andaba cavilando en el modo de extender mi negocio; pero no vuelvo a cavilar hasta que cambien las circunstancias...

—Y yo —afirmaba don Juan— tenía aprobado el presupuesto de unas obras, pero he aplazado los trabajos, hasta que cambien las circunstancias...

Estos tres caballeros —símbolo de otros muchos caballeros— son los que están haciendo las circunstancias, también las van haciendo los trabajadores que no tienen donde hincar la herramienta. Del encuentro de estas dos circunstancias puede nacer una catástrofe...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 28-I-1932.

335.—ESBOZOS. CADA CUARTO DE HORA

Tenemos ante nosotros una estadística pavorosa. No son cifras de finanza —tan materiales y tan avaras—, ni de analfabetismo, ni de productos de importación, ni de cosechas, ni de vendimias. Se trata de una síntesis escueta de política sanitaria, en la más desgarrada de sus características.

Agobios de restricciones, de mezquindades económicas, de procedimientos ineficaces.

Con la legislación sanitaria española ocurre lo mismo que con aquel aragonés del cuento enjundioso y bello de Matheu. El pobretón gastó la alcancía en el plano de una casa magnífica, con granja, brocales, tenadas, invernaderos y cobertizos; pero los deseos no pudieron ir más allá de las altas bardas de colores pintadas en el papel. Hablaba a los amigos de su casa, que tenían todos los arrequives modernos. La casa era amplia, recia, confortable, soleada, muy en concordancia con el gusto del alarife más compenetrado con la línea, la higiene y la estética de ahora.

Un su amigo quiso ver la prodigiosa vivienda. Le llevó por un camino áspero, por un repecho, por una pendiente, y llegaron a un caserón destartado, feo y roto, que soportaba su pesadumbre al socaire de una colina.

—Yo vivo en esta casa —dijo el pobre iluso—; pero tú no hagas caso; mi casa no es ésta... ¡No faltaba más que mi casa fuera ésta!...

Subieron unos peldaños de piedra mellada, rechinó una puerta, se abrió de par en par la ventana de la estancia; la diestra, toda trémula y nerviosa, penetró en el cajoncito de una consola clásica y sacó un pliego de cartulina con muchas rayezuelas azules, con trazos de albercas, de cabañas, de paredes y hastiales...

—Esta, esta es mi casa, tan bonita y tan repintada... Fíjate que no falta detalle... Escalones anchos, azotea para el verano, vestíbulo de buen mármol... Nada más que falta construirla...

Y le enseñaba y volvía a enseñarle el largo papel trazado, como muestra el hidalgo de media capa el pliego de su añeja ejecutoria.

Lo mismo ocurre en el desenvolvimiento sanitario español. Aquí no falta el detalle más baladí...; pero falta el más importante...

Tenemos un caserón venerable, desconchado, torcido, que le da el sol todo el santo día; pero ese no es nuestro palacio.

Nuestro palacio sanitario es éste. Y nos muestran un centenar de proyectos, de reglamentos, de ordenanzas, de consignaciones en iniciativa. Tal o cual profilaxis está guarecida aquí, en estos presupuestos sin vigor; en estos números muertos; en este informe ocioso, dormido en los descomunales armarios burocráticos, que tienen estómago de elefante.

Ved aquí estos edificios, estos jardines, estos paseos anchurosos entre pinos y rosaledas. Nada más que falta levantar las paredes, traer las aguas y plantar los árboles y llenar las talegas en Hacienda para convertirlas en cemento, en piedra, en mosaico, en argamasa. La prodigalidad está aquí, nada más que aquí, en este folleto oficial, en este proyecto, en el discurso de este diputado, en el optimismo de aquel ministro, en el informe de estos doctores insignes, de estos arquitectos, de aquellos técnicos.

Las características más esenciales de nuestra política sanitaria han estado cautivas en torres blancas y amarillas de papel, con revoltijo de líneas arquitectónicas, de flechillas, de números, de sombreados de erguidas techumbres... y en la fiesta de la flor...

Si no hubiera sido por la misericordia y la iniciativa particular, nuestros hospitales aún serían terribles hacinamientos de jergones y de camastros, con enfermeros cetrinos y bárbaros, sacados, a lo mejor, de los barbechos y de las majadas.

Esta estadística crispa el ánimo. Esta estadística trae al pensamiento y a la conciencia sugerencias y resquemores muy amargos.

El fracaso y la impotencia parciales de la política sanitaria, reflejan en estas cifras escuetas, en las que hemos parado la atención a lo largo de una lectura sentimental, con lumbre de tragedia que se enciende y aviva todos los días. Estos números tienen espíritu. Destacan en la página negros y dramáticos, y parece que nos tiemblan acá dentro, convertidos en penas y en emociones.

En España se muere un tuberculoso cada cuarto de hora. Tuberculosos de la clase media, de las familias rurales, de los trabajadores de la ciudad. Niños mal alimentados; hombres rendidos, que perdieron la energía material entre el hierro y la piedra y las letras de las cajas tipográficas; en los caminos de la mendicidad, en la máquina de un barco, en el banco duro de una trainera, en las arterias profundas de una mina...

Cada cuarto de hora se muere en España uno de estos enfermos, casi siempre en zaquizamíes lóbregos, sin aire, sin sol, propicios al contagio.

Hay grandes sanatorios para los burgueses y profilaxis casi milagrosas para quien puede pagarlas; pero la más leve síntesis de esos elementos tan poderosos no ha llegado a las casuchas del noventa por ciento de las clases populares, cautivas en la ignominia de esa indiferencia.

Tuberculosos del pueblo sin trabajo; de los jornales mezquinos, de los sacrificios y de las vigiliass cotidianas; de las intemperies; de las viviendas insalubres, cuando no del orgullo, de la vanidad o de arbitrario decoro de un nutrido sector de la clase media.

¡Con lo que se ha gastado en dar candela al moro; en las comisiones oficiales que van de juerga a los congresos extranjeros; en subvencionar a cuatro pintamonas, hijos, sobrinos o yernos de muñidores influyentes en la geografía rural!

El problema de la tuberculosis es un problema eminentemente social. Hace muchos años que rebulle en el ánimo de España; de la España que no tiene dinero para ir a los sanatorios, para buscar climas que alivien o curen, y alimentos que reconstituyan el organismo echado a perder.

La república debe incorporar a su plan de reformas nacionales estas ansias y estos clamores del pueblo, este triste y vergonzoso cuadro de las estadísticas que nos hablan de ese cuarto de hora dramático...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 27-II-1932

336.—ESBOZOS. MARTAINVILLE

Las psicologías tuertas han sido fruto de todos los tiempos y de todos los pueblos, con cetos y repúblicas. Unas se contradicen por acicate violentísimo del temperamento ambicioso, desequilibrado y débil. Otras, por avaricia, que retoza en el ánimo con mucho aderezo de quimeras y suspiros. Otras, por necesidad, sin resignación. Otras, por bellaquería y ataxia de la conciencia...

Debe de tener mucho deleite el regusto de una prevaricación o de una venganza, por lo mucho que abundan las prevaricaciones y las venganzas.

También el buen olor de tahona ha abatido muchos ánimos, ha encres-

pado muchas mansedumbres, ha mudado muchos pensamientos, ha hecho mimbres del roble, fustas de la lanza, jirones de la toga, navajas de las espadas, cucuruchos de payaso de los bombines relucientes.

La tahona y la vid, elementos arraigados y amigos, buenos compañeros de aventura, buena dueña y buen escudero, que abren y cierran caminos, llenan ansias, modifican voluntades, tuercen pensamientos, apacientan egoísmos.

Grandes rivales de la ética y de la dignidad ese cuero negro y esa corteza dorada. Flechas, hierros, filos y bronces de las batallas de los espíritus contra los espíritus en ese bermejo y en esas migas morenas o blancas, que han decidido tantas contiendas sociales y simbolizado a tantísimos desafueros. Son armas reviejas, sin mocho ni estrago, siempre desenvainadas y en alto.

Más luchas han ganado y perdido el pan y el vino que las saetas, los fragores y los centelleos de la metralla. Paradoja de las cosas sencillas y vulgares, sin transcendencia aparente en la dinámica de las ideas, que logran socavar el cimiento o levantar la fábrica, según la estirpe, la habilidad, la picardía, la hacienda, la masera, el horno y el ingenio del amo.

La harina y la vid, cosas febles, suaves, hasta apacibles, dotadas de impulsos formidables. La harina y la vid, política, ideología, conciencia, ética, moral de muchos hombres...

Martainville, el ilustre hipócrita, casi descubierto y comentado por Pedro de Répide.

Ha venido tan a menos el uso del altísimo calificativo, que no puede extrañar a nadie que nosotros llamemos ilustre a un gran hipócrita, histrión, foliculario y autor cómico. Sementera constante de ilustres que ya aturde, desorienta y molesta. También el adjetivo es, a veces, impulso y elemento admirable de prevaricación. Una lisonja bien adjetivada, con sus ribetes y collares de hipérbole sonora y cabal, ha hecho decir que sí a muchos señores que tenían el propósito de pronunciar un no rotundo y recio. Los adjetivos también han ganado y perdido muchas batallas. Como el vino y el pan...

Quedamos, pues, en que el calificativo ilustre ha descendido de la cresta donde tenía su castillo señorial y sus laureles y sus delicadezas, para convertirse en una vulgaridad de camino andado y vuelto a andar muchas veces: bicicletas, álamos, llantas, borregos con barbas de patriarca, cabras de ijares sonrosados, ruedas y silbos de afiladores.

Por eso nosotros llamamos así a ese Alfonso Martainville, que fue prosélito encubierto de distintos credos, revolucionario escondido, ateo, creyente, manso, hurano, apacible, soberbio.

El Thermidor danzó de júbilo al ver maltrechos y cautivos a los que ha-

bían sido ídolos. Fue partidario del primer cónsul, y al mismo tiempo se entendía con los realistas. Después fue bonapartista, y cuando nació el rey de Roma celebró el acontecimiento con sonetos y alejandrinos y repique de campanas en el portal de Nuestra Señora. También versos y prosa rimada cuando la abdicación de Fontaineblau. Júbilo inmenso de Martainville en la restauración imperial de los Cien Días.

Más tarde vino a España y combatió al régimen constitucional, mientras su mujer entretenía los ocios de Luis XVIII tocando el piano. Burlas en los libelos a los hombres del Siete de Julio, elogios al general Eguía y al marqués de Mataflorida. Hoy en el "Diario de París" y mañana en "La Bandera Blanca", de tendencias ultrarrealistas...

Su mujer seguía tocando el piano en la cámara del rey. Vueltas y revueltas, brincos, embozos, rinconcitos, oración y blasfemia, lloros y carcajadas, la cabeza sobre el pecho o la frente levantada, según las circunstancias, el volumen de la bolsa o la calidad de los manteles. El vino y el pan hicieron veleidoso a Martainville. Vinos de la Borgoña y de Andalucía, pan de Provenza y de Castilla, dinero del emperador, de Luis XVIII, de Fernando VII, de los materialistas, de los románticos...

Martainville: espíritu reproducido con fertilidad de helecho silvestre. Reproducciones con el mismo color, con la misma luz, con sombras iguales en el lienzo suave y abrupto del mundo. La herencia de Martainville repartida en muchas arcas y sembrada en muchas mieses de España...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 26-III-1932.

337.—ESBOZOS. EL FALSO OBRERO SIN TRABAJO

Ya está el mahón en la flaqueza enclenque del cuerpo. Son las diez o las once de la mañana. La primavera avanza muy alegre y gentil, como riéndose de las iras, de las desazones, de las lágrimas que guarda el invierno en su mochila cenicienta y blanca. Así se ríe la juventud de las ansias atormentadas de la vejez. Estos días de sol dan sensaciones descabelladas de resurrección. Vemos a gentes que no hemos visto en todo el invierno, y que creíamos ya en los hórridos y silenciosos huertos de las cruces. Sorpresas gratas en las calles, en las terrazas, en las orillas del mar. Han terminado los cautiverios del reuma, de los dolores de ijada, del temor a las ventiscas y

a los vientos fríos. Nosotros creíamos en la huesa a doña Margarita, a don Fernando, a don Andrés, tan viejecitos y tan resignados. Y los hemos visto un poco echados a perder, pero tan campantes, viendo cómo los niños dan de comer a las palomas...

Ya está el mahón en la flaqueza esmirriada del cuerpo. Antes ha aplaudido reciamente con las alpargatas para aventar el polvo de la tela burda cosida al cáñamo. El rostro aun está zafio de somnolencia; el resuello es áspero, los ojos todavía no ven claro. Es un hombre ágil, cenceño, que tiene trazas de saltimbanqui de la legua, de santero de ermita pobre, de lazarillo pícaro de novela clásica de ciegos. Por encima del cuello remellado de la camisa asoma un cordoncillo oscuro, que es la órbita feble de unas medallas. En el lienzo azul del vestido no hay huellas de contacto con las máquinas, con los botes de las pinturas, con las maseras de las cales, con la argamasa, con el cemento, con el polvillo negro de las fraguas. Esta indumentaria no ha sentido desgarrón de azuela carpintera, ni salpicaduras de albañilería, ni mácula de escoria, ni lágrima espesa y abultada de pincel. La arquitectura desmedrada del cuerpo está envuelta en una pulcritud proletaria, de mahón, en la que los ambientes hacendosos no han dejado el reflejo de sus colores, de sus arcillas, de sus lumbres. Motas de cera en la blusa ampulosa del sacristán, túrdiga de correa en el hombro del barquillero, lampazos en los calzones del herrero y del fundidor; buen olor de encina, de pino, de haya en las ropas del carpintero; retazuelos negros en el lienzo del tipógrafo, que parece un franciscano ante los grandes facistoles de las cajas; manchas verdes, amarillas, ocre, en la chaqueta de los pintores, que parecen pájaros mitológicos allá arriba, en las jaulas de los andamios; carranclas de almidón en el cuello de los porteros, que dan sensaciones antipáticas de mastines humanizados...

Ya está el hombre en la calle. Un tabernero le escancia el desayuno rojo. El chirrido de la canilla, el zambombazo de los corchos y el choque de los vidrios forman el "jazz-band" de los beodos. Liba el hombre con deleite plebeyo de odre arrugado; vuelve a rosquear la canilla, torna a beber con más regusto. Llega el borde del vaso a la mitad de la nariz y queda en ella como un cerquito blanco que es la marca y el estigma que hace al hombre esclavo de los barriles.

Este hombre va a trabajar. Antes ha escondido, muy recatadamente, debajo de la pechera, el cordoncito de las medallas. Vosotros ya sabéis la enorme transcendencia que han tenido las medallas en la dinámica humana. Fijaos en el semblante; es alegre, optimista, sin sombra de pesar ni expresión de incertidumbre. Va caminando muy ligero, como si temiera llegar tarde. A su lado pasan señoras anchas como higueras y muchachas flacas que

no sabemos si son cocineras, modistas, estudiantas, la democracia en el exterior. No hay cosa que iguale y dé prestigio con más intensidad que un buen traje y unos buenos zapatos. Los sastres y las costureras son los beneméritos editores de esa democracia, más fuerte y más universal que la democracia del espíritu. Más bodas han hecho la seda, el sombrero, la americana, que el talento, la virtud y la "hombria de bien". Después, duelos y quebrantos. Parola, parola. "El puchero a la lumbré con agua sola"... Media humanidad se vende a la otra media.

Por la calle, bordoneando sin parar pasan muchas abejas y muchos zánganos. La calle es el inmenso taller de este hombre delgado, ágil, que nos pide limosna todos los días, que ahora mira como un cordero, y después como un buey con solengua y más tarde como un gallo valiente harto de grano. La herramienta es cosa híbrida con muchos filos y muchos astiles. Trabaja con las manos, trabaja con los ojos, trabaja con los músculos de la cara, trabaja con los pies. Aquí inicia un puchero de astuta rezadora de ánimas, y más allá contrae los músculos del rostro, y allí masculla unas palabras con sonsonete de jaculatoria rutinaria. Ya ha recorrido la acera cuarenta, cincuenta veces, detrás de los zánganos y de las abejas, estirado el brazo, que es el pico de su herramienta. Taconeos, voces finas, vocablos arriscados, bocinas sonoras, pamplinas sociales de saludos y siga usted bien, que son los ruidos, los motores, los trajines de esta fábrica de la calle, donde se hacen virtudes de los pecados y pecados de las virtudes, según las simpatías, el regalo, el prestigio, la suerte.

El trabajo cansa; la garganta ya está áspera como la de un caminero; duele el rostro de tanto mantener esa expresión dramática que conmueve a la gente. Vuelve a rechinar la canilla y vuelve a dejar el filo del vaso una huella blanca en la mitad de la nariz, "triángulo de sombra" de Guido de Verona. Otra vez la fábrica de la calle, la noria larga y dura de la acera. No sabemos qué manipulación sutilísima ha hecho este hombre en la pechera de la camisa. Súbitamente asoman las medallas. Antaño —transcendencia profunda de estas cositas redondas o poligonales— nada más que había dos castas: la que tenía medallas y la que no las tenía. La que tenía medallas podía entrar en los refectorios y a lo mejor se hartaba. La otra...

La mano se alarga muy temblorosa ante la humanidad de un beato prestigioso o de un clérigo, que es posible que no tenga nada de la túnica hecha espíritu del hijo de Santa María. Cuando se aleja el clérigo las medallas vuelven a esconderse, mientras se inquietan y murmuran los dineros en el bolsillo. Al retirarse del "trabajo", oyendo el rechinar de la canilla, el semblante de este pícaro que se llama obrero sin trabajo trasciende a felicidad. Pa-

rece un cómico refrescando en la terraza del café después de los aplausos calientes en las penas culminantes del drama...

Este hombre come todos los días como Sancho en casa del imbécil del duque. Los obreros sin trabajo ayunan y se desesperan. El Asilo de La Caridad adolece por falta de medios económicos.

Estamos dando de comer a muchos borrachos, mientras dejamos que sueñen, los pobrecitos, con un zoquete de pan los hijos de muchos obreros que no son mendigos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 2-IV-1932.

338.—ESBOZOS. EL EJEMPLO

El Cantábrico, 13-IV-1932. (Vid. O. C., págs. 307-309).

339.—ESBOZOS. PALABRAS VIEJAS

Este gran hombre tenía unas largas melenas cenicientas; unas facciones duras; una mosca gris debajo del labio inferior; unos ojos grandes, con candelitas de ingenio.

Exterior vulgar de labriego acomodado, con ropas recias y bastón de vuelta muy pulido y brillante. Hombre fuerte que tuvo alas pequeñas de gorrión en el campo sembrado, en los arrayanes y piteras de Málaga; que picoteó en los viñedos de la tierra pairal y cogió gracia en los salinares y en las almadrabas. Después fue águila desde el turbante del Mulhacen al cielo turbio de la Pirenaica. Nosotros estamos ante este gran hombre. No vemos lo grisáceo de la cabellera, ni las pupilas expresivas, ni la carne apretada y morena del rostro. La materia se ha extinguido en este crisol del mundo, encendido con leños de flaqueza, con astillas de remordimientos y resignaciones, con luminarias de entusiasmos, de esperanzas, de buenas y cristalinas ideas. El espíritu sí. El espíritu queda en cualquier parte; en la taracea de un sillón, en los colores hórridos o joviales de un lienzo, en las páginas de un periódico o de un libro, en la cantería de un palacio, en el cornejal de una casu-

cha, en una talla, en un mosaico, en una cayada, en un saledizo, en un repujado. Y con el espíritu de los grandes hombres se puede hablar a todas las horas. Un día conversamos con Larra y nos dice que España es el país de las comisiones compuestas por gentes que ni hacen ni pueden hacer nada en ellas. Otro día hablamos con Saavedra Fajardo, y nos afirma que la sociedad debe consistir en que cada uno viva para sí y para los demás. A otra hora platicamos con Baltasar Gracián —que no conoció las vergüenzas, los despilfarros, las hecatombes de Cuba, de Filipinas, de Marruecos—, y nos dice que si España no hubiera tenido los desgüaderos de Flandes, ni las sangrías de Italia, ni los sumideros de Francia, ni las sanguijuelas de Génova, ni el devaneo de tantas malaventuradas aventuras militares, los pueblos estarían enladrillados de plata. Si conversamos con Cadalso nos dice que son muchos millares de hombres en España los que se levantan muy tarde; toman el chocolate; se visten; salen a la plaza; ajustan un par de pollos; oyen misa; vuelven a la plaza; dan cuatro paseos; se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar; vuelven a casa; comen muy despacio; duermen la siesta; se levantan; dan un paseo, refrescan; van a la tertulia; murmuran; juegan; cenan, y se meten en la cama...

Ahora estamos platicando con Cánovas. Otro día hablaremos con Costa, con Castelar, con Sagasta, con Salmerón... Cánovas, desposeído de sus lentes, de sus ropas recias, de aquellos rápidos movimientos de su cabeza en las insignes polémicas parlamentarias. Ahora tiene vestiduras blancas con unas ringleras negras. Surge el campo en el hilo fino de la conversación. El campo como incremento y estímulo maravilloso de la economía española. El campo y la política agraria. “España —dice— da sensaciones de una anomalía torpe y miserable en lo que se relaciona con el campo. En él está la mina más rica si ese cieno líquido que es el único riego de muchas tierras se convierte en canales anchos y cristalinos que saquen fertilidad de los temperos más zafios y áridos. El problema más palpitante de nuestro país es un problema de agua y de espíritu. Es menester robustecer el ánimo de los campesinos con grandes reformas sociales, con nuevos procedimientos de cultivo, con el alegre rumor de acequias y canales”.

Esto lo decía Cánovas y lo han dicho todos los políticos españoles; pero el dinamismo nada más que ha estado en la palabra...

“Otro de los fundamentos —sigue diciendo— de nuestros males presentes y pasados es, en gran parte, nuestra nativa pobreza; nuestra falta de espíritu de economía; nuestro desorden administrativo, así en lo público como en lo particular; nuestra prodigalidad viciosa; la desproporción entre nuestras fuerzas y nuestros intentos. No sólo la experiencia de mi tiempo, sino la adquirida en otros, que con alguna profundidad he procurado conocer

por documentos, que no por libros retóricos, me obligan a saber que no cabe positiva y duradera grandeza nacional donde hay pobreza e impotencia económica”.

Fijaos bien: por documentos, no por libros retóricos. La retórica en política suele envolver tartamudeces morales. El documento es síntesis de historia, esencia de costumbres, de actividades, de legislaciones. Más apreciamos a un hombre que diga vulgarismos en el discurso crudo, sincero, valiente, que sienta y que medite y que sea noble y honrado, que no a un señor diligente y petulante como un gallo, de desparpajo selecto y de vocablos finos, que hagan del léxico y de la forma su ruta política y su armamento de persuasión. Como también tenemos en más estima a un poeta rebelde, desgarrado de estilo, que sienta profundamente en una métrica arbitraria, que a un versificador pulido, de tendencias clásicas, ajeno a esas emociones y a esos sentimientos.

Después viene el consejo. El espíritu de Cánovas, encerrado en estas páginas, por medio de las cuales conversamos con él, exalta normas de exquisita ética, que nosotros grabaríamos en las paredes de las escuelas, de los talleres, de las fábricas, de las oficinas: “Trabajad, inventad, economizad, ahorrad sin tregua; no contraigáis más deudas, no confiéis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna; no seais hipócritas; no pidáis, a los que os gobiernan, milagros; no pongáis obstáculos a los Gobiernos que trabajan por el engrandecimiento patrio, aunque vuestras ideas, sociales o religiosas, estén en pugna con las de los hombres que llevan el estado; que vuestro patriotismo sea callado, melancólico, constante, implacable”...

¿No veis en las realidades presentes la necesaria aplicación de estos consejos, tan útiles, tan patrióticos, tan profundamente patrióticos?...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 30-IV-1932.

340.—ESBOZOS. UNA UTOPIA INTERNACIONAL

Unos cuantos señores se reunieron en Londres hace un año. Maestros de escuela, ingenieros agrónomos, escritores, jurisconsultos, lores, terratenientes y agricultores hacendados, que comparten con más deleite el pan tierno de la burguesía que la miga morena del bancal. Unos portaron quejas de

los labriegos que se extenuan y se cosumen en el lindero espantando a los gorriones y rumiando viejos pensamientos. Otros llevaron largas y angustiosas querellas de los mozos de labor, sin zamarra para el invierno ni blanca para aguardiente. Otros representaron a los pobres hombres de las tierras de alquiler, perdurablemente flacos y miserables.

A un saloncito azul, encarnado o verde de la City llegaron, llenas de escarcha y de polvo, las inquietudes y las amarguras de los campesinos. Tragedias y sobresaltos del agro, ansias tímidas y discretas de labradores, que son el manantial y la cítola y la rueda del molino y no les agradecemos el regalo de la corriente. Silos vacíos, manceras rotas, reciedumbres que se van quedando entre los terrones para no volver a erguirse; esos aspectos dramáticos del campo que se renuevan todos los días. Ya hemos dicho otra vez que la literatura agraria no ha estado de acuerdo con la entraña de las intimidades labradoras, quietas y resignadas en los caminos paralelos de la mies. Prosa barroca, recargadísima de embelecocos dulzones, que nació en fría mesa de nogal de bufete, lejos del surco y de la alberca. Mil y mil hanegadas de insinceridad, ataviada con roncerías y sutilezas cerebrales, que no tienen impulsos calientes del corazón. De vez en cuando, recios baladros de conciencias aislados e impotentes, que se han perdido en las complicadas manipulaciones de la tacañería gubernamental, disciplina, madrastra y cautiverio de las expansiones agrarias universales.

La piedra más terrible ha sido la del estado. Cae como una centella en el pobre cobertizo de los labradores y hiende el techo, y apaga la lumbre, y rompe la olla y se lleva el arca por delante. Después rasgan el aire otras piedras que suelen derrumbar las paredes y dejar los pueblos casi desiertos y los pegujales estériles: terratenientes avaros, gravámenes excesivos, recargos, apremios. Así centurias y centurias de restricción y de abandono. Unos se marchan a la ciudad a ver lo que pasa, que es lo único que pueden ver estos desdichados. Otros, con estímulo constante de esperanza, se quedan en la linde espantando a los gorriones y hablando medrosamente al recaudador de la contribución rural, que suele tener barbas zafias y mira de reojo a las yuntas, a los carneros, a los gallos. Las barbas del recaudador rural, casi siempre crespas y borascosas, como bigote de antiguo sargento de trompetas, vienen a ser un símbolo de la añeja gravedad de las alcabalas españolas, cuando tiemblan en un portal aldeano, en un agreo, en una herrería...

Los maestros de escuela, los literatos, los ingenieros y los jurisconsultos ingleses comentaron los aspectos del problema del campo en los países europeos. Después tomarían el té y fumarían unas pipas. El humo es el símbolo de la mayoría de las reuniones que celebran los hombres de pro para tratar

de las miserias de los hombres humildes. Pláticas y avenencias corteses en la polémica de los poderosos, que terminan en remanso, como riña de enamorados. En este remanso de coincidencias y asentimientos recíprocos, no ha sonado nunca —sincera y honrada— la voz de las ansias agrarias. Levísimos y arbitrarios reflejos de estas pesadumbres en los discursos de los lores, en las chispecitas de misericordia de los maestros de escuela y de los clérigos anglicanos. La palabra de los lores es pincel que esconde con pintura nueva y optimista lo hórrido del lienzo. Se van borrando los motivos angustiosos, los colores que entenebrece y producen remordimiento. Manchones aquí y allá que ocultan el desgarró de la realidad.

Por fin, un lord lanza la iniciativa. Se constituirá una Sociedad internacional con el nombre de la Cruz Verde, para remediar la situación del campo en sus fases agrícola y forestal. A ella pertenecerán los labradores de las naciones que se adhieran al acuerdo, mediante el pago de una cuota mensual. Ahora caemos en la cuenta de que el mejor remedio para enervar las tristezas y las hambres de los pobres es que se trastruequen los términos y que los pordioseros den limosna a los ricos.

Otra piedra que se dispara contra la crisma de los labriegos. Una piedra internacional lanzada desde la City. Algunos assembleístas llamarían idiota al lord, con el pensamiento, y otros —también con el pensamiento— le habrán llamado inconsciente, y otros habrán vuelto el rostro para esconder la sonrisa delatora.

Pero todos aceptan la iniciativa y fingen en la mirada acatamiento y admiración a su agudeza.

Estas escenas se repiten cotidianamente en todos los países del mundo. La mitad del pueblo es un gran hipócrita. De la otra mitad, unos creen en el yelmo y otros en la bacía.

Ahora dicen los periódicos que va a comenzar el funcionamiento de la Cruz Verde Internacional. También comenzó a actuar la Sociedad de Naciones...

Los labradores que se dejen engañar cargarán con otra cruz, y continuarán medrosos ante las barbas crespas del alcabalero, que a lo mejor resulta el encargado de cobrar las cuotas mensuales de la nueva asociación...

La Cruz Verde dice que quiere remediar los quebrantos que el hacha y la sierra originan en los bosques; los daños de las sequías y de las tormentas; el desastre de las inundaciones en los sembrados. La teoría es bellísima. Quizá responda a un sentimentalismo. También puede orearse en las an-

sias de un negocio o de una vanidad. Estas cosas tan profundas no se arreglan con la literatura de una asociación internacional. Cajas de auxilios agrícolas, transigencias en el apremio, buenas y enérgicas medidas de repoblación forestal, escuelas rurales de agricultura, cooperativas y mutualidades laboradoras, más amor a la tierra y a los montes, estímulo de sistemas científicos en el laboreo, extirpación de anodismos nocivos. Incorporar a la velocidad de la dinámica social de las grandes federaciones del trabajo el eje antiguo y perezoso del campo, atascado en temores y en humillaciones que en cada país tienen características y relieves muy distintos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 8-V-1932. (Vid. n.º 298).

341.—ESBOZOS. EL ESCRITOR DE “EL OBISPO LEPROSO”

El Cantábrico, 15-V-1932. (Vid. n.º 276).

342.—ESBOZOS. EL PROBLEMA SOCIAL DEL CIEGO

(Vid. O. C., págs. 267-269, donde publicó Llano la primera parte —una de sus más bellas y emocionadas estampas— de esta colaboración periodística).

Buena gente esta del Occidente montañés, con un pico en la boina, cabeza abultada, espaldas anchas y fuertes. El señor Manuel tiene pico en la boina, que es como la divisa de la raza. No hacen falta campos en azur, ni fieras rampantes, ni filigranas de piedra en los escudos. El pico en la boina vale más que todo eso. Es como la tronera de un palacio, como el triángulo de una vieja alacena, como la techumbre de una sopeña en las quiebras de Sejos y de Martul. Y la cara ancha y noble y los párpados hundidos, quietecitos, enterrados en la carne, allá dentro, donde antes había claridad, la claridad que ha pasado al alma, que es donde los ciegos tienen las pupilas. Este hombre nos habla de sus compañeros. La conversación tiene calores de optimismo. Evolución maravillosa de la energía y del temperamento colectivo. Ahora hay treinta y dos vientos en la bitácora de los ciegos. Antes nada más que había dos. El uno iba a parar al asilo y el otro a la mendicidad. De lo primitivo a lo moderno, de los dos rumbos anodinos a los treinta

y dos vientos de la náutica; de la alforja a la caja fina del violín; del individualismo triste y casi zahareño a la federación laboriosa y jovial

El señor Manuel nos habla extensamente de la última asamblea de ciegos. Nuestro padre es locuaz y amable. La conversación ha sido larga, a la vera de las cristalerías del quiosco con cortinas de periódicos. Esa asamblea ha sido la iniciación de una campaña constante que despierte el interés oficial por los diversos problemas de los que no ven. Es bastante considerable la cooperación particular para el fomento de las Sociedades del ciego; pero esto no es bastante aún, con ser muy plausible y generoso. Hace falta la penetración oficial con estas ansias tan dignas de amparo. Las legislaciones sociales españolas no han estimulado los deseos y las vocaciones de los ciegos, que casi todo se lo deben a la iniciativa particular. En las ciudades se ha dignificado mucho la clase; pero en la vida rural, el ciego, generalmente mendigo, se desarrolla en las mismas circunstancias angustiosas de hace ciento, doscientos años. El ciego agrario no ha sentido aún el impulso de la civilización. Una alforja, un palo, un lazarillo y a veces mofas de las gentes groseras. Todavía existe la explotación mendicante del niño ciego. La explotación inicua de los padres que le enseñan como único abecedario el Ave María del pedigüeño. Del ciego nada más que se han ocupado en la literatura con un sentimentalismo ineficaz. Y en la literatura se han petrificado sus penas y sus inquietudes; pero no sus pensamientos, sus meditaciones y sus deseos. Esa asamblea es el aldabonazo más fuerte que han dado los ciegos en la portalada de su evolución social. Medios de vida decorosos, nuevos caminos, enervamiento de la mendicidad por otros sistemas más dignos, participación de la juventud en las actividades burocráticas. La asamblea tiende a eso: a la exaltación del decoro, de la dignidad, del trabajo... Ciegos artistas, ciegos convertidos en pequeños industriales, ciegos educadores, ciegos tecleando en las máquinas...

El pico de la boina da cobijo a muy buenos pensamientos. Los buenos pensamientos de un padre con el que conversáis, sintiendo recuerdos de sensaciones de niño, cuando queríais hurtar, y hurtabais a veces, las sucias monedas del platillo...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 22-V-1932.

El quicio de las puertas. Sería muy curioso un ensayo crudo y sincero acerca del cometido importantísimo del quicio de muchas puertas con determinadas características del desenvolvimiento humano. En la segunda mitad del siglo pasado —mescolanza de romanticismo, de influencias espirituales exóticas, de decadencias y vahídos de la tradición—, el quicio de las puertas fue elemento esencial y hasta prestigioso de la literatura malaventurada de folletín. Poco antes lo habían sido las silenciosas callejuelas toledanas; las barbas y los calzones raídos de los pobres maestros de escuela; los barrios de judería con sedimentos de viejas leyendas; las rejas de las cancelas y los rosales de Sevilla; los manteos desteñidos de los capellanes; las novias de los presidiarios; los señoritos de las alquerías; las rejas y las mujeres guapas de los mayores. En el quicio de las puertas cerradas aparecían una mañana los niños que iban a parar a la misericordia del torno; en el quicio de las puertas se aterecían de frío los capitalistas de la crápula, venidos a menos; las mujeres alegres ya encanecidas y mustias; los ancianos y las ancianitas que tenían cara de haber llorado mucho; los golfillos de “manos delicadas” y “cabellera rubia” que a lo mejor resultaban hijos de marqueses, de duques, de millonarios; la vieja sigilosa y covejera que escurría su sombra por la calleja y esperaba a un caballero, mozo o viejo, para entregarle una carta misteriosa; el jovencito casi adolescente que estaba pálido y tenía clavados los ojos, apocados y tristes, en los cristales de una ventana...

Muchos capítulos de muchas novelas de cuadernillo semanal en el quicio azotado por el viento y por la nieve de diciembre, que es el mes más dramático y más hórrido de aquella prosa sentimentalona que leerían a hurtadillas las traviesas colegialas de nuestro ingenioso señor don Manuel Fernández y González.

Iniciaciones y desenlaces de novelas pícaras o dolorosas en el quicio de muchas puertas de Santander. La piedra ha sido siempre el escaño de estas inquietudes hipócritas o sentidas. Piedra de pórtico, piedra de orilla de camino, piedra casi mística de humilladero, piedra gitaña de establo.

Aquí tose una mujer descolorida, que parece que nunca fue joven, con una criatura en los brazos y otra agarrada a las haldas rotas y oscuras; allí las cuchillas cansadas y el trémulo encogimiento de una vieja que ansía un pedazo de pan o un vaso de aguardiente; allá el ovillo de un anciano que es posible que maldiga de aquellas antiguas caricias que posó en la cara de los hijos; aquí otra mujer que presenta implorante la mano desaseada y finge en el rostro aflicciones infinitas.

Ha pasado un señor y ha dado limosna a esta mujer, que tiene los ojos hundidos y la cabellera —aun joven— como vellones de oveja. Ha pasado otro señor y ha hecho lo mismo. La mendiga tose dos, tres, cuatro veces. La tos es algo así como el ruidoso estribillo de la mendicidad, como una antífona de la pobreza. Unas veces el estribillo es natural, espontáneo, doliente, aterrador. Nosotros castigaríamos a los miserables a escucharle eternamente. Otras veces sale forzado, artificioso, inaguantable, como el lloro de una plañidera...

La cara de la mendiga pierde aflicción al recuento de las pocas monedas que guarda en la faltriquera. A medida que se va llenando el bolsillito se enerva la tos, lo mismo que se acalla el cacareo de las gallinas mientras se van hartando de grano.

Se acerca un hombre que anda lenta y cautelosamente, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Hablan unos momentos, apresurados, sigilosos, como habla en la calle a la madre mal vestida la hija presumida y coqueta que va con el novio señorito. El hombre ha exigido a la mujer con los ojos, y la mujer ha sacado tres o cuatro monedas de cobre y las ha puesto en la diestra del varón. Éste ha refunfuñado y ha apretado violentamente, con ira, con destemplanza, la mano delgada de la mendiga. No sabemos cuántas cosas malas, cuántos torcidos propósitos, cuántas amenazas asoman en los ojos enojadísimos del cínico. La mujer ha temblado ante aquella opresión de los dedos varoniles. Después ha vuelto a poner más monedas en la diestra avarienta del hombre. Una disputa breve, iras de él y mansedumbres de ella, intransigencias y temores silenciosos...

—¡He dicho que siete!

—¡Si nada más que tengo cinco, por Dios!

—¡Siete, siete!... ¡Me hacen falta siete!

—¡Si no tengo más que cinco!...

Él la dice unas palabras al oído...

Ella dice con voz medrosa, casi temblando:

—Espera, espera en la esquina, hasta que tenga las siete...

Los niños ríen inconscientes y llaman padre a ese hombre. Hay que definir bien la paternidad. Este hombre...

Vuelve a refunfuñar el rufián, y espera en la esquina con impaciencia, fumando un cigarro. La mujer vuelve al estribillo de la tos y sigue alargando el brazo a los transeuntes. Es para su ánima un imperioso recuerdo la candela del cigarro, que brilla y se apaga y torna a brillar en la esquina. Pasan veinte, treinta personas y se compadece una. El rufián vigila y tam-

bién tose y después silba. Sabrá Dios el tremendo significado de esa tos y de esos silbos, entre chupada y chupada del pitillo. Ya están las siete perras gordas en el bolsillo del cínico, que se aleja satisfecho como un burgués que acaba de cobrar sus rentas.

En la esquina, en la mitad, al fin de la calle, hay una taberna. Van cayendo en el mostrador, en el mármol de la mesa, que tiene diminutas circunferencias rojas, las monedas de la mujer, que sigue tosiendo en el quicio...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 29-V-1932.

344.—ESBOZOS. ENEMIGOS DE LA REFORMA AGRARIA

Hay labradores conscientes y labradores que odian a la tierra, como hay herreros que odian al yunque y carpinteros que tienen rabia a la azuela y albañiles que no pueden ver la paleta. En España, lo de menos ha sido la vocación y el temperamento. Se inicia el aprendizaje siguiendo un viejo atavismo de familia o en edad muy tierna, cuando no se medita en la transcendencia del oficio. Por eso nos encontramos a menudo con malos educadores, con pésimos artesanos, con el desamor de muchos hombres a la profesión que ejercen porque no hay más remedio que comer y bullir en el mundo. El cariño al oficio es la exaltación más aguda del optimismo y del trabajo. Desposeído el ánimo de esta cualidad, todo se vuelven arrepentimientos tardíos, inquietudes perdurables, quebrantos morales, prevaricaciones, perezas. Por esto existen en las actividades materiales e intelectuales tantísimos fracasados en rumbos torcidos, sin enmienda posible: malos arquitectos, malos canteros, malos sacerdotes, malos maestros, pésimos mecánicos. El amor al oficio, la compenetración espiritual con la herramienta y con el ambiente. Resaltar ese amor con ansias de perfeccionamiento; deseo de destacar, de adquirir nuevas y prósperas habilidades, de penetrar en el secreto de aquella complicación, de esta anormalidad mecánica, de aquellas otras dificultades. He aquí la entraña viva del acierto, del éxito, del sosiego de la conciencia que hace a los hombres casi felices. Aquel arquitecto anodino pudiera haber sido un hábil cirujano. Aquel maestro de escuela, un originálimo arquitecto. Aquel abogado, un bonísimo industrial. Aquel capellán sin las virtudes teologales, llevando los votos como un enorme costal de piedras

y de hierros, hubiera sido un excelente padre de familia, un excelente boticario, un perfecto ingeniero o un buen agricultor...

Pues sí; hay labradores conscientes que cuando meten la reja del aladro en el bancal, parece que van salpicando de voluntad y de amor todo el suelo agrario. El corazón se compenetra con la arcilla morena, revuelta y encrespada como un piélago. Este hombre cuida la tierra, la regala y la contempla como el cartujo su jardín, el místico su cruz y el niño el zumbel de su peonza y la niña su acerico nuevo. Hay algo de recreativo, de religioso, de ingenuo. Un concepto noble y cariñoso de la mies y de la pradera, de los azarbes, de los bosques, de las lindes, de las acequias. El mismo concepto que predicara Castelar como esencia y cauce de todas las reformas que se llevaran a la agricultura. El campo respingaría de laboriosidad y de abundancia con la sementera constante de estos preceptos en las conciencias y en los terrenos rurales. Amabilidad, que no es otra cosa que una consecuencia vigorosa de la vocación; de ese arrobamiento que sentimos los unos con nuestros libros, los otros con sus ringleras de números, aquéllos con su azuela, éstos con su timón.

Un labrador con vocación es motivo transcendental en el área de los trajines sociales. No todos los que andan en las barcas son pescadores, ni todos los que hacen hoyadas en la mies son labradores. Han degenerado mucho estas dos profesiones, que tienen cierta analogía moral.

La civilización no ha influido en el campo con fuerza amorosa y optimista. La civilización ha entrado en los pueblos agrícolas con unos sonajeros violentos de ambiciones que han modificado el carácter del noventa por ciento de los labriegos. Ansias profundas de un éxodo a la ciudad, a las fábricas, a las labores obreras de la capital. Unos deseos grandísimos de sacudirse para siempre el polvo de la tierra; de vestir el capote de guardia, la chaqueta de consumero, la levita de los hombres que acicalan los portales burgueses. No es el deseo de ver prósperas las tierras, de mejorar los contratos de aparcería, los elementos de cultivo, la condición social dentro de su oficio. Es un sibaritismo arbitrario fuera de estas inquietudes, que podían ser tan fértiles y tan transcendentales. La comodidad, el trajín liviano, las sombras y los ocios que ellos pretenden ver en esos capotes, en esas chaquetas, en esas levitas.

Uno va al pueblo y se gasta un duro y fuma unos pitillos gordos como panojas. Ese duro es posible que esté anotado en la libreta morosa de alguna tahona, de alguna tienda de la ciudad. Pero esto no lo sabe la buena gente del pueblo. En la quimera de muchas imaginaciones repercute, como un estímulo maravilloso, el brinco de las pesetas en la madera vieja del mosrador. Ese duro ha tenido febriles y despiertos aquella noche a muchos se-

gadores, a muchos leñadores, a muchos carreteros...

En las tinieblas del cuarto sale la palabra amarga y envidiosa:

—Pedro vino hoy y se gastó un duro en la taberna... La suerte, mujer, la suerte... Nosotros ni un real ni cuatro reales... No estaría mal un empleo en Santander... Ya ves; gastó un duro en la taberna... Dice que gana todos los días veinticuatro reales...

Ese duro, repiqueteando en el estrechísimo concepto de la economía rural, es como una tentación, como un estímulo de gula, como un violento crecer del menosprecio para todos los terrones y todos los regatos de la mies... Ese duro ha aumentado el odio a los aperos, a las albas del estío en que hay que agarrarse al asta del dalle predería arriba, pradería abajo. El dinero allí es cosa casi extraña. Ubres, gracias de hortalizales, agreos, rebaños, losas y paisajes del Antiguo Testamento. Se vive con pesadumbre; pero se vive con esos huertos, con esas borregas, con esos castaños. Y en la ciudad, amigos labradores que queréis venir a ella, faltan esos huertos, esas borregas, esos árboles. Y también faltan los veinticuatro reales que envidiáis a aquel tío vanidoso que se gastó un duro en unas jarras de vino. Valen más vuestras trigueras de patatas, vuestros celemines de alubias, vuestras estirpías de panojas, que esos empleos estúpidos con que soñáis mientras picáis el dalle o vais detrás de los campanos por el camino del monte.

El más enconado enemigo de la reforma agraria —enemigo inconsciente y torpe— le constituyen estos menosprecios, esa falta de vocación, ese arbitrario y bobo sibaritismo que ha encontrado posada en el ánimo de muchísimos labradores que cambiarían de buena gana su independencia, su huerto, su casa, su pareja, por un empleo de veinticuatro reales...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 5-VI-1932. (Vid. O. C., págs. 261-265).

345.—ESBOZOS. UN RESPLANDOR EN ORIENTE

Ahí quietecito entre naranjos más abundantes que los de Jaffa. Montañas indias doradas de sol, montañas rotas y duras, montañas zarcas a su alrededor. Resuellos de vidas que se van cansando, siervos de barba taheña que tienen la frente de color de sillería vieja; manos gordas y ásperas de campesinos; cedros y mosaicos que relucen.

El niño quietecito entre los naranjos cierra los ojos y medita. Parece

que siente en el cráneo toda la pesadumbre de Calcuta. Resalta en su espíritu la compasión prematura, y tiene lástima de las caballerías que pasan por su puerta con serones de hortalizas y garrafas de miel. Intimidación de huertos, de mansiones señeras; muchos apetitos y muchas ansias de penumbra y de recogimiento. Le aturde el retrueno de la multitud; el grito fuerte y ancho del mundo que canta y llora en los arrabales y en los paseos. La vida se inicia en él como una gota de claridad en la que se ven todas las tragedias del hombre. Tiembla el pobre niño en el refugio de las oliveras, entre el zumbido que llega de las vías angustiadas de sol; entre los báculos y los lienzo fanáticos que van y vienen de peregrinación con varas de cidra y ramajes sagrados de teberinto. Sus ojos se cierran al paso de los poderosos que llevan oro en las sandalias y en los arreos de los caballos. No cree el niño en la humildad y en la devoción de estos peregrinos que ponen diamantes en los iconos.

Abre los ojos ante las caravanas que dejan olor de miseria y de desgracia. Andrajos y vendajes, piernas retorcidas, manos secas, pupilas sin brillo, laringes con lepra. A su recato llegan mezclados, como voces de disputas, las alegrías y las pesadumbres de las dos peregrinaciones: la una resplandece y marcha retronando con aleteo de puntas sueltas de turbantes ricos; la otra va remisa, canija, oscura y abatida, muy lenta y silenciosa. La primera tiembla de gozo, y la segunda, de pena...

Precocidad del cerebro y del corazón para compenetrarse con las angustias de estos caminantes que pasan y repasan todos los días cerca de los naranjos del niño. Él les arroja el fruto por las bardas y sonríe a los infantes ateridos o abrasados, que casi siempre ansían el agua fina y graciosa desde la giba de un camello flaco, o la lumbre suave que derrita la escarcha de sus cuerpos.

Un temor muy secreto, con desasosiego que le encoge y le hace llorar entre el arrayán del huerto. Contempla sus vestiduras decorosas y las compara con las vestiduras de aquellos niños que van de camino, muy flacos y casi desnudos.

Un día les arroja su jaique, como una paloma de leyenda. Sonríe de contento y no siente la desnudez de sus brazos gordezuelos. Pronto se vuelve asombradizo y se arrepiente de haber arrojado el jaique a la triste caravana. Los niños han rodado por el polvo en revoltijo dramático. Se disputan el regalo a golpes. Uno le coge con ira, otro se le hurta con más ira, otro le rasga y se lleva un pedazo. Después tornan a la lucha con más brío. Lo mismo que hacen los hombres por el pan, por la vanidad, por el egoísmo. Los rostros parece que tienen lumbre; hay líneas rojas de golpes en los brazos, en el pecho, en la frente. El jaique es ya un andrajo lleno de

polvo. Al verlos marchar, mohinos y rencorosos, por el camino rubio, el niño se aflige en meditaciones indecisas y tenues. Su jaique voló de las bardas al camino con alas de misericordia y se trocó en estímulo de guerra. Era una lástima que no tuviera una túnica para cada niño.

Pensó que todos los hombres necesitaban un jaique para que no se golpearan. Mientras unos tuvieran vestiduras y los otros enseñaran las carnes, la discordia y el odio no se apagarían en el mundo. Él quisiera tener todas las plumas de garza y todas las pieles de las corderas para reposo de los desnudos...

Ya hombre, lanza imprecaciones de profeta contra la avaricia que no siembra, contra la riqueza que no reparte, contra la práctica arbitraria soberbia de las religiones que no están de acuerdo con la dulce teoría de los salmos, de los preceptos, de los doctrinarios.

La discordia de los niños por el jaique es la esencia humanitaria de las ideas sociales y pedagógicas de Tagore, el gran educador indio, a quien van a rendir un homenaje los pequeños escolares de su país. Tagore —que muchas veces ha venido a Europa con un libro de memorias en la diestra, rubia la cubierta como las barbas de Jesús— ha contemplado a los niños con los ojos de las madres y a las madres con los ojos de los niños. Ímpetus constantes de caridad para los hombres sin túnica...

No se puede enseñar al niño lo que no se ama. El objeto de la educación es mostrar al hombre la verdad en su unidad de conjunto. En otro tiempo, cuando la vida era sencilla, todos los elementos que componen la humanidad se armonizaban. Más tarde se han separado las facultades de la inteligencia y las facultades del espíritu. La infancia debiera beber a grandes sorbos en la copa de la vida, y el espíritu juvenil debiera empaparse de la idea de que el medio de que forma parte está en armonía con el mundo entero.

Menos vanidad, menos avaricia, menos montoncitos de oro escondido, sin fructificar. Más amor, más misericordia, más sencillez. Esta síntesis de las doctrinas de Tagore serán grabadas en los pórticos de las escuelas indias. No estaría mal que ese resplandor de Oriente llegara a Europa, a las escuelas de Europa, donde se cultivan los cerebros más que los espíritus...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 12-VI-1932.

Vamos a hablar un poco de la voluntad. De la voluntad del espíritu; de la voluntad que lucha todos los días con el abatimiento del corazón, con el apremio de las necesidades, con la prisa de las obligaciones. Estas cosas no las comprenden los que tienen muchas camisas que poner y muchos sillones blandos donde arrellanarse en la siesta. Para ser buen capitán, es menester ser antes marinero. Primero, las drizas, los rizos en las gavias, el calafateo de las escotillas cuando los brincos rabiosos del mar saltan por encima. Después, el puente, los manteles de la cámara, las despensas secretas del mayordomo.

En estas otras rutas que marcan los hombres en tierra firme, los unos con sus lágrimas y los otros con sus buenas venturas, hay muchos que ya nacen capitanes, que llegan a capitanes sin haber izado la cuerda de un escandallo, sin saber lo que es una tempestad, una noche fría en la cofa, unas horas abajo con los hornos que hacen retremblar al hierro. Estos no pueden comprender la transcendencia de esa voluntad que lucha todos los días con el cautiverio económico, con la hostilidad de los medios de sustento, con la preocupación de un probable y forzoso descanso, cuando más nos fastidia el descansar. La voluntad que va fecundizando en ese lecho tan erizado y tan triste es de lo más maravilloso de la creación. Ni el ingenio, ni los múltiples acopios de letras, ni las exaltaciones intelectuales, ni la poesía, ni la clarividencia, sublimizan las moradas interiores del hombre como ese ventalle de la voluntad. Estas cosas sí las comprenderán los que son grumetes toda la vida, los que nacen grumetes de esta inmensa barca del mundo y mueren grumetes en el último temporal; los que tienen que salir todas las mañanitas, como los pájaros, a ganarse la vida; los que buscan un tajo para trabajar y no le encuentran; los que tienen pocas camisas que poner y muchas ganas de una cosa que nunca llegan a probar; los que se retuercen el corazón en la infinita sentina del mundo; los que han tenido deseos de romper unos cristales y hurtar un pan; los que tienen muchas angustias allá adentro y hablan de otra cosa. Estos sí; estos han de comprender la importancia de esa voluntad. El dolor se entiende perfectamente con el dolor...

Tocan todas las campanas del mundo. Todas las campanas del mundo tocan, a lo mejor porque un avaro ha dado limosna a unos pobres. Todas las campanas del mundo tocan briosas, rápidas, petulantes, roncacas, cristalinas, porque un hombre con pico de oro ha dicho que la guerra es el sui-

cidio de la humanidad. Tocan todas las trompetas y todas las flautas de la tierra. Un poeta ha hecho unos versos, un financiero ha hecho un buen negocio, un extravagante atraviesa solo el Atlántico en una barca. Estruendo de confín a confín. Hasta parece que rechina el eje del mundo. Los ruidos de estas proezas se dilatan en todos los horizontes. Un cristiano tiene cien mil, se muere y deja cinco para obras de misericordia y mil para sufragios. Con sufragios y todo, no irá donde esté Jesucristo. No ha entrado el camello por el ojo de la aguja. Y venga el tocar de campanas para que el mundo se entere de las tonterías del prohombre de pico de oro, de la aventura infecunda y estúpida del hombre que va solo por el mar allá...

Es posible que pasen desapercibidos, menospreciados, otros motivos más humanitarios, más sinceros, de más transcendencia en las características morales del mundo.

Un hombre que se ha convertido de helecho miserable en roble corpulento. Las potencias todas estremecidas de ansias, debajo de la tierra, en los caminos tenebrosos de una mina. Caminos de infancia aquellos túneles de la mina. El aire y el sol arriba, en la costra, para los niños y los adolescentes que no tienen la desgracia de ser mineros. Fue naciendo la voluntad en aquellas tinieblas húmedas. El padre murió allí, entre las tierras rojas, en las tierras profundas, pensando, quizá en unos peniques que le hacían muchísima falta. Vino la avalancha, y el deseo se le apagó con la luz de las candelas. Aquellos peniques serían la postrera ambición. Los chicos se quedarían sin ellos. Entre el revoltijo dramático de la tierra, lo más leve sería la angustia material. Lo otro, lo otro, lo que rasga el alma, el recuerdo, el pensamiento, la amargura del ánimo; los rostros de los hijos chiquitines que se van borrando en la memoria. Aun en la inconsciencia de los últimos instantes, aquellas caritas, aquellos colores de los vestidos de los hijos, aquellas sonrisas. Es terrible morir en una mina, en el mar, en el monte, en el lecho, en cualquier parte, cuando se deja a los hijos desaviados. Hasta en esos momentos persigue a los pobres lo que les ha hecho andar desmaledados y flacos toda la vida: el dinero, el dinero. Aquel hombre que va por allí tiene millones y no tiene hijos. Aquella dama lega un gran edificio y muchos miles de duros para los perros abandonados...

Civilización científica, mecánica intelectual. La otra, no. La otra todavía no es civilización. Falta mucha sensibilidad, mucha nobleza de propósitos, muchos deseos de purificar los instintos y las conciencias. Mientras los padres de familia mueran con esas tremendas angustias, la gente no estará civilizada. Y mientras el mundo huela a pólvora, a metralla, a pan de munición... Falta mucha ética y sobra mucho mecanismo.

Pues sí; el hijo fue a trabajar, todo aterido de pena, con el luto nuevo, a la inmensa huesa donde quedó el padre. Era adolescente, estaría pálido, se acordaría de las faldas de la madre allá abajo, con tierra roja en la cara. Un día le pegaría cualquier minero. En sus abstracciones de niño huérfano, sabe Dios con qué pensamientos andaría a vueltas. Y venga de sacar mineral, siempre de noche. Ser siempre de noche con luminarias de aceite y de mecha. Un poco de claridad del día todas las mañanitas. Después la noche, la noche que empieza para los mineros a las ocho de la mañana. Ver un poco el sol y sepultarse en unas tinieblas, en las entrañas de un monte, para oír las blasfemias, los crepitesos de las luces, las risotadas de unos hombres que se hartaban de aguardiente. Un día cogió un libro y leyó. Inconsciente apetencia de lecturas en las noches del invierno, en que hasta el viento parece que tiritita de frío. Autodidáctica maravillosa en los albores de la juventud. Y entonces amanece la voluntad, el método, el ansia de salir de la mina, de aquella noche de años y años. Van cayendo retorcidos todos los apetitos de la edad. Los avíos del oficio y los libros. La voluntad es la que lleva la brida. La voluntad por encima de todos los estímulos voluptuosos y sibaritas. La cara con tierra roja, las manos encallecidas, dejar el picacho para coger el libro, caminito de la mina, caminito de la casa. Él vería a las muchachas y las tabernas. Vacilaciones, tristezas y muchos quebrantos en el cerebro y en el alma. Es muy duro el trabajo en la fosa donde quedó enterrado el padre. ¡Anda, anda, dale al picacho, que es tu suerte! Pero él no quería que esa fuera su suerte. Los mineros seguían hartándose de aguardiente; él seguía hartándose de libros. Ya tiene veinticinco años y muchos cabellos blancos; pero no importan esos cabellos blancos. Un bello brinco de la voluntad, más recogimiento, más hilos de plata en la cabeza. Ya tiene treinta años. Hace diecisiete que se mortifica este hombre. Alegrías cortas como el pico de una pisondera. Una mañana va a la ciudad, temblando como cuando entró en la mina. Penetra en un edificio donde entran y salen muchos jóvenes bien vestidos que contemplan extrañados el continente del trabajador que llega a la Universidad con cara apocada. Torna a salir a las dos, a las tres horas. Se tambalea en las grandes escaleras, apoya el brazo en una columna del pórtico, y en el brazo apoya la frente. Este hombre está llorando, está llorando todo estremecido...

—Otra vez será, hombre... Otra vez será —le dice un bedel burlón, que pasa junto a él.

Se dilatan los labios en una sonrisa y la sonrisa se llena toda de lágrimas:

—No, señor, no... No es por eso... Es que ya soy doctor... ¿Sabe?... Yo trabajaba allá abajo...

El bedel no se explica que un hombre que acaba de hacerse doctor llore tan angustiosamente. Los que él vio salir con el doctorado en el bolsillo reían vanidosos y petulantes.

Las lágrimas de éste se rompen en la columna por eso, porque había trabajado allá abajo. Y trabajar allá abajo y llegar allá arriba... ¿no es para llorar, señor, no es para llorar?...

Ahora sí; ahora pueden repicar todas las campanas del mundo. La noticia sintética de los periódicos ya es un himno de campanas universales. Un pobre minero inglés se ha hecho doctor. Lo mismo da que sea inglés, español, alemán... Es un minero. ¿Vosotros no comprendéis la transcendencia profunda de que un niño huérfano, de que un joven encanecido de trabajos, llegue a doctor de las ciencias y de las letras a los treinta años?

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 19-VI-1932.

347.—ESBOZOS. LOS ANACORETAS DE LAS ORILLAS DEL MAR

Tema venerable, análogo a otros muchos que andan por ahí, crudos y largos, como la sombra de una triste caravana que ya no grita porque está acostumbrada a todos los azotes y a todas las intemperies. El problema de los torreros, o mejor dicho, el tremendo problema de los hijos de los torreros.

Con motivo de la asamblea celebrada recientemente por estos beneméritos empleados del Estado, los periódicos desempolvan el viejo tema y le recaman de un sentimentalismo muy hondo y muy sutil, que es la vitalidad, la lumbré, el pan y la sal de estas cuestiones preteridas años y años. El sentimentalismo, estrella y camino, sombra y posada, rocío y escaño tierno de estas ansias de los hombres buenos que hacen los periódicos por el sosiego espiritual de otros hombres señeros en las farolas y no muy felices. En la prosa de esos periódicos se simplifica prodigiosamente el concepto de la misericordia. La hipérbole tiene ya mortaja. Antaño la concisión era enjuiciada como manía de hombres raros. ¡Hipérboles horribas, oscuras, centelleantes, morbosas, alegres, de hace cincuenta años! Hoy, la hipérbole nada más que rebulle en algunos procedimientos burocráticos. Va desapareciendo de la literatura, del arte, de los periódicos.

Superioridad de lo escueto sobre lo ampuloso. Esta es una de las carac-

terísticas más resaltadas del siglo. Ayer, una alegoría recargada con muchos colores y mucho aderezo de alas, de rosales, de exornos de égloga, de hojas, de columnas. Hoy, su surquito, una raya, una mancha, una línea enérgica o trémula. La simplificación discreta en el concepto de la misericordia y de la justicia, es más presta y más contundente en el persuadir que esas descripciones premiosas y estiradas que van contando y recontando, como los monjes sus cuentas, todos los pelos y todas las arruga de las cabezas abatidas por la pesadumbre. No importan las ondulaciones del camino, ni las anfractuosidades del atajo, ni el enjabelgado de las paredes, ni los árboles del huerto, ni los postes del vestíbulo, ni el número de peldaños. Basta con una sensación, con un pensamiento, con una sugerencia. Compendiar en una frase todos los accidentes de la jornada y llegar a la raíz, a lo íntimo de la plaga. Esto es lo que están haciendo los periódicos con el problema casi angustioso de los hijos de los torreros. Simplificación, energía y sentimentalismo —también escueto— en aliño nuevo de pocas líneas, de pocas imágenes, de mucho espíritu.

El torrero es misántropo. Un día se va a trabajar a un faro de cualquier isla o de cualquier litoral. Atrás queda el mundo insaciable de apetitos. La necesidad empuja violentamente, pone en somnolencia a las ilusiones, hace entregarse a cualquier racha que nos lleve a un lugar de relativo sosiego. En la torre está el pan de la mujer y de los hijos. Torres de las islas con un huerto de hortalizas mojado de espuma de mar. Torres de la costa, que son prolongaciones enhiestas de la roca y de la lastra de la ribera. Y hay que ir a la torre, que es un refugio estruendoso contra la inclemencia silenciosa de la miseria. Un poco de quietud en medio del formidable retrueno del mar, que encenta en el tajo y salpica los cristales de la vivienda, las ropas tendidas al sol, las plumas de las gallinas que al caer de la tarde asela la mujer en el cobertizo.

Así unos años, ni dulces ni amargos, con peregrinación de escalones, cálculos calendarios, destellos y tinieblas. Y siempre el retrueno —reflejo del mundo— que lucha a brazo partido con el arrecife. ¡Cuántas quimeras y cuántas esperanzas en la ruta ancha y luminosa, como de luna, que regala la linterna al mar; en la espuma que se deshace en la piedra; en la sombra de aquellos árboles anémicos y siempre estremecidos, que parecen, desde el puente de un barco, unas pobres retamas secas, nacidas en la hendidura del cantil!

También se simplifica el ansia del hombre en la paradoja de una atalaya zahorí de distancias y de soledad. El ansia en el escalafón que mira y remira de vez en cuando el hombre de la torre con mezcla de delectación y de amargura, como el preso cuenta y recuenta los días, los meses, los años

que le restan de cautiverio. El escalafón es una carreta de pértiga; un velero sin las lonas hinchadas para correr; un galgo viejísimo y cansado que a veces da una leve carrerita y torna a tumbarse fatigado, hasta que vuelva una reminiscencia de los antiguos bríos. Mientras tanto, los hijos van creciendo. Algún día —poquísimos días— abandona el torrero la isla o el faro de la costa, lejos del pueblo, y vuelve con unos libros, con unos carricoches diminutos, con unos caballos y unas muñecas de cartón en los bolsillos de la zamarra.

Ha echado una cana al aire el buen torrero, y los niños se alegran de que el padre eche una cana al aire. Esta ausencia de horas es la felicidad de las criaturas, que esperan temblando de gozo el único regalo que les llega del mundo.

La escuela está lejos. Hay que atravesar una extensa zona de mar o muchos kilómetros de costa y de campiña. No se puede ir a la escuela. Los pensamientos del padre ya no se clavan en el escalafón perezoso y zafio. Los hijos, los hijos. Allí están sus penas, sus inquietudes, sus renunciaciones. El estado debe saber de estas cosas, de estos tormentos crueles, de este meditar de los anacoretas de la orilla del mar que tienen hijos y no pueden mandarlos a la escuela. No acaricia la resignación. No puede acariciar la paciencia cuando se trata de la infelicidad de los hijos, presos en la roca, en la isla, en peñones elevados, sin el rumor jovial del aula, que es la sinfonía milagrosa del optimismo infantil.

Este es el tema viejo que desempolvan los periódicos. La verdad desnuda y escueta. La verdad áspera de estas vidas que se retuercen entre piedras y brumas, esperando, esperando a que corra la escala del ascenso para ir con los cachivaches a otra torre menos solitaria, cerca del pueblo o de la ciudad, de las mesas escolares, de los talleres, de las fábricas, de las granjas, donde los hijos se instruyen y trabajan.

Una solución rápida. Un colegio, un internado decoroso y caliente para los hijos de los torreros. Un poco de misericordia y de justicia del estado para estas criaturas que contemplan cotidianamente, quién sabe si con envidia y con desconsuelo, el vuelo ancho y suave de las gaviotas que se van muy lejos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 26-VI-1932.

348.—ESBOZOS. EL CASTIGO

(Vid. O. C., págs. 291-294, menos el parágrafo de cinco líneas con que termina la versión periodística).

Nosotros pedimos para ese niño, para ese labrador, para ese obrero, que han llegado aquí, que están llegando todos los días... Sí, aquí, al Asilo de La Caridad de Santander, que va adoleciendo económicamente por eso, porque somos muy miserables, porque no pensamos en el castigo, porque el mundo es un egoísta, un hipócrita, que tiene la sensibilidad en el bolsillo...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 3-VII-1932.

349.—ESBOZOS. LAS CIUDADES Y LOS PUEBLOS

Años jovencitos y buenos. Años de pan, y de sueño y de caminatas bulliciosas en que las blusas se mueven como alas y la frente tiene todavía bendiciones de inocencia. Después viene el tiempo y todo lo borra. Caminitos y rosaledas, caminitos de campanillas, caminitos de hontanares muy claros. Después viene el tiempo y tira las rosas y rompe las campanillas y hace encrespadas y turbias las aguas del alegre hontanar. Pero mientras tanto la conciencia siempre está de Navidades y el corazón tiene adentro la flauta de un malvís. Más tarde habrá picos de azores, garfios de aguilonés, plumas de avefrías. La conciencia, unas veces estará de pascuas y otras de calvario. Unos nazarenos van y otros nazarenos vienen, con muchas cruces invisibles en el ánimo. Abajo, en los huertos galileos del mundo, estos años tan jovencitos, tan buenos, tan inofensivos, tan de paloma, que a veces tiemblan como las corzas, tímidos, angustiados, tristes, cerca de los lobos que muchos hombres llevan en la entraña...

Bendita sea esta pedagogía de ahora, tan humana, tan amable. El viejo aforismo está incrustado en las páginas amarillentas de unos volúmenes que estarían muy bien en la desaforada hoguera del corral de don Quijote. El viejo aforismo de la educación infantil española, de la educación infantil de todos los pueblos, abrasado, consumido, hecho cenizas como un relapso de cuando había lumbres sagradas en las plazas mayores de estos muy católicos pueblos que no eran muy cristianos pueblos. Exaltación bárbara de la violencia, dinámica de unas disciplinas ruidosas que llovían cueros largos en

la carne toda estremecida; rutina de letanías didácticas; arbitrario y mezquino concepto de la libertad infantil; temores sombríos y sobresaltados de una religión muy bella en sus fuentes, muy dulce en sus primeros olivares; pero mal entendida, Señor, mal practicada, mal practicada; muy en antítesis con aquella túnica, con aquellos pastores, con aquellos rabeles, con aquellos naranjos y aquellos cidros que exprimían calor de Jesús y de Magdalena redimida... Jesús, Jesús, que era judío y no tenía inconveniente en comer el pan de Samaria...

Otro concepto torpe de los viejos aforismos escolares: la quietud, la quietud, limitación de horizontes, los brazos cruzaditos, las cabezas humilladas, los labios apretados, el canturreo de unas jaculatorias, de unos números, de unos nombres geográficos. No habían podido entrar en los procedimientos las ansias de estas expansiones didácticas que dejan de vez en cuando los caminos de los pueblos para venir a la ciudad unas horas y contemplar las máquinas que imprimen los periódicos, las calderas y las bitácoras de los barcos, los libros de las Bibliotecas insignes, las estatuas de los hombres famosos por sus virtudes y por sus letras; trajines de producción, de arquitectura, de mecánica, de industria, de arte.

Hace años se moría la gente en los jergones rurales sin haber visto ninguna de estas cosas. De niños se compenetraban en la escuela con el rutinismo anodino de la época, patetizado en preceptos casi dogmáticos que hacían de la educación un cautiverio. La quietud recomendada para el espíritu, la calma en las ambiciones de la vida interior se relajaba en las actividades, en la pereza de las vocaciones, en todo aquello que significara divergencia con la costumbre, con el imperativo inflexible de la costumbre hecha ley, con el sistema escolar y social que tendía a la limitación, en vez de exaltar la expansión. Huellas de llantas y de pezuñas, el mundo de unas mieses, de unas cabañas en el monte, de unas viñas, de unas majadas, de una villa próxima al pueblo. Nada más que ese mundo a la sombra de la torre de la parroquia. Fiestas de la santa patrona, campanazos del antruejo, butrones del río, flautas de nogal verde, tamboriles y almoreces, la siega, la sementera, las vacas dueñas, la lana de los rebujales, las cucas de las nogaleras. El mundo de estas cosas, nada más que el mundo de estas cosas. Y el otro, el de los patriarcas, el de Abraham, el de los profetas. No importaba la tierra que estaba más allá de los mojones del pueblo. Con estas cosas había bastante para tirar de la vida. Lo otro era cansar los ojos y las piernas en devaneos inútiles, que a lo mejor quitaban la gracia de Dios y metían en la cabeza y en el pecho muchas ambiciones y resquemores.

Ahora no; ahora la pedagogía es más amorosa, más humana, más compasiva. El caso es que entonces, que siempre se andaba a vueltas con las

parábolas, con el amor de Jesús a los inocentes, con los jilgueritos y los salterios de Belén, se trataba a los niños con más desabrimiento.

Cada siglo tiene sus características y sus formas. Antaño estas características lo supeditaban todo a la compostura, a la rigidez, al articulado de una cortesía hipócrita, de la que aun existen sedimentos. Con la bondad en los sistemas pedagógicos vino la expansión, el deseo de universalidad a la par que el destierro de las varas, de las correas, de las torturas. La bondad ha creado la nueva pedagogía, como el espíritu de conservación y la dignidad han creado las grandes federaciones de los hombres para defenderse y ayudarse en estos arriscados caminos del trabajo.

A la idea angosta de limitación, de anodinismo, de quietud, ha seguido otra idea más amplia que ha ensanchado las perspectivas infantiles, que ha esclarecido los horizontes, que ha ido amortiguando el pobre concepto localista —aquel mundo tan pequeño y tan monótono—, para llevar al ánimo del niño principios universales, haciéndole ver que no todos los motivos de la vida, ni todas las devociones, ni todas las actividades, ni todos los afectos están en los terrenos, en los hombres, en las cosas entre los que se desenvuelven.

Estas excursiones que los pequeños escolares de los pueblos hacen a la capital responden a la ruta luminosa y ancha que abrió esa bondad —revestida de ciencia— en las arideces de los antiguos procedimientos educativos. Y también a ese apetito noble de conocimiento universal que es posible que algún día remelle la piedra bélica, el monte o las aguas de las fronteras, petulantes de muchas amenazas y de muchos deseos de entrar en candela. Los escolares de los pueblos llegan a la ciudad con su ortología antigua y amable. Traen mucha curiosidad envuelta en esos olores de campo que trascienden a fecundidad vegetal. Curiosidad de cosas nuevas; curiosidad que puede ser el nacimiento de una vocación ante el trajín de las máquinas, ante la piedra de los monumentos, ante esos museos de espíritu que forman las Bibliotecas, las pinturas, los caracteres bellos de las estatuas.

Complemento de las visitas de los escolares campesinos debe ser la visita de los escolares de la ciudad al campo. Compenetración estrechísima del campo con la ciudad y de la ciudad con el campo, desde la infancia. Enseñar a querer los terrenos rurales. Hacer ver en aquel brocal, en aquel cobertizo, en los carros de las camberas, en las ruedas y en las aspas de los molinos, en todos los aspectos de la agricultura, el elemento más fuerte y fundamental de la riqueza del país. Retazos de historia, de costumbres, de recuerdos viejos. Compenetrar al niño de la ciudad con el movimiento laborioso y espiritual de los pueblos. Uno de los males más profundos que han desgobernado a España ha sido, sencillamente, la falta de compenetra-

ción entre las inquietudes de las capitales y las inquietudes de los campesinos. Este error pueden remediarle estos niños tan jovencitos y tan buenos que juegan ahora en las calles y en las sernas... Como aquella petulancia de las fronteras...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 10-VII-1932.

350.—ESBOZOS. NUESTROS AMIGOS LOS VIEJOS

(Vid. O. C., págs. 315-318, a falta del párrafo de nueve líneas con que termina la versión periodística).

¿No habéis visto por ahí, en las fachadas, en los establecimientos, unos carteles que anuncian la fiesta anual en beneficio de los ancianos desamparados? Fijaos bien, ancianos que sois ricos, que no habéis probado esas hieles. Vosotros reís en la vida ante un buen mantel. Los duelos con pan son menos. Pero un día se acaba la risa... Fijaos bien... Un día se acaba la risa. Instante tremendo en que lo mismo os dará el oro que el cobre. Y si creéis en Dios, tenéis que amar a los hombres. Muchas de las cosas que están pasando en el mundo se han engendrado en esa falta de amor... Fijaos bien en esos carteles...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 17-VII-1932.

351.—ESBOZOS. LOS HOMBRES, CONTRA MARTE

Muchas veces se levantan las armas por la religión, y la ofenden; otras, por el público sosiego, y le perturban; otras, por la libertad de los pueblos, y los oprimen. ¡Oh, hombres! ¡Oh, pueblos! ¡Pendiente vuestro reposo de la ambición y capricho de pocos!—SAAVEDRA FAJARDO.

Tú dirás, lector, que esto es una utopía romántica. Tú dirás todo lo que quieras decir de estas cosas buenas que pasan en el mundo de vez en cuando, como si los hombres se hubieran vuelto locos de ternura o expe-

rimentaran llamas regaladas de santidad. Porque, a veces, el mundo siente arrepentimientos y deseos profundos de una contricción perdurable. El mundo es como una persona que amanece con amables propósitos de no insistir en los yerros y pecados de la víspera. Momentos meditativos de la noche. La conciencia reza sus oraciones de pesar, de abatimiento, de vergüenza. No hay que volver a escarmenar aquellos vicios, ni a lanzar frases afrentosas cobijadas en el celestineo de las confidencias, ni a calentar pensamientos falsos y cobardes. Todo esto lo reza la conciencia en unas tinieblas de intimidad, recogida en sus cansancios del día, con filos agudos de remordimientos, que son los puñales del espíritu.

En cuanto el gallo quiebra albores, comienza a rosigar la prevaricación como una víbora. En el tránsito del sueño, la conciencia ha olvidado, y despierta jovial, tornadiza en un recomienzo de vida que sabe Dios qué trances y qué belenes nos pondrá delante. Y otra vez volvemos a jugar con aquellos vicios, a usar con furia, con deleite, con la poca lacha que tenemos los hombres para engañarnos y mortificarnos. Sedimentos amargos de todo el día cuando llega la noche. La conciencia vuelve a rezar, muy hipócrita, condolidada y atemorizada. Entonces se siente franciscana, se pone unos sayales de penitencia, se recata muy triste y pesarosa: Yo no volveré a ir por aquellos caminos; yo seré noble, leal, sincero, complaciente, amable. Yo no volveré a vestirme de lobo para asustar a los pobres corderos, yo no seré avaro, ni soberbio, ni envidioso, ni pondré más esos escondidos armadijos y esas trampas para que los hombres caigan desesperados. Yo prometo enmendar el rumbo y retorcer los malos pensamientos con inclemencia, con constancia, con abnegación. Yo me avergüenzo de mis felonías, de mis ingratitudes, de mis avaricias, de mis egoísmos. La dignidad, sobre todo. La dignidad como el motor de mis sensaciones, de mi ética, de mis relaciones sociales, de mi trabajo, hasta de mis desventuras. El pan que no se come con dignidad es harina de piedra para el alma...

Todas estas cosas las reza la conciencia con rutina de cuentas de rosario en manos de vieja cobejera y arriscada que ha dado la carne al diablo y deja los huesos para Dios.

Viene el alba, penetra la claridad por las rendijas de la ventana, sentimos la bulla de la calle. La conciencia se ríe como una tonta de aquellos escrúpulos que la entenebrecieron unos instantes. Ya ha cesado de tronar y apaga las candelas que encendió a Santa Bárbara...

Pues el mundo es lo mismo. El mundo prepara acaecimientos trágicos para luego apesadumbrarse. Hoy una guerra, mañana un cataclismo social, otro día una revolución. Él enciende la lumbre, la aviva, ensancha el dramático resplandor. Las chispas parecen pajaritos rojos. Cuando queda la

escoria viva, palpitante aún, como entraña, en un desierto de ceniza, de bosques calcinados, de mieses quemadas, el mundo se arrodilla y se echa de aquella ceniza en la abatida cabeza. Se abrasó de ira, se retorció en las grietas tremendas que hizo con sus manos, se acostó en aquellas escarchas frías que le iban curtiendo el alma; destruyó sus silos, secó sus manantiales, tuvo orgías tumultuosas de centellas y retruenos. Después siente fatiga y amargura. Tiene pesar de haber encendido aquellas lumbres, y comienza a restaurar muy diligente; a levantar las piedras labradas que se cayeron; a limpiar los temperos del trigo y de las viñas. Así unos años de arrepentimiento y de trabajo fértil. La conciencia del mundo está rezando sus oraciones de penitente que antes asaltó en los caminos, prendió fuego a las granjas, hurtó los rebaños. No más aventuras, no más estruendos, no más exaltaciones de la ambición, de la fuerza, de la crueldad. El mundo medita, recuerda y se aflige. Se llama bárbaro, se disciplina, trata de hacerse más humano y justo. Pero un día despierta transformado. La conciencia no siente ya aquellas aflicciones. Están muy lejos aquellos retruenos y aquellas centellas. Otra vez el rebrillo de esos puñales y de esos trabucos, que pasan por armas nobles de caballeros. El mundo andaba haciendo penitencia y se convierte de nuevo en forajido. Después, mohino, inválido, con el cuerpo recosido y la cabeza bizmada, se siente manso, con ímpetu de paz, con vehemencias profundas de no meterse en más aventuras. Y vuelve a llamarse bárbaro, y vuelve a restaurar y a limpiar los campos del pan y del vino...

Van cayendo las utopías, o mejor dicho, el concepto que se tiene de este vocablo. Hace medio siglo se consideraban descabelladas muchas de las cosas que ahora nos son familiares, tangibles, de dinámica diaria y fácil. El hombre ha ido desasiéndose de ese prejuicio, casi supersticioso, que tenía eslabones y más eslabones de imposibles y de secretos que nadie se atrevía a esclarecer y a descubrir. Utopías eran los ímpetus primitivos del socialismo. Utopías, las revoluciones que han invertido violentamente el rumbo de los pueblos. Utopías, las descripciones fantásticas de escritores zahoríes que hablaban de cosas maravillosas en los aires cuando aún cantaban los arrieros y corrían las primeras diligencias...

Utopía, una utopía formidable, un deseo de idealistas medio locos, es para la mayor parte de la gente la perpetua paz universal. Ginebra, sí. Ginebra estimula ese escepticismo. Ginebra apunta a una parte y da en otra. La Conferencia del Desarme, con la paloma, con el ramo de olivo, con la espada rota que contemplamos en los franqueos de las cartas que llegan de la república helvética, ensancha tal incredulidad. Mucha pereza, mucho derecho internacional, mucha técnica inútil, mucha influencia de esos pocos

a que se refería Saavedra Fajardo en los comienzos del siglo XVII. No hacen falta símbolos para los problemas de humanidad. Acción, acción, sin ramos de olivo, sin palomitas pintadas. Acción sistemática, inflexible, del medio social, que no quiere esas hecatombes.

El acto popular, magnífico, sincero, valiente, que acaba de celebrarse en Hendaya, y al que han concurrido millares de ciudadanos franceses y españoles para propagar y firmar la paz mundial, puede ser la primera piedra eficaz que se arroje a las sienes duras de esa gigantesca utopía. El mundo tiene que dejar de ser bárbaro. Y eso lo puede conseguir, mejor que el cerebro de las Conferencias del Desarme, el alma, la educación y el templeamiento del pueblo.

Tú dirás, lector, que esto sigue siendo una utopía. Tú dirás todo lo que quieras decir de estos romanticismos. Pero no olvides que al romanticismo debe el mundo la mayor parte de sus nuevos caminos... Todas las grandes evoluciones sociales han tenido principios románticos.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 24-VII-1932.

352.—ESBOZOS. EL VESTIDO Y EL ALMA

Conservar y venerar la costumbre. Acariciarla de vez en cuando con sol de nuestros días, con aire de nuestro siglo. Sin bastardearla, sin amortiguar su adorno primitivo.—CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Señores pastores, señores labriegos, señores hidalgos. Que Dios os conserve las cayadas, las campanillas, las mieses, los ganados, los escudos. Pero también vamos a conservar otras cosas que andan tristes y desencajadas entre el humo manso de las boronas. El humo manso de las boronas, tan bien amado por los que se encuentran muy lejos, a la otra banda del mar. El humo manso de las boronas que sale todas las mañanitas por las troneras de los caserones y trasciende a olor bueno de árgomas, de palos secos de los ensares, de ramas de cajigos viejecitos que ya no tienen primavera...

Vamos a dejar las cosas de tramontana para el comentario de otro día. Hoy queremos escribir de inquietudes más humildes, que tienen sus niales aquí, con nuestras pisonderas, con nuestros arrendajos, con nuestros azores.

Señores labriegos, señores pastores, señores hidalgos. Vamos a hablar

un poco de la sencillez. De la venerable sencillez montañesa, tan recatada y tan gentil. Una saya colorada con leve adorno de respunte que se retorcia y ondulaba en el lienzo con maravillosa ingenuidad de artificio primitivo. Concepto estrecho y enérgico de la vida, sin arrequives vanos, sin aderezos inútiles.

Suele reflejarse en la envoltura la austeridad de las ansias, lo parco de las ilusiones, la egolatría, la vanidad, la soberbia, la petulancia. El vestido reflejo del carácter, de la delicadeza, de la mansedumbre, del vigor, de la intemperancia, de la resignación.

Entre la vida interior y la envoltura existe mucha analogía. Corteza deleznable de saúco en los hombres huecos. Corteza dura de roble en los hombres dignos. Corteza de sauce flexible en los que tienen de la dignidad un concepto versátil. Corteza magnífica de abedul, de cedro, de haya, en los que superponen la elegancia y el bien parecer a todos los buenos regustos del entendimiento y de la conciencia. Corteza áspera de alcorcho. Corteza de espino. Observad los ademanes y las vestiduras de estos hombres y oíd sus palabras...

El carácter secular montañés cuidaba más de lo íntimo que de lo externo, sin menoscabo de la pulcritud, del decoro, de la belleza. Era como una cualidad primordial incrustada en un concepto sencillo de la vida, que no sentía apetencias de cordoncillos ni de añadidos en las recambras, en las haldas, en las blusas. Concepto austero, bondadoso, sencillo, hecho vida en las Ordenanzas de los Municipios, en los contratos de los pastores, en las roblas de los feriales, en las pellizas de los cabreros.

Virtud esencial, sin deseos de ostentación. Lo discreto, la fantasía, el capricho racial en la traza, que viene a ser como un espejo de los gestos delicados o torpes que rebullen dentro de las buenas o las malas intenciones...

Sencillez clásica en el traje regional. Unos respuntes, unos ribetes, unos leves adornos. Una chambra de rosa, azulina, de rayas blancas, negras, rubias. En la chambra, unos botoncitos de nácar. Un pañuelo, un delantal.

Blusas azules, negras, grises, con respuntes y fruncidos. Discreta gallardía en el fuerte percal de los mozos. Colores serios en las blusas romeras, en las blusas del trajín, en las blusas de los serrones que iban a Castilla, a Extremadura, a la marina de Levante. Chaquetas de paño, zapatos rojos de las hormas duras de Novales que campaban en los corros y en las ferias. También el temperamento varonil en las remontas requetepulidas, en el doñaire del sombrero montañésimo que tenía vigorosas reminiscencias de vicjo chambergo. ¡Los sombreros de los hidalgos que iban a parar a la cabeza de los pastores y de la cabeza de los pastores a la cabeza de los pobres, que

iban de camino con una pipa de barro y una alforja!

Sencillez, sencillez. Nunca ese abigarramiento alelado, estúpido y grosero con que se quiere resucitar en las romerías que pasan por típicas el vestuario venerable de la Montaña.

A medida que se ha ido perdiendo la noción de lo puro, de lo esencial, de lo antiguo, todo se ha trastocado y revuelto.

Franjas galaicas y astures, cintajos de moza de Andévalo tocando el aduje moruno, faralaes de gitanería trashumante y ladrona, en las apócrifas sayas montañosas. Adornos de diversas naturalezas, estrafalarios, barrocos, recargadísimos. Colores violentos de carro antiguo de baratijero. Esas haldas y esos corpiños que quieren pasar por pasiegos en las más encumbradas romerías montañosas harían estremecer de vergüenza y de coraje a una anciana de Pandillo o de Pisueña.

Es decir, que a fuerza de ser todos folk-lóricos, hemos reformado y echado a perder con intolerables y descaradas tendencias extrañas lo típico del vestuario provincial. De otros aspectos etnológicos no queremos hablar. Se lo han llevado casi todo los ingleses y los yanquis por unos peniques.

Labores de agujas profanas. Blusas de rayadillo de munición; de tela jergonera, de cortina de ventano, de forro de enjalma carmoniega. Se busca en los anaques de los lenceros la tela más extravagante para ir a las romerías y convertirlas en carnavales del estío.

Y esto, señores, es una gran vergüenza. Hay que volver a la verdad, a la sencillez, a la belleza. Las fiestas populares dejan de ser típicas en el momento en que el predominio del disfraz arbitrario rompe la pureza de la costumbre. Pocas excepciones consoladoras de discreción, de desagravio, de acercamiento a lo castizo.

Urge evitar estas cosas, por decoro, por patriotismo, por dignidad, por amor propio...

Señores hidalgos, señores pastores, señores labriegos. ¿No es cierto que tenemos razón en querellarnos? Que Dios os conserve las portaladas, los relojes de sol, las mieses, los rebaños, los zurroneos rubios. Pero será bueno también purificar otras cosas que andan tristes y desencajadas entre el humo manso de las boronas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 31-VII-1932.

Vosotros sabéis que el talento, el valor, la elocuencia, el ingenio, nada valen si no se asocian a lo más hermoso que hay en la tierra: la bondad y la virtud.—EMILIO CASTELAR.

Antes de leer un libro de historia conviene inquirir en la ideología del escritor. El crítico saca de los hechos, de los documentos y de las tradiciones, consecuencias fieles o apócrifas en concordancia con sus creencias religiosas y políticas, con su temperamento, con su educación estética y filosófica. Adereza los acaecimientos de acuerdo con sus ideas, con sus caracteres morales, con su escepticismo o con su fe. Éste encumbra un hecho histórico y aquél le censura acremente como manantial de sugestiones funestas que rompieron principios imprescindibles para el buen gobierno del mundo. Estos principios espirituales son para otro escritor sedimentos supersticiosos y resabios de antiguas éticas que exaltaban en las formas políticas la rutina, la costumbre, lo estático. Antítesis tremendas en las páginas de la historia crítica. Aquel escritor experimenta sensaciones profundamente religiosas. Todo su análisis estará revestido de intransigencia tenaz para la evolución heterodoxa, aunque ésta haya mejorado el infortunio de los hombres, los problemas del trabajo, el espíritu de las leyes, la entraña de todos los buenos preceptos sociales.

El cristianismo creó una concepción genuinamente psicológica de la historia. Del siglo V al XVIII, toda la historia está saturada de teología. Todos los problemas son analizados desde el punto de vista teológico. La teología llena todas las cosas y hace intervenir en la dinámica humana el castigo, el premio, la paciencia o la cólera de la divinidad, como los griegos de las edades heroicas, y los libros israelitas y las narraciones de los poetas romanos. Más tarde nació el concepto filosófico de la historia. El mundo creyó entonces en una rectificación ordenada y sincera de muchas tergiversaciones arbitrarias, de muchos errores, de muchas tesis caprichosas. Y el mundo, que a veces es un infeliz y a veces un malvado, no experimentó la seguridad, la firmeza de esa creencia. Dentro del concepto filosófico, los unos escribían con un hábito, los otros con un birrete laico, aquellos con despreocupaciones religiosas, éstos con inquietudes materialistas. Unos pensando en los designios providenciales y otros en los designios naturalistas. Y cada cual echó fuego o nieve en el análisis de una misma época, según el hábito, el birrete, la despreocupación o la inquietud.

Antes de la revolución francesa, La Bruyère considera a los campesinos de su país como animales esquivos, esparcidos por la tierra estéril.

En el mismo año, un historiador lanza apreciaciones completamente distintas: “No podrá creerse qué dichosos y nobles son los aldeanos de Francia”. Los pueblos —decía Montaigne— están poblados de labradores fuertes y mofletudos, con buenos trajes de lino propio. Y Voltaire asegura que “las tierras francesas están incultas y los labriegos extenuados y rendidos”.

¿No observáis qué divergencias tan extrañas?

Chateaubriand escribe que Napoleón era grande “por haber resucitado, esclarecido y administrado superiormente a Italia”. Y Faguet decía que la breve dominación del primer imperio en Italia “trajo la bancarrota, la anarquía, la miseria, el hambre y la despoblación”.

Ved cómo el temperamento, el fanatismo, el carácter escéptico, vehemente o premioso de un escritor amortigua, enmienda, restaura, modifica y arregla a su albedrío los hechos de la historia...

Pues la historia tiene que abrir una ruta clara y ancha de sinceridad en el enjuiciamiento moral y político de un gran hombre. Y esa historia escrita por un comentador católico, ha de decir que en el cerebro y el corazón de ese gran hombre brillaron candelas cristalinas. Está muy bien que diga eso un escritor católico. Candelas cristalinas de las chozas de Israel, candelas de calvario, candelas temblorosas de un huerto de olivos. No las centellas y los fragores del Sinaí. Sí; este gran hombre fue muy amigo de Cristo. Conversaría con él todas las noches, en su conciencia recogida, lleno el entendimiento de todas las impaciencias dolorosas y de todas las hambres del mundo. Pero el historiador católico tiene que complementar las ideas del gran hombre. Tiene que decir que fue amigo de los primitivos apóstoles, de las barbas rubias del Maestro, de la frente nazarena de la Samaritana, de las tristezas profundas de la pecadora redimida. Todo esto es verdad. El gran hombre sentía estas bellas inquietudes, que eran como el laurel, y el ventalle y el gesto de su elocuencia...

¿Se atreverá el escritor ortodoxo a estampar en su libro uno de los pensamientos más rectos, más reales, más sencillos del gran hombre?: “El catolicismo, tal como se entiende y se practica y se siembra en mis tiempos, es una rama mustia, torcida y degenerada del tronco bendito del cristianismo”. Esto no lo dirá el escritor católico. Nada más que dirá eso: que fue muy cristiano, muy religioso. Y además de ser cristiano, dijo eso otro que queda ahí para que lo lean, si les place, los que han desempolvado muy diligentes las ideas religiosas de aquel estadista, dándolas interpretaciones arbitrarias, en íntimo acuerdo con sus creencias y propagandas. Muy cristiano, muy cristiano. El fue el primer escritor español que comentó con amargura y energía exaltada aquellas pinturas del Vaticano que un Pontífice encargó a Vasari

representando en forma muy realista los detalles dramáticos de la matanza de hugonotes en la noche de San Bartolomé. Muy cristiano, muy cristiano. "De la fuente nada más que queda la teoría, el símbolo, los paisajes y el espíritu de los Testamentos, cautivo en páginas poco leídas".

Si es un escritor rebelde, animado de muchas iras contra la calma del mundo para hacer a las ideas invulnerables y a la agitación trastrocamiento radical del derecho, de la costumbre, de la legislación, dirá que este gran hombre fue condenado a muerte por una reina veleidosa; que predicó la revolución con el salterio prodigioso de su elocuencia; que llevó al alma popular relámpagos de energía y de dignidad en contra de un régimen sostenido por las siete columnas de los siete pecados capitales; que luchó todos los años fértiles y buenos de su vida para reformar la esencia anticuada, perezosa y baldada de unas ordenanzas nacionales que aun tenían vigorosas reminiscencias de reinados infamantes y vergonzosos. Todo esto lo dirá el escritor ácrata, sañudo, lleno de ira. ¿Nos dirá también que fue partidario de llegar al extremo racional de esas evoluciones por caminos de ejemplaridad, de conciencia, de orden? ¿Nos dirá también que aquel gran hombre se querelló contra los que ya empezaban a romper el remanso de los pueblos y de los campos, engañando a los pastores y a los labriegos con el falso estímulo de una anarquía que había de convertir a los labradores en amos y a los amos en labradores? ¿Nos dirá que rechazó los sistemas violentos, las propagandas que estimulaban el odio y no la idea exacta de la justicia, de la igualdad moral, del predominio absoluto de las virtudes cívicas?

Todo esto tiene que decir la historia cuando comente el ideario político y social de don Emilio Castelar, cuyo centenario se celebrará en breve. El centenario de un hombre que no tuvo más pecados políticos que los engendrados en su sentimentalismo tan español. El sentimentalismo español, motivo de duda, de decadencia de la energía, de lástima profunda en la hora de las determinaciones radicales...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 7-VIII-1932.

354.—ESBOZOS. EL TRABAJO DE LA MUJER

No hay infortunio como el desamparo de una mujer, sola, sin medios de vida, que va envejeciendo tristemente...—CONCEPCIÓN ARENAL.

Había terminado el estruendo de la Gran Guerra. Medio mundo estaba inválido, sombrío, lleno de bizmas y de cabestrillos, con hervores de rencor en el pecho. Medio mundo había esparcido en las estepas, en las landas, en las montañas, páginas acres de una historia bárbara, que viene a ser como un pedregal zafio y tumultuoso en el campo de la civilización. La humanidad, absorta ante los postreros humos de la catástrofe que salían de los escombros, de las ruinas de los pueblos, de las entrañas de los bosques, de las riberas calcinadas, abría una edad histórica sobre el silencio y el estuor del mundo. Ansias de paz, violentos ramalazos de penitencia, pensamientos muy remisos de confraternidad y de concordia. Los hombres sacaron de la contienda apetitos descomunales de resarcirse de aquellas vigili-as, de aquellos sufrimientos, de aquellas terribles angustias que llenaron el ambiente de Europa. Deseos implacables de zambullirse en los placeres livianos, de la prodigalidad de la concupiscencia provocativa en el ruido gozoso de las calles. El ánimo se fue divorciando del hogar; se materializaron excesivamente los sentimientos; se fue enervando muy de prisa el concepto delicado y dulce, creador de la familia y de la ética íntima. Tumbos y quie-bros de los placeres. Comer mucho, precipitarse, acelerar la apetencia bárbara del instinto; ser viejos fisiológicamente en el umbral de la juventud; mirar siempre con ojos sibaritas; apartarse del sacrificio familiar como de un rostro de lepra; exaltar el egoísmo personal; simplificar todo lo posible las preocupaciones; libertarse de cautiverios matrimoniales; no crear afectos; no crear sangre nueva. La guerra —aparte de otros belenes heterogéneos— trajo esos agobiadores desequilibrios morales. Y la víctima de este decaimiento de la sensibilidad fue la mujer. El hombre no quería asirse a la cadena. Libertad, libertad para dar impulso vertiginoso a las gulas de los sentidos. Libertad para correr, para remudar las inclinaciones voluptuosas...

Y la ventura buena de muchísimas mujeres dignas no llegaba nunca. Enflaquecían los nobles deseos, se fatigaba el corazón de tanto esperar, iban rodando los días, desesperados, dando tumbos, como las grandes piedras que arrojan los pastores desde la cima. Porque cada signo humano es un pastor. Pastores ásperos, que tienen ortigas en el carácter. Pastores amables, estáticos, que contemplan dulcemente la estrella miguera y rezan oraciones y leyendas, arrimados a una fuente, a un peñasco, a un viejo tronco. Pastores de pelliza recosida, de cara bondadosa, que jamás disparan la piedra de la honda. Pastores pícaros, dramáticos, resignados, meditativos. Nuestro signo, el signo de la humanidad, tiene bríos, perezas, iras, bondades de cayadas pastoriles. El mundo es un inmenso rebujal. En unos sitios suenan las campanillas muy joviales, repiqueteando como monedas en el mármol. En otro sitio se

oyen los campanos menos cristalinos, menos optimistas, como monedas de cobre en la mesa remellada y sucia de una taberna. Allí no se oye el más leve tintineo. Más allá tampoco. No toda la majada puede lanzar al aire los sonos alegres de esos majuelos. Eso depende del cariño, del menosprecio, de la sensibilidad, de la ternura, de lo arriscado de nuestro signo, rabadán pródigo o miserable que despeña a las corderas por las quiebras agudas o las lleva en sus hombros amorosamente, anda, anda, sin cansancio, de aquí para allá, con sombras de laureles y de mirtos...

Pues sí; la inmensa mayoría de los hombres pasaban de largo. No experimentaban la vehemencia de crear unos vínculos entrañables, saturados de cariños profundos, de sosiego moral, de alivio en las horas adversas, cuando la experiencia nos muestra los embelecocos, los desengaños, las trampas de la calle. Las ansias de las mujeres se iban amustiando en el silencioso drama del corazón, que espera una sombra amable y gracias casi divinas en unas palabras y en unos ojos humanos. Desesperaciones calladas, impotentes. La guerra había modificado el temperamento del hombre. Se creaban pocos hogares y adolecían muchos de los que existían, por reflejo de esas tendencias que iban adquiriendo caracteres universales, lo mismo en la monotonía agraria que en los meridianos cosmopolitas.

Y entoces fue surgiendo, lentamente, la pacífica rebelión femenina. Había que defender el pan, que es lo menos que se puede defender en este mundo. Se traspasaron los límites de las actividades clásicas de la mujer, a la vez que se iban estrechando los desenvolvimientos varoniles en las diversas formas de muchas profesiones. Sí; había que defender el pan, había que quebrantar los prejuicios que ataban a la mujer a reducidísimos elementos de subsistencia; había que complacer al espíritu de conservación, penetrando en áreas más fértiles y más modernas. La génesis de estas evoluciones no tuvo motivos doctrinales ni otros egoísmos que los naturalmente engendrados en el duro apremio de la necesidad cotidiana, que es la que hace prevaricar a la gente. No se piensa lo mismo en un palacio que en un taller. No pueden coincidir nunca las sugerencias de un harto con las de un hambriento. Las ideas sociales nada más que son eso: cuestión de abundancia avarenta y cuestión de escasez mortificante. Si no existiera ese desnivel tan formidable entre la pirámide del capital y el cobertizo del trabajo —hablamos del desnivel material—, no hubieran brotado ciertas ideas sociales tan arrolladoras y decisivas. Existirían nada más que partidos políticos, que no es lo mismo. Una cosa es la divergencia o la compenetración de criterio en el arte de gobernar y otra cosa es la lucha entre los que tienen y los que no tienen.

El entrometimiento de la mujer en las dinámicas que eran patrimonio exclusivo del hombre, no tuvo impulsos políticos, ni estímulos sociales disciplinados y reglamentados. Fue un acicate de necesidad, nada más que de necesidad, como el sediento busca una fuente, y el caminante una sombra y el ciego un lazarillo. La felicidad femenina no está en esas labores. Está en otras exaltaciones más delicadas, más nobles, más recogidas. Pero no había más remedio que acostumbrarse a retorcer esas esperanzas, que a lo mejor no pasaban de la vida subjetiva. Y el modo de no perecer, de no sufrir una existencia precaria, miserable, atormentada, era incorporarse al mundo del trabajo y andar entre pupitres, entre libretos de contabilidad, en las taquillas, en los mostradores, en el cemento de las factorías...

Y ahora se quejan los hombres de esas justísimas intromisiones. En Francia, que fue precisamente uno de los pueblos donde más se acusó esa anormalidad social, se trata de fundar una Asociación que ponga límites al trabajo de la mujer en los diversos oficios. En España no cometeremos tal torpeza. Hemos de ser más demócratas, más justos, más humanitarios. El cerebro de Europa ya no está en París. En España adaptaremos esos desenvolvimientos femeninos a la dinámica progresiva del trabajo en sus características económica y moral. Relatividad decorosa y justa entre el salario de la mujer y el del hombre. Lo que hace falta es esto: que no siga esa injusticia en los salarios. Lo otro, no; sería trazar bifurcaciones torcidas e inconfesables; echar a rodar por el mundo una sinrazón y un odio más. Y ya hay bastantes. Más que el amor y la razón. Por cada meridiano geográfico pasa otro de injusticia y de egoísmo. No olvidéis que las necesidades y el desamparo hacen mella en la virtud, en la conciencia, en la dignidad...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 14-VIII-1932.

355.—ESBOZOS. LOS PADRES BÁRBAROS

En Cataluña se organizan importantes actos contra el analfabetismo.—Los periódicos.

El analfabetismo nace muchas veces de la necesidad, de la destemplanza viciosa de los padres, del trabajo prematuro de infelices niños que más les valiera no haber nacido. Hay motivos casi dramáticos de esta naturaleza que debieran tener un artículo muy severo en el Código...

—Ya ves los caminos de tu padre. Las costumbres de tu padre ya no tienen buen remedio. Él, mucho vino, y nosotros, poco pan y poco fuego en el hornillo. Ya ves lo que son las cosas injustas y mortificantes de la vida. El vino es más fuerte que el cariño y que el deber. Y los hombres no hacen caso. A nadie le importa lo que pasa en la casa ajena. No tiene nada que ver que nosotros lloremos y tengamos mucho frío. No importa que estemos en estos rincones, llenos de pena, soportando todas las necesidades, temblando de miedo cuando él llama a la puerta con el coraje que da el vino... No te lo digo para que le aborrezcas. Si tú, cuando seas hombre, aborreces a tu padre y le recuerdas con desprecio las veces que nos maltrató, la gente dirá de ti muchas cosas malas. No recordarán que te hizo pasar hambre, que te tuvo en continuo sobresalto, que tuviste que comer el pan del vecino; que nos miraba siempre, como si le estorbáramos, con ojos de rencor. El hijo tiene que ser siempre buen hijo, aunque le hayan desgarrado de chiquitín las más pobres alegrías, aunque le hayan hecho estremecer de espanto entre un cobertor viejo y delgado, por donde se cuela el relente del invierno. Tiene que ser siempre buen hijo. El padre le echó en el alma muchos sinsabores, le quitó de los sentidos muchas inocencias, le fue exprimiendo la alegría, le hizo andar descalzo, le hizo mirar, con envidia desconsolada, otras ropas, otras casas, otros niños, otras madres más contentas y felices. Y el hijo tiene que consolar la ancianidad de ese hombre, tiene que alimentarle, tiene que aliviar sus congojas. Y todavía, a lo mejor, mira con desdén a los nietos y te mira con rabia a ti, como si tuvieras la culpa de su decadencia. Ya ves tú las agonías que estamos sufriendo. Él mucho vino, y nosotros, poco pan. La casa no existe para él nada más que para descansar. Nosotros tampoco existimos para él. El sábado es nuestro viernes de dolores. El sábado es la sorpresa terrible a la que nunca nos acostumbramos. Yo voy por una calle y vosotros por otra y miramos por los cristales de las tabernas. Allí no está. Más allá tampoco. Después viene a casa y nos pega. Me pega a mí y vosotros lloráis. Os pega a vosotros y lloramos todos. Y se acuesta y se duerme al son de nuestros gemidos. Nos juntamos, nos apretamos en un rincón, vosotros con los ojos muy abiertos y muy tristes de espanto... Yo os acaricio y os quisiera meter en las entrañas; yo os quisiera esconder en el alma para que estuvierais calientes, para que no suspiraseis de temor, para teneros aquí, recogiditos, dormiditos, sin ver nada, sin oír nada. Vosotros me decís, estremecidos:

—No llores, madre, que se va a enfadar más...

Y yo os digo lo mismo:

—No lloréis, hijos, que se va a despertar...

Pero seguimos así, con la cabeza agachada, con la cabeza dolorida,

con escozor en los ojos y en el corazón. Las lágrimas no las podemos aguantar los niños y las mujeres. Después os acuesto, y yo voy de puntillas, temblando, donde él duerme, como si fuera a robar, y no suspiro para que los suspiros no me delaten. El duerme y yo le quito el resto del jornal. No hay bastante, no hay bastante. Hay para dos días y es menester que dure la semana. A lo mejor despierta y me sorprende con los dedos escarbando en el bolsillo. Yo me aprieto las sienes. Sentís sus voces y mis lamentos. Yo quiero aplacarle con palabras cariñosas, pero él está harto de vino y me injuria. Vosotros venís desnudos, sobresaltados, con un escalofrío muy largo, y otra vez nos apretamos en un rincón. Y así va llegando la madrugada. No hemos dormido y tenemos cara de enfermos... Ya lo ves; ya lo ves, hijo mío, que no tiene remedio. Lo que él no trae, tenemos que buscarlo nosotros. Tú un poquitín y yo otro poco. Tus hermanos todavía no pueden valerse. Otros, a tu edad, casi empiezan a ir a la escuela. Pero cuando los padres son así, no se puede aprender, ni se puede jugar, ni se puede comer, ni se puede dormir. Se aprende a ganarse la vida, a estrujarse las manos, a vivir de milagro...

—Anda, hombre, anda. Hace falta que aprendas las cosas de la vida. Porque la vida tiene muchas cosas que aprender y no es en la escuela donde se aprenden esas cosas... ¿No ves aquella cigüeña de la torre, que mete un ruido muy seco y muy fuerte con el pico rojo? Pues mira: la cigüeña de la torre no fue nunca a la escuela. Ni los malvises, ni los ruiseñores, ni las pisonderas. No fueron nunca a la escuela y aprendieron esas cosas de la vida que yo quiero que tú aprendas. El pico, hijo, el pico. El pico hace las casitas redondas en las ramas de los árboles. El pico es la pala de amasar la cal, la hoz que corta la yerba, el carretillo que rueda por el aire, la flauta que unas veces llora y otras veces ríe. En el pico están las manos y las fuerzas, los escardillos, las poleas, las púas de los trillos y las espinas grandes y pulidas de las horcas. Ya ves cómo son más listos los pájaros que los hombres, sin ver los carteles de la escuela, ni las pinturas de los mapas. Las letras son desengaños que se meten en el corazón. Cada ringlera es una amargura. Las letras se inventaron para complicar más la vida y para que se murieran de necesidad los hombres que las aran, las siembran, las acarician y las guardan en las paneras de la cabeza. Porque muchos hombres que sabían y escribieron muchas letras, pasaron muchas necesidades. Después les hicieron estatuas. Pero antes no tuvieron una lenteja.

Anda, hombre, anda. Lo primero que has de comprender es a manejar bien la cayada y a llevar con gracia el zurrón y a buscar los buenos pastos de las borregas. ¡Qué renglones tan blancos y tan negros en las páginas verdes del monte! Estas letras, bien cultivadas, dan lana para los calcetines, y

leche para llenar el jarro y quesos que parecen bendiciones en las tablas colgadas del techo de la cocina. Después aprenderás a escribir otros renglones con una pluma de hierro, que llevan los bueyes, en otras páginas muy grandes que son morenas, negras, rojas, del color de la ceniza. Estas páginas te darán el trigo o el maíz para el pan y la borona. También has de escribir con los clavos de los zapatos o los tarugos de las albarcas líneas y más líneas de leguas en los caminos que van a parar a las ferias, a los invernales, a los mercados. Estas sí que son las cosas verdaderas de la vida. Echar gracia al aire de los zajones, llevar el surco derecho como una cinta estirada, sentarse bien en la enjalma, hacer hozadas en el huerto para que medren las hortalizas. Y ya rondador, pasar y repasar por la ventana de una moza de hacienda hasta que un día te mire con ojos de cordera...

Hace falta que aprendas las cosas de la vida. Las letras son desengaños que se meten en el corazón y no dan fuerza a los brazos, ni firmeza a las piernas, ni brío al espinazo, ni correa a los hombres. ¡Letras, letras! La L rubia de los trigos, la O de las ruedas del carro, los paréntesis de la hoz, la Y de las horcas, la T de los rastrillos...

El hijo obedece al padre. El padre no dice estas cosas, pero las practica y las siembra con el ejemplo, con el imperativo, con la costumbre. Y no hay más remedio que obedecer, como obedece aquel otro niño infeliz a los sollozos y a los lamentos de su madre. He aquí dos génesis de analfabetismo: los padres bárbaros y la letra taquigráfica de la cayada. Y la vara de algunos regidores que escuchan impasibles, socarrones, lerdos, las querellas insistentes de los maestros.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 21-VIII-1932.

356.—ESBOZOS. LOS HUÉRFANOS DE LOS PESCADORES

(Vid. O. C., págs. 271-273, a las que, en la versión periodística, añade el autor las palabras de Tagore y los tres párrafos que publicamos).

El día en que todos los desamparados tengan refugio caliente y amable, se secará la cicuta del odio...—TAGORE.

Las consecuencias de estos motivos, dolientes, recogidas en un proyecto

que puede fertilizar rápidamente en obras de humanidad si no falta el milagroso aliento de los hombres. La verdadera labor social, la de mayor transcendencia, la de remedios más hondos y más apremiantes, consiste en simplificar los infortunios proletarios —labranza, artesanía, orfandad— y llevarlos por la vida adelante con una tutela de justicia y de esplendidez que borre la tuerca de muchos recuerdos, de unos momentos de espanto, de un estupor trágico, de una sorpresa que nos dejó absortos, a lo mejor, cuando menos pensábamos en las tristezas. Siempre llegan así los filos y las sombras de la desventura. Sentís una exaltación de felicidad que os ilumina todas las moradas del espíritu; y de pronto, violentamente, llega una noche que os acobarda y os hace llorar como niños. El tránsito de la paz al sobresalto ha sido de unos segundos, como se pasa de la vida a la muerte. Sí; conviene pensar en estas anormalidades pavorosas y compenetrarse con la aflicción ajena, orientar al dolor y redimirle. Este es el carácter más noble y justo de las civilizaciones espirituales. Crear optimismo, tranquilidad, descanso en las estrechas sendas de los que quedan en desamparo.

Un proyecto viejo que un hombre de buena voluntad —don Juan Páxico de Garaizábal— pregonaba a todos los vientos como un bello romance de misericordia. Una idea formada de panoramas dramáticos, de meditaciones cristianas, de perspectivas de mar, de zuecos, de ropas de agua, de sudeste áspero de marinero. Proyecto de asilo para huérfanos de pescadores del litoral Cantábrico, en aquella planicie remansada de Santoña, frente al mar, cerca de los naranjales. El presidente de la república ha llevado una sensación persuasiva y vigorosa del proyecto.

Que florezca esta nueva rama en el tronco secular de la Montaña. Dios la libre de los cierzos de la avaricia, de los malos leñadores, de la nieve de los temperamentos.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 28-VIII-1932.

357.—ESBOZOS. CREAR CONCIENCIAS

Los estudiantes americanos que se encuentran en Andalucía en viaje de estudios dedicarán un homenaje en memoria de Menéndez Pelayo y Juan Valera.—Los periódicos.

Confidencias y alientos recíprocos de dos grandes hombres. Cuando dos

ingenios se compenetran en cariñosa amistad, se seca una rama robusta del corpulento árbol de la envidia. Una vida joven, en amanecer de gloria, con muchas luminarias en el entendimiento. Vieja la otra vida, con lumbres de ingenio, andariega, inquieta, perezosa. Un camino que se abría en tierra fértil, y una senda cada vez más angosta que se iba acabando.

Joven del Norte y viejo del Sur. Fortaleza de Peñas al Mar en el alma del mozo. La reciedumbre y la firmeza del solar en el espíritu. Las buenas cosas de antaño con las expansiones amables y nobles de los tiempos nuevos. Voluptuosidad de arrayanes en el viejo del Sur. Fantasías, indolencias, gracias y tragedias entre los olivares y los cármenes. Gloria en sazón y gloria que amanecía, enlazando, con nudos recios, las quimeras que se van muriendo y las que empiezan a bullir.

Menéndez Pelayo y Valera platican en sus epistolarios de cosas íntimas y nobles.

Los veinte años del uno y el medio siglo del otro se han encontrado en una grata linde. Ambos buscan las mismas espigas y los mismos viñedos. El viejo se apoya en la fornida voluntad del joven, y éste encuentra impulsos y calorcillos en la bondad del otro. Se acaba de firmar un pacto espiritual pródigo en mercedes mutuas. Dos almas y dos ingenios se han abrazado estrechamente en la grata linde. Después se han dado la mano y empiezan a caminar. El anciano se fatiga. Su mano tiembla en la diestra del mozo. Le asaltan temores y recuerdos negros. Siente la pesadumbre de pasados ocios. Sembró muchos surcos y dejó otros sin sembrar. Quisiera recomenzar la vida para hacer sementera en los terrenos abandonados, para enmendar el camino y descansar en otros lugares más recatados.

Es cruel la penitencia de los yerros y de los ocios. El viejo la soporta resignadamente, y a veces quiere rebelarse y olvidar. El mozo pone celosías en la memoria de su compañero; le muestra el porvenir incrustado en unos horizontes muy claros; le regala su optimismo, le infunde su perseverancia. Es larga y sabrosa la conversación.

Pronto siente el anciano del Sur un maravilloso reflejo de las inquietudes y firmezas del joven del Norte. Constancia celta en sangre árabe. Se cambian las zozobras, los pensamientos, los propósitos. Las confidencias salen espontáneas, desnudas, sin antipático artificio. Sugerencias cristalinas, con ornato bellissimo de sencillez; aseadas, buenas, valientes. Nadie puede interrumpir la conversación de estos dos grandes hombres. Hablan señeros, lejos de los indiscretos y de los curiosos impertinentes. A su alrededor el mundo vocifera, se araña, se afrenta, se envidia y se consume. Las tertulias literarias hacen pecados de las virtudes ajenas. Los mercaderes se ríen

socarronamente de los poetas. El reclamo encarama a los pícaros. (¿No habéis observado que los vasos vacíos suenan más que los vasos llenos?).

Siguen el camino con más pláticas, con más meditaciones, con más ansias y laureles. Versos, arte, historia, literatura, crítica docta y transigente en esa singular compenetración de Menéndez Pelayo y Valera. Mucha sinceridad en el discurrir. A veces, lamentos y justas imprecaciones:

—En España —dice el viejo— un escritor de mediano sentido común me parece un sastre bueno de París que se fuese a hacer elegantes fraques, levitas, chalecos y pantalones al centro de Nueva Zelanda. Aquí nadie gana dinero sino con la usura, el engaño, la estafa, la corrupción, el contrabando y otras abominaciones. Casi todo el capital tiene por origen un montón de basura, cuando no un arroyo de lágrimas de sangre... Y es que no hay conciencias. Y es menester crear conciencias. Ese afán de caminar en sentido opuesto a las relativas perfecciones éticas y cívicas puede hacer mucha mella en las nuevas calles de la civilización. La conciencia es el elemento más poderoso para levantar los desmayos del mundo, que son muchos y muy per-severantes...

—Es verdad —asiente el joven—. La nueva generación de escritores, de educadores, de políticos, tendrán que seguir forzosamente esas normas morales. El mismo desarrollo natural de la vida les hará convertirse en moldeadores diligentes de conciencias... Conciencia en la literatura, en el concepto de ciudadanía, en los ideales políticos, en las relaciones sociales...

El viejo también asiente a las apreciaciones del mozo. Las frases del uno y del otro son más sabrosas a medida que se robustece la confianza. Valera sigue apoyándose en la fornida voluntad de Menéndez Pelayo y éste en la experiencia de aquél.

Así, andando, andando y meditando, hasta que les separa la muerte.

Hemos creado diabólicos artefactos bélicos, didácticas asombrosas, mecánicas que cantan en el aire la enjundia científica y laboriosa de la humanidad. Hemos democratizado las legislaciones y hemos descubierto nuevas canteras de filosofía, de arte, de estética. Maravillosos monumentos del genio, de la iniciativa, del trabajo, de las letras, de la diversidad de ciencias y preocupaciones. Pero existe un desequilibrio tremendo entre lo gigantesco de la civilización científica y lo rutinario y tozo de la civilización moral. Junto a aquellos monumentos hay que levantar otros de dignidad, de justicia, de conciencia, de ética.

Los nuevos regímenes, las nuevas desenvolturas de las ideas y de los sistemas educativos, deben tener la preocupación constante de las concien-

cias, que son las columnas de las repúblicas, de los hogares, del tráfico humano...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 4-IX-1932. (Vid. n.º 269).

358.—ESBOZOS. UN POCO DE EDAD MEDIA

“E los padres que non manden a los sus hijos a aprender lición, farán gran tuerto al reino e serán castigados con cuarenta azotes e cinco reales de a ocho.”

Un maestro llega a un pueblo. A lo mejor es mozo, optimista, atildado y tiene un concepto suave y honradamente didáctico y sentimental de la disciplina escolar. La pedagogía se ha espiritualizado; ha adquirido levaduras de corazón, buenas juncieras de tolerancia, mieles y sugestiones amables para que se endulcen y reposen las ansias tímidas de los niños. Otras cosas que antaño eran espíritu se han hecho materia. Trastrueques, gustos, filos, caprichos, piedra y plata de los siglos y de los hombres, amigos de las mudanzas y de las contradicciones. Váyase lo uno por lo otro. Este maestro de escuela entra en el pueblo con respingo de alegría y zozobra agridulce de vida nueva. No se puede hurtar el ánimo a la inquietud de un camino que se empieza. Tiembla el brío; la voluntad se estremece; rebullen y chocan, soliviantados, los pensamientos, ahora valientes y después medrosos. Leve y casi angustioso tránsito del bullicio al remanso o viceversa, hasta que las piernas se acostumbran al camino y los ojos se hacen buenos amigos de las casas, de los árboles, de las veredas, de los horizontes. Después viene la enajenación o la pesadumbre en concordia con la fortuna, con las contrariedades, con los regalos y los agravios. Nuestro maestro, que a lo mejor es joven y optimista, siente estas sensaciones en que se mezclan las esperanzas, las claridades y las sombras. Es un momento en que todo se hace revoltijo y gavilla en la conciencia y en el entendimiento...

El maestro tiene un título flamante, y presiente viejas y muy clásicas bellaquerías de regidores; ropas recias de cacique; modales zahareños de burgueses petulantes; aspavientos de hidalgonas solteronas que miran por las rendijas de la celosía y se lo cuentan a otras hidalgas consumidas, cuando pasean bajo los álamos del camino real; simplezas de padres analfabetos; barbellas y ventoleras de rebotica; melindres de señora rica que tiene

los hijos pálidos y flacos. También barrunta resabios muy antiguos de anodismo hipócrita; cuchicheos de mujeres haraganas cuando hable en una calleja con una moza guapa; murmullos de muchachas labradoras cuando salude cortés a la hija casadera de un agricultor rico; guiños de los viejos, de los gañanes, de los pastores, cuando ofrezca la petaca y la candela a un rentista de muchas aparcerías que tenga hijas con apetito de cortejo y de esponsales; más murmullos y más rumores cuando eche una cana al aire y marche a la ciudad unas horas; runrún en las majadas, en los portales, en las boleras, en los pórticos de las parroquias cuando regale una boina, o un elástico o una peonza al hijo de una viuda amarilla y miserable que no tenga qué comer ni puchero en qué cocinar...

Todas estas cosas, y muchas más, presiente el maestro de escuela novicio que llega a cualquier pueblo, con ansias gratísimas y calientes y un título flamante en el bolsillo.

Un maestro nuevo es algo así como día de feria y llegada de titiriteros. Transición fuerte de curiosidad que se clava en las ropas, en el semblante, en las palabras del mozo. El maestro es robusto o cenceño, adusto o simpático, tímido o desenvuelto. Lo mismo da Adonis que Quasimodo. Es soltero y no hay más que decir. Si es maestra, rezongan en sus oídos los requiebros y las ternezas de señoritos vagos, de jándalos célibes, con migajas de caudal, que apetecen los doce mil reales todos los años. También suspiran los hidalgüelos maduros —hidalgüelos de vigilia y de jaca percherona y hambrienta—, con idénticos apetitos y mansedumbres. Es cosa digna de verse la rivalidad entre un jándalo echado a perder y un hidalgo bobo, por una maestra de escuela que les desdena...

Las mozas que van mudando la color después de las veinticuatro pascuas, echan anzuelos galanos de percal y de seda, de caudales, de yuntas, de borregos y corderas. Es la última esperanza. Pasan días y nacen odios escondidos, silenciosos, llenos de tuera y de hiel. No gusta el maestro nuevo de esas coyundas que dan establos y tierras arañadas. No faltan gentilezas de pobres señoritas sin hacienda. Esas pobres señoritas de muchos pueblos, que viven en caserones desnudos y hoscas. Tampoco gusta el mozo de esos salones fríos, de maderas alabeadas y oscuras, donde se dieron muchas y grandes cosas en noches de minué. Van muriendo las esperanzas como apetito de dueña menospreciada y dolorida. Más odios, más iras y destenplanzas. Los obsequios se convierten en miradas húmedas y rabiosas. Hostilidad femenina, que es la más tremenda de las hostilidades. Dios te libre de odio de mujer. Hostilidad de haldas, ni desdeñadas ni preferidas. Hostilidad de caciques, con el corazón de almirez. Hostilidad de tasugos y de rámilas que saben hablar y visten de lienzo. Hostilidad y recelo de familias suspicaces

que creen más cuidados y caricias del maestro para los hijos de los señores...

En invierno, el frío y las nieves; en la primavera, el trajín de la labranza. El maestro se ha hecho al pueblo. No ha tenido más remedio que acostumbrarse al pueblo. La extirpación del caciquismo —tesis clásica de todos los partidos políticos desde hace cien años— es casi una utopía, lo mismo que la regeneración espiritual del cuarenta por ciento de los españoles. Habrá caciques mientras haya aparceros medrosos y tragaldabas, y señoritos jaques, y hombres que gusten de la rueca y del alfitero. Quedamos, pues, en que el maestro encontrará muchos caciques...

En invierno, el frío y la nieve, y en la primavera, el trajín de la labranza. La escuela está medio vacía. Hostilidad del clima; inconsciente hostilidad de la infancia. El pobre maestro de escuela, que empieza con brío, ve quebrarse las mejores y más amorosas ansias de su pedagogía sentimental y humana. Unos andan en la mies delante de la pareja. Otros están en el molino. Otros andan de pastoreo. La labor es casi estéril. La escuela está vacía una buena parte del año. Algunos alcaldes rurales se encogen de hombros y miran al maestro sin pena ni gloria. El maestro mira al alcalde con profunda lástima. En el encuentro de estas miradas está la enorme distancia que existe entre un regidor sin letras ni energías, que no sabe ser regidor, y un maestro que sabe ser maestro.

Tras estas cosas tan ingratas, a lo mejor te echan la culpa de que los niños no aprenden. Tú, buen maestro de escuela, que has tenido que luchar con caciques, con capellanes ociosos, con merlines rurales, con socarrones, con intrusismos, con cabezas duras, cargas inocentemente con ese agravio. Te desesperas; no sientes remordimientos; pero sí el violento resquemor de la dignidad afrentada, sin culpa, entera, llena de vocación y de ética profesional, por mil reales todos los meses. Y hace más mella en el ánimo la punzada de una injusticia que el remordimiento de un pecado.

Setiembre abre de nuevo la puerta de la escuela. Setiembre quita el polvo de los cartapacios, de los mapas, de las pizarras.

“E los padres que non manden a los sus hijos a aprender lición...”

¿No sería conveniente un poco de Edad Media en el dinamismo nuevo?

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 11-IX-1932. (Vid. n.º 293).

Nosotros estamos ahora en un pueblo mantañés, entre una villa de romance y las tierras rojas de una mina fértil y antigua, donde se esconden los hombres todas las mañanitas temprano con las sus candilejas. Cerca están las brañas de las reviejas pastorías de los nueve valles. Cerca están las aguas sagradas del Saja romano; los caminos maravillosos que van para allá arriba, por vereditas celtas, a las sombras vaqueras de la Concilla y de la Palomba. Cerca las viejas torres de la marina, los naranjos de Novales, las gayas lanzas de Ruiloba, los bolos insignes de la Puente de San Miguel, los bígaros duros de la serranía de Ibio, los molinos de Santa Isabel con cantares antiguos de cítolas y de ruedas de muy buena piedra gitaña...

La iglesia de este pueblo parece una iglesia cartujana de por allá abajo, caminitos pardos y rectos del trigo. Runfan las hondas de los niños, y las piedras estremecen las ramas de los nogales. Pasan las trazas premiosas y desolladas de los pobres, su paso a paso de cansancio, camino de intemperies y de caridades agrarias. Cada día suenan más zapatones de mendigos en las lastras y en el polvo de las camberas. No sentimos el chocoteo amarillo de la harina del maíz en las maseras de castaño. No queda una miseria de lana en las ruecas, ni relucen los aros bruñidos de las herradas, ni taruguean las abarcas clásicas, ni chillan los carros blancos de los estadojos y de las raberas. Sentimos resquemores de recuerdos de niño en el corazón. Y muchas ganas de rezar al buen Cristo de los labradores y de los vaqueros por aquellos ancianos que duermen en los huertos de las cruces; por las ruecas de las hilas, por las trigueras de las cosechas, por los aros amarillos, blancos, bermejos de las panderetas, por las varas altas y retorcidas de los adrales, por las almireces, por las cayadas, por el pico de las boinas; por las leyendas, por los refranes, por las tragedias de los viejos aparceros...

Unas veces en la villa y otras veces en el pueblo. En el pueblo había de antes muchos hidalgos que vendieron los escudos para comprar unas vacas duendas. En la villa había de antes unos abades briosos y galopines, amigos de las "bonas mozas y de los vasos de bon vino". Retintineaban las campanas de la abadía, y los sones se dilataban muy recios y temblorosos, por las tierras allá, hasta las peñas de la marina de Ubiarco, que tenían cimeras de laureles y viñedos de chacolí. Después se cantarían viejas antifonas gregorianas y se echaría un poco de cristianismo entre la piedra románica de la colegiata. Saldrían las voces como de tordos roncós, de arrendajos avariciosos, de malvises viejos, de azores, de picorelinchos, de ranzuellas, de urracas, de verderones, de calándrigas. Y la cueva de Oreña re-

tumbaría de cóleras del mar, a la otra parte de las peñas escuetas y calvas, con pequeños signos de encina estamengados por el viento. Continuarían sonando las voces como de azores y de urracas. Y venga de vasos de "bon vino" después de las letanías y del canto llano. Letras cristianas por entre las columnas, cautivas allí entre los muros, en los grandes misales, en el recato de la arquitectura, en las penumbras de los calvarios. Allí quietecitas las letras cristianas, en teoría estéril, con vozarrones excesivamente mundanos, que unas veces requebraban a las villanas y otras veces discurrían por las capillas con dulzura falsa de jaculatoria, mientras los cipreses se balanceaban como incensarios.

Estaba muy mal el tahalí y el cinto encima de la estameña. El tahalí, mal compañero de la sandalia y de la cruz. Y los vasos de "bon vino" y las "bonas mozas". Después vino la ceniza del tiempo y lo fue borrando todo. Sólo quedó la arquitectura. La arquitectura, que es la urna de piedra fría y adusta, donde revive el espíritu del Evangelio encerrado allí siempre, allí siempre en teoría de grandes letras rojas que cantaban las voces abaciales. Y todo ha sido lo mismo. Esta colegiata es el símbolo de todas las colegiatas, de todas las franciscanías, de todos los monasterios. Arquitectura, destreza de imagineros, palabras muertas de libros bíblicos, sermonarios anodinos, candelas y humor de liturgia. Después, la calle y la vida del mundo. El cristianismo se quedaba encerrado en aquellas teorías tan hermosas y entrañables en vez de correr práctica y ejemplarmente por todas las rutas humildes, con sencillez, con amor a las camisas rotas, a las conciencias abatidas, a la pobreza desesperada, a todas las rebatiñas miserables de la injusticia, de la soberbia, de los afanes avaros.

Nosotros estamos ahora en un pueblo montaños. Han caído muchas lluvias sobre las costumbres de estos pueblos. No queda ni una rustiana de borona para comer una sardina. Nada más que caminos ilustres que van y vienen de la villa por entre las torres y los sembrados. En la villa había de antes unos atuendos de marqueses, como los marqueses de todas las pueblas de abolengo. Eran suyas las tierras, las arboledas, los molinos, las truchas de los remansos, las alisas de los ansares, los pozos de los ríos, las corzas, las ardillas, las liebres. Buenos amigos los abades y los nobles. Los unos vendían indulgencias y los otros las compraban. Las indulgencias que compran los marqueses y los duques son los caminos de oro que van a parar al infierno...

Los agros de los nobles se fueron ensanchando con los resudores de aquellas pobres gentes, atentas y meditativas a los acentos gordos de las campanas. Los nobles que dice la piedra de los caserones que mataron a los dragones y casaron con las infantas. Los nobles que han pasado los siglos

acaparando los terrenos agrarios, restringiendo las expansiones labradoras y bebiendo vasos de "bon vino", como los otros. Los nobles que no han sido tales en el carácter, en las virtudes, en la bondad. Y los malos abades y los malos arciprestes que no hicieron caso de las encíclicas, ni de las parábolas nazarenas. Que se fastidie Lázaro y que sea glorificado el opulento implacable, maldito por el hijo del buen carpintero. La nobleza y las ramas torcidas que fueron brotando del tronco cristiano con nudos de higuera amarga, con ambiciones mundanas, con muchos apetitos de rebullir entre la plata, al testero de los buenos soles, que son los que calientan y dan los buenos colores.

La villa nos hace pensar en estas cosas de los abades y de los nobles. Arriba están las tierras rojas. Otro día hemos de hablar de los mineros que se sepultan todas las mañanitas temprano con las sus candilejas en los túneles largos y profundos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico. 18-IX-1932.

360.—ESBOZOS. LAS DOCE HORAS

"Cuando penetré por primera vez en una mina y vi los rostros lívidos y las ropas destrozadas de aquellos hombres, disculpé con el corazón los ímpetus enérgicos de la rebeldía".—GALDÓS.

Por aquella pendiente arriba se va muy lejos. Se va a buscar la noche cuando el sol empieza a subir por la cuesta del cielo, la cuesta del Oriente, que tiene estrellerías caldeas y armenias de primitivos oráculos y de antiguos calendarios de labranza. Se va a buscar la noche por aquella pendiente vieja, hale, hale, camino y zapatos de minero con máculas rubias de tierras muy hondas. Se han desperezado los sentidos en las primeras luces, y poco después se penetra en una nueva noche, estrecha y larga, por una boca tenebrosa que va mordiendo, todas las mañanas, las energías de los hombres. Arriba desgarran la tierra los filos y las herramientas agrarias. Abajo la golpean, la abrasan, la llenan de ruidos y de cansancios humanos, que son los fuegos que avivan la marcha de las generaciones. En la costra camina la esteva lentamente, abriendo caminitos paralelos de cosecha, que van a parar a la despensa del mundo. Y en lo hondo, más cerca de la entraña caliente,

que palpita estremecida de lumbres y de misterios geológicos, los hombres han puesto las estrellas diminutas de los candiles; fijas y errantes en la noche estrecha y larga de la mina, como puntitos rojos de situación en los rumbos de las blendas, tan oscuros y quebrados...

Breves momentos de claridad, y después, las tinieblas. Parpadean las candelitas, que son las constelaciones de estas noches de la mina. Las manos parecen lívidas, y los rostros también parecen lívidos. Y como si tal cosa. Los cuerpos proyectan sombras inquietas, agachadas, que se levantan y se encorvan, con fatiga premiosa de forzados en fríos y relentes de una estepa comunista de por allá arriba, camino de trineo de los bosques de Arkángel. Nada más que las sombras. Las sombras que reflejan arbitrariamente los brazos fuertes, las cabezas que se van desgredando, los dorsos, las herramientas. El ánimo, no. El ánimo es de hombres briosos y libres, que esperan el alba de las cinco de la tarde. Encima de ellos están las mieses; las veredas agrarias, tan silenciosas y tan ásperas; los manchones forestales, los torrentes, los campanarios. Encima de ellos tienen consuelos de conversación los ociosos y las lavanderas; pasan, taciturnos, muchos caminantes que quisieran trabajar entre estas peñas descarnadas, en aquellos caseríos, en aquellas canteras, en cualquier parte. Pero siguen su camino, a lo mejor cantando las penas, que es lo que hacemos los pobres, lo que han hecho todos los pobres del mundo desde que se empezó a cantar.

El sol ya ha descendido por la cuesta del cielo, la preclara cuesta del Occidente, que tiene estrellerías españolas de carabelas y de almirantes. Las cinco de la tarde es el orto de los mineros que trabajan en las profundidades. Sensaciones de amanecer en toda la campiña, en los abismos de la cuenca, en las escarpaduras ya estériles, en la indocilidad de los caminos labradores, que ondulan y se encrespan en las vertientes, por entre las espinas y las ortigas, que son los malos pensamientos del monte. Las sombras quedan allá abajo, en las profundidades opulentas de la explotación. Camina la tierra hacia la noche, y ellos van andando, andando, con los luceritos temblorosos de los candiles, hacia aquella claridad redonda de la boca del túnel. El alba de los mineros, que nace en el Occidente, cuando va adoleciendo la luz, cuando se aselan las aves, cuando las horas se van cansando del ruido, de las voces, de los juegos, de las iniquidades. Después vendrá el invierno y no se verá aquella claridad redonda de la boca de la mina. Las sombras de la noche profunda del túnel se confundirán con las tinieblas de la noche astronómica.

Y las candilejas bajarán encendidas por aquella pendiente, hale, hale, camino y zapatos de minero con máculas rubias de tierras muy hondas...

Conversamos con los viejos mineros que toman la sombra en los portales, boquisumidos, desdentados, con los labios cárdenos y los pómulos secos y duros. Viejos mineros de Reocín, de Cartes, de Mercadal, recogiditos y resignados en las buenas sombras de los huertos, viendo cómo se ensancha la cuenca, donde ellos fueron dejando el alma.

En estas caras enjutas que tuvieron polvo moreno de mies y tierra roja de allá abajo, donde rebullen los picos y oscilan las llamitas inquietas y largas de los candiles, vemos reminiscencias vigorosas de años lejanos, cuando existía la ignominia de las doce horas crueles, implacables, bárbaras, de estrella a estrella. Ellos eran religiosos y tenían paciencia. Campanitas del otoño, campanitas de las novenas del mes de mayo. Rezarían el rosario del invierno, arrodillados en la piedra, debajo del coro, todavía rendidos y mojados del sudor de la jornada. Los amos serían católicos, y los diputados, y los alcaldes, y los jueces y los que hacían las leyes. Todos serían católicos, pero sin nervio cristiano. Y perduraban las doce horas crueles, implacables, bárbaras, debajo de la tierra, en un cautiverio de tinieblas. Y cuando iba naciendo un rumor de protesta rebelde, de cansancio, de desesperación, los amos, los diputados, los alcaldes, los jueces, los que hacían las leyes, los que oían la misa mayor en el prebisterio, las hidalgonas mojigatas de las sillas de tijera, que suspiraban en el templo, sabe Dios por qué devociones de tentación muy condenada con apariencias místicas; las palabras y los ambientes donde se renuevan las llagas de Cristo todos los días con gulas, con vanidades, con avaricias, con soberbias, con los pensamientos, con las miradas, exaltaban su enojo, su represalia, su rencor, y encendían mucho la lumbre para que se quemaran aquellas pobres ansias de las rebeldías primitivas.

Se seguía hablando de caridad cristiana, del pecado de la codicia, de lo inefable de la paciencia. Más campanitas del otoño y de las novenas del mes de mayo. Todos eran católicos. Y como si tal cosa. Más tinieblas allá, abajo, de estrella a estrella.

Temblábamos de sensaciones amargas en esta colina minera, que parece un esquilón gigantesco. Huellas borradas de los zapatos polvorientos de Galdós en estos repechos, en estas tenebrosidades, en estas bárcenas recogiditas con recruces de muchos senderos que se van por allá adelante. Cerca están las tierras tristes de Marianela...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 25-IX-1932.

361.—ESBOZOS. EL RECELO DE EUROPA

En Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, se han celebrado durante el pasado mes grandes maniobras militares.—Los periódicos.

Estos días ha habido ruido de cascos de caballos en media Europa. Cascos de caballos percherones, finos, imponentes, como los de las antiguas gestas del Cid y de Rolando. También baladros frenéticos de clarines, que suenan como maldición vibrante de unos pueblos a otros, por encima de los campos del centeno, de los colores forestales, de los hoyitos que hacen los labradores para alimentar al mundo. Media Europa ha retronado en un estéril y fanfarrón simulacro de guerra.

Polvaredas de llantas de hierro en las landas duras, en las tristes estepas, en los caminos anchos y firmes por donde corren, vertiginosas, precipitadas, incansables, las ruedas mecánicas de la civilización. El rencor tiene una médula más recia que la fraternidad. El rencor de los pueblos, que rebulle, se agita, se encrespa, se encoleriza, por atavismos históricos que aún respiran muy ruidosos a la sombra de todos los meridianos. En los cerebros hay nidos reseco de azores implacables, que son los malos pensamientos. Unos los guardan allí cautivos, con alas abatidas y rotas. Otros los echan a volar por las ventanas de los ojos, por la taravilla inquieta de la boca, vuela que te revuela, fríos, crueles, con el pico muy engallado y cínico. Y el mundo, los aires del mundo, se llenan de estas alas oscuras de los malos pensamientos, que prevalecen hostiles, zafios, socarrones, bárbaros, ondulando por encima de todas las tierras. Los picos agudos y largos de los malos pensamientos, que horadan las cabezas, desgarran las leyes de humanidad, abren sepulturas, rompen vínculos entrañables, destrozan el puro concepto de la justicia...

Trotes de caballos y rechinamiento de ejes artilleros en el suelo angustiado de media Europa. Las naciones se miran con violento recelo. Cortesías diplomáticas, conversaciones inacabables, para echar en el espíritu universal buena ética de paz; manos fuertes y bondadosas, que se aprietan cordiales por encima de las crestas y de las aguas fronterizas. Pero viene el recelo, y es como una tempestad cuando las espigas empiezan a sazonarse. El recelo, que crea tumultos de malos pensamientos, que refina las tácticas guerreras, que busca nuevos filos y nuevas afrentas bélicas para lanzarlas a las sienes de la juventud vestida de uniforme.

Estos ensayos de la muerte pueden convertirse en consecuencias dramáticas el día menos pensado. Porque en el mundo predomina todavía el estímulo íntimo y objetivo del alboroto guerrero. La educación no se ha des-

poseído de la herencia clásica, ambiciosa de anchuras y de vanidades. Es un respingo soberbio de las antiguas aficiones, saltando en la civilización de ahora como chispas de una lumbre tenaz e implacable, encendida en la hora en que surgió la primera desavenencia humana. No se ha purificado el concepto de patriotismo. Está íntimamente unido al trote de esos caballos, al rebrillo de esas trompetas, a los humos de las escuadras.

En el revoltijo universal de imperialismos, de represalias, de ambiciones, de rencores, la idea del patriotismo se aferra, por temor, por temperamento racial, por codicia, a los artificios bárbaros de las armas. El vencedor hispe su cimera y hace prevalecer su fortaleza. El humillado no olvida. Quisiera borrar el recuerdo de aquellas aventuras, de aquellas desgracias, de aquellas angustias. Pero la memoria es rebelde y va fecundizando los malos pensamientos, con paciencia, con saña, con muchas ansias de plenitud, hasta que un día se sube el corazón a la cabeza y empiezan a retremblar de ira todos los cimientos morales del país.

Se ha ido inculcando silenciosamente el orgullo de una victoria en la conciencia infantil o se alude a una fecha desastrosa, en que la dignidad nacional se estremeció de dolor, de impotencia, de agotamiento. Las dos tendencias tienen análogas evoluciones en los caminos de la historia futura. Aquí se enardece el resabio de una vanidad conquistada a tiros y mandoblastos, y allí se solivianta una humillación que quiere vengarse.

Senditas estrechas de rencor que se van ensanchando prodigiosamente a medida que el raciocinio va creciendo.

A los niños de nuestra generación nos enseñaron a odiar a los franceses, a los ingleses, a los yanquis, a los judíos. Y no podíamos comprender que teniendo aquí la vergüenza de Gibraltar, el rey nos trajera una reina inglesa, que además era protestante. Porque también nos inculcaron fobias terribles a los preceptos y a los símbolos de las otras religiones.

Cuando fuimos hombres, todavía bullían en nuestro ánimo reminiscencias de aquellas enseñanzas. Después vimos que todo era lo mismo; que todo obedecía a la atracción universal del egoísmo; que todas las religiones tienen fariseos y granjerías infamantes; que todos los pueblos unas veces han sido abnegados y nobles y otras veces cobardes y crueles. Y ya no miramos con tanta antipatía a los ingleses, a los franceses, a los yanquis, a los judíos. Todo era lo mismo. Si buenas lanzadas dimos, buenas lanzadas nos dieron. En unas aventuras fuimos molidos y en otras fuimos nosotros los que molimos y quebrantamos, hoy invasores y mañana invadidos. Así se ha desenvuelto el mundo y así se han ido escribiendo las historias de los pueblos, que a veces son justificaciones calurosas de muchas iniquidades, que el arbitrario concepto del patriotismo ha querido presentar como motivos heroicos

tocados de gracias y de recompensas divinas.

Y esas iniquidades volverán a romper las sienes de la juventud, a llenar de lumbres dramáticas las besanas del continente, a derrumbar lo ya restaurado con amor y paciencia. Malos mensajes los trotes de esos caballos. Esas maniobras militares son el ensayo de un gran drama escrito por los malos pensamientos, por las sugerencias de la historia, por la perenne preocupación del recelo profundo, medroso, exaltado, egoísta, que gobierna ahora la dinámica moral de Europa...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 2-X-1932.

362.—ESBOZOS. LA LITERATURA Y LAS LEYES SOCIALES

El director general de Penales estudia un proyecto relacionado con la protección a los reclusos que han cumplido sus condenas.—Los periódicos.

Hay todavía algunos motivos de desesperación, de injusticia, de abatimiento dramático muy constante y silencioso, a los que sólo han llegado toquecitos de literatura. Lo otro, no; lo otro ha permanecido estático y premioso en la jerigonza de promesas, de propósitos baldados, de pensamientos que no fertilizan, de compasiones teóricas que se quedan en el alma, siempre perezosas y señeras. Lo otro es la realidad, el movimiento, el alivio; lo otro es la práctica de esas meditaciones y de esas iniciativas. La literatura ha sido zahorí de penas, de escondrijos miserables, de sufrimientos, de sinrazones. No existe pecado, resignación, rebeldía, voluptuosidad, virtud austera o condición destemplada que no tenga cánticos o lágrimas en las letras. Primero las sensaciones de una fe primitiva, inocente, de infancia del mundo, aficionada a lo divino, a los manatiales bíblicos, a la leyenda, a la mitología portentosa. Esta característica menospreciaba al hombre. Lo humano era cosa sin transcendencia. Las ansias más profundas eran para los signos providenciales, para la omnipotencia de los dioses, para la bondad de los mitos buenos. Se empieza a escribir la segunda edad de la literatura; todo lo abarcan las religiones, las grandes hazañas, los monjes, las conquistas, los milagros. En las letras retumban los ruidos de las batallas, los "fieros encuentros" de los poemas primitivos. Motivos crueles, vidas tumultuosas y agitadas, peleas, lanzadas, y después las plegarias y los hinojos en las losas de los monasterios...

Más tarde forjan locuras los libros de caballería, se querellan las prosas místicas, los devaneos teológicos, las contiendas entre los hipócritas y los cínicos. Las aflicciones de los hombres permanecen ocultas y silenciosas. Todavía no ha penetrado en las letras el calor y la nieve de las sentinas sociales. No clarean aún las ideas nacidas por impulsos de misericordia, de justicia, de equidad humana. Las religiones predicán, pero no practican. Se cantan églogas, se lloran dolores místicos en los cenobios, vocean en las calles oscuras y estrechas los bebedores y las tunantas; se versifican las picardías y las agudezas. La literatura no sale de estas cosas, como reflejo que es de las virtudes, de las tonterías, de los vicios del mundo.

En esta tercera época se incrustan las áreas religiosas, quiméricas, contemplativas, filosóficas; el cielo, los silogismos, las bravezas, el infierno, el dogma. El hombre, las miserias materiales del hombre, nada. Entre estas cosas van creciendo las generaciones, las generaciones precarias, preteridas, resignadas, casi hambrientas. Las letras no recogen estos dolores populares que se dilatan en los pueblos entre una iglesia y un castillo.

Poco a poco, muy lentamente, la literatura se va compenetrando con los desasosiegos de las clases humildes. Ya sugestionan más las almas y los sufrimientos que la arquitectura, el paisaje, las picardías ingeniosas, los secretos sobrenaturales. Se comienza por la hipérbole de los amores heroicos. Del amor se pasa al pecado, al vicio; se van concretando los defectos de la humanidad, las bondades, las rarezas. Los escritores salen de las Bibliotecas y buscan en la calle, en el tráfico y en las conversaciones de la gente, el espíritu y la enjundia de sus obras. En estos primeros contactos de las letras con la actualidad, con la vida vulgar o transcendental de los pueblos, se copian los caracteres ociosos, los orgullos raciales que tiemblan en las barbas de los hidalgos, las disciplinas de los padres adustos, las aventuras de los caminantes.

Se van apartando del mundo de las viejas vías y empieza a balbucir en las letras un concepto más universal, más popular, más entrañable. Se intensifica la observación en la dinámica diaria de los hombres, se analizan los orígenes de muchas penas, las causas relapsas y duras de muchos infortunios, las fuentes y las bifurcaciones de muchas injusticias.

Entonces adquiere la literatura una noble nota de compasión, de protesta, de consejo amable y enérgico para mejorar la miserable condición de los humildes. Ya es el hombre lo más transcendental; las zozobras, las caídas, las anormalidades del hombre, sus trabajos y sus lágrimas. Se inicia en los libros un ancho clamor de voces dramáticas que salen de las minas, de los presidios, de las casas dismanteladas, de todos los lugares de dolor, remellados por injusticias, por fatalidades, por estigmas dolorosos. No hay rin-

cón ni lepra que no sea mecido por las máquinas de los impresores. Cada novela es una síntesis de martirios, de desequilibrios sociales, de la lucha eterna entre la abundancia y el ayuno. Y armonizando con los nuevos caminos literarios, en que la estética sirve de vestido a la misericordia y a la sensibilidad, las leyes liman sus rigores, se suavizan, dilatan sus beneficios, llegan a reconditeces que dejaron de ser inéditas por eso, por el periodismo y la literatura.

Uno de los temas más cultivados por las nuevas tendencias de la novela social, ha sido el del presidio. La literatura de la postguerra ha sido elemento perseverante y afortunado en la evolución del régimen penitenciario. Muchas de las leyes que han ido quitando rigidez a las disciplinas clásicas, han obedecido al estímulo de un capítulo emocionante, de unas amargas notas autobiográficas, de unas vibraciones líricas pensando en los muros y en los hierros de las cárceles. Puede decirse, en síntesis evidente y justa, que la legislación que ha humanizado, que ha hecho más amable el desenvolvimiento penitenciario, antes tan zahareño y tan implacable, tuvo su impulso más enérgico en la sencillez de la prosa periodística, en el léxico sentimental de muchos libros, en las violentas querellas de plumas beneméritas que corrían en el papel, con saña, con ira, como si estuvieran desgarrando el cuerpazo de la cruel indiferencia universal. Las penitenciarias, antes tormento, desaseo, tiniebla, trabajo anodino de oficios típicos de prisionero, son hoy sanatorios de conciencias, ciudades aisladas en que dentro de una ética y de unas ordenanzas inquebrantables, los hombres trabajan, pasean, se entretienen, enervan el terrible recuerdo.

En pocos años la transformación ha sido radical en la arquitectura presidiaria, en las disciplinas, en los reglamentos, infundiéndolos un sentido más bondadoso y más espléndido. Y todas estas cosas se reflejan en el ánimo del recluso, que vive con cierto desembarazo, como en un pueblo pequeño y lejano rodeado de murallas. Pero existe un momento que apenas ha sido esbozado por la literatura. El instante en que el recluso vuelve a vivir entre la gente de la calle, el instante en que siente en la frente el aire de allá afuera, sin horizontes de bayonetas, de altos paredones, de garitas encaramadas. Entonces comienza el verdadero cautiverio, el más triste, el más desamparado. A este momento alude el proyecto del director general de Penales, del que hemos de ocuparnos en nuestro próximo artículo.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 9-X-1932.

La república tiene que poner en vigor un decreto de hace quince años para destacar la diferencia existente entre un régimen de bondades teóricas y una evolución radical y justa.

Este hombre acaba de salir del presidio. Atrás se queda el largo cerco de las murallas, zahareño y oscuro, con transiciones de verjas que terminan en filo, como lanzas inmóviles. Atrás se quedan los caminos que se quiebran en las altas paredes, que ondulan pindios, suaves, enérgicos, alrededor de la prisión, como reflejos pequeñitos y angostos de las anchas vías del mundo. La vida entre este dogal de piedra se ha deslizado tranquila, como en una cartuja arbitraria de arrepentidos y resignados. De vez en cuando el desabrimiento de unas memorias terribles que han entrado en el cerebro súbitamente, conmoviendo toda la conciencia. Instantes iracundos, rencorosos, inconscientes de la falta; paisajes de la aldea; colores bien amados de las casas del pueblo confundidos en el entendimiento con los semblantes, con las vestiduras, con las fuentes, con los campos. Otras veces, ramalazos violentos y crueles que dominan la voluntad y acongojan todas las potencias, estimulándolas con recuerdos entrañables de hogar, de fiestas, de sosiego familiar, en íntimo contacto con el momento presente, tan lejos de aquellas sensaciones amables. Entonces se soliviantan todas las pasiones y se encrespan, rebeldes, todos los deseos. La gula del espíritu estremece la carne, la mortifica, la hace temblar dolorida de hastío y de amargura. Va naciendo lentamente un apetito implacable de gustar la realidad de aquellos pensamientos tan gratos, de aquellos recuerdos lejanos que hacen espejismos de tentación tremenda en el ánimo del recluso.

Después viene de nuevo la serenidad, la recompensa de la resignación, el cansancio del alma por aquellas fatigas que avivaron y dieron tormento a las ansias imposibles. Vuelve la mansedumbre de los recuerdos, y el espíritu se queda absorto en estas memorias calientes y buenas. Es como si el cerebro se apiadara de la conciencia y del corazón y quisiera aplacar el resque-mor con el regalo de otros pensamientos remansados en bondades íntimas, las bondades que tienen todos los hombres, aun los más relapsos y sombríos, en las horas de dolor y de remordimiento. El ánimo vuelve al pueblo, ahora sin acritud, con una ternura infinita. La arquitectura y la geografía del pueblo o de la ciudad pairal; las caras de los amigos; los montes; todas las veredas y todas las calles en vorágine de colores, de ambientes, de ruidos. Se compenetra la voluntad con las circunstancias y el alma se acostumbra

a los flagelos del cautiverio. Así se van enervando las desesperaciones, y nace, remisa, la virtud de la conformidad, que tiene dones portentosos de fortaleza moral. Los recuerdos se dulcifican, se concretan más amablemente las ideas; se adormecen las violencias de los sentidos; el instante del delito, que antes parecía perenne, agobiador, siempre incrustado en el cerebro, se queda allá lejos oculto, desvanecido...

Este hombre acaba de salir del presidio. Es viejo y tiene semblante optimista. Él cree que el mundo, que las costumbres del mundo, han entrado en una era más humanitaria y noble. Está contento y jovial. Contempla con apetencias de alegría todas las cosas del campo, y se ufana, como un muchacho, de su reciente libertad. Es posible que en la memoria, al traspasar la puerta de la muralla, revivan ásperos los recuerdos de aquellos minutos de ira, de anormalidad cerebral, de pasiones o venganzas incontenibles. Pero esto ya pasó hace muchos años. Él cometió un gran delito por odio, por avaricia, por vengar un agravio. La ley le castigó y la ley le abre las puertas del perdón para que vuelva al mundo, y el mundo se presenta ante sus ojos todo lleno de bondades y de misericordias. Han evolucionado las costumbres, los sentimientos, las leyes. A su celda llegaron libros nuevos que se compadecían del delincuente, de sus horas meditativas, de sus añoranzas angustiosas. También sabe que hace quince años se publicó en la "Gaceta" un decreto creando los patronatos de reclusos y liberados, cuyos fines no tenían otro objeto que el de readaptar a la vida honrada a los que salen de presidio. Sí. sí; la humanidad se ha desposeído de lo inclemente del prejuicio y de muchos escrúpulos ignominiosos...

Este hombre tiene una confianza firme en el porvenir, y camina lleno de jovialidad, con grandes deseos de ganarse la vida honradamente, en cualquier parte. El optimismo se le refleja en el rostro como un rebrilleo de felicidad. Los semblantes mohinos y adustos le parecen alegres; le parecen alegres todos los ambientes y todas las cosas. El manchón pétreo de la penitenciaría, sus veredas, sus carrejos, sus celdas, van desapareciendo de la mente y adquieren lo indeciso de un sueño tormentoso que nos aflige una mala noche. Pero, poco a poco, cuando el tímpano y la retina se han hecho de nuevo a los rumores y a las perspectivas de la libertad, aquel manchón solitario torna al cerebro con insistencia, con saña violenta. Ahora siente aquella acritud y aquel desabrimiento de la celda. Todo el largo cerco de los muros desfila por su imaginación con la misma ternura que antes desfilaron los paisajes del pueblo, las caras de los amigos. Trajina la memoria bondadosamente, sin descanso, devanando el panorama del presidio con insistencia y minuciosidad. Cada paso es una experiencia agobiadora que le acobarda, que le hace pensar más intensamente, con más cariño, en los recios

paredones que le tuvieron condenado. Ya va mirando a la gente con recelo, con temor, con vergüenza. Todos los rostros le parecen hostiles y severos. ¿Será posible que no se pueda borrar el estigma del delito? No encuentra la realidad de aquellas ideas que le movían a reanudar la vida tranquila del trabajo y del arrepentimiento. Lucha con fe, exalta su ánimo, pero el mundo sigue siendo el mismo; los prejuicios, los escrúpulos, las intemperancias. El patronato de hace quince años se quedó en la "Gaceta". Su ancianidad le lanza por caminos fríos. La ciudad es un refugio estéril para sus propósitos, y se marcha por los pueblos, deteniéndose humildemente en las puertas. Sus canas se llenan de escarcha. Y en estas horas de caminante desvalido y viejo que no sabe dónde irá a parar, piensa, con deleite, con pena, con buena añoranza, en la arquitectura y en las entrañas de la penitenciaría, donde se alimentaba y era casi feliz...

Una noche, rumiando un zoquete de pan en la mesa de una posada carretera, escribía una carta concisa y dramática:

"Yo estaba ahí tranquilo, sin estas penas tan grandes, señor director. No sé para qué me dieron la libertad, viejo y sin fuerzas. El mundo sigue tan inclemente, lo mismo que de antes, señor director. No puedo con esta vida y yo quiero volver ahí para estarme siempre"...

Después, con la rendida cabeza apoyada en las manos, romperá en un gemido...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 16-X-1932.

364.—ESBOZOS. LOS SEÑORES DE LA BRAÑA

Han bajado de los puertos todos los rebaños. Sejos se queda solitario, sin el humo de las chozas, con el ruido pindio de sus canales.

Rezongaron los campanos en la carretera y todos los pueblos se fueron llenando de tintineos y de mugidos. Las colleras parecían arracadas bárbaras de los mitos del monte. Los pastores estaban contentos, y las gentes miraban al ganado amorosamente, como lo más valioso de la hacienda.

Nosotros contemplamos la estampa chiquita y delgada del sarraján que se contonea en una adolescencia prematura y jovial, empuñando una fuerte porra de avellano, labrada y curtida en las brañas enromeradas de Sejos, a la sombra de los hayedos y de los robledales. El vaquero es cenceño y

tiene las melenas encrespadas. Sabe de los ocios en las cumbres. De vez en cuando habrá medido con un belorto cimbreante las costillas del sarruján, que es un oficio triste y miserable.

En la choza de terrones se quedan ocultas, temblorosas, casi desesperadas, muchas ansias de estos pobres niños que empiezan a curtir el ánimo en los silencios medrosos de la sierra.

Los pastores bajaban contentos, y los aparceros también sentían alegría. No hubo despeñaduras en los castros, ni extravíos en las frondas sin caminos, ni solenguanos mortificantes, ni desgarraduras en las carnes prietas de las bestias. Aullaría el lobo abajo, en la hoz o en la canal, sin acercarse a la majada, sin poner el hocico en los senderos de los rebaños...

Buenos meses de cumbres y de praderas silvestres para los pastores y los ganados. Los unos tornan rozagantes y los otros hartos. Hierbas y leche, ráspanos sabrosos, mayuetas y aguas frías, sesteos y canas al aire de cuando en cuando, camino emperigotado de Saja al barrunto del frasco del aguardiente.

Los días pasaron anodinos, más cerca de la felicidad que de la pesadumbre; hoy brumas, y mañana céfiros y después claridades que despiertan los sentidos y abaten las melancolías. Vida primitiva de la selvas y de las rocas, a la orilla de las fuentes de leve surco, entre las peñas escarpadas y los troncos duros, cuyas cortezas son las páginas donde los vaqueros escriben nombres, y hechas y pensamientos sencillos de optimismo o de amargura resignada.

Lechos de yerba y de manzanillas amustiadas por el sol del estío, que endurece los terrones de la cabaña. Jornadas leves los días de sosiego, cuando no "moscan" las reses ni hay señales de tormenta por encima de los collados. Cuencos de haya, de raíz dura, de abedul, de fresno, llenos en las fuentes blancas de las ubres. Boronitas amarillas, espurridas en la parrilla, a fuerza de manotazos. El mismo alimento todos los días, Sin hastíos, sin tristezas.

La práctica de la renunciación y de la parquedad tienen aquí su rito antiguo, inflexible, religioso, dentro de una heráldica aderezada con piedras, con hondas, con bígaros, con pellizas, con zurroneos, con madre selvas, con nieves, con lastras, con musgos. Heráldica de intemperies, de cansancios, de rasguños, de ventiscas, de templanzas...

Han bajado los rebaños de los puertos con ruido de campanos.

Brincaba el sarruján chiquitín y delgado, con tizne de árgomas en el semblante; con lodo y arcilla de la Cardosa, de Palombera, de la Concilla. Traía yesca para sus amigos los viejos y avellanas para las mozas, y palos pulidos y pintados para los muchachos; regalos de allá arriba, frutos del ocio

y del cariño, de las horas quietas en los repechos. A su lado jadeaba “Lucero”, el perrazo barcino, harto de agua y de harina, mostrando, petulante, los clavos de su carranca, cubierto de polvo, con escajos en el pelo.

En los ocios pensaría el pobre niño en el jergón de hoja panojera, crujiente y áspero; en las mantas familiares con franjas azules y coloradas; en el tajo de la cocina; en el tronco del portal, donde se hiende la leña; en la estampa ahumada de San Antonio, colgada de la pared de la cocina; en las tinajas del cantarero; en las plantas del huerto; en las piedrecitas del corral.

Ya se sentían barruntos de invierno allá arriba. Hacía frío en las valles recogidas y en las alturas. El viento se metía por las rendijas de la cabaña y zarandeaba las miserables ropas colgadas en los pinos sin labrar. Pronto bajarán turbias las aguas de los canales y serán más tristes y perezosas las albas.

Sejos se queda solo, sin el humo de las chozas, que parecen castillos diminutos en los campos verdes. Los castillos de los señores de la braña, arriba, en los collados, más perdurables, más nobles que los otros castillos de troneras y de hierros.

En las veladas del invierno, mientras se asan las castañas y repiquetea el granizo en las tejas, el zagal contará sus aventuras del puerto, como un soldado que vuelve de la guerra:

—Un día ví cuatro osos, que eran muy grandes y muy canos. Estaban comiendo a un probe caballu blancu, que tenía dos pintas negras en metá de la frente... Los osos me miraron con los ojos muy enconaos, pero yo alevanté la porra con rabia y echaron a correr. Se conoz que me vieron en la cara muy malas ideas... Otru día vi a una loba que estaba acostá a la vera de una lastra...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 23-X-1932.

365.—ESBOZOS. LOS TRABAJADORES Y LOS VAGOS

En la clase popular existen dos castas espirituales: la una, laboriosa, educada, que sufre en recogida dignidad sus infortunios. La otra, desvergonzada, ociosa, que cuenta unas pesadumbres imaginadas y unos dolores que nada más existen en su picardía y en su vileza...

Este hombre se levanta todas las mañanas temprano. La noche la ha pasado con voces de calaveras, de bebedores, de tunantes. La noche, que tie-

ne más tinieblas y más lobrequeces, más tumultos y más sobresaltos para los ánimos infelices que no saben los rumbos del nuevo día. Este hombre se retiró al hogar con una terrible preocupación que cercena sus esperanzas y su optimismo. Le duele el espíritu, las sienes, los nervios, el cerebro. Los músculos de la cara se contraen en una mueca de angustia silenciosa. A fuerza de contraerse el rostro dolorosamente, ha adquirido una expresión perenne de tristeza, de abatimiento, de pobres apetitos que no se sacian. Ve a su alrededor semblantes contentos que miran todas las cosas con la indiferencia o la curiosidad que da el pan abundante, el sosiego de la vida interna, la quietud de las ambiciones. Así era él de antes, cuando sus bríos se cansaban y veía al hierro en ascua viva o los ladrillos emperigotados y simétricos o el rizo de las virutas cayendo a sus plantas con un ligero revoloteo suave, blando. Así era él antes, cuando herían su tímpano los motores vertiginosos, el rebote vibrante del martillo en el yunque, el rosigar de la sierra que parece una risa forzada, larga, de iscariote. Chispitas de fragua corriendo por el aire, ruidos joviales, monótonos, cristalinos, tintineantes, secos, de azuelas, de bronces, de hierros, de maderas curtidas que se van puliendo, de piedras que se labran, de poleas, de tornos, de dínamos, de alfarerías...

Pero un día sintió como un desplomarse de todos los ánimos. Él estaba tranquilo con su herramienta, dale que te dale en aquel pedazo de pino, de haya, forjando, puliendo, machacando, pintando. Le dijeron unas palabras frías, muy corteses, pero muy frías. Miró con desconsuelo el banco, el yunque, el pincel, los chibaletes de las cajas tipográficas tan pindias y tan cultas, los montones de cal o las grietas y las desgarraduras de la cantera. Lo miró con una pena súbita que le puso pálido de coraje y de desesperación silenciosa y pacífica. Allí estuvo él mucho tiempo con el relativo sosiego de los pobres, hale, hale, avanzando con su artesanía digna y hábil, casi feliz, con su petaca, con su vestido decoroso, pensando en los ocios del domingo, en las agudezas de los hijos, en sus aficiones, en sus pasatiempos. Allí fue madurando muchas ideas y muchos nobles propósitos mientras resoplaba el fuelle, iba y venía el cepillo, se quebrantaba la piedra o runfaba la máquina como el jadeo de un cíclope.

Aquellas palabras hirieron las sienes y el pecho, se metieron en lo más caliente de la entraña, estremecieron la sensibilidad. Y en ese instante atormentado del despido, en que todo se piensa y todo se percibe en sombras dramáticas de miseria, vio a los hijos chiquitines, gordezuelos, brincando en el carrejo de la casa, o los recordó enfermos, exangües, amarillos. Vio el descuartizamiento de su tranquilidad paternal, las tristes miradas de su compañera, el estupor de los pobres niños por aquel llanto tan súbito y tan manso; las horas negras, pesadas, implacables, en que todo falta, en que todo se

apetece, en que todo es invierno y desierto para el alma, en que se aglomeran los enredijos de la existencia, las penas, las necesidades, los temores. Al traspasar el umbral del taller, de la fábrica, de la oficina, y contemplar a las gentes, el bullicio, la dinámica ruidosa de la calle, un rencorcillo secreto empezó a escarbar en la conciencia. El primer impulso fue de pesadumbre, de anonadamiento, de angustia, de lágrimas que pugnaban por salir. Después, en el camino, envuelto en retruenos de palabras, de carruajes, de estridores mecánicos, meditó con acritud, con rabia, con odio. Le parecieron perezosas y destartaladas las ruedas del progreso social; los procedimientos populares, excesivamente templados y transigentes; las exigencias, muy limitadas; la injusticia, inmensa como un universo. En estos momentos el concepto de rebeldía suele estar a punto de concretarse en un delito. Pero vienen los sentimientos, y nos quitan de delante la centella. Los buenos sentimientos populares, saturados aún de calores románticos, que se resignan, que olvidan, que transigen...

Este hombre se levanta todas las mañanas temprano, cuando se cierran las timbas, cuando se recoge, tambaleando, la crápula; cuando vienen, con sus gracias agrarias, los carritos, los serones, las enjalmas de los pueblos. La noche le ha dejado en el espíritu más tormentos y más flaquezas. El sueño ha dado poco descanso a la fatiga que le oprime allá adentro con un remorder lentísimo, persistente, agobiador. En la casa quedan arideces, muchos dolores, muchos suspiros.

Comienza el calvario con una esperanza en agraz que nunca acaba de ponerse madura. Las calles son cuestecitas soladas de espinas. Allá queda la casa desposeída de sus antiguos adornos, de la pequeña comodidad que fue formando el sacrificio, el amor, la alcancía leve del trabajo. No ha habido más remedio que dejar la casa dismantelada. Los ahorros del trabajador son sus ropas, sus muebles, sus cobertores, sus cazuelas. Y de estos elementos tan modestísimos, tan imprescindibles e insignificantes; de esta hacienda tan mezquina, pero que enerva el frío, da sosiego al cuerpo fatigado y pone estética sencilla y humilde en el hogar; de estas cosas tan imprescindibles para la vida, tiene que hacer granjería cuando está enfermo o se queda sin sitio en qué trabajar, como le sucede ahora. Esta es la mácula más grande que rebulle, como hace cien años, en las ansias de la democracia universal y en las entrañas de un progreso lleno de petulancias mecánicas y literarias, de construcciones babélicas, de filosofías estériles, de hostilidad al sufrimiento, al hambre, a la miseria.

Pasos lentos, transidos, todo el día. No parece nada en ninguna parte. Los amigos pasan de prisa por egoísmo o por misericordia impotente para el remedio. Caminata larga, desorientada, ineficaz para los deseos de este

hombre que siente tumultos de rencores justos, de pensamientos zafios, de resignaciones dignas, de nuevos estímulos subjetivos de rebeldía, de nuevas fortalezas morales que aguantan las iras que están a punto de asomar a los ojos. Después, otra vez las horas de la noche en que se solloza en silencio, en que están cansadas y como medrosas todas las potencias...

Yo te saludo, trabajador infeliz, desafortunado, entristecido, Yo te saludo con sentimiento profundo, como se saluda a las penas, al inválido, a los rendidos por la injusticia, a los que no tienen rutas amables y prósperas. Para tí, la más amplia protección, el amparo más caliente, la cuestación del próximo jueves, la justicia de cuantos donativos sean menester para amortiguar tu calvario perseverante, inflexible, cruelísimo... Para los otros, para los cínicos, para los mendicantes profesionales, para los que explotan el disfraz de ropas sucias y desgarradas de la mujer y los hijos; para los que engañan a la gente con el embuste de unas quejas estudiadas en las páginas típicas de su picardía; para los que pueden trabajar y no quieren, para los ociosos, para los cínicos convertidos en mendigos, una ley implacable, rígida, con severidades radicalísimas, duras, impasibles ante las quejas y los lamentos de los vagos, de los pícaros, de los plañideros...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 30-X-1932.

366.—ESBOZOS. UN SIGNO DE JUSTICIA

El viajero que pisa España para estudiar su trayectoria en el mundo moderno, ha de tener presente que su mayor enemigo son los recuerdos; recuerdos de lecturas artificiosas, de tópicos desaprensivos, de conceptos falsos.—LAWRENCE COOLIDGE.

La mayoría de los hombres somos tornadizos y murmuradores. Es una cualidad secreta, ecuánime, que sale en las palabras sigilosamente, con delectación, con agravio, con muchos deseos de penetrar en la vida de los otros y hacer ludibrio, insidia o análisis arbitrario de las despreocupaciones, de las rarezas, de las desgracias, de las penas, de los deseos. Aun dentro de los afectos o de otros motivos amables, sale lento, inconsciente, premiso o socarrón el vocablo que sintetiza esta manía, aquel vicio, esa pequeña anor-

malidad del temperamento. La educación no puede todavía sustraerse a tan malicioso atavismo espiritual. Hay en los ánimos una cortesía excesiva, una apariencia fina y atenta que no tiene sinceridad ni bondades afectuosas, ni deseos entrañables de que la palabra esté de acuerdo con el pensamiento.

Tú o nosotros vamos a una casa donde se nos recibe con hospitalidad sincera. Los días pasan amables, ociosos, llenos de regalo, sin los resquemores y las meditaciones de la rutina fatigosa de la vida. Es una transición de sosiego en que las inquietudes se echan a descansar. Te adaptas a las costumbres, a los gustos, a las aficiones de tus amigos. Y las horas traen nuevos obsequios, nuevas delicadezas, diversidad de homenajes íntimos y silenciosos, que son los más profundos y los más gratos. Tú o nosotros sentimos en las buenas moradas del espíritu el brote de un afecto puro, caudalísimo, impregnado de unas promesas vehementes, de unos pensamientos generosos, que son el oro moral con que pretendemos pagar los favores, los estímulos, las buenas obras que nos libertan de una amargura, de unos momentos dramáticos, de unas penas, de un agobio, de un ramalazo violento de pesimismo.

Un día te despiden con tristeza de aquellas gentes atentas y nobles. Vuelves a la rutina de los caminos, a derramar tus trabajos, a andar y desandar siempre los mismos rumbos. Atrás quedan los instantes ociosos que dejaron en tu alma blanduras y deleites prodigados con voluntad, con maneras sencillas y espontáneas de gentes que no saben disfrazar el lenguaje ni los sentimientos. Pero se va formando un puntito negro, inquieto en tus memorias. En medio de los recuerdos amables, ese puntito negro, inquieto, que va y viene por el cerebro incesantemente, suspicaz, revoltoso. Puntito de intransigencia, de crítica rígida, de comentario secreto que va descubriendo y agrandando los defectos, los pequeños olvidos, los descuidos, las naturales imperfecciones de la casa de tus amigos. Aquellas maulas, aquellos cristales polvorientos, aquellos lloros persistentes, inaguantables, de los niños. Y recuerdas los pequeños motivos desagradables con más constancia que los regalos, las atenciones, el aseo, las delicadezas. Somos tan ingratos, tan inflexibles, que no sabemos olvidar esas insignificancias, esos defectos veniales que nos hacen arrugar la frente como si nos lastimara un recuerdo muy frío.

Pues algo semejante ha sucedido con los intelectuales, con los periodistas, con los curiosos de otros países que han sido nuestros huéspedes. La mayor parte de los escritores extranjeros que han recorrido nuestros caminos, han sido más minuciosos, más fecundos, en la literatura implacable de nuestros defectos que en la alabanza de las virtudes. La injusticia ha ido rodando por el mundo, empujada por muchas plumas. Se han comentado las reminiscencias de la tradición, infundiéndola un carácter versátil, exce-

sivamente ligero y caprichoso. De esta crítica extraña nada más que se han salvado los monumentos antiguos, los anaqueles de los museos, las pinturas, los romances, las huellas vigorosas del arte árabe, de los artífices toledanos, de los alarifes góticos; los caracteres estéticos de la piedra, de la madera, de la pintura; el paisaje, el clima. Las inquietudes sociales, las evoluciones económicas, la urdimbre sutil y extensa de nuestra expansión moral y laboriosa; el temperamento, la dinámica progresiva de la industria; los afanes educativos; todo lo que constituye la potencia del cerebro y del espíritu, ha pasado al tamiz del análisis extranjero como un centeno áspero y malo de una tierra pobre, miserable y ociosa.

Lo de menos han sido las apetencias éticas, las fibras morales, el movimiento de la ciencia y de la mecánica, las artes nuevas, los impetus populares por sustraerse a lo anodino y estático de otros tiempos. Lo otro, lo otro; la costumbre impregnada de superstición, el tópico casi bárbaro de la leyenda; el orgullo, la pobreza, lo premioso de ciertas actividades; las características pintorescas; lo vacuo y simple, que es patrimonio de todas las razas con análogos o muy semejantes aspectos.

Desde que Alejandro Dumas, después de pasear por España, comete la ingratitud de corresponder a los homenajes de nuestros abuelos con una literatura injusta y afrentosa, han sido muchos los escritores de abolengo que han repetido los mismos conceptos. A no ser por la labor meritísima y noble de contados hispanistas, se conocerían únicamente las piedras de nuestras catedrales, los claustros de las colegiatas, las procesiones insignes, los hitos arcaicos, las ruinas de los castillos, los cármenes, las dehesas. Nuestros huéspedes nada más que han encontrado deleite en las cosas de las edades antiguas con sedimentos guerreros o místicos, olvidando que la cultura española hace mucho tiempo que dejó de ser mística para convertirse en humana. El espíritu, el temperamento, las energías modernas, los procedimientos del trabajo, el desenvolvimiento social, han sufrido deformaciones radicales con apariencia de una demora de siglos.

Coolidge ha llegado a España. Trae en la frente un signo de justicia. Quiere desterrar los recuerdos de lecturas artificiosas, los tópicos, las fantasías. Literatura de los caminos, de las minas, de las fábricas, de los terrenos agrarios, de las Universidades, de las legislaciones. El folklore no tiene importancia social. Admitimos su interés literario, histórico, pero nada más. Y sobre el espinazo de España se ha venido echando mucho folklore, han rodado los aros de muchas panderetas, se han clavado muchos puñales flamencos, han plañido muchas saetas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 6-XI-1932.

El Ayuntamiento de Burgos prepara un gran homenaje al prior de la Cartuja de Mirajlores por sus cuantiosos donativos para remediar el paro obrero y otras necesidades.—Los periódicos.

En la estepa morena del trigo, entre unos árboles polvorientos y unos caminos de gesta, la Cartuja es un oasis de piedra y de surtidores. La Cartuja, que tiene huertos nazarenos, chiquitines, pardos, de antigua literatura mística. El surtidor parece un símbolo de vida, de humillaciones, de vanidades. Sube el hilo del agua petulante, ligero, jovial, y luego va cayendo abatido y triste, deshecho en unas lágrimas gordas que mueren en el diminuto remanso, como las felicidades y las desgracias de los hombres. O viene el viento y hace temblar la cinta alegre del agua recién nacida, estremeciéndola, violentando su descenso. O vienen los fríos que hacen tiritar las yerbas del páramo y traen la crueldad del hielo. El agua se convierte entonces en un blancor estático, desolado, como una columna chiquitina de mármol. En los hombres sucede esta transformación cuando se les abandona en intemperies tremendas. Ellos sienten muchos fríos que les van helando lentamente los sentimientos. Un día se petrifican las lágrimas, otro día la paciencia, después el dolor del espíritu, más tarde las sensaciones afectivas. Entonces ocurre en el alma un cataclismo.

No sabemos las inquietudes, los cilicios, los arrepentimientos, los cauterios, los ardores místicos y los recuerdos mundanos que rebullen en las silenciosas estancias de la Cartuja. Memorias de lecturas, de tradiciones, de tópicos de leyenda. Los templarios, los cartujos, los ermitaños del monte con sus avíos de guerra, con los hábitos blancos, con las estameñas gordas y las barbas revueltas y ásperas, fueron un día motivos de novelas y de romances pícaros, amorosos, sacrílegos, bienaventurados, según el temperamento y las devociones del escritor. Y a través de estos trazos arbitrarios, sentimentales o perversos, hemos visto la mayoría de los españoles la dinámica anodina, secreta, silenciosa, de las comunidades contemplativas. Nosotros sentimos ahora escarceos de esas memorias de adolescencia de albas gozosas de juventud. Nimbos románticos en la cabeza de todos los cartujos del mundo. Desastres del corazón, dolores muy íntimos, desengaños, decadencias prematuras de la esperanza, del carácter, de los pensamientos ufanos que estimulan las vanidades, los deleites, las ansias indomables de fortuna, de felicidad, de abundancia.

No comprendíamos otros caminos ni otras génesis. Todos los que lla-

maban a la puerta de la Cartuja para quedarse en ella, habían dejado atrás el descalabro tremendo de un amor, de una hora dramática, de un instante de sorpresa terrible, de un estupor angustioso. No podíamos comprender la transcendencia del misticismo en ciertos temperamentos. No creíamos en los orígenes puramente religiosos de tales vocaciones. Buscábamos la causa en motivos mundanos; en el amor desafortunado, en el remordimiento, en la desesperación, en la vergüenza de una miseria mal sobrellevada después de haber enterrado la hacienda en torpes aventuras. Los arrobamientos a lo divino, la devoción infinita, los caminos de Cristo, el amor entrañable al prójimo, el desposeerse de toda gula, no encontraban refugio en nuestro criterio acerca de la génesis de esas determinaciones radicales. Muchas de estas ideas las hemos robustecido con las consecuencias de la observación. Otras las hemos enmendado. Hay manías místicas que obedecen a influencias de lecturas, de educación, de temores, de otras sementeras morales que se inculcan en el alma de la infancia. Otras nacen por desamparo del ánimo, por obediencia rígida de la voluntad enferma a lo romántico de la fe primitiva. Esto en lo que se refiere a los cartujos.

En las otras comunidades son diversos los motivos de la iniciación. El noviciado no suele tener origen en exaltaciones cristianas, ni en ansias de sacrificio, ni en afanes profundamente apostólicos. La excepción es un grano de mostaza. Lo otro es un universo de arbitrarismos. Con la carrera eclesiástica sucede lo mismo. Se estudia en un Seminario como pudiera estudiarse en una Escuela de Náutica, en una Universidad, en las aulas de las Facultades. Falta eso; falta la compenetración práctica con el Evangelio, la concordancia estrecha entre las palabras y las acciones; el amor infinito, la suprema misericordia, el recato ejemplar, la perseverancia de otras virtudes que son fundamentales en las páginas ortodoxas. Faltan el sentimiento, la exaltación perenne, recta, vehemente, del espíritu cristiano. Son más intensos los apetitos de la avaricia, de la comodidad, del dinero, que los deberes esenciales, imprescindibles, de pobreza digna y decorosa, de abnegación, de humildad, de otras virtudes que andan bisuntas y desabridas con muchos temblores de olvido...

Y aquí está la terrible anormalidad, la desavenencia entre los preceptos y la desenvoltura religiosa excesivamente materializada. Las parroquias no se desean desde el punto de vista de los sacrificios y de las incomodidades que proporcionan, de los males que haya que remediar, de las conciencias que fortalecer, de las características morales de la feligresía. Lo otro, sí. Lo otro equivale al producto económico, a las pocas inquietudes, a lo liviano de los caminos que haya que recorrer. Existen pueblos remotos, encaramados, hundidos, miserables, a donde se va con pereza, con ira, con enfado, en vez de

emprender la marcha con dulzura, con amor, con sensaciones amables. Es decir, que tiene más transcendencia la holgura, el bienestar, el estipendio, la geografía local, que el sacrificio, el trabajo, el trato con gentes pobres que se pasan la vida a vueltas con unas tierras miserables. Y debiera ser todo lo contrario.

Lo normal sería la preponderancia de los sentimientos sencillos, justos, bondadosos. Como esos sentimientos que han salido de la Cartuja, del poema de piedra de la Cartuja, en la estepa del trigo, entre unos caminos de gesta y unos árboles polvorientos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 13-XI-1932.

368.—ESBOZOS. EL HACHA Y LA LUMBRE

El gobierno de la república tiene el propósito de intensificar la repoblación forestal.—Los periódicos.

Avanza la lumbré como una ancha corriente bermeja. Y las pavesas revolotean y parecen pajaritos rojos. Después todo se queda negro. El monte alampa, el monte por donde corren las llamas runfando, subiendo la cuesta calva de la pendiente, con un jadeo de infierno. El pueblo está allá abajo, entre un pedregal y unas mieses. Un día rebramó el río y dejó aquellas piedras amontonadas. Piedras de molinos deshechos, de casalacios chaparros y tristes, de asas de labranza, de paredes agrarias, viejecitas, inclinadas, con pesadumbres de muchos vendavales. Las mieses descansan en las suaves pendientes. Tienen el semblante moreno, áspero, mojado de días que no paran de llorar. Y es que las tierras han sufrido muchos tormentos. Las tierras, que son símbolo de paciencia. Primero las fue cortando el arado con el puñal de la reja, de una a otra linde. Después la arañaron las púas del rastro, la golpearon los mazos con violencia, con furia de campesino que no está muy contento con los terrones. Más tarde, al aire de abril, empezaron a esconder el semblante moreno con unos tallos verdes que fueron creciendo en calma de estío, con unas hojas largas y curvas como alfanjes. Otro día la fueron quitando estas sombras y la dejaron al testero del sol, que las endureció y las hizo grietas. Ahora descansan abatidas en soledad. Los pájaros las picotean, y los hombres no se acuerdan de ellas porque ya las sacaron toda la cosecha. Hasta que deje de tocar el esquilón del invierno y

se vayan las avefrías. Entonces, otra vez el puñal del aladro abriendo la corteza; otra vez los zapatones y las abarcas de los sembradores sepultándose en la torrentera revuelta; otra vez el balanceo del rastro, con un mástil humano, navegando lentamente por un lago moreno, encrespado, con olas de tierra...

Corren las llamas por el monte arriba, por el monte abajo. Parecen las lomas un rebujal de fantasía mitológica, en una edad primitiva con cíclopes y centauros que removieran las rocas y tronaran en los peñascos. Rebujal de zumbidos como si rompieran los aires las piedras de muchas hondas y pisaran las brañas las pezuñas de fantásticos rebaños. Triscan las árgomas, los helechos se encorvan, se encogen y después se deshacen en una ceniza fina. Atrás queda un manchón oscuro, abrasado, que tiene unos puntitos rojos de ascuas. Atrás queda una estela ancha y sombría. Siguen revoloteando las pavesas como pajaritos rojos. El resplandor llega al pueblo, que ya ha apagado sus candiles. Viejos troncos que blanquean en las tinieblas como huesos formidables. Troncos desgarrados de robles, secos, viejecitos. Raíces gordas de hayedos talados, de abedules, de encinas, de fresnos. El monte es un páramo pindio, donde nada más que hay incendios y muñones duros de bosques desaparecidos. El monte, que nada más que tiene árgomas y matorrales. Nada más que incendios y cuestras calvas. La mayor parte de la orografía provincial es eso. Lumbres que avanzan como un río rojo, vertiginoso, runfando, como un huracán. Y una estepa pindia, verde, con unos arbustos flacos, con yerbas, rozos y líneas de caminos que han trazado los pies de los labradores, las llantas, los rebaños. El fuego le hizo un pastor, un labriego, un caminante, un niño que andaba por aquí con unas vacas macarenas y rubias, muy brillantes, con olor de buenas yerbas en el hocico negro. Y el zumbido del viento de la parte de Castilla, caliente y duro, que aviva la pequeña candela y la dilata con el retrueno de su respiración por las áreas desiertas del monte.

Hoy el fuego y mañana el hacha; los dos enemigos implacables, persistentes, sañudos, de nuestras montañas. El hacha empezó hace muchos años a golpear en el bosque, a un tiro de honda del pueblo. Todos los días, tampanazos secos de la herramienta en los troncos verdes. Volvían los carros quejándose, con el rodal recalentado, con la balumba de los leños. Y el monte se iba quedando sin las manchas forestales; sin las hayas, sin los robles, sin los fresnos, que tienen una corteza fina, como de plata, que parece que brilla todas las noches. Ya iba aumentando la distancia entre el pueblo y el arbolado. Cada día estaba el bosque más lejos. Y los leñadores se quejaban de esto: de que el monte estuviera cada día más lejos. Pero el hacha no paraba de talar. Dale que te dale, todas las mañanas. Hacía falta

madera para las vigas, para la lumbré, para las abarcas, para los aperos, para las carretas. Hacía falta madera como hacen falta las panojas y las legumbres. Pero las panojas y las legumbres siempre se están arrancando y siempre se están sembrando. Los árboles, no; los árboles caían con estrépito, con crujido de ramas y de cogollas tiernecitas. Los claros no volvían a sombrearse con otras ramas. Atrás quedaban las ruinas, sin el ventalle jovial de unas hojas. ¡Qué lejos estaba ya el bosque! Antes se le veía a un tiro de honda del pueblo, balanceando las cimeras, estremeciéndose. El rumor perenne era como el ruido de un mar que no se enfadara nunca; un ruido de intimidad de naturaleza agraria, que es algo esencial, imprescindible, en los caminos del labrador.

Leguas anfractuosas de calvario para llegar al bosque, que antes estaba cerca de casa. Hoces y cumbres que sepultan y encaraman el largo camino del leñador. Anda que te anda. Va dejando a su espalda muchos terrenos áridos, muchas laderas, muchos collados que hace años ponían celosías tupidas al sol. Después presentó el monte una aridez desolada de retamares, de arbustos alfeñiques, de escajos y brezos, que ahora desaparecen al paso de la corriente roja, ondulante, soberbia. El monte oscureció verde y amanece vestido de luto, como un tránsito humano del optimismo a la desgracia. Colaboración de los filos de hacha con los colores dramáticos del fuego. Unos cortan y otros incendian.

Y este es el problema forestal español. Un problema de lumbré y de hachas afiladas en las fraguas rurales. Existe una desproporción enorme entre lo que se tala y lo que se repuebla. Aquí está un pueblo; el bosque está a la otra parte de un monte, de otro monte, de otro monte... Y el fuego está aquí cerquita, donde antes estaban los árboles, a un tiro de honda de la torre de la Iglesia...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 20-XI-1932.

369.—ESBOZOS. EL HOMENAJE A LA VEJEZ

Este hombre tiene ochenta, noventa años. Hay muchos, en la provincia que tienen esta edad y se encuentran desvalidos, abandonados, deparando miserias muy lamentables. La vida le brindó vientos poco prósperos. Hay un caminito que va derecho a la suerte, a la abundancia, a la tranquilidad.

Y hay otro camino, ondulante y duro, que va derecho a la escasez, a la inquietud, a la tristeza. He aquí los dos rumbos de la Humanidad. Vosotros ya sabéis o ya os imagináis lo que son estas sendas y lo que son las otras. Estas sendas parece que se deslizan por un invierno sin lumbre o por un estío sin sombras y sin fuentes. Las otras discurren por un ambiente de mes de mayo. Caminitos accidentados, con espinas y piedras. Caminos anchos, de buena tierra, con arena fina, que nunca se encaraman a los peñascos. El, siempre caminó por los rumbos de las piedras y de los espinos. Vientos fríos, pocas claridades, pocos sosiegos. Cuando los hijos eran chiquitines le alegraban los días. Los hijos, los hijos que parecen pedacitos de felicidad desprendidos de uno mismo; que son una resurrección de nuestras inocencias, de nuestras primeras carcajadas, de nuestras primeras lágrimas. Después van creciendo, y la vida todo lo deshace. Brota el desvío y cada año es un alejamiento definitivo entre sus ternuras y las nuestras; un tránsito desde el escabel de nuestros brazos y de nuestras rodillas al desabrimiento inconsciente, a la apetencia de otros sabores. El amor sigue calentando en el alma, continúa sintiendo el deleite entrañable de tener en quién apoyarse cuando vienen las horas implacables, con filos de penas, con sorbitos de hiel, con escalofríos largos y profundos que nos ponen el corazón como a la intemperie. Va naciendo el egoísmo. El escabel de nuestros brazos se queda vacío. Aquellos pedacitos de felicidad desprendidos de uno mismo, son ya hombres vigorosos que se van alejando. Unos son pródigos, otros miserables, otros compasivos y nobles; pero se van por el mundo a marcar su ruta, atados a otros efectos y a otras ambiciones...

Atrás quedan escombros de energías, de actividades, de dolores, de cansancios, que son la estela de la humanidad. Revoltijo de flaquezas, de bríos echados a perder, de deseos sencillos que nunca se saciaron, de castigos que nunca nos dejaron en paz. Cuando nos quedamos solos, recogiditos en nuestra miseria, con un escozor de amargura en la sensibilidad, la memoria agudiza recuerdos de momentos y sensaciones íntimas, y parece que escuchamos balbuceos, pasitos cortos y torpes de niños, redobles de tambores diminutos, sonos y ruidos de juegos de infancia, que se quedaron aquí, en el cerebro, incrustados, cautivos, como el jadeo del mar en una gran caracola. Y quisiéramos tener, en esos instantes, hijos pequeños para oír sus primeras carcajadas, largas, purísimas. O quisiéramos descansar y dormirnos, muy gozosos, en los brazos de los hijos ya hombres, acurrucaditos a la vera de su pecho, esperando el regazo profundo de la tierra. Pero esto no puede ser, no puede ser. La naturaleza es un dechado de sabiduría y de crueldad. Unos afectos mueren para que nazcan otros. Es la ley eterna, impasible, del espíritu del mundo...

Pues sí; este hombre ya tiene ochenta, noventa años. Es posible que la de este diciembre sea su última Navidad. Antes pensaba en la Muerte con terror. Pedía salud hasta que los hijos se desarrollaran. Pero cuando se pasa la puente de los setenta años y estamos cansados de trabajos, de sacrificios, de injusticias, lo mejor que nos puede ocurrir es ese tránsito. La existencia debiera tener un límite inmutable para los afligidos que ya tienen canas. Cuando se acaban los bríos y tiemblan los brazos baldados, ya impotentes para gobernar la hacienda del trabajo, que es el único ahorro de nuestra alcancía, no tenemos nada que hacer en el mundo. A partir de ese momento todo se va descuartizando dentro de nosotros. Nada más que quedan los recuerdos y los afectos, hechos otra vez infancia, tímidos, con muchos apetitos de blanduras. Y un frío perdurable que se pasea por el entendimiento, por las ramitas de los nervios, por todos los sentidos, adormecidos y perezosos. Y a lo mejor falta el sustento. Fijaos bien a lo mejor falta el sustento. Entonces quisiéramos tener fuerzas para rebelarnos y gritar a todos los vientos las avaricias y las crueldades del mundo. Queremos hacer estas cosas cuando ya no podemos. Siempre pasa lo mismo. Nuestra resignación es una consecuencia de la flaqueza material; no es una virtud; es un efecto del golpe que nos ha derribado, que nos dejó en invalidez, que nos hace rodar como un tronco viejo, recién cortado, por el monte abajo. No tenemos más remedio que estar quietos y silenciosos...

Estos caminos de mendicidad, terribles rutas del ocaso. El asilo, que es una gran tumba, cancela de la otra. La gente pasa riendo, como si tal cosa. Nosotros pasamos llorando, también como si tal cosa. Nadie pregunta: "Eh, buen viejo: ¿por qué lloras? ¿Tienes hambre? ¿Tienes amarguras?". Los caminos de la mendicidad los hace el oro. Mirad qué cosa más rara. Los hace el oro escondido, apretado, inmóvil. Un día van apartando la nieve de cualquier camino y debajo aparece un anciano que iba a la ventura, en busca del pan, que es la más agobiadora de las aventuras. La gente se compadece y después olvida este motivo dramático. El mundo está lleno de compasiones estériles en el remedio, de olvidos, de predicaciones que serían maravillosas si no fueran falsas. Será terrible el último pensamiento de un pobre viejo que muere con desesperación, extenuado, en el lecho duro de la tierra, en un páramo, en un establo —posadas rurales de los mendigos—, en una casa donde hace mucho tiempo que nada más que hay suspiros de necesidades.

A este hombre le hacen ahora un homenaje. El homenaje de todos los años a la pobre vejez. Los señores de la Comisión habrán leído trescientas, cuatrocientas solicitudes de ancianos desvalidos. Todos los renglones dirán los mismos pensamientos. Hay una triste analogía en estas líneas concretas,

simplificadas, que habrán leído con emoción esos señores. Fijaos bien: es la última esperanza de trescientos, de cuatrocientos corazones. En cada letra un ansia temblando, la cima de un calvario, el rasguño de muchísimas penas, el índice de años y años de mortificación. Y nada más que tendrán consuelo veinticinco, treinta solicitudes, porque no hay dinero, habiendo tanto... Los otros continuarán llorando desconsoladamente, como niños infelices de quienes no se acordaron los magos del Oriente...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 27-XI-1932.

370.—ESBOZOS. EL ARCA DEL CEREBRO

En Francia se está elaborando un proyecto encaminado a dar las máximas facilidades, para cursar estudios, a los hijos de familias pobres que destaquen en las escuelas.— Los periódicos.

Hay tragedias morales, muy íntimas que comienzan a mortificar en los años de la infancia. No queremos detenernos en los motivos de índole material, que son muchos y muy crueles. Desastres, lágrimas, tristezas prematuras; contemplar siempre, con ansia inaguantable, las cosas sencillas, las cosas insignificantes a que tenemos afición y que nunca llegan a nuestras manos. Estar siempre con el alma en pena, contemplando tristemente, con los ojos muy abiertos y muy ávidos, aquel libro que está en el escaparate, aquella locomotora chiquitina que nos embebe los sentidos, aquellos zapatos, aquella cajita de pinturas. En el corazón de ese niño está naciendo un pequeño rencor. Entre su rostro y las cosas insignificantes que le deleitan y le amargan, está lo quebradizo de un cristal. Cuando sea hombre, ese cristal se convertirá en una muralla. A la parte de acá, los deseos; a la de allá, los imposibles. Siempre hay un obstáculo, un candado, una celosía fuerte y zafia que nos aflige los pensamientos y los propósitos. La voluntad forcejea, se fatiga, vuelve a intensificar su frío, torna a decaer y a resignarse. El cristal siempre está allí, tan frágil y tan duro, enseñándonos las cosas que otros despedazan y menosprecian y que a nosotros nos darían momentos de felicidad. De niños nos encontramos con esa muralla transparente y de hombres con la otra. Siempre con un deseo sencillo, con un pensamiento que es algo esencial en nuestra vida interior, a vueltas con una pequeña gula, fija, constante, que nunca se adormece.

Cuando estos deseos y estos sentimientos tienen el origen en sensaciones de pobreza, de necesidad, de agobios perennes que nos hacen desgraciados, aquel pequeño rencor se va dilatando y nos llena toda la conciencia. En unos permanece silencioso, manso, sin iras, sin corajes violentos. En otros se exalta, le dejan salir y choca con el ambiente, con las leyes, con las costumbres. Unas veces tienen razón las leyes y las costumbres y otras veces tiene razón el hombre...

Pero existen otros potivos de índole moral que tienen su génesis en la infancia y que modifican los rumbos que uno tenía trazados en la imaginación. Es un motivo universal que crece y mortifica en todos los pueblos. Hay que estar sumido siempre en los ambientes del origen o separarse de ellos por caminos de aventuras, de indocilidad, de rebeldía. El padre es carpintero, talabartero, fundidor, hortelano. En estas actividades tiene que encontrar el hijo el medro del porvenir. En estas o en otras semejantes. Siempre con la herramienta atávica, agobiadora; con el recuerdo lleno de acritud, de muchos propósitos que se acariciaron con amorosa constancia. De vez en cuando un respingo valiente del ánimo que no quiere someterse a la rutina de esas disciplinas. De esta falta de flexibilidad de adaptación al ambiente, de espíritu sumiso y resignado, salen los emigrantes, los ambiciosos, los atrevidos. Unos conquistan la riqueza porque la suerte o la voluntad hicieron el milagro. Otros no conquistan nada. Si acaso, una decadencia prematura, un arrepentimiento tardío, un deseo entrañable de retroceder y amoldarse a las circunstancias que se quedaron allá lejos, en un pueblo, en la calle de una ciudad anodina, en una villa silenciosa donde nunca sucede nada extraño...

Este niño, casi adolescente, tiene talento. Viste unas ropas remendadas, bisuntas, echadas a perder. Cabellos mal rapados, apocamiento o jovialidad en el semblante, botas destrozadas. Pero tiene talento. El siente una afición profunda por unos libros que hablan de mecánica, de las rutas del mar, de las constelaciones, del arte, de la arquitectura, de la historia. Inicia su conciencia con un deseo transcendental en el que se detienen los pensamientos con un regusto prodigioso. Estas ideas recién nacidas van haciendo mella en la voluntad, se compenetran estrechamente con el ánimo, llegan a ser elementos imprescindibles de sus sensaciones. Pero tiene unos vestidos bisuntos, unas botas destrozadas, una boina descolorida, chiquitina, que parece un solideo desteñido de capellán pobre. El talento está escondido, quietecito, como una perla envuelta en un trapo viejo de percal. Y en este mundo las perlas tienen que estar afuera. No importa lo íntimo, lo recatado, lo que permanece oculto...

Este adolescente tiene el oro y la plata en el entendimiento. La envol-

tura es miserable, raída, con los cuadritos blancos de muchos repasos. El oro, escondido en el arca del cerebro, sembrado en la sensibilidad, en el carácter, en las energías. Pero el oro tiene que verse; tiene que sonar en el inmenso mostrador del mundo; tiene que vibrar en los mármoles de las granjerías humanas. El otro, el del cerebro, no vale para nada cuando se anda medio desnudo. No importa que el arca del cerebro esté vacía si el exterior resplandece de arrequives valiosos. El prestigio no suele estar en la cabeza, ni en la conciencia, ni en las virtudes. Unos miles de pesetas valen más, inmensamente más, que un buen entendimiento. Y esta es la tragedia de este niño, de muchos niños que andan por el monte, por las dársenas, por los talleres...

Tiene que empezar a resignarse cuando el ansia todavía está en agraz, cuando apunta el deseo, cuando la vocación inicia sus fervores. Apenas si siente el calorcillo, ya está el hielo encima. Candelitas del ánimo de los pobres apagadas por los soplos del mundo. El posee una hacienda escondida en el arca del cerebro. Su padre carece de la otra hacienda, de la tangible, de la que pasma a la gente; no puede salir de su órbita limitada, estrecha, remisa en el prosperar. No hay más remedio que retorcer el deseo como si fuera una mala pasión, un apetito reprobable.

Sí, es verdad, tiene talento, y unas ropas desolladas que equivale a tener el bolsillo vacío. Nuestros buenos amigos los maestros de escuela se encuentran muchas veces con niños de este arte; con niños que poseen una cosa —el talento— que a lo mejor no les va a servir para nada. Les falta lo otro, lo otro, que es lo fundamental, el impulso, las ruedas, lo que embruja los sentidos del mundo, lo que hace prevaricar a los hombres, lo decisivo en la balanza de la Humanidad...

Nosotros estamos deseando escribir: En España se está elaborando un proyecto encaminado a dar las máximas facilidades para cursar estudios a los hijos de familias pobres...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 4-XII-1932.

371.—ESBOZOS. NUEVOS PROCEDIMIENTOS

Hay que revolucionar las conciencias.—OSSORIO Y GALLARDO.

Vamos a ir a cualquier pueblo. Todos los pueblos se semejan en la arquitectura y en el alma. Todos los pueblos tienen costumbres análogas, los mismos atavismos idénticos escondrijos espirituales, manías parecidas, ambiciones semejantes. Igual da un campesino de Castilla que uno de la Mancha. Existe una coincidencia prodigiosa de gustos, de cortesías antiguas, de obstáculos tradicionales, de avaricias, de buenos pensamientos, entre un lugar cualquiera, encaramado en un monte, y otro, polvoriento, blancuzco, consumido de sol y de nieve en una llanura de trigo. Por eso hemos de referirnos a cualquier pueblo. La divergencia está en el paisaje, en la estructura geográfica, en el clima, que es lo que menos nos interesa en estos momentos. Lo íntimo, la tiniebla y la claridad de la conciencia, la ética, la educación; esto es lo trascendental, lo que pervive convertido en cultura, en sinceridad, en herencia de sentimientos y de apetencias nobles. Y esto, que ha sido lo menos cultivado, es lo que hay que estimular. Lo otro es motivo insignificante en la historia del mundo. No nos importan las cigüeñas ni los malvises, ni los panoramas deleitosos, ni la poesía arbitraria de los molinos y de las chozas. Ni los senderos que van a aquella cumbre, ni el silencio, ni el ventalle de las arboledas. De estas cosas se ha nutrido la literatura del campo, con constancia estéril de años y años. Unos amores dramáticos, unos panoramas de sierra, de estepa, de ribera; unas viejas costumbres; rebullicio de campanillas, de dalles, de rezos, de caminantes tristes que no saben a dónde van; marchas y retornos de emigrantes, cosechas, vendimias, algarazas, murmuraciones en los corrales. No se ha barrenado en otras canteras. Lo principal, casi la esencia, el tópico, han sido esos motivos objetivos, envueltos en léxico de ingenios, en barroquismo de poeta tardío en el pensar; en frases arriscadas e inéditos de folk-lorista, amigo de la fábula, de las yerbas del curandero, de los conjuros...

La literatura ha sacado de los terrenos agrarios muchas cosas que tienen ya una bibliografía abundante y prestigiosa en el aspecto estético y etnográfico. La característica social, humana, entrañable; la que se desprende de la vida ordinaria, de la educación, de las ansias, de los rezagos en el camino ancho y bueno del entendimiento, de las mil dificultades del medio social; las características de las inquietudes diarias, de la órbita inmensa del trabajo, de lo remiso y torpe de muchas actividades y de muchos temperamentos, de los recovecos de la injusticia, apenas si se ha escrito un cente-

nar de páginas ágiles, honradas, rigurosas, que sean reflejo de observaciones finas y concretas, de deseos de enmienda radical en los procedimientos, de un sentimentalismo fuerte y profundo nacido en escanillos de realidad. La literatura nada más que ha hecho arrancar. Arrancar con avaricia de gloria los adornos de la tierra agraria; la filosofía concisa, popular, de los refranes; la sencillez del romancero, la ortología simpática o desabrida, los chismes, las fiestas, lo pintoresco. Y no se ha cuidado de sembrar sistemas de purificación, de adcentamiento ético, de conciencia, de dignidad, de higiene, de próspero desenvolvimiento educativo.

Teatro rural con predominio de la hipérbole en la paz, en la ignorancia, en la filosofía de rabadanes, de labriegos, de socarrones, de viejecitos. Problemas de una enjundia áspera, de dramatismo arbitrario. Asuntos en los que rebulle la picardía, la clásica avaricia de casi todas las comedias agrarias o los relieves típicos, enmendados y añadidos con retoques y limaduras, a lo mejor extraños al ambiente, a los caracteres, a los gustos. Y en la novela, lo mismo. La excepción es pequeña como un alfilerito. Y venga de reflejar los pecados, las supersticiones, los vicios, el egoísmo. Es estúpido contar estos defectos a la gente y no discurrir para remediarlos. Tal es lo que ha hecho la literatura con los moradores del campo... ¿Nada más que la literatura? Les hemos motejado de borreguería impenitente. ¿Qué han hecho los Gobiernos, los Parlamentos, las legislaciones, para rescatar a los pueblos labradores de ese ignominioso concepto universal?...

Ahora está naciendo una nueva edad literaria que rehuye el adorno, los motivos exteriores, el paisaje, el preciosismo estéril. Una edad literaria que será expresión de la época, como quería Larra. El escritor que no quiera ver su propia decadencia y el despegue de los que leen, que es la más grande pesadumbre para quien se ha pasado la vida aderezando bellezas y pensamientos, tiene que orientar sus maneras estéticas en los caminos nuevos. Los caminos que van a las conciencias, a los orígenes y bifurcaciones de todas las grandes anomalías humanas en el aspecto social. Tiene que dejar los colores del paisaje, las frondosidades del estilo, los vuelos anchos y largos de la fantasía, para acercarse más al hombre, para compenetrarse con las inquietudes cotidianas del hombre, para crear caracteres en vez de limitarse a describirlos y comentarlos. La experiencia y la observación construyen los silos espirituales del escritor. Cosechas de sinrazones que remediar, de ánimos que fortalecer, de conductas que enderezar, de vicios tremendos que corregir, de méritos que exaltar, de iniquidades que abatir. Esta es la verdad, lo humano, lo que está haciendo mucha falta en el área social del campo. Literatura tiene que equivaler a sistemas pedagógicos para educar a los hombres, que es lo más transcendental en el desenvolvimiento del mundo...

Después, lo otro; el barroquismo de la palabra, el exorno, el pasatiempo. Hasta los mismos poemas es menester que trasciendan a cosas profundas del alma de la educación, de la misericordia, de la moral. Revolucionar las conciencias, hacerlas menos sombrías, menos temerosas, más dignas, más cristalinas, menos miserables, más ligadas al deber, a la sinceridad, al civismo. No prosperan las leyes ni pueden arraigar las reformas si faltan las conciencias. Es como si plantáramos un olivo en una cumbre de nieves perpetuas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 11-XII-1932.

372.—ESBOZOS. LA PACIENCIA Y LA DIGNIDAD

Los labriegos de algunas provincias solicitan la inmediata aplicación de ciertos beneficios de la Reforma agraria. En una atinada nota, el ministro de Agricultura dice, con razón, que quienes han tenido paciencia por espacio de siglos, no deben impacientarse por unos días más.

Sí, es verdad. Siglos de paciencia, de resignación, de abatimiento moral. Desconfianza y recelo que dan a la vida perdurables sensaciones de temor, de encogimiento del ánimo, de una soledad dolorosa y triste. Todos los terrenos agrarios del mundo, las tierras del maíz, las tierras del pan, las tierras de las vides, los prados, los huertos, las albercas, las acequias, han visto renovarse la paciencia de las generaciones campesinas. Siempre con una pesadumbre, con una silenciosa amargura, con una desesperación íntima, quieta, sin deseos violentos de rebelarse, de romper las mansas conformidades, de encrespar un poco el temperamento, de mirar a las castas ociosas y sibaritas con ira justa, fuerte, purificadora. La historia de España, la historia del mundo, los caminos de la Humanidad, podían haber tenido otros caracteres más pacíficos, más abundantes, más dignos, menos inclementes, si esos terrenos del trigo, del maíz, de las vides, de los olivos, hubieran contemplado la enmienda radical de las conductas, cambiando la paciencia por la dignidad, que es la semilla que menos fructifica en esas áreas inmensas. Toda la pereza de los tiempos para exaltar en las leyes comienzos amables de buena desenvoltura social ha obedecido exclusivamente a la ausencia de la dignidad. La historia de los pueblos agrarios no es más que un adormecimiento perenne de las energías psicológicas, un sacrificio constante de las

fuerzas materiales —mal dirigidas y administradas— y una preponderancia altiva, vanidosa, egoísta del señorío. El señorío que mandó en la Iglesia, que torció los caminos prodigiosos del Evangelio, que enmendó el criterio de los jueces, que rompió el nervio de las ordenanzas y la clásica vara de los regidores.

En la historia de los terrenos rurales, puede decirse que las mismas características han sido la esencia de todas las épocas. No ha habido tránsito entre las edades ni hitos que señalen esta decadencia o aquel resurgimiento. Han evolucionado la herramienta, la mecánica del apero, el sistema de cultivo. Algo tenía que llegar de las civilizaciones industriales. Pero los otros impulsos de conciencia política, de medro económico, de prosperidad, de independencia, han permanecido estáticos, impasibles, embotados en los tiempos, en los cerebros, en el temperamento. Los años han pasado como instantes, como se va de una a otra linde del bancal, como una vuelta de la rueda del molino. Nada más que estelas de aladros, de cosechas, de llantas, de pezuñas. Y un surco ancho y largo, el surco milenario de la paciencia de los hombres, que es como el cauce por donde han discurrido los anales agrarios.

He aquí una virtud convertida en un vicio. Un hombre que tiene paciencia no anda muy lejos de la perfección moral. El que está dotado de esta cualidad suele ser bondadoso, apacible, extraño al desabrimiento, a la intemperancia, que es condición de lelos y de cínicos. Para nosotros, lo perfecto está en la bondad digna, producto de transigencia, de pensamientos limpios, de torvos ímpetus domados. Pero una cosa es gustar del vino y otra cosa embriagarse. No es lo mismo comer que mostrar glotonería. Un placer sencillo, honesto, inofensivo, puede convertirse en un vicio reprobable. Y aquí del tino de los hombres para mantenerse discretos y ecuanímenes. Pues lo mismo sucede con la paciencia. Gustar la virtud de la paciencia, saborear su deleite entrañable, regalar sus amabilidades. La paciencia como norma de vida, y la dignidad como coraza de la paciencia. Si esta cualidad carece de aquella defensa, el mundo nos arrastra, nos humilla, nos hace caer de bruces todos los días, nos clava muchos espinos. Entonces, cuando se llega a ese trance, el hombre es como una vaca, como un galgo viejo, como un buey. Y en el campo ha faltado esa armadura. Nada más que paciencia, sola, desnuda, curtiéndose con los vientos de todos los siglos. Nada más que la paciencia convertida en estigma hereditario, apacentada en los pueblos entre las torres y los caserones, analfabeta, supersticiosa, tímida, en cercos de restricciones arbitrarias —como los de los Reyes Católicos—, con agobios de diezmos, de impuestos abusivos, de embargos, de armadijos y cautiverios de aparcería.

Y ahora tienen prisa, se sobresaltan, exigen la rápida implantación de la reforma. La paciencia de antaño es ahora una gula que les hace insoporable el leve tránsito entre los recientes días de agobio y los próximos días que señalarán un alba de resurgimiento. Antes, la carreta perezosa, lentísima, toda estremecida de vejez y de remiendos en angostura accidentada de camberas primitivas. Las energías espirituales permanecían remisas como esa carreta. Ahora, velocidad súbita de automóvil, desenfreno de ruedas, deseos de marchas rapidísimas por los nuevos caminos. Antes, el estatismo, y ahora, el movimiento. Antes no llegaban nunca, y ahora, con la prisa, a lo mejor, tampoco llegan, por precipitarse, estando tan cerca, tan cerca. Es posible que los que antes les aconsejaban paciencia, les aconsejen hoy la prisa, la protesta, la rebeldía, que hace poco más de un año eran motivos reprobables. Porque la táctica se modifica con las circunstancias. Ayer era el silencio. Hoy es el ruido en el mismo ambiente de labranza donde antes no se oía nada.

El establecimiento definitivo de las reformas tiene que madurar, como las panojas y las manzanas. Requiere manipulaciones, trabajos de preparación, un laboreo minucioso y hábil que concrete en la práctica, con prudencia, la estructura teórica. A vosotros os dan una parcela en el monte. Os sentís contentos, porque sois dueños de unos carros de tierra. Antes, mucho antes, de que asome la espiga de la primera sementera, tenéis que hacer muchas cosas en el monte roturado. Es menester quitar las piedras, arrancar la maleza, apartar las brozas, extirpar las malas raíces, preparar los terrones, suavizarlos, desmenuzarlos, quitarlos la áspera corteza. Una prisa, una impaciencia imprudente, el imperio del egoísmo por ver cuanto antes la primera cosecha en el desván de vuestra casa, puede echarlo todo a perder. Ya sabéis que aquel pedazo de monte es vuestro. Le habéis deseado por espacio de muchos años. Y un día, sin más ni más, os encontráis con la grata sorpresa de ese regalo. Pues lo mismo sucede con las reformas. La prisa puede ser como una inundación, como un pedrisco, como un vendaval, para las mieses. Antes hay que ir apartando las brozas de las dificultades, las piedras que están escondidas, las raíces indóciles y profundas.

Y echar un poco más de dignidad en la paciencia... Esta es una reforma tan necesaria como la otra.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 18-XII-1932.

El ruido, elemento imprescindible de las conmemoraciones. El aniversario de los grandes acontecimientos se deforma con el estruendo. Todas las transcendencias singulares, lo mismo las que tuvieron el origen en los enfados dramáticos de los pueblos, que las que nacieron de deseos vehementes de paz, de concordia humana, de preponderancias justas, nobles, bondadosas, las celebran los hombres con barbullas insoportables de estruendo. No se da con otras maneras más suaves, más sencillamente discretas, más de acuerdo con el motivo del festejo. El ruido es norma esencial de estos actos. Suprimid la bulla hiperbolizada, las voces de rebullicio que se ensancha como aguas rabiosas salidas del cauce natural, y habréis quitado prestigio a la fiesta. Los semblantes se mostrarán fríos, tristes, como apocados, con una expresión de melancolía extraña. Falta el prodigioso estímulo del estruendo, dios andariego, inquieto, ronco, fragoroso, bien amado por los hombres como un mito de voluptuosidad, de sibaritismo, de gulas desenfrenadas en unos tiempos de instintos bárbaros.

La expresión más universal, más generalizada, de las grandes conmemoraciones, es el ruido. El aniversario de las batallas, por ejemplo, que debiera ser causa de silencio, de recogimiento de la conciencia, de estupor doloroso del ánimo ante el recuerdo del cataclismo, se celebra con nuevos retruenos, con estridores violentos, con jactancias ensordecedoras del bronce y del acero, con retumbos de ejércitos que se preparan. Por encima de las cabezas abatidas, de la estela roja y pálida que dejó la guerra en tierras vencedoras y en tierras humilladas, los mismos ruidos de la catástrofe. Y los hombres escuchan todavía gozosos los tableteos, los silbos, los bramidos. Tiene mucho vigor aún el prestigio de la metralla, de las cureñas, de los clarines. El concepto de patria, de fortaleza nacional, de influencia en los negocios del mundo, sigue engarzando, como hace ciento, doscientos años, en el filo petulante de las armas. Y los pueblos están a porfía para ver quién las fabrica más templadas, más fuertes, más hábiles.

Pero esto no nos importa ahora. Estamos hablando del ruido como elemento esencialísimo de las conmemoraciones en que participa toda la gente. Lo mismo los motivos rebeldes que los motivos pacíficos. La antítesis puede estar en las sensaciones que engendraron a los acontecimientos, en las circunstancias, hasta en las personas y en el clima social. Aquí termina el antagonismo. El aniversario, o mejor dicho, la liturgia profana de los aniversarios, es siempre la misma. El ruido mortificando las claridades o las tinieblas de la calle, las horas crueles del enfermo, los momentos amargos de

los que hace mucho tiempo, mucho tiempo, que suspiran miserias y desesperaciones silenciosas. El estruendo saltando, rebrincando, bifurcándose por todas las arterias urbanas, con un persistente zumbido de incoherencia, de desacatos a la ética, de voces fuertes y arriscadas, que, a lo mejor, son un ultraje para aquello que se está conmemorando. Por que no existe compenetración casi nunca entre nuestros sentimientos, entre nuestra desenvoltura moral, y la doctrina, el sacrificio, la virtud o el heroísmo que celebramos por impulso de la costumbre, nada más que por impulso de la costumbre. Así, el homenaje puede convertirse en afrenta. Se agravia a las víctimas de las batallas, a las madres, a las esposas, a los huérfanos, cuando se recuerdan los hechos con estampidos. Se agravia al espíritu de esta hazaña noble, de aquel hecho sublime, de esta reivindicación, de ese apostolado generoso, de ese martirio fecundo en beneficios sociales. Sí; nada más que busquemos en esas bellas causas el pretexto para urdir el ruido de nuestras pasiones, de nuestras gulas, de nuestros vicios...

La Nochebuena es un retrueno típico, universalmente típico. La noche avanza con un ruido como de mar, como de peregrinación inmensa, como de muchos redobles inhábiles, como de muchos bígaros. La tradición se inició con sencillez, con pálpitos de naturaleza, con unos pastores, con unas cayadas, con unos rabeles. Pero vienen los siglos, la sierra y los andamios de los siglos, y todo lo remellan o todo lo agigantan. Silencios maravillosos, convertidos en ruidos secos, vibrantes, ensordecedores. Donde hubo resplandor, hay tinieblas. Donde hubo oscuridad, rebrillan potentes muchas luces, siempre encendidas. Estos antagonismos son los creadores de la civilización. El tiempo es unas veces como una cosecha prodigiosa y otras veces como un vendaval frío que todo lo desgarrar.

La noche parece que tiene la entraña llena de vino, de inconsciencias, de unas albricias torpes que amanecerán cansadas, remordidas, temblando. Serán otros los sentimientos del alba. En la intemperie van quedando atarecidas, machacadas, rotas, unas cuantas campanillas del corazón. Al alba, las sensaciones, los pensamientos, las ideas serán como una culpa, como un escalofrío, como si todavía tuviéramos un poco de noche en la conciencia, debajo de las sienes, en las pupilas.

Queda en las sombras un villancico lerdo de intemperancias, de tumultos, de sonidos ásperos, de ráfagas calientes, de jadeos humanos. La costumbre no sale de estas expansiones ruidosas que estremecen el principio y la enjundia del hecho festejado por nuestros apetitos, no por nuestros sentimientos. El principio habla de misericordia, de templanza, de afectos sublimizados por la fraternidad, por la concordia, por la paz. Y en el ruido

se ha venido desvaneciendo la naturaleza original. Ruido de armas, de iras, de rencores perdurables, de falsas piedades, de misticismos fingidos, de insidias, de avaricias, de vanos orgullos. El estrépito de esta noche es la exaltación de la divergencia que existe entre la Humanidad y la pureza de las leyes nazarenas. Es como una síntesis de todas las culpas, de todas las prevaricaciones, de todos los malos deseos, de todas las miserias del año. La pobreza siente más profundamente sus congojas, su desamparo, su amargura. Y la abundancia es más pródiga para sí misma, más glotona, más feliz.

En unos sitios, intemperies de Nazaret. En otros lugares —iluminados, calientes, confortables—, placeres y festines de Jerusalén. Y hace falta que Jerusalén se compenetre con las inquietudes, con los cansancios, con los relientes de Nazaret. En este aspecto de su ideario, el Cristianismo ha permanecido estéril desde el día en que Jesús tocó el salterio de su primera parábola. Nada más que el ruido de una noche, unas páginas teológicas, unas cruces, unos campanarios. Símbolo en teoría, en arquitectura, en destreza de imagineros, en retablos. Se teme a Dios, pero no se obedece a Jesús. Los sonidos de la verdad, mezcla de arpas y de mieles, se quedaron en los aires de Judea y de Samaria, allí quietecitos, por encima de los olivos, de los brocales, de los mares, de los templos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 25-XII-1932.

374.—ESBOZOS. LOS REGALOS EN LA HISTORIA MONTAÑESA.

El regalo, que modifica la expresión del semblante, que convierte lo zafio en jovial, lo áspero en suave, la descortesía en saludo atento. El regalo, que hablanda durezas hurañas, que hace arena de las piedras, sonrisas del enfado, contento del llanto, humildad del orgullo... Sutileza de filosofía popular en los refranes: dale pienso y correrá; unta el eje y andará el carro; siembra la mies y tendrás panojas; llama con oro y verás cómo responden; dádivas quebrantan peñas; el din, din de la plata es la mejor música y la mejor campana; salta la moneda y se acabó la veda; da los reales y serán tuyos los niales. Sedimentos de la experiencia de muchos siglos en lo escueto de una sentencia, que a la vez que un consejo es un fustigazo violento a ciertas costumbres de la vanidad, de la avaricia, del melindre, de la desvergüenza. Por encima de la historia pasa el regalo como un prestigioso torcedor de

temperamentos y de leyes. Y sigue la filosofía sencilla y buena del refranero: bolsa de ducados, regidores doblados; dame maravedises y lo vi, si no, no lo vi; habla palabras de plata y no se oirá el cobre. Culpas, caracteres abatidos, recatos rotos, ambiciones malogradas, orgullos hambrientos, bellaquerías exaltadas como agudezas, vicios lisonjeados como virtudes. Todas las picardías, todas las prevaricaciones, todos los desafueros de la conciencia, sintetizados en unas palabras que avisan, que advierten como hitos de filosofía en el campo moral del mundo.

La Montaña era entonces un folklore viviente, ancho, naturalísimo, como una expresión vital, espontánea, imprescindible en las ansias del regocijo agrario. El folklore literario de hoy con menos adorno, con menos trampas, con menos inocencia, con menos telas bermejas. Y la Montaña estaba acongojada por los regalos que salían de sus corrales, de sus gallineros, de sus bosques, de sus ríos, de sus bodegas. Toda la dinámica administrativa de la época tenía estatismo, pereza o prisa, según el estímulo de los obsequios. Regalos por asuntos de puentes, de montes, de cierros, de agreos, de arbitrios, de desmanes. Regalos que eran como la maquila insaciable de todas las cosechas, de todas las vendimias, de todas las redes, de todos los butrones, de todas las cetrerías. No había "harina para almorzar y tenía que haber para regalar"...

Se han reflejado la costumbre, el vocabulario, la ortología, la leyenda, las creencias mitológicas. Las otras características más esenciales de las raíces populares; la historia del desenvolvimiento social, las que se desprenden del trabajo, de las inquietudes colectivas, de las mieses, de las majadas, no han llegado a unas páginas claras, amorosas, exactas. La gente de ahora conoce, por ejemplo, el rosqueo de un baile o las costumbres malvadas o buenas de un mito. Pero desconoce el tipismo genuinamente histórico, los diversos modos éticos, los relieves más transcendentales de nuestra etnografía, lo que deja huellas más hondas y perennes. Muchedumbres con perfiles folklóricos. Lo otro, el espíritu, los perfiles sociales, permanecen polvorientos en archivos, en ordenanzas, en leyes muertas.

Nosotros estamos repasando unos viejos papeles. Son las cuentas que los procuradores de los Nueve Valles rendían al cesar en el cargo. El regalo es elemento imprescindible de estas cuentas, como los impuestos, como los gastos, como los frascos de tinta. En las sesiones de las Juntas los representantes de los pueblos acuerdan hacer espléndidos obsequios a guisa de diligencia eficazísima para solucionar un asunto. Estos viejos papeles tienen un color de vergüenza. Su aspereza es como la sensibilidad de la vieja burocracia. Jueces de residencia, Comisiones especiales que pasaban por aquí con unas alforjas profundas. Pleitos y reclamaciones en las chancillerías.

La Junta se reunía; la Junta acordaba hacer regalos porque no había más remedio que hacerlo así para que las ansias de justicia o de prosperidad no continuaran llorando en los caminos morenos de la borona. “Cincuenta reales que se dieron al administrador de sisas y servicios para que moderase el tributo”. Los labradores se rompen la crisma; los pobres hidalgos llevan la capa bisunta; pero a un tal don Miguel García, juez de S. M., que vino a estos valles para un asunto de cierros, hubo que darle cien ducados. Y venga de trabajar los labriegos y de ayunar los hidalgos y de arrastrar pozas los pastores y de hilar las viejas y las mozas. Echar con cautela el aceite en el candil picudo, aprovechar un grano insignificante, quejarse de las maquilas del molinero, cortar con muchísimo tiento del abadejo, del tocino, de la borona. Haced todas estas cosas, soportad estos sacrificios, sed parcos, encogidos en el gastar, para que después venga un juez de S. M. y os lleve cien ducados.

Cierta jurisdicción sostenía un agente en la corte para que informara del estado de los asuntos. El tal agente escribía a los buenos regidores montañeses: “Al relator y abogados es forzoso regalarles; todos los días me preguntan que si hay salmones, que es tanto como pedirlos”. Siempre hay el puntito de algún lucero en las tinieblas. Un procurador que hizo un viaje a Laredo para recabar ciertos beneficios, se extrañaba de no haber querido el corregidor ningún regalo. (¿Sería este hombre honrado don Sebastián Hurtado de Corcuera?) Un caballero montañés reside en la corte. Al caballero se le recomienda un importantísimo asunto. (¿Las nuevas pretensiones del duque del Infantado acerca del señorío de los Nueve Valles?) La contestación del caballero dice así: “Es menester que se despache persona con un regalo a la condesa de Castrillo y pedirla una carta muy apretada para el señor presidente, su marido, que la dará, y no hay que poner en duda que nos hará justicia y toda merced. No hallo otro camino más seguro, porque el conde hace todo lo que le pide su mujer (¡Tate, tate, con la condesa!) y viniendo el regalo dará la carta.” Justicia y merced, pero antes el regalo. Retintinean los martillos en las fraguas, rumorean los dalles, los mazos, los molinos. Los hombres que producen estos ruidos fecundos piden justicia. Y la justicia no quiere llenar de gracia a un pueblo. Hay que hacer un regalo a la condesa. Si no, no hay merced. Los problemas, las inquietudes, los derechos de una provincia, bajo el capricho de una señora que domina a su marido. En la política española ha habido muchos condes y muchas condesas de este arte.

Las jurisdicciones se querellaban silenciosamente de estas abrumadoras cargas. Una de las razones de más fuerza que se alegaban al solicitar la supresión de la residencia para los corregidores, era la de que sólo ser-

vía para sacar a los pueblos cuantiosas sumas en mantenimiento y obsequios.

Año de 1740. Inglaterra pretende arrojar a los españoles de sus posesiones de América, y el almirante Vernon saquea Porto-Cabello. Un grito de furor resuena en toda la península. Se manda salir del reino a todos los ingleses. Hacía poco que se había autorizado al santero de San Julián, de Liendo, para pedir limosna a treinta kilómetros a la redonda. También regalos para los santeros. Algunos debían de ser muy pícaros, como los relatores, los condes, las condesas, los marqueses de las cuentas de los Nueve Valles. “La ermita no tiene ovejas, y el ermitaño, rebaños de ovejas”. Pues en este año de 1740 visitó la Montaña el juez de baldíos. Sería un señor mazorral, desabrido, con cara de impertinente. Por llegar hubo que regalarle dos salmones, media arroba de chocolate, ocho libras de bizcocho, seis gallinas, vino. En días sucesivos otros dos salmones, truchas, anguilas, esca-beche de besugo, quince garrafas de chacolí de cinco azumbres cada una. Entonces había prósperos viñedos en Santillana, en Novales, en Ruiloba. El juez de baldíos volvió a la corte, y al marchar hubo que regalarle otra media arroba de chocolate, ocho libras de dulces, unas medias y dos pañuelos de seda, diez gallinas, un queso de Flandes, un jamón cocido, una gran bota de vino blanco. Importó todo 4.163 reales...

Los labradores se rompían la crisma. Los hidalgos tenían la capa cada vez más bisunta...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 1-I-1933.

375.—ESBOZOS. UNA QUERELLA UNIVERSAL

Estamos obligados a conseguir que la vida del hombre en España deje de ser una maldición y una desesperación si nace en hogar humilde.—MANUEL AZAÑA.

Caridad fría, perezosa de los Estados, de los pueblos. La justicia ha permanecido quieta, impasible, en un letargo de siglos, con el tímpano petrificado. Palabra y espíritu inactivos, sin conato de evolución, sin ganas de arrepentirse, de andar, de correr por toda la tierra con un bramido de ira, con un himno de triunfo, con una canción universal de supremas exaltaciones morales. El hombre moderno reza en su alma la misma querella que el hombre antiguo. Existen pensamientos, rincones, desconfianzas, tragedias, du-

das que no ha rectificado la civilización. La querella se inició en la primera tribu, en los primeros pasos de la humanidad, cuando el mundo escuchó el llanto de los clanes más primitivos. Después se ensanchó; fue adquiriendo un movimiento más intenso a medida que se multiplicaban las razas. Primero fue como un rumor suave, incoherente, triste, en una naturaleza casi recién nacida. La querella rezaba en los bosques, en las grutas, en los paseos de los hombres por lugares todavía sin rayas de caminos. Después, el rumor suave, casi imperceptible, se hizo más fuerte, más constante, más concreto e implacable. Era como un elemento naturalísimo, necesario, insustituible en la marcha del mundo. Más tarde, creció, encontró bifurcaciones anchas, dilatándose con los antiguos éxodos humanos. Donde iban los hombres, allí estaba el rumor perenne de esa querella. Después se hizo más ruidosa y más profunda; sintió agravios que estimularon más bárbaramente su grito.

Fueron surgiendo los pueblos, la diversidad de religiones y de lenguas, los afanes de conquista, de predominio, de riqueza. Ya había leyes, armaduras, naves, monumentos. Y la querella continuaba su lamentación áspera, contenida por la fuerza, por el temor, por la amenaza. Siempre esa queja, en las costumbres más opuestas, en los pueblos más dispares, en los desenvolvimientos más antagónicos. Se creaban sistemas de gobierno, se iban encauzando los procedimientos del trabajo, del arte, de la guerra, de la didáctica.

Así van pasando los siglos, amontonando los sedimentos de esa querella universal. Los hombres, que pueden en un fácil impulso de dignidad ir apagando el plañido de la queja para que cante una sensación optimista y alborozada, se limitan a desear, a sentir la quemadura del ansia, a exteriorizar en palabras humildes y en descontentos silenciosos lo que no se atreven a convertir en dinámica de protesta eficaz, en motivo esencial de vida, de desenvoltura, de conciencia, de brío. Pero falta eso; falta el atrevimiento. Los hombres, las colectividades, que son quienes crean los Parlamentos, los ejércitos, las leyes, sienten miedo hacia la fuerza que ellos mismos sustentan y robustecen. La sustentan y, además, la amparan con su conducta tímida, con un individualismo medroso y huraño. Las proas de los barcos van alargando maravillosamente la línea de las rutas. Se ensancha la tierra con el prodigio del genio y de la aventura. Las máquinas de los impresores cada día marchan más aceleradas. Se van transformando los gustos, los apegos de las creencias, las relaciones sociales. Se suceden los tumultos de las reformas, de las apostasías, de los decaimientos, de los esplendores de las actividades remisas, de las actitudes presurosas. Pero la querella, oculta, desconsolada, íntima, sigue con su rezo primitivo como una leyenda de lágrimas. Ni el incremento de la religión, ni las máquinas de las imprentas, ni las

leyes, ni los estertores de los mártires, ni los concilios, ni las revoluciones, ni el mecanismo de la civilización, amortiguan el rumor de la queja. La humanidad continúa descontenta de sí misma; se achaca culpas y bajezas, egoísmos y vanidades, pero no quiere detener la marcha rápida, insoportable, cruelísima, de esas grandes sombras. Vociferan los Parlamentos; se juega con el mundo en la escala de una radio; se estremecen de iras populares las estepas de allá arriba; se da vuelta a los modos de los regímenes; se abren rutas prodigiosas en el espacio; un reloj da la hora en Escandinavia, y se oye en Palermo. Las distancias se encogen. Un minuto de hoy es como un día de ayer. Todo se llena de lírica de paz. Por los vientos cruzan, se encuentran, pregonan todos los idiomas. El pensamiento del hombre ha encontrado vías misteriosas entre el mundo y los luceros. Lo más enjundioso de las magias medioevales es hoy una realidad insignificante. Los pasos imposibles de los gigantes de la leyenda son ahora los automóviles, los aeroplanos, las comunicaciones inalámbricas. Fantasías de hace noventa, cien años, convertidas en cosas tangibles que dentro de un lustro serán cosas vulgares, si antes no se rompen las sienes de la humanidad. Así y todo, la querella continúa aun poseída de su primitivismo, de una antigüedad remota, de comienzo de historia, de balbuceo de tribu...

Esta queja es el baladro de la justicia que no puede expansionarse, que choca con la civilización, con el egoísmo, con la egolatría, con la impasibilidad de quienes no necesitan el influjo de ese bien porque no tienen apremios desconsoladores. Nobles deseos muertos por falta de impulso generoso; vocaciones retorcidas en el alma, hechas resignación, desesperanza, amargura; ideas apretándose en el cerebro de hombres mal vestidos, mal alimentados; propósitos buenos, sencillos, que la injusticia maltrata y cercena; merecimientos que jamás encuentran la recompensa; sensibilidades finas que no vibran porque van adoleciendo en eterno abandono; ansias de trabajar, de estudiar, de saber, que envejecen malogradas, en desamparo. Estos sinsabores son los sonidos de esa querella universal que ha sido la antifonía monótona de todos los siglos. Los Estados, los pueblos, han reglamentado una caridad oficial, fría, imprescindible, miserable, como una pequeña compensación. La caridad que tiene el labrador con las Juntas que le ayudan a trabajar. Esa misericordia arbitraria es a donde van a parar las consecuencias dramáticas de la carencia absoluta de justicia. Es como si apaleáramos bárbaramente a un hombre y después le diéramos un lecho para que acabara de morir. Y lo que hace falta es no apalear para que desaparezcan esos lechos. La caridad es una consecuencia de la injusticia. El error ha estado en predicar misericordia, lástima, para cuando el mal ya está consumado, y no exigir la plenitud de la justicia para evitar los orígenes. A esa

exigencia inflexible, a la extirpación de esas causas, tienen que orientar sus elementos morales, enérgicos, los Estados, la política, las grandes asambleas legislativas, la literatura, la pedagogía. De lo contrario, es como echar vinos viejos en odres nuevos, poner otro forro a los libros, teñir el traje, cambiar el exterior de las cosas, no la entraña, que es lo esencial y lo definitivo.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 8-I-1933.

376.—ESBOZOS. LA OTRA BANDA

En la estadística publicada por una entidad santanderina se observa un notable descenso de la emigración.

La otra banda era la felicidad. En la psicología de los pueblos labradores estaba permanentemente soliviantado el deseo de esas lejanías fecundas, que a lo mejor, al pasar de los años, por casualidad, convierten a un mozo labriego en señor de tierras y en amo de una casa muy barroca, con balcones y verjas presuntuosas, con un pararrayos que mirábamos los niños, en la tempestad, llenos de devociones supersticiosas. La campanita pequeña de la torre, aquella campanita de acentos cristalinos, alborotados, que a veces hacían sonar las malas ráfagas de la noche, infundía en nuestro ánimo un respeto religiosos muy puro, como los niales de las golondrinas, como la diestra del señor cura, como la gran cruz de piedra que se levantaba en la pequeña monjía que había en el pueblo.

Nosotros veíamos unas nubes negras. El cielo parecía un inmenso cobertor con muchos remiendos cenicientos. La tierra se iba entenebreciendo. Después empezaban a caer unas gotas muy gordas, despacio, lentas como unas campanadas antes del repique. Marcaba la centella su signo rojo, lívido, que nos recordaba la rúbrica encarnada del juez o las rayas misteriosas, brillantes, que vemos en el aire, cerca de los ojos, casi tocando las pupilas, cuando nos maltrataban. Aquella firma nada más que la vimos una vez. Estaba el papel áspero, casi moreno, encima de una mesa. Era una noche muy lucera de hace veinticinco años. Todos lloraban en aquella casa, silenciosamente, mirando con espanto el papel que estaba encima de la mesa. Dos viejos y un niño angustiados al amor de la lumbre. Ellos, con la cabeza apoyada en las manos, tiritando de pena, secándose las lágrimas en la manga del elástico, con el pico del delantal. El niño, en medio, con los ojitos

puestos en las ascuas, con las manecitas escondidas en el seno. A la mañana vinieron unos hombres y se llevaron las vacas duendas. Los viejos suplicaron por el amor de Dios y tornaron a secarse las lágrimas con el elástico y el delantal. Miraron a todas partes con estupor, con desesperación. El niño sintió en su espíritu infeliz toda la tragedia del momento, arrojó unas piedras a los hombres que se llevaban la “Estrella” y la “Paloma”. Los hombres lanzaron risotadas. Y las vacas se fueron para siempre, porque así lo quería la firma del juez. Desde entonces, cuando vemos el resplandor de la centella, nos recordamos de aquella rúbrica que destrozó la pobre hacienda de unos viejos que debían mil reales de pan...

Bueno, pues la campanita pequeña de la torre tenía para nuestra inocencia misterios divinos. Bramaba la tormenta y oíamos a nuestro lado palabras de una esperanza definitiva: —Hay que tocar la campana para que se marchen las malas nubes, las malas centellas, la oscuridad del día—. Y la campanita decía unos sonos alborotados, cristalinos, hasta que el fragor de la tempestad iba adoleciendo. El pararrayos de aquel edificio barroco empezó a restar prestigio a la campanita. Nuestras miradas se detenían con más interés, con más admiración, en aquella barrita alta que rechazaba prodigiosamente al rayo. No podíamos comprender este otro milagro. El maestro no sabía Física. Era un viejo maestro trashumante que se asalariaba como los pastores. Tenía trazas de calderero, de antiguo cazador furtivo, de capellán pobre vestido de labrador. Aquella barra debía de costar mucho dinero, y se nos antojó, en la intimidad medrosa de la conciencia, como una cosa de la que estaba muy cerca el diablo. Pero, así y todo, no podíamos perder afición al pararrayos. Cuando el cielo empezaba bum, bum, bum, bum, retumbando, como si el Señor del Sinaí estuviera enfadado con los patriarcas y los justos, mirábamos a la alta barra del palacio. Pero la centella no caía allí nunca. Teníamos los puños muy apretados, los ojos llenos de ansia, los labios muy trémulos... Bum, bum, bum, bum... Aquella parte del cielo se quedaba lívida y la centella no caía en el tejado del palacio. Nos desesperábamos asomados al ventano, con los cabellos mojados y la cara muy fría. La chispa caería en alguna cabaña de allá arriba, en la cabeza de algún caminante...

Curiosidades de niño, que son como los topazos de los corderos en las ubres de las ovejas. La consecuencia fue un estímulo maravilloso. Para tener una casa como aquella y el prodigio de un pararrayos, era menester hacer un viaje muy largo por el mar y llegar hasta Cuba y estarse allá unos cuantos años. En aquellas tierras se sembraban perrachicas y nacían onzas de oro. Se hacían ocho o diez cosechas, se pasaba otra vez el mar y un día se llegaba al pueblo y todos nos harían fiestas, lo mismo que cuando iban

los misioneros a predicar; o el señor obispo montado en una yegua mansa, o don Juan, que era el señor de las tierras y el que decía a la gente por dónde había de ir. Y si no iba la gente por donde él decía, a lo mejor se veía la rúbrica del juez y se llevaban las vacas y los becerros. Porque las vacas y los becerros y las mieses eran de don Juan. El las daba y él las quitaba, como si tal cosa. A su casa iban a jugar a la baraja el organista, el señor juez, el sacristán. Al marchar de la casa les dolía mucho las mandíbulas, como cuando uno tiene que reirse un rato a la fuerza. Ellos reían mucho las chanzas de don Juan y éste apreciaba más a quien más se reía de los chistes. Era una apuesta oculta, sañuda. En los rostros, estremecidos por las carcajadas, se veía el celo, el odio, la rabia de la disputa, el ansia de estar riendo un instante más que los otros. Y contaba la gente cosas muy extrañas, en secreto, con el índice en los labios después de la conversación confidencial. Y el secreto era que el señor juez, el sacristán, el organista, ensayaban sus risas recatadamente, como quien se ejercita en nadar en un pozo, en esquilarse a un árbol, en retornear una canción.

Pues lo mismo que a don Juan, al obispo, a los misioneros, se recibía a los que pasaban el mar de retorno. Este era estímulo prodigioso para nuestras ambiciones infantiles. Ser señor muy aseñorado, sin remiendos ni puntadas, con una casa que tuviera cimera de pararrayos y unos palomares con unas ventanas más grandes, más limpias, que nuestros balcones. Unos, cuando fueron adolescentes cruzaron el mar, a perderse en una lejanía remota. El tiempo corría como una saeta, como la piedra de una honda, como un pensamiento. Ellos dirían allá: —Ya tendrán corderos las ovejas, ya estará la yerba muy alta, ya estarán madurando las ciruelas y los brunos—. Y el tiempo iría corriendo como el agua del río, como el vuelo de un azor, como aquellas estrellas que parece que se caen en las noches de verano.

Unos se marchaban en la adolescencia, muy contentos, muy contentos, con un vestido nuevo que hacía tía Pelegrina, la costurera; con un pañuelo que casi siempre era del color de la oliva. Desde que se marchaban, las cumbres se habían puesto ya muchas veces la boina blanca del invierno. Y un día regresaba uno con unas palideces casi mortales, con los ojos muy tristes. En la cara se le conocía cómo traía el alma y el bolsillo. Y otro día volvía otro y entraba en el pueblo con las tinieblas, silenciosamente. Los sollozos no se oían a causa del estruendo del río. Y cuando sospechaba que podrían oírle, los aguantaba, los aguantaba, hasta llegar a la cocina de la casa de sus padres. Entonces contaba sus dolores, sus esfuerzos; pero todo había sido como una hormiga que quisiera subir a la montaña más alta. No era como cuando venía don Juan. Era como si llegaran mendigos, como si viniera un pariente pobre de otro pueblo a pedir auxilio. Había desprecios de puertas

cerradas, con hostilidad, con burla. Alguna vez se conmovía toda la aldea. Parecía la fiesta de la santa Patrona, mejor que si fuera el día de Nuestra Señora. Por la carretera venían muchos miles de reales. Aquel mozo había tenido suerte. El ruido del río no se oía a causa de las panderetas y de los cohetes...

La otra banda; la otra banda, que era una felicidad por cada mil desgracias. La campanita seguía tocando en la tormenta. Los niños contemplaban con menos curiosidad la casa barroca y el pararrayos.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 15-I-1933.

377.—ESBOZOS. REFORMATARIOS DE MENORES

Serán castigados con la pena de cinco a quince días de arresto los padres de familia que abandonen a sus hijos, no procurándoles educación.—Código Penal.

Tiempos amables de chavalería. Hay muchas palomas en los sentimientos. Las palomas que después se convierten en azores, en avefrías, en milanos, dentro del cerebro, en las moradas más secretas de la conciencia. Tiempos amables de chavalería. Salíamos una tarde de la escuela y a lo mejor nos decía un compañero:

—A mi hermano le van a meter en un barco de guerra... En los barcos de guerra amarran a uno a un cañón y le dan candela con un rebenque... y después le llevan a la barra...

Nosotros no sabíamos lo que era un rebenque, ni lo que era una barra de navío. Hacía poco tiempo que nos habían traído del pueblo. Sabíamos, sí, lo que era un zurrón, lo que era un belorto, una estirpia, un cuenco. Estas palabras las desconocía nuestro amigo, como nosotros ignorábamos lo que era un rebenque.

—Claro, tú has venido de la aldea... Los de la aldea no ven el mar... Un rebenque es una cuerda gorda, ¿sabes? Con una cuerda más delgada te amarran al cañón y con la cuerda gorda te dan candela sin parar... ¿Ves esta casa? Pues la barra es como si dijéramos el portal o la bodega; pero sin puertas ni ventanas; sin una pizca de claridad. encima del mismo hierro, todo a oscuras... Y si no te arrepientes te encaraman en la proa, te meten cuatro tiros, y al agua... Mi hermano es un raquero... No hay quien ha-

ga vida de él... Y como no pueden hacer vida de él, pues van le meten en un barco de guerra... Si es bueno, a lo mejor le hacen cabo de mar o condestable...

Nosotros grabamos en la memoria, como quien escribe una nota, un encargo, la fecha de un plazo ineludible: A los chavales que se portan mal les llevan a un barco de guerra y les azotan con un rebenque.

Un día cometíamos un desafuero. Pecados insistentes de los niños, que son como los brincos de los corzos, como las travesuras de los gorriones en el sembrado del huerto. Habíamos pecado por la mañana, por la tarde, a cualquier hora. Todos los momentos son propicios para un mal pensamiento. Nos dormíamos con escozor de pellizcos con los largos suspiros que siguen al llanto. La noche era como una bisma prodigiosa para nuestro dolor, para nuestra pesadumbre. Caminito liviano de la escuela; los mapas, los cuadros con las murallas de Jericó, con el pozo samaritano, con la higuera maldita de Judas. Todo se olvidaba con los números, con los colores violentos de las oleografías, con los hombrecitos extraños que pintábamos en la pizarra. Canenes más grandes que las casas; capitanes y coroneles con unos bigotes monstruosos; dromedarios, jirafas, bergantines que navegaban por unas olas de tinta azul. Y no parábamos de cometer desafueros. Cada pellizco era una alampadura, un sobresalto doloroso, retorcido, que parecía que nunca iba a acabar. Todas las cosas malas que hacíamos se nos presentaban como vicios abominables. Pero nosotros, como si tal cosa. Por la noche llorábamos y por la mañana reíamos. Como uno que se embarca y le sorprende una tormenta. Promete no volver a buscar las aventuras del mar. Remansa el tiempo, el barco ya no da tumbos. Y se olvida la promesa, hasta que vuelve a bramar la tempestad. Y siempre lo mismo; temporales, promesas, más temporales. Castigos, travesuras, más castigos, más travesuras de corzo, de colorín, de becerrillo. Al niño que no le suceden estas cosas es un pobre anormal. Un día el descarrío es más insolente. Sobre nuestra cabeza van a caer las centellitas de los nudillos maternos. Pero no; no ocurre nada de esto. Estamos asombrados, profundamente asombrados del silencio que reina en la casa. Un sobre blanco revolotea, de pronto, ante nuestros ojos asustados. No sabemos qué sorpresa terrible esconde el sobre. El padre nos le enseña con enojo, con amenaza, como si escondiera muchas penitencias para nuestras faldas. Pero el padre no nos toca un cabello, la madre no repiquetea con los nudillos, no se quita la zapatilla, no nos echa el garfio del pellizco. Seríamos felices a no ser por ese sobre, que nos llena de inquietud. El padre habla, por fin, con serenidad, con lentitud, con una afectación grave. Y nos trata de usted.

—¿Usted no sabe lo que hay en este sobre?

—No, señor —contestamos temblando, muy afligidos.

—¿Dice usted que no lo sabe?

—No, señor —volvemos a responder con aire contrito.

—Pues este sobre, ¡entiéndalo usted bien, so mameluco!, este sobre es para meterle a usted en la Casa de Caridad el primer día que vuelva a torcerse...

El sobre no guarda nada. Es como un revólver de mentirijillas, como una vaina sin espada, como un abuelo disfrazado de tío del saco. De esto nos enteramos más tarde. Mientras tanto, grabamos en la memoria: —A los chavales que no se portan bien les meten en la Casa de Caridad...

—Oye —nos dice nuestro amigo de la escuela—. Mi hermano cada día tiene menos lacha... Ya no le mandan a un barco de guerra... Mi padre no tiene cuartos para pagarle el viaje hasta El Ferrol... Ahora le van a meter de corneta en el cuartel...

Nosotros volvemos a grabar en la memoria, junto a un nombre geográfico, una fecha histórica, el modo de un verbo:

—A los muchachos que tienen poca lacha les meten en el cuartel para tocar la corneta...

En estas tres disciplinas se compendian la amenaza, la promesa de encierro, el temor que nos querían infundir en el ánimo: la corneta, el rebenque, los celadores del hospicio. Los reformatorios de la época tenían mucho de estas tres cosas. El mismo procedimiento en los manicomios, en las cárceles, en los Reformatorios de menores. Al demente le golpeaban unos enfermeros bárbaros, y al adolescente en rebeldía trataban de enderezarle las correas de unos monjes rígidos. Las anormalidades del cerebro, de la voluntad, del carácter, no eran corregidas por las especialidades científicas, por la observación, por el método; las ratificaban, las agudizaban la violencia del castigo, el perenne desabrimiento del ambiente y de las personas, la hostilidad de una agresión rutinaria que engendraba rencores en vez de enmiendas. Se confundía la anormalidad temperamental con las costumbres incipientes de un malvado. Y así sucedía que iban a los correccionales pobres adolescentes que estarían mejor en un Sanatorio. Unos se desvían por flaqueza de espíritu, por meditaciones tempranas, por sufrimientos morales en plena infancia, por debilidad fisiológica. Otros, por torpes transigencias paternas, que todo lo conceden y todo lo disculpan; que estimulan bellacamente esta precocidad o celebran aquellas palabras arriscadas del niño, primeros delectos del albedrío, del vicio, de los apetitos intemperantes.

Existe otro motivo más fértil, más extenso, que rebulle permanentemente en la sentina social, como el analfabetismo, como la miseria, como la carencia de higiene, de comodidad. Padres cínicos, inconscientes, lerdos, dé-

biles o indiferentes. La educación tiene para ellos una importancia negativa. Lo mismo da la escuela que el arrabal, el monte, la escollera. La novela social moderna ya ha reflejado estas características impenitentes, crudas, llenas de un vigoroso resabio de indolencias condenadas. Nada más que la novela social, el ensayo del moralista o del educador, la noticia escueta del reportero. El Código, no; el Código es benigno para los grandes delitos de los padres cínicos, indiferentes, lerdos. En el Código tiene más trascendencia el hurtar una gallina, el hacer un rasguño insignificante, que el desamparo moral de unas criaturas. Se concede más importancia a las pequeñas faltas que a la gran culpa que supone el que los padres no cumplan rigurosamente sus deberes para con los hijos.

Es imprescindible el establecimiento de reformatorios, como era imprescindible antaño el temor que nos infundían el rebenque, los celadores de la Casa de Caridad, la disciplina del cuartel. Pero también es imprescindible, urgente, la reforma, en sentido más severo, de ese artículo del Código penal que apenas castiga el origen de esas rutas negras, quebradas, con tinieblas de incultura, por donde comienza a caminar una adolescencia moralmente abandonada. Que las culpas de los padres no las paguen los hijos. Que el reformatorio sea el estímulo de una rectificación de conductas, de una didáctica purificadora que afine la sensibilidad y medre las potencias del alma. Cautiverio fecundo en enseñanzas, en arrepentimiento, en normas de ética y de trabajo. Después, un recomienzo de la vida, con otros sentimientos, con otras vocaciones, con bríos nuevos. Pero vigoricemos al mismo tiempo la inflexibilidad para los motivos iniciales, para los deberes ineludibles que no se cumplen. La civilización, más que en el alivio de las conciencias, está en evitar las causas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 22-I-1933.

378.—ESBOZOS. IDEAS Y FOBIAS

La gente es verdad que se ha preocupado de muchas cosas. La gente ha ido elaborando una arquitectura social como quien construye una herramienta útil, un menester doméstico, un objeto cualquiera, imprescindible, para bienestar de la familia. Primero el alarife de la idea, el alarife trabajando en la idea, trazando sus líneas, con meditaciones, con energía, con

constancia, con cierto temor secreto. El cerebro haciendo unos cálculos que unas veces tienen factores positivos y otras veces datos inconcretos, volubles, arbitrarios. Este segundo caso se presenta ahora en el mapa español, en las tierras de arado del mapa español. El alarife ideó la técnica de su arquitectura con teoremas que tienen signos negativos en el cráneo y en la conciencia y signos negativos en la extensa pizarra de los meridianos rurales. Que es lo mismo que un fracaso de los cálculos, de las posibilidades, de la fórmula, de la demostración, de la técnica y de los terrenos en que ésta ha de desenvolverse...

Los hombres metidos en estas lidias nada más que saben avanzar o retroceder. A ellos les dicen, por ejemplo, que se va a operar en una estepa, sin hondonadas, sin bosques, sin anfroctuosidades violentas. La táctica está hecha para una superficie, están bien determinadas las distancias, los lugares en que habrá que desplegar todo el impulso, los sitios en que será menester vigorizar con la energía, con la voluntad, este o aquel procedimiento. Y se empieza a caminar. Iniciaciones de llanura. Una hora, dos horas de planicie liviana. Nadie duda de la prudencia de los que mandan. Ellos dijeron que se iba a combatir en una landa, y ésta se inicia suave con arenas y yerbecitas. Pero de pronto surge un manchón negro que parece una nube de tempestad. Es extraño que en lo amable del día se divise en el horizonte aquella mancha oscura. En el ánimo empieza a escarbar una inquietud. Pero no, no se puede dudar de las cosas infalibles. Fe del marinero en el piloto, del lerdo en el listo, del operario en el ingeniero, de los novicios adolescentes en el abad. La vida nada más que es un soslayo de recelo y una mirada noble, sencilla, buena, de confianza. Estos dos caracteres rigen la política, las relaciones sociales, la dinámica moral de los oficios, las competencias, todos los tratos de los hombres. Confianza y recelo: el tic-tac del péndulo espiritual del mundo. Unas veces la confianza sirve de muralla a los ímpetus coléricos del recelo, y otras veces el recelo domina las exaltaciones de la confianza. Este antagonismo, esta formidable divergencia universal, son como un invierno y un estío. Suprimid uno de aquellos dos elementos del mundo moral, y la consecuencia para la Humanidad será lo que la falta de un estío o de un invierno para la vida de la naturaleza. Antítesis peregrina que forma el concierto de la historia, de los convenios internacionales, del movimiento diario de los pueblos. Lo que sucede es que el recelo debiera ser en ciertos momentos desenvoltura amable de confianza y ésta, en otros instantes, pasos cautelosos de recelo...

Nos hemos separado de nuestro rumbo. La pluma gusta a veces, como los viajeros, de abandonar el camino para seguir las sendas que parten en las orillas y que van a parar al grato colorido de un paisaje, a lo adusto

de unas ruinas, a la estética antigua de un monumento. Después se vuelve al camino. La pluma vuelve también a la línea de su ruta y sigue el viaje premioso o rápido por estos caminos blancos...

Pues sí; no se duda de las cosas que parecen infalibles. Las cosas infalibles que a lo mejor resultan una superchería. El piloto puede ser inexperto; el listo, pícaro; el ingeniero, desmañado; el abad, ignorante. Pero la gente, la buena gente, se entera después. Mientras tanto cree y obedece, tiene fe en la táctica, en las personas que crearon esa táctica. A ellos les dijeron que se trataba de una llanura. Y avanzando por la estepa se encuentran con una mancha oscura que parece una nube, con una nube oscura que es una cordillera, con una cordillera, pues es donde va a fracasar la táctica, porque la gente se desilusiona, empieza a recelar y cae en la cuenta, tardíamente, de que se trata de un error o de un engaño. En el criterio de esta gente sencilla, tanto monta un engaño como un error. La consecuencia para ella es la misma. No sabe de sutilezas atenuantes. A ellos les dijeron que era una planicie por donde se iba a caminar. No les hablaron de subir a unos collados, de abrir senderos en las rocas, de atravesar unos ríos caudalosos, sin una puente ni un vado. Igual da que la técnica conociera o no esos accidentes. El resultado es el mismo, el resultado es una catástrofe. Si a ellos les hubieran dicho la verdad es posible que no se hubieran movido de sus tajuelos de esparto, de mimbre, de listones morenos. Y a la gente hay que decirle la verdad; hay que decirle si se trata de una llanura o de una cordillera. Primero el alarife de la idea, el alarife trabajando en la arquitectura de la idea, en los cálculos de los factores positivos, evidentes, firmes. Y después presentarla exacta, desnuda de artificios, de embelecos, de estímulos falsos. presentarla tal y como creció en el cerebro, como se reflejó en el alma, con las probabilidades de éxito, con los riesgos que se pueden correr en la aventura. Después, la gente que haga lo que quiera; que siga estática o rebulla en la actividad. La gente que sabe leer, que sabe meditar, que sabe discernir. La otra, no. A la otra hay que enseñarla primero a leer, a discurrir, a ser persona cabal.

Educado el temperamento ético, nutridas las potencias del alma, la idea puede comenzar a trabajar. Entonces, en las grandes áreas propicias a la propaganda de esta o de aquella doctrina, no habrá mayoría de ignorantes. Habrá malvados trashumantes, hombres que viven de su trabajo con cierta desenvoltura y hombres desesperados, hambrientos. Para los primeros está el rigor de la ley. Los segundos pueden sentir honradamente la nueva idea social que les inculca, pero rechazarán el estímulo odioso de una táctica que deja anchas estelas de sangre y de escombros. Los desesperados, sí. Los desesperados constituyen la fuerza activa de los malvados. El malvado traza su

táctica, y la desesperación la ejecuta con rencor, con furia, con ese torvo deleite de la venganza bárbara. Un desesperado no se detiene a analizar la aventura. Le dan un duro y una pistola y avanza como un lobo o un fanático, que casi es lo mismo. En las áreas propicias a la agitación, purificada ya la incultura, no quedarán más que desesperados. Pues vamos a evitar esas desesperaciones, que será el mejor sistema en contra de las tácticas violentas. Entonces todos serán partidarios de procedimientos sin metralla, sin lumbres, sin estampidos siniestros. Ideas y no fobias. Técnicas enérgicas de convicción, de bondad, de perseverancia. En las luchas sociales más valen votos que pistolas. Y lo que hay que hacer es eso: convencer, persuadir, dignificar con palabras calientes de conciencia; buscar la mayoría predicando como apóstoles, con ejemplaridad rotunda, con sacrificios, con penas, sintiendo latir en la frente los dolores del mundo.

Entonces la gente, la pobre buena gente, no se volverá loca. Sentirá ideas, ansias, deseos muy profundos; pero no matará.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 29-I-1933.

379.—ESBOZOS. EL PINCEL PRODIGIOSO

Pereda ha desentrañado la realidad como nadie; la ha sorprendido en sus abandonos más íntimos; la ha arrancado de la Naturaleza para entronizarla en el arte.—ALEJANDRO PIDAL.

Colores pródigos buenos de la tierra montañesa. Rojo, azul, amarillo, ceniciento en los lienzos del hidalgo. Color de erizo mustio, color de lastra, color de estameña. Bermejo de corteza de alisa, estrellitas de plata, azul de cielos serenos, brumas de mar, brincos dramáticos de galerna, manchones de bancal lleno de sol, retazuelos rubios de cambera, de haza, de alcatifa de yerba, de escajos apretados con exornos de flores amarillentas. Todos los colores en los lienzos maravillosos del hidalgo, nuestro señor; pinceladas de cumbre, de linfas serenas o tormentosas; de tinieblas o relámpagos, de ruinas y rebujales; de campos y silos; de sobrados y corredores; de bosques, de praderas, de nieves...

Es peregrino y delicado este aderezo del color; del color de "Peñas Arriba", del color de "Sotileza". Luceros de oro en blanco de flor de espi-

no; rayitas bermejas, delgadas, con pespuntos morados. Verde intenso salpicado de rubio. Color de tronco de castaño de muchos estíos en lienzo alegre de romería. En el negro, cintas y mariposas amarillas, pardas, coloradas, como enervando la pesadumbre del luto con alas apacibles y rosaledas. Sombrío de alterón rocoso, señero, calvo, en grato optimismo de mies, bajo alas de azores muy montañeses, de malvises y pisonderas. Estas mismas alas con otras de palomas, de arrendajos de golondrinas, en manto suave, sutil. Surquitos y lombillos, pinceladas, garabatos estéticos, rectas prodigiosas; manchas agradabilísimas de color de limón, de envoltura de nuez en agraz, de ramos y albedas de Pascua, de piesco maduro, de laurel, de espino...

Sigue el pincel del hidalgo formando relumbres y sombras; colores de ascua viva, de palideces dramáticas; de sudestes pescadores, de blusas y chambergos labriegos, de traineras valientes, de mástiles, de jarcias, de campanarios, de molinos, de alboroques, de arrieros, de figones.

Ambiente de montañas, de remansos, de viejas pueblas, de aldeas remotas y encaramadas, estampado en un papel que pregonó en la universalidad un tipismo noble y enérgico, una literatura humana y cordial, de raza, de paisaje, de pensamientos, de angustias, de optimismos supremos, de abnegaciones que paracen de leyenda, de gesta antigua.

Más colores maravillosos. El pincel no se cansa. Va recorriendo con deleite, con amor, toda la geografía montañesa.

Colores de bordones peregrinos, de picayas, de alforjas. Colores sencillos de ruecas, de acericos, de odres, de abarcas, de aladros. Fantástica destreza del ingenio que es zahorí de almas y de cosas. Pasa y repasa los meridianos provinciales como en las alas de un mito. Aquí se envuelve en pálpitos de braña, de campanillas arrieras, doradas, que parecen pedacitos de sol, pálpitos de campanas de iglesia rural, cristalinos, solemnes, que unas veces repican joviales y otras veces sueltan como unos baladros de lamentación; pálpitos de fuentes frías, de las fuentes frías del monte donde beben el hombre, la vaca, el lobo.

Después, otros caminos que van desde la mar hasta la cresta de los montes sagrados. Retratos de hombres que son como ascetas vestidos de pastor o de labriego. Más colores calientes, apacibles, optimistas, severos, que parecen llamas, pórticos, cosechas, capas de señor en una solana, en un presbiterio, en un concejo de labradores, en una diligencia.

El hidalgo, nuestro señor, tiene una paleta que parece una braña. Van surgiendo los colores vivos, plácidos, inéditos. Colores de hilas, de etnografía gratamente captada en el cerebro y en el espíritu; colores de hastiales ilustres, de yedras, de colodras, de sernas y ansares. Pinceladas rotundas de hombres que parecen labriegos del Greco.

Torna a pasar y repasar con una delectación profunda por el ambiente clásico de la tierra pairal. La sensibilidad vibra, se estremece, está siempre soliviantada por ansias buenas de estética pura. Aun quiere reflejar con su pincel más entraña y más cobertura; aun quiere sacar más artificios y más realidades. Y van naciendo deleitosamente, van brotando hilos misteriosos de pintura que tejen los caracteres, las conciencias, las costumbres, los atavismos, los resabios, las creencias de la raza.

Pasan los años; el cuerpo se va inclinando como un laurel que ha soporado muchos vientos. El ánimo, no; el ánimo, el ingenio, la voluntad, todas las potencias del alma, sienten el vigor, la gallardía, el optimismo de la primera página, del primer lienzo, del primer pensamiento estampado en literatura, de la primera línea de su poesía campesina y marinera.

Y colores de almas, de sensaciones, de pesares, de vanidades. Colores de escarceos íntimos, de alegrías, de zozobras, de orgullos, de modestias, de misericordias. Cuadros que son como copias de almas limpias y de almas turbadas; cuadros de una armonía extraña, hermosamente extraña, que es un conjunto de rabeles, de tamboriles, de almireces del mes de marzo, de dalles, de eslabones con yesca, de miruellos, de tórtolas del mes de agosto, de carros que van cantando.

El alma, el alma de la tierra, saliendo de las praderas, de las majadas, de los huertos, de las dársenas, a los anchos caminos del mundo, en diversidad de rutas y de climas. Pinturas perennes de vida interior, de ansias, de ambiciones, de picardías honestas, de virtudes. El ambiente y las moradas secretas del espíritu, en una concordancia exacta, como las raíces y el tronco, como la bondad y la dulzura, como el sonido y el eco...

Colores pródigos y buenos de la tierra montañesa; colores de carne, de naturaleza, de alma. Colores ardientes y briosos del pincel de don José María de Pereda, que son como un arco iris de gloria en el cielo de la Montaña...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 5-II-1933. (Vid. O. C., págs. 619-622).

380.—ESBOZOS. LA HISTORIA DE UNA VILLA

Este caballero sintió un día —quizá en la adolescencia— un deseo profundo, muy amable, muy lleno de curiosidades de historia, de desentrañar

viejas y consusas edades de su pueblo. Su villa natal, la piedra clásica y el espíritu clásico de su pueblo, engendraron el ansia con acicate de virtud y de veneración. Entonces era un mozo optimista, que devanaba su trabajo diario cerca de las dársenas, de las ruinas, de los castillos, de los viejos campanarios de las ermitas.

Retruenos del mar bárbaro; remanso de una playa que parece un inmenso alfanje de oro; repique cristalino de las fraguas; pálpitos de una campiña de buena maíz rubia que antes tuvo vides y naranjos. En este ambiente medró la idea como un rosal: lentamente, con temblores de bueno y malos vientos, con el cuidado de una didáctica de historia, aprendida en viejas parlas, en letras de piedra, en legajos amarillentos, en epistolarios insignes, en relatos biográficos, en anecdóticos, en las tradiciones de los hombres que eran la tierra y el mar con una reja y un timón.

El deseo se iniciaba ágil, bondadosamente implacable, repleto de sustancia espiritual, de nervio, de vehemencia. Pero al deseo era menester orientarle, era necesario corregir sus prisas, templar sus ardores, limitar las distancias, y marcarle unos buenos hitos de frontera. Y esto es lo más difícil en las expansiones de todo el que se nacia en un arte, en cualquier disciplina, sin más elementos que la vocación, la voluntad, el brío del alma: sosegar el estrépito de la conciencia, contener lo vertiginoso del ansia; enervar la gula de unos pensamientos que ven las cosechas y las vendimias antes del esfuerzo, de los cansancios renovados como dolores del trabajo agobiador...

Nuestro caballero comenzaría por abrir una senda enérgica, de traza inflexible a su optimismo. Jornadas meditativas, lentas, con una desenvoltura sencilla y típica, como pasea un hidalgo por la plaza, como labra un pastor su cayado, como se mueve una rueca, como canta la cítola de un molino. Con serenidad, con ritmo añejo, con tipismo amable en el léxico, en la estructura, en la estética.

Después iría acostumbrando el ánimo a la franciscanía silenciosa de los archivos, que son las posadas de los peregrinos insaciables de leguas de historia. Posadas del investigador y confesionario de tiempos, de errores, de proezas, de petulancias imperiales, que luego paraban en hinojos de humildad, cuando la carne barruntaba una flaqueza definitiva. Confesionarios silenciosos de horas lejanas, de torcidos devaneos de la conciencia, de rectificaciones violentas en la restricción, en el imperativo soberbio, en el castigo. Y también, como antítesis de las torceduras de todas las edades y de todas las castas, líneas rectas de buenas costumbres, ánforas llenas de llantos heroicos, energías constructoras de pobres vasallajes. Nuestro caballero, el camino inflexible de nuestro caballero, tenía itinerario de un archivo a otro. Vería en las baldas de los estantes como unos escalones pindios por los

que tenía que subir su idea, trabajosamente, para llegar a lo concreto, que es la quiemera del deseo, la plenitud de la investigación.

Y así fue construyendo la obra, con un recato fino de meditaciones, de crítica sencilla, de delicada escrupulosidad en la descripción y en el comentario. Revoltijo de materiales, de fechas, de circunstancias oscuras, de documentos rosigados por los siglos. Analizar, unir, entretejer los siglos desperdigados de los anales localistas, con amplio y agudo criterio de lo histórico. Esto es lo que ha hecho este hombre con el pasado ilustre de su villa, en la ribera de un mar imperial, en un meridiano de Castilla que marca una identidad cordialísima de caracteres, de aires de historia, de vicisitudes antiguas. Quitad a esta villa el aliento de la costa, el ajetreo de las dársenas, el ruido de los zuecos; poned en un campanario de esta villa un gran nido de cigüeñas; echadla un poco de estameña en el paisaje, y os encontraréis como una vieja puebla de por allá dentro —como Olmedo, como Plasencia, como Esquivias—, cuajada de castellanía, de una castellanía prodigiosa que está incrustada en la arquitectura, en el espíritu, en múltiples linajes de sedimentos etnográficos. La obra de este caballero es la historia de muchas rutas de ese mar imperial que traía aquí retumbos de acaecimientos universales; iras de conquistadores extraños; llantos de reinas infelices; decadencias materiales de emperadores, camino de los monasterios, con un cansancio de dominio adoleciendo la energía. Es la historia de muchos caminos de Castilla que venían a parar aquí trayendo iniciaciones o desenlaces de grandes hechos históricos, de entraña, de esencia, en la desenvoltura nacional. Porque esta villa fue mucho tiempo como el punto de contacto entre las expansiones de las lejanías europeas y las expansiones íntimas de lo español...

La obra de este caballero es la vida de su pueblo, la trayectoria histórica de su pueblo, estampada con relieve vigoroso en la dinámica nacional. Van desfilando tenebrosidades primitivas, muelles y vías romanas, privilegios, naves de piratas normandos, linajes, monjes y caudillos, arquitectura, ruidos bélicos, tropas que van de camino con mochilas polvorientas. Después lo anecdótico, lo que nació y murió entre las lindes de la villa, palpitaciones populares de artesanías, de marineros, de corsarios. Pinceladas de biografías ilustres, de devaneos políticos, de costumbres y gracejos de la buena gente de la marina. Lo montañés de junto al mar, lleno de gracia, de historia, de de recuerdos dramáticos de vendavales, de viejas enlutadas, arrugaditas, como la tía "Marroquina", de Laredo, que os cuentan con antifonía de suspiros y largos rosarios de lágrimas la tragedia, de una barca alterosa que salió un día, con el alba, y no volvió...

"Laredo en mi espejo", de Maximino Basoa, viene a enriquecer la bi-

bliografía de la Montaña. Este artículo es una glosa lerda, insustancial, simple, del acervo magnífico que da prestancia al interesante volumen.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 12-II-1933.

381.—ESBOZOS. LO QUE DEJA ATRÁS LA CIVILIZACION

No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices cuando estamos en la miseria.—DANTE.

Hay muchísimas cosas a las que los hombres no conceden importancia. No las conceden importancia porque son accidentes de dinámica diaria, motivos vulgares, familiarizados con la gente, como la falta de educación, como el torcedor formidable del prejuicio, como la insinceridad, como la avaricia, como otras máculas, anchas y negras, de anormalidad social. Es tan abundante en aspectos y tan pródigo en quebradas bifurcaciones el área del defecto, de la culpa, del error, de la indiferencia; estamos tan avezados a las perspectivas diarias, a las perspectivas con colores violentos de ignominia y de injusticia que prevalecen a través de la civilización; de las costumbres nuevas, de las rectificaciones en los rumbos políticos; resalta tan vulgarmente la gigantesca pirámide de lo anormal, de lo doloroso, de lo injusto, que estas manchas en la ética, en el derecho, son para los ojos y para el espíritu como unos árboles que vemos todos los días; como los bancos del paseo; como el ruido de la calle; el ruido de la calle, que es una mezcla de lisonjas falsas, de palabras insinceras, de embustes, de ruedas, de carcajadas, de juramentos, de energías, de temperamentos duros, que dominan, exprimen, atenazan los caracteres débiles...

Esos objetos y esos rumores, a los que no concedemos importancia por ocio o cansancio de la curiosidad, constituyen parte de la rutina insustancial del ambiente. En el mundo moral, en las áreas extensas del dolor y de la amargura —que no hemos querido que dejen de ser inevitables por egoísmo y por dureza de la sensibilidad—, sucede lo mismo. Son motivos abundantes y persistentes. Por eso les hemos desposeído de su profunda trascendencia. Se querellan en torno nuestro, en contacto con nuestras vestiduras, dentro de las expansiones que desenredamos todos los días, los unos con fatiga, los otros como si tal cosa, su paso a paso de ociosidad, con negligencia en los pensamientos y en la iniciativa. El dolor de aquellas quejas pierde

el prestigio exterior por la misma razón que no concedemos importancia a lo que estamos acostumbrados a contemplar cotidianamente en la órbita de nuestra desenvoltura. Da lo mismo un banco del paseo, el estridor de un carruaje, la pintura de un edificio, que esas aflicciones estremecidas, pálidas, que pasan a nuestro lado remisas y débiles, con un escondido presentimiento de mayores pesadumbres...

El otro día nos llevó un médico amigo a una casa encaramada cerca de un cuartel y de un convento. Se barruntaba la nieve; la nieve que cae en las ciudades de la orilla del mar como una lluvia de hojitas diminutas de lirios. Porque unos ven en los copos revoloteos alegres de pedacitos de lirio. Otros ven en los campos estremecimientos del propio espíritu; pájaros blancos que les picotean la carne con un pico duro y frío; flores de unos espinos que están pinchando incesantemente...

Una casa de novela social de Sender, de imprecaciones literarias de Chejow. Y un hombre que nos habla con vehemencia dolorida. Palabras resignadas y tristes, como la imploración sencilla de un infeliz que ha sabido conservar intacta la hacienda de la dignidad, muy recatada y repleta, en los silos del temperamento. La tragedia de esta casa es la tragedia de otras muchas casas. Síntesis pavorosa de amarguras. Lamparitas de relativa felicidad, que se apagaron al soplo violento de un sino cruelmente adverso. Entra la desgracia, y todos los pensamientos se llenan de zozobra; los pensamientos, las energías, hasta los mismos deseos. Acritud en la meditación, en el semblante, en la palabra. Transformaciones radicales del carácter, de los gustos, del continente. Este hombre, todavía joven y robusto, que empieza a temer a la vida, a encoger sus optimismos, a dejarse llevar por el mismo viento que apagó las candelas de su felicidad, habrá sido jovial, expansivo, desenvuelto. Caminaría con una recia confianza en sus bríos y en su trabajo; con un concepto firme y blando del deber familiar; con un deseo entrañable de prosperidades sencillas. Pero vino una mala racha y todo lo fue abatiendo: el carácter, la energía, la jovialidad, la desenvoltura. Ocho o nueve meses sin trabajo es el peso suficiente, para encorvar todas esas cualidades. El hombre recuerda la gracia amable de otros momentos en que había sol en el ánimo; en que todo resplandecía en la cara de la esposa y de los hijos. Ahora nos muestra las ruinas —esas ruinas que la civilización va dejando atrás— y el rostro anémico, descolorido, de dos niños enfermos, encogiditos entre unos cobertores de pobreza. Y nos miran tímidamente, temblorosos, como unos corzos malheridos, como unos corderines de Dios atados en el carro del trajinante. Dolor temprano en la expresión de inocencias intactas, que va adoleciendo amarilla y enjuta.

Ocho o nueve meses sin trabajo simplifican su consecuencia en estas

caritas exagües, en el llanto de esta mujer, en el carácter sombrío de este hombre. Ocho o nueve meses sin trabajo, sintetizados en la debilidad extremada de dos niños, en las lágrimas de una pobre mujer, en el semblante taciturno y meditativo del padre.

La emoción es nuestra dueña en estos instantes. Nos avergonzamos de nuestras ropas aburguesadas, de las monedas que guardamos en el bolsillo para echarlas en humo, en cosas estúpidas, insustanciales. Los niños siguen quietecitos, entre los bisuntos cobertores de pobreza, con rostro y paciencia de nazarenos chiquitines que van recorriendo su calvario. ¡Cuántas cosas se irán rompiendo en el corazón de estas criaturas! ¡Cuántas cosas se habrán despedazado en el alma de esta pobre mujer que ahora arropa a sus hijos y les echa gotitas de llanto en la frente! ¿Qué pensamientos, qué dudas, qué reproches, serán como relámpagos de tempestad en el cráneo de este hombre? Es posible que experimente la forzosa resignación del cansancio, de una fatiga suprema o de una esperanza amable. Es posible también que sienta un rencor acerbo, oculto, hecho idea violenta, dilatándose en la conciencia con la misma intensidad que un remordimiento de los más abominables. Restallidos de ira en nuestro espíritu; pensamientos duros para otros hombres; recuerdos condenados de fechas y circunstancias de nuestra biografía. En este aposento frío, desnudo, con alientos dramáticos, donde dos niños nos miran con estupor inocente, la imaginación recibe, con cordialidad, las ideas más audaces, las evoluciones más atrevidas. Se nos destempla el alma; sentimos el temblor de un sismo espiritual que nos conmueve las entrañas, que nos hace vibrar todas las potencias. El corazón se sube a la cabeza y empieza el palpito tenaz, agudo, de las exaltaciones sentimentales...

Aquí, en esta casa, se devanan sufrimientos, miserias, desesperaciones, sobresaltos renovados, desabrimientos del carácter, barruntos fríos de la muerte, porque el egoísmo y la intemperancia rodean al mundo como un zodíaco inmenso de malos signos; porque nos estamos abransando de ambición lo mismo los escépticos que los ortodoxos; porque los sentimientos se estampan en las grandes láminas de la avaricia; porque atrae más el deleite que la querella justa y atormentada de los infelices; porque puede más la comodidad que la misericordia; porque nada más que pensamos en nosotros mismos; porque la brújula de la civilización no señala todavía su norte verdadero. Un norte invariable, permanente, de criterio concreto de humanidad. Un norte que a lo mejor van a intentar marcarle los grumetes apretados en la sentina del mundo; la gente de las proas nuevas, de barlovento, que es por donde vienen las ráfagas y los vendavales...

Barruntos de avefrías y de nieves. Aquí se tiembla como en una intem-

perie. Desde las ventanas de estos hogares, los copos diminutos semejarán iras negras del cielo que parecen blancas. Desde las cristaleras muy aseñoradas se sonreirá a la nieve como a un regalo amable de la Naturaleza, como si todo el aire fuese una germinación prodigiosa de flores cándidas deshojadas por la mano de los dioses...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 19-II-1933.

382.—ESBOZOS. LA EXPANSIÓN POPULAR

El romance de las marzas tiene cierta analogía extraña, pero indudable, con el "chelidonismos" o canción de la vuelta de las golondrinas, que entonaban los niños de Rodas.—MENÉNDEZ PELAYO.

Estas líneas van dedicadas a los mozos de los pueblos.

Vamos a dejar, por unos momentos, las impaciencias, los ruidos, las obstinaciones, las miserias de más allá de los filos exaltados de nuestras montañas. A veces es menester regalar al espíritu con el rabel escondido de las tierras agrarias, de las tierras monteras, llenas de pensamientos de nuestra infancia. Rabeles de las aguas vivas; de las campanillas; de los sones cristalinos de las fraguas; del aire que aletea entre los maices; del viento de las labranzas; del fino nervio de las plantas; de las jaculatorias de las viejecitas que tienen los dedos duros y torcidos. Vibra este rabel y parece que trae al ánimo palpitaciones antiguas del monte, del río, de la gente, de las majadas, de las cosechas. Todos los pensamientos se llenan de estos buenos rumores y de un clamor sencillo, como la lámpara, en una noche de pastores de allá arriba, junto a la corteza de plata de un abedul muy esbelto. Van adoleciendo los artificios del carácter, los agrios de las ideas, los sedimentos del cansancio, del frenesí, de la prisa, de la vanidad que otras costumbres y otros ambientes nos fueron incrustando en el alma. Van cayendo del espíritu las sensaciones desabridas, los temores, los encogimientos, las penas con que la ruta en tumultos de ciudad nos destempla todos los días. Recuerdos vigorosos de pasos de infancia; de calendarios de fiestas rurales; de cosas interiores muy infelices; de deseos en agraz; de cobijos y sueños de zagalería en unas cumbres, al lado de un perro barcino, de una talega rubia, de unas rocas que parecen montones de estameña convertidos en pie-

dra por un mito omnipotente. Y la delicia de ver cómo se arrodillan las cor-
deras para acostarse en la alcatifa de la braña...

Sí; a veces sentimos necesidad de pasear la memoria por nuestras tie-
rras de borona y de robles. Es como una dulce penitencia, como una devota
peregrinación de lo íntimo, como un rebrote de melancolías.

Restalla el fuego de las ramas verdes, contemplamos las margas de color
cinabrio, vemos desde la braña las ascuas del poniente y los hortalillos del
pueblo que parecen de monasterio. Y creemos sentir un antiguor de buen
contento, como si todavía gastásemos unas albarcas repintadas, de párvulo ..

Estas líneas van dedicadas a los mozos de los pueblos que se preparan
a celebrar las "marzas". Las "marzas" del calendario clásico de las fiestas
montañesas. Anuncio de próxima primavera, de la flor de los manzanos, de
la tonada seca y arisca del cuclillo.

Hace años las noches del mes de marzo tenían sabores y regustos de
romances. Repiqueteaban los almireces, y todo el aire de la tiniebla aldeana
se llenaba de tintineos cristalinos. La juventud rebullía en las callejas con
una delicia de rito, con una gracia de leyenda de pastorías y de nobles la-
branzas. El cantar de las noches marceras salía limpio, severo, con fervores
calientes de raza. Cada sensibilidad era un eco del viejo espíritu típico es-
parcido en la geografía del pueblo por unas voces que decían el romance,
por unos hombres que tocaban el almirez con la misma solemnidad con que
se decía un conjuro o se tañían las carracas pálidas y los majuelos en las
fiestas pascuales. Concordancia entre las generaciones nuevas y la herencia
racial de estas características de la expansión popular. Era un contrato de
espíritu, una recomendación sin palabras, el estímulo silencioso de ejem-
plaridad que pasaba de unos a otros como las aparcerías, los huertos, los
aperos, los rebaños...

El viento de las noches de marzo seguía rutando como si zumbaran las
hondas de todos los pastores cántabros, como si todos los cabreros tocaran
el bígaro. Ambiente de tinieblas, de caserones, de silencios, de vuelos de
cárabos. Ni una brizna de impureza entorpeciendo el aliento de la noche
agraria. Venía marzo y traía resurrecciones clásicas de fiestas antiguas y
los "marceros", con sus almireces bruñidos, con sus mantas de sayal, con sus
cayados, con sus cestos blancos, con sus candelas, llamando, como juglares,
a las puertas, eran caminantes de una tradición de fraternidad. Después vino
el torcedor de la inclinación, el desvío del punto original, de la solera, de
lo honesto. El alboroto perdió su ética. Las "marzas", se convirtieron en
unos carnavales cínicos y bobos, como las romerías típicas, que ya no son
típicas. Copleros insensatos y tozos de temperamento, en ocio de pueblo,

enmendaron el romance primitivo con aleluyas y consonantes bárbaras. Y también con sones canallas de otros climas y de otras desenvolturas.

Las noches “marceras” de ahora dan sensaciones violentas de gentes extrañas que han llegado al pueblo pintoresco situado en el itinerario de una juerga. Sensaciones de una noche de calle sórdida de ciudad. Desavenencia absoluta entre el bullicio moderno de la fiesta y el carácter tradicional.

En algunos pueblos no parece que piden las “marzas” los hijos de los labradores, los vaqueros, los que van al molino y a la feria, los que hacen las colodras y las albarcas, los que retuercen y entrelazan las varas de los adrales, los que ponen butrones en el río y armadijos en el monte. Parecen hombres de otra etnografía, de una tramontana remota, de un folklore de lejanía, geográfica e histórica que hubieran llegado aquí en un éxodo de conquista y copiaran nuestras costumbres con maldad, con burla, con ignorancia...

Otras cosas, otros resabios, otras rutinas tradicionales, son las que es menester abrasar. Lo que es necesario que desaparezca es lo que renueva su brío constantemente con un criterio inflexible de traviesa tenacidad. Y lo digno de conservación, lo que debiera ser motivo de exorno perdurable en la desenvoltura de lo montañés, es lo que estamos estropeando por ocio del sentido moral y estético, por indolencia, por falta de educación, que es el origen, el impulso, la semilla. La falta de educación, que es el problema vital, de formidable transcendencia, en las áreas rurales y en las calles de la ciudad...

Vamos a vestir a las “marzas” con sus ropajes clásicos, buenos, sencillos. Vamos a acharlas unos romeros de tipismo amable. Que los mozos, al pasear en las noches de marzo los caminos del pueblo, sean otra vez como peregrinos de una tradición de fraternidad, de romance, de tintineos joviales de almirez...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 26-II-1933.

383.—ESBOZOS. LAS DOS CASTAS

Unos sienten ansias concretas de decoro, de acrecentamiento de la cultura, de equilibrio sencillo y justo entre las necesidades y los elementos eco-

nómicos. Esta casta de humanidad se desenvuelve con una modestia íntima, de temperamento, que lleva corrientes cordiales de templanza de la conciencia al cerebro y del cerebro a la conciencia. Existe compenetración exacta entre lo que se piensa y se siente, entre lo que se desea y se necesita, entre las ambiciones naturalísimas y los afanes de justicia.

A veces viene un pensamiento agrio, exaltado, de quimeras y de apetitos. Se extravía unos instantes la ecuanimidad típica y enérgica del espíritu. Se desvían, en teoría, los propósitos. La idea del momento es como una saeta vertiginosa, que pasa por la frente; la idea inesperada, anormal, extraña en los inmensos caminos que el pensamiento recorre todos los días. Es que una perspectiva, un desengaño, una desgracia, una dificultad, un estímulo exterior de riqueza, de ocio engalanado, de deleite, de orgullo, han llevado un poco de desasosiego al remanso del carácter, al secreto de las meditaciones. Pero luego regresa al ánimo la buena golondrina con gracias de paz. El temperamento siente de nuevo sus peculiaridades nobles, sus energías típicas, el ritmo de costumbres y de sensaciones.

Aquello fue un instante. Un instante de imaginación, de indisciplina de la voluntad; de una ráfaga violenta que vino de cualquier rumbo humano; de una actitud provocativa, de un predominio injusto, de una torpeza, de una esperanza desvanecida.

Sí; aquello fue la consecuencia de un contacto de la sensibilidad, del agobio, de las penas, con las cosas engreídas del ambiente. Aquello fue como una miseria cansada que se encrespa de apetencias inevitables; como la mirada de un caminante tranquilo, polvoriento, reseco, al automóvil, al ferrocarril, al carricoche de las jornadas agrarias; como contempla un niño infeliz, baldado, triste, las burlas de otros niños dichosos, joviales, inconscientemente crueles...

Pero el pensamiento agrio es cosa fugaz, sin transcendencia, sin ira persistente. Apacentado otra vez el carácter en su templanza normal, recomienza las corrientes cordiales, nobles, eternas, muy compenetradas, entre el cerebro y la conciencia. Afanes de decoro, de tranquilidad, de justo equilibrio doméstico. Afanes que se hacen doctrina, inquietud, devocionarios de todas las horas de los padres de familia con síntesis diversas de unos deseos que nada más que apetencen eso: lo necesario, un desenvolvimiento de bienestar sencillo, sin hipérbole de gula, sin utopía, en una recta digna, sin las grandes codicias que son un tormento y un vendaval para el ánimo. Estas gentes poseen un criterio fino y enérgico. La fineza del límite concreto de sus aspiraciones y la energía viva, poderosa, sin cansancio, que encaja a la idea en una evolución de certeras conquistas.

No más allá del límite que marcan la naturaleza, el sentido común, el

baladro fuerte, universal, de la justicia. Más acá, más acá, de esa línea, que es la linde que separa la eficacia de la doctrina de la ineficacia de una hipótesis ambiciosa, quimérica, hecha de caprichos indómitos, de torcidas avaricias materiales, de redundancias de lo inconsciente.

La buena gente reconcentrada en el calor de una idea social, en el amparo de energías unánimes y briosas, nada más que buscan la exaltación práctica de principios muy humanos y razones y sentimientos que forman su criterio de cordialidad y de defensa. Decoro como consecuencia permanente del trabajo. Dignidad sin represalia, sin tropiezo, sin ataduras. Que sus tránsitos sean fáciles, anchos, llenos de claridades.

Porque la lucha tiene dos bifurcaciones paralelas, dos motivos de esencia; motivos de espíritu y de fisiología. Los primeros equivalen a buenas exaltaciones de la dignidad, que es compendio de ética, de desenvoltura individual. Los segundos tienen una equivalencia de salario; de espíritu de conservación; de trabajo, que es el deseo más modesto del mundo donde existen indolencias y ocios con laureles y abundancias, y actividades —o deseos vehementes de actividades— que recogen una recompensa de duelos y quebrantos...

Otros tienen de la dignidad un concepto baladí. Nada más que motivos fisiológicos. Leyes de biología animal. Los deseos son apremios de materia. Su ideario social es cuestión exclusiva de salario, de alimento, de medros insaciables.

Esta casta entona una antifonía antigua de servidumbre: “Lléname la alacena y llévate, pedazo a pedazo, mi dignidad. Retuerce mis fibras morales. Exprime mi carácter. Gobierna como quieras mi voluntad. Zarandea mis energías según te plazca. Yo seré como un tambor y tú como un tamborilero. Me adaptaré a tus gustos, a tu dominio, a tus intemperancias”...

No sabemos lo que pasará en las conciencias. Los rostros suelen permanecer impassibles, cínicos...

Dos castas: la una gana el salario con dignidad, cuando puede ganarle. A la otra la tiran con el salario.

La primera tiene que imponer la dignidad como una ley inflexible, poderosa, de eficacia casi omnipotente. Porque la carencia de esa fibra esencial en la dinámica del individuo, es una característica de delincuencia.

Lo mismo que un hurto, que una agresión, que una infamia, que un atentado...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 5-III-1933.

En Barcelona se ha creado una Liga de educación social, uno de cuyos postulados consiste en inculcar, en el ánimo de ciertos sectores populares, ideas contrarias a un lujo nocivo.—Los periódicos.

Reminiscencias de orgullos clásicos. No se puede evitar la trabazón fuerte, complicada de la herencia de los espíritus a los espíritus. Pero estas reminiscencias tienen un orgullo manso, que no ofende, que no encrespa la vanidad, que no menoscaba la sencillez ajena, la pobreza y el remiendo de otras gentes. Lo interno no puede sustraerse al deseo de una pulcritud exterior bienaderezada. No importa el avío de la casa. No importan los peroles de la cocina, ni el palomar, ni los rediles, ni la bodega. Los tiempos han ido maltratando a la hacienda. En el horno del corral, solado de guijos redondos del río, crepitan de tarde en tarde las grandes ascuas que doran la corteza. No hay palombas grises, palombas oscuras y pedresas, avispadas, revoladoras, en el palomar. Todo ha ido adoleciendo entre unas cenizas de caudal. Las mansiones frías, de suelo alabeado, ennegrecido, tienen un triste recogimiento de caducidad muy angustiosa. Y en los desvanes nada más que hay trajines de goteras, zumbidos del viento que se mete por las rendijas de los troneros; franjitas de sol que iluminan la tabla vieja; caminitos verticales de las arañas; vigas apesadumbradas. Nada más, nada más. Ni el oro diminuto de un grano de maíz, ni el carmín fino de una manzana, ni una nuez, ni siquiera un atadizo mustio de malvas para un dolor. Silo de ruína, sin apreturas insignificantes de cosecha. Cada año fue menguando los celemines. Y cuando van menguando los celemines crece la mohina implacable, dura, zahareña como una moza egoísta. Lo mismo que cuando se es viejo, muy reviejo y no se puede caminar por las vereditas de la labranza.

Pues sí; todo permanece vacío y estéril. Nada más que subisiste el caserón. El caserón con unos corredores largos que tienen quivit de golondrinas. Y unas hazas de tierras un poco miserables; unas colmenas; unos nogales; unos cerezos; unas matas espinosas de grosella en los rincones del huerto. Quizá también unos venerables castaños en una loma de pastoreo y de rozo; unos libros, anchos y amarillos, con sintaxis teológica, con fábulas, con ampulosas sentencias morales de Fray Antonio Arbiol o del jesuita Nieremberg. Los libros cuyas páginas suelen servir para envolver el compango del cabrero, para forrar los libros de la traviesa escolanía agraria, para hacer simpáticas caretas de infancia en las carnestolendas. Lo otro, lo más eficaz, el montoncito ancho y alto de la hacienda, le fueron llevando las tram-

pas, la diestra milana de la usura, las vanidades exaltadas de la extirpe, el boato de los mayorazgos. Es mezquina la renta de los residuos del caudal. Se tapa un agujero de deudas, se borran unas líneas de la libreta del mercader y, sin nexo de respiro, se abren otros agujeros y se escriben otras líneas más largas. Para pasar se adquieren nuevos débitos. Para librarse de esta inquietud, de aquel apremio insolente, de la amenaza implacable de esta querella, no hay más remedio que entregarse a otros cautiverios y a otras zozobras. El rescate crea nuevas ligaduras, más sobresaltos, intensidad de meditaciones estériles y persistentes que no enseñan el más leve claror de salvación.

Así viven estas familias. Un tormento agudo de prejuicio y otro de miseria recatada y silenciosa. Su orgullo decadente, señero, con una pequeña vanidad racial, les llena de penitencias voluntarias, de renunciaciones perseverantes que son castigo, agobio y disciplina cruelísima del organismo. El prejuicio es más poderoso que la rebeldía de la carne, enflaquecida, atormentada, en desmedro. El prejuicio defiende sus fueros antiguos, sus costumbres, sus adornos, con tenacidad, con una energía íntima, invariable, dura. Y domina a las otras sensaciones, las doma, las retuerce, las maltrata como el asceta primitivo a sus tentaciones de gula. Con el beneficio de las tierras un poco miserables, con el cultivo del huerto, con la nogalera, con los retazuelos que quedaron de la hacienda, se podría vivir en el caserón como viven un labrador, un artesano, un pequeño rentista rural. Pero viene la reminiscencia del orgullo y todo lo echa a perder. No importa el buen regusto de un sustento abundante. Vale más el vestido que la nutrición. Hay que mantener el señorío, la prestancia externa, el atalaje fino, para que la gente no se ría del desastre. Pero la gente lo sabe todo. La gente que es zahorí de las miserias más ocultas, de las apariencias, de los disimulos más sutiles. Adivina las flaquezas que esconden las galas, y unas veces se ríe y otras veces se compadece con una sonrisa, con un gesto de mucha lástima. Sabe que aquel lujo es la consecuencia de una vanidad inofensiva, oculta, que viene de muy lejos; de lejanías de historia, de otras generaciones. El caserón está vacío, agrietado. El horno no se enciende casi nunca...

El mundo está lleno de manías. Unas vienen de génesis remotas; de caminos directos de historia; de entraña típica de lo español; de diversas culturas o de múltiples ignorancias. Esas familias de los caserones estropeados de muchos pueblos sienten manías de apariencias fastuosas o relativamente fastuosas. La heredad anda alicaída, torpe de cosecha o de vendimia, bizmada, muy inválida. Pero quiere aparentar desenvoltura fácil, arca tresnada, paneras repletas. Sí; el mundo está lleno de manías. Unas tienen carácter de atavismo hidalgón, de estigmas familiares, de herencia moral.

Son sedimentos de una etnografía de espíritu que irán adoleciendo con nuevas estructuras de costumbres, de gustos, de actividades. Otras nacen con los tiempos, con todos los tiempos, o comienzan a resaltar con descaro. Aparte de las manías hereditarias que pueden ser disculpables por eso, porque vienen con los caminos de las razas, cada época tiene su acervo de rarezas, de contrasentidos, de petulancias. Y cuanto más avanza la civilización, cuanto más profundiza la barra del ingenio, cuanto más se aceleran la prisa y el ruido, con más fertilidad surgen los despropósitos y las aberraciones.

Una de las manías más características de ahora está en el vestido. Todas las ansias puestas en el artificio de la envoltura. Afanes de lujo en cierto sector del área popular abrasado por pensamientos vanidosos y estúpidos. El vestido como el icono de trapo de una religión nueva con rito de ayuno, de sacrificios, de muchas vigiliass. Porque el mantenimiento del culto a ese icono de recosidos, de colores, de aderezos estéticos, impone una rígida práctica de penitencias continuas, antinaturales, dolorosas. Sacrificios del cuerpo por su adorno; todo el trabajo, toda la fatiga de la labor diaria por dar deleite a ese envanecimiento que es como una aberración de los sentidos, como una servidumbre vergonzosa de lo racional a la demencia. El lujo, cuando no menoscaba necesidades fundamentales de vida, cuando existen elementos para sostenerle y acrecentarle, constituye salario, trabajo, industria. Hay muchos oficios que deben su desenvoltura al orgullo, a la comodidad refinada, al engreimiento de la opulencia. El lujo, cuando va en menoscabo del organismo, cuando se nutre de falacias subjetivas, cuando quiere salir de un salario limitado que apenas si alcanza para el modestísimo presupuesto semanal, es un atentado inicuo a las propias energías, a la vitalidad fisiológica. Y un reflejo notorio de simplismo mental, de bellaquería del espíritu, de un intento de engaño a la gente. Pero la gente lo sabe todo. Sabe el origen y las bifurcaciones y presiente el desenlace de esas grandes manías. Y se ríe tan campechana, con una risa clásica, socarrona, galopina, un poco disimulada. Como nos reímos de los chiflados, de los figurones, de los grandes embusteros...

Hay que echar a la vida un poco de decoro, señores. El decoro que no es lujo, ni vanidad, ni orgullo. El decoro que es cosa de esmero y de aseo; que es sencillez y naturalidad. El señorío adentro, adentro, en la conciencia, en el carácter, en la sensibilidad, que es lo que da la fineza, la elegancia, el prestigio...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 14-III-1933.

Hoy celebra "La Gráfica" el cincuenta aniversario de su fundación.

Buenos días, señores tipógrafos, señores impresores. Yo quiero saludaros, muy de mañanita, con el ánimo contento, con una diana de literatura. Un saludo cordial aderezado con vuestro arte, con vuestras tintas, con el ritmo de vuestras máquinas...

Viejos de la tipografía, que vais menguando el cuerpo delante de las cajas pindias; delante de la cuestecita de los chibaletes que tienen cuadradi-tos de parcelas de donde salen cosechas de pensamientos, vendimias de emo-ciones, de espíritu, de voluntad. Viejos de las blusas largas, de las blusas azules, como hábitos clásicos de vuestra devoción, como túnicas antiguas de vuestros ritos ante los grandes fatistoles donde vais componiendo el penta-grama que luego han de cantar las máquinas con estrépito. Hoy día que re-sume muchos días, muchas impaciencias, muchos desvelos de la imagina-ción; muchos sobresaltos, lamentos y alborozos del espíritu.

La memoria devanará recuerdos, muchísimos recuerdos de estepa, de espino, de recogimiento, de rebeldía, de dignidad perseguida, de luces y de tinieblas. La memoria pasará y repasará con lentitud, suavemente, con de-lectación, por caminos antiguos de pensamientos; por caminos antiguos, muy duros y largos, de ideas cordiales, meditativas, humanas, que fueron los pri-meros límites concretos, precisos, vigorosamente trazados en el mapa de lo social, entre una tendencia atávica de conformidad generosa, abatida, co-barde, servil, y otra tendencia nueva, vitalísima, saturada de buenos deseos enérgicos, limpios, racionales. A un lado, lo estático, lo resignado, lo que se humilla en unos hinojos de servidumbre, de temor, de flaqueza. Y al otro lado, el movimiento, el ansia amable y caliente, los grandes motivos éticos; una plenitud prodigiosa de doctrina, de estímulos secretos, de sensaciones enérgicas.

Hoy es día que compendia en unos momentos, en unas cuantas pala-bras, miles y miles de días, un acervo infinito de léxico social, de impreca-ciones de la conciencia, de lágrimas, de impulsos incesantes, que unas veces romperían la muralla y otras veces temblarían turbados, vencidos, anonada-dos de pesar, de desesperación, en unas pobres casas, en unas cárceles, entre unos tricornos, en el armadijo de unas represalias abominables...

Vosotros, mis buenos amigos, los viejos, andaríais a vueltas con una idea.

Todas las mañanas os despertaríais con apetito de esa idea perenne, rotunda de esperanzas, que tendría algo de tormento, y algo de delicia. El tiempo caminaba con unas ruedas antiguas, con unas llantas primitivas, asendeadas en páramos y cordilleras de historia. Leeríais unos libros extraños con afición, con temblor, como unos colegiales adolescentes. Páginas con sensaciones de vuestra conciencia; con pensamientos que ya habíais desenredado vosotros sencillamente, en un silencio nocturno de estancia humilde, sin literatura, con una cordialidad bondadosa y recatada. Líneas con reflejos espirituales de vuestras confusas meditaciones, de vuestros afanes, de vuestras apetencias. No era menester una didáctica sutil y profunda para comprender aquellos renglones, para extraer la esencia, la enjundia, lo entrañable. Porque vuestra vida estaba allí, en aquellos libros excomulgados, en aquellos libros extraños, como si unos encantadores se os hubieran metido en el cerebro y en el corazón, entre las ideas y los sentimientos, entre las iras calladas, los desconsuelos, el brío de la esperanza, la delicia de un fervor sin cansancio, ni demora. Un fervor algo confuso, sin ruta exacta, por unos mares inéditos, imaginados.

Sí; allí estaban vestidas de estética, de poesías, de finas pellizas filosóficas, vuestras preocupaciones inalterables. Y la idea medrando, dilatándose, haciéndose más concreta, más cristalina, más caliente, más activa a las alas del alma. Vosotros observaríais las calmas, las precipitaciones, las furias, los remansos de vuestro tiempo, que eran una repetición, una redundancia conservadora y pertinaz de lo que se iba quedando atrás. Como todas las edades anteriores; como todo lo que había marcado ya una estela de cenizas, de descos quebrantados, de llantos, de ingenios, de sangre, de sabiduría, de retruenos, de técnicas, de costumbres. Todo era lo mismo. Agua del mismo pozo, cales del mismo brocal, piedras de la misma cantera, vigas del mismo roble. Todo era lo mismo. Leyes hechas por las voces de la plata, por las voces del oro, por las voces vibrantes de las campanas muy católicas, muy católicas, pero con poco bronce cristiano.

Vosotros no estabais conformes. Sentíais en el cerebro pálpitos constantes de una dedicación aguda en contra de la corriente, de lo anodino, de lo quieto. Era menester correr la nunca vista aventura, abrir sendas exteriores al devaneo de la inteligencia, erguir el carácter, transformar la superficie y la entraña. Era menester llevar un poco de geología al estatismo de las conciencias, enmendar las rutas históricas del trabajo, educar la dignidad, remover los sedimentos de perezas, de temores, de egoísmos. Y colocar hitos de músculos y de sangre, de sacrificio y de inteligencia. Y esto iba a costar sudores de calvario, lágrimas de los hijos, miserias, hostilidades. Pero no había más remedio que levantar la frente bajo un signo ancho y fijo de dig-

nidad. Había que llevar al componedor de la conducta unas líneas inéditas, universales, que imprimieran un renacimiento en los anales de vuestra artesanía ilustre...

Y venga de sacar cosechas de sentimientos, de emociones, de literatura, de las parcelitas cuadradas, de las parcelitas simétricas en la loma suave de los chibaletes. Las máquinas sonarían como órganos en unas capillas de trabajo con iconos de herramientas. Y a veces sonarían como un fragor de ira, como unos suspiros de cansancio, como un sollozo largo, incontenible, de vuestras propias amarguras.

El mundo no quería comprender. El mundo seguía escuchando las voces petulantes y dominadoras de la plata, las voces del oro, las voces estridentes de los clarines, las voces de las campanas, de los palacios, de unos señores ásperos metidos a legisladores. Nada más que estos acentos dilatándose en el aire como imperativos violentos de soberbia. Evangelios desposeídos de su pureza original, ordenanzas y negocios. Lo otro, no. Lo otro temblaba en los rincones, desmadejado, triste, sintiendo la brasa de un rencor, la fatiga perdurable de un agobio, el frenesí de un pensamiento cautivo, impotente, escondido.

Lo otro era lo fundamental; el movimiento desembarazado de lo humano; el derecho; la equidad relativa; el espíritu; las actividades humildes; las espaldas rendidas; los brazos hacendosos; los ojos cansados; las sienes doloridas; el esfuerzo, la energía.

La idea no cesaba de escarbar en la cárcel del cráneo. Todas las mañanitas os levantaríais con apetencias insaciables de esa idea, que unas veces parecería luminaria, candelita viva de gracia, y otras veces espina, y otras veces nieves o lumbres.

Y un día salió la idea como una saeta. ¡Ay, mis buenos viejos de las blusas azules, de las blusas largas! Un día salió la idea como una saeta. Rebrincaría el ánimo en una infancia de colectividad profesional, en un gozo de caminantes muy amigos, de cautivos en el primer día de libertad. Atrás quedaban las ruedas antiguas, las llantas primitivas asendereadas en páramos, trochas y cuestas de historia.

Después, más luchas, más temporales, más exaltaciones de la voluntad. Luchas con el ambiente, con las conciencias, con las cobardías, con las leyes. Y como una recompensa, acrecentamientos nobles de juventud, que iba llegando ante las cabañitas diminutas de las letras, ante las teclas de las linotipias, que parecen personas mecánicas, de hierro, de una arquitectura rara, muy inteligentes, con sangre de plomo...

Buenos días, señores impresores, señores tipógrafos. Yo quiero saluda-

ros muy de mañanita con una diana de literatura. Hoy es día de cumbre, de cimera, de himnos, de marchas triunfales, de ventalle de laureles.

Aquella sementera trae estas cosechas; aquellas amarguras, estos deleites morales; aquellas tempestades, estos refugios.

Medio siglo componiendo una línea en lámina intacta de decoro social. Componiendo una línea y corrigiendo unas planas antiguas y modernas con grandes erratas de atavismos, de restricciones, de inclemencias, de lentitudes...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 19-III-1933.

386.—ESBOZOS. LOS LIBROS ROTOS

Los periódicos de Madrid publican trozos de una carta de los niños del pueblo de Cueva, de esta provincia, pidiendo libros para la Biblioteca escolar.

(Vid. O. C., págs. 363-366, donde lleva el título de “Episodio de infancia”, pero sin los párrafos últimos, que transcribimos, ni la noticia que inspiró este artículo y conservamos a pie del título).

Los niños de Cueva piden unos libros. Si no se los dais sentirán las mismas aflicciones que sentí yo cuando me los rompieron. Lo mismo se quiebra una ilusión rompiendo el objeto de ella que negándole. Lo mismo se llora por lo que se extravía que por lo que nunca se ha tenido; por lo que se desea con perseverancia, con devoción, con inquietud. Estimulemos esas ansias y no dejemos que tiren de pena unas vocaciones de niños campesinos llenos de curiosidades plausibles. La mudanza de los tiempos, de los caracteres, de las conciencias, está, precisamente, en el espíritu que orienta la súplica de esos niños que nos vocean desde Peña Labra sus apetitos morales. Ahí está la sutileza de la civilización, de la sensibilidad, del criterio, de la inteligencia. Las rutas nuevas de la desenvoltura agraria, el concepto exacto, cristalino de dinámica ensanchándose en lo social.

El libro, como un apero más; como un apero esencialísimo en el área moral de las tierras labradoras. Que sea elemento familiarizado con las expansiones diarias de las gentes rurales. El libro, manejado como una herramienta, como una esteva, como una legra, como un biello...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 29-III-1933.

La Sociedad de Tisiología ha comenzado las sesiones especiales dedicadas exclusivamente al estudio de la lucha antituberculosa desde el punto de vista médico-social.—Los periódicos.

Estas cosas es menester verlas de cerca, casi en contacto con la misma lepra, sintiendo en el ánimo toda la angustia de unas circunstancias agobiadoras. Sentir cómo se va desvaneciendo la esperanza; cómo se va acabando la vida del hijo, del padre, de la esposa; cómo se va dilatando en el corazón la sombra de un dolor pertinaz y desconsolado. Estas cosas es mejor verlas de cerca, entre el aliento de lo inevitable, en una casa pobre, entristecida, con barruntos dramáticos de llantos que van a dejar en el alma resquemores perennes. Allí, con los ojos clavados en un rostro pálido, en una cara amarillenta que parece que no sufre, que parece que siente una felicidad extraña de melancolía y de sosiego. Y ver entre unas nieblas de espíritu, muy lejos, un meridiano imposible para nuestras vehemencias; el milagro científico de la salud, del alivio, del remedio. Verle, nada más que verle como relumbre de quimera, como se ve a un crucero. Y no poder llegar a él; no poder llegar a él, señor, como otros que apenas sienten el deseo. Ya están en el manantial de ese milagro, de ese remedio, de ese alivio... Allí, entre aquellos bosques de pino, en aquella ladera solana, cerca de cimeras de nieve, en aquella cumbre fría, está la salud, el aire de la salud, el retorno al optimismo, que es el alimento mejor sazonado del espíritu. Pero no se puede, no se puede. Para llegar allí es menester caminar con ruedas de dinero. Y la gente no tiene ruedas de dinero. Tiene ruedas de navajas como las de Santa Catalina del romance; ruedas cansadas de miseria, de impotencia económica, de inquietudes que se remueven todos los días como un castigo de carcelero, de madrastra, de mozo de mulas que no cesa de sacar chasquidos a la tralla. Ruedas de navajas en una rotación vertiginosa. Ahora pinchan el alma y después la carne y más tarde el pobre entendimiento, que está lleno de tinieblas de desesperación. Los días son como serones de piedras encima del ánimo, como si el sol lanzara saetas, como si el viento tragara muchos espinos y muchos cardos. No hay remedio, señor...

En medio de la civilización existen máculas bárbaras, imposibilidades primitivas, menosprecios duros. Hay gentes para las que todavía el mundo está en iniciaciones remotas de conceptos humanos. No han sentido el ventalle de las frondas nuevas. Ellas tienen unos derechos, unas libertades, unos criterios desenvueltos, no agobiados ni restringidos con prohibiciones furiosas, inclementes de hierros y cautiverios. El relapso es lo mismo que el

creyente; el analfabeto lo mismo que el letrado; el pícaro lo mismo que el honesto; el falso lo mismo que el leal. Revoltijo de vicios, de virtudes, de voluntades, de perezas, de sabidurías, de ignorancias, de creencias, de escepticismos. Igualdad jurídica, igualdad política, igualdad social. Lo mismo da un burgués que un menesteroso; lo mismo un trajín de herramientas que un estatismo abominable de ociosidad. Pero en lo humano, en la profunda realidad humana, las leyes han caminado con pereza. Debiera castigarse el egoísmo, la avaricia, la abundancia sin misericordia, la prodigalidad estéril, como se castigan los delitos que ultrajan la honra, la hacienda, los caudales ajenos. Es posible que haga más daño un miserable que un ladrón. Hay cierta analogía en ambos caracteres. El ladrón despoja al prójimo de unos dineros, de unos objetos. El miserable despoja al prójimo infeliz, desvalido, macilento, de cosas imprescindibles para subsistir, para seguir andando, para no perecer. Identidad de psicología, de reconditeces, de imaginación, de instintos garrunos insaciables. Un avaro es un ladrón que pasa por persona respetable. Es un azor con trazas de paloma, un foragido vestido de caballero, un neblí con plumas de pisondera. El mundo, los moradores de la bodega del mundo, deben la mayor cuantía de sus tormentos, de sus profundas impacencias, de sus orfandades, a esos azores, a esos neblíes, con arquitectura de personas respetables.

Esa enfermedad puede ser una consecuencia del trabajo, de la anemia prolongada, de la restricción forzosa en el alimento, de los zaquizamíes donde vive la pobre gente. En otras ocasiones nace en la antítesis de esos orígenes hechos con miseria, con fatiga, con hambre. Nace en la abundancia viciosa, en los placeres, entre rebullicios de dinero, de crápula, de desenfreno moral, en una excesiva fertilidad económica. El uno la adquiere entre llantos y desgracias, y el otro entre alegrías y devaneos de una felicidad morbosa, arbitraria. El primero en caminos largos y accidentados de trabajo, de sacrificios, de renunciaciones forzosas, de cansancios. El segundo en caminos de aberración, de gulas saciadas, de grandes apetencias de la materia. Unos padeciendo y otros deleitándose. Unos en la profunda sentina del mundo, taciturnos, sin esperanza. Otros en las cámaras optimistas, ansiando más y más estímulos para sus aficiones cínicas y reprobables. Éstos, apenas sienten el primer resquebrajamiento de las energías, pueden caminar con las ruedas aceleradas de su riqueza en busca de la bisma, de la salud. Climas propicios, regímenes perfectos de curación, aires de gracia, sosiegos confortables, sanatorios con arquitectura pretenciosa de hoteles de lujo.

Los otros, no. Los otros tienen que permanecer muy lejos de esas delicias, incrustados en un ambiente nocivo, apresurando el tránsito hacia la hora definitiva. Los otros no pueden llegar a esos parajes ni sentir la espe-

ranza de volver a levantar el ánimo y seguir desenredando sus actividades en un recomienzo del vigor y de las costumbres. Decadencias sin impulso para detenerla, sin contacto amable con auxilios de eficacia cordial. Ausencias lejanísimas de cambios favorables. Ver el remedio como una utopía. El hombre incontinente, quebrantado por sus vicios, por los vicios que alimentó su dinero, su ocio, su concepto anormal de las expansiones y del empleo de la riqueza, puede restaurar el organismo o poner los medios para restaurarle. Tiene sanatorios, climas, quietud, profilaxis refinada. Aquel otro experimenta al primer decaimiento, el primer síntoma, agarrado a la herramienta, en sus imprescindibles actividades, en la dinámica de sus obligaciones. Comienza la lucha entre la voluntad y la pobre flaqueza de los músculos; entre el deseo vivo, pertinaz, soliviantado, y la ruina del cuerpo. Exaltaciones de las últimas fuerzas. Si se deja de trabajar, la casa inicia, con mucha prisa, su miseria. Hay que agotar el último grano que queda en el silo de la energía. Deberes perentorios que no admiten demora en la actividad. El salario no deja hacer cimiento de ahorro. Por eso es menester exprimir el brío hasta que no quede una gota de sustancia. Llega un instante en que la herramienta se cae de las manos, en que lo que antes nos producía un cansancio natural es ya fatiga suprema de todas las potencias. Entonces se cae uno para siempre. No se tienen ruedas vertiginosas para caminar en busca de un clima, de un sanatorio, de un ambiente propicio a la salud. La gente desvalida no tiene ruedas de dinero. Tiene ruedas de cuchillos que dan vueltas en el alma. Ahora cortan un deseo, después una ilusión, más tarde una alegría sencilla y breve. En cada vuelta se llevan los filos algo que se nos asemejaba a la felicidad, algo que se parecía a la felicidad, señor...

Nada más que un rumbo en la bitácora de este sombrío aspecto social. Nada más que un camino, un ocaso horrible. Sin edad moderna, sin sutileza de civilización; sin taumaturgias científicas de tiempos nuevos. Por este área no han resbalado los siglos nada más que astronómicamente. Movimientos cosmográficos, actividades geológicas, modificaciones etnográficas. Nada más que cambios, laboriosidades, calendas de la naturaleza. Lo otro está intacto. Lo otro permanece en espíritu de antigüedad histórica. Esta nueva lucha antituberculosa trae unos cuantos rumbos más. Innovaciones humanas construídas con sentimientos, con ciencia, con energía, con esencias vitalísimas de civilización. Quiere que no sea una quimera el alivio de esas atormentadas dolencias. Quiere evitar esos motivos dramáticos que martirizan al hombre, al niño, a la pobreza, condenados a morirse de tuberculosis por carecer de los elementos que sólo son accesibles al dinero...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 2-IV-1933.

En el Consejo de ministros del viernes se comenzó el estudio del proyecto de la ley de vagos.—Los periódicos.

Unos nacen para seguir caminos normales que van a parar a la escuela, otros nacen para ser peregrinos de miseria o de infamia. Caminos de orfandad, de calinas y de nieves dramáticas, de resoles y de vientos. También sendas que enseñan los padres por ocio ingénito en su naturaleza, por vicio indomable, por degeneración de la entraña. A veces nace la idea de mendicidad por instinto, espontáneamente, sin más estímulos que los subjetivos, como el sediento se acerca a la fuente y el caminante a la sombra de un árbol. Es un impulso irremediable, violento, que lanza a uno a las puertas como pudiera extraviarle en aventuras más arriscadas y miserables.

Orfandad, quebrantos irreparables, ceños desgraciados y crueles de la vida, empujones condenados de las circunstancias que nos hacen perder en un instante el ritmo de nuestra marcha. El niño siente entonces que le aprieta la soguilla de su necesidad. Una soguilla con muchos nudos apretando los pensamientos, las sensaciones, la carne. Él no medita porque no puede meditar. Él nada más que siente ansias de pan, y va a buscarlo sin que nadie le mande, por apremio tremendo de su pobre apetito, por pertinacia arisca de su infelicidad. Primero se convierte en mercader de sus propiedades. Vende toda la hacienda que guarda en los bolsillos; hace almoneda de sus chirimbolos como un hombre arruinado a quien le quedan unos arrequives de lujo, unas cerámicas antiguas, unas pinturas, unos libros...

Zoquetes de pan en las manos de los niños del barrio. Horas vespertinas, que son momentos de alba para los juegos y las voces de la infancia. Nuestro hombrecito comenzará a desenvolver su idea. Ha llegado el instante propicio. Unos segundos de demora y se habrá perdido la oportunidad, como en los negocios, en las granjerías, en las subastas. Él tiene unos juguetes insignificantes; unas peonzas con viruela de "canes"; unas canicas verdes, cenicientas, amarillas, rubias; unas estampas diminutas de boxeadores, de futbolistas, de leones, de elefantes, de armiños, de barcos de guerra. Y va trocando estas delicias de niñez por un pedazo del zoquete de pan, con amargura, con tristeza, como un labrador, como un artesano, como cualquier hombre del campo o de la ciudad que tiene que vender la última oveja, el último carro de tierra, el último mueble. Después se queda sin el pan, sin las peonzas, sin las canicas. Y el hambre continúa. En casa todo sigue lo mismo. Los padres están abatidos, silenciosos. No acarician como antes, ni se ríen, no se muestran tan cariñosos. Otro día, cuando ya no le queda nada

que trocar, exalta su ingenio en agraz para dar la apetencia que le atormenta. En el barrio tiene amiguitos y entra en sus casas con pretextos inocentes, siempre a la hora de comer, a la hora de merendar. La madre de sus amiguitos sabe la causa de las frecuentes visitas del niño. Y le socorre con mucha lástima, con esa misericordia tan típica, tan sentimental, de la gente del pueblo.

Pero la insistencia cansa. Lo que empezó en caridad, en palabras atentas y bondadosas, acaba en una antítesis desabrida de aborrecimiento, de mal semblante. El niño comprende. El niño se da cuenta de su impertinencia. Le ponen mala cara, le miran con un enfado silencioso. En su casa todo sigue lo mismo. El padre vuelve todos los días al anochecer cada vez más desconsolado. No encuentra nada, nada. Y entonces, el niño, cuando ha visto que en el barrio le cierran las puertas, se aleja un poco de allí y pide a personas desconocidas. Al principio no sabe mendigar. Mira a la gente y su súplica es torpe. Su súplica es una sonrisa y un brazo extendido. La gente también se ríe. Le creen un picaruelo que tiene ganas de una golosina, de una sección de cine, de cualquiera de las cosas que siempre desean los niños. Y no le hacen caso.

Lentamente la esterilidad de sus súplicas le va entristeciendo. Desaparece la sonrisa en un cambio profundo del carácter. Ya sabe pedir. Ha aprendido con la experiencia la expresión típica de la mendicidad. Ya tiene estilo, un estilo que pone en el rostro hipocresías precoces mezcladas con la verdad de una miseria. Cada día se aleja más del barrio. La inocencia se va quedando en el aire, en las tentaciones, en las audacias. Y nace la picardía, la delincuencia venial que pueden ser las raíces de los grandes delitos...

Otras veces no es la desgracia, no es la fatalidad. Son los mismos padres los que inician, los que fuerzan, los que empujan. Unos tienen a los hijos como estímulos de trabajo, de voluntad, de ansias prodigiosas, de quimeras que parecen verdades. Otros tienen a los hijos como sostenedores de sus ocios, de sus vicios, de su degeneración moral. Puede más el apego al ocio, la tara de las costumbres y de los egoísmos perdurables que el amoroso y cabal concepto de paternidad. Si alguna vez sienten en la conciencia un súbito rosigar del remordimiento, de la condenación secreta de su conducta, enervan estas sensaciones, fugaces como esplendidez de avaro, con el premioso deleite de unos pensamientos de vicio...

El hogar es una escuela de mendicidad. Procedimientos violentos hasta coger el estilo, hasta poner en la cara muecas, humildades, sobrecogimientos de una pesadumbre falsa. Y la voz, la voz débil, temblorosa, delgada, tímida. Que esté de acuerdo la voz con el semblante, con los ojos, con el movimien-

to del brazo en el implorar. Unanimidad en todos los detalles morales y físicos; estilo en la traza, en la expresión, en el acento. Esto se aprende a fuerza de golpes, de bufidos, de miradas de basilisco. Esto se aprende a fuerza de vigiliás y de sobresaltos en la noche de las zahurdas, a la vera de unos camastros, bajo unos techos que forman ángulos agudos con el suelo.

El padre es inflexible. Inculca el aprendizaje con furia, con inclemencia, con amenazas bárbaras, con castigo de malhechor. Es que está cultivando sus mieses, sus viñas, sus huertos. Esos rostros atemorizados, esas lágrimas, esos temblores de los hijos que le miran como la cordera al lobo, son su vino, su aguardiente, su lecho, su ocio permanente. Sí, está cultivando sus cosechas. Y las cosechas vienen después de rasgar el tempero, después de tundirle, de injuriarle con el hierro, con el andar de las bestias emparejadas, con las púas y los mazos de la herramienta labradora. Miesecitas pá-lidas de carne con lluvia de llanto, con ventalle de suspiros. El padre es como un mayoral, como la reja de un aladro, como el filo de un legón...

Niños cenceños, vivaces, espigados, menuditos, que entran en las tabernas, que imploran en las calles, que llaman en las puertas. Niños galopines o hipócritas, temerosos o atrevidos, cínicos o mansos. Unos se inician fatalmente, en circunstancias amargas de un dramatismo hogareño que puede llegar por diversos caminos, todos ellos muy desamparados y muy ramblizos. Otros, como ignominiosa consecuencia del ocio de los padres; como una consecuencia de mandatos violentos, de disciplinas bárbaras...

La ley de vagos recogerá esta característica vergonzosa que convierte a unas infelices criaturas en la herramienta de los padres...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 9-IV-1933.

389.—ESBOZOS. LO VIEJO EN LO NUEVO

Todos los hombres tienen su manía. No hay roble sin nudos, ni río sin rabión, ni pastor sin cayada, ni hombre sin manías. Unas son amables y otras arriscadas o perversas como todas las sensaciones y todos los pensamientos que forman la barbulla perenne del mundo. Manías de vanidad, de regustos extraños, de apetencias insensatas, de actividades opuestas a nuestras disposiciones, a nuestros bríos espirituales, a nuestro talento. Arquitect-

tos que estudian cosmografía; abogados que leen con deleite los libros de los alarifes; médicos con apetitos insaciables de lecturas filosóficas; fundidores que acarician la herramienta del albañil; albañiles que construyen muebles; escritores que hacen buena prosa y se empeñan en hacer malos versos; excelentes ingenieros que pintan paisajes abominables; buenos pintores de marinas, de galernas, de aguas en sosiego, que buscan paisajes de sierra, de colores monteros, de barrancos hórridos, de majadas, de estepas; astrónomos que tienen en los estantes de su biblioteca libros de jardinería, de labranza, de pesca. Manías de sencillez, de templanza, de modestia, de ingenuidad, en contra del temperamento, de la vocación, del carácter íntimo de los pensamientos...

Todos los hombres tienen su manía. Unas son consecuencia del egoísmo, de la vanidad, de la envidia, del desabrimiento, de la egolatría. Otras tienen su cuna en ansias intelectuales, en el amor propio exaltado, en el afán pertinaz de orientar la vida en rumbos opuestos a nuestro carácter, en estímulos de una afición que se embota en la ineficacia de la inteligencia, de la habilidad, del ingenio, para caminar por esos terrenos estériles a nuestras sementeras y a nuestras fatigas.

Yo siento la manía de conversar con los pastores, con los hombres de la labranza, con los viejecitos rurales, con los pobrecitos niños que desenredan sus primeros pensamientos en las brañas, en los seles, en las nieblas y en los resoles de las pastorías. Manías de rabeles, de bigaros, de zurroneos rubios, de aperos, de ruecas, de jornadas de aldea. Estas cosas fueron las primeras que vieron mis ojos. El alma se compenetró con ellas como el pintor con su paisaje, como el avariento con sus monedas, como el místico antiguo con el dulce misterio de sus arrobamientos. En mi concepto de la actividad, del regalo, del cansancio, no existía más desenvoltura que la de la tierra pairal ni más elementos de vida que los que brotan de las ubres, de las mieses, del maíz, de los huertos, de los árboles. En mi criterio de párvulo, el mundo nada más que era un lugar rodeado de montes donde había aladros, perros barcinos, cabreros, yuntas, niales, molinos. Las estrellas eran las lamparitas de Dios, los ojos de las ánimas bienaventuradas, los parpadeos de los patriarcas y de los profetas del Antiguo Testamento. Un mundo de terrones labrados; de hombres que reñían por una miserable espiga; de mozos que bailaban los domingos; de ancianos que salían a mendigar; de rebaños; de campanillas; de señores que tenían caballos, escopetas y carricoches. Arriba, las lamparitas, los ojos brillantes, los misteriosos parpadeos. Y el sol, que era la lumbre encendida por los justos en una triguera de oro. Y la luna, que era una lumbre más suave atizada en un cedazo de plata con los soplos de Nuestra Señora.

Unos cuantos mitos bondadosos con túnicas azules y bermejas. Unos cuantos mitos bárbaros con recios cilicios de hiedra, con ojos como ascuas, con un signo lívido de maldad en la frente. Leyendas de las hilas. Supersticiones de adivinas y saludadores con apariencias de gracia en unas palabras extrañas, en unas alas de cuervo o de cárabo, en una ramita de encina cortada en el plenilunio...

Entre estas cosas fue creciendo mi ánimo. Los hitos del tiempo eran los motivos transcendentales de la naturaleza en lo anodino del pueblo. Épocas de nieve, de cosecha, de trajín en las tierras de ocio en los portales y en las cocinas. No importaban los días ni los meses, ni las sensaciones de prisa o de lenitud que lleva el reloj al ánimo según sea la felicidad la que se espere, la incertidumbre, la impaciencia o el temor a una fecha que nos anuncia inexorablemente el fin de unos días llenos de amabilidad, de delicias, de abundancias. No se decía la primavera, el verano, el otoño, el invierno. Se decía la época de los vendavales, de la caída de la hoja, de las golondrinas, de las cerezas, de la siega, de las panojas, de las nueces, de las magostas, del ábrego. Todo el tiempo sin hitos numéricos de calendario. Cronología marcada por los aperos, por la nieve, por el viento, por las romerías, por las novenas, por las costumbres, por los pájaros trashumantes.

Este era mi mundo hace veinte años. Después me pusieron una blusa nueva y me trajeron a la ciudad. Con la ausencia creció el cariño hacia los ambientes de la infancia. Saudades y melancolías: ¡Ay, los collados, las praderas, los rebujales, las ferias, las lonas de los figones, los saltos de los titiriteros, los collarines de las vacas duendas, las cayadas, las cumbres! Toda la vida con estos recuerdos. Yo deseando la paz, el retorno definitivo a estos pueblos silenciosos, cartujanos. Y mi órbita empeñándose en pasar y repasar por los lugares de más inquietud y sobresalto, lejos de los rumores agrarios, de los rabeles, de las cítolas molineras. ¡Dichoso el hombre que no se aparta de los parajes amados!

El recuerdo permanente se ha convertido en manía tenaz. La manía que me lanza a los pueblos, a los caminos rurales, a las casas labradoras. Yo creo honradamente que en estas cosas está el estímulo de mi literatura, la consistencia de mi felicidad, mi tintero, mi pluma. Esta manía, muy típica en mi carácter, muy añeja en la solera de mi vocación, me ha llevado ahora a Polaciones, que ha sabido inculcar en lo nuevo el culto a lo viejo. Polaciones, que es como un museo, como un archivo de lo montañés, de nuestra etnología; como un islote donde se han refugiado nuestros romances, nuestras costumbres, el tipismo clásico del arte rural. Por aquí ha pasado la civilización sin menoscabo de la costumbre —de la característica

buena de la costumbre—, exteriorizada en arte de cadencias, de danzas, de rabeles con cuerdas de serda negra y clavijas de avellano. Otros pueblos montañoses no han interpretado bien el concepto de progreso. Ha nacido en ellos un criterio petulante de modernidad arbitraria con hostilidades y aborrecimientos a lo que debiera ser motivo constante de amor, de ejemplo, de ejecutoria racial.

Aquí, no. Aquí encuentra el caminante una noble tradición artística que encaja cabalmente en las desenvolturas modernas. Tradición de poesía, de canciones, de modismos, de ortología castiza, de aficiones anejas. El progreso en otras expansiones, en otras actividades, en las ideas, en la ética, en la cultura, en la sutileza de la dignidad...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 23-IV-1933. (Vid. O. C., págs. 361-362).

390.—ESBOZOS. EL TORMENTO UNIVERSAL

Ha reanudado las sesiones la Conferencia del desarme.—
Los periódicos.

Las grandes anormalidades del mundo son consecuencias de la conducta individual; de la dinámica torcida de los temperamentos; de la flaqueza y embotamiento de la educación del espíritu. Son consecuencias del criterio aparente, de la pereza, del secreto egoísmo que casi todos los hombres cultivan en el alma con un deleite bárbaro. Existe un mundo de apariencias y otro de realidades. Las apariencias están en el rostro, en la palabra, en el gesto. Las realidades se quedan adentro temerosas, reacias, en reconditeces íntimas, como yedras seculares de la dignidad, como corteza dura de los pensamientos que no se atreven a salir, como carceleras inflexibles y hurañas de la conciencia. Y así resulta que el mundo, más que con sensaciones sinceras, se ha gobernado moralmente con unas disciplinas cínicas de falsedad, de prevaricación, de desacuerdo violento entre lo que se siente y lo que se practica, entre lo que se calla y lo que se pregona. Se queda la verdad en la entraña y sale el embuste en las alas quebradizas de la palabra. Adentro zumban ruidos que son silencio en el exterior. Adentro hay convicciones, ideas, energías, que tienen miedo al ambiente, que se petrifican en la voluntad, que son raíces escondidas de unas actividades inéditas. Y fuera suele haber desenvolturas, frases, criterios sin raíz consistente que se retuerza y bifurque en el ánimo. Unas veces es la palabra la que se avergüenza de la

conciencia y otras veces la conciencia la que se avergüenza de la palabra. Dos personalidades en una misma arquitectura humana que constituyen un antagonismo perenne. La personalidad de las ideas ocultas, de los secretos sentimientos, de los silenciosos apetitos, y la personalidad de las trazas, de la conveniencia, del prejuicio, de las circunstancias. Estas actitudes, estos laberintos retorcidos y misteriosos de la vida interior; esta discordancia entre la idea y el convencionalismo repercuten en la política, en las relaciones sociales, en todos los negocios y tráficos de los hombres.

Factores múltiples de intereses, de cobardías, de inconsciencias, que forman un producto universal de insinceridad. No es todavía la doctrina el impulso constante del brío, de la razón, del entusiasmo. El mundo es una inmensa asamblea en donde la mayoría busca un patrimonio en concordancia con sus gulas, no con el trajín oculto de las ideas. Esa mayoría teje cavilaciones secretísimas, siente palpar intensamente la verdad en el recato del entendimiento, experimenta rigores internos de culpa, de vergüenza, de oprobio. Pero son instantes rápidos que se enervan apenas amanecidos. Son como uno de esos reproches desabridos, inesperados, que nos produce el recuerdo de un día, de una hora, de un momento, en que fuimos flacos de carácter, de voluntad, de misericordia, de templanza. Uno de esos instantes en que no prevaleció lo justo, lo noble; en que debiéramos haber sido suaves y fuimos ásperos. Lo otro acalla estos rigores de la conciencia, esta pesadumbre íntima que es fatiga del espíritu. Lo otro es lo objetivo, lo externo, la condenada apariencia, lo sustancial para el regalo fisiológico, el mercado, la granjería, la reciprocidad permanente del engaño, el culto a lo que medra, no a lo que se siente.

De estas cosas nacen las grandes anormalidades del mundo, que son como furias extemporáneas en el cerebro esclarecido de la civilización, como extravagancias y descuidos de hombre sabio; como el punto negro de un vicio en el resplandor de una virtud...

La paz como un dogma universal, como esencia ineludible de civilización, de cordialidad, de patriotismo. Y esto no es patrimonio de las Cancillerías, ni de las Conferencias del desarme. Es cosa de doctrina, de sensibilidad, de sutileza moral, de energía, de vigor consciente. Es la exaltación de todo el odio, de todas las aversiones que el hombre siente hacia la guerra. Recoged ese odio y hacedle fibra fundamental de doctrina; hacedle inquietud perdurable en el movimiento de todas las ideas, en las desenvolturas pedagógicas, en la didáctica, en la educación... La tremenda anormalidad de la guerra es consecuencia de la conducta individual que no se atreve a indisciplinarse contra esos empujones y jadeos bárbaros del atavismo bélico.

Disciplina del criterio, de la voluntad, del carácter, en las corrientes

de ideas y de actividades encajadas en postulados cordialísimos de cultura, de afanes humanos, de todo lo que caracteriza al área noble y fina del mundo. Indisciplina inflexible, categórica, permanente, del cerebro y del corazón para esa gigantesca anormalidad, que es la cicuta, la centella, el tormento del mundo; el tormento engendrado por los mismos hombres; el inmenso puñal foragido que no han logrado enmohecer de tedio las enseñanzas, las angustias, los llantos y lamentos de la historia.

Nuestros tiempos tienen que ser una rectificación poderosa. Si no es por virtud, por impulso sentimental, por reparos de conciencia, que sea por egoísmo, por afán de sosiego, por quitar a nuestros hijos la posibilidad de unos días dramáticos en que maldigan de su vida y de la nuestra. No importan las razas, ni las diversas etnografías, ni las peculiaridades políticas, ni los idiomas, ni las religiones, ni la arquitectura histórica de cada país, ni las formas de trabajo o de régimen. Importa el hombre, nada más que el hombre, para esta cruzada de paz. Las rayas fronterizas no tienen nada que ver con las potencias del espíritu, que son las mismas en todos los climas. Igual aman y odian los antipodas que los periecos. Lo mismo da un griego que un bretón, que un castellano. Lo mismo un rabino, un pope, un pastor luterano, que un sacerdote de la heterodoxia latina. Aparte de la mayor o menor intensidad de las creencias, de la estética o aspereza de las costumbres, de lo remiso o rápido de las desenvolturas que dan carácter a los países, todos los hombres son idénticos. En las pasiones, en los pecados, en las virtudes, no influyen los límites geográficos; ni en los sentimientos, ni en los vicios, ni en las bondades, ni en el ingenio, ni en la bellaquería, ni en las sensaciones afectivas o rencorosas. Estas cosas nada más que tienen una nacionalidad que abarca toda la tierra, y en esa nacionalidad, una sola raza, un solo elemento típico; el hombre, que es el que tiene que estampar en el tiempo esa rectificación.

La conducta individual, en pugna violenta y desabrida con el imperialismo, las ambiciones, las soberbias, los caprichos de los Estados. El hombre, que odia a la guerra, que la teme, que la aborrece, ha de poner en contacto la idea con la actitud, la fobia que se inquieta en lo íntimo con la conducta externa, el criterio con las palabras y las energías. Es la única técnica social que puede enervar definitivamente esa monstruosa anormalidad. Que la conciencia esté en la palabra, en la expresión, en el gesto. Porque este asunto, más que de asambleas y de concilios diplomáticos es cosa de conciencias, de educación, de sinceridad, de justas rebeldías populares en una ira noble de protesta sin reposo.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 30-IV-1933.

391.—ESBOZOS. LAS VENDIMIAS DEL MAR

...Y llega un día en que el Océano nos ha metido en el alma todo su amargor.—CAPITÁN LA MOTA.

La vocación llevada a una sutileza peregrina. Se piensa en las tormentas, en las nieblas, en los vientos furiosos que hacen gemir a las drizas, a los cables, como acentos de muchos órganos, de muchos tambores, de muchos silbidos. Se piensa también, con un deleite de deliciosa intimidad, en paisajes extraños de riberas; en climas de nieve, de resol, de suavidades; en puertos abrumados de historia; en rutas de aventura cuando la tierra tenía escondrijos geográficos que hoy son un continente saturado de lo español y un archipiélago con áreas morales de castellanía antigua, en un confín del Oriente. Devaneos prodigiosos de la afición que ocultan los ásperos; olvidan lo trabajoso y lo huraño; menosprecian, con una gentileza poderosa del brío todavía en agraz, las posibles circunstancias dramáticas de una ruta que a lo mejor se rompe en cualquier paralelo náutico. Estas tenebrosidades no hacen mella en el ánimo de la adolescencia que quiere ser marinera, marinera de sextante y de silbato agudo de maniobras.

Puede más la vocación que el temor. Se echa romanticismo en las tempestades imaginadas, en la intemperie, en las tinieblas llenas de ruidos monstruosos. Los caminos inciertos del mar están sembrados de romanticismo que no medra, que luego se convierte en un desengaño amargo. Es como si plantásemos rosales y naciesen espinos. Pero la afición adolescente no ve la banda fatigosa del oficio; no contempla los renglones encrespados, gigantes, quebradísimos, de esa prosa alborotada que escribe el viento en la lámina del Oceano. Al contrario, la poetiza, la convierte en romance, la echa ilusión recién amanecida, la alimenta con intrepideces, con lírica, con optimismo jovial de entendimiento. Los barcos van y vienen con sus puentes de mando, atalayas de cosmografía y de distancias; las millas que parece que se van quedando cautivas en las vueltas de la corredera, y nos sugiere la majestuosidad de la nave entrando en el puerto, o saliendo, con el lamento de su sirena. Y la cinta de oro en la bocamanga de los pilotos. Todas las manipulaciones de la maniobra, todo el preámbulo del viaje; las órdenes del capitán; el trajín presuroso de los marineros. Sentimos un anticipo de vanidad en la orilla del piélago manso del puerto, llenos de admiración hacia esos hombres que saben buscar en los luceros las rayas de las vereditas del mar. Envidiamos el prestigio de su aventura; la leyenda sentimental y valiente del navegante; la eficacia de su ciencia; hasta la inquietud diaria de su responsabilidad. Después viene el complemento de la lectura. A veces

suele ser la literatura el estímulo de la vocación: narraciones de grandes travesías; de exploraciones temerarias; de cruceros gozosos por costas templadas; de peripecias en mares remotos.

Se va perfilando en las moradas imaginativas el afán enérgico de pasear en un puente de buque, con contoneo lento de marino de bergantín. Se harta el espíritu de emociones novelescas en unos libros deleitosos de niñez que llevan a la sensibilidad los primeros temblores. No importa nada la incertidumbre en derrotas encrespadas, ni las ausencias largas, ni los retruenos bárbaros del vendaval. La afición es valerosa y tenaz. En esos años, todo es en el ánimo como fuegos de San Telmo, como destellos de faros, como brisas de un barlovento apacible. Las Escuelas de Náutica recogen estas ansias, estos idealismos intactos y les van echando realidades de números, de triángulos esféricos, de latitudes, de puntos de estima, de rutas ortodrómicas. Y después el mar, el mar, que es como una llanura de la Mancha para estos pequeños quijotes que suben con el sextante a las estrellas de Clavileño; que llegan con el escandallo a las arenas y a las rocas mitológicas de las sirenitas rubias... El primer viaje, señor, el primer viaje, que es una vendimia de delicias, de fervores, de regustos prodigiosos, como si exprimiéramos toda la felicidad del mundo en la solera joven del alma...

Después viene el cansancio con unos años de tambaleo en los caminos movedizos y azules. Vendimias de tristezas, de temporales, de intemperies. Se ha ido quedando muy bisunto y alicaído el nial idealista colocado en la ramita más alta del alma, que es la cogolla de los sentimientos. Nada más que queda la ciencia, la dignidad del oficio, la disciplina inalterable de la obligación. Lo otro se fue quedando aterido en las brumas, en las galernas, en las estelas de muchísimas rutas. Viene la realidad y nos quita ahora un fervor, después una vehemencia, luego un pensamiento que creíamos infalible y constante, más tarde algo que considerábamos esencial para la devoltura de nuestro criterio o de nuestra felicidad. El error queda muy atrás, en apetencias insaciables de juventud. Es imposible enmendarle. No hay más remedio que seguir midiendo con pasos lentos, monótonos, el puente del barco, lo mismo que un cautivo en la estancia donde suspiran sus penas y sus memorias.

Y venga de tirar rayas de rumbos; de jugar con las estrellas en la curiosidad científica del sextante; de traspasar horizontes oscuros, horizontes esclarecidos de buen sol. En cubierta, multitud de climas; los climas que va dando el rumbo desenredado por la taravilla vertiginosa de la hélice. En la máquina, un estío ardoroso, siempre un estío sin sombra, sin ventalle, sin gracia sedante de crepúsculo, como si estuviéramos en un desierto don-

de nunca fuese de noche, donde el sol enviara perennes saetas de lumbre. La vocación se va despojando de las ideas iniciales; se le caen las alas; pierde el concepto sutil del romanticismo andariego y fino que la engendró. Nada más que queda un criterio noble y digno del oficio, la ética profesional. Hastío de distancias, de ortologías, de costumbres dispares, de perspectivas. Y muchos recuerdos de hogar, muchos quebrantos de ausencia, mucha zozobra de peregrino. La memoria tiene los hornos siempre encendidos. La memoria navega incesantemente en una ruta procelosa de nostalgias. En ella están las cosas y los gozos lejanos; el semblante de los hijos, el color de sus vestiduras, sus sonrisas, el acento de su voz, lo más baladí de sus trazas.

Cada día que pasa es un deseo de retorno defintivo. Recordamos con acritud el momento en que la afición comenzó a poner impetuosidades en el ánimo. Los años han pasado sin reposo íntimo de familia, siempre andando, andando por las cuestas y las hondonadas del mar, por los páramos inmensos de las aguas con anjeos de espíritu, con cansancio de caminante sin ventura. Cuando se acerca la vejez, el ansia de hogar es en el marino una pasión frenética que se cobija en todo su temperamento con el mismo vigor con que en la juventud sintió el poderoso estímulo de la rosa de los vientos...

El Montepío Nacional de los marinos, por cuyo establecimiento se está trabajando con brío, viene a poner un hito de justicia en el mapa social de lo náutico, que ha permanecido en desamparo, como otra actividad fundamental de nuestra economía: la agricultura. Viene a detener la vieja amargura de una ausencia insoportable y agobiadora cuando el cuerpo se va inclinando harto de chubascos, de millas, de estrépitos, de meridianos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 7-V-1933.

392.—ESBOZOS. MINEROS POR LAS CARRETERAS

Udías es como una caldera de tierra, de rocas, de lastrazos pardos. Tiene la forma de una caldera remendada de verde, de ocre, de rubio, de ceniciento, que son los colores de los prados, de las mieses, de las arboledas, de los pedregales. Un hoyo ancho entre vargas mineras, coloradas, que parecen cintas de oro cuando el sol deja caer sus alegrías de estío. Y estameña de rocas y blancura de peñas agrietadas que parecen áreas pindias de desierto

sin arenas. Udías tiene rumores agrarios muy hacendosos en unas tierras finas con fronteritas de lindes donde antes crecía el laurel entre el saúco y el espino. Cerca, a dos tiros de piedra, los humos, los ladridos, los ruidos de las cacerías en los bosques del monte Corona donde, antes, los guardas de barbas respetuosas asediaban a los leñadores furtivos. Cerca el ojo encaramado de Toporias, zahorí de comarcas, de horizontes, de riberas marinas en un septentrión casi siempre brumoso. Y la cimera dura de "Carro Rojo", saturado de leyenda religiosa. Y la "Cueva de las cáscaras", con flechas de estalactitas. Buen linaje de tradición en la arquitectura, en los latidos posteriores de las costumbres raciales, en la aventura larga de los emigrantes que vuelven cantando, o vuelven llorando o se quedan allá con una acritud de fracaso y de memorias inevitables, que son el lecho de escajos donde se acuesta el alma. Este pueblo tenía tres caminos de actividad: camino de la mina, camino de la mies, camino ancho y doloroso de la emigración. Los dos caminos de todos los pueblos montañeses y otro de cuenca anfractuosa de mineral. Unos se sepultaban todas las mañanas en los túneles rojizos, otros andaban entre campanillas de vacas duendas bien uncidas, dale que te dale a los terrones. Algunos aborrecían estas herencias típicas de mineral y de labranza y se iban a Cádiz, o a Sevilla, o por el mar allá, con una maleta flaca y unas cuantas congojas en el ánimo. Estas tres lumbres calentaban la gran caldera del valle. Lumbres de cansancios, de penas, de esfuerzos agobiadores, que son los combustibles de los hornos que hacen caminar al mundo.

Silbaban en la cuenca rocosa los trenes pequeños, muy madrugadores; golpes secos de picos en las vetas que parecía que nunca se iban a acabar; rectas enérgicas de arado en las pizarras de la agricultura; ausencias de indianía laboriosa. Tres expansiones que daban al pueblo una vitalidad económica eficaz; tres expansiones elásticas, compenetradísimas, que influían en el granero, en los hornos de las corraladas, en el mostrador de las abacerías, hasta en el carácter optimista de la gente. Panojas, blendas y giros de los indios a los padres viejecitos, a los padres baldados. Todo mezclado como harina, miel y leche en esta gran caldera de Udías que borboteaba suavemente como olla de casa rica que no sea miserable o pobre de apetencia. No se sentía con intensidad la estrechez angustiosa de otros pueblos que viven de unas insignificantes aparcerías, de unos agreos arrendados, de unas cabras, de unos pescados del río. La mina era el complemento de la labranza o viceversa. Y con estas dos ruedas caminaba el valle sencillamente, su paso a paso discreto, sin tambaleos, sintiendo los silbos de las maquinucas de la mina y los golpes secos de los mazos en la mies...

Empezó a adolecer la costumbre emigratoria. El zurrón dorado de América cada vez tenía más viento. Algún peso escondido en algún rinconcito, como grano olvidado en los resquicios del desván cuando ya se ha molido toda la cosecha. No merecía la pena pasar el mar. Era muy difícil dar con un peso. Rebuscaban muchos en las rendijas, en los rincones, en la era inmensa de la otra banda. La mies de las Antillas era un rastrojo árido que ya había dado todas las cosechas. Habían pasado las hoces de muchos éxodos sin dejar atrás una espiga. Y el que iba tenía que recorrer toda la rastrojera, llena de huellas de muchas generaciones, caminando primero con fe, después con dudas, por último con desesperación, ávidos los ojos, con relámpagos de frenesí en el cerebro. Nada más que huellas de otros caminantes, líneas de llantas de otros carros, manchones negros de lumbres antiguas. No era posible encontrar un átomo del vellocino legendario. Todos volvían con un concepto desabrido y amargo del albur. Aquello era como una leyenda de hilas, como encontrar una cordera roja, como buscar un tordo blanco. Este criterio fue inculcando desganas en los ánimos, fue cerrando la gran puerta emigratoria, torció los deseos hacia otros rumbos locales. Y nada más que quedaron la mina y la mies como estímulos de trabajo, de prosperidad, de las energías jóvenes. La superficie y la entraña de la tierra. Camino de claridad y camino de tinieblas como símbolos de las inquietudes universales. El labrador llevaba a la mina polvo moreno de su bancal. Y el minero traía a la mies polvo rojizo de las galerías negras. Unas horas con el apero agrícola y otras con el candil y la piqueta, horadando rocas y arcillas...

Y adoleció también la mina como el recurso tradicional de la emigración. Caminatas de los mineros por las carreteras. No hay más remedio que salir del pueblo y detenerse ante las puertas con la expresión humilde que da la necesidad. Ya no silban las máquinas pequeñas entre las quiebras oscuras, amarillas, pardas, de la mina. La mina, que era para Udías elemento esencial de trabajo, de aspiraciones, de porvenir. El padre enseñaba al hijo adolescente aquella mole de lastras de donde salía el pan. No existía otra vereda de actividad. La labranza había desaparecido de la desenvoltura de muchas familias. Se creía eterna la fecundidad que escondían aquellos castros descarnados. A medida que las explotaciones de la cuenca iban progresando, decaía la agricultura, la afición a la agricultura, que es la que hay que fomentar en los términos rurales. La mayoría de los afanes estaban puestos en aquellas peñas del oriente del valle llenas de replanos, de túneles, de ajetreos febriles, de ruidos de hierros y dinamitas. Pero un día la cuenca se quedó silenciosa. Los hombres permanecieron en los pueblecitos y la mina fue como un desierto de lastras, como un anticipo de ruinas. Se detuvo to-

da la dinámica de la explotación. El último jornal fue un aviso de miseria. Aquella puerta se cerraba. Y cuando se cierran las puertas del trabajo, nada más que queda la misericordia o la esperanza del camino. Caminatas de los pobres mineros por las carreteras pensando quizá en la intemperancia de la civilización, que les echa de sus casas a correr la triste, la amarga aventura de la mendicidad.

Hombres robustos convertidos en menesterosos trashumantes por impulso violento de las circunstancias, que son las creadoras de las necesidades, de las peregrinaciones dramáticas, de los pensamientos desazonados que pueden convertirse en delitos castigados por la ley, no por las conciencias.

Y ahora Cartes, los mineros de Cartes, siguiendo la misma ruta, sopor-tando idénticas preocupaciones...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 14-V-1933.

393.—ESBOZOS. LOS DEFECTOS DEL MUNDO

Cuando un hijo le conducía al Asilo, se arrojó al paso de un automóvil un anciano de setenta y cinco años de edad.—Los periódicos.

Ellos permanecían allí, muy a gusto, en el rinconcito de la cocina. Astillas delgadas y cortas que crepitan en el ladrillo del lar. Leños nudosos, suaves, verdes, descortezados, que han traído los rueños de las coloñeras, los hombros de los niños, las cabezas canas y rendidas de las viejas. Tiembla, ondula, se agita vertiginosa sobre lecho de tizones y cenizas la lumbrarada que ilumina las paredes negras de la cocina. Y los viejos se sonríen como niños que juegan con la nieve. Canta el fuego su cantar de trisquidos, con chispecitas, hervores y ritmos extraños. Se arquea, se enerva, vuelve a crecer, lanza silbos entrecortados, se abraza a las retamas y a los troncos y se deshace en una catarata de ascuas vivas. La cocina, que es el limbo delicioso de los viejos, su gula de calor, entre los cantareros, las tajuelas bajas, los ramos mustios de laurel, los cazos de larga rabera. Ellos permanecían tranquilos, pasando las horas como siempre, como siempre. Sones cristalinos de las campanas del alba; ruidos traqueteantes del carro azul del baratijero que fustiga a la caballería con el palo de medir la tela; las migas tan dulces y tan blandas; el compango de la olla; las manzanas del desván en lechos

de buenas yerbas, que parecen grandes nidos de cigüeñas. Un pobre llama a la puerta, a la verja de un jardín, en el picaporte de una casa maciza, con escudo; el herrero toca el yunque y hace resoplar al fuelle; el sacristán repicó las campanas al mediodía. Como siempre, como siempre. Ver arder en el monte las lumbres que encienden los pastores, las lumbres que dejan negras a las lomas. Restallidos del fuego que avanza ancho y pindio como una inundación roja en los pastizales. Sentir en las callejas los palos, las risotadas, las voces de los muchachos que van o vienen de sabe Dios qué aventuras; estrépitos de tarugos, de suelas claveteadas, de borceguíes, de cayados que golpean las piedras o los matorrales de las orillas. Y las tardes llenándose de ruidos pastorales, de lanzas de arados en retorno brincando en las piedras. Y, sobre todo, la lumbre del lar, el rinconcito de la cocina, al lado del cornejal, que es la cuna, la delicia, el regazo donde los viejos se van despidiendo de la vida.

Pero un día se acaban estas cosas. Ramalazos de desgracia, de desesperación, de egoísmo. Los egoísmos de los hijos condenados, de los hijos que quitan a los padres del rinconcito caliente de la cocina, el poyo de piedra donde toman el sol, la vieja petaca de donde sale la golosina del tabaco, que es el confite de los viejos. La conciencia sentirá ráfagas frías, remover de ascuas, como si quisiera abrasarse, como si quisiera atecerse en la nieve. Y los puñales de los siete dolores escarbando en el alma, tenaces, lentamente, horas y horas de estupor, en una inmovilidad dolorosa. Ni una queja, ni un reproche, ni una maldición. Ellos se dan cuenta de todo. No valen para nada. Han dejado desperdigadas las fuerzas en el monte, en la mies, en los caminos, siempre tortuosos, de otras actividades. No pueden ya ni cortar unas hojas para los corderos, que es lo más sencillo, lo más insignificante, lo que hacen los niños. Nada más que estar al lado de la lumbre o caminar despacio al poyo donde tomar el sol. Y si acaso mecer la cuna del nieto con suavidad, con delectación, con un ritmo tembloroso saturado de amor y de complacencia... Sí; quisieran permanecer allí hasta la hora de la muerte, sintiendo los rumores del pueblo, hablando de cosechas, de ganados, de feriales... Pero ellos ya son como panojas desgranadas, como vacas que ya no pueden con el yugo, como molinos sin rueda. Un viejo desvalido es eso. Los garojos de las panojas van a parar a la candela, las vacas al matadero, los viejos al asilo.

Desaparición de todo lo inútil, de todo lo que estorba, de todo lo que ya es estéril. Mescolanza de cosas materiales en decadencia y de energías humanas ya exprimidas. El mismo criterio para el hombre que para el objeto. La excepción es pequeña; como un helecho a la vera de un roble, como un granizo comparado con una colina, como una ortiga al lado de un fres-

no. Todo se destruye; el apero que no lleva arreglo, el frutal seco, el cántaro hendido, el mueble inservible, el hombre. Se destruye al hombre apartándole de su hogar, de sus costumbres, en la vejez, que es cuando más apego se tiene al ambiente familiarizado con el ánimo, al paisaje donde echamos lágrimas o alborozos, a todas las cosas importantes o nimias del pueblo. Destrucción abominable de los ancianos con filos de menosprecios, con mazos de penas, con pedreas de hostilidades, con látigos de miseria. Hachas, sierras, limas del egoísmo, de la fatalidad, de los sentimientos bárbaros que talan, sierran, remellan las últimas alegrías del hombre, los últimos bríos, los últimos sabores...

Instante dramático de la separación. Yo he visto a un anciano abrazado a un árbol a la salida del pueblo. Un abrazo frenético, de espanto, de angustia. Los brazos ceñidos al tronco como dos yedras, la frente pegada a la corteza. El hijo a su lado vestido de fiesta, silencioso. El anciano se niega a caminar. Ha llegado hasta allí, hasta el confín del pueblo, con apariencia de resignación, con cierta firmeza en el paso. Pero en un instante se desborda toda la pena que ha permanecido callada. En un momento se reconcentran todas las amarguras del principio del destierro y la perspectiva imaginada de días futuros con tormentos de ausencia, de recuerdos de pensamientos en los que siempre hay cosas de aldea que se quedaron en la imaginación como un eco constante de voces, de repiques, de silbos, de cánticos, de lamentos. Los brazos ceñidos al árbol con un frenesí desesperado, cada vez con más fuerza, con más angustia. El hijo comienza a rogar. El asilo —dice— es lo mismo que una casa de señores, en que los viejos son los amos y las monjas las criadas. Se está mejor que en el pueblo. Además, irán a buscarle en el buen tiempo, cuando llegue la primera golondrina. No logra que el anciano se separe del tronco del álamo. Entonces la voz del hijo se hace agria, enérgica, inclemente. Los brazos se aprietan más al árbol. Aumenta la destemplanza de la voz. El hijo parece un amo colérico y el padre un siervo en el suplicio. Un forcejeo entre el amo y el siervo que pone fin a aquel abrazo, el último abrazo de un hombre que parece un nazareno cenceño y viejecito, en el calvario de una carretera cristiana, con la corona de espinas adentro, debajo de la frente. Se prosigue la marcha. El hijo tira de la mano del padre como del ramal de una bestia que no puede caminar, que se muere de dolor y de cansancio...

Todo es consecuencia del egoísmo, de la falta de educación, de ataraxia de la sensibilidad, los tres grandes defectos del mundo, los tres pecados perennes del mundo, los tres dogales. Estos delitos reflejados en la conducta de los hijos que destruyen las postreras complacencias de los padres en un destierro de caridad ajena, como delincuentes, como enfermos. Ya que no

sea por exaltación de lo afectivo, por cordialidad y virtud de los sentimientos, que sea por egoísmo. Porque todo se recoge en el mundo según la sementera que vayamos dejando en el surco de nuestra vida. Sí; llega un día en que el hombre recoge frutos amables, cosechas de gracia, manojos de cardos, coloños de espinos, ánforas de miel, cántaros de hieles, según el amor, la misericordia, la maldad, la avaricia del sembrador. Nunca falta un alivio en la desgracia de quienes desenredan su existencia sin mortificar la carne, el espíritu, el corazón del prójimo. Y nunca, nunca falta la saeta del castigo para los que han dejado atrás huellas de crueldades, de soberbia, de engaños, de cinismos. Y por esta ley inexorable, misteriosa, de la vida, los hijos, en un ocaso turbio de ancianidad, tendrán que marchar, con el alma en pena, por los mismos caminos que ellos enseñaron a sus padres...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 21-V-1933.

394.—ESBOZOS. UN COLLADO DE LA CIENCIA

Ha sido estimada la iniciativa de don Sergio Pino de tributar un homenaje a don Augusto G. de Linares, en Cabuérniga, su valle natal.

Aquel hombre debía de ser terrible en su genio, en sus palabras, en sus gestos. Yo tenía cierto respeto temeroso al ojáncano que se tragaba a los niños; a la mala comadreja que chupaba la sangre de los revoltosos y desobedientes; a los protestantes; a los judíos; a los renegados; a los moros; a los fantasmas que se escondían en la mies cuando estaban altos los maíces. Rostros maldecidos, corazones relapsos, enemigos de las buenas obras, de los buenos propósitos, de las torres con campanas, de las golondrinas sagradas, de los ángeles, de los hombres, de los niños. Escuchaba temblando lo que decía la gente en el pórtico de la parroquia, en la pared bajita y ancha de la bolera, cuando sallaba los maíces o desgranaba las panojas. Porque la gente hablaba de todo como si tal cosa. La gente era noble, buena, generosa. Todos los pobres se iban con su limosna. Todos los pobres encontraban una cocina para desaterecerse y un pajar donde dormir. Pero entendía poco de las cosas del mundo. Entre aquellas montañas el concepto de vida estaba injertado en un tronco lerdo. Cada nudo era un atavismo. Lo mismo en todos los pueblos. Aquel hombre de quien oía hablar tenía para

mí caracteres negros y desvergonzados de un mito siempre iracundo, como unas barbas crespas, estremecidas de cólera, con unos ojos relumbrantes como de lobo...

Barbullas perennes en las cocinas, en los descansos de las praderías, a la vera del agua fina de las fuentes. Pláticas insustanciales que se iban con el humo, con el aire que agostaba la yerba, con la corriente fría. Pero aquello otro no; aquello quedaba en la alacena de la memoria, en el zurrón de la conciencia, donde unos guardan torreznos echados a perder; otros, malvas y manzanillas; otros, hojas de acebo; otros, bellotas de cajiga, que tales son las acciones, las conductas, los caracteres de toda la humanidad. Aquello estaba siempre debajo de las sienes y se mezclaba con los pensamientos como el agua y la harina. Era un goce constante en el yunque, un viento eterno, un bígaro que no dejaba de tocar. Las palabras se metían entonces por el oído con sutileza de rámara, con filo de hacha en el madero, como se mete la punta del dale entre la yerba. Las imprecaciones nos daban en el rostro como alientos de viejas contando leyendas de condenados, enfriaban el entendimiento y caían en la conciencia cristiana, duras, desabridas, igual que cae una peña en un rosal o en un remanso. Había cíclopes que removían las lastras y habitaban en el seno de las montañas. Había almas en pena que se aparecían en los caminos solitarios en forma de candelitas errantes. Había adivinas y viejos zahoríes. El Señor pasaba a veces por los pueblos con trazas de vejo caminante. Runfaban serpientes misteriosas en lo profundo de las cuevas. Y ciñendo el cuerpo de la leyenda, cosas nuevas muy aborrecibles: los protestantes, los judíos, los moros, los ateos, los que eran enterrados a la otra banda de las cruces, como si fuesen mastines o caballos. Dentro de estas creencias, aquel hombre se representaba en mi imaginación con todos los caracteres hórridos de un gran pecador. Porque la máxima maldad se apacentaba en las almas que no eran ortodoxas...

Después cambió el concepto. Una diligencia con cuatro caballos. Un trenuco perezoso que se harta de pitar riberas del Saja arriba, riberas del Saja abajo. Allí quedó el pueblo con las pálidas carracas de la Pascua. Sí, en la ciudad se modificó el concepto que yo traía de la aldea. Un patriarca de la pedagogía que tenía la escuela cerca de la casa de Sotileza. Las barbas ermitañas de don Teódulo Valle. Todos los jueves nos llevaba por ahí, como el abuelo a los nietos.

Una de esas tardes fuimos a ver los peces de la Biología. Yo no conocía más peces que las truchas, los pescardos, las anguilas resbaladizas del Saja y las sardinas que llevaban al pueblo las sardineras, descalzas, con unas trigueras grandes que rezuman gotas espesas.

Don Teódulo nos fue explicando sencillamente aquellas maravillas con escamas de colores, aquellos huesos desaforados, aquellos pedacitos de fondo de mar con barrancos, cavernas, arenales. Y después habló del hombre con delectación, con una cordialidad devota, como hablaría un justo de otro justo. Un hombre que estremeció los limbos de mi conciencia; el nombre de aquel señor de quien yo oí hablar en el pueblo. Pensé en las pláticas de allá, en las barbullas de la mies, de las colinas. No podía ser lo que nos contaba don Teódulo. O mentían aquellas pláticas o el maestro era un gran embustero. Incertidumbre de niño que no comprende.

El maestro también era cristiano, señor, y decía que era blanco lo que otros nos habían dicho que era negro. Allá un carácter hosco, desapacible, emparentado el espíritu con una genealogía moral del desacato a las creencias. Lo mismo que los judíos y los protestantes. Aquí un sabio, un hombre amable, excelente, un temperamento de bondad. Don Teódulo le presentaba ante nuestra avidez asustadísima lo mismo que un símbolo del trabajo, de la memoria, de la voluntad, de la hombría de bien. Allá era símbolo de otras cosas menos gratas. No podíamos comprender que hubiese tal desavenencia juzgando a un hombre. Salían lentas, fervorosas, las palabras del viejo maestro. Didáctica sencilla, para que todo se quedara bien guarecido en la cabañita del entendimiento.

En unos instantes se desvaneció el criterio inculcado a la sombra de los robles. Porque don Teódulo no podía decir mentiras. Nada más que le faltaba la túnica para tener trazas de un personaje de la Biblia. Se nos asemejaba a Elías, a Abraham, a un buen peregrino de la Samaria. El iba destruyendo la leyenda que yo tenía metida en el alma.

Aquel hombre que yo creía adusto, emponzoñado, enemigo del Señor, resultaba que no era tal. Luccritos de ingenio en su inteligencia, cosechas y cosechas de filosofía, de meditaciones, de descubrimientos. Una columna de Cabuérniga, de mi tierra; una gran viga de roble de mi valle, ayudando a sostener el peso de la ciencia española. Y el corazón, el corazón con vendimias y vendimias de bondad, de transigencia, de justicia. Todo lo contrario, señor, todo lo contrario. Allá un erizo de castañar. Aquí un pedazo de pan tierno, donde mordía todo el mundo...

Al día siguiente escribí una carta a mi amigo Ventura, que ahora guardará cabras o majará terrones en Colsa, en Los Tojos, sabe Dios dónde:

—“Me dices que cómo son las barcas. Te diré que las barcas son lo mismo que las maseras donde se amasa la harina para hacer la torta, un poco más grandes y más hondas. Encaraman un palo como la palanca de una portilla, cuelgan un pedazo de tela como la de los figones de la feria y corren como los patos en la riguera que está delante de la casa de doña

Perfecta, la madre de Facio. Te diré que aquel don Augusto de que hablaba ahí alguna gente torciendo la cara, es un bendito de Dios. Anda en albarcas y parla con los pescadores. Sabe todas las cosas del mar y la gente le reverencia como ahí a don Adolfo, a don Serafín, al tu amo don Pepito Pomar, a don Juan Mantilla el capellán, que no nos decía nada cuando le robábamos las peras. Cuando vuelva se lo diré a los muchachos”...

Pero no se lo dije a los muchachos porque el viento me llevó por otros caminos. Se lo digo ahora a los hombres de todos los climas políticos, a los buenos hidalgos, a los labradores, a los albarqueros. Don Augusto G. de Linares fue como un río, como un collado en el mapa científico de lo español. Urge el desagravio, la reparación de viejos olvidos, la exaltación en su tierra de aquel hombre bondadoso, universal, que cultivó sistemáticamente el pensamiento y la educación filosófica como norma invariable de disciplina...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 28-V-1933.

395.—ESBOZOS. LOS LIBROS Y LA POLÍTICA

Es propósito del ministro de instrucción pública intensificar en los pueblos la creación de Bibliotecas populares.—Los periódicos.

No hace muchos años vivía en un pueblo que se mira en el espejo del Besaya un señor que tenía la costumbre de leer libros y periódicos a la buena gente, sentado en una lastra, debajo de un nogal. Y los hombres, alrededor del hidalgo, se parecían a unos cabreros mejor vestidos que los de Cervantes, rodeando a un don Alonso Quijano que hubiera envejecido y engordado, que usaba chaqueta de lienzo oscuro y abarcas negras. Un don Alonso que no hubiese salido nunca de su tierra, que hubiese permanecido entre humo de borona oyendo al cuclillo en la primavera, a la tórtola en el estío, a las avefrías en el invierno.

Siempre en sus terrenos gastando las suelas de los borceguíes o la madera pulida de los tarugos en aventuras sencillas de camberas, de camino real, de buenas cumbres pastorales. Y venga de leer a la sombra del nogal los atardeceres apacibles. Eran unas páginas humanas que hablaban de fraternidad, de exaltación afectiva, de misericordias evangélicas injertadas en

desenvolturas modernas, con otro nombre, con otra técnica, con otros giros. Unos, cuando el hidalgo se sentaba en su escaño de piedra, hacían como que se barrenaban la sien con el índice. Otros se reían como lo harían los tasugos, los raposos, los milanos, si estos animales supieran reír. Otros, miraban las barbas del hidalgo, volvían la jeta, ponían la yema del pulgar en la nariz y subían y bajaban los dedos lo mismo que cuando se toca la flauta o el clarinete. Otros se sentaban en las piedras, sacando chispecitas con el eslabón, encendían la yesca rubia y permanecían silenciosos, muy atentos y recogidos.

Sonaba muy bien la voz de aquel bendito señor entre el ruido de las hojas del árbol. Brotes de conceptos amables con enjundia de parábola, que es el estilo más eficaz para el entendimiento de la gente humilde. Él sentía preocupaciones de ética, de cordialidad, de buenas costumbres. En sus lecturas había muchas veces normas ejemplares de vida y sentencias añejas remozadas con nueva doctrina, con nuevas energías. También fábulas plásticas que condenan las avaricias, los orgullos, los ocios, los vicios. Y lirismos inocentes para los árboles, para los manantiales, para la agricultura. Pero donde gustaba de incar su insistencia era en los párrafos que descubrían una torcedura moral o cantaban la gracia de una virtud.

Días y días pasando y repasando páginas. Manía extraña en lo anodino del pueblo. Allí a los hidalgos no les daba por esas cosas. Unos andaban con la escopeta a vueltas, lanzando perdigonadas a los animalitos del pobre San Francisco. Otros ponían butrones en el río. Aquél se limitaba a cobrar sus rentas y darle gusto al cuerpo. El otro corría detrás de las vaqueras y dejaba trocitos de su capa en los espinos secos de las árgomas. Nuestro bendito señor nada más que hacía leer libros y periódicos a la gente. Se sentaba en la lastra, escarmenaba las barbas y ¡hale!, paseítos de los ojos por los senderos negros de las letras. Algunas veces, nada más que le oían las ramas del nogal, los guijarros, las cigarras. No le importaba esta soledad. Luego iban llegando los hombres, lentamente, liando un pitillo en una hoja fina de maíz. Y se acomodaban en cuclillas o en las grandes piedras con indiferencia o con devoción, lo mismo que en los bancos del coro de la parroquia. Así que empezaba a brillar la estrella miguera de los pastores. Más tarde estas lecturas constituían una costumbre casi esencial en la desenvoltura del pueblo, lo mismo que la novela, que el juego de los bolos y los bailes en la campa...

Paseos por las orillas del río, por la arena humedecida de las leras, por las lindes estrechas que son marcos verdes del paisaje de la mies. Y descansos vespertinos a la sombra del nogal, leyendo a los labradores. Unos continuaban con la burla de barrenarse la sien con el índice o tocando una

flauta o un clarinete invisible, o riéndose como se reirían los tasugos y los raposos. Pero la mayoría escuchaba con atención, arrimándose más y más al tronco que servía de respaldo al hidalgo.

Cuando se cerraba el libro era como si se bajase la tapa de un piano en lo más delicioso de la sonata...

Yo pensaba entonces que en cada pueblo hacía muchísima falta un señor con esas mismas manías. Un libro, una sombra, unos cuantos labradores acurrucados, encendiendo la yesca. Porque hay tiempo para todo, como dice el Eclesiastés. Hay tiempo para reír, para llorar, para el trabajo, para el descanso, para permanecer un rato sentado en una piedra escuchando lo que dicen unos libros. Muchos señores rurales nada más que han leído las labras de la casta, la lista de sus aparceros, el devocionario de la misa mayor, las cartas del diputado del distrito. Heráldica, maquileros y celemines, jaculatorias a lo divino con poca justicia humana, picardías y embelecos ronceros de la política.

El hombre, nada. El hombre, como un motor del apero, como un timonel del arado, como una rueda del molino, como un instrumento útil que tiene la virtud de manejar el dalle, de cuidarnos los prados, de arreglar los caminos. El hombre, contemplado como se contempla un árbol, un caballo, una yunta, un pastial. Menosprecio y olvido de las potencias del espíritu.

De vez en cuando voceaba un quijote —como el señor de las lecturas— diciendo que adentro había cosas que era menester educar. Pero era lo mismo que aconsejar al miserable que reparta sus riquezas. Todo seguía caminando con las viejas ruedas. Un respingo valeroso de la dignidad podía costar un embargo, una paliza o el armadijo de una represalia más funesta. La política dejaba a lo mejor un puente, un camino, unas promesas. La política no iba con sinceridad a los pueblos. El concepto de la política era arbitrario y torpe. Nada más que eso: un puente, un camino, una recomendación para esconder este delito, o librar de las quintas a aquel mozo o trasladar a un pobre maestro de escuela por no estar de acuerdo con el alcalde, con el párroco. Ninguna estela de espíritu, ningún estímulo de educación social. Lo cívico estaba silencioso y acobardado. Es posible que muchos pensamientos fuesen briosos y esclarecidos, que las conciencias no estuviesen muy contentas. Pero no había más remedio que seguir la corriente, en contra de los pensamientos y de la conciencia, que es lo que menos se tenía en cuenta por los jerifaltes, neblíes, escuderos y zampatortas de la política.

Aun quedan sedimentos. Todavía quedan muchos cardos sin arrancar, muchos mecanismos enmohecidos, muchas sombras y recovecos. Temores, encogimientos del ánimo, zozobras, desorientaciones. No es extraño que ten-

gan achaques estas cosas tan viejas. El señor de aquel pueblo que se mira en el espejo del Besaya fue como un anticipo clarividente de profilaxis educativa. El libro, inestimable elemento para escardar inconsciencias en los paralelos agrarios, que es donde más abundan y más medran. Que la política llegue a los pueblos con fidelidad, con amor, con ideas cordiales, con ansias de educación, sin vanidad, sin técnicas que estimulen el egoísmo, la fobia, la recompensa. Mensajes de libros, de misiones pedagógicas, de verdades afectuosas, de doctrinas humanas que tengan cordialidad noble y constante

La cordialidad y la constancia de aquel bienaventurado señor que se sentaba en la lastra todas las tardes apacibles hasta que empezaba a brillar la estrella miguera de los pastores...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 4-VI-1933.

396.—ESBOZOS. LAS FUERZAS NUEVAS

En varias escuelas de Cataluña se han celebrado mítines infantiles contra la guerra, actuando de oradores varios escolares.—Los periódicos.

Un chaval erguido ante una mesa. El sol entra por las ventanas de la escuela y traza en el suelo unas rayas luminosas. El muchacho está desasosegado, tiene la cara encendida, le tiemblan los labios, contempla inquieto, maquinalmente, los colores violentos de los mapas, los manchones negros de las pizarras, las caras sonrientes de sus compañeros. En ese instante transcendental para su alma de niño, en ese instante en que apoya las manos en la mesa y espera el silencio de sus amigos para soltar la primera palabra, su memoria se cierra como una arquita dorada que tiene adentro pensamientos felices, pensamientos cordiales amasados con inocencia, con ingenuidad, con jazmines del jardín del espíritu. Olvida todo lo externo, los cariños, las caricias, los rumores, los juegos, dando ejemplo a los hombres que no pueden enervar el ímpetu de sus pasiones, de sus egoísmos, de sus vanidades, para hablar a sus semejantes de cosas que atañen a la dinámica social.

No hay más mundo para él que ese instante silencioso, solemne, que lleva una sensación inédita a su carácter. Se quedan dormidos en el dulce escabel de su cerebro todos los pensamientos que no tengan nada que hacer

en ese instante transcendental, extraordinario de su órbita. Su voluntad tiembla, quiere caerse en lo profundo del ánimo, la siente resbalar por la pendiente del temor, de la flaqueza, del azaramiento, que son unos de los precipicios más encrespados del alma. Porque nuestra vida interior es copia fidelísima de la cobertura y de la entraña de la tierra: lugares amenos, remansos, desiertos, calinas, nieves, bosques de espinos, fuegos profundos, cumbres, pendientes, mares de paz, piélagos siempre alborotados. Reflejos de todos los accidentes del universo en las moradas íntimas de los hombres: luceros, tinieblas, resoles, intemperies, rotaciones misteriosas, leyes inalterables de atracción como el amor, leyes inmutables de repulsión como el odio. Y las pendientes, las pendientes del cráneo y de la conciencia, estériles como tierra maldita, por donde ruedan los pensamientos con ejes duros de avaricia de prevaricación, de miserable cobardía para decir la verdad siempre, siempre, para arrepentirnos, para volver a lo digno, para rectificar la conducta o enmendar el criterio cuando nos persuadimos de que vamos descaminados, a tientas, con noche de espíritu, de yerros, de vicio, de mentira...

La voluntad del niño quiere sepultarse en lo más profundo del ánimo. Pero presiente las risas, las burlas, los visajes de sus compañeros. Le harían llorar de pena y de vergüenza. Su fracaso sería un largo camino de amargura, un punterazo en el corazón, como si diera vueltas una peonza en la carne viva. Concepto incipiente de la responsabilidad. Él está ante esa mesa para cumplir un deber, para sembrar en la inteligencia de sus amigos los primeros granos de una gran cosecha que hoy pasa por utopía y que mañana crecerá en la mies universal, con siglos de todos los pueblos y molinos de todas las razas. Lucha entre el amor propio y el miedo, entre el encogimiento y el deseo de triunfar. El fracaso es la angustia, el desprecio, la burla, el llanto. La victoria es la albricia que toca las campanillas en el cerebro, en el pecho, allá dentro, donde todos tenemos un secreto, una culpa, un pesar, una llaga, la candelita viva de un buen sentimiento. Esta comparación rápida, espontánea, que cruza la frente del niño, detiene la caída de su voluntad. Su mundo en ese momento le constituyen aquellas ringleras de muchachos que le miran con curiosidad, silenciosos, recogiditos, esperando... Sus labios no cesan de temblar. El amor propio es la dinamo más poderosa de la fábrica humana, de esa fábrica andariega, misteriosa, que produce los broncees, los hierros, el oro, la plata, el vidrio de los caracteres. Y el amor propio evita la caída, revuela en las potencias con alas valientes, va de la cabeza al corazón como un clamor divino de fe y de esperanza.

Y saliendo la palabra, tímida, trémula, con lentitud, dando forma a unos pensamientos sencillos y cordiales. Los niños escuchan a su compañero, que habla mal de las batallas, que los muestra unas estampas horribles de trin-

cheras, de rostros desencajados, de humos que se dilatan formando nubes negras de mieses que arden, de gloriosas arquitecturas que se derrumban...

El sol continúa trazando en el suelo de la escuela unas rayas luminosas...

Nuevas maneras de la pedagogía, que es la única que puede revolucionar las conciencias, sutilizar la sensibilidad, robustecer los temperamentos, infundir devoción a la dignidad como deber ineludible, como principio social sistemático.

El niño se acostumbra con estos actos a vencer sus naturales temores, a luchar con sus zozobras, con las violentas sacudidas de la inquietud. Y educa la voluntad, sobreponiéndose poco a poco al sobresalto que la circunstancia ha puesto en el agraz de su carácter. Este nuevo sistema dialéctico en la suave y eficaz disciplina pedagógica, enseña a expandir los pensamientos sencillamente, con naturalidad, con un léxico diáfano, sin la rutina clásica que cultiva la memoria, nada más que la memoria, como si en ella estuviera exclusivamente el prestigio, el mérito, el quid de la personalidad, las habilidades, las iniciativas, el ingenio. Y lo que hace falta es estimular la idea, enseñar a esclarecer los conceptos, formar discernimientos para que el criterio y la doctrina no adolezcan de duda, de flaqueza, de oscuridad, o se bifurquen en líneas lerdas que van a parar al tópico...

Hoy una conversación en contra de la guerra; mañana otra contra la hipocresía, contra el servilismo, tan abundante y tan miserable; contra la cobardía moral, que hace que cada uno no diga su verdad; contra la falacia, contra el halago de unas apariencias que tienen imágenes invertidas de espejismos. Todos los grandes defectos y todos los extensos calveros de la humanidad, las inmensas culpas colectivas que perduran en los pueblos como rebrotes infinitos de bosques inacabables.

En el aire de gracia de la escuela, entre las energías, los entendimientos, las complacencias y las aficiones que se van formando, están muy bien los ademanes y los vocablos de unos niños que hablan a sus compañeros de los desastres de una bárbara contienda bélica, de este egoísmo, de aquella vileza, de los grandes vicios e intemperancias universales que juegan con los hombres, con la miseria, con la amargura, con el dolor. Comienzo de una gran esperanza con signos inalterables de un dogma terrenal, concreto...

Como complemento de la didáctica literaria y científica, esta iniciación de humanitarismo, de nuevas fuerzas del mundo, fundamentadas en la inteligencia y en los sentimientos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 18-VI-1933.

Ya ha empezado a redoblar ligero, repiqueteante, el tamboril de las romerías. En los pueblos cartujanos de por allá arriba el aro de los panderos temblará como un diminuto cedazo bien estamengado por manos hábiles de mujer cantábrica. Y caerá en el aire la harina vieja del romance, la harina bien cernida de unos cantares antiguos que traen delicias y retorneos de otros años, de otras complacencias, de otros espíritus.

Unos caminos de peñas rotas; unos caminos de angeo fatigoso; senderitos del brezo y de las malvas; líneas pastorales que van marcando en la pendiente y en la colina las pezuñas de los rebaños; viejísimos rumbos de piedras de las vías romanas en los montes de los cántabros. En estos caminos escondidos, en las orillas de estos caminos, los hitos pardos, blancos, azules, bermejos, de las aldeas con sus bufardas triangulares como el pico de las boinas. Las aldeas, dormidas en el tiempo, átomos encaramados o hundidos de geografía, recatadas en una latitud señera y montes, sin más rumores que los que le place a la rosa de los vientos, al río, al glu-glu eterno de unas aguas impetuosas de torrente. En estos pueblos redoblará el tamboril sin presunción vanidosa de repiques nuevos, sin llevar al parche ritmos extraños, lentos, que parecen vozarrones báquicos en medio de un concierto de arpas y de rabeles.

Los palillos escribirán en el pergamino redondo del tamboril las viejas alegrías del pueblo. Revoloteo de brazos en un aire fino de arboleda. Siempre lo mismo, señor, siempre lo mismo. La pobre gente canta hoy para llorar mañana. La pobre gente sorbe delicias de tradición una o dos veces al año. Y después anda que te anda por los caminitos de la heredad y del monte detrás de unas bestias mansas, con un coloño a cuestras, con una fatiga, con un dolor, con un recuerdo punzante, con una esperanza. Pero no importa. A veces conviene olvidar las cosas malas de la vida; olvidar el agravio y el luto, las llagas y las penas, las trampas que pone la mala gente en todos los caminos, el furor de la envidia, que es peor que el furor de los tártaros. Todo se olvida en esos instantes. El pueblo se llena de sonidos antiguos, de humos de fiesta mayor, de cadencias raciales que parecen jaculatorias cantadas por unos peregrinos. Pureza y amor de costumbres, sin exorno vano, sin añadidos ni disfraces, con una naturalidad constante, profunda, que palpita en las aldeas del monte cuando salen a relucir los arreos de la fiesta. Rayita de tradición, honda, derecha, enérgica, como un surco de linde a linde en un campo de centeno...

Existe una tradición aborrecible, que es sedimento apretado de leyes,

de intransigencias, de criterio y devociones inculcados a la fuerza. Ésta galopa por los caminos del tiempo con un ruido áspero de imperativos soberbios, de inclemencias, de persecuciones, intolerancias y voces desabridas. Es la que se va formando con retazos morales de las épocas en que el predominio de los linajes, su fuerza, su técnica adusta de represalia, hacían la ley, el precepto, el castigo, las normas de conducta...

Hay otra tradición que es en la historia lo que una virtud prodigiosa en medio de lo uraño de las culpas: el arte reflejado en letra, en piedra, en acentos vibrantes; el arte como consecuencia del sentimiento, del ingenio, del relámpago de la inspiración, de la sabiduría, de los cerebros poderosos. La estética, las evoluciones de lo bello, a través de las vicisitudes, tumbos y quiebras de las maneras sociales, de las luchas de castas, del encontronazo bárbaro de los antagonismos.

También el heroísmo, la picardía, las locas aventuras, la severidad, el orgullo, formando una tradición de psicología, que a lo mejor tuvo el origen en una puebla fronteriza, en un lugar de la Mancha, en una cárcel, en Vivar del Cid, en cualquier rincón del mapa ibérico...

Y, por último, existe otra tradición que también es consecuencia del arte, del sentimiento, de remansos de espíritu entre el retrueno incansable de todos los tiempos. Es la tradición fija, graciosa, sencilla, que se mantiene con prestigio cerca del chasquido de muchas herencias morales que está bien que se vayan quebrantando. Pálpitos de costumbres, de alborozos, de entretenimientos finos que echan arte ingenuo y amable en el adorno de una cayada, en las dos cuerdas de un rabel, en el retintín cristalino de unos almireces, en un romance, en una flauta de ramita verde, en la danza de una romería, en un cantar, en una fiesta.

Rumores, destrezas, ritmos y movimientos que vienen de muy lejos, de labranzas y pastorías sin historia, incrustadas en una estepa, en un monte, en un valle sereno, en la orilla del mar...

Esta última tradición, bella, cristalina, jovial, que es como un adorno del campo, de las praderas, de las plazas clásicas de los pueblos, tiene también su contra, como todas las desenvolturas humanas.

Estas expansiones tradicionales, que engendran y repiten arte sencillo, tienen en contra lo incivilizado de la civilización, que es precisamente la mancha, el rasguño, la intemperancia que ponen lo grosero y lo bastardo en el matiz estético de lo típico, lleno de amabilidad. Lo incivilizado de la civilización no está exclusivamente en el analfabetismo ni en las taras biológicas, ni en los estigmas cetrinos que rebullen como topos en sus agujeros. Está en otras muchas características y en esa manía moderna de romper, de

extraviar viejas dinámicas de costumbres que encajan en todos los avances del mundo, sin menoscabo de los nuevos desenfados ideológicos, de las mudanzas de la actitud social a través de las profundas sorpresas que pone el tiempo en el rumbo de la humanidad...

Todos los años por esta época, cuando comienzan a redoblar los tambores, tocamos nosotros esta campana de alarma. Quisiéramos que estos acentos repercutieran en el ánimo de todos los montañeses. Nuestras romerías, quizá las más típicas hace algunos años, son hoy expansiones híbridas, desnaturalizadas, que dan sensación de Carnestolendas en las calinas del estío. Decaimiento de lo característico, de la esencia secular, del sabor genuino, por la audacia inconsciente de unas pinceladas extrañas, inhábiles, que parecen garabatos y manchas negras en los colores naturales de un paisaje.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 25-VI-1933.

398.—ESBOZOS. REMANSOS DE BONDAD

En breve se celebrará el homenaje en honor de don Leoncio Suárez, maestro de la Casa de Asistencia Social.

¡Cuántas cosas habrás visto tú, viejo maestro! Cuántas cosas amargas en los ojos de los niños infelices, de los niños con expresión de sobresalto, tímidos, macilentos, que llegan a ti por caminos de amargura, por caminos de miseria, goteando un lloro dramático, con unas memorias frías... Tú verás en el rostro de los niños, en sus lágrimas, en sus temblores, en el apocamiento entristecido de los primeros días del asilo, retazos negros del mundo; órbitas complicadas de vidas jadeantes, llenas de agobio; hervores de penas recociendo en una lumbre de infierno; felicidades relativas que se rompen en un instante. Todos los rumbos que vienen a converger en el rollo de tu figura enjuta y derecha, los traza la injusticia atávica de los hombres, los marca el llanto, el hambre, el luto, la tiza negra de la desgracia, el paso quedo y temeroso de la aflicción...

Hoy llega un niño de la aldea, triste, recogidito, con una blusa limpia, de las que se usan en la labranza los días de fiesta, con esencias cordiales del campo, de la braña, del rebujal montés en los cabellos. Mañana llegarán otros de las dárseñas duras, de las moradas miserables de la ciudad, de

las carreteras, de las intemperies, de los establos y portalones rurales donde hacen posada los menesterosos. Ni un amable respingo de alegría, ni un aleteo delicioso, ni un diminuto resplandor de complacencia. Nada más que los lamentos de un desastre engendrado en la fatalidad, en la crudeza monstruosa de un corazón, en la intemperancia cínica y berroqueña del mundo.

Por medio de la abundancia, de lo que sobra, de lo que se guarda con delectación avara, de lo que se derrocha, de lo que se hurta, los pasos mansos y lentos de estas criaturas que todo lo miran con amor, con sorpresa, con deseo inevitable, con envidia recatada, con pasmo de todos los sentidos, con muchas ganas de cariño, sin saber todavía lo que es la delicia de una buena esperanza.

Tú, viejo maestro de una escolanía de misericordia, pensarás en estas cosas cuando veas entrar por la puerta de la escuela un nuevo semblante descolorido, atemorizado. El semblante de un chiquitín que mira a todas las partes con estupor, temblando como un corzo, o como un cordero que ha sido maltratado por unos pastores villanos. Cada niño te trae un motivo de meditación, un perfil agudo de filosofía humana, un grande estímulo de cavilaciones. Cada niño echará en tu cerebro y en tu conciencia un granito de granizo o de ascua: el relente o la lumbre de los pensamientos impetuosos, enérgicos, rebeldes, cordiales, llenos de afecto, de compasión o de reproche, según la perversidad, la inocencia o la amargura del origen. Contacto permanente de estos pensamientos con las criaturas que los estimulan, con la consecuencia palpitante de muchas culpas, de muchos infortunios, de los vientos glaciales de tragedia. Esa pequeña sociedad infeliz de tu escolanía representa el desamparo, la fatiga, el esfuerzo vano, las ansias petrificadas, los bríos quebrantados, los sollozos, las desesperaciones, los andamios que se caen, las barcas que se hunden, los talleres que se cierran, las madres que se mueren jóvenes, los padres tullidos, los yunques ociosos, las tierras estériles, las fosas anchas y profundas de las minas. Representan los malos sinos que golpean, maceran y quebrantan; las luchas que no logran oradar el obstáculo; los vigores que adolecen; las flaquezas prematuras; todos los destrozos de la desgracia, del fracaso, de las necesidades. Cuando se abre la puerta de su escuela penetra un mensaje conciso de esos desavíos. Tú los recoges en la conciencia y allí se quedan inquietos como una amargura más, al lado de los deseos nobles, de las penas, de las claridades que tienen espejo clásico en tu carácter y en tus obras. Y la conciencia sale en alas de la palabra, se muestra buena y compasiva, cariñosa y dulce. Toda la amargura que te traen esos mensajes torna a salir llena de gracia aprendida en las parábolas nazarenas, en las sienes de tus hijos, en las tueras que te ha hecho probar la vida muchas veces.

Concepto fino y justo de lo que debe ser el hombre para el hombre, el maestro para el discípulo, el rico para el pobre, el dichoso para el desventurado. Así han pasado tus años fértiles, bonísimo viejo. Celemín a celemín has ido acrecentando tu hacienda de cultura; de experiencia; de criterios nobles y bien labrados; de compasiones; de dignidad, que es el caudal que más escasea en el cofre que los hombres tienen escondido en la cueva del alma...

Un homenaje a la bondad, que es virtud rara; que es una espiga señora entre las ortigas y los cardos de las intemperancias y aborrecimientos del mundo. Sutilezas del talento, del arte, de la filosofía, de la mecánica, de la investigación, del análisis; impulsos incansables de energía para conseguir este privilegio o llegar a aquella colina de gloria; esfuerzos de la voluntad; ingenios, constancias, resignaciones, modestias. En todos los sitios nos encontramos con estos méritos, con estos trabajos, con estas ansias del espíritu. Cada uno camina con su deseo, con su felicidad o con su fracaso, con el solimán de una envidia, con la tarabilla secreta y vertiginosa de una ambición, con el rosigar incesante de una idea que casi siempre tiene enjundia torpe de egoísmo. Todo abunda en el mundo: el talento, la clarividencia, la habilidad. Pero falta eso; falta ese aire de bondad con que tú caminas, ese costadillo de sencillez amable que llevas en el carácter. La bondad, el adorno más grato y más rico del hombre; la que debiera trasverter cristalina de todas las acciones, de todas las ideas, de todos los propósitos; la que debiera bifurcarse en la vida como arroyos y albercas de un gran manantial que aplacara el reseco implacable de la civilización. La bondad enervando las cosas amargas, de aniquilamiento, que te dicen los rostros de los niños que llegan a tu escuela...

¡Dichoso tú, que llegas al remanso de la vejez escuchando una antífona amorosa de los niños, de los hombres, de los compañeros, de los ateos, de los creyentes!

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 6-VII-1933.

399.—ESBOZOS. ACTITUD SENTIMENTAL

Yo no sé si será verdad o será mentira. Él lo cuenta como si tal cosa, con palabras precisas, sin el barroquismo popular que casi siempre adorna,

extiende, pone modismo patético en estas confidencias de lamentaciones. Palique ágil de niño andariego que ha crecido en diversos climas, andando, andando por las carreteras detrás de un carro viejo, que es el cobertizo errante de no pocas familias pícaras o desventuradas. Yo no sé si me está contando unos episodios de biografía sinuosa y lamentable o si va discurriendo la aventura. La palabra sale con naturalidad, concisa, con extraña coherencia. Es posible que a fuerza de repetirlo haya adquirido esa desenvoltura serena, tan sin artificio, tan limpia de gestos dramáticos. Porque habla de su vida el solimán de una envidia, con la taravilla secreta y vertiginosa de una amolismo mismo que un mercader de su negocio o un caminante veraz de las cosas que vio en leguas de cansancio.

Ni hipérbole de cazador, ni de marino antiguo, ni de mozo de aldea que estuvo en la guerra, que son los que suelen echar más imaginación en sus pláticas. Estos hacen barruntar a la gente embeleso de fantasía en la firmeza aparente de las palabras. Siempre hay una montañita, una torca, un desfiladero, donde tropiezan, caen o se despeñan los cuentos amenos, intrépidos, pavorosos del cazador, del marino antiguo, del mozo de labranza que estuvo en la guerra. Se ve la mentira a causa de esos accidentes, elevados o profundos, que van surgiendo en la llaneza jovial de la conversación. Porque la fantasía de estos hombres es casi lo mismo que el vicio inconsciente de los muchachos que hurtan al padre el dinero del portamonedas mientras duerme la siesta. El primer día se quedan tan contentos con veinte, con treinta céntimos. Otro día, estas buenas piezas no se conforman sino es con un par de reales. Aumenta la confianza, y con ella la avaricia. Y la confianza y la avaricia estimula la audacia. Lleg a un momento en que aborrece la calderilla. La plata es una gran tunanta, tiene un embrujo más intenso, provoca como el olor de un restaurante a un hambriento. Otro día cogen una peseta. El buen padre no se da cuenta. La siesta es la Celestina inocente de esas rebatiñas atrevidas y perseverantes. Otro día son dos las pesetas que salen sigilosamente del portamonedas. La confianza hace el peligro y la audacia se descalabró.

Así va pasando el tiempo con esta delicia furtiva del dinero. Dos pesetas son ya poco caudal. Hacen falta tres, por lo menos. Y se atreven con las tres pesetas. Y después con las cuatro. ¡Diablo, diablo! Esto ya es mucho dinero. Ellos a veces creen que el padre es tonto o desmemoriado. En el portamonedas hay ocho pesetas y se enganchan bonitamente cinco. Aquel día truena en la casa. Job retumba y se estremece. El padre es la centella y la madre el pararrayo. Aquel día retiembla la casa lo mismo que el suelo de un molino...

Pues lo mismo que con los muchachos que tienen ese hábito sucede con

la fantasía del mozo, del cazador, del marino, del vago que vive de la mendicidad... Un día dice que fueron dos lobos los que cayeron; dos naufragios; dos mandoblazos de muerte, o que son cinco hijos los que esperan ansiosos un zoquete de pan. La gente lo cree. Después, tres lobos, tres naufragios, tres mandoblazos, ocho hijos. Más tarde viene la elevación a potencias: ya son muchos lobos, muchos naufragios, muchas cabezas rotas en la batalla; muchos hijos los que no tienen nada que llevarse a la boca. La gente se mira y sonríe burlona...

Pero éste, no. Ni una torca, ni un desfiladero en el camino de palabras por donde nos lleva. Tira un rumbo de pensamientos y de memorias y no se desvía, aunque el auditorio intente desorientarle o aturdirle. Siempre la misma expresión naturalísima, la misma escritura del episodio, la misma sencillez. No hay modo de cogerle en un mal avío del discurso. Contesta a mis preguntas sereno, sonriente, como el que dice unas cuantas verdades sin transcendencia o como el que ha concretado la mentira en un armadijo de palabras exactas, discretas, justas, que es el estilo de los embusteros finos. Yo no sé si será verdad o será mentira lo que me está contando este niño. Lo mismo puede ser un capítulo de novela social imaginada que un trance evidente y angustioso de vida harapienta, de implacable zarandeo. Si no es realidad lo parece. Lo que sí es verdad es que tiene nueve o diez años, que anda mendigando por las tabernas con una espuertilla de mimbre sucio, que sonríe a la gente como lo harían los canes abandonados con las personas que les echaran un hueso; que tiene unos ojos vivaces; que habla lo mismo que un Rinconete y un Cortadillo, limpio es de pecado, pero ya cerca de las trazas y sutilezas de Monipodio. Lo otro lo mismo da que sea verdad que sea mentira. Es lo que cuentan todos los que se acercan a pedirnos una limosna. Siempre un torcedor agrio de desgracia, una orfandad, cualquiera de los infinitos motivos que tiene la gente para pedir al prójimo. Puede ser un pequeño pícaro amaestrado por los padres ociosos y cínicos a fuerza de palos o el efecto de una terrible realidad llena de dolores y de fracasos.

Lo que nos importa es la consecuencia, lo que sale de ese drama o de esa picardía, del ocio o de la angustia de los padres. La consecuencia es ahora este niño que habla conmigo, que anda por ahí todos los días, risueño el semblante, listo, respetuoso, que parla con desparpajo simpático y cuenta los belenes de su vida con desenvoltura de comediante diestro o de precocidad adquirida rápidamente con lecciones de golpes, de infortunio, de circunstancias muy negras. Su figurita exigua es la representación maliciosa o trágica de lo que sucede en muchos hogares: un vicio o una necesidad; un odio vivo, profundo, al trabajo o un deseo también vivo y hondo de actividades, de salarios, de volver a coger la herramienta ya polvorienta y mo-

hosa de tanta quietud. Un deseo honrado que va adoleciendo hasta convertirse en un rencor consciente, justificado, naturalísimo, que lo mismo puede estallar en un sollozo que se va formando en el pecho, que en una actitud violenta del carácter o una agitación colectiva hecha idea, afán de justicia definitiva, táctica constante de los que sufren porque no tienen contra los que ríen porque les sobra.

Sigue el niño su ruta urbana con el sucio cestillo de mimbres. Da pena contemplar su traza miserable. Mira receloso a lo largo de la calle estrecha. Sus carrillos están encendidos de sol, sus cabellos pegados a la frente. Al llegar a la esquina se detiene, sus ojos muestran zozobra, están asustados, muy abiertos. Un guardia le ha puesto la diestra en el hombro, y el niño empieza a llorar silenciosamente. Yo presencio una cosa extraña. Pienso en don Quijote libertando a los galeotes. No sé qué pensamientos habrán cruzado la frente del hombre vestido de uniforme, ni qué sensaciones sentimentales habrá sentido en la conciencia. Ahora es el guardia el que mira inquieto a su alrededor, con temor, con cierto sobresalto. Parece un gigante que tiene miedo a un enano. Pero no; no es esto, señor. Es otra cosa más extraordinaria, más asombrosa. Están luchando unas ordenanzas inflexibles con unos buenos sentimientos. El guardia mete la mano en el bolsillo y da una limosna al niño, sin dejar de mirar a lo largo de la calle, inquieto, con recelo, con sobresalto, como si estuviera cometiendo un delito. Después le dice con voz de lástima:

—Vete, hombre, vete... No andes así tan descarado, que a lo mejor das con otro y te meten allá arriba... Ten más cautela, hombre, ten más cautela...

El niño le mira sorprendido. Se limpia las lágrimas y se va de prisa, con los carrillos encendidos de sol.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 9-VII-1933.

400.—ESBOZOS. LA CIUDAD Y LA ALDEA

Elevad al hombre a la dignidad del hombre.—FICHTE.

De vez en cuando conviene dar una vuelta por los pueblecitos. La ciudad lo sabe todo; discute con frenesí; lee los periódicos; va a las conferencias; escucha la propaganda de esta y de aquella doctrina; grita y se exalta en las tertulias y en los círculos; aquí elogia, allí censura con acri-

tud, más allá remolonea, en otras partes desfigura la verdad con tajazos violentos de envidia, de mala fe, de espíritu de contradicción. La ciudad sabe a qué atenerse en los caminos sinuosos o rectos de la política; se enter, analiza, compara, escucha, conoce la raíz de esta reforma, sondea en la enjundia de aquella ley, sabe compenetrarse con la eficacia de este decreto o muestra un criterio de enfado, de repulsa, de duda. Tiene sobrados elementos de educación política y social. En esta característica, el ensanchamiento ha sido prodigioso. Antaño las ciudades se distinguían de las aldeas nada más que en el ruido, en el tráfico, en la arquitectura. Esos elementos que esclarecen la doctrina, que enseñan las diversas tendencias, tan extraños eran en las capitales y en las villas prósperas como en los pueblecitos agrarios o marineros. Porque la política no era un conjunto de propósitos, de impulsos fervorosos, de ansias y entusiasmos para seguir este o aquel rumbo. La mayor parte de la gente no sentía estas cosas, no sabía el espíritu, la táctica, la estructura ideológica del partido en que militaba. La política no era doctrina convertida en devoción, ni dinámica con génesis de nobles convencimientos. De desinterés, de afán espiritual. Se hacía propaganda sistemática con tarjetas de recomendación, con amenazas, con promesas, con empleos, con sementera de favores o de esperanzas. Núcleos de agradecidos, de ambiciosos, de pretendientes, no de compenetrados con la idea, con la técnica, con el procedimiento. Grupos de hombres temerosos, tragaldabas, habiecas, cazurros, que iban a lo suyo. En unos el acicate del miedo, en otros la inocencia, en éstos la picardía, en aquéllos un pensamiento prerenne, vergonzoso, encendido con las candelas de la vanidad y del negro personal.

Aunque quedan grandes resabios de estas cosas inevitables. Pero ya no es la represalia, la carencia de elementos inteligentes y constantes de propaganda ideológica, el desconocimiento de las diversas áreas que forman el mapa de la política. Es el hombre, el hombre que busca su acomodo en la mesa que cree más propicia a sus apetitos. Rebulle la ciudad en trajines intelectuales de polémica; lee; posee medios poderosos de orientación; está en contacto permanente con las Bibliotecas, con los periódicos, con todo lo que es menester para adquirir conceptos concretos de las diferentes ideas; con todo lo necesario para quitar la niebla de esta ignorancia o esclarecer el postulado, que no llega con facilidad a nuestro entendimiento. Elementos múltiples y eficaces para persuadir, para ilustrar, para robustecer nuestra condición o para enmendar el camino si es que la conciencia nos estimula a ello con sus reproches. El desacuerdo entre el hombre y la colectividad ha de ser siempre por imperativo de la razón, nunca por acicate de soberbia, de gula malograda, de ansias egoístas que no encontraron impulsos favorables.

La ciudad indaga, sabe todos los rumbos de la bitácora política. Quien se extravía no es por ignorancia, ni por falta de buenos hitos de situación, ni por desconocimiento de las doctrinas y de sus mentores. Se extravía porque tal es su deseo, porque no quiere salir de sus limbos, porque aunque tenga la afición puesta en el Norte, por ejemplo, camina hacia el Sur, que es donde cree percibir el favor, la dádiva, la realidad sustanciosa de unos deseos íntimos que no dejan descansar a su ánimo. Picardía, conveniencias, inercia; pero no ignorancia. Si existen borregos típicos es por capricho o tara de su voluntad, porque no quieren salir de esa condición, porque puede más en ellos la bellaquería y el egoísmo que la inteligencia y el deber. Nunca por falta de libertad, de enseñanzas éticas, de buenas luces de situación...

Sí; de vez en cuando conviene dar una vuelta por los pueblecitos. Siempre se logra acopio de observaciones para llenar la mochila del cerebro. Entre las esencias cordiales de la yerba, de la malva, del acebuche, del tópico literario del romero, el escritor siente más la lírica que los movimientos de los hombres. Pero ahora hay que ir a los pueblos renunciando al paisaje, al romance, al silencio. Hay que ir con preocupaciones humanas, a conversar con el hombre, a enseñarle, a decirle honradamente lo que nunca se le ha dicho con sinceridad, con amable desinterés, con energía bondadosa.

De antes, a lo mejor me encontraba en un portal, en una pradera, en una mies, en cualquier parte, con un grupo de buenos labriegos, que hablaban de política como un niño hablaría de metafísica.

—¡Oiga usted, tío Santos!... ¿Usted qué es, liberal o conservador?

—Yo soy liberal...

—¿Y por qué es usted liberal?

—¡Ay qué Dios!... Porque lo es don Anselmo, que es el que entiende algo de esas cosas de los gobiernos... A mí lo mismo me da una cosa que otra... ¿No le parece a usted que lo mismo suena un cencerro que un campano? A mí me dice don Anselmo: Santos, tú tienes que ser de los nuestros... Y Santos se va con ellos...

Don Anselmo gastaba unas barbas taheñas, respetuosas. Estudió leyes en Valladolid hace treinta o cuarenta años. Después tornó al pueblo a administrar su hacienda. Cerró los libros en un viejo armario de nogal, se casó con una hidalga y echó a andar por las cambras de la política, unas veces con el arcipreste y otras en contra del arcipreste.

—Y usted, tío Juan, ¿qué es?

—Pues el año que pasó fui liberal; pero este año estoy con los conservadores... El año que viene no lo sé; según el cariz de don Vicente, que es el que se entiende con la gentona de por allá...

Don Vicente era un buen hombre, que de joven estuvo en Chiclana, en el Puerto de Santa María o en San Fernando. Hizo unos ahorros, volvió a la aldea, puso una taberna, compró unas tierras, unas vacas tudancas, un castañar en el monte. Y también echó a andar por las camberas de la política.

—¿Y usted, tío Francisco?

Tío Francisco se ríe brutalmente, como un héroe de la Odisea...

—Hombre, pues yo soy de...

Y señalaba la torre maciza de la iglesia.

—Yo siempre soy de...

Otra vez me indicaba el campanario.

—Allí nunca falta, ¿sabe? Siempre hay cosecha...

Ahora, en la renovación de procedimientos, en la mudanza de maneras y de técnicas, tío Santos, tío Juan y tío Francisco, o tienen un concepto arbitrario del nuevo régimen o desconocen el significado, la intención, el fondo y la forma de la república. O se agarran como yedras al tronco de lo atávico o hiperbolizan las ventajas del cambio con imaginaciones desaforadas. Por eso; por falta de elementos imprescindibles de divulgación sana, sistemática, veraz. La ignorancia continúa poniendo niebla en los pueblecitos que no leen periódicos, ni libros, ni oyen más plática que la del señor cura en la misa dominical.

—Oiga usted, tío Santos, ¿qué le parece la reforma agraria?

—Hombre, díjome don José que es lo mismo que escribir unas letras en el pozo del río o como hacer que una rámara toque las campanas...

—¿Y usted qué dice, tío Ricardo?

—Hombre, hombre, ¡como hay Dios que es una cosa buena! A mí me dijo Federico cuando vino de Santander a la boda de su hermana que la mies que tengo a renta será mía, mía... Y que los amos tendrán que aguantarse como si fuera un embargo...

A su rostro sale el alma contenta, convencida, impaciente. Y se ríe también como tío Francisco...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 16-VII-1933.

401.—ESBOZOS. LA NOVELA Y LOS PROBLEMAS COLECTIVOS

La novela ha evolucionado en estilo, en dinámica, en técnica, pero sigue la misma línea característica de las concepciones primitivas en lo que

se refiere a los elementos objetivos. Tópicos de humanidad, de sentimentalismo, de materialismo espontáneamente realista, embellecidos por la manera de hacer, con resplandores de ingenio, con la fineza del léxico. Unos cuantos tópicos —cosas de la virtud y del pecado— presentados en diversidad de formas dramáticas o humorísticas, dulces o llenas de acritud: desamores, arrogancias, adulterios, heroismos, cobardías. Originalidad en la estructura literaria, en la descripción del hombre y del paisaje; pero siempre los mismos materiales, las mismas fuentes de acopios, que no podían ser otras que las que brotan de las manías, de los prejuicios, de las picardías, del fanatismo, de la inocencia, de la maldad, del odio, de la misericordia, de la desgracia. Todo lo que gobierna la vida del individuo, todo lo que produce llanto o risa. Algunos, siguiendo el consejo de Flaubert, han contemplado las cosas, pretendiendo encontrar en ellas un aspecto que nadie haya visto. De estas contemplaciones han salido descubrimientos, unas veces llenos de aberración, antiestéticos, hórridos, y otras veces injertados en una metafísica arbitraria y audaz. Es imposible hallar cosas nuevas en el mundo moral. No hay nada por descubrir en esa abreviatura del mundo que se llama hombre. Sutileza del léxico, de la idea convertida en emoción o en humorismo, de las inclinaciones del escritor, que son consecuencia de su temperamento optimista o atormentado, de sus regustos o de sus antipatías. Donde uno encuentra motivo de alborozo, de alegría ancha y cordial, de virtudes extrañas, de bondad y estética de costumbres, ve el otro desenvolturas falsas de júbilo, actividades hipócritas, expansiones ficticias que no concuerdan con la realidad profunda de lo interno. En un mismo ambiente, con los mismos personajes, con idénticas vicisitudes, dos ingenios antagónicos ven la vida de distinto arte, y la analizan con el recelo desabrido o con la jovialidad exaltada del propio carácter. Unos ven poesía, ánimos limpios, rostros amables, esencia pura del sentimiento, de la voluntad, de la nobleza, de la justicia. Otros, en el mismo instante, en los mismos gestos, en las mismas palabras, venían la antítesis de esa poesía, de ese decoro íntimo, de esas ideas. Todo radica en el temperamento, en el criterio que nos hayamos formado del arte, de la gente, de las costumbres. Un escritor va a un pueblo; sube a las majadas, contempla la arquitectura anodina de los alarifes agrarios, oye las campanillas pastorales, los arroyos, todos los rumores que salen del monte, de la mies, de la iglesia, de la taberna, de la pradera. Observa el desenvolvimiento del trabajo, de las fiestas, de los recreos populares. Su espíritu está contento; siente las delicias de estas cosas. Ve vigorosísimas reminiscencias de un amable patriarcado remoto, herencia moral de clan primitiva y montaraz. Cada rumor es un tintineo cristalino de lo antiguo, que le deleita el alma. Lejanía del romance, de la égloga, de las cuerdas del rabel. Su ima-

ginación resucita el pasado y le infunde vida con el estímulo de los bosques nemorosos, de las cayadas, de los zurroneos rubios, de los tamboriles. Le infunde vida en su entendimiento con fervor íntimo, como un cristiano ejemplar reconstruye en los senos de su espíritu los caminos de Jesús. Su filosofía todo lo contempla transparente y bello. No hay laberintos morales difíciles de sondear. Todo tiene clamor y hermosura. Aquella gente marcha contenta, resignada y noble, con sus cansancios y su brío, pensando siempre en las inquietudes naturales que dan los trajines, los afectos religiosos, los buenos o malos vientos de la labranza. Todo lo encuentra puro y robusto de cordialidad y sencillez. Y de estas sensaciones nace un poema que es un elogio vehemente, ardoroso, a lo actual de aquel pueblo, a sus herencias etnológicas, a sus características morales, a lo íntimo y a lo externo...

Otro escritor llega a esa misma aldea. Tiene preocupaciones y conceptos sin nexo alguno con sedimentos venerables. Menosprecia las majadas, las campanillas pastorales, los ruidos virgilianos de la naturaleza montés. No le importa el pasado, ni el estrato de leyenda, ni las cuerdas tensas de un rabel cantando en unas manos duras a la puerta de una cabaña. Sus inclinaciones están cautivas en una filosofía concreta de lo moderno. No de civilización, ni poesía, ni delicias humanas, donde el otro recreó la inteligencia, el ansia, el arte. A él no le placen los rumores del monte, del río, de los fresnos. En los mismos motivos en que el otro halló —o creyó hallar— sensaciones y efectos sin tacha, encuentra éste —o cree encontrar— motivos de simplezas arcaicas, pecados atávicos, conductas irredentas, ignorancias, servilismos, conciencias torpes y egoístas. El uno vio un resplandor y el otro una sombra. El uno escuchó embelesado, como si tocaran unos cuantos albugues finos, dulces, bien concertados. Y el otro, como si sintiera muchas campanas rotas, golpeadas con piedras de hondas bárbaras...

Todo está en el temperamento; el temperamento, que es la creencia o el escepticismo, lo sentimental o lo cerebral, lo que acoge o lo que rechaza, lo que ama y lo que odia. Y la novela es el temperamento del escritor en contacto con otros temperamentos que él analiza según su criterio de la vida y de los hombres. Un aldeano, por ejemplo, visto por un romántico como Chateaubriand, no nos hará sentir las mismas sensaciones que si nos le presentara Zola o la prosa rebelde humanísima —demasiado humana— de Panait Istrati, el bohemio rumano. Al novelista le sucede lo que al historiador: sus tendencias ideológicas influyen poderosamente en el desmenuzamiento analítico de este acontecimiento o de aquel personaje. El historiador comenta con su concepto de la época y del accidente. El novelista que es un historiador arbitrario, que tiene el archivo en la calle y los anales en el corazón de los hombres, en el ambiente, en las pasiones, describe también de acuer-

do con su concepto de las costumbres y de las doctrinas; con su temperamento.

Está muy bien la orientación que Barbusse defiende para el desenvolvimiento de la novela. Después de un período de crueldad, de fobia bárbara —la conflagración europea—, otro período de restauraciones, de exaltación enérgica del humanismo antes ultrajado. Está muy bien la novela de los problemas colectivos: novela de la guerra, de la intensa lucha de clases, de la educación, del trabajo, del ocio estéril, del sibaritismo provocativo, de las tendencias sociales. Campendio de muchas existencias, de muchos dolores, de muchos deseos, en motivos de enjundia universal. Tumultos, ansias, flaquezas de aneas humanas que es menester corregir o impulsar. El conflicto individual es un reflejo de la actitud de la muchedumbre, y ésta, a su vez, una consecuencia de la personalidad, de la conducta individual, aunque parezca una contradicción. De la novela de los grandes problemas colectivos puede salir un movimiento ascendiente de justicia y un reflujo de la avaricia y de la egolatría, que son quienes trazan casi todos los meridianos espirituales del mundo. Avance presuroso de la razón y retroceso remiso de esos vicios tan viejos y tan abundantes, que se traducen en afrenta a la miseria, a la humildad, a todo lo que padece resquemores de deseos justos que todavía no han pasado de esperanzas. Pero la vida no se compone únicamente del problema colectivo, de ímpetus ideológicos constantes, de inquietudes sociales sin reposo. Estas preocupaciones es verdad que son las más profundas y urgentes. Además de estas contiendas, de estas órbitas resaltadas de lo social, existen multitud de motivos a los que no puede hurtarse el escritor —el temperamento— y el que lee. Motivos que son precisamente esos sentimientos estéticos, agradables, recreativos, con los que se enfada el gran novelista. Desposeed al mundo de esos gratos descansos, de esos entretenimientos amenos y sanos y se volverá loco, zafio, lleno de tedio, a fuerza de presentarle páginas en que se hable de sus desgracias, de su infelicidad, de sus problemas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 23-VII-1933.

402.—ESBOZOS. DÍAS AGRARIOS

Las praderías altas donde ahora está la actualidad agraria de la provincia, donde cantan las tórtolas escondidas entre las yerbas. Praderas pindias,

resbaladizas, extendidas en las vertientes por donde viene rutando el quí-lón, por donde llegan los ábregos cálidos y las golondrinas. Praderas de las lomas, de los collados, con la sombra de un espino, de un fresno, de un ave-llanar silvestre. El ruido agrario está ahora allá arriba, en aquellas cumbres zarcas, en aquellas lomas calvas sin cierzo, sin cimera florestal. Madrugada de la actividad labradora que marcha por las cuestas arriba, por entre las árgomas y los acebuches, con un dalle, con un rastrillo, con el cuenco de una colodra. Las veredas que van a las praderías se retuercen como grandes belortos de tierra, rubios, oscuros, cenicientos. Aún no ha nacido el alba y ya se llenan de jadeos humanos los caminitos del monte, labrados por el tránsito del leñador, del cabrero, de los rebaños. En las praderas —remien-dos finos y suaves de las montañas— están ahora todas las ansias. Todas las an-sias, las complacencias, las preocupaciones, en un concilio de yerbas que son oro para el labrador. Él las contempla altas, olorosas, en una sazón de buen estío, y siente contento de fiesta, el reflujo de una inquietud que desaparece, que huye como una mala idea de un entendimiento bondadoso. Respira su esencia, recrea los ojos en las amables perspectivas de los prados con alco-res pequeñitos, donde muchas veces descansa el azor. En estas yerbas es-tremecidas por la brisa se esconde la paz o el tormento del invierno rural; una buena parte de la felicidad del labriego de ruín hacienda, si es que puede haber chispa de felicidad en la vida precaria, encogida, tímida, de los pobres aparceros, que si tienen para escarpines no les alcanza para camisa. Unos hombres buscan la felicidad en la satisfacción de un capricho, otros en la pobre satisfacción de lo imprescindible, de lo que necesitan; estos hom-bres que pican el dalle y labran los terrones, tienen su dicha en cosas tan insignificantes como son un carro de heno mustio y una estirpia de panojas rubias...

Figuras ágiles de segadores por los senderos. Los rastrillos parecen cru-ces en hombros de peregrinos que caminan de noche. Al alba ya estarán en-corvados los cuerpos. Y el rasgueo del dalle saludará a la estrella de la ma-ñana, a los primeros relumbres del oriente. Después la saeta implacable del sol, que pone al lombillo de color pajizo, que sofoca las caras y caliente el asta del apero. El lombillo, que es la línea albultada de yerbas, helechos y flores diminutas, trazada por el filo de la guadaña. En las manos de esta gente, el dalle, más que instrumento duro de trabajo, parece menester delicado de arte que saca sonidos de la tierra, como si la guadaña tañera las cuerdas frágiles de las yerbas. Y la gracia cantábrica de los movimientos, el ritmo de los brazos, la figura clásica del segador en su tarea, avanzando lentamente lo mismo que si midiera el prado a brazas, con una prolongada reverencia de rito antiguo y universal; del rito del trabajo, que también tiene su cielo

y su infierno, su dogma inflexible, su castigo y su recompensa. Todo el día el siseo del dalle, los rumores que salen de las fuentes, del pico fino de las tórtolas, del eje de los carros que bajan chillando muy traqueteantes con las grandes balumbas...

Los pueblos están silenciosos, las callejas desiertas. Hasta el río ha quebrado su vozarrón petulante, ronco, que suele rezongar a lo largo del valle como si tocaran lejos muchos campanos. El río enseña ahora muchas piedras blancas, pulidas, redondeadas. Parte de su lecho está enjuto y caliente de sol. No hay rabiones espumosos que encentan la ribera y se llevan los alisos, las palancas de las portillas, los puentes rústicos. Mansedumbre de estiaje entre unas orillas sombrías, verdes, en remanso de vegetación gozosa, de tierras de endrinos, de sauces chaparros, de morales espinosos. Y en medio, la corriente clara del agua, sin ruido, perezosa, como cansada de las prisas, de los retumbos, de los fragores del invierno; como si adoleciera su brío, su ira, su coraje bárbaro en una decadencia definitiva. En el invierno gesticula como un loco, rebrama, arrastra las piedras, lanza imprecaciones alborotadas de condenado, que unas veces parecen ecos de tronada y otras veces trotes de caballos en un camino ancho de piedra.

Ahora está silencioso, como todo el pueblo. El palo de un mendigo descaecido, lento, remiso en el caminar. El palo de un mendigo dando en los cantos con su regatón de hierro. Y el zumbido de insectos de aquí para allá en un aire caliginoso de siega. Algunas palabras de viejecitos aseados y afables, con gesto de bienaventurados, que conversan a la sombra apoyados en sus cachavones retorcidos:

—La yerba está buena, está buena... Que San Antonio nos guarde las vacas que la han de rumiar...

—Sí; está buena, está buena... San Antonio no quiso guardármelas a mí el otro estío... Se me despeñó una, la más brillante...

—La mi gente acabará allá para Nuestra Señora... Son ocho a segar...

—Pues la mía no sé si acabará para Nuestra Señora... No sé, no sé...

El silbo de algún muchacho; la voz rota de una viejecita que riñe a un nieto rebeco; el run-run de un estudiantón de teología que repasa sus lecciones dando vueltas por la sala; el pregón de un baratijero que lleva la vara de medir a guisa de garrote; el cántico de una lavandera; la tos de un anciano; los gorjeos de unos pájaros que andan ganándose la vida. No se escuchan más ruidos en todo el pueblo. En las casas nada más que han quedado los viejos; los inválidos; los niños que todavía no pueden con el rastrillo; los dos o tres señores que viven de sus rentas; algún jándalo recién

venido; el hombre robusto, de rostro ennegrecido, que martillea en la fragua...

Los rumores están en los prados, en el oro de la yerba.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 30-VII-1933.

403.—ESBOZOS. UN ESCRITOR MONTAÑÉS EN CATALUÑA

El pitero de Mazcuerras —bello Luzmela literario— se acercó a mí aquel día memorable. Es un hombre cenceño, moreno, noble, que caza martas con destreza cuando no tiene otra cosa que hacer. Madruga muy diligente, antes del alba, y sus tarugos van dejando hoyitos en el monte. Son días de primavera o de invierno. El pito está descansando en la pequeña estancia labradora. El pito no ha cesado de sonar en las fiestas campestres del estío. Salen los sones antiguos que parecen el canto llano de un folk-lore amable, bullicioso, lleno de jovialidad, desenredado en chasquidos, en redobles ligeros, en sonidos repiqueteantes y rápidos de tarrañuelas de madera de tejo. Después la preocupación de otros trajines. El instrumento duerme todo el invierno y el hombre busca otra inquietud donde ir rompiendo el brío poco a poco. Movimiento de la azuela, del hacha, de la legra, del aladro. Hoy labrando unas albarcas, mañana haciendo un rastrillo, refinando el asta de un dalle, cultivando la mies, cortando unos barroscos para la lumbre. Los hombres inteligentes de los pueblos siempre tienen algo que hacer. Constituyen un tipo clásico de desenvoltura campesina en que el ingenio y la afición al trabajo son alma y brío de actividad constante. La buena gente de por allá adentro tiene expresiones concisas, exactas, para exponer este concepto o aquella duda. Modismos de uso diario, de fibra vieja y clásica que resumen con justeza fina de vocablo lo que es barroquismo del lenguaje y de gestos en otros sitios. Vosotros preguntáis por cualquier persona. Aquel a quien interroguéis mirará el pico de sus albarcas, meditará un instante, clavará los ojos, con lealtad, en los vuestros y saldrá la respuesta lentamente, veracísima, sin rodeo, sin adorno inútil. Si la mujer por quien preguntáis es hacendosa, desenvuelta, llena de inquietudes afables, lista, os contestará con un dejo afectivo y enérgico:

—Hombre, por Dios... Esa mujer no tiene remiendo malo... Nada más, nada más. Ya sabéis lo que es no tener remiendo malo. Concepto que simplifica la amabilidad, la destreza, el espíritu de una conducta. Ni remiendo malo

en las vestiduras ni remiendo malo en el alma, si el alma pudiera remendarse como unas haldas o un delantal. Todo bien adquirido, aseado, decente, con claror permanente en la conciencia.

Si es un hombre inteligente, formal, trabajador, amigo de las costumbres que fertilizan la dignidad, el pensamiento, la enjundia sencilla y seria de las palabras, os contestarán, después de mirar el pico de las albarcas o las horcillas de roble, de abedúl, de castaño, esparcidas en el portal:

—Hombre, por Dios... No le hay más seguro y más amañado en toda la tierra...

Ya sabéis lo que es un hombre amañado. Frase que resume diversas cualidades sin tacha, formando una personalidad. Un hombre amañado en un pueblo montañés es el compendio de habilidades buenas; es el prestigio hecho a fuerza de dalle, de butrón pescador, de armadijos para las alimañas, de azuelas, de todas las herramientas agrarias. Y con sutileza inocente de arte rural en el adorno de un cuenco, de una peonza, de una carraca, de una colodra. Un hombre amañado lo mismo hace una masera que una estirpia, que las cambas de unas ruedas. Lo mismo levanta una pared que construye un horno. Es el que lleva mejor el timón del arado, el que echa más gracia al dalle, en una pradera pindia; el que remienda con más curiosidad una albarca; el que aprovecha mejor las horas y las cosechas.

Pues este pitero de Mazcuerras es eso: un hombre amañado, que es cuanto hay que decir. Después de las mieses y de los prados, tarugazos y tarugazos que tamborilean en las lastras y en la tierra dura del sendero. Rastros de tasugos, de martas, de ramilones. Él los sigue como un zahorí de cuevas, de sopeñas, de escondrijos, camina que te camina por unas cumbreres gloriosas, donde las piedras son como menhires, como dólmenes, como castros celtas...

Este hombre se acercó a mí en la plaza del Pueblo Español de la Exposición de Barcelona, y me dijo, mientras revibraba la romería montañesa:

—Mire cómo se limpia las lágrimas aquel señor...

Yo no conocía a aquel señor que me señalaba el pitero. Vi que le temblaba una sonrisa de emoción incontinente. Sus manos apretaban una boina negra; la retorcían, la estrujaban. La sonrisa se iba haciendo más temblorosa, y entonces se salían, sin recato ni disimulo, unas lágrimas como cuentas de rosario o granos de panoja. Rostro enjuto, pálido, de hidalgo o de místico; sencillez en la traza, vehemencia en los movimientos, buen aire de espíritu en la cara.

A los pocos instantes ya sabía yo quién era el joven aquel. Así conocí a Luys Santa Marina, que es como una labra, como una universidad, como un romance de la Montaña en Cataluña. Rápida compenetración de gustos

estéticos, de amor a la tierra, de inclinaciones. Él había devanado penas en las dársenas, en las calles de la marina imperial de Laredo, en los peñascos zafios de la costa. Yo las devané en otros sitios, lejos de la mar. Lo mismo da sufrir cerca de los remos que cerca de los cayados; lo mismo da estar en contacto con el chaquetón de los marineros que con las pellizas de los pastores; lo mismo da...

Me contó sus proyectos y le hice confidente de los míos, tan en agraz, tan inconcretos. Los suyos, no; los suyos eran consecuencia bien definida de obras que había lanzado al mundo y marchaban con vientos de laurel y de mirto. De su espíritu ya sabía yo mucho. Páginas y páginas de regusto clásico con agilidad moderna, con una técnica severa, bien disciplinada; con fragancia de una castellanía de pensamiento y de ansia. En el pueblo universal de las letras, Luys Santa Marina era ya un hombre amañado, que es cuanto hay que decir. Su último libro, "Cisneros", publicado recientemente, es como un canto llano de la literatura. Caracteres de la época el paisaje y la anécdota, el espíritu de las costumbres y el espíritu de las reformas, que son las grandes ruedas de la historia. La personalidad de Cisneros y el temperamento del escritor. Y una demostración ejemplar de técnica biográfica, de cómo debe escribirse la historia. Los anales aderezados con estilo; el criterio desposeído de las pasiones que tuercen la verdad o recatan el defecto o la virtud, el yerro o el acierto, donaire y léxico de solera en la narración del motivo histórico, en el juicio, en la estructura literaria; el estímulo que da el arte, el gracejo y la emoción del escritor; la malva o el espino, la nieve o la lumbre que tienen todos los hechos. Su literatura no tiene remiendo malo. Un hombre amañado en el pueblo universal del arte es el prestigio hecho a fuerza de manejar sus dalles, sus azuelas, sus arados, sus legras; todas las herramientas de la Filosofía, de la Historia, de la Poesía. Es el que mejor hace los surcos de los pensamientos en las parcelitas blancas del papel. Colodras, cuencos, estirpias, ruedas de cultura. Un hombre amañado es el que mejor aprovecha las horas, el ingenio, la meditación. Y el que tiene en la sensibilidad unas cuerdas tensas de salterio...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 6-VIII-1933.

404.—MERCADO DE LEYENDA

Estos hombres no saben nada. Su concepto de la literatura y del tópico extranjero acerca de España está inédito en un limbo cerebral. Apenas si

habrán leído otra cosa que algún periódico y los edictos de la alcaldía pegados en las fachadas. Ellos buscan el sustento honradamente en cualquier pequeño negocio. Y para eso no es menester estar enterado de ese tópico y de esa literatura. Lo mismo les da vender una cosa que otra; lo mismo da vender tarjetas postales con las suertes del toreo o con panoramas de paisaje y de arquitectura que navajitas insignificantes de Albacete o botijos de adorno, diminutos, con pitano que parece el pico de un mirlo. El pan lo mismo puede estar en un producto barato de cerámica que en el filo brillante, en miniatura, de un puñal que recuerde vejez de leyenda. No importa la nobleza o la villanía del objeto que enseña el mercader. Lo esencial es ir echando remiendo tras remiendo a los "sietes" que desgarran el espinoso de la vida, y que haya candela que atizar en la cocina, y sentir una delicia íntima de bienestar y poner grilletes y cadenas a esos forajidos del ánimo que se llaman desasosiegos, melancolías, amarguras. Y a esos otros forajidos del cuerpo que se llaman necesidades, vigiliadas, fríos, hambres. Este es el concepto de vida más generalizado. No hay, pues, que enfadarse porque unos mercaderes ambulantes coloquen sus bártulos a la orilla del mar y vendan panderetas y castañuelas a los turistas. Otros venden pedacitos de su dignidad, que es peor. Esto sí; esto es lo que ultraja a los pueblos, lo que menoscaba el prestigio colectivo, lo que influye en la historia, en la política, en el trabajo, en la familia.

Unas panderetas y unas castañuelas no reflejan la potencia educativa de un pueblo. Pueden reflejar las alegrías de una costumbre, unos bailes, unas fiestas, como otras cosas reflejan las costumbres, las danzas, los regocijos de otros países. En esto no hay nada abominable. Yo estoy muy contento de haber nacido en un país donde se toca la pandereta y triscan los palillos. Estas cosas pueden venderse, como las naranjas y las granadas, como cualquier producto etnográfico.

Peor es hacer mercado de la conciencia, de la dignidad, de la prevaricación. Los grandes tópicos afrentosos para un pueblo son formados por esas flaquezas del espíritu, no por lo pintoresco, que es como un descanso, como un alivio, como unas pinceladas optimistas de lo popular en el área fértil de lo intelectual, de lo ingenioso, de la arquitectura, de la ciencia, del arte. Unos venden panderetas a los ingleses; pues que las vendan, señor, si hay quien las compre. Con eso no se pone mácula alguna en el alma nacional. El mundo es un pañuelo y todos nos conocemos. Se sabe perfectamente lo que es Francia, lo que es Inglaterra, lo que es Alemania, lo que son todos los países. Se conocen sus alifafes y los nuestros; las picardías, las miserias, los esfuerzos, los sentimientos. Peor es vender las cosas que no deben venderse con menoscabo de la personalidad y de lo colectivo. Porque unos ven-

den el temperamento, otros la elocuencia, otros el ingenio, aquéllos las energías.

El mundo es una granjería redonda; un intercambio permanente de actividades, de fuerzas, de cansancios, de ocios, de deseos quebradizos o violentos, de gulas incontenibles, de cinismo, de virtud, de embustes, de sinceridades. Todo se vende en este zoco inmenso: lo bueno y lo malo, lo natural y lo artificioso, lo puro y lo que no lo es; lo nocivo y lo saludable. Unos venden sabiendo la técnica del oficio y otros con inconsciencia rutinaria, con sistema de costumbre anodina, que es el modo más cabal y más extendido.

En la granjería moral ocurre lo mismo. Unos explotan concienzudamente su temperamento, la buena o mala cosecha de sus cerebros, las habilidades psicológicas, el gesto, la modestia externa, que suelen ser vanidad adentro, donde queman o tiritan las grandes verdades del hombre. Otros no saben nada, no saben nada; venden su inconsciencia por costumbre iniciada en comienzos de vida. Muchas veces la indignidad, la hipocresía, la mansedumbre torpe, el servilismo, la avaricia, no son vicios aprendidos en la experiencia que dan las circunstancias; ni por maldad, ni por ambición, ni fruto de la picardía, ni vendimia de unos pensamientos fijos, disciplinados en un propósito; son tareas, defectos, torceduras que van creciendo con el organismo, que forman una inevitable naturaleza moral en ritmo constante con la naturaleza física, como latido de sangre y de alma, lo mismo que el retumbo y el eco. Cualidades que infunde el ambiente nativo, la costumbre familiar, el clima social en que comienzan a caminar. Así hay hombres que venden sin recato su dignidad, sus derechos, sus potencias espirituales como si tal cosa. No conocemos otros conceptos éticos de existencia. Creen naturalísima su conducta, creen que tiene que ser así y lo practican sin remordimiento, sin reproche secreto, con serenidad, en una inconsciencia de piedra y de alcornoque.

Por el contrario, hay otros que se adaptan, que buscan el momento preciso, que ventean la ocasión con deleite, con avidez de mastín o de lobo. Estos son excelentes mercaderes de la dignidad. Saben lo que venden, conocen la artimaña, el gesto, la reverencia, la lisonja, toda la liturgia de esa secta sin vías dolorosas, con Judas que no se ahorcan. Compenetración premeditada del carácter con la bajeza en que está envuelto el regalo, el salario, el privilegio. Pedacito a pedacito se va desprendiendo esa cosa tan rara que se llama decoro moral. Se trata de una venta consciente sujeta a unas normas concretas escritas en el cerebro, en el alma, en la voluntad. Son como leyes particulares, como un reglamento individual aprobado por unanimidad en un concilio silencioso y oculto, presidido por el estómago, que es el gran

torcedor de las ideas, del criterio de la prestancia ética. Todo es un toma y un daca. Se hace negocio de la virtud y de la humildad aparente, del prestigio, de la picardía, de la elocuencia, de lo divino, de las manías, de las vanidades. Éste vende su honra, aquél empeña el ánimo, convirtiéndole en manso si es rebelde; ése hipoteca la voluntad, el otro arrienda su condición brava y desvergonzada lo mismo que se arrienda un bancal, una viña, un olivar.

Y estos otros venden leyenda, como se venden las naranjas y las granadas. Tan pronto como un barco de turistas asoma la proa a la boca del puerto, el muelle comienza a llenarse de leyenda, que es cosa inofensiva. La gente se pone seria y contempla con enojo los panderos y las tarrañuelas, lo mismo que si fuesen puñales y pistolas, lo mismo que si los mercaderes fuesen piratas descansando a la orilla del mar.

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 17-VIII-1933.

405.—ESBOZOS. UNA FIESTA DE OCASO

Hoy se celebra la fiesta anual de los ancianos desamparados.

Todos los años en esta fecha dedico unas líneas a los ancianos desamparados; los ancianos desamparados que irán hoy en automóvil a la plaza de toros como burgueses apacibles que van a divertirse. Y parecerá como si los pequeños escolares que vuelven del hipódromo de tomar el sol y el aire gastaran una broma a la ciudad disfrazándose de viejecitos con unas caretas pajizas, con unas pelucas canas, con unos galeros señoriles, con unas chaquetas de lienzo fuerte...

Una fiesta que enseña la carne viva de un dolor antiguo lleno de maceraciones morales, de agobios definitivos, de deseos apagados. Todas las fiestas tienen olvido de penas y exaltación de las pequeñas o de las grandes alegrías que hacen nido de cigüeña o nido de colorín en las ramas del ánimo. Nidos grandes o nidos diminutos de esperanza o de alivio en todos los corazones, aun en los más resecos y exprimidos. Las fiestas son incoherencias extrañas, de instante, en el bien o mal concertado discurso de la vida, como si se pusieran en cautiverio todas las costumbres diarias, todas las preocupaciones, todas las actividades que cansan y maquilan las energías. Un acon-

tecimiento feliz, un hecho memorable, una fecha ilustre de historia, de religión, de herencia tradicional; una fecha que recuerda hitos de transcendencia vigorosa en nuestra vida, en la desenvoltura de un pueblo, de una raza, de una familia. Siempre motivos gratos, consecuencias de un heroísmo antiguo, de una grande y prodigiosa aventura de trances de amabilidad. Pero esta fiesta no; esta fiesta tiene cimiento de entraña dolorida; tiene raíces malditas que se bifurcan y entrelazan en la vida permanentemente. No rememora un día feliz ni una reivindicación social, ni una virtud singular, ni una victoria. Es el antagonismo más extremado de estos hechos. Se trata de una derrota, de una infelicidad, de una gran desgracia.

Para que se celebre esta fiesta han tenido que ocurrir mil cosas dramáticas; ha tenido que llorar y retorcerse de pesadumbre la decadencia natural o provocada de muchos hombres. Crepúsculo triste de vida que ya dejó muy atrás, muy atrás el alba. Es una fiesta de ocaso que recuerda descalabradas, llantos, desamparos inicuos en una casa, en un pajar, en un camino. Han tenido que ocurrir mil y mil cosas dirigidas por el egoísmo, que es la batuta del concierto del mundo. Lo afectivo se enerva, se disimula, se esconde en el matorral enmarañado de la conciencia cuando nos cuesta un poco de sacrificio o de incomodidad.

Nadie quiere cargas estériles, ni huéspedes tullidos ni manías persistentes de viejecitos, que son lo mismo que los caprichos de los niños. Estorban las herramientas inutilizadas, los muebles inservibles, los menesteres rotos, lo caduco, lo inútil, lo que no adorna ni aprovecha.

El hombre conceptuado como un apero destrozado, como una barca agrietada, como un carro sin ruedas...

Ya no pueden las vacas duendas con el carro. Son viejas, perezosas, se cansan en la besana. Cada brazado de yerba que se las da cuesta al hombre un suspiro muy largo y profundo de avaro que tiene que soltar una moneda sin el tanto por ciento. Y las vacas duendas van un día camino de la feria. Es menester venderlas a los tratantes de las blusas largas. No pueden con el yugo, jadean, se paran; cada surco les cuesta más tiempo que el conveniente. No hay más remedio que venderlas.

Un matrimonio viejecito en casa de un hijo miserable es lo mismo que unas vacas duendas. Un viejo, a lo mejor, ha estado llorando toda la noche sepultado en el jergón de hoja, bajo un cobertor de remiendos. Después de llorar se ha levantado, ha besado a los nietos, ha vuelto a llorar, se ha despedido de todos los cachivaches de la casa...

—¡Vamos, padre, que ya es tarde!

El viejo le mira con angustia, está anonadado, pálido. El viejo no sirve para nada. Sus bríos se quedaron escondidos en una larga estela de cansancios. Estorba en la casa, se le menosprecia, se le empuja, se le mira de reojo cuando parte el pan o mete la cuchara en la fuente.

Las vacas duendas van a la feria y el viejo va al asilo. El hijo le mete prisa, le dice que ya va siendo tarde, que es menester echar a andar...

Los viejecitos desamparados se habrán despertado hoy más temprano que otros días. Sus tristes memorias se quedan dormidas en los limbos del cerebro. No ven los caminos antiguos donde devanaron sus penas; no sienten nada amargo; no experimentan las sensaciones de unos recuerdos acres que traen colores, esencias, paisajes y rumores del pueblo lejano. Es un remanso en el alboroto íntimo de los recuerdos. Se han levantado más temprano que otros días como niños ávidos, impacientes, en la mañanita de leyenda de los tres reyes peregrinos. Oyen la campana del convento que toca cristalina, ligera, muy alborozada, y les suena lo mismo que las campanillas y las carracas de Navidad; lo mismo que los grillos, las flautas, los pájaros. No piensan más que en cosas amables y dulces. Se ha escondido el pasado, y el presente resalta como una colina, como un resplandor en la tiniebla, como un árbol en el estío de una estepa. Empieza a cantar una delicia secreta, se alivia el resquemor, se van cerrando las grietas. Miran al cielo con impaciencia temerosa, con ansia de muchacho que va de camino, muy de mañana, a una fiesta. Si hay nubes oscuras, el rostro se pone desabrido. Una intensa desazón comienza a picotear en el espíritu.

Pero después viene la esperanza, que es el lucero, el pan, y el vino y la miel del corazón. La esperanza, que corre por encima de los años, de las vicisitudes, de los cansancios, lo mismo que un águila o una paloma. Nunca falta este vuelo del pensamiento, que es el único regalo que da el dolor, el único regalo del espinar de los malos tiempos de las congojas morales, de las aflicciones. La esperanza, que es la rienda de muchos pensamientos desconsolados; la que estimula, la que levanta, la que va restaurando las ruinas del fracaso, del engaño, de la desesperación. Cuando adolece esta gracia es que el hombre ha perdido el tino. Los viejecitos, no; los viejecitos contemplan las nubes oscuras y esperan un claror gozoso que todo lo ilumine. Poco a poco va desapareciendo la inquietud, adquiere el semblante expresión ingenua de contento. Toda la mañana se llena de vísperas de felicidad. Descansan las memorias frías, las memorias que de vez en cuando dan tormento y solimán. Plenitud de olvido, de suavidad, que quita el escajo, que hace que respingue hasta la misma flaqueza.

Los viejecitos están hoy contentos como niños encaramados en un cere-

zo. Se han despertado más temprano que otros días... A su paso por las calles gesticularán alegres, os dirán adiós con el pañuelo...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 20-VIII-1933.

406.—ESBOZOS. EL INTELLECTUAL PARADO

En La Coruña se ha creado una entidad para proteger a los intelectuales parados.

No es que esté raída, ni sucia, ni deshilachada. No se conoce en estas huellas de desastre la vejez de la indumentaria de este hombre. Visto de lejos, no llama la atención por su ruina; visto de lejos, parece vestido señoril, decoroso, casi recién estrenado. Pero si os detenéis un instante y conversáis con él, la impresión se modifica. No es que tenga manchas ni que esté raída, ni que presente indiscreciones de recosidos la chaqueta de vuestro amigo; pero, sin embargo, el lienzo os lleva al ánimo sensaciones de derrota; de tiempos malos; de tormentas que están desmantelando a una casa; de disimulos que pretenden esconder una verdad lamentable. No es la desgarradura, ni el relieve del zurcido, ni el discreto artificio de una puntada. No se observa ninguna de estas composturas en la americana de este señor a quien saludáis con verdadera y afectada cordialidad. Es el color, el color que adolece, como el rostro de un enfermo, como la pintura de una fachada, como la cubierta de esos volúmenes que toman el sol permanentemente en el escaparate polvoriento de una librería, de Azorín o de Baudelaire, en una villa medio muerta. El color, que se va enervando con lentitud, que delata muchos sinsabores, que enseña las preocupaciones, los decaimientos, la ruina, el cansancio.

Esta chaqueta fue azul, por ejemplo, en sus buenos tiempos; un corte fino, cuidadoso, sin defecto visible; ese corte que a veces da personalidad, prestigio, buena boda, buen empleo. Porque más ha conseguido el artificio sutilísimo, correcto, elegante, de una americana, que la sinceridad, la corrección, la elegancia de un carácter. Lo que no ha conseguido el talento, la actividad fértil, la condición moral, lo ha logrado, a lo mejor, una chaqueta de buen paño, con etiqueta de un sastre prestigioso. Una apariencia constante, hábil, ecuánime en su táctica, puede llegar más lejos que una realidad sensata, honorable, con una recta vigorosa por conducta, con una

plenitud veraz de sentimientos y de energías, que es lo que más se aproxima a la perfección. La chaqueta de este señor fue azul. Se adquirió en tiempos de prosperidad, cuando no se piensa en los caprichos zafios y crueles del sino. Este hombre conserva un exterior decente, contemplado a distancia. Entre la multitud pasa desapercibido; no se distiguen los signos de su decadencia económica, no se observa el más insignificante rasgo de su pobreza y de su abatimiento. Hay que aproximarse a él y dejar que los ojos recorran sus trazas, mientras os habla de cosas que no tienen contacto alguno con su actualidad malaventurada. Cosas de libros, de dinámica intelectual, de leyes, de arte, de investigaciones científicas. Se aturde con sus palabras rápidas, calientes, desbordadas. Él tiene una carrera; pero no tiene dónde ejercerla, que es lo mismo que el que posee un oficio y carece de trabajo. Vosotros le creéis con algunos ahorros; al verle pasar, siempre con la misma desenvoltura, con el mismo talante, digno y tranquilo, pensáis en unos ahorros, en una pequeña renta, en una herencia.

Un día os convenceréis del error de vuestro criterio. Estáis cerca de este hombre, escucháis su conversación, paseáis un rato en su compañía. Inconscientes, primero, y después muy atentos y curiosos, percibís señales que os inquietan. Brilla la chaqueta; las solapas bisuntas; el cuello, las mangas; va adquiriendo el paño un matiz blancuzco, como encanecido de trabajo, de resoles, de intemperie, de lluvia. En la sombra no se perciben estos alifafes, no se concretan las huellas que ha ido marcando el uso excesivo, no se nota el brillo peculiar del traje que se está echando a perder.

Bajo los árboles, en día turbio, en ambiente nublado, en penumbra de Ateneo, de Biblioteca, de librería, no se ven estas máculas. El azul parece intacto, joven, bien conservado, con trazas de durar todavía mucho tiempo sin agravio del decoro. Al sol todo reluce, todo parece nuevo, optimista, brillante; hasta las mismas ortigas, y la piedra del camino, y los cardos y el polvo. Una chaqueta vieja, no; una chaqueta vieja, tendida en el tronco andariego del hombre, enseña lo más nimio y recatado de su ruina, descubre todo lo que nosotros quisiéramos tener oculto para que la gente no se ría o no se compadezca; muestra al curioso la desolladura, lo descolorido, la mancha, lo resobado de los codos, todo lo que no ha podido arreglar el cepillo, el agua, la plancha.

Ya no pensáis en la pequeña renta, desecháis esta idea y os dais cuenta del ultraje que está haciendo la vida en el ánimo de este señor, que tiene una carrera a la que le llevaron inclinaciones incontenibles de juventud. Aprendió a defender pleitos, a enseñar a los niños, a despachar recetas, a familiarizarse con la química, con la arquitectura, con los procedimientos científicos que es menester llevar a la agricultura, con las disciplinas mercantiles.

Aptitudes que empezaron a desenvolverse con brío y vocación, con deseos profundos de prestigio, de ir avanzando con prisa. Os convenceréis de que este hombre, que visto de lejos, entre la muchedumbre, al pasar a vuestro lado, sin detenerse, parece un rentista modesto, carece de lo más imprescindible, lo mismo que un forjador, un carpintero, un oficinista, un albañil, que hace mucho tiempo que no trabaja. El no os habla de sus inquietudes ni de los tormentos constantes que le abrasan el ánimo, ni de sus cavilaciones incesantes, doloridas, sin claridad, sin una candela que le oriente y le anime. Ha bastado un instante, mientras le apretáis la mano, mientras lía un cigarro, mientras os pregunta por un amigo, para que un recelo, mezcla de sorpresa y de lástima, cruce vuestra frente. Un detalle baladí estimula vuestra curiosidad; os hace observar con más insistencia; os insinúa un caminito accidentado, que recorréis con los ojos atentamente, despacio, disimulando. Y después, otros caminitos que se entrecruzan en el paño lo mismo que líneas de senderos en una creta sin hierbas, lisa, quemada.

De pronto habéis penetrado, como zahoríes, en lo íntimo de esta naturaleza espiritual; habéis ido desde la envoltura a la entraña, desde la traza exterior al recoveco más escondido de lo moral. El lujo puede ser apariencia, gala ficticia, engaño torpe, vanidad alimentada a fuerza de sacrificios corporales, de ayunos, de penitencias de la materia. También el traje estropeado, macilento, con calveros de manchones, con ceniza de pitillo, es muchas veces apariencia, engaño, vanidad, copia grosera y estúpida de lo que es naturalidad, abandono, despreocupación en temperamentos formados en contacto perdurable con las letras, la ciencia, el arte. Se conoce en seguida lo que es consecuencia de lo vanidoso, de lo despreocupado, de lo que está en ruina y siente vergüenza de su decaimiento. En este hombre lo bisunto de la vestidura es consecuencia de necesidades violentas, implacables, que le persiguen con saña tenaz, rabiosa. Él quiere ocultarlo como una culpa, como un vicio, lo mismo que se disimula un defecto; pero hay tachas que no pueden esconderse. Su chaqueta lo muestra todo; su chaqueta es un reflejo de su vida, de sus quebrantos, de las esperanzas que se van consumiendo, del fracaso de unos propósitos nobles, limpios... El tiempo le ha traído tempestades y nieblas; el tiempo ha enervado el color de su vestido y el color de sus pensamientos. Estudió con afán, fue amontonando libros, papeles, cartapacios; comenzó a trabajar con el regusto romántico que todos los hombres sienten al iniciar la práctica de su profesión. Concepto justo de la responsabilidad, trajines intelectuales, actividades del entendimiento, unas alegrías serenas, unas esperanzas. Y después el paro, el desvío de la mala suerte, la crisis del trabajo como un hito de miseria, como una muralla, como una sima, en la desenvoltura de este hombre que es abogado, farma-

céutico, ingeniero, licenciado en ciencias o en letras, maestro, arquitecto... La torcedura persistente, agobiadora, cruelísima de este hombre silencioso, culto, digno, que también necesita leyes protectoras como el carpintero, el albañil, el fundidor, el campesino...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 27-VIII-1933.

407.—ESBOZOS. LA INFANCIA Y EL CINE

Todas las calles se llenan de cosas de hogar. Parece que los niños van de mudanza; que huyen sobresaltados, presurosos; que corren de unos enemigos inclementes, con los bábulos auestas, al comienzo de la noche. Prisa de niños con los carrillos encendidos; prisa de niños impacientes que no entienden el reloj; que no saben si es tarde o temprano, que no hacen caso de la fatiga porque van a divertirse. En sus hombros se tambalea una vieja silla de comedor pobre o un banco duro como tajo campesino o una caja de tabla mala de las que regalan, de vez en cuando, los abaceros de barrio a los pequeños clientes. Todos van con su carga, un poquitín encorvados, con el rocío caliente del sudor en la primavera del rostro. No hay mortificación ni cansancio cuando el camino nos lleva a un instante de felicidad. El momento imaginado, aunque esté muy lejos, a la otra banda de muchas cimas y de muchas hoces de fatiga, es un consuelo permanente, una línea suave, derecha, como un buen rumbo, dentro de la ruta de nuestras actividades. No cansa el camino de romería, ni las veredas que van a parar a la fiesta ni las pendientes que conducen al lugar donde está la recompensa, el regalo, el logro de un deseo. Los trabajos, en vísperas felices, en vez de enervar, acrecientan el brío. Estos niños caminan con un peso que no les cansa. Casi no sienten el contacto de los objetos que estorban su desenvoltura, que les hace marchar con lentitud, con un temor secreto a llegar tarde.

Puede más el regusto, el frenesí inocente, la idea fija, clavada en un lienzo blanco donde se van a mover unas figuras chistosas; unas figuras vertiginosas de caballos, de automóviles. El pensamiento reconcentrado en el próximo instante con complacencia, con delectación, con una sonrisa de gozo, anticipo de una carcajada larga, jovial, saturada de ingenuidad, cuando las figuras de los cómicos desenreden sus peripecias chistosas. Las sillas estorban, traban los movimientos, cansan los bracitos, el agraz del músculo.

Pero no se hace caso del escozor ni de la distancia, ni de los tropiezos. Apenas si se nota que se lleva un banco al hombro o una silla en cada mano. Adentro hay una barbulla de emociones, de sabores de panal, de deseos que brincan como corzos. Sensaciones que vienen a ser para el alma del niño lo mismo que el sabor de la fruta, del regaliz, de las galletas doradas del barquillero. Todo es en la mente resplandor de película, trote bárbaro de caballos, plumas de pieles-rojas, velas de bergantín, cofas de acorazado, ruido de motores, artimañas y gestos de detective, bastoncitos gimnastas de Charlot, ruedas de bicicleta subiendo una cuesta agria, escafandras de los buzos, que parecen mitos del mar o pajes robustos y viejos de las sirenas... Van caminando con la delicia de estas imaginaciones por entre el retumbo de la calle llena de vocablos deportivos, de léxico político, de nombres de diputados, de ministros. Por entre estos rumores de polémica trashumante, las trazas exiguas de los niños, silenciosos, con la silla o el banco a cuestas, su pasito a paso, preguntando la hora que es, impacientes como viajeros tardíos. Las figuritas inquietas de los niños, con los ojos ávidos de aventuras cinematográficas gustando ya la gracia del trance; el humor del cómico que gesticula con hipérbole estudiada; el rutar de los aviones; el puñetazo terrible del boxeador; el automóvil que gana la carrera; el ciclista que remonta una cumbre.

Jerigonza mental de sobresaltos, de sorpresas, de regocijos, de zozobras. El teloncito blanco, tenso, del tinglado simplista de la plaza de la Libertad, llenando la imaginación, cubriendo las celditas de los otros pensamientos, blanqueando debajo de las sienes, en el ánimo, en los sentidos. Reconcentración atenta de la inteligencia en unas muecas exageradas; en unos ropajes extraños; en velocidades mecánicas; en polvaredas de caminos aventureros; en mares revueltos con veleros de piratas. Cuando llega a la plaza, el niño está jadeante, tiene los carrillos colorados del sofoco, los cabellos húmedos y brillantes. Ha venido desde el confín de la ciudad. No piensa en su cansancio ni en los pasos del regreso, a la media noche, por las calles silenciosas, a vueltas con la silla, con el banco, con la caja que le regaló el tendero de su barrio. De pronto, un día sin alba, súbito, resplandeciente, cuadrado. El lienzo se llena de sol, de paisaje, de movimientos rápidos, de calles que tiemblan, de objetos que se estremecen, de personas que caminan muy de prisa. Rumores suaves, largos, de los niños, como actores que tuvieran que fingir el ruido del viento, del bosque, del mar, del pequeño día que acaba de amanecer, repentinamente, en el lienzo blanco...

La infancia siente en lo recóndito de su inconsciencia la teoría vehemente de todas las cualidades heroicas, de todas las grandes hazañas, de las más

singulares aventuras. Tiene un concepto presuntuoso y algo fanfarrón de la vida dentro de su alma temerosa.

Un niño quiere ser aviador cuando escucha el ruido de un aeroplano, que parece el zumbido de un insecto prodigioso. Inclinaiones hacia todo lo que es excepcional, hacia todo lo que destaca por la valentía, por el uniforme, por un prestigio de fuerza o de temeridad. No es escarceo suave de virtud que se inicia al contacto con lo objetivo, ni afán prematuro de recompensa utilitaria, ni ansia de bienes materiales. Es inquietud de orgullo inocente que comienza a exaltar la idea incontenible de fama, de valor, de popularidad. En sus limbos no se apacienta otra vocación que no tenga un casco de bombero, una espada de capitán, una hélice de barco, un traje de explorador. Todos quieren ser bomberos, gimnastas de circo, maestros de tambores, militares, navegantes. Un niño con vocación de sabio, de místico, de poeta, es un anormal. La naturalidad del carácter está en esas inclinaciones simpáticas, veleidosas, que se remudan constantemente, con sencillez, sin esfuerzo mental. El deseo no tiene, en estas criaturas, punto fijo, ni se está quieto en un hito de voluntad y de firmeza. Varía según el estímulo, que es el arquitecto de las sensaciones. Un día, ante el retrato de un atleta, el niño quiere ser atleta. Si ve a unos bomberos encaramados en una gran escalera, querrá ser bombero. Si se encuentra con un futbolista famoso, querrá ser futbolista de categoría. Yo, en la infancia, sentí vocación de guardajurado, de guardia civil, de párroco, de campanero, de sacristán mayor, de juez, de indiano, de todo cuanto tenía antoridad y prestigio en mi pueblo, de cuanto se revestía de tela solemne y adornada, de todo lo que hacía quitar la boina a los labradores.

Después viene el dalle de la vida y todo lo siega. Quien quiso ser carcelero, a lo mejor, es cautivo; quien pensó con gozo en una casaca, se encuentra con una zalea.

El cinematógrafo infantil, complemento nocivo de estas ansias naturales de los niños. Se les presentan escenas pavorosas o trozos de vidas arbitrarias, de las que no sale ninguna consecuencia que eduque la sensibilidad, la energía, la conducta. O mucho patetismo o carcajas excesivas. El deleite puede hallarse en una técnica nueva, fina, en desenvolturas humanas de las que se desprendan regocijos sanos y discretos, avisos y normas morales, sentimientos generosos. Existen multitud de motivos que no desdeña el gusto infantil, y que está lejos de esas peripecias desatinadas, de esos artificios groseros; del tren que descarrila, de la granja que arde, del naufragio espantoso, de la pistola detectivesca, de la visera de los apaches. Motivos reales de costumbres, dinámica pintoresca, evidente, de las razas; paisajes; usos

etnográficos; leyenda ejemplar; argumentos en que lo útil se mezcla con lo que divierte, tramas sencillas en que la enjundia de lo cómico o de lo sentimental va ya saturado de enseñanza, de realidad, de estética...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 3-IX-1933.

408.—ESBOZOS. MISIONES PEDAGÓGICAS

Es lástima que no se proteja la labor de la misión pedagógica montañesa, que lleva cultura y deleite a los pueblos más apartados.—Los periódicos locales.

En estos pueblos no sucede nada extraordinario. La vida está gobernada por una monotonía perdurable, sin variaciones intensas, siempre en un camino oreado por vientos de labranza. Repique de las campanas; rabeles de la naturaleza; cachavas de los menesterosos dando golpecitos en las puertas; rumores de cítolas molineras; pregones secos y fuertes del calderero, del amolador, de la baratijera, silbos largos y retorneados de los afiladores con la rueda a cuestras. Siempre los mismos ruidos, los mismos silencios, las mismas voces y desenvolturas. Golpe rotundo del hacha en los troncos; tintineo de almoreces en las oscuras cocinas; barbullas de niños en la pared de la bolera, en el portal de la parroquia, en las bardas bajitas de los huertos; campanillas perezosas, cristalinas, de vacas duendas, que caminan despacio, tirando de un carro, de un aladro, de las grandes traviesas de roble y de castaño; dianas del gallo en el aseladero erizando su plumaje pedrés; quivit de golondrinas; ejes calientes que pasan chillando... En estos pueblos no sucede nada extraordinario. Cosechas, resoles, nieves, mazazos en los terrones, balumbas de yerba, ramitos rubios de panojas. Sendas que van al molino, a la majada, a la mies, a las praderías; y las pequeñas bifurcaciones que van a parar al Juzgado municipal, a la botica lejana, al mercado, a la feria. De niño, unas veces se va a la escuela y otras veces se anda por el monte o por la mies. De hombre, se anda a vueltas, permanentemente, con unas zaleas, con el hierro puntiagudo que dibuja la besana, con un cayado, con un dalle. Reconcentración atenta del entendimiento y del brío en estas cosas tan diminutas y tan inmensas al mismo tiempo. Se va formando la preocupación o la paz entre límites muy próximos, en expansiones concretas y fijas determinadas por la costumbre, por un concepto invariable de lo moral y de lo

dinámico, por ideas saturadas de sencillez, de actividad rutinaria, de esa inquietud religiosa que tiene todo lo sereno.

Lo excepcional está ya determinado en fechas gratas, que son como las risas, como las jaranas y los optimismos del año; como las carcajadas o el llanto de las estaciones; fiestas de duelo y fiestas de gozo, estampadas en la memoria lo mismo que las épocas de la agricultura; las épocas que marcan una labor imprescindible, un trabajo urgente y cuidadoso, un rebullir de siega o de resallo, estos vientos o aquellas tranadas. Todos los días traen repeticiones de hechos naturales, de motivos conocidos, de sensaciones familiarizadas con el ánimo. Campanitas del amanecer, campanitas del mediodía, del crepúsculo, de la novena de la muerte. Vaivenes de los cedazos sobre las artesas donde forma la harina cernida unos alcores amarillos, diminutos; vacíos, vuelos anchos de azores, invocaciones insistentes al Señor para que perdone las culpas, para que libre de los malos pensamientos, de los enemigos, del hambre, del mal de la envidia que es la malaria del espíritu...

Una vez cada diez, cada quince años, cae en el remanso una piedra. Todas las ventanas se llenan de cabezas; los niños apoyan la frente en los balaustres de los corredores; los viejos abandonan el banco ahumado de la cocina; las nietas de las hidalgas salen a la solana, el señor cura se asoma al balcón largo y blanco de la rectoría; los mozos dejan la herramienta y echan a correr; los perros no cesan de ladrar. Todas las actividades se detienen súbitamente. Ni un golpe de hacha, ni un tintineo en el yunque de la fragua, ni un mazazo en los terrones. Paralización repentina del trabajo por unos instantes. La lavandera deja la orilla del río precipitadamente, como si recordara un asunto urgente; la costurera se levanta sobresaltada de su silla bajita y corre hacia la ventana con mucha diligencia; el molinero se cruza de brazos en el umbral, todo revestido de harina; don José y don Antonio, que están jugando a la brisca en la taberna, se miran con sorpresa, silenciosos, arrojan las cartas en la mesa, cogen sus bastones, apuran sus copas de buen orujo y salen muy de prisa; tía Juana y tía Josefa, que se han encontrado en el recato de una calleja, en una sombra de zarzamora, están hablando del lujo descomedido de la hija del notario; de la inquina que tiene el alcade con tío Carpio el trasquilador; de los zapatos que estrenó la mujer de don Alberto; de las palizas que mete el cabrero a su mujer o la mujer al cabrero; de la boda de don Fernando el viejo y la hija más joven de Carmen la renovera. De pronto enmudecen, se miran como don José y don Antonio, echan a correr y sus delantales negros se mueven como alas de anasarón gigantesco. Una viejecita está de hinojos ante una estampa de Nuestra Señora que tiene una rueca reluciente. Interrumpe su jaculatoria y, apoyada en un bastón negro, abandona la estancia y deja ver su semblante en el mar-

co de piedra del postigo. Cesa de dar vueltas vertiginosas la rueda del alfarero; se detienen los carros; se queda la mesa sola, si es hora de comer; el leñador posa su coloño; las mozas sus cántaros...

En unos instantes la vida rural pasa de lo anodino a lo que sorprende y sobresalta; de la monotonía a la novedad inesperada. En el pueblo está sucediendo algo excepcional. Al pueblo acaba de llegar un carro con el toldo pintado de verde. Después redobla un tambor desde el uno al otro confín de la aldea. Le tañe un hombre de ojos pequeños e insolentes, con unas piernas largas enfundadas en unos pantalones grises llenos de polvo. Arrebato incesante del tambor a lo largo de las calles. Todo el pueblo se llena de curiosidad. El retumbo del parche cambia las características anodinas del lugar. La campa donde se detiene el carro de los titiriteros se llena de labriegos, de pastores, de niños, de mujeres, de canes. Señores apacibles que de vez en cuando disparan unos tiros a la liebre en el monte comunal o marchan a caballo a ver cuánto han crecido los árboles que plantaron en el agro. Caballeros pobres que tienen encendida la lumbre casi todo el día para engañar a la gente con el humo, para aparentar que se cocina mucho, que borbotean unas ollas que no existen. Mujeres con la llave de la puerta en la mano, apocadas por fuera y atrevidas por dentro; muchachas paparonas, venturadas, que nada más hacen que reír. Los titiriteros están contentos. No cesa el tambor de pregonar la fiesta con ímpetu incansable, con redobles furiosos...

Este es el único mensaje de arte que llega a estos pueblos remotos; un arte miserable, descolorido, bisunto, como las vestiduras de sus intérpretes. Poco después del alba la casita errante de los titiriteros, de los cómicos de la legua, que parecen pobres caminantes que nunca llegan a su tierra de promisión, sigue su camino perezosamente. Da pena verla marchar con tanta lentitud, con tambaleos de ruedas cansadas que rechinan como dientes hambrientos y desesperados... Después, otra vez el remanso; la rayita diaria de la costumbre; los movimientos interrumpidos; las conversaciones que se dejaron sin terminar.

Este es el único mensaje de arte que pasa por estas aldeas. Y hace falta que lleguen otros mensajes más finos. sutileza del criterio de lo social vestido de estética y de educación. Hace falta remover con tino la sensibilidad agraria, poniendo en la monotonía del trabajo, de la costumbre, del silencio, el rumor de unas palabras nuevas, inéditas en el área de las emociones y de los recreos. En el aire de los pueblos, entre la suave cadencia ortológica de los labradores, la voz de las misiones pedagógicas, su arte, su cultura, los decorados de su teatro trashumante, son como un concierto de civilización en rincones de historia moderna. Las misiones pedagógicas, que son como

compañías de cómicos de la legua que en vez de caminar macilentos, tristes, con la pesadumbre de un fracaso inolvidable, con un retazo roto de lo artístico, marchan optimistas, alegres, con un concepto puro y fino del arte, dejando versos, sentimientos, cultura, candelitas de ingenio y de amabilidad que es menester que estén siempre encendidas en la geografía montañesa...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 14-IX-1933.

409. ESBOZOS. CAMINOS DE IMAGINACIÓN

*En Hinojosa de Calatrava el problema es de mucha gravedad. Muchos vecinos se alimentan con yerbas, siendo frecuentes los fallecimientos por inanición.—Los pe-
riódicos.*

Hemos llegado a Hinojosa de Calatrava en unos instantes. El viaje ha tenido velocidad de saeta, de viento, de pájaro. Anda que te anda por unas tierras ásperas, de centeno y de vendimias. Pueblos polvorientos, aldeas sin árboles y sin arroyos, muertas de sed, consumidas de tierra roja y caliente; las aldeas que eran la preocupación de Costa, en lo reseco de la estepa, con unos brocales morenos, con un vaho de calina que parece cierzo saliendo de las viñas y de las mieses de trigo. Leguas y leguas de tierras agrarias, atravesando la mancha oscura de los encinares, las calles empedradas y silenciosas de las villas, los pueblos descaecidos de antigüedad, devanando su monotonía y su cansancio al compás de unos romances perezosos de labranza; de unos toques de campanas; del suave chirrido de las norias; de las vueltas rápidas de las trillas. Fueron quedando atrás las áreas rubias del trigo, las albercas enjutas a causa del calor, las ringleras de los álamos siempre blancos de polvo, los extensos pedregales que parecen ruinas de montes rotos hace muchos años...

El ánimo siente el contacto de las sensaciones sentimentales. Todo el viaje es un pensamiento fijo, una inquietud íntima que está más avenida con el corazón que con el cerebro. A veces viene, repentinamente, un golpe impulsivo de lo rebelde, y la idea se llena de coraje, de una casta de ira incontenible que quisiera arreglarlo todo de cualquier manera. Perspectiva anodina del páramo con sus yerbas secas, con la mancha cenicienta de las chozas de los pastores. Un viaje es un concilio de literatura, de historia, de

arquitectura, de panorama en la morada infinita de nuestra curiosidad. Pero ahora, no. Ahora desdén el ánimo el matiz y el accidente del paisaje. No importan las hontanares, ni la heráldica, ni las viejas troneras, ni los balcones salcedizos, ni las aguas que corren precipitadamente como riéndose, a carcajadas, de las cosas del mundo. La idea fija, constante, saturada de pena y de reproche, predomina en la marcha, es la que gobierna y aviva los pasos, la que nos lleva vertiginosamente sin reposo ameno de viajero artista en una ciudad, en unas riberas, en un rincón de naturaleza prodigiosa. Leguas y leguas de tierra de agricultura; de tierra de nobles, de pícaros, de poetas, de franciscanos, de caciques, de santos, de analfabetos, de tacaños, de sabios, de virtuosos. No hay ruta española sin estos caracteres, como no existe ruta en el mundo donde el bien y el mal no anden emparejados y confundidos. Cuando se viaja, como nosotros ahora, a una velocidad extraordinaria, sintiendo debajo de las sienes la exaltación tenaz de un pensamiento, lo objetivo desaparece en una tiniebla que creamos nosotros mismos, se borra de la superficie de la ruta, se va como un ciego en un automóvil...

Hinojosa de Calatrava, tan añeja, tan revestida de abolengo. Campos de cereales con suaves ondulaciones, que desde lejos parecen extensas combas azules. Apenas si detenemos la atención en los edificios, en las cercas de los huertos, en los zaguanes sombríos, en los aleros desnivelados de los caserones, en la estética de la piedra que es la poesía del arquitecto. Nuestro viaje tiene preocupaciones de impaciencias y duelos humanos. No vemos las casas ni las fuentes ni las torres. Nada más que contemplamos a los hombres, pensativos, caminando con lentitud, como contando y recontando los pasos por no tener otra cosa que hacer. Los hombres, que hace muchos días que tienen malos pensamientos, estimulados por la miseria, por la avaricia relapsa de la gente, por la parte dura y bárbara de la civilización. Todas las calles se nos antojan largas vías dolorosas con el agobio de muchos nazarenos atormentados por espinas invisibles. Y, sin embargo, parece un día de fiesta en tiempos estériles, sin ropa que estrenar. Un día de fiesta celebrado por menesterosas medio desnudos, por niños delgados y descoloridos, por mujeres desesperadas, por ancianos que están deseando morir. Todo el pueblo es un rumor de conversaciones lamentables. El léxico popular de la miseria lanza unos sentimientos humildes resignados, que pueden convertirse en iras rápidas como centellas. Vemos a los viejos labradores, flacos, con los ojos brillantes de fiebre o de enojo, con el rostro del color de sus albarcas de cuero tan polvorientas y tan arrugadas. Caminan como si llevasen un gran costal de piedra en la espalda, como si tuviesen unos grilletes ocultos, unas llagas, una cadena a la cintura debajo de la faja. Sus lágrimas se detienen unos instantes en los surcos de las arrugas y después corren muy de prisa,

rodando como bolitas de hiel. Y los niños, los pobrecitos amigos de Jesucristo, absortos, sin comprender, con la garganta seca de tanto llorar su hambre, que es lo único que se concreta, lo único que palpita en su inconsciencia infeliz. Pasos remisos de hombres cabizbajos, que empiezan a mirarlo todo con rabia; que no saben qué hacer con la furia que llevan adentro. En las calzadas, debajo de los álamos, relucen los tricornos de los civiles. Resuenan las campanas de las iglesias; pasan las hacendadas con las sillas de tijera debajo del brazo, con sus rosarios de cuentas gordas como olivas negras; se oyen ruidos secos de golpecitos en el marfil redondo y brillante que corre en la mesa verde del Casino; en el café se comenta la situación, se compadece, en teoría, la miseria de los jornaleros y se pide más cerveza al mozo; tiemblan las finas espirales del humo de los cigarros; se proyectan diversiones y jaranas para el domingo. Afuera se mascan hojas verdes, rechinan unos dientes de muchacho masticando yerba, mordiendo raíces, hojas ásperas, casi amarillas, hojas de viñedo. De una ventana salen lamentos que se cruzan con otros que parece que rebotan de una a otra fachada, que son como preguntas y respuestas de un dolor sobrehumano. Ha muerto un hombre, de inanición, en aquella casa que tiene unos balaustres de madera casi sin desvastar. Y más allá una mujer que volvía de robar unas hortalizas miserables para los hijos...

Aquí se piensa en las cosas en que casi nunca pensamos. Se recuerda todo con antipatía, se analiza la vida de otra forma; se perciben defectos y torpezas que antes permanecían ocultos a nuestra meditación. Se piensa, por ejemplo, en lo que harán estos hombres el día en que se vuelvan locos; en lo que harán las autoridades, los hacendados, los civiles, los guardajurados de las fincas. Se piensa en lo que harán estas mujeres exangües, en lo que será de estas pobres muchachas que a lo mejor se marchan por el mundo desesperadas a ganar el sustento de cualquier forma. Escuchamos palabras que no se pueden imprimir en los periódicos. Ellos se imaginan a España como una mansión donde sobra el adorno y falta mucho de lo imprescindible. Se gasta el dinero en petulantes iniciativas oficiales que no son urgentes; en organismos inútiles; en instituciones estériles; en mecanismos insustanciales. Ellos piensan a su manera a través de sus dolores, de sus impaciencias, de sus angustias. Se gasta mucho en proyectos que pueden demorarse cuando existen males más apremiantes que remediar. La asistencia social es el concepto más ínfimo; el barbecho; el grano que queda en la mies, olvidado, después de la cosecha; las gotitas que quedan en el fondo del vaso. Y en el área de lo particular, los miserables, los miserables jugando con unas ascuas que pueden convertirse en un gran incendio. Lo urgente son estas miserias, estos quebrantos, el consuelo de estas amarguras profun-

das. Pasan y repasan visiones lamentables que nos aturden la conciencia. Escuchamos rumor de palabras débiles, de chasquidos extraños de voces que no sabemos si son de cólera o de plegaria. Es lo mismo que un retrueno lejano cuando el cielo parece un techo de palastro donde pisaran unos gigantes cautelosamente. La gente sigue masticando la yerba, mordiendo las raíces recién arrancadas, soportando la ira hasta que no tengan nada que morder. Se van dilatando los pensamientos estimulados por la miseria, por el estribor duro y bárbaro de la civilización...

Hemos regresado del largo viaje hecho por la imaginación. Velocidad de saeta, de pájaro, de viento. La misma que nosotros quisiéramos para las ruedas premiosas de lo humanitario. No hace falta pensar en Roma ni en Moscú para sentir estas cosas: ni estar en contra o a favor del régimen. Basta tener despierta la sensibilidad, y conceptuar a la justicia no como un código de teorías, sino como expresión espontánea de las voluntades. Basta con que el hombre no sea una gran mentira con alma; una mentira persistente, egoísta, implacable, vestida de hombre...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 19-IX-1933.

410.—ESBOZOS. LA MORAL Y EL IDIOMA

La culpa de que el idioma se vaya depauperando la tienen nuestros escritores, que no lo estudian y lo manejan con la afectuosa devoción que debieran.—EDUARDO ZAMACOIS.

Una línea literaria, ondulando vigorosa por entre la prosa política, que es la que ahora cautiva y enardece. Preocupaciones de idioma, de la pronunciación, de la pureza del vocablo, de la decencia del léxico. Esta línea literaria trazada por plumas bien avenidas con el decoro del lenguaje, con su sonoridad y su ritmo clásico, es como un sentimiento vivo y dilatado del castellano, como un devaneo fino de las inquietudes del habla en medio de las voces extrañas, del barroquismo lento y mazorrar, de las acepciones equivocadas con que nos encontramos muy a menudo en el discurso, en la escritura, en la conversación. Hacen falta muchas líneas de esas, muchos meridianos y muchos paralelos que marquen la verdadera longitud y latitud de las palabras a lo largo de la ruta del libro, de las singladuras de los pe-

riódicos, en todos los momentos en que el lenguaje exprese cualquier casta de pensamientos, didácticos o familiares, literarios o científicos, burocráticos o filosóficos...

La mayoría de los escritores, en vez de estimularse por su criterio acerca de la estética, de lo moral, de los desenvolvimientos éticos, se dejan llevar por las aficiones de la gente, por sus resabios y nimiedades, por los gustos que constituyen la actualidad. Sus opiniones no suelen ser consecuencias de su temperamento, de su idea, de su meditación. No se atreven a contradecir un concepto casi generalizado en lo popular, ni a destacar las máculas, los manchones, los pequeños o los grandes defectos de la costumbre o de la repentina inclinación colectiva. Sus opiniones no las forman el cerebro ni la conciencia. A veces existe un antagonismo descomunal entre lo que sienten íntimamente y lo que va diciendo la pluma. Donde debiera rutar, enojada la censura, ponen una jovialidad de halago; donde hay motivo de imprecación, colocan una antítesis categórica de elogio desmedido. Indagar en los ambientes, en los diversos planos sociales, en la multitud de motivos que forman los paraísos, los purgatorios, los limbos de la vida, y después la actividad lenta del análisis sacando lo maduro de la virtud, el agraz de esta condición humana, lo amable de aquella desenvoltura, lo cínico, lo jovial, lo sincero, lo fatuo, lo lerdo, lo hipócrita, lo noble de los distintos climas morales donde trabajen nuestras observaciones, siguiendo la corriente o yendo en contra de ella, con serenidad, reconcentrados en nuestros sentimientos, cuando así nos lo indique la conciencia. Pero sucede frecuentemente que el escritor no se atreve a caminar con rumbo opuesto al que siguen las multitudes equivocadas en determinado trance de su expansión. La literatura está injertada en ansias económicas que forcejean en la mente con laboriosa pertinacia. Cada cuartilla es un deseo impertinente, constante, silencioso, de fortuna. Debajo de las palabras, de los giros artísticos, de la técnica ágil o trabajosa del estilo, rebulle una personalidad que tiene apetencias inevitables. Lo excepcional es conducta extraña, es como una dulce rareza de místico, lo mismo que una pincelada de romanticismo en una página de realidades groseras y escandalosas. Y así ocurre que un área extensa de lo literario es troje donde se recogen con halago los gustos bobos, las manías, las creencias, los deseos de ciertos núcleos, estimulando sus vanidades, sus jactancias, sus fobias y avaricias...

Cuando puede más el influjo de la muchedumbre que el criterio del escritor; cuando hace más mella en el ánimo de éste la idea ajena que sus íntimos pensamientos, que sus convicciones y regustos estéticos, en vez de ir con la advertencia, con la reprensión, con el consejo enérgico y persuasivo, se avivan las pasiones, se extienden los conceptos equivocados, se acre-

cientan los orgullos o se exaltan costumbres necias sin vigor moral. El intelectualismo no debe ser sólo el cerebro, sino también la conciencia del país. Que no se imprima una palabra, un donaire, una lamentación, una li-sonja, un reproche, un elogio que no tenga raíz de verdad en nuestro carácter, aunque en el exterior nos desgaren el prestigio, aunque nos ensambeniten, aunque nos manteen la honra, aunque nuestros libros tengan que permanecer en las baldas de las librerías, proscritos, amenazados, envejecidos.

Pues lo mismo que con las aristas de lo moral, de lo ideológico, de lo crítico, sucede con el idioma. Entre la sencillez y la vulgaridad hay un tajo profundo, una inmensa cordillera, lo mismo que entre la valentía y la temeridad, lo mismo que entre el poeta y el versificador premioso que busca el consonante mordiéndose las uñas como si en ellas estuviera el ingenio. Gran número de escritores, dejándose influenciar por el vocabulario limitado, flaco, anodino, a veces impuro, de la calle, dan a sus obras un carácter trivial, ñoño, empobrecido, en lo que se refiere al léxico. Tienen la preocupación de que no les van a entender si no recurren a los vocablos vulgarizados, a los modismos más usuales, a los términos y expresiones de empleo corriente. Así vemos muchas páginas sin más sustancia idiomática que la exprimida de vulgarismos muy generalizados. Con esa preocupación de sencillez mal entendida, se estropea lo cristalino y armonioso de la idea, porque la naturalidad no es rebuscamiento ni artificio. Lo afectado lo mismo sale de una codiciosa inquietud por lo sencillo que de las manías de espurgar el vocabulario para sacar la palabra menos conocida en un impulso nocivo de vanidad. Estas dos preocupaciones pueden ser antagonismo de los propósitos del escritor; quien se mortifica por lo sencillo del estilo y de la frase, a lo mejor penetra en lo vulgar; quien rebusca con ahinco el vocablo, descubre siempre su amaneramiento, que es una característica de criterio vanidoso y simple. Ni esa codicia ni esas manías. Que el léxico brote espontáneo como consecuencia de la cultura y de la despreocupación de quien escribe. Que el idioma sea como herramienta manejada con desenvoltura; que salgan las palabras con naturalidad, sin el prejuicio de la sencillez ni de la petulancia; palabras usuales o extrañas dentro de lo castellano; palabras muy conocidas o poco conocidas; las que mejor expresen la idea, las que salgan del acervo de nuestra inteligencia sin esfuerzo, sin rebuscamiento. El léxico tiene que ir del escritor al público, no del público al escritor. Que se oreen los vocablos olvidados, sonoros, finos; que vibren en pensamientos, en imágenes, en aderezos limpios; que adquiera el idioma el fuero de su extensión y de su flexibilidad. Proscribir las contracciones ilegítimas, la acepción arbitraria, las voces extranjeras, las nomenclaturas de las mesas opíparas, el vocabulario del tocador femenino, todas las influencias extrañas

que enturbian nuestro lenguaje. Y enervar la antipatía al diccionario, imprimiendo ediciones baratas por cuenta del ministerio de instrucción pública; haciéndosele familiar al hombre desde el punto y hora en que entra en la escuela; divulgándose constantemente como una idea de dignidad nacional.

Los franceses emplean todos los años unos cuantos millones de francos en imprimir sus libros clásicos, en conferencias de divulgación de su idioma, en recompensas a los maestros de escuela que más se destaquen en el cultivo de la pureza del habla entre los niños. Aquí nos empeñamos en hacer todo lo contrario. Es un aborrecimiento inconsciente, torpe, saturado de indolencia culpable, pertinaz. Es un desafecto a nuestras propias virtudes, a lo nativo, a lo más característico de lo racial, a lo que sembró nuestro temperamento en todas las besanas del mundo...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 24-IX-1933.

411.—ESBOZOS. LOS PASTORES EN LAS BRAÑAS

Para ti van dedicadas estas líneas, querido Miguel S. de Antomil, porque sientes las cosas de nuestra tierra con devoción, con vehemencia, con la sutileza que nace de la cultura, de la sensibilidad, del señorío del espíritu.

Este es un mes de pastores, señores; de vaqueros, becerreros y sarrujanos que regresan de las brañas por San Miguel. Pastores viejecitos, delgados, con los escarpines rotos por el calcañar, con la faja negra como un árgoma, con la cara rugosa. Pastores viejecitos que ya no les crecen ni las uñas, ni los deseos, ni las esperanzas. Pastores jóvenes que se plantan en mitad de la braña, muy derechos, con la cabeza bien erguida, el cayado debajo del brazo, el pico de la boina sombreándoles la frente. El pastor viejo sigue dando golpecitos con el eslabón a la piedra de lumbre para encender la yesca rubia bien recogida. Sigue persignándose en la choza de bálago cuando las centellas parecen rúbricas nerviosas de grandes hombres, firmas de notarios antiguos, de jueces, de cirujanos, de corregidores. Sigue rezando encojido, acostado en la yerba, por los que se ahogan en los temporales, por los caminantes perdidos, por el ganado, por las ánimas, por los huerfanitos, por los ahorcados, por las espinas de Cristo.

Cuando el viento del otoño parece que se está entrenando para los futuros temporales, el pastor viejo piensa en las desgracias de los caminos nevados, en las ráfagas frías que sorprenden a los pobres entre pueblo y pueblo, con el saco a la espalda, encorvados, con los borceguíes rotos, respirando trabajosamente. Piensa en el retrueno del invierno, en la gente sin lumbré para templarse, en los pobres bálagos de la cabaña, ateridos, derrumbados. El gusano de la conciencia no le come el alma, ni siente más placer que el de vivir en paz. Cada vez que tengáis necesidad de encender una cerilla bajo el techo terroso y alabeado de la choza, el viejo vaquero se apresura a ofrecer un tizón o enciende una rama de escajo seco. Volvéis la cerilla a la caja y sentís en el rostro el bochorno de la llama diminuta que tiembla y crepita delante de vuestra cara. O veréis el ascua viva del tizón, tan roja, tan intensa, tan de color de guinda, ahumándoos los ojos. Conceptos estrechísimos de la economía. “Botón de blusa vieja vale para blusa nueva”. “De calzones viejos, remiendos nuevos”. “Todo lo inútil tiene algo útil”. Y os contará casos ejemplares con un léxico conciso, expresivo, lleno de claridad, con justeza de vocablo y de pensamiento.

El pastor viejo canta siempre el mismo cantar, reza siempre las mismas jaculatorias; os dice que en sus tiempos la gente era más recia y más caliente de ánimo, los mastines más grandes, los ojos del lobo más relumbrantes, los pastos abundantes y jugosos, los vaqueros más inteligentes y más nobles. Todo tenía cualidades más vigorosas y constantes. La borona tenía otro sabor; hasta la leche y el agua y las grosellas sabían de otra manera. El silbo era más largo y más fuerte, las porras más duras, los bígaros atornaban el aire de la braña lo mismo que un trueno retornado. Su voz será incansable en la apología de su antaño. Os dirá, también, dibujando una sonrisa dócil, que si por San Lorenzo es mansa la corriente de los arroyos y llovizna con suavidad, el invierno y el otoño serán amables, lo mismo que si se ven muchas arañas por San Mateo. El pastor viejo ve la cara de Dios en la borona, en las tarreñas de leche, en el agua cristalina. El pastor viejo se santigua cuando las estrellas fugaces rayan de rojo el cielo negro, cuando hay cirros, cuando resopla una lechuza en la torre de la parroquia, cuando el relámpago ilumina la noche tenebrosa del monte. Os dirá que las bendiciones de la madre son la salvación en el mar, en la guerra, en las montañas, en la nieve, en todos los caminos, en todos los instantes temerosos de la vida. Riñe a los pastores jóvenes cuando se miran con rabia como dos carneros a punto de toparse... Y de vez en cuando, después de permanecer un rato con la barbilla apoyada en la vuelta del cayado sobre las manos que se van secando, dará unos golpecitos menudos y rítmicos, con el eslabón, en la piedra de lumbré...

El pastor joven tiene distinto concepto de las cosas. Se ríe, lo mismo que un babieca, de las advertencias del pastor anciano; le contradice con burla, le hace gritar de coraje, no comprende el inalterable criterio religioso y humano del viejo. Anda por el monte con un enojo secreto, mohino, malhumorado, pensando incesantemente en unas codiciosas inclinaciones que le apartan mentalmente de la braña, del lecho de yerba de la choza, del ruido que meten los cárabos, los picorrelinchos, los arrendajos. Él piensa en otro oficio menos solitario, en un pueblo grande con casas de señores, por donde pase el tren pitando, echando humo negro como si se quemara el paisaje.

Exaltaciones de deseos que se marchan muy lejos, a la parte de allá de un monte, de otro monte, a la otra banda del mar, de donde suelen volver algunos hombres con unas sortijas que relumbran como candelas. El pastor joven contempla, con hostilidad silenciosa, el techo deleznable de terrones, la masera redonda, el talo duro, el talego de la harina, las tarreñas coloradas, los grandes ojos de las vacas. No le importa la estrella miguera, ni el relámpago, ni los rabeles roncós del viento ni las rayas rojas que marcan las estrellas fugaces en el cielo negro. No os dirá nada acerca de los signos que anuncian los buenos o los malos tiempos, ni mirará al sol o las estrellas para saber la hora que es, ni sacará por el modo de gañir de la zorra si la tormenta va a descargar cerca o lejos de la majada. Tampoco os hablará afablemente de la naturaleza bondadosa de esta yerba o de aquella raíz, del agua puesta a serenar, con hojas de laurel, en el relente de las noches de plenilunio; de la bondad de las malvas, de las carquejas, de los brezos verdes. Él comprende la vida a su manera: la vida lejos del humo de la choza, lejos de las canales que se pasan todo el tiempo rutando, despeñándose, como desesperadas que no acaban de morir de una vez. Aborrecimiento a todos los objetos de la pastoría. Su actividad es forzada. remisa, llena de acritud, lo mismo que si estuviera cumpliendo un castigo que no se acabara nunca.

Subió a la braña en la primavera, descontento, detrás del ganado, con el palo de avellano silvestre pintado al fuego. Flores nuevas en las cuestas, flores amarillas, diminutas, en los escajos, flores blancas en los espinares, campanillas azules en las orillas de la vereda. Es muy hermosa la pelliza que se pone el monte en la primavera. Una pelliza verde, con motitas rubias, con puntos pálidos, con pespuntos y remiendos de muchos colores, con manchas encarnadas como las rosas de Alejandría. Pero él no hacía caso de estas cosas. El camino, nada más que el camino largo, de cumbre a cumbre, con hitos de robles secos que de noche parecen cuerpos desnudos de ojáncanos descansando entre el rozo. Los días le pesan como coloños permanentes de quimas gordas y nudosas. Ansias de retorno al pueblo, en los últimos días

de setiembre, por la fiesta de San Miguel, cuando los muchachos empiezan a tirar piedras a los nogales...

Este es un mes de pastores, señor. La actualidad montañesa de occidente está ahora en las "cabañas", que vuelven gordas del puerto. Todo el camino será un rute intenso de campanos zumbando en las colleras de las vacas más lucidas. El ruido monótono, ronco, atronador, es para la gente de aquellos pueblos un rumor agradable que se escucha una vez al año con alegría, como los repiques y las pólvoras de la fiesta mayor. En cualquier parte puede observarse la permanencia o lo decadente del clasicismo etnográfico: a la orilla de una fuente, en el portal de una iglesia, en un molino, en una majada, en la manera de mover un cedazo. El regreso de las "cabañas" de los puertos de Sejos ha extraviado las más sustanciales de sus características. Hasta los mastines parecen más pequeños, las "carrancas" menos agudas, las porras de los vaqueros más endeble. No sé si será que yo lo vi con ojos de niño y ahora lo veo con ojos de hombre...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 1-X-1933.

412.—ESBOZOS. EN UNA ESCUELA

Yo estoy en una escuela. Y me parece que no he estado nunca en una escuela; que jamás he visto las ringles oscuras de las mesas, los grandes tableros, las cartas geográficas. Sensaciones inéditas ante motivos que sorprenden con amabilidad, con gracia cordial de actividades que están construyendo una arquitectura de inteligencia y de espíritu. Estos pequeños hombres me miran sin parar. Parece que tienen los ojos fijos, muy atentos, en las rayitas finas de los cuadernos o en el manchón negro de las pizarras. Pero, no; ellos me miran disimuladamente, con insistencia que me azara. Las plumas parece que escriben, y no escriben nada; los labios se mueven como si leyeran, pero tampoco leen nada; los pizarrines no rechinan; los lápices se mueven, pero no trazan una línea más. Estos pequeños hombres que fingen una actividad extraordinaria, estarán haciendo comentarios a costa de mis trazas. Y se los comunicarán unos a otros, utilizando su disimulo, como si estuvieran ensimismados en la labor, con expresión de formalidad, serios, quietos, lo mismo que unas personas excelentes en un concilio muy importante. Aquel niño que mueve los labios, con la frente casi tocando las

páginas del libro, no está leyendo. Está contando al compañero sus impresiones acerca de mi persona. Lo conozco en la sonrisa del escolar que tiene a su derecha. Le hablará, aparentando que lee, de las cosas chistosas que todos los niños del mundo encuentran en la cara de los señores que van de visita a una escuela. Sería curiosa una antología de estas impresiones espontáneas, humorísticas, concisas, de los niños. Ellos se divierten de esa manera inocente sin pensamiento de mortificación, como un juego más, lo mismo que si estuvieran arrollando la cuerda a la peonza, o dando martillazos en un hierro de la fragua del padre o viendo las estampas de una revista.

Estas sugerencias del instante, estos respingos súbitos del ingenio en agraz, estos insignificantes comentarios sin sustancia nociva, son las conversaciones insidiosas del futuro, las conversaciones tenaces creadas por la envidia, la acritud, el fracaso. Los niños no saben nada de la maledicencia; del furor de la murmuración mal inclinada; de los agravios anónimos; del convencionalismo arbitrario y codicioso, que unas veces se manifiesta en una lisonja y otras veces se exterioriza, sigilosamente, en una censura inmerecida, en una afrenta que no sabemos de dónde viene, ni qué camino ha recorrido ni dónde irá a parar. Los niños se detienen en el exterior, no rasgan lo íntimo, no injurian al corazón. Y siempre encuentran un rasgo, un gesto, un movimiento que les divierta. Si el señor es grueso, rollizo de rostro, ampuloso de espaldas, encontrarán chistosa su sotabarba, lo abultado de las mandíbulas, lo ancho del semblante. Lo mismo que si es flaco, boquisumido, alto y delgado, chaparro y macizo. Todas las trazas son motivos de una burla silenciosa, inofensiva, disimulada en una expresión respetuosa, al socaire del libro, de la tapa del pupitre, de un cuaderno azul. Cualquier cosa estimula la curiosidad del niño, viendo en ellas unas causas repentinas, inesperadas de regocijo incontenible. Cuando en la escuela de mi pueblo penetra la figura exigua y simpática del capellán o la humanidad sorpulenta y dura del arcipreste, siempre creíamos descubrir un achaque gracioso en la teja aterciopelada, en las hebillas de plata de los zapatos, en el solideo diminuto, viejo, de color de caldera de cobre. Cuando llegaba el alcalde con el señor inspector, sucedía lo mismo. El elástico verde del uno y las barbas negras, abardaladas, del otro; los anteojos, la levita, el pico de pájaro o la cabeza de caballo del bastón oscuro del inspector, nos llenaban de solemnidad casi religiosa o hacían temblar a los labios como cuando uno tiene muchas ganas de reír en los sitios donde la risa es una falta de respeto. Después, ya saturado el ánimo de malicia, de descontento secreto por los estorbos que ha puesto la vida en nuestra órbita o embriagados por los hitos de felicidad que se encuentran de vez en cuando, muy lejanos unos de otros, como aguas y sombras del desierto; por las ex-

cesivas contrariedades o por la excesiva fortuna, los hombres siguen encontrando en los hombres motivos perceptibles o escondidos, evidentes o imaginados, de murmuración constante, tenaz, impertinente.

Unas veces son las flechas de los falsos testimonios, la sierpe de la invidia, la vanidad de pasar por ingeniosos criticando una manía, un defecto, una afición ajena. Otras veces son nuestros propios defectos espirituales los que inventan la mácula, la torcedura moral, la torpeza en el talento, en la voluntad, en la virtud, en la ética de los demás. Los niños no saben todavía nada de estas cosas; pero se entrenan inconscientemente, comentando a su manera, con una delicia de corazón y de sentido, las trazas, el semblante, los movimientos de los señores que van de visita a la escuela. Una calva reluciente, una chaqueta de un color que les parece raro, un gesto, una sonrisa, una mirada, unos carrillos cenceños...

Yo estoy en una escuela popular. Y me parece que no he estado nunca en una escuela. Es lo mismo que uno que se marcha del pueblo en la adolescencia, a un clima muy lejano, y regresa en la vejez al paisaje natal. Durante su ausencia se ha modificado la estructura del lugar. Donde había un huerto se levanta un edificio; donde había un caserón se extiende un retazo suave de mies o de pradería; donde se levantaban unos nogales anchos, dan ventalle unos pinos. Yo no conozco este ambiente ni estos procedimientos. No veo la vara típica ni la palmeta refinada, dura, brillante de tanto usarla. Los párvulos están pintando unos molinos con grandes aspas; las alas de un avión; el tronco de un árbol; el pico de un pájaro. En mi tiempo infantil, los pobrecitos párvulos no podían pintar estas cosas. había que estarse quietos, silenciosos, con los brazos cruzados. Cada canene pintado a escondidas era un delito, un sobresalto, un zumbido largo de la vara. No se comprendían estos inocentes orígenes de la idea creadora. El maestro nos hablaba de las guerras con una exaltada inclinación bélica; nos mostraba, en las grandes láminas, a Tobías llevando al pez milagroso colgado de un junquillo; las murallas rotas de Jericó; los brocales de Samaria. Línea inflexible de didáctica anodina en la que todo era esfuerzo de la memoria, miedo, cansancio.

No hay que juzgar el pasado con arreglo al concepto actual de las cosas, sino en concordancia con el criterio de aquellos tiempos. Los creadores de tan ásperas disciplinas no eran los maestros. Era el carácter de la época, las costumbres, los procedimientos que se consideraban infalibles. Se creía sinceramente que con aquellos sistemas férreos y huraños, la educación crecía más rápida y más consistente. Era cuestión de técnica, no de crueldad ingénita ni de malhumor sistemático. Desaparición de las maneras arcaicas, agobiadoras, que nos hacían temblar en las dudas, en las equivocaciones ine-

vitables; que nos llenaban la cabeza de palabras extrañas que no comprendíamos; de unas fechas remotas, de nombres visigodos. Práctica permanente de lo intuitivo, de lo eficaz en la desenvoltura humana, de lo que estimula y ensancha la formación de lo intelectual y de lo moral. Mudanzas del tiempo y de los modos; rectificaciones atinadas; ir a los mismos sitios y a otros más lejanos y más fértiles del saber y del sentir por caminos distintos, por rutas más humanas y amables. Más amables y más cristianas, porque la bondad del maestro moderno, compenetrado con su época, está más cerca de la bondad de Jesús que los que enseñaban, desabridos y amenazadores, los mandamientos del Sinaí a fuerza de castigos y de lágrimas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 12-X-1933.

413.—ESBOZOS. LA BRÚJULA DE LA CONCIENCIA

*Descargarse del mal presente no es curarse si no hay,
en general, enmienda de condición.*—MONTAIGNE.

Es la primera vez que yo hago un artículo aludiendo a la política. Por eso va a salir muy mal, porque es la primera vez y no piso los mis terrenos. Es lo mismo que si uno que se gana la vida tocando el guitarró o el albugue, se empeña en tocar las campanas con arte, sin haber repicado nunca, sin saber cómo se coge el “majuelo” para que el sonido salga más seco, más lento, más rápido, más vibrante; para que el acento tenga estrépito alegre de fiesta o mansedumbre solemne de duelo. Pero a veces, entre todas las manías y todos los regustos o acritudes que aderezan y gobiernan el temperamento, empieza a gesticular una manía nueva, más rebelde que las otras porque es más joven; más entrometida, porque la falta la experiencia; más audaz y vivaracha, porque carece del freno de la templanza, de la serenidad, del concepto prudente de las acciones y de los caracteres. Entonces, al gesticular, exaltada, incontenible, esa manía nueva, es cuando, a lo mejor, al arquitecto le da por estudiar leyes, cuando el jardinero se pone a labrar la tierra, cuando el médico se pasa las horas trazando líneas de fachadas, mástiles de navío, barras de heráldica o semblantes de gentes conocidas, en el papel del recetario. La manía recién nacida alborota más que todas las antiguas, corre desalada por todas las vereditas espirituales, aturde a los otros pensamientos, manotea, remueve de sobresalto a las viejas inclinaciones, y

su tambor, retumbando con tenacidad, enerva los demás sonos que conciertan la vida interior. Manía del hortelano competente que quiere adquirir prestigio poniendo bizmas a las vacas y a los caballos enfermos; manía del que hace buenos tarugos y se empeña en hacer malas abarcas; del que gobierna bien una granja y no cesa de cavilar, de andar a vueltas con unos pensamientos y con unos propósitos frenéticos muy alejados de sus aptitudes; manías que son abultados antagonismos de lo que puede dar de sí el carácter, la inteligencia, la sensibilidad, las energías. No se por qué se empeña uno en hacer lo contrario de lo que está bien avenido con nuestras disposiciones, con lo que es fácil a nuestro experto, con lo que es flexible y dócil a nuestras habilidades.

Una alusión a la política en mis veredas literarias ya sé yo que es lo mismo que una jarra de cristal entre las tarreñas de barro y los cuencos de madera de unos pastores de comienzo del siglo. Cosa extraña entre otras que nos son familiares, a las que entregamos el afecto, la medula del pensamiento, lo optimista o amargo de la memoria. Pero uno escucha el rebato estruendoso del ambiente y no puede esconderse a su ruido ni a sus aires. Y a fuerza de oír los enojos de los unos y el contento de los otros; las risotadas, las iras, las disputas, los fervores, los desabrimientos, que son consecuencia de la idea incrustada en el ánimo como una pasión honesta, o producto del egoísmo estampado también en el ánimo como una pasión deshonestas que aparente pulcritud de conducta; a fuerza de oír hablar siempre de lo mismo, se sienten deseos poderosos de llevar una voz más a ese constante ruido; de dejarse llevar unos instantes por el viento de las conversaciones, que es como resoplido, como una respiración formidable de la actualidad...

En España, la política ha sido, más que una exteriorización enérgica y noble de la conciencia, un silencio de conformidades y timideces sedimentadas en las generaciones como defecto hereditario del carácter. La palabra y la acción no han sido una misma cosa; ni la idea y la actitud, ni el discurso y la técnica, ni la promesa y la realidad. Devaneos permanentes de hacendados agrarios, de jueces municipales, de audacias sin escrúpulos, de analfabetos, de cobardes, de pícaros, de mayorazgos, de viejos ladinos. Reflejos de esta prevaricación, de aquella codicia particular, de aquel temor, de este acatamiento forzado, de esa pobreza de alma, de esta inconsciencia lerdas...

La política tiene treinta y dos vientos, como la rosa. Unos vienen con furia, estamengando a los ánimos, sacudiendo los temperamentos como hace el viento sur con las ventanas y con las drizas de los barcos. Otros calientan el brío y sofocan la imaginación. Otros aterecen de fe. Aquellos derrumban

los entusiasmos, apagan las luces de los propósitos, parten las quimas más altas de la devoción. Estos avivan la lumbre y acrecientan los restallidos. Los otros hacen correr a las ideas como bergantines, como barcos de piratas, como palomas del mar. Aquellos aturden, zarandean, le llevan a uno la ilusión, que se va arrastrando, dando tumbos y quiebro lo mismo que un sombrero arrebatado por una ráfaga. Ootros soplan perezosos, inconstantes, y apenas si mueven el espinoso o la flor, el cardo o la espiga de la conciencia. Treinta y dos vientos, como la rosa. Templados, suaves, fríos, impetuosos, ardientes. Ahora con el anuncio de las elecciones, soplan todos al mismo tiempo, rebraman como huracanes, rezongan sin reposo. Unos pasan retumbando lo mismo que si estuvieran colgados en el aire muchos campanos invisibles. Otros olean el espíritu, le fortifican, le infunden una buena esperanza. Aquellos hacen temblar a los sentimientos, abaten la cimera de las ilusiones, estremecen las creencias, sacuden los desos. Lo política tiene treinta y dos vientos, como la rosa...

Y el hombre tiene que ser como un buen navegante entre esos treinta y dos vientos, que le templan o le enfrían, que le deleitan el oído o le rompen el tímpano, que le parecen himnos o baladros estrepitosos, órganos o clarines, sones cristalinos o martillazos violentos, redobles monótonos o campanilleos vibrantes. El hombre tiene que escuchar el zumbido, observar su dirección, sus bifurcaciones, su intensidad, las esencias que lleva, las aspas de los molinos que va a mover, las ruedas que va a echar a andar, las cosas inmóviles a las que va a dotar de movimiento, las áreas que va a fertilizar. Y después de todas estas observaciones atentísimas, minuciosas, lentas, consultar, consultar la brújula que poseemos todos los hombres, la brújula eterna de la conciencia, que siempre marca un norte sin desvío, inalterable, seguro en todos los instantes. Tener valentía para ir en contra de los vientos cuyo runfido nos desagrada, y seguir con la misma valentía la dirección de los que sean propicios a nuestro noble concepto de lo social, de lo ético, de lo justo, de lo patriótico. No debe ser el rumbo que nos señalen, ni el que nos impongan con amenazas o con embelecos, ni el que nos tracen los apetitos, los despechos, los pecados capitales, las dádivas, los temores, las promesas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 15-X-1933.

Él fue un día a la Escuela de Arquitectura con tintineo de campanillas en el ánimo. Escoriales, Alhambras y rascacielos en sus moradas imaginativas. Tendría un concepto bueno y ancho de las cosas del mundo, y una idea dulce y mansa de los misterios divinos. El ánimo manda en los ojos, en el oído, en el tacto. Unas veces la ortiga nos parece un clavel, y la piedra, mármol. Otras veces vemos ortigas en los claveles y mármoles en las piedras. Oímos unos sonos cristalinos y nos parecen golpes rotundos de pedruscos en una campana rota. Oímos golpes de pedruscos en una campana rota y nos parecen acentos cristalinos. El ánimo es el que da la suavidad, la aspereza, el deleite, la acritud, el hastío. A esa edad, todas las estrellas del cielo son orientes relumbrantes de nuestros caminos, parpadeos de propósitos maravillosos, pupilas de pensamientos que se van allá arriba, revolando rápidos, luminosos, lo mismo que unas saetas de oro. A esa edad, todos los manantiales son limpios; las ideas rebullen, al mismo tiempo, como si debajo de las sienes tuviéramos mirlos y ruiseñores cantando todos los días, en la primavera, en el invierno, en la tiniebla, en la claridad. Concepto propicio a nuestros gustos subjetivos, a nuestras imaginaciones, al sentimiento, a la generosidad... Él fue un día a la Escuela de Arquitectura. El aire de su inclinación le llevaba diligente y derecho. Cada paso era un sonido de salterio. Y el pensamiento divirtiéndose con unas ideas encaramadas en nubecillas blancas y azules. Él haría edificios originales, jugaría con la geometría en la piedra y en el cemento, iría dejando su ingenio en edificaciones atrevidas de estética nueva. Versos de su inteligencia en unos cimientos profundos, en unas paredes muy altas revestidas de colores, en ángulos duros, en aristas finas.

Cuando se empiezan unos estudios se piensa siempre en lo más infinito. Se piensa en ensanchar los límites del arte o de la ciencia a que nos lleva la vocación; en descubrimientos transcendentales; en páginas que nadie ha escrito; en técnicas inéditas. Palpitaciones de lo romántico y de la vanidad que ya asoma tiernecita. Adentro cantan los mirlos y los ruiseñores. Afuera todo nos parece bueno y cordial...

Esfuerzos de adolescente que llega a la juventud sin darse cuenta. El mundo sigue lo mismo en el mapa de nuestro criterio. Nada más que vemos los colores, las manchas que señalan las cumbres, las líneas que marcan los caminos, el azul de los mares. No se ven más estas cosas en el mapa universal de nuestro criterio. El hito del que no se apartan los ojos es el fin de la carrera o del aprendizaje, que suele determinar el yerro o el acierto de toda

la vida. Pero aun no se piensa en estas cosas, ni se perciben las máculas, las tierras rasas, los desiertos, las peñas, los torrentes que todo se lo llevan. Todavía parece que estamos leyendo los cuentos de niño, y que nos reímos de las hechiceras viejecitas de esos cuentos, desdentadas, con los grandes anteojos, con la nariz como un pico encorvado. Nos nutrimos de afectos, de sensaciones joviales, de deseos que no remuerden el espíritu. Han crecido mucho los mirlos y los ruiseñores que cantan debajo de las sienes. Ya quieren escaparse; no caben en el nial del entendimiento; aletean descontentos. Pero se quedan allí, repasando su trino sin parar...

Años que pasan como ráfagas. Este muchacho sale un día de la Escuela de Arquitectura, contento como unas pascuas. Su casa está un poco desmantelada, entristecida. Sacrificios persistentes de la madre para que el hijo pudiera terminar los estudios y restaurar el hogar que se está derrumbando. El padre ya ha muerto con la angustia con que mueren los hombres cuando dejan a la familia en el umbral de la miseria. Habrá que ver las cosas que se rompen en el corazón en esos instantes, antes de que se acabe de romper toda la vida. Sale muy contento de la Escuela de Arquitectura con el rollo del título. Le parece que lleva en la mano un talismán de felicidad, la escritura de una hacienda inacabable, un salvoconducto para caminar serenamente por entre las respiraciones dramáticas del mundo, por entre las desgracias y los fracasos sin contagiarse con la pobreza y el llanto. La madre se abraza a su cuello. Se abren todas las ventanitas del alma para que entre la alegría. Proyectos magníficos en la sobremesa, en la dulce velada familiar. Y los mirlos y los ruiseñores de la imaginación se echan a volar. Es ya hora de que trinen entre las actividades del trabajo, en un estudio de arquitecto, a la vera de unos andamios, a la orilla de unos cimientos profundos. en la alta cimera de un edificio nuevo...

Los va viendo caer, hoy unos y mañana otros. Pero aun quedan algunos que se libran del disparo y del armadijo. Después van cayendo otros en el polvo de la realidad. El mundo se los está matando con balas certeras de menosprecio, de incomprensión, de egoísmo. Ya no le queda ningún ruiseñor en el nido del entendimiento. Mientras tanto, la casa se ha acabado de dismantelar. Cuando se esperaba una restauración decorosa viene la ruina. Esto sucede muchas veces, muchas veces. Esperamos una caricia y recibimos una bofetada. Los sollozos de su madre son leznas que le pinchan en la carne viva. Él la ve siempre, con la cara dolorosa, envejeciendo, envejeciendo.

Ve toda la casa negra. Y el ambiente lleno de hondas que descargan en su espíritu las piedras picudas, eternas, de las necesidades, de los agobios

que no pueden esperar, de las injusticias perdurables, que son estímulos de desacato, de ira, de la desesperación. Pasa el tiempo sin un destello. Todas las puertas se cierran a sus nobles deseos; se levanta con una esperanza y se acuesta con un desengaño. Todos los días lo mismo; la esperanza y después el desengaño; una luz que siempre se está viendo y siempre se está ocultando. Poco a poco se va entenebreciendo el ánimo.

Ya tiene otro concepto del mundo, de la amistad, de la rotación humana. La fe se va derrumbando, y en sus cenizas nacen unas ideas inevitables que quisieran arreglarlo todo de cualquier manera, con la inteligencia o con la mano. Días y días de lucha malograda, de súplicas, de esfuerzos que no logran romper la muralla. A su alrededor ve a muchos hombres como él, mohinos, cansados, macilentos. Ya considera a la gente como enemiga de la afabilidad, de la concordia cristiana, de la misericordia. Su madre continúa sollozando y él siente las leznas escarbándole en la conciencia. Ni un resquicio, ni una vereda, ni una claridad. Los cuatro horizontes permanecen turbios. En su mente no queda ni un mirlo ni un ruiseñor. Todos se los ha ido matando el mundo. En su mente hay ahora palomas negras, azores hambrientos que le picotean el cráneo, que le hacen tenebrosa la morada de los pensamientos.

Llega un instante en que todo es tiniebla y estrépito dentro de su alma. Ni ve las casas ni las personas; ni siente el alboroto de los carruajes ni las voces, ni los estruendos mecánicos que ha inventado la civilización. Todo el ruido le tiene él adentro, debajo de la frente. Ruido de martillos, de ruedas gigantescas, de rechinamientos, de trallazos, de lumbres, de temporales. Y ve muchos puntitos rojos en el aire, brillando cerca de sus pupilas; unos puntitos inquietos como insectos colorados, como estrellas diminutas, que le aturden la vista, que forman una nebulosa, que no le deja ver. Por la mañana empeña su reloj. Le parece que tiene la cabeza envuelta en hielo, y después en lumbre y después otra vez en hielo. Vuelve a sentir en el cerebro el ruido de los martillos, de los temporales, de las ruedas gigantescas. Miles y miles de puntitos colorados, rebrillantes, como átomos de estrella, moviéndose vertiginosos, formando una nebulosa roja que le vuelve loco... Por la mañana empeña su reloj... Y por la tarde...

...“En la plaza de España, el joven arquitecto don Manuel Lillo, que se encontraba desesperado por falta de trabajo, disparó unos tiros contra el señor Martínez Agar...”

Estamos volviendo loca a la juventud... Primero la necesidad, después la desesperación, más tarde la locura. Y ésta lo mismo arremete contra un

inocente que contra un culpable... El mundo, espectador frío, relapso, impasible...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 24-X-1933.

415.—ESBOZOS. LA PAZ EN LAS LABRANZAS

¿Cuándo vamos a devolver la tranquilidad al campo?—

RAMIRO VILARIÑO.

Pero en la tranquilidad otras cosas de índole moral, inéditas en el mapa de lo agrario. La tranquilidad es una consecuencia del bienestar, de la paz del espíritu, de la desenvoltura fácil y constante de las actividades. No puede haber sosiego donde existe la sombra perdurable de un agobio tenacísimo que se empeña en romper las energías prematuramente; que quiebra todo pensamiento de prosperidad; que no deja acrecentar el pobre montoncito de la hacienda en concordancia con un deseo natural, perseverante, humanísimo. Siempre andamos a vueltas con la tranquilidad de la gente. Esta palabra es un tópico antiguo, naturalizado en una literatura social que todo lo compendia en la paz, aunque ésta sea aparente y esconda muchas impaciencias dolorosas, íntimamente dramáticas. Que no se oiga ningún lamento, que las voces no se exalten, que no se perciba el enfado, que no se sienta el llanto, que todo permanezca oculto y silencioso, que no se vea la lepra, lo taciturno, lo exagüe, lo que hace siglos camina con bizmas y cabestrillos por todas las rutas que van de la ciudad al campo y del campo a la ciudad. Tranquilidad para los culpables de que exista esa intranquilidad. Ellos han estado removiendo el agua, levantando el viento, impulsando la centella, avivando la lumbre, esparciendo las brasas. Y cuando perciben los primeros resplandores del incendio, las primeras ráfagas, la iniciación del estrépito, piden su tranquilidad a grandes voces; su tranquilidad, señor, que es lo mismo que el que planta manzanos y se enoja porque los manzanos no dan cerezas; lo mismo que el que siembra centeno y se sorprende de que no crezcan espigas rubias de buen trigo. Su tranquilidad, que es lo mismo que el que enturbia la fuente, caprichosamente, enredando con un junquillo, y después se enfada porque no puede beber...

Nuestra paz tiene que ser consecuencia del sosiego de los demás; de un sosiego evidente y limpio que trasvierta de los ánimos, cordial, sincero,

amable, si miramos desabridos, con menosprecio, con orgullo, con vanidad impertinente, no es posible que nos miren con amor verdadero, con estimación, con humildad cariñosa y digna. Todo será ficticio y vano. No reflejará el semblante la profunda verdad del alma. La paz, producto de nuestras obras, de nuestra conducta, de nuestra ética, de un justo y bondadoso criterio acerca de las ansias, de las pesadumbres, de los dolores, de los deseos inevitables del prójimo. Construir el sosiego íntimo con honestidad de conciencia, con pureza del sentimiento y de la conducta, con ligaduras y candados para las torpezas de nuestra egolatría, para todo el egoísmo que sale al exterior formando el menoscabo y la ofrenda de los demás, la intranquilidad la avivamos nosotros con una práctica constante de codicia mala, que es la medula de todo lo siniestro, de todo lo mezquino, de todo lo bárbaro que se desenvuelve en el mundo. Cada uno cultiva su huerto, llena su cántaro, hace su casa o su palacio, recrea sus sentidos, abriga su cuerpo, arregla su granero, emblandece su lecho, tapiza su escaño, adorna su morada, sacia sus deseos. Lo que le sobre, lo tira de cualquier manera o lo guarda, lo aprieta y lo amontona con delectación. No importa que los otros tengan el cántaro roto, el cobertizo derrumbado, el cuerpo con vestiduras frías, los deseos cubiertos de nieve, el lecho lleno de escarcha...

En el campo nunca ha existido la tranquilidad. Ha existido resignación, silencio, temor. El proceso misterioso de las sensaciones no ha estado de acuerdo con la expresión ni con la palabra. Carencia absoluta de la sinceridad; quietud constante de las verdades, cautivas en la conciencia como secretos exigidos con una promesa violenta de castigo y de persecuciones. Cuando el campesino, ante una mirada desabrida, ante un menosprecio, ante un orgullo impertinente, respondía con humildad, inclinando la cabeza, no eran sus verdades las que se reflejaban en el rostro; no era la realidad de sus sentimientos, de su estado de ánimo, de su criterio social, ni siquiera de su carácter. Era la actitud respetuosa impuesta por el temor, por la costumbre, por el mandato imperioso de las verdades exteriores, que le daban un carácter aparente de docilidad y de satisfacción. Adentro alborotaba el descontento, hacía mella la tristeza, no cesaban de gemir los pesares, las inquietudes, las zozobras. Algún brinco del ánimo ante la gracia excepcional de una buena cosecha, en una fiesta, en un mercado, ante el pelo lucido de unas reses, en los bancos duros de la taberna con unas barajas viejas en la mano. Siempre con un coloño de agobio, de incertidumbres, de desazones. Traba-cuentas y gatuperios de los mayordomos de los señores que tenían los cinco sentidos en las uñas de la mano; las trabas de las amortizaciones civiles y eclesiásticas; la burocracia, el expediente; el carácter huraño de los recaudadores; la fecha inflexible, adusta del recargo; la estatificación de los sis-

temas de cultivo; la centralización aristocrática y administrativa; la hostilidad de las leyes, siempre exprimiendo, siempre estimulando el recelo, la miseria, las rutas emigratorias. En el campo nunca ha existido tranquilidad. Ha existido resignación y silencio, que han sido las vestiduras del cansancio, del enojo íntimo, de la pobreza humillada, de los desvelos estériles del espíritu, de los afanes ineficaces. Paz en el paisaje, en la maraña engarabitada de las callejas, en las hiladas de los soportales, en la orilla de los ríos, en los inmensos cuadros sembrados. Paz en la naturaleza, en las fisonomías, en las palabras, pero no en el alma ni en las ideas ni en el concepto ni en el devaneo de la meditación.

Siempre con los peñascos de unas dificultades, con la sima de un quebranto, con las rutas que marcaban las coacciones, los muñidores, los mercaderes ricos, los jueces, los clásicos escribanos, los señores influyentes que tenían unas tierras, unos olivares, unas praderas, unos molinos. Barbulla secreta de penas estimuladas por las maneras típicas del desprecio, de la indiferencia, de la soberbia con que se encontraban sus pobres deseos, sus querellas, sus tímidos afanes de prosperidad... No; en el campo nunca ha existido la tranquilidad. Ha habido acatamiento forzoso, voluntades con las bridas de otras voluntades; descontentos silenciosos; iras que no se atrevían a salir porque entonces no quedaba otro remedio que marcharse a la ventura, con un talego y un palo, atributos miserables de los proscritos agrarios que no querían soportar la iniquidad. Una desobediencia equivalía a encontrarse una mañana con la terrible sorpresa de que ya no se tenía tierras que cultivar ni casa donde guarecerse ni establo ni reses. El dueño de las aparcerías no podía soportar una contradicción razonable, una pequeña disconformidad con su criterio, con su capricho, con las tendencias políticas, que hoy eran de un matiz y mañana de otro, según la condición de la recompensa. Tranquilidad aparente sobre la paz del paisaje. Poesía en las riberas, en los hondos relejes que van marcando los carros, en el rezongueo del molino, en las alegrías verdes de los huertos, en las plazoletas, en las exiguas ermitas de los caminos, donde se detenían a rezar los carreteros para vaciar la bolsa de sus pecados y después volverla a llenar con más juramentos y después volverla a vaciar otra vez. Poesía de la vegetación, de los arroyos, de los rumores del monte y del valle, de la infinidad de tópicos literarios, que es lo único que se ha tenido en cuenta en el panorama de lo rural, lo único que se ha cultivado con simpatía. Y unas cuantas cosas evangélicas que nada más que han sido palabras, antifonías y desvíos de la génesis, de la hermosa pureza del manantial. Adentro, en la entraña de lo humano, una realidad dramática, una intranquilidad mortificante, dolorosa, sedimentada...

No hay que devolverla, porque nunca ha existido. Hay que crearla con rectificaciones morales más que con leyes. Nuestra paz tiene que ser consecuencia del sosiego optimista de los demás. La paz, producto de nuestras obras, de nuestra actitud para con los dolores y las desgracias del prójimo. No puede ser que las sombras reflejen luz brillante, ni que los espinos den azucenas. No podemos tener tranquilidad interna si nos empeñamos en crear ruidos a nuestro alrededor. El llanto que hagamos derramar para conseguir nuestro bienestar, nuestra tranquilidad, será el que nos despierte y nos sobresalte, el que nos escalde la piel, el que nos arrebate el sosiego...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 29-X-1933.

416.—ESBOZOS. TEMPESTADES MECÁNICAS

En Suecia se celebran diversos actos conmemorando el centenario de Nobel.—Los periódicos.

No sé si son los grandes arrepentimientos verdaderos, el reproche de la conciencia, una enmienda forzada y tardía del crepúsculo, el temor religioso exaltado cuando los sentidos ya no pueden pecar. No sé si será un pesar infinito por todo lo que hemos dejado sin alivio, por las querellas lamentables que menospreciamos, por las esperanzas que hemos roto implacablemente, por el llanto que hicimos derramar, por los sentimientos que torcimos, por las desgracias que estimulamos con nuestra avaricia, con la soberbia, con los filos, los mazos y las trallas morales que la riqueza, el privilegio, el ingenio o el prestigio pusieron en nuestras manos, no sé si será que la intemperancia y el orgullo se hacen dóciles porque ya no tienen brío para amedrentar a los humildes, o si en la vejez se trastruecan sinceramente, con una amabilidad natural, los conceptos de todas las cosas. Es posible que sea la visión atormentada de las circunstancias que hemos dejado atrás, redivivas en la imaginación, con toda la minuciosidad del instante, de los gestos, de las palabras, de los pensamientos. Todo ello viene de muy lejos, de manantiales de juventud, arrastrando las propias ruinas y las ruinas que hicimos de la felicidad, del sosiego, de los deseos buenos de los otros. Cada recuerdo es una palpitación violenta, el espectro negro de todas las penas que se retorcieron por nuestra culpa; un tampanazo en el ánimo, una sacudida en la entraña,

un sobresalto incontenible, un zumbido, una brasa en el espíritu, raspaduras de vidrio en los ojos del alma...

Representación minuciosa de todos los caminos recorridos, de los detalles más insignificantes, del color que tenían los campos, del cariz de las horas, de los regustos o de las acritudes que íbamos experimentando. La vejez es un recuerdo de muchos recuerdos y una sensación de infinitud de sensaciones. Todo revive en la mente con los mismos caracteres de la antigua circunstancia. Parece que se sienten hasta los pasos que dimos en aquel instante lejano de nuestra órbita. Parece que se perciben con precisión de cosas presentes, de sonidos actuales, de movimientos de este instante, del instante de nuestra realidad de ahora.

Es posible que sean otras visiones más severas, estimuladas por el criterio acerca del misterio ultrahumano, premio o castigo, lumbres o complacencias eternas, justos o condenados. En este caso es el futuro el que atormenta a los creyentes que no amaron al prójimo, que mintieron, que levantaron falsos testimonios, que no aliviaron la pobreza, que no tuvieron templanza ni fueron honestos ni humildes. No es el pesar de haber ofendido, de no haber sido más justos, más bondadosos, más honestos, más amigos del Evangelio. Es el pesar por las consecuencias de todos esos desafectos a la generosidad, a la compasión, a la práctica de la virtud. Una consecuencia ultraterrena determinada concretamente por las leyes ortodoxas, inexorables, en que él creyó sin amarlas. También es posible que sea la enmienda que tiene sus raíces en el hastío y en el cansancio, porque el hombre se cansa de todo, hasta de hacer daño, de maltratar, de romper las esperanzas y los propósitos ajenos. No sé si son los reproches de la conciencia, las grandes fatigas de la materia, el temor religioso exaltado cerca de la muerte, en los tremendos instantes en que quisiéramos limpiar los borrones de nuestra biografía, acariciar con mansedumbre todo lo que maltratamos, restituir lo mal adquirido, restaurar lo que rompimos en el corazón de los demás, volver la paz, la felicidad, el contento a quienes les hurtamos estas delicias. No se pueden borrar las huellas ni repasar las líneas de nuestras acciones para enmendarlas, ni tachar los rasgos negros de los defectos, ni convertir en piedra bien labrada lo que ya es ceniza esparcida por el mundo.

Entonces, ante esa imposibilidad que nos martiriza, que nos presenta la línea de nuestra conducta, los resaltes agudos de nuestras obras, los reles que marcaron nuestros vicios, lo que descuartizamos por ira, por soberbia, por egoísmo, por vanidad; entonces, cuando sentimos en el cerebro el ruido de ese torbellino de memorias, quisiéramos remediarlo todo repentinamente y entrar en la paz infinita con la conciencia muy silenciosa y apaciguada. Pero esto ya no puede ser. Y entonces sentimos ansias de remediar

los males futuros del prójimo, de hacer en la muerte lo que no hicimos en la vida; disimular la práctica constante de todo lo contrario a lo que fue la esencia de nuestro criterio; el manantial de nuestra riqueza, la cantera de nuestro prestigio económico...

Bunin habla de un mercader de esclavos que legó su fortuna para abolir la esclavitud. Engels, de un explotador de niños en los telares ingleses que dejó su capital para la infancia enferma y hambrienta. Antonio de Liñán y Verdugo (1620) alude a una famosa cortesana que donó su riqueza para redimir a las jóvenes extraviadas...

Alfredo Nobel, inventor de la dinamita en la paz de Scandinavia, que parece en el mapa una foca deformada con la boca abierta, como si quisiera tragarse a Dinamarca. Desvelos permanentes para la perfección de los explosivos. Su idea, cautiva en los sistemas más rápidos, en el aumento de las producciones, en la eficacia más sutil de las materias que sólo sirven para exterminar. Frenesí en la desenvoltura de su invento, construcción de grandes fábricas, de flotas para el transporte, de gigantescos depósitos, de extensas factorías en diversos países. Aficiones al laboratorio, a la solución de los problemas químicos, al mejoramiento de sus productos, al ensanchamiento del mercado. Una intensa revolución en la industria del armamento. Alfredo Nobel, acrecentador científico de la eficacia de los ejércitos, de lo que destruye, del retrueno bárbaro de las tempestades mecánicas con centellas hechas por los hombres, con rugidos, con nieves y lluvias rojas. Un hito determinante de las nuevas técnicas bélicas. Creador de infierno en los campos, en las ciudades, en los mares. Su ingenio creó lumbre y trueno con la misma devoción con que otros crean belleza, consuelo, afabilidad, pensamientos cordiales...

Y después, la actitud contradictoria, el reverso de la conducta, el estupendo antagonismo. Después, el agua para el incendio, el salmo tras la blasfemia, el silencio contrito tras el ruido febril de las fórmulas químicas hechas dinámica y fuerza. La antítesis de todas las preocupaciones de muchos años como una rectificación del criterio, de las actividades, de los caminos recorridos por el talento y la voluntad. Lo mismo que el mercader, que la cortesana, que el fabricante de tejidos. Querer deshacer lo creado con tanta delectación. Deseo profundo de detener lo ya inevitable, lo que marcha rápido a través de todos los meridianos, retumbando como un huracán, con silbos, con resplandores, con destellos lívidos de relámpago...

Alfredo Nobel, creador de premios internacionales para los trabajos a favor de la paz. Estímulo de virtudes pacifistas sobre los noventa millones de pesetas que adquirió elaborando dinamita. Ramitas de oliva en el pico

de las palomas que soltó del palomar de su vejez, y que cayeron y caerán en las tempestades mecánicas a las que él dotó de unos truenos más ensordecedores, de unas centellas más dramáticas...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 7-XI-1933.

417.—ESBOZOS. CARTAS AGRARIAS

Unas cartas extensas que son como crónicas de lo agrario. Minuciosidad de detalles acerca de la cosecha, de las tormentas, de las socarreñas que tiró el viento, de los casamientos, de las muertes. Noticias triviales de la vida anodina de la aldea. El castañar grande que estaba en mitad de la campa se secó este año. Los muchachos destruyeron, con una larga vara, el nido de golondrinas que había debajo del alero de la torre. Don Juan y don Fernando andan metidos en un pleito a causa de la herencia de don Juan Manuel. Las manzanas son descoloridas y ruines. Ya está terminada la cerca de la finca que se roturó en la primavera. Los mozos andan pidiendo por las casas para una fiesta que quieren hacer en el mes de diciembre. Tío Andrés y tío Francisco, que siempre anduvieron a trastazos por aquellos belenes antiguos del molino y del ansar grande, son ahora muy amigos. Y dice la gente que cualquier día vuelven a los trastazos porque no pueden ser amigos los raposos y los gallos, ni los lobos y los corderos. Ya está la nieve en la lomba de los fresnos, casi tocando la majada vieja. El otro día cayó un rayo en la encina que está en el camino que va a parar en la pradería de la banda del ábrego. El maestro nuevo está muy contento. La otra noche se sintieron los lobos en la mies de arriba. Cuando salió tío Victoriano con la escopeta, ya no estaban allí. Después volvieron otra vez a la mies. La gente se asomaba a los ventanos para ver como les relumbraban los ojos...

Cartas agrarias que son crónicas minuciosas y veraces de los pueblos. Yo siento el recuerdo de viejas sensaciones ante estas letras desiguales y gordas, escritas trabajosamente en una cocina mientras canta el cábaro de las tinieblas y el rutar del río parece el ruido de un inmenso cerrojo. Motivos insignificantes o extraordinarios de las desenvolturas familiares. Creemos estar presenciando los contentos o los enojos de la naturaleza, los pastos de los ganados, la plata del rocío matutino, los brazos vacíos de los espantapájaros de los huertos, agitados por el viento. Lo esencial y lo baladí, lo anti-

guo y lo nuevo, lo transcendental y lo sedimentado, en estos renglones torcidos que unas veces parece que quieren encaramarse a una cumbre y otras veces descienden como senderos negros a un valle invisible. Hoy nos hablan de unas quimas estropeadas en un nogal jovencito que creció, sin que nadie la plantara, al pie del canto de la fuente, donde se sientan las muchachas mientras se llenan los cántaros colorados. Otro día nos cuentan que tío Arsenio perdió la petaca, y que la gente se ríe de tío Arsenio porque nada más que hace hablar, con mucha tristeza, de la petaca perdida. Sus hijos le compraron otra más fina y más grande. Pero él no se arregla con la petaca nueva. Quiere la vieja, la vieja, la que se perdió, la recosida con bramante, la que compró hace treinta o cuarenta años. Y la busca por todas partes: en la bolera, en el coro de la iglesia, en el bosquecillo donde estuvo cortando unas varas para arreglar una estirpia. Y pregunta a todo el mundo por ella. La gente se ríe de la tremenda desazón de tío Arsenio; la gente, que no comprende la honda tragedia de un viejo que ha extraviado su petaca... Otro día nos hablan de un señor que pasó por allí comprando ruelas y escudillas viejas, aldabones antiguos, calderas añejas de cobre, candelabros y bancos tallados. Y nos dicen que en el pueblo no queda ya ni una ruela ni un candil picudo ni un almirez de bronce...

Estas cartas de ahora son más transcendentales. Entre un carrozal de circunstancias nimias, el hecho vigoroso, excepcional, rebullendo en la inmensa triguera de la actualidad. Cartas atotogadas en el manto de su estilo campestre, que unas veces parece un sayal y otras veces un haz de ramas de hinojo, de encina, de arce de laurel del monte.

El campanazo de ahora enerva los otros sonos, no les deja llegar a mí, tan cristalinos, tan limpios, tan saturados de vibración cordial. De antes, cada línea me parecía un lombillo de malvas, de manzanillas, de lirios. Ahora me parecen los renglones, extensos lombillos de rozo y de cardos. Noticias escritas de lo agrario que son como crónicas de lo actual, como narraciones verídicas de las pequeñas causas, que son las raíces de los grandes efectos universales. Noticias de la vida presente de la aldea. Las panojas son bastante regulares; fueron mucho mejores las de hace tres años; tenían más correa, más color y daban una harina más amarilla. Santos acaba de vender el voto por cuarenta reales, y el hijo de tía Esperanza se le afrece a don Andrés por dos coloños de yerba para las vacas. Cada uno tiene su pensamiento; pero se ponen por delante los agradecimientos, las apreturas de las deudas, las caras serias de los que prestan algún favor, las caras respetuosas que hacen temblar a los infelices que viven de los terrones de las aparcerías. Y los pensamientos, al encontrarse con estas cosas tan recias, es lo mismo que si no existieran, lo mismo que unos zurriones vacíos, que

un asta sin dalle, que un rabel sin cuerdas. No se han quitado los cantos del pedregal para que los hombres caminen tranquilos y derechos, sintiendo la campanilla de su idea y no los campanazos de las inclinaciones de los otros. Don Fernando llamó el otro día al pobre tío Antonio, que anda por aquí muerto de necesidad, de portal en portal, siempre con un pañuelo atado a la cabeza, con la pelliza destrozada. Le llamó y le dijo que si le daba el voto le metería en un asilo. Tío Antonio se puso muy contento, y dice a todo el mundo que don Fernando es más caritativo que una cigüeña joven para las cigüeñas viejas. Francisco, el hijo de tía Soledad, andaba diciendo en la taberna y en todas las partes que él votaría por quien le diera la gana, y no por quien le mandaran. Le llamó Patricio, el administrador de doña María. Francisco entró en casa del administrador como un lobo, enfadado, metiendo mucho ruido con los tarugos. Entró como un lobo, y salió como un cardero, sin meter mucho ruido con los tarugos, muy apaciguado, lo mismo que cuando le meten a uno algo en el bolsillo o le quitan la desobediencia con una amenaza muy agria para una fecha próxima...

Más minuciosidad de lo actual; prolijidades concretas y sutiles de la vida electoral del pueblo. Destrozos de dignidad, de ética, de caracteres irreductos, por lo que sea; por cuarenta reales, por unos brazos de yerba, por un lecho en el asilo, por lo que sea... Estas cartas pueden ser acervos sintetizados de la historia de España, de la historia del mundo. Los renglones de estas cartas son los paralelos del inmenso mapa de lo moral agrario en el clima de lo político. Sigue la prolijidad concienzuda de los acaecimientos en el paisaje rural. El río se ha metido en la mies. El guardamontes sorprendió al hijo pequeño del regidor cortando unas hayas. El hermano de Teodoro el serrador, que volvió de Manila, muy rico, pero viejo y echado a perder, compró la casa nueva del notario... Cuando estaba remendando una albarca con un pedacito de lata Juan José, el hombre de la Acerica, la que siempre lleva clavadas agujas y alfileres en la chambrá, le llamó don Arcadio y le dijo que no había más remedio que votar por los de la su banda. Don Arcadio llamó después a los hijos de tío Ramón, a Jacobo el viejo, a los muchachos que emplea en la siega todos los veranos. Y les dijo lo mismo que a Juan José. Tío Anselmo dice que dará el voto a quien le compre un par de ovejas; la otra vez se le dio a los del cariz de don Salvador, porque éste le regaló unos anteojos. Federico dijo a tía Esperanza, a tía Josefa, a la hija de tío Víctor, que no les dará más pan fiado si no votan por los suyos...

Las cartas siguen entonando sus antifonías agrarias. Siguen hablando del bastón del cacique, de las zaleas de los infelices, de las maneras bruscas de un administrador, de las exigencias de un señorito, de mandatos imper-

tinentes, de insinuaciones ineludibles, de soberbias que no admiten réplica, de miedos que amohinan las energías, de sobornos, de amenazas, de ofertas que tuercen los pensamientos, de actitudes que convierten al hombre en un objeto, en un cedazo, en una veleta...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 15-XI-1933.

418.—ESBOZOS. CONCEPTO RURAL DE LA POLÍTICA

A cincuenta o sesenta kilómetros de la ciudad. Un pueblecito con muchos huertos, con unos cuantos limoneros desmedrados, con dos o tres caserones de linajes rotos, con matojas de laurel silvestre en las cercas. Una conversación de campesinos ante un mostrador, largo y casi negro de vejez, bajo unos doseles de abarcas, de cebillas, de astas de guadañas. De unos pinos cuelgan unas carlancas anchas, unas cadenas para los canes barcinos de los corrales y de las cabañas; unos rollos pajizos de cordeles, unas sogas para los yugos, unos dalles de filo reluciente. Aquí se habla de todo lo que sucede y de todo lo que se sospecha que va a suceder en el pueblo y en la comarca. De vez en cuando, el viento golpea los cristales de la puerta, se mete por las rendijas y mueve con suavidad las delgadas cadenas que cuelgan de las vigas. Se habla de la feria próxima, de lo turbio que baja el río, de la fecha de las contribuciones, de los mozos que se marcharon a los cuarteles. Entre estos devaneos sencillos de las circunstancias familiares, la conversación política como una cosa excepcional, como un estruendo repentino en el silencio de una braña, como aletazo de cárabo entre los chillidos de unos mirlos. Cosa extraordinaria la conversación política en este ambiente. Lo mismo que se sintiera la bulla de las golondrinas por las nieves de Navidad o una carcajada larga en el instante más recogido de la novena.

Sonidos extraños y fuertes apagando el rumor diario de las palabras estimuladas por las sensaciones del trabajo, de la cosecha, de los quehaceres que se reconcentran en un bancal, en una pradera, en cualquiera de los sitios donde retumba un hacha, campanillea una yunta, canta el rondal de un carro o se inquietan hacendosas las herramientas rurales. Se desvanecen por unos momentos los recuerdos y las impacencias de estas actividades. Ante el mostrador, largo y negro, los hombres hablan de la política, lo mismo que de un acaecimiento raro que les sorprendiera picando un dalle, des-

granando unas panojas, o metiendo el rizo de la legra en el tajo de una abarca. Ellos no comprenden lo minucioso del origen, las causas históricas que dan vida a estos efectos vigorosos, lo concreto de lo nuevo, la verdadera esencia de lo ideológico, como no comprenden los fenómenos atmosféricos, la génesis del rayo, de la nieve, del viento, del trueno, del fuego de San Telmo. Nada más que comprenden las consecuencias. Si restalla la tempestad, comentan sus estridores y sus estallidos. Si zumba el huracán, se habla de los árboles destrozados, de las tejas rotas, de cómo zarandeaba las puertas, las troneras, las campanas de la torre. Se alegran de la lluvia en ciertas épocas y la maldicen en otras. Bendicen al sol cuando es conveniente para los sembrados y reniegan de sus rayos cuando seca y agrieta lo que necesita llovizna suave y persistente. Ahora reciben contentos lo que antes les dio pesadumbre y desesperación. Después contemplan mohinos, desazonados, lo que en otro tiempo les tenía alegres y optimistas. Nada más que saben que el relámpago ilumina las tinieblas del cielo; que el viento mete ruido; que la nieve pone una pelliza blanca y fría a la tierra; que el rocío brilla en las plantas como si éstas hubieran estado llorando toda la noche; que los fuegos fatuos se creía de antes que eran lucecitas de las ánimas; que la lluvia que unas veces es como una gracia, es otras veces como un castigo; que el calor unas veces es bueno para la sazón de los frutos y otras lo mismo que una brasa inmensa que todo lo quema y todo lo destruye. Desconocen la formación de estas cosas, sus principios físicos, cómo se forman las tempestades, las bonanzas, los pedruscos, los truenos, las nieves. Su idea acerca de esos ruidos, de esos repiqueos, de esas blancuras frías, está saturada de divinidad, lo mismo que su criterio acerca de las estrellas, del resplandor del sol, de la vida y de la muerte. La causa de todo está en un deseo divino, en una fuerza omnipotente, misteriosa, infinita.

Ellos nada más que hacen analizar las consecuencias, los efectos favorables o adversos de la lluvia, del calor, del aire. Reciben con alborozo lo que les beneficia y miran con enfado lo que les perjudica, sin detenerse a pensar en el por qué de esas causas naturales que traen fiesta o duelo al ánimo. Meditación acerca de esas consecuencias de los calores y de las lluvias. Buen sol el que sea propicio a las faenas del campo, a la madurez del trigo, del maíz, de los racimos de las viñas. Buena lluvia la que refresca el tempero reseco y caliente, la que llena las albercas del riego, la que haga brillar de nuevo el verde de los sembrados...

El concepto político, análogo al que tienen de la lluvia y del sol. La mejor política es la que suprime dificultades, la que aparta los estorbos, la que da a la vida un desenvolvimiento más amable, la que abarata los aperos y las semillas, la que disminuye las cargas contributivas, la que echa a an-

dar las ruedas de más molinos. La mejor política lo mismo que la buena lluvia y que el buen calor para los campos. Criterio utilitario que no tiene nada que ver con el ideológico. No les importa la doctrina ni el derecho político ni la teoría de los fundamentos —tradicionales o nuevos— que dan movimiento a las diversas tendencias, como no les importa la ciencia que explica la formación del relámpago, de las nieves, del viento, de la mudanza de las estaciones. Sólo viven de consecuencias. La buena política tiene que ser como la buena lluvia y como el buen sol. La mala política es lo mismo que la mala lluvia, el mal sol, los malos vientos. Este es su criterio. Un concepto concreto, de utilidad, como el que tienen de la naturaleza, del calor, de la llovizna suave, de los árboles, de los pastos, de los puentes, de los manantiales, de las carreteras, de las albercas. Su idea de lo político no reconoce más fundamentos que los que están en contacto con sus necesidades, con lo que les quite cansancios, agobios y preocupaciones de índole material. Ignoran en qué se diferencian unas doctrinas de otras y las técnicas de las mismas. No saben lo que es lo tradicional en los sistemas políticos, ni lo que significa lo democrático, ni adónde se quiere retroceder ni adónde se quiere llegar, ni lo que estos quieren deprimir y aquellos exaltar.

Si vosotros preguntáis a la mayor parte de estos hombres lo que es un demócrata, os contestarán que un demócrata es un barbian, un señor rico, muy campechano, que no tiene remilgos, que va a la taberna y se embriaga de vez en cuando, que jura con los trajinantes de los feriales y gasta bromas al tabernero, a los viejos que tienen manías, a las mozas que tienen poco juicio. Desconocen la acepción social de las palabras que dan nombre a los diversos partidos, la esencia que rige la desenvoltura de éstos, sus propósitos, lo remiso o brioso de su temperamento, lo que tratan de ratificar o rectificar.

La política es para ellos una cosa material que regala o hurta prosperidades. No la comprenden si no es convertida en ventajas que se reflejen intensamente en la economía particular, en este deseo, en aquella codicia...

Espíritu de las palabras que oímos ante el mostrador, largo y negro, en este pueblo montañoso a cincuenta o sesenta kilómetros de la ciudad. Después se habla otra vez de lo turbio que baja el río, de los grajos, de las avefrías, de los pleitos... Y después se habla de nuevo de la política, cosa rara, excepcional, lo mismo que un estruendo en el silencio de una braña y que unos aletazos de azor en una jaula de mirlos...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 19-XI-1933.

Los mineros de Mercadal se lamentan de su angustiosa situación con motivo del paro.

Todo es lo mismo en los pueblos de nuestra cordillera: el ánimo, el rumor, los matices del suelo, las creencias, los recelos, lo etnográfico y lo moral. Esta aldea es lo mismo que todas las aldeas septentrionales. Nada más que tiene una característica extraordinaria en sus terrenos: la mina... La mina, que es la grieta del tajazo ancho y profundo en el semblante del paisaje; el surco hondo y quebrado de un seísmo artificial, atronador; los revoltijos, las peñas descarnadas, las bocas negras y redondas de las galerías; unas luces débiles y unos jadeos fuertes en la entraña del monte. Las alteraciones geológicas que van produciendo todos los días y todas las noches los picos agudos, las explosiones, la fuerza mecánica...

La mina elemento imprescindible de este pueblo, como una mies, como una pradera para otros pueblos; como el mar para los pescadores y el bosque para el leñador. Suprimid este elemento, y para esta gente será lo mismo que un temporal que no acaba de amainar para que las barcas abandonen la vera de las dársenas; lo mismo que una inundación que arrastre la cosecha de las mieses; como incendios en los silos, en las tenadas, en los pajares después de la recolección. La mina es todo; es el ansia del niño que desea crecer para perderse todas las mañanas en los largos túneles, y pensar, con regusto injertado en sobresalto, que está debajo del monte, de los caminos, de los agreos, de los pasos de la gente; el porvenir del niño y la permanencia del trabajo del hombre, el cansancio y el descanso de su vida, la chispita exigua de su felicidad, que nunca llega a luminaria ni a resplandor. La mina es la única ruta por donde pueden caminar los bríos, el único afán desde el hito de la adolescencia, la expansión activa y oscura después del sol que pone manchas vivas en el pavimento de la escuela.

Se comprenden otras dinámicas, otros medios de ir rompiendo las energías materiales lejos del humo del pueblo; pero se comprende también la imposibilidad de acercarse a esos parajes sin tiniebla de mina, sin polvo rojo desde la cabeza a los borceguíes, sin el sobresalto de la oscuridad y del derrumbamiento en la gran fosa, donde todo retumba con crujido de cataclismo que se inicia. Nada más que un horizonte tenebroso y estrecho, lo mismo que si se caminara toda la vida por entre las vertientes de un barranco, por entre dos ribazos altos de piedra. No existen otras amplitudes más holgadas para las inclinaciones de la juventud. Un rumbo único, invariable, de topo. La escuela y la mina como un limbo y como un infierno,

como un camino negro después de un camino muy claro y muy blando. El campo, no; el campo está aborrecido. Ser ruiñeñor en un paisaje verde en los tiempos cortos de la escuela, y después ser topo con energía, con inteligencia, con sensibilidad en una tierra bermeja, debajo del paisaje verde. La mina es el único estímulo favorable, lo único que se concreta en el movimiento de la actividad sustancial, el presente y el porvenir, el sustento y la paz. Todas las ideas de prosperidades, envueltas en colores de mineral. Hasta las sensaciones parece que están en contacto con los matices de la cuenca, con las rocas rubias, con las grietas oscuras, con las piedras blancuzcas, cárdenas, amarillas, rojizas.

Brillan las yerbas, trazan líneas hondas los arados, se llenan las vertientes de poligonos de agreos cercados, después de extirpar las piedras, las raíces, los matorrales. Ensanchamiento de los límites de la labranza, que es lo que hace falta. Las laderas cercanas, que antes estaban baldías y arriscadas, convertidas ahora en tierra suave y cuidada de cultivo. Pero estas cosas es como si no existieran para el minero. Vive entre ellas, las siente, las ama, las contempla con cariño, y estima su inacabable fertilidad; pero él ya tiene marcado su camino derecho hacia la cuenca, que es su mies escondida, lo actual y lo futuro, lo que considera permanente, inextinguible. Sus convecinos los labradores siguen trajinando en los terrones eternos, sin preocuparse de la mina. El continúa con el pico y la candileja en los barrancos artificiales, en las simas y en los hoyos de la cuenca, sin preocuparse de los terrones del exterior.

Un día se acaba todo. Los subterráneos se quedan sin las candelas inquietas, sin los golpes de las herramientas, sin los silbos de las pequeñas locomotoras. El exceso de producción o la esterilidad de las entrañas del monte expulsa a los hombres de aquellos parajes, los deja inactivos, tristes. Se exprimió todo lo fértil. La mina se queda silenciosa como unas ruinas, como un manantial que se secara repentinamente en el instante en que nos encorváramos para beber. La sorpresa da un nudo en el ánimo, quema el brío, echa unas brasas en el cráneo. La sorpresa, y después los pensamientos ineficaces, los propósitos que no pueden medrar porque tienen delante muchas murallas de imposibles.

Las familias comienzan a despedigarse por los pueblos de la comarca en caravanas mohinas de menesterosos. Imploraciones ante las puertas. A unos umbrales sale la misericordia, a otros el desabrimiento frío de los miserables. Vosotros no sabéis lo que pasa en el alma del que pide por necesidad desde que llama hasta que le contestan con un menosprecio o con una limosna. En ese levisimo momento se olvida todo: la desgracia, el cansancio, a dónde vamos, de dónde venimos. La ansiedad y la incertidumbre

enervan todas las memorias en ese instante. Después se recuerda otra vez todo, en el trayecto de una puerta a otra, de un pueblo a otro, hasta que se llama y se suplica nuevamente...

Estas sinuosidades de lo dramático, de lo desconsolador, las recorrerán ahora esos pobres mineros de Mercadal, que suplican como los hombres pacíficos, con la boina en la mano, sin ira, esperando...

La culpa viene de muy lejos, de circunstancias demológicas olvidadas que tuvieron su origen en el instante en que en los pueblos rurales pudo más la fábrica, la mina, lo circunstancial que la agricultura, que es lo eterno, lo que nunca acaba de expresarse. Abandono casi total de la tierra del exterior —en muchas áreas campesinas— por la tierra interna; menosprecio de las lindes, de los aperos, de las besanas, unas veces por la mezquindad de las aparcerías, otras veces por la insignificancia productiva de los terrenos propios o por las grandes dificultades que se encuentran constantemente en las estrechas órbitas de la labranza.

El remedio está en el regreso a lo eterno, a lo abandonado, sin aquella mezquindad, sin aquella insignificancia de lo productivo, sin esas dificultades y anodismos clásicos que han echado al labriego de su ambiente natural, camino de las fábricas, de las minas, del mar...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 28-XI-1933.

420.—ESBOZOS. MENÉNDEZ PELAYO Y VALERA

La Sociedad hispanista de Bruselas organiza un gran homenaje a Menéndez Pelayo y Valera.—Los periódicos.

Confidencias y estímulos recíprocos de dos grandes hombres. Dos vidas, una joven, en amanecer de gloria, desaliñado el ropaje, alborotada la barba, pulcro el corazón y casto el espíritu. Un lucero de esperanza, muchas luminarias en el entendimiento, muchas candelas en el ingenio y rebrillos constantes en la vida interior. Vieja y muy cansada la otra; pulcra en la envoltura, catadora de muchas cosas buenas y de muchas cosas malas; andariega, inquieta, perezosa, con lumbres de imaginación sobre las nieves y las pesadumbres de los años. Un camino que se abría en tierra fértil y una senda cada vez más angosta, más ondulante, más tortuosa en temperos rescos, que se iba acabando con la fortuna de los amores, de las lisonjas, de

las ambiciones del artista, que son más grandes que las ambiciones del avaro. Joven del Norte y viejo del Sur. Fortaleza de peñas del mar en el alma del mozo. Melancolía de braña, consistencia de roble cantábrico, apacibilidad de riberas, templanza delicada, oreo fino de mieses, de agreos, de costas, de alcores vestidos de blanco, de huertos y solanas. La raicedumbre y la firmeza de la raza, en el espíritu. Alientos de estas frondas, caricias de estos aires de gracia, ventalles de estos bosques, donde el baladro del hígaro parece una voz mitológica, el enfado de una divinidad celta o la risa primitiva de Cabueniaegino (1), el buen dios de los cántabros. Rabión o remanso, galerna o sosiego amable, según las circunstancias y los hombres. Tradicionalismo de oro y de bronce, de claustro y de gesta en el surco del mozo montaños. Las buenas cosas de un antaño intelectual con las expansiones fértiles de los tiempos nuevos. Tradicionalismo al margen de la intransigencia desabrida y recelosa que no abre un postigo estrecho a las inquietudes jóvenes del mundo... Voluptuosidad de arrayanes, de limoneros, de surtidores y pórticos árabes en el viejo del Sur. Devaneos y aventuras en largas singladuras por la tierra y el mar, ante el cuerpo serpentino de las danzaderas, en las márgenes del Sena, en la colegiata gótica de Santa Gúdula, en los lugares y colmenas de más silencio, de más estruendo y de más deleite. Ingenioso paradojista con abulia en la entraña y apetitos insaciables en su corazón cordobés. Otros ideales y otras ambiciones las del viejo. Por encima de las buenas y de las malas andanzas, de las pulidas cortesanas, de las paradojas y perezas, la actividad del cerebro y la hilandería asombrosa del ingenio en rimas y novelorías inmortales. Fantasías, lumbres, retozos, sedimentos de lo árabe en el alma y en los bríos del anciano. Recuerdos, desazonas, incertidumbres, ansias de peregrino, tueras y ambrosías, pasiones románticas, polvo de todos los climas. Gloria en sazón y gloria en amanecer, enlazando con nudos recios las quimeras que se van muriendo y las que empiezan a bullir entre pañales de imaginación y de espíritu...

Menéndez Pelayo —el mozo— y Juan Valera —el viejo— platican de cosas íntimas y nobles. Los veinte años del uno y los cincuenta del otro se han encontrado en una linde muy ancha y muy grata. Ambos buscan las mismas espigas, los mismos brocales, los mismos paisajes. El viejo se apoya en la fornida voluntad del joven y éste encuentra estímulos y cordialidades en la bondad de aquél. Se acaba de firmar un pacto espiritual, pródigo en mercedes mutuas. Dos almas y dos ingenios se han abrazado estrechamente en la ancha linde en que se encontraron. Después se dieron la mano y em-

(1) "La antigua península ibérica" (pág. 216), del profesor Jiménez Soler, de la Universidad de Zaragoza.

piezan a caminar. El viejo se fatiga. Su mano tiembla en la diestra del mozo. Le asaltan temores y memorias desapacibles. Siente la pesadumbre de pasados ocios. Sembró muchos surcos y dejó otros sin echar un grano. Quisiera recomenzar la vida, para hacer sementera en los terrenos abandonados, para enmendar el camino y tocar otros salterios. Es cruel la penitencia de los yerros y de los ocios. El viejo soporta este remordimiento y a veces se resigna. Más tarde se querella, se atormenta, llora lo inevitable, lo que ya pasó. El mozo pone celosías en la memoria de su compañero. Le muestra el porvenir en horizontes claros, le regala su optimismo, le infunde su perseverancia, la candelita de su fe. La conversación es larga y sabrosa. Pronto experimenta el anciano la paz y la firmeza del joven del Norte. Se cambian las zozobras, los pensamientos, los desengaños, las alegrías, las vicisitudes íntimas. Las confidencias salen espontáneas, desnudas de prejuicio, con donaire, sin artificios sutiles. Allí están la verdad, el entendimiento, el alma, las más profundas sensaciones, los sobresaltos, las ideas de los dos grandes hombres. Sugerencias sin atavíos retóricos, sin atuendos falsos, sin afectación, sin roncerías ni embelecocos de mala calidad. Limpias, transparentes, con ornato sencillo, aseadas, buenas, valientes. Pláticas de sinceridad y largas pausas de meditación por el lindero allá. Nadie puede interrumpir las conversaciones del joven y del viejo. Hablan con sigilo franciscano, lejos de los indiscretos. A su alrededor, el mundo vocea, se araña, se afrenta, empuja y retiembla, se envidia, se aborrece, se consume. Las tertulias literarias conceptúan como vicios las virtudes ajenas. Luchas de mercaderes, de petulantes, de fracasados. Ellos no hacen caso de estas cosas. Siguen su camino con más plática, con más meditaciones, con más ansias y laureles. Poesía, arte, historia, literatura, crítica docta en esa compenetración singular de Valera y Menéndez Pelayo. Mucha serenidad, mucho tino en el discurrir. A veces, lamentos, y justas imprecaciones...

—En España —dice el viejo—, un escritor de mediano sentido común, me parece un sastre bueno en París que se fuese a hacer elegantes fraques, levitas, chalecos y pantalones al centro de Nueva Zelanda. Aquí nadie gana dinero sino con la usura, el robo, la estafa, la corrupción, el contrabando, y otras abominaciones. Casi todo el capital tiene por origen un montón de basura, cuando no un arroyo de lágrimas y de sangre.

El mozo no hace caso de estas cosas utilitarias. Le habla de dinero, y contesta con plata de arte, que es la mejor...

—Mucho deseo —le dice— que usted escriba sobre el sentimiento de la Naturaleza en el arte, aplicando la doctrina de las dos literaturas meridionales, italiana y española... Siempre están ponderando los septentrionales, y con ellos los franceses, las ventajas de sus literaturas sobre las clásicas.

Yo creo que la diferencia está en que el arte clásico y el de sus verdaderos imitadores describe y traduce la impresión de la Naturaleza con uno o pocos rasgos, pero enérgicos y vivos, sobriedad que produce más efectos que los menudos detalles y las largas y morosas contemplaciones a que se entregan los del Norte en su vaga, sentimental y panteísta adoración a la Naturaleza...

El viejo asiente optimista al criterio del mozo. Ambos van resumiendo el espíritu actual antiguo del país, como Flaubert resumió el espíritu de su época. Tensa la sensibilidad como una cuerda de cítara. El anciano sigue apoyándose en la fornida voluntad del joven. Y el joven en la experiencia del buen viejo diplomático y poeta, cortesano ejemplar de la España del siglo XIX... Andando, andando y meditando, hasta que los separa la muerte...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 3-XII-1933. (Vid. n.º 357.)

421.—ESBOZOS. LA MUERTE DE LOS BOSQUES

Es menester activar el proyecto de repoblación forestal. Ya hemos destruido bastante. Vamos a restaurar...

Muchas decadencias en lo vertiginoso de la civilización. Perezas dentro de la velocidad, singladuras remisas, indolentes, cansinas, entre las diligencias frenéticas de los tiempos que van naciendo. Aborrecimiento de las cosas sencillas, de las cosas que son raíz y sustancia y complemento imprescindible de la vida en determinados ambientes...

El árbol, complemento del monte, de las orillas de las praderas, de las márgenes de los caminos, de las riberas, de los campos. Un monte sin robles, sin encinas, sin hayas, sin fresnos, sin abedules, es lo mismo que una torre sin campanas, que un tamboril sin parche y un piano sin teclas. Le falta su elemento natural, lo que da vigor a su paisaje, el exorno y lo útil, lo bello y lo práctico. Cada vez que contemplamos un monte sin árboles sentimos repentinamente la sensación que lleva al ánimo una fuente seca, una moza sin cabellos, una dársena sin barcos, una monja sin tocas, un ermitaño sin barbas, un bergantín sin mástiles, un rastrillo sin pinos. Extrañeza profunda de anormalidad excepcional, de cosas sin el adorno, sin el mecanismo, sin lo peculiar de su carácter externo. Cosas truncadas, cuadro sin terminar, baldas sin libros, iglesia sin retablo. Esta es la impresión que nos turba cuando caminamos por unos senederos monteses sin una sombra, sin un aire de

quimas verdes, sin esos rumores amables y persistentes que son en el monte y en la carretera lo que la resaca en la playa y el ruido jovial del agua en un cauce apacible, entre matices de campiña.

Abundancia de estas sensaciones en las áreas de sierra cantábrica, en la ondulación calva de las lomas, en las cumbres sin cimera forestal, en la tierra arriscada y húmeda de las vertientes. Antes eran las estepas morenas de por allá abajo, polvorientas, muertas de sed, con unos cuantos pinos rebajetes esparcidos por el páramo como las estaciones del ferrocarril, o con unas encinas achaparradas, delgaditas, solitarias, que no crecían nunca, muy lejanas unas de otras, como las ventas y los hontanares. Ahora son los terrenos verdes y tortuosos del septentrión ibérico, convertidos en estepas pindias y abruptas, con las ruinas de los viejos bosques. Nada más que quedan los escajos, las árgomas torcidas y negras, los brezos, los barroscos enclenques, el rozo áspero, los torrentes, las peñas. La cordillera ha llegado a ser una prolongación de la planicie en el aspecto forestal, aunque hoy es posible que den aire más árboles en las tierras monótonas de la llanura que en el paisaje ameno de la geografía orográfica montañesa. Allí, la escasez atávica ha estimulado los afanes de repoblación, con lentitud, pero con perseverancia. Aquí, lo abundante ha estimulado la actitud antagónica, con rapidez, constantemente, con un criterio cínico, ambicioso o lerdo acerca de los regalos de la naturaleza. Hemos sido medrosos y encogidos en otras actividades. Temores, avaricias, recelos, inconstancias, pereza del brío en múltiples aspectos de lo social, de lo educativo, de lo que medra la conducta y el espíritu y ensancha los cultivos, la economía agrícola, la prosperidad que tiene su enjundia en la tierra hortelana. En eso, no; en eso de arremeter contra los bosques, hemos sido ágiles, briosos, incansables. Pereza donde hace falta movimiento rápido, y prisa donde es menester cautela, calma, lentitud...

Por allá abajo esa escasez típica, antigua, que fue preocupación teórica de política hidráulica y forestal y tópico cernido de literatura, ha hecho que los pueblos vayan resolviendo despacio, pero con eficacia, el gran problema clásico del árbol. Aquí no existía tal problema. Los montes eran manchas inquietas que se estremecían y gritaban con mil voces las noches de vendaval. Manchas de abedules derechos, con corteza que parece de plata, manchas severas de cajigales, de encinas apretadas, de fresnos altos y frondosos, de hayas esbeltas y suaves.

Todos los montes parecía que cantaban con las sonajas brillantes de las hojas verdes, con las sonajas de oro de las hojas secas. El hacha golpeaba sin parar, relapsa, torpe, con rabia mazorral y eterna. Sus retumbidos eran lo mismo que unas palabras bárbaras en un concierto de rabeles misterio-

sos, escondidos en los troncos en las ramas, en las raíces. Entre estos sonidos amables y aquellos golpes incessantes, se fue creando el gran problema que ahora nos trae contritos, impacientes. Creíamos que nunca se iba a acabar esta hacienda, y por eso fuimos pródigos en gastarla, sin mirar a lo lejos del tiempo, sin pensar en lo que se iba quedando atrás, roto, arrasado, calvo. Destrucción de la poesía y de lo útil, de lo imprescindible para la desenvoltura agraria. Un problema que tiene un aspecto profundamente moral, de educación popular, de sentimentalismo, y otro aspecto de utilidad, de tipismo provechoso, de economía rural, que no hay que buscarla exclusivamente en los ganados, en la pesca de los ríos, en las mieses, sino que tiene también parte de su esencia y de su medro en las frondas, tan ultrajadas y exprimidas. El hombre es tan inconsciente que a veces destroza lo que le es necesario. Hoy es un afecto, mañana una gratitud, otro día un árbol, sin crear nuevos afectos o abrir hoyadas para nuevos árboles. Unas veces son las cosas del espíritu las que destroza y otras veces son los objetos. En la abundancia, no pensamos en que cada puñado es una mengua de la hacienda, un paso de acercamiento inevitable a la escasez y a la miseria. Mies sin cuidados pronto se infertiliza. Hay que echar el mismo brío en la complacencia de la recolección que en el laboreo de la siembra. Las cosas que no se cultivan, por inmensa y fértil que sea su superficie, adolecen y se yerman presurosamente, hoy una hectárea y mañana otra y otra. Después todo es como tierra maldita, cardosa y áspera. Lo mismo sucede con los afectos, con las vocaciones, con las amistades, con los hortalés, con los bosques...

En las leguas forestales montañosas nada más que se ha hecho arrancar, arrancar con frenesí dañino, reprobable. El cultivo ha permanecido casi inédito en las sierras comunales. Camináis por un monte y os encontráis con restos de árboles corpulentos, cuyas raíces, gordas, desnudas, parecen costillas de las veredas. Os encontráis con huellas de incendios, con troncos agrietados, secos, sin ramas; con alguna vieja cajiga sin savia, sin corteza, negra, porque así lo quiso el pastor o el caminante que hizo lumbre allí, entre dos morrillos, en contacto con el tronco secular. Restos de una guerra interminable del hacha, resonando todos los días, todos los días, con golpe bárbaro y monótono entre la paz humilde y cristalina de los arroyos que marchan por el monte escribiendo su romance perdurable...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 10-XII-1933.

Es eso, el carácter, el carácter reflejado en palabras bellas, en líneas cortitas, simétricas, de palabras; el espíritu del hombre dulcemente cautivo, redivivo, en un soneto, en una estrofa acre, cristiana, humilde, que unas veces trasciende a resignación y otras veces sonríe con sencillez, insinúa un respingo del ánimo, toca las teclas más dulces, las arpas más antiguas, las campanillas más cristalinas. Este hombre llamaba en los timbres de su sensibilidad y siempre salían los sonidos limpios, sonoros, largos, joviales, como conversaciones de justos, de adolescentes, de doncellas. Siempre salían los sonidos con la naturalidad del viento, del manantial, del ruido de riberas marinas, de ventalle de cumbres muy altas. Siempre, siempre, en los instantes de complacencia espiritual, en los instantes de tiniebla interior, cuando parece que todo nos es hostil y falso en el mundo. Cada sensación tenía su tecla, su salterio, su cantar o su llanto, su broma o su querella. Unas veces eran los sonidos débiles de penas que iban naciendo, tímidamente, como si no quisieran crecer. Otras veces, los sonidos tenían vibraciones de bronce, de bronce de campana en ermita señora, en un monte, entre muchos árboles. Después el rumor de las cosas diarias: la gente que pasa mohina o contenta, las estrellas, la lluvia, los resoles, los golpes y los chillidos largos de las herramientas, el estrépito de los carruajes, las estelas de la felicidad, las estelas de la desgracia, más anchas, más eternas.

El carácter compenetrado con estas cosas, analizándolas atentamente con los anteojos zahoríes del ingenio, descubriendo lo humorístico y lo dramático, lo que tiembla de angustia y lo que se estremece de risa. Otras veces eran unos sonidos como de besos fraternales, de jaculatorias de niños, de rezos de viejecitas, de risas de hombres amables, de bromas ingenuas de ancianos bondadosos, de palabras de poeta joven y pobre que recita sus versos, sólo, en una buhardilla fría, casi tenebrosa. Los rumores buenos del mundo, lo que esclarece el alma, lo que regala esperanzas, lo que quita velocidad a las ruedas de la ira, de la soberbia, de la avaricia; lo que detiene el movimiento redondo, monótono, traqueteante de las norias infinitas del egoísmo, de la envidia, de las vanidades. Un impulso poderoso, constante, cordialísimo a la dinámica íntima de la dignidad, de la misericordia, del concepto de estética y de moral, que son las mieses más olvidadas del mundo, lo mismo que la sinceridad, la sencillez, la transigencia... Y un freno persuasivo, amable, a las antítesis de esas virtudes, a los malos vientos que levantan los hombres por inconsciencia, por desesperación, por codicia condenada, por maldad...

Es eso, el carácter, el carácter con toda su esencia, con toda su melancolía, con su optimismo, con su oro y con su plata, hasta con su silencio y con sus voces.

“Cumbres y mares” es la obra de un hombre que pasó por el mundo sin romper ni manchar su dignidad. Su poesía —más que devaneo gentil de paisaje y aderezo de vocablos en una métrica clásica, magnífica— es una oración de sensaciones objetivas, de estados de ánimo, de criterios espirituales, que lo mismo se devanan en una cadencia alegre, en una albricia jovial de la estética, que en una ironía, en una acritud repentina, en el estampido de una tormenta moral, en las sombras y en los resplandores de las imágenes.

En “Cumbres y mares”, el paisaje es un elemento secundario; es como un adorno sencillo de las palabras que hace escribir el espíritu, no el cerebro. Más que naturaleza, rumores de cosas humanas. La sustancia no hay que buscarla en la observación de perspectivas materiales, en las galas de lo descriptivo, en la técnica de la pintura. Lo sustancial está en lo que va brotando de los manantiales calientes del corazón, en las ideas acerca de esta virtud y de aquella destemplanza, en este rasgo vigoroso de energía artística, en aquellas finas y naturalísimas bifurcaciones del sentimiento que hacen de las líneas tipográficas caminitos de candelas morales. Sonidos del arpa de la sensibilidad, que es el escanillo de la poesía. Sonidos de inquietudes propias, de deseos que tiritan, de afanes de justicia, de afectos estampados en la entraña...

El carácter de Alejandro Nieto en este libro, que es acervo, para nosotros, de los palpitos de su pensamiento. Repasamos los renglones y vemos más allá de las palabras, más allá de las páginas, como si éstas fueran ventanas que dieran a lo misterioso, la traza simpática y humilde del poeta, con su boquilla de cerezo, ahumada, remordida, siempre entre los labios, como un complemento natural de su rostro. Vemos su afabilidad, su amable pereza, su andar lento, la sonrisa franciscana de su saludo, el movimiento vehemente de su brazo al estrechar una mano amiga y buena... Y las ruecas de su ingenio hilando linos teñidos de melancolía racial, que es la enjundia y la labra poética del linaje cantábrico; linos pintados del color de las sensaciones que dan los cierzos, los girones de la bruma, el sordo eco de las caracolas, lo aceptable o huraño de las costumbres.

Predominio de lo íntimo, observación de las propias inquietudes, desmenuzamiento de las memorias, de las impacencias, de los sobresaltos, para después ofrecerles estas cosas al mundo convertidas en advertencias ejemplares, en brújula de meditación, en disciplina educativa de los sentimientos.

Otras veces es el exterior el que manda en el espíritu. Este abre sus puertas misteriosas, van penetrando lentamente o en tumulto rápido y hervoroso, los ruidos de las lisonjas y de las felicidades, los trisquidos dramáticos, los anjeos del cansancio, las carcajadas, los lamentos. Todo lo que es consecuencia de lo inocente, de lo pícaro, del cinismo, de la virtud, de la bondad, de la ignorancia, del talento. El espíritu recoge estos ruidos y se los devuelve al mundo transformados en donaires, en sátira vestida de belleza, en elogio, en más advertencias ejemplares, en luces, en soplos, según lo que haya que encender o lo que haya de apagar...

“Cumbres y mares”, la obra de un hombre bueno, la obra de un poeta. No puede ser poeta quien no sea hombre bueno, como este Alejandro Nieto, que hasta las serpentinatas del humo que salían de su boquilla de cerezo parecían incienso azul de amabilidad...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 17-XII-1933.

423.—ESBOZOS. EN UNA LIBRERÍA DE LANCE

Donde unos pusieron conciencia ponen otros inconciencia.—GALDÓS.

¿Qué será de estos libros, de estos cuadernos, de estos retratos de los amigos, de estos recortes de periódicos que estimularon nuestra actividad? Cosas amables que nos recuerdan todos los días, todos los días —con constancia que ya se ha hecho sedimento natural en el ánimo—, la exaltación de un afecto, una fecha que fue hito de instantes de felicidad en la línea de nuestras inclinaciones, un criterio bondadoso de nuestro arte, de nuestra conducta, de nuestra lucha, el sentimiento sencillez de este libro, la belleza de aquel otro, lo añejo o lo nuevo de aquellas páginas que nos regalan sensaciones clásicas, jóvenes, audaces o discretas, de la naturaleza, del hombre, de lo errabundo, de lo quieto, de lo que investiga en lo físico, en lo moral, en las virtudes, en los defectos... Todo hombre tiene su ilusión. Suprimid este regusto eterno de lo íntimo y habréis quitado a la vida su esencia más fértil, la estrella de su oriente, la sombra o el fogaril de su camino, todo lo que crea energía, actividad, codicia honesta o codicia zafia, voluntad, afán, perseverancia. Todo lo que da característica al temperamento, al criterio secreto de ética, al concepto que tenemos de las cosas insignificantes,

de los motivos incomprensibles, de los efectos poderosos. Pensamientos que tramontan las cimas de los años, las circunstancias, el futuro de la vida, deteniéndose en los momentos imaginados, en los momentos que estamos esperando como fin de un cansancio, de una impaciencia, de un suplicio del espíritu. Estar cautivos en la realidad presente y pensar con delectación, con ansia, con vehemencia escondida, en los instantes que está viendo lo imaginativo en el rebozo de los tiempos que están por llegar, en una cronología aun increada, a través de lo que vaya hilando la historia con sus prisas o con sus perezas.

Siempre la ilusión en la proa de nuestras meditaciones. Ilusiones de apetencias insignificantes. Ilusiones de cosas grandes. Unos se conformarían con un granito de mostaza de felicidad, después desearían más, más. Un granito no sacia, no contiene la tristeza, no llena el ánfora fina o tosca del ánimo. Otros piensan permanentemente en deseos grandes como cordilleras, en destellos imposibles, en concepciones inéditas, formidables, del ingenio, de la elocuencia, de la voluntad, de la sabiduría, del arte. Todos vivimos gobernados por esa constante inquietud que ahora nos alegra y después nos aflige. Es el dolor y el alivio de la existencia, la balanza de los duelos y de los deleites humanos, ráfagas de estío y aires de invierno calentando y enfriando el cerebro. Este tiene su misión en lo que ya es realidad para aquél. El otro aborrece lo que ese ambiciona. Unos quieren llegar a lo definitivo de su deseo con aptitudes invariables de bondad, de recato, de méritos cristalinos, de larga sementera de cordialidades. La amabilidad de sus ilusiones es la que manda en el carácter de estos hombres, la que les hace complacientes, virtuosos, enérgicos, afables. Otros quieren llegar a ese hito de su apetencia con maneras desabridas, con ramalazos exteriores de corajes fríos, con engallamientos afectados del carácter, con técnicas marcadas por la vanidad, por las ambiciones materiales, por el perenne ultraje del pensamiento a la conciencia. Sus ilusiones son las que crean el temperamento. Sus ilusiones que son apetito de orgullo, de dominio, de riqueza. Todos vamos detrás de esa idea. Para estos tiene la forma de una gran esfera de oro, para esos es un privilegio quizás, para los otros, así como una estrella, como una sonrisa de la fama o una reverencia de la gloria... Y vamos conservando con amor lo que es recuerdo afectuoso de nuestra lucha, de nuestras victorias, de nuestras energías intelectuales, de nuestras maneras artísticas, de todo lo que nos acerca del resplandor de ese ideal magnífico que nos hizo exaltar el brío, la inteligencia, la voluntad. Unos guardan sus libros, sus discursos, sus versos, unas cartas entusiásticas, unos comentarios favorables, el dietario de un viaje triunfal, las líneas impresas que describen calurosamente un acierto, un homenaje, una anécdota propia inolvidable. Lo

que iba detrás de la ilusión, señor; lo que iba acrecentando el prestigio, la esperanza, el bienestar... ¿Qué será de estas cosas, de estos recuerdos, de estos libros, de estas cartas, de estos elogios escritos, de todos los objetos que no estimularon la actividad, pensando siempre en que ya estaba cerquita el semblante de nuestra ilusión, cerquita, cerquita, convertida en realidad, en cosa viva, complaciente, fecunda?...

Estos libros que yo estoy viendo ahora, fueron de una personalidad montañesa. Los contemplo con sorpresa, con acritud, con enfado silencioso que quiere estallar en palabras atropelladas. Las librerías de viejo se nutren de vicios, de ruinas, de señoríos rotos, de culturas envueltas en miseria, de fracasos, de insensibilidades, de ingratitudes. Tienen cierta analogía con esos bodegones oscuros donde se venden ropas usadas, candelabros, iconos estropeados, escribanías antiguas, levitas, polainas, estuches para los anteojos.

Son consecuencia de aficiones rotas, de cinismos, de deleites que detuvo la muerte, de aborrecimientos, de picardías, de renunciaciones casi dramáticas...

Yo estoy ahora en una librería de viejo contemplando unos volúmenes que no llegaron aquí por caminos de vicio ni de necesidad. No sé por qué han venido a parar aquí estos libros. Los contemplo y reprocho con el pensamiento la conducta de quien los hizo llegar a estos estantes sencillos, chaparros, de madera villana. Estos tomos fueron moléculas de una gran ilusión, las herramientas que labraron un prestigio, los elementos que llevaron bienestar, alcornia, desenvoltura fácil a una familia. Estos libros los fue adquiriendo una ilusión, una codicia sana, un noble deseo de prosperidad, de lucha fértil, de optimismo. En sus páginas, mientras los ojos recorrían las veredas rectas de las líneas, caerían de vez en cuando pensamientos ajenos a la enjundia de la lectura: los hijos, las preocupaciones domésticas, las inquietudes profesionales, los regustos de unas cuantas esperanzas, las unas bien concretas en la imaginación, las otras imprecisas, borrosas, muy lejanas. Este hombre vería en sus libros, en sus papeles, en sus cartapacios, el recuerdo de sus victorias y el acicate de futuros encumbramientos. Una estela inolvidable, el pasado, el presente, el porvenir, la lucha, la recompensa, el deseo profundo, lo mismo que los anaqueles y los depósitos para el mercader, lo mismo que las taleguitas de las semillas para el hortelano. Su ilusión tenía que pasar por estas páginas para convertirse en realidad. Eran como kilómetros del camino que tenía que recorrer su inteligencia. No podía avanzar si no era pasando por estos meridianos. Eran las singladuras inevitables de sus rutas; las luces de situación, los lazarillos del talento, de los propósitos, de la energía moral. Arriba estaba la ilusión, en un cenit glorioso. Este hom-

bre ilustre iría cosechando elogios en artículos de periódico que él recortaría sonriendo, contento, avivando la fe, adquiriendo más libros para extender su cultura; guardaría como laminas de oro, como títulos de propiedad, las cartas encomiásticas, las reseñas de los homenajes, las síntesis impresas de sus ideas, todo lo que le iba acercando a la morada de su ilusión, todo lo que iba acrecentando el renombre, su buena codicia de alturas, su táctica de lucha... Y estos libros nos muestran el fin desastroso de muchas ansias, de muchos desvelos, de muchos sacrificios... Estos libros vendidos como levitas viejas, como muebles que estorban, como cachivaches inválidos, lo mismo que los candelabros, las sortijas, las estampas, los bastones de las charilerías. Todo lo avienta el tiempo con su resoplido cruel. Vamos aumentando el caudal de las cosas que nos son amables, las cosas que recrearon nuestras vocaciones, las que formaron nuestros instantes de felicidad, recuerdos de cansancios, de perplejidades, de lisonjas, de deseos incontenibles, de amarguras que fueron como zaguanes de las alegrías. Después todo se desperdiga como las piedras, las maderas, los mármoles, de los palacios derribados. Todo se esparce y se extravía: los objetos de nuestros recuerdos; de los esfuerzos, de las victorias, lo que fue candela, impulso, entusiasmo de nuestra vida, la cantera de donde sacamos el porvenir de los hijos, la prosperidad, el prestigio, la ruta...

Y contemplo estos libros con sorpresa, en las baldas remelladas y polvorientas de una librería de lance. Herramientas de una personalidad montañesa que fue elemento esencial de una época reciente. Su ilusión, lo que educó su espíritu, las simientes de su cultura, de su brío, de su triunfo... Yo contemplo estos volúmenes con estupor, con acritud, con enfado silencioso que quiere estallar en palabras atropelladas, duras, resonantes...

MANUEL LLANO

El Cantábrico, 24-XII-1933.

Í N D I C E

254.	El cuento del domingo. Pasó un murciélago	503
255.	Esbozos. Entre pastores y labriegos	506
256.	Esbozos. "La sabia"	506
257.	Esbozos. Poetas, emigrantes y analfabetos	509
258.	Esbozos. Zánganos y socarrones	511
259.	El cuento del domingo. Elena y María	511
260.	Esbozos. Los gorriones y las águilas	512
261.	Esbozos. Romanticismo	514
262.	Esbozos. La usura	516
263.	El cuento del domingo. "El sobeo"	518
264.	Esbozos. La gran careta	522
265.	Esbozos. Bofetadas	525
266.	Esbozos. Los niños y los hombres	527
267.	Esbozos. El orgullo	528
268.	Esbozos. Trovadores	531
269.	Esbozos. Valera y Menéndez Pelayo	531
270.	El cuento del domingo. Luna, lunera	533
271.	Esbozos. Reflejos y candados	534
272.	Esbozos. Lo nuevo y lo viejo	536
273.	Esbozos. El cautiverio del mostrador	539
274.	El cuento del domingo. Mariquita Melán	539
275.	Esbozos. Protección a la agricultura	539
276.	Esbozos. Gabriel Miró	541
277.	Esbozos. Cosas de acá	543
278.	Desde Sevilla. ¡¡Ijujú...!!	545
279.	Desde Sevilla. La verdad	547
280.	Desde Sevilla. La sala montañesa	549
281.	Desde Huelva. Señoritos calaveras en La Rábida	551
282.	Esbozos. Un montañés	553
283.	Mitología cántabra. El trenti	555
284.	Esbozos. Tiempos viejos	555
285.	Esbozos. Celosías y libertades	557
286.	Esbozos. Regazos de piedra	560
287.	Recuerdos. La cadena	562
288.	Esbozos. Brocales y palmeras	562

289.	Esbozos. Una escuela de campesinas	565
290.	Esbozos. Del campo a la ciudad	567
291.	Esbozos. Caracteres	570
292.	Esbozos. Sencillez y belleza	570
293.	Esbozos. Hostilidades	573
294.	Esbozos. El hacha	576
295.	Esbozos. Samugos y carquesas	579
296.	Esbozos. En los pueblos	582
297.	Mitos. Pastores y niños	582
298.	Esbozos. Las hondas	582
299.	En los pueblos. Las alforjas y los hijos	585
300.	El cuento del jueves. Al volver	588
301.	Esbozos. Emigrantes de las letras	591
302.	El cuento del domingo. El castigo	593
303.	El cuento del domingo. La hechicera	596
304.	Esbozos. Tagore	598
305.	Nochebuena. Estampas de la ciudad	601
306.	En los pueblos. Un maestro cada mes	603
306. bis.	Las anjanas de Valdálga y Los diamantes del bien y del mal y Las Mo- zas del agua	606
307.	Picardías añejas. La petrina	606
308.	Lo viejo en lo nuevo. Mil ganas de una cosa	607
309.	Esbozos. Un portazo dramático	609
310.	En los pueblos. Los caballos del diablo	612
311.	Esbozos. Un libro	612
312.	Esbozos. La cara y el espíritu	614
313.	Esbozos. La expulsión de los labradores	616
314.	Estampas de la ciudad. En el quicio	618
315.	Cosas viejas. Tizones y cerillas	619
316.	Estampas de la ciudad. Guitarras sin clavijas	621
317.	Mitos del mar. Los espumeros	624
318.	Nuestras informaciones. Un ciego y manco que hace cohetes, es cantero, toca la dulzaina y construye una casa	627
319.	Nuestro reportaje del día. Setecientos años	629
320.	Nuestro reportaje del día. La tiraña	632
321.	Nuestro reportaje del día. Proyectos e inquietudes de una villa montañesa ...	635
322.	Nuestro reportaje del día. La campanilla tradicional que anuncia la abun- dancia	639
323.	Nuestro reportaje del día. Nuestra Señora de la Luz ha entrado en Potes ...	644
324.	Nuestro reportaje del día. Las viñas, los caminos y la enseñanza en Liébana	647
325.	Esbozos. La paciencia	650
326.	Esbozos. La verdad	653
327.	Esbozos. Ambición	655
328.	Esbozos. Alas verdes	655
329.	Esbozos. Los tiempos	657

330. Esbozos. Apariencias	657
331. Esbozos. El hombre y el paisaje	657
331. bis. Las anjanas	660
332. Esbozos. Labradores en la ciudad	660
333. Esbozos. Montaña vieja	660
334. Esbozos. El dinero y el paro	660
335. Esbozos. Cada cuarto de hora	663
336. Esbozos. Martainville	665
337. Esbozos. El falso obrero sin trabajo	667
338. Esbozos. El ejemplo	670
339. Esbozos. Palabras viejas	670
340. Esbozos. Una utopía internacional	672
341. Esbozos. El escritor de "El obispo leproso"	675
342. Esbozos. El problema social del ciego	675
343. Esbozos. Un aspecto de la mendicidad	677
344. Esbozos. Enemigos de la reforma agraria	679
345. Esbozos. Un resplandor en Oriente	681
346. Esbozos. Unas lágrimas en una Universidad	684
347. Esbozos. Los anacoretas de las orillas del mar	687
348. Esbozos. El castigo	690
349. Esbozos. Las ciudades y los pueblos	690
350. Esbozos. Nuestros amigos los viejos	693
351. Esbozos. Los hombres, contra Marte	693
352. Esbozos. El vestido y el alma	696
353. Esbozos. El centenario de un hombre bueno	699
354. Esbozos. El trabajo de la mujer	701
355. Esbozos. Los padres bárbaros	704
356. Esbozos. Los huérfanos de los pescadores	707
357. Esbozos. Crear conciencias	708
358. Esbozos. Un poco de edad media	711
359. Esbozos. Los abades y los nobles	714
360. Esbozos. Las doce horas	716
361. Esbozos. El recelo de Europa	719
362. Esbozos. La literatura y las leyes sociales	721
363. Esbozos. El cautiverio y la libertad	724
364. Esbozos. Los señores de la braña	726
365. Esbozos. Los trabajadores y los vagos	728
366. Esbozos. Un signo de justicia	731
367. Esbozos. El ejemplo de la cartuja	734
368. Esbozos. El hacha y la lumbré	736
369. Esbozos. El homenaje a la vejez	738
370. Esbozos. El arca del cerebro	741
371. Esbozos. Nuevos procedimientos	744
372. Esbozos. La paciencia y la dignidad	746
373. Esbozos. Nazaret y Jerusalem	749

374.	Esbozos. Los regalos en la historia montañesa	751
375.	Esbozos. La querella universal	754
376.	Esbozos. La otra banda	757
377.	Esbozos. Reformatorios de menores	760
378.	Esbozos. Ideas y fobias	763
379.	Esbozos. El pincel prodigioso	766
380.	Esbozos. La historia de una villa	768
381.	Esbozos. Lo que deja atrás la civilización	771
382.	Esbozos. La expansión popular	774
383.	Esbozos. Las dos castas	776
384.	Esbozos. El decoro y el lujo	779
385.	Esbozos. Una diana de literatura	782
386.	Esbozos. Los libros rotos	785
387.	Esbozos. La lucha antituberculosa	786
388.	Esbozos. La ley de vagos	789
389.	Esbozos. Lo viejo en lo nuevo	791
390.	Esbozos. El tormento universal	794
391.	Esbozos. Las vendimias del mal	797
392.	Esbozos. Mineros por las carreteras	799
393.	Esbozos. Los defectos del mundo	802
394.	Esbozos. Un collado de la ciencia	805
395.	Esbozos. Los libros y la política	808
396.	Esbozos. Las fuerzas nuevas	811
397.	Esbozos. Sonidos antiguos	814
398.	Esbozos. Remansos de bondad	816
399.	Esbozos. Actitud sentimental	818
400.	Esbozos. La ciudad y la aldea	821
401.	Esbozos. La novela y los problemas colectivos	824
402.	Esbozos. Días agrarios	827
403.	Esbozos. Un escritor montañés en Cataluña	830
404.	Mercado de leyenda	832
405.	Esbozos. Una fiesta de ocaso	835
406.	Esbozos. El intelectual parado	838
407.	Esbozos. La infancia y el cine	841
408.	Esbozos. Misiones pedagógicas	844
409.	Esbozos. Caminos de imaginación	847
410.	Esbozos. La moral y el idioma	850
411.	Esbozos. Los pastores en las brañas	853
412.	Esbozos. En una escuela	856
413.	Esbozos. La brújula de la conciencia	859
414.	Esbozos. Simas de la civilización	862
415.	Esbozos. La paz en las labranzas	865
416.	Esbozos. Tempestades mecánicas	868
417.	Esbozos. Cartas agrarias	871
418.	Esbozos. Concepto rural de la política	874

419.	Esbozos. El regreso a lo eterno	877
420.	Esbozos. Menéndez Pelayo y Valera	879
421.	Esbozos. La muerte de los bosques	882
422.	Esbozos. Cumbres y mares	885
423.	Esbozos. Una librería de lance	887

